

Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90

PRINCIPADO DE ASTURIAS

CONSEJERIA DE EDUCACION,
CULTURA, DEPORTES Y JUVENTUD

PRINCIPADO DE ASTURIAS

CONSEJERIA DE EDUCACION,
CULTURA, DEPORTES Y JUVENTUD

Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987 - 90

Servicio
Publicaciones

Portada: Cueva de Llonín. Cono Anterior.
Estrato IX: Magdaleniense superior inicial.

JUNTA ASESORA DE EXCAVACIONES Y EXPLORACIONES ARQUEOLOGICAS

Presidenta:
D.ª Carmen Calderón Gutiérrez

Vicepresidenta:
D.ª M.ª del Carmen de Paz Rodríguez

Vocales:
D.ª Matilde Escortell Ponsoda
D. Francisco Javier Fortea Pérez
D.ª Concepción Martín Morales
D. Elías Carrocera Fernández

Edita: Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias
Promueve: Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud
Edición al cuidado de J. Fortea Pérez
Diseño de la colección: Tomás Hermosa
Imprime: Astur-Graf, S. L. - Granda-Colloto-Oviedo
Depósito Legal: As.-156/92
I.S.B.N.: 84-7847-111-1

Al salir a la luz el segundo volumen de la colección que sobre excavaciones arqueológicas en Asturias promueve la Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud, se afianza un tipo de publicación especializada que ocupa un lugar primordial por su valor informativo y por su capacidad de divulgar lo que en esta materia se realiza en nuestra región.

En este nuevo libro, se intensifica la voluntad de ofrecer la información más amplia posible en aquella materia, y para ello, a los veintisiete artículos recogidos bajo el epígrafe "Plan anual de excavaciones" –información similar a la que recogía el número anterior–, se han agregado dos apartados más. Uno, el relativo a la Carta Arqueológica de Asturias, es decir, un inventario de yacimientos por concejos, que quedan señalados en coordenadas para su localización, y el otro, sobre Seguimientos Arqueológicos –documentación derivada de la realización de obras en zonas de compromiso, en que se supone que hay restos arqueológicos–.

Publicaciones de estas características, desempeñan una importante labor en la puesta al día de los conocimientos sobre el pasado de nuestra región, y son un punto de partida fundamental para su protección y conservación.

Quiero finalmente expresar mi reconocimiento, a quienes con su trabajo, hacen posible esta labor de salvaguarda y de recuperación de nuestra pasado.

MARIA ANTONIA FERNANDEZ FELGUEROSO
Consejera de Educación, Cultura, Deportes y Juventud

I
PLAN ANUAL DE EXCAVACIONES

LA CUEVA DE LLONIN (LLONIN, PEÑAMELLERA ALTA). CAMPAÑAS DE 1987 A 1990

Javier Fortea Pérez, Marco de la Rasilla Vives, Vicente Rodríguez Otero

ANTECEDENTES

La cueva de Llonín se encuentra hacia el final del valle del Cares en el límite oriental de Asturias. Era conocida y denominada desde tiempos lejanos con el nombre de Concha de la Cova y fue utilizada desde 1957 como depósito para la fermentación de quesos. En 1971 fue descubierta para la Prehistoria y dadas a conocer sus pinturas y grabados con la denominación de Cueva de Llonín por M. Berenguer Alonso en 1979. La importancia de su registro parietal llamó muy pronto la atención de algunos investigadores (Gómez-Tabanera, 1979; Almagro, 1980; Apellaniz, 1980; Aramburu Zabala, 1984; Leroi-Gourhan, 1988; López Mora, 1988; a lo que se sumarían numerosas citas más genéricas o concretas de éstos y otros autores), pero se desconocía todo lo referente al presumiblemente importante depósito arqueológico que conservaba la cavidad.

El intento de correlacionar sus registros artístico y arqueológico, considerados desde los puntos de vista cronológico, técnico, estilístico, cultural y paleoambiental, justificaba una eventual intervención en la cueva y definía su objetivo principal. La contextualización regional aportaba un interés mayor al intento, porque, por una parte, entre fines de 1978 y principios de 1979 se había descubierto en el centro de Asturias, a lo largo de la cuenca media del río Nalón, una serie de cuevas y abrigos también con importantes depósitos arqueológicos y un arte parietal cuyo horizonte menos antiguo parecía ser inmediatamente anterior al de Llonín; por la otra, entre los yacimientos del Nalón al oeste y la cueva de Llonín al este se ubicaba la cueva de Tito Bustillo, cuyo principal registro artístico parecía ser la continuación del de Llonín. Además, Llonín no era la única localización con arte parietal y/o depósito arqueológico en las cuencas de los ríos Cares y Deva (Pindal, La Loja, Coimbre o Las Brujas, Trauno), pero sí aquella con mayor diacronía, al menos estilísticamente, y podía constituirse en un primer marco de referencia para la continuación de otros trabajos en la Cuenca Cares-Deva. El cotejo dentro de este contexto regional de la información suministrada por aquellas cuevas y abrigos podría hacernos avanzar en el conocimiento del Arte Paleolítico y su correlato arqueológico.

Las tareas preliminares se efectuaron entre 1980 y 1981 y consistieron en la protección del yacimiento exterior con una verja de hierro (fig. 1), la reparación de la puerta de acceso a la gran sala interior, el taponamiento de aperturas clandestinas y el inicio con la toma de muestras para conocer la causa de unas eflorescencias que afectaban a las pinturas y grabados de la parte inferior del panel principal.



Fig. 1.—Llonín, 1981. Yacimiento exterior

EXCAVACIONES

La cueva de Llonín consta de una zona vestibular, techada e iluminada, de planta más o menos rectangular, que comunica por su lado norte con una galería más alta y razonablemente apta para la habitación. Por su lado sur el vestíbulo se abre a la gran sala interior pintada y grabada, existiendo un fuerte y brusco desnivel entre ésta y aquel.

Las diferencias altimétricas entre estas tres unidades morfológicas mayores de Llonín, con depósitos arqueológicos directamente conectados entre sí, podían haber condicionado los procesos sedimentarios y erosivos que eventualmente pudieron afectarles. Ello podía ser presumible entre la Galería y el Vestíbulo, pero era obvia la pérdida de materiales del Vestíbulo hacia el exterior de la cueva, ladera abajo, y hacia el interior mediante un potentísimo cono de deyección que salva el fuerte desnivel existente. En consecuencia, no bastaba con plantear la excavación en la zona más apta para la habitación, sino que también era necesario conocer la dinámica sedimentaria y postsedimentaria de aquellas tres unidades morfológicas, desde su punto más alto al más bajo. Para ello, se proyectaron eventuales sectores de excavación en la Galería, el Vestíbulo, y en las partes Anterior y Posterior del Cono de Deyección.

La primera campaña se efectuó en abril de 1984, consistiendo en la delimitación del plano 0 del Vestíbulo, la instalación de un cuadriculado fijo con respecto a ese plano, y el dibujo de la planta también a 0. Aprovechando

las paredes dejadas por la construcción en 1957 de un pasillo que comunicaba el Vestíbulo con el interior, se regularizaron cortes y se pudo hacer un reconocimiento preliminar tanto de la secuencia estratigráfica vestibular, como de los procesos sedimentarios que propiciaron la erosión desde la Galería y la entrada de materiales hacia el interior. En estas tareas colaboraron F. Bajo Cuadrado y E. González Pañeda.

Con la incorporación en 1987 de M. de la Rasilla Vives y V. Rodríguez Otero se aglutinó el equipo arqueológico básico que permitiera acometer la excavación en los diferentes sectores de la cueva y el estudio de su arte. En sus respectivos ámbitos de competencia, forman también el equipo M. Hoyos, J. Altuna, K. Mariezkurrena, T. de Torres, J.M. Rey. Las líneas que siguen se refieren solamente a los datos brutos estratigráficos y de adscripción cultural, así como a los procedimientos de trabajo y primeros resultados del estudio parietal.

Vestíbulo

La secuencia estratigráfica reconocida entre 1984, 1987 y 1988 es la siguiente (fig. 2):

Nivel I: Revuelto superficial presentando Helix nemoralis, Trochus y alguna Patella, así como unos pocos restos líticos y óseos.



Fig. 2.—Llonín, 1988. Vestíbulo. General de la Estratigrafía

Nivel II: Nivel negruzco bastante rico en materiales tanto líticos (laminitas de dorso, raspadores, buriles...) como óseos (azagayas con decoración geométrica de surco profundo y un arpón unilateral de dientes decorados angulosos y bien exentos del fuste ...). Aparecen también bastantes restos de macro y microfauna, desapareciendo completamente el Helis nemoralis.

Nivel II A: Lecho de cantos sobre el plástico y arcilloso nivel III. Pudieron ser aprovechados y acondicionados por el hombre como aislante.

Nivel II B: Transición IIA-III: primeros cantos angulosos clavados en III, observándose restos de materia orgánica que fueron introduciéndose entre las piedras.

Nivel III: Nivel arcilloso de color amarillento con pocas piedras y escaso material arqueológico. Los efectos de una reactivación cárstica desplazaron (y en parte erosionaron) dichos materiales a otros lugares. No obstante, en una zona muy restringida de las cuadrículas E5 y F5 aparecieron unos objetos líticos y óseos contenidos por unas piedras que frenaron su desplazamiento; aparte de otras piezas desperdigadas a lo largo del nivel.

Nivel IV: Nivel negruzco bastante lavado con materia orgánica, que padeció efectos similares, quizá menos intensos, a los del nivel III. Se han hallado bastantes restos materiales, destacando unas hojas de laurel y una azagaya con aplanamiento central.

Nivel V: Nivel arenoso amarillento y en discordancia erosiva con el nivel IV. Estéril.

Nivel VI: Nivel arenoso anaranjado muy compacto con cantos de pequeño y mediano tamaño, algunos de los cuales están alterados. Estéril.

Se constata que el depósito buza considerablemente hacia el interior de la cueva, en lógica adecuación a la disposición topográfica y a las características morfo-estructurales de la misma; pero el relleno del area vestibular nunca cerró completamente la entrada a la caverna.

La secuencia cultural en el vestíbulo de Cueva Llonín queda como sigue:

—Horizonte impreciso (nivel I).
—Magdaleniense superior (niveles II, IIA, IIB).
—Magdaleniense sin atribución cultural específica (nivel III).
—Solutrense superior (nivel IV).

La excavación del Vestíbulo dejó sin aclarar dos problemas. Primero: el final de la ocupación prehistórica de Llonín se atestiguaba muy imprecisamente en el nivel I, debido a las remociones producidas por la explotación industrial de la cavidad y por las raíces de la vegetación superficial, entre ellas las de tupidas y gruesas hiedras. Segun-

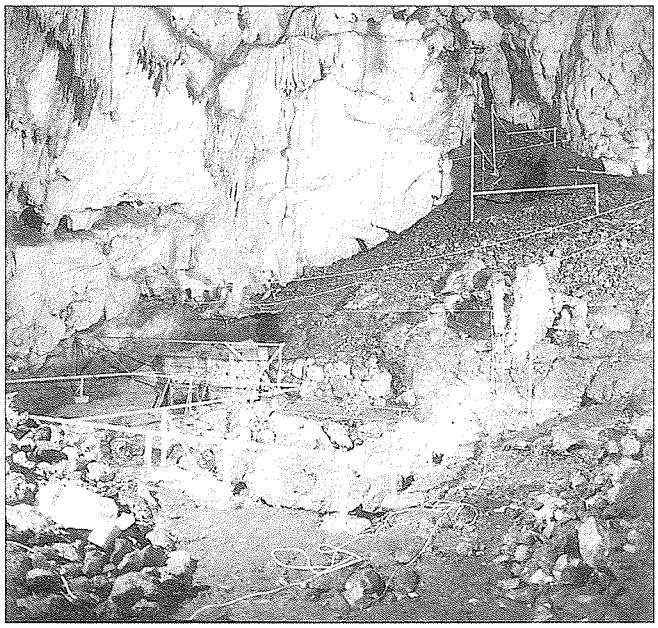


Fig. 3.—Llonín, 1990. General del Cono de Deyección con sus sectores de excavación. Arriba el sector Cono Anterior; abajo, el sector Cono Posterior.

do: la suma de la morfología basal del area vestibular y la dinámica post-sedimentaria, con erosiones y lavados sobre los niveles III y IV, sólo permitió una débil deposición en dicha area; deslizándose la mayor parte de sus materiales hacia el interior de la cueva, donde forman un enorme cono de deyección (fig. 3). La solución del primer problema podía encontrarse abriendo un sector de excavación en la parte más alta de la Galería, donde los materiales de ese nivel —e hipotéticamente los de los demás niveles— podían estar *in situ.* Con respecto al segundo, la caracterización de los niveles III y IV podía complementarse abriendo nuevos sectores de excavación en las partes anterior y posterior del Cono; eso sí, con materiales desplazados, de valor nulo para un análisis de distribución espacial, y siempre y cuando no lo complicara todo una posible inversión estratigráfica. Afortunadamente, el contraste que posteriormente pudo hacerse entre el Vestíbulo, el Cono Anterior y el Cono Posterior mostró que no se había producido inversión.

Cono posterior

El sector de excavación se encuentra hacia el final del Cono y es contiguo a la pared oeste de la cueva. Aquí, los industriales queseros cortaron el Cono y allanaron el terreno para instalar bateas de secado de quesos. Se planteó la excavación en esta zona porque en uno de los cortes preexistentes se veía una placa estalagmítica que sellaba a la serie sedimentaria y era adyacente a un area pintada y grabada.

La estratigrafía reconocida de 1987 a 1990 es la siguiente:

Nivel I: Placa estalagmítica.

Nivel II: Nivel negruzco muy cementado y parcialmente englobado en la placa estalagmítica. Abundante presencia de Helix nemoralis, Mytilus, Patella y carbones, pero son escasos los materiales líticos, óseos y faunísticos.

Nivel III: Nivel arcilloso-arenoso de color marrón. Prácticamente estéril.

Nivel IV: Nivel negruzco, subdividido en inferior y superior por la diferente intensidad de materia orgánica, con abundante material lítico (láminas de dorso, útiles solutrenses...), macro y microfauna, pero poca industria ósea.

Nivel Va: Costra estalagmítica alterada. Estéril.

Nivel Vb: Nivel arcilloso de color amarillo, concrecionado de forma no homogénea. Estéril.

Nivel VI: Nivel arcilloso-arenoso bastante suelto de color amarillo con restos faunísticos.

Nivel VIa: Algo más oscuro que el suprayacente con abundantes restos faunísticos, algunos líticos y un gran fragmento de ocre. Se han hallado cuatro agrupaciones organizadas de depósitos faunísticos, aparentemente antrópicas, cuya explicación se hará más adelante.

Nivel VII: Nivel arcilloso de color pardo y algo más oscuro que los precedentes. Presenta también algunas laminaciones. Ha aparecido abundante fauna, así como un oso casi completo con huesos en conexión anatómica.

Nivel VIII: Nivel oscuro, parduzco, producto de la presencia de materia orgánica. Apareció bastante fauna (destacando úrsidos, grandes felinos, así como cropolitos) junto a varias piezas líticas (punta, lascas, núcleo...).

Nivel IXa: Costra estalagmítica fragmentada y algo alterada. Estéril.

La serie I a VI fue excavada retranqueando el corte preexistente, pero falta en la mayoría de los cuadros del sector, donde el primer nivel in situ es el VIa, por debajo de la capa de revuelto producida por el allanamiento antes mencionado.

La estratigrafía reconocida ofrece las características propias de su situación al final de un cono de deyección: variaciones laterales, acuñamientos, abreviación en un solo tramo sedimentario de acontecimientos que podrían conservarse desglosados en la parte superior del Cono, etc. Pero en líneas generales, la secuencia es la siguiente:

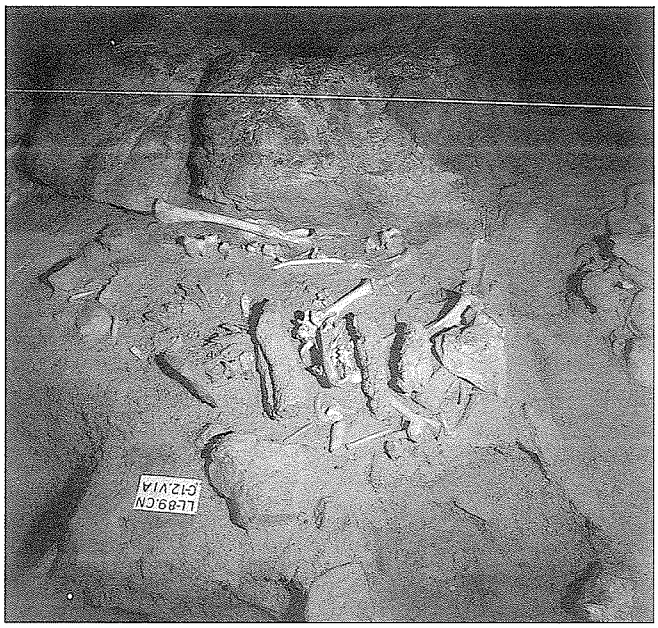


Fig. 4.—Llonín, 1989. Cono Posterior. Cráneo de pantera.

—Horizonte post-magdaleniense (niveles I y II).
—Horizonte sedimentario sincrónico al Magdaleniense (nivel III).
—Solutrense superior (nivel IV).
—Horizonte sedimentario sincrónico al Würm III (niveles Va y Vb).
—Paleolítico Medio o Superior Inicial, a falta de dataciones absolutas y elementos más diagnósticos (niveles VIa hasta VIII).

Un comentario particular merecen los hallazgos de las bandas de cuadros B, C y D. A modo de breve descripción, en las cuadrículas B12 y B13 apareció un círculo de piedras en cuyo interior se encuentran una serie de restos óseos de diferentes especies y, separadamente, un grueso fragmento de ocre rojo rayado y siete piezas líticas de buena materia prima. En la cuadríacula C12 apareció un cráneo de pantera enmarcado por tres fragmentos de estalactitas, dispuestas en paralelo dos a un lado y una al otro de dicho cráneo (fig. 4), así como clavijas de sarrio y estalactitas clavadas en el sedimento, junto a restos de varias especies de herbívoros.

En las cuadrículas D11 y D12 se hallaron otros dos círculos de piedras en cuyo interior se encuentra otro cráneo de pantera y un conjunto de huesos de diferentes animales. Resulta muy indicativo el alto grado de coincidencia específica que se observa tanto entre los huesos que acompañan a los dos cráneos de pantera, como entre los del primer y segundo círculo donde se da una asociación coherente compuesta por huesos de herbívoros, carnívoros y aves de la misma especie; abogando todo ello por una posible selección intencional.

Todas esas ¿"estructuras"? aparecieron separadas entre sí por vacios en lo concerniente a la fracción sedimentaria gruesa, y en ciertos casos a huesos u otro material, que no fuera la matriz global arcillosa. La importancia del hallazgo es singular por su cronología y por su aparente carácter antrópico. Aunque esta es la primera impresión de los arqueólogos, geólogos y paleontólogos del equipo, se decidió no levantar los restos y ampliar la excavación a los cuadros adyacentes, con objeto de ganar en visión espacial. La cautela podrá despejarse una vez que, tras una o dos campañas, se proceda al levantamiento y análisis pormenorizado de las asociaciones faunísticas, marcas de carnicería, etc.

Cono Anterior

Excavado de 1989 a 1990 en los cuadros H 3, 4, 5 y 6 presenta la siguiente estratigrafía (fig. 5):

Niveles I a V: Constituyen un paquete sedimentario revuelto y prácticamente estéril.

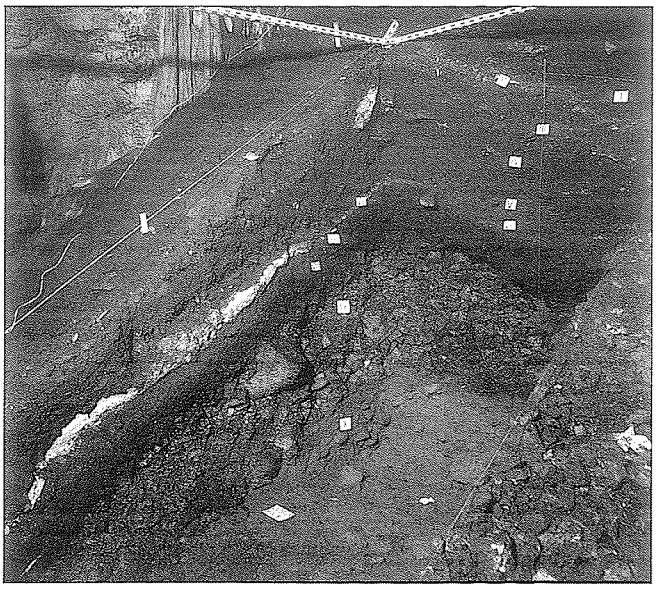


Fig. 5.—Llonín, 1989. Cono Anterior. Estratigrafía. El rodete aparece en la mancha clara que se ve sobre el suelo (nivel X) hacia la parte inferior derecha de la fotografía.

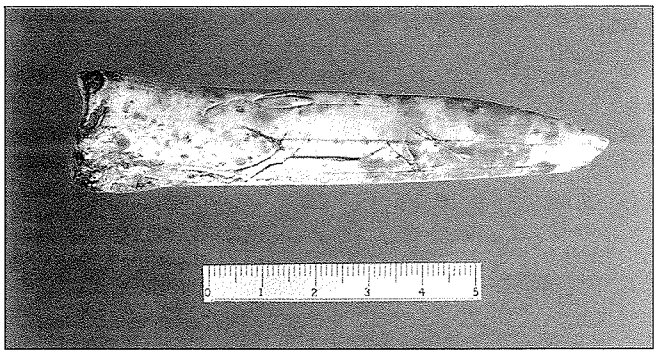


Fig. 6.—Llonín, 1989. Cono anterior. Metapodio con una cabra grabada (nivel X)

Nivel VI: Costra estalagmítica. Ocupa la mitad más próxima a la pared de las cuadrículas abiertas, y sella los niveles inferiores.

Nivel VII: Nivel negruzco en el que aparecieron varios fragmentos cerámicos y de carbonatos de cobre muy interesantes bien por su posición estratigráfica, bien por la exigüidad de la Prehistoria cerámica de Asturias.

Nivel VIII: Nivel negro con abundantes restos de carbón, malacofauna, vertebrados, algunos restos líticos y de arpón.

Nivel IX: Nivel muy lavado con grava y matriz muy escasa. Presenta valores normales de fauna e industria lítica, y bastante altos de industria ósea (azagayas ahorquilladas, y de otros tipos, varillas...), conteniendo singulares ejemplos de arte mueble: huesos grabados decorados, un metapodio con una cabra finamente grabada, y un fragmento de costilla profusamente decorada con signos y con cabras, algunas en visión frontal (figs. 6 y 7 a-b).

Nivel X: Nivel arcilloso-arenoso de color marrón claro y escasa fracción gruesa. Presenta, asimismo, valores normales de fauna e industria lítica, y bastante altos de industria ósea (azagayas, alguna patilla de azagaya ahorquillada, varillas...), conteniendo, también, singulares ejemplos de arte mueble: una espátula-bramadera, y un rodete grabado, segundo que aparece en la Región Cantábrica después del recuperado en el también asturiano Abrigo de La Viña (figs. 8 a-b).

Nivel XI: Nivel negruzco, levemente comenzado a levantar en la campaña de 1990, presentando materiales solutrenses.

La secuencia cultural en el Cono Anterior queda como sigue:

—Horizonte atribuible a la Edad de Bronce (nivel VII).
—Magdaleniense Superior Evolucionado (nivel VIII).
—Magdaleniense Superior Inicial (nivel IX).
—Magdaleniense Medio (nivel X).
—Solutrense Superior (nivel XI).

Se han conseguido parte de los objetivos planteados al haber encontrado varios niveles arqueológicos fértiles (IX y X), que precisan y caracterizan mejor la secuencia del Vestíbulo. Además, el hallazgo de los materiales óseos citados tiene implicaciones muy significativas en la interpretación de unos episodios poco frecuentes, por ahora, en la Región Cantábrica.

Galería

Entre 1989 y 1990 se han excavado las cuadrículas B 4, 5 / C 4, 5, ofreciendo la siguiente estratigrafía:

Nivel I superficial: Revuelto. Cola de arpón con protuberancia bilaterial.

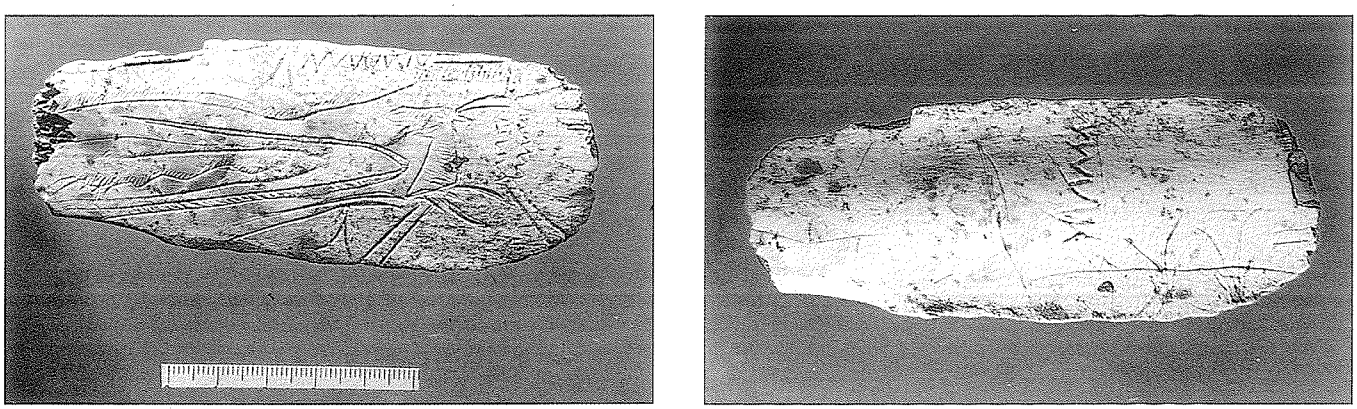


Fig. 7.—Llonín, 1990. Cono Anterior. Costilla grabada; caras a y b. Cabras vistas de perfil, de frente y signo complejo

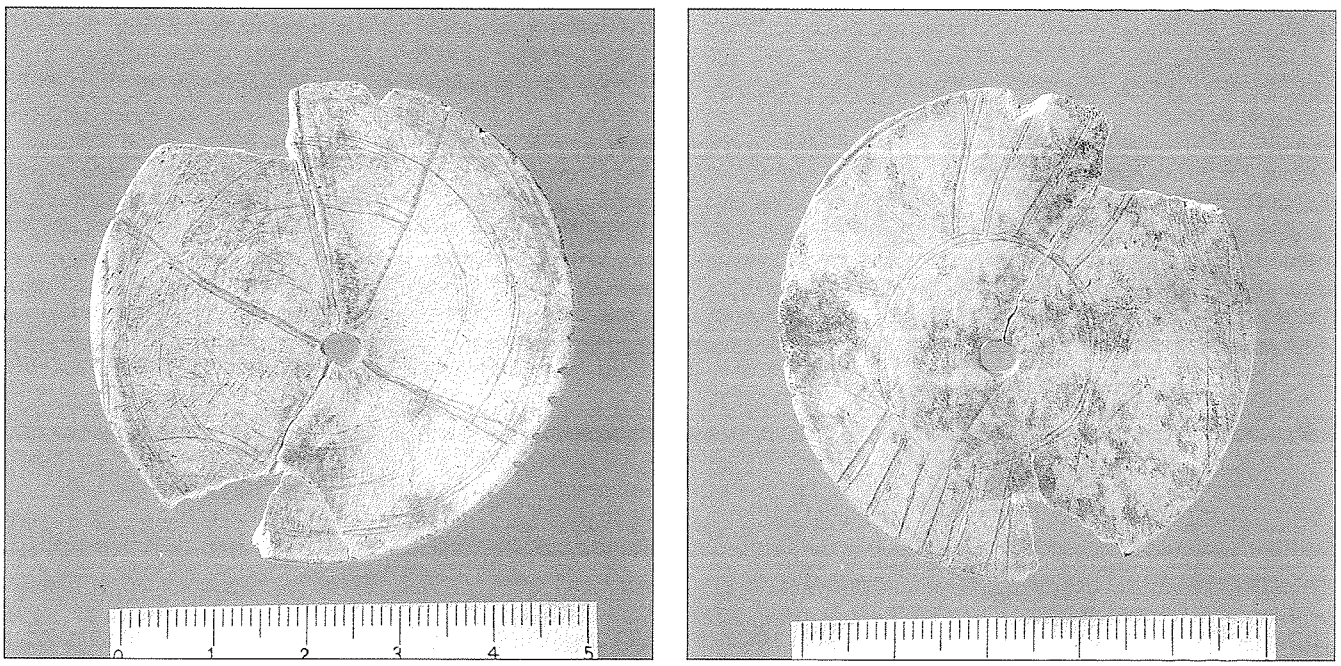


Fig. 8.—Llonín, 1989. Cono Anterior. Rodete perforado; caras a y b.

Nivel I: Nivel muy negro y muy suelto. Aparecen algunos materiales, pero en general es bastante pobre. Cola de arpón con protuberancia bilateral.

Nivel II: Nivel marrón oscuro, con matriz arcillosa más o menos compacta. Valores normales de fauna e industria lítica, y relativamente altos los de industria ósea, pudiéndose subrayar un arpón de una hilera de dientes rectilíneos profusamente decorado, azagayas ahorquilladas, y una varilla plano-convexa con decoración pisciforme. Han aparecido dos hogares afectando uno de ellos a las cuadrículas C4/C5 y el otro a B4/B5. En la campaña de 1990 se dejó toda el area excavada a techo del nivel III.

Las series sedimentarias reconocidas en la Galería, Vestíbulo y Conos Anterior y Posterior son coherentes entre sí. La correlación entre sus niveles podría ya exponerse en estas líneas, pero nos remitimos al futuro capítulo monográfico que redactará el Dr. Hoyos. Limitándonos ahora a la ocupación prehistórica de la cueva, señalaríamos una presencia poco intensa, al menos en términos de habitación y según los datos de donde ha podido reconocerse, pero muy antigua. Por el momento, prefirimos mantenernos en la disyuntiva Paleolítico Medio/Paleolítico Superior Inicial, aunque los contextos faunísticos de los niveles VIII, VII y VIa del Cono Posterior aludirían a una composición antigua. Los escasos testimonios líticos de esos niveles están asociados en el VIa a ocre rojo y unas agrupaciones de cantos y fauna, cuya interpretación nos reservamos por el momento.

Siguió un verosímilmente dilatado período sin evidencias de ocupación, ya sean líticas o faunísticas, a lo largo de los niveles VI y Vb, hasta el acontecimiento climático que marca en el Cono Posterior el encostramiento estalagmítico de su nivel Va. La posición de la serie en la secuencia señala, en todo o en parte, el espacio temporal del Würm III. Con el nivel IV la presencia Solutrense se atestigua no sólo en el Cono Anterior sino también en el Posterior y en el Vestíbulo. Donde igualmente se registra la siguiente ocupación humana en tiempos del Magdaleniense Medio, al que siguieron dos fases sucesivas del complejo Magdaleniense con arpones, si a los datos del Cono Anterior sumamos los del Vestíbulo y la Galería. El final del Würm está imprecisa y confusamente representado en esos dos sectores a causa de las remociones de época histórica. La única información fiable procede del Cono Anterior donde, sobre su nivel VIII y casi sin solución de continuidad se depositó el menguado y pobre nivel VII, que albergó unas pocas cerámicas pertenecientes al ajuar de prospectores metalúrgicos que aprovechaban los rellenos cárs-

ticos. Su parca presencia no sólo se atestigua en Llonín. Sobre el nivel VII se depositó una gruesa placa estalagmítica, que englobó alguna de aquellas cerámicas y selló la utilización prehistórica de la cueva.

ARTE PARIETAL

En la monografía de M. Berenguer se realiza un primer análisis de las fases pictóricas, estilos y técnicas y se avanza una atribución cronológica y cultural. Las figuras fueron copiadas mediante dibujo "directo a mano alzada", con objeto de evitar otros procedimientos, indudablemente agresivos, como las copias sobre soportes transparentes superpuestos a la roca, entonces ya en desuso. La monografía es adecuada a los fines que se propuso el autor, supone un gran trabajo de copia en condiciones poco favorables y da una imagen suficiente del arte de Llonín, si lo que se pretendía era dar una visión global del mismo.

La aparición de nuevas figuras en el panel principal, así como la necesidad del registro y estudio de otros paneles también pintados y grabados, pero sólo simplemente citados por M. Berenguer, aconsejó el registro del arte de Llonín con otras técnicas. La excavación paralela de su yacimiento arqueológico, por otra parte, sacaba al arte del plano meramente técnico, estilístico y de estratigrafía parietal.

La opción técnica fue difícil. La fotogrametría hubiera sido el procedimiento idóneo para restituir la morfología y curvas de nivel de la pared, así como las pinturas y grabados más visibles. Pero, aunque no excluímos su utilización para esos fines, su alto costo o razones de no coincidencia administrativa en el momento oportuno y, también, que serían necesarios demasiados pares estereográficos para la fase artística más interesante —la de grabado de trazo múltiple con modelado interno estriado—, impidieron su utilización. En lu lugar, se trazó un eje longitudinal frente al panel principal. Controlando su verticalidad y su alineamiento con relación a dicho eje, se anclaron al suelo, a lo largo de 12 m. y a intervalos de 2 m., siete perfiles angulares ranurados cuya sujeción se realizó mediante alambre y tensores. La parte inferior de estos perfiles fue enlazada horizontalmente por una línea del mismo material, que partía de un plano 0 elegido sobre el suelo en el perfil vertical del extremo izquierdo. Dicho plano 0 fotográfico se puso, asimismo, en relación con el plano 0 de la excavación del vestíbulo. Teniendo en cuenta la distancia media entre el panel y la estructura metálica que estaba montándose y que el formato de la cámara fotográfica a emplear aconsejaba su desplazamiento vertical y horizontal cada 35 y 50 cm. respectivamente, se atornillaron una segunda y tercera línea de enlace de los perfiles verticales a 105 y 210 sobre 0 fotográfico. Las alineaciones intermedias a 35, 80, 140 y 175 cm. fueron obtenidas situando en las alturas correspondientes un nuevo perfil según iba avanzando el registro fotográfico. De tal modo, sobre esta estructura metálica pudo ir desplazándose una cámara fotográfica según una cuadrícula de 6 cuadros a lo alto (A a F) y 24 a lo largo (1 a 24), tomándose un total de 144 fotografías (fig. 9).

La cámara empleada fue una Polaroid 600 SE con objetivo Mamiya 1: 4, 7, f: 127 mm. con chasis para película Polaroid 665, que proporciona instantáneamente sendos positivos y negativos blanco y negro de alta resolución y formato de 9,5x7,3 cm.

Aunque la distancia focal del objetivo empleado es lo suficientemente larga como para hacer tolerables las distorsiones ópticas laterales, al plantear el cuadriculado fotográfico se tomó la precaución de hacerlo tan tupido que de cada negativo de 9,5x7,3 cm. pudieran emplearse sólo los 4,7x3,6 cm. centrales. De este modo cada negativo se solaparía no sólo con los contiguos sino también con los

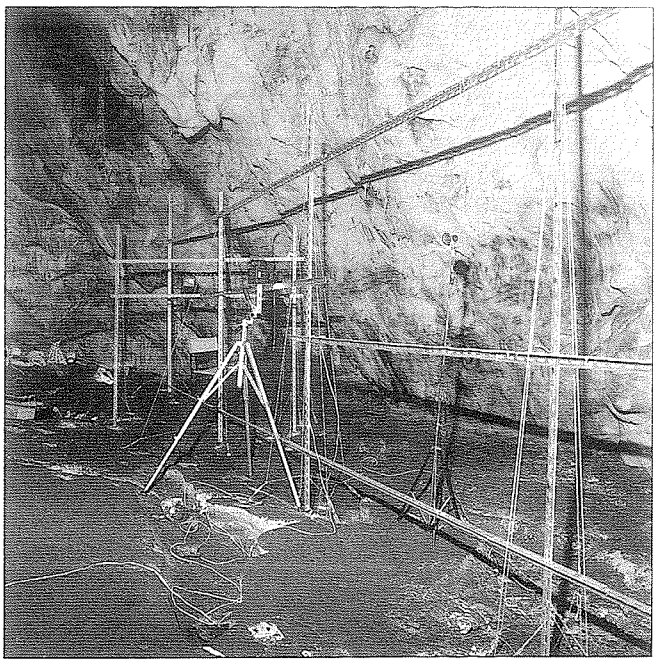


Fig. 9.—Llonín, 1988. Gran Sala. Realización del mosaico fotográfico del Panel Principal.

siguientes a estos, pero ese solapamiento se obtendría también utilizando sus rectángulos centrales, con lo que se eliminarían suficientemente las distorsiones laterales.

Posteriormente, después de varias pruebas, los negativos se han positivado en papel plastificado tomando como referencia la ampliación a escala de la mitad del tamaño natural entre dos puntos elegidos en el centro del cuadro B-6, ampliación que se mantuvo en los 143 cuadros restantes, que fueron fotografiados desde el mismo plano vertical. Esto, unido a las sinuosidades del panel rupestre con relación a aquel plano vertical, hace que las figuras más alejadas fueran registradas por la cámara a menor tamaño y a la inversa con las más cercanas. Pero la constante del mismo plano vertical fotográfico y la utilización del 50% central de cada negativo hacen que las diferencias entre lo real y lo registrado queden subsumidas y matizadas de modo uniforme. No obstante, en el inventario final de las figuras serán dadas sus dimensiones reales. Salvo en contadas zonas que tendrán un tratamiento especial, no existen en el panel principal fuertes sinuosidades con planos sensiblemente perpendiculares al plano vertical fotográfico, lo que crearía inaceptables distorsiones proyectivas.

La documentación fotográfica así obtenida y la que ulteriormente se realice con distintos soportes a color y luces de 3.200 K. o ultravioletas, cotejada *in situ* con la realidad, constituirá la documentación básica para el posterior registro y reproducción convencionales de los paneles de Llonín. Ciertamente no faltarán problemas de escala, ajuste y distorsión, pero podrán solventarse de modo satisfactorio según el umbral elegido, a falta de otros medios, que, si bien solucionarían unos problemas, no lo harían con otros.

Paralelamente se repasaron visualmente todas las paredes del primer y segundo nivel kárstico de los tres que consta la caverna en busca de aquellos otros paneles que habían sido solamente mencionados por M. Berenguer. En la actualidad, además de las representaciones ideográficas de la galería superior, hemos localizado un total de cuatro paneles y tres representaciones aisladas en la Gran Sala. Una vez culminado este proceso, se inició una lectura detenida de cada panel, comenzando por aquellos que más complejidad presentaban tanto por la densidad de las representaciones como por la técnica utilizada: grabado fino de trazo múltiple de contorno y estriado interior.

Aún sin completar la lectura de todo el arte de la cueva, cuantitativamente han aparecido 57 nuevas figuras y 21 signos, agrupados por temática y técnica como sigue:

	1	2	3	4	5
A				2	1
B	27	3	4	1	
C	2	7			
D		3	1		
E	2	3	1		
F		5		14	2

(1= Grabado de trazado fino, múltiple de contorno y estriado interior, 2= Grabado de trazado fino y simple, 3= grabado de trazado simple y profundo, 4= Pintura roja, 5= pintura negra. A= Bóvidos, B= cérvidos, C= équidos, D= cápridos, E= cuadrúpedos, F= signos).

En otro orden de cosas, el suelo actual ante el panel principal es el producto de una reconstrucción litoquímica muy posterior a las pinturas y grabados. Por ello, se han realizado en la parte izquierda del panel y a diferentes distancias, cinco sondeos con una máquina perforadora (3 cm. de diámetro) hasta una profundidad de 25 cm. En tres de ellos, y a unos cinco cm. de profundidad, se encontró un nivel negro intenso de unos tres cm. de potencia que, en principio, pudo constituir al menos uno de los suelos desde los que se pintara y grabara la pared. Un fallo mecánico impidió seguir profundizando en la perforación.

Por último, en la década de los setenta se había instalado una verja en la Galería Superior, impidiendo la entrada a un sector con representaciones parietales. Esta circunstancia nos obligó a cortar y sustituirla por una puerta. Una vez practicado el acceso, se reconocieron varios signos cuadrangulares y angulares paralelizables a los ideomorfos de algunas cuevas santanderinas (fig. 10).

VALORACION Y PLAN DE TRABAJO

En una valoración preliminar de los principales resultados destacaríamos en lo concerniente a las excavaciones:

Los niveles VIa hasta VIII del Cono Posterior. A nadie puede escapársele el interés del carácter organizado aparentemente antrópico de los materiales de VIa. A reservas de una toma de postura, en cualquier caso quedaría la composición faunística de esos niveles.

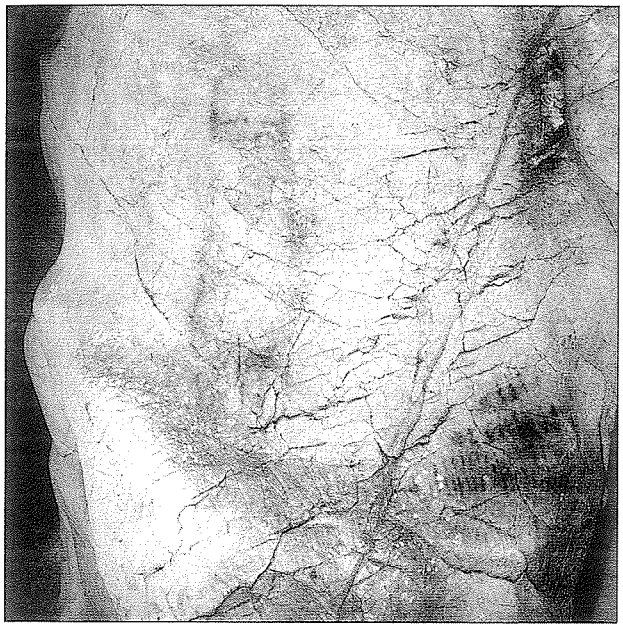


Fig. 10.—Llonín, 1990. Galería Superior. Signos

Las ocupaciones correspondientes al Solutrense superior, Magdaleniense medio y a otras dos fases del superior. Es de suma importancia el inequívoco reconocimiento de un nuevo horizonte Magdaleniense medio en el oriente de Asturias, que viene a sumarse al recuperado en el centro de la región (La Viña). Por otra parte, son muy pocos los yacimientos cantábricos que conservan superpuestos niveles del Magdaleniense medio y superior; dejando a un lado viejas identificaciones no exentas de algún problema. Esa superposición sólo aparece modernamente en Las Caldas, y, sensu stricto, en La Viña y Llonín. Para una valoración más detenida del Magdaleniense medio cf. el artículo de los firmantes en *Archivo de Prehistoria Levantina,* n.º XX, 1991 (en prensa).

La carencia de niveles pertenecientes al Magdaleniense inferior cantábrico, lo que proyecta serios problemas sobre el arte parietal de la cueva.

En lo que respecta al arte:

El descubrimiento de un número significativo de nuevas pinturas y grabados.

Tal y como había reconocido M. Berenguer, las fases roja y de grabados a trazo múltiple y estriados modelantes se suceden y superponen, pero con una mayor complejidad. La roja suma en el panel principal un bisonte a su ya conocido componente de signos rectilineos, curvilineos y un antropomorfo. Este bisonte es una de las primeras figuras ejecutadas y su pigmentación y aparente infraposición a los otros motivos rojos podría aludir a una fase más antigua semiborrada. La fase de grabado múltiple y estriados podría a su vez dividirse en dos: una la comprenderían las ciervas tipo Castillo/Altamira y otra el bisonte, caballos y cápridos; esta última podría situarse en el Magdaleniense superior inicial.

Casi no existe solución de continuidad entre la fase roja y la de ciervas a trazo múltiple: en la pared del Cono Posterior se repite el esquema típico de la cueva de dos ciervas cruzándose con las grupas fundidas, pero una está pintada en rojo y la otra, grabada, se le superpone. Ello podría hacernos pensar en una relación directa e íntima entre las dos fases, o incluso que fueran una sola, pero creemos que se trata de la integración de una figura anterior para componer un esquema compositivo tan típico de la fase grabada como el de las ciervas cruzándose, cuya raíz es solutrense (Lluera I). El fundamento de esta opinión se encuentra en el arte de la Galería. Allí, dejando a un lado algunos trazos lineales dispersos posiblemente humanos y una mayoría debidos a osos y murciélagos, no se atestigua el grabado múltiple o estriado, sino únicamente signos rectangulares y angulares en rojo, con la misma técnica que las pinturas de la Gran Sala. Y no deja de ser significativo que tales signos se ubiquen en contextos topográficos muy apartados o al menos segregados de los grandes paneles, tal y como parece ser la norma del arte paleolítico asturiano de época antigua y media.

Las tintas planas modelantes asociadas a grabado de los dos bisontes del panel principal, que ya M. Berenguer paralelizara con los bisontes de Le Portel, encontraría su correlato arqueológico en los rodetes de la cueva pirenáica y de Llonín.

Los paneles principal y del Cono Posterior, particularmente el primero, son de una gran complejidad diacrónica, lo que hace sumamente difícil el reconocimiento de las organizaciones topo-iconográficas por sincronías. En cualquier caso, todo parece indicar que el uso artístico de la cueva era pleno durante el Magdaleniense superior.

Es obvio que los trabajos de Llonín están aún en la fase de acumulación informativa, por lo que esta valoración es preliminar.

Por todo lo antedicho, el plan de trabajo a partir de 1991 consistirá en:

La continuación de las excavaciones en la Galería, porque, según lo hasta ahora visto, parece ser que allí puede encontrarse toda la secuencia ocupacional reuniendo las condiciones de lo que convencionalmente se entiende por *in situ.*

Abrir nuevas cuadrículas en el Cono Anterior, particularmente las que afecten a los estratos XI, X y IX, porque, a pesar de la posición secundaria de sus materiales, se refieren a episodios poco conocidos en el Cantábrico.

Terminar de excavar las bandas B, C y D del Cono Posterior para el mejor control espacial, levantamiento y toma de postura ante las agrupaciones arriba mencionadas.

Oviedo, enero de 1991

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO, M. (1980): *Los grabados de trazo múltiple en el arte cuaternario español. Altamira Symposium.* Madrid, pp. 27-71.

APELLANIZ, J.M. (1980): *El método de determinación de autor en el Cantábrico. Los grabados de Llonín. Altamira Symposium.* Madrid, pp. 73-84.

ARAMBURU, F.J. (1984): *Contribución al estudio espacial del Paleolítico superior cantábrico: el caso asturiano. Arqueología Espacial.* Teruel, t. II, pp. 181-191.

BERENGUER, M. (1979): *El arte parietal prehistórico de la Cueva de Llonín.* Oviedo.

FORTEA, J.; RASILLA, M. de la; RODRIGUEZ, V. (En prensa): *Sobre un rodete perforado de Llonín (Asturias).* Archivo de Prehistoria Levantina, n.º XX, 1991.

GOMEZ-TABANERA, J.M. (1979): *El arte prehistórico de la cueva de Llonín (Peñamellera Alta. Alles) y la lógica de la conexión de los símbolos de la Prehistoria y Etnografía astures.* Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, n.º 96-97, pp. 421-444.

LEROI-GOURHAN, A. (1988): *Dictionnaire de la Préhistoire.* P.U.F. París.

LOPEZ MORA, J.F. (1988): *El mundo de los grabados de las cuevas de la Peña de Candamo y Llonín (Asturias).* Studia Zamorensia, IX, pp. 75-84.

ABRIGO DE LA VIÑA. INFORME DE LAS CAMPAÑAS 1987 A 1990*

Javier Fortea Pérez

Las campañas de excavación llevadas a cabo desde 1987 a 1990 se han sujetado a los tres fines propuestos en el informe de 1986: terminar de excavar el estrato IV en ambos sectores, ampliar el corte de referencia en el Sector Central y continuar profundizando en el Sector Occidental para establecer su corte de referencia (fig. 1).

I. EXCAVACIONES

I.1. *Sector Central*

Entre 1980 y 1986 fue estableciéndose el corte de referencia en la banda de cuadros 14, desde G, contiguo a la pared grabada, hasta B, al exterior y en la zona de ruptura de pendiente. De G a B se fueron dejando escalones a medida que se iba reconociendo un estrato, por lo que el fondo del abrigo sólo pudo alcanzarse en el cuadro B-14 y parte del C-14. La estratigrafía se mostró más elocuente en la zona cubierta por la visera actual del abrigo (de G a la vertical de C-D), que en la descubierta. Aquí no se identificaron las divisiones internas de V y el paquete VI ofrecía una sedimentación masiva, difícil de diferenciar, con elementos solutrenses a techo y gravetienses a muro; el estrato VII representaba el último retroceso de la visera del abrigo y los VIII y IX, poco diagnósticos, pertenecían al Auriñaciense *sensu lato*.

En consecuencia, se reinició el corte de referencia en los cuadros cubiertos por la visera, con la esperanza de poder caracterizar mejor sedimentaria y culturalmente a la serie desde el techo de VI hacia abajo. Los estratos IV y V se excavaron en G-14, en la pequeña superficie que tiene desde su comienzo hasta la pared del abrigo, y el V lo fue en F, coincidiendo las características de ambos con lo ya observado, salvo pequeñas particularidades que expondremos en la futura memoria. La estratigrafía subsiguiente, puesta de relieve desde la mitad derecha de D hasta G-14 es la siguiente (fig. 2; descripción de M. Hoyos):

* Este informe y los cinco siguientes, redactados por los Drs. Rodríguez Asensio (cueva de La Lluera II), Corchón Rodríguez (cueva de Las Caldas), González Morales (abrigo de Entrefoces) y de Blas Cortina (túmulos de La Cobertoria y minas de El Aramo) constituyen la aportación del Proyecto de Investigación Intregrada Nalón Medio a lo largo del cuatrienio 1987-1990

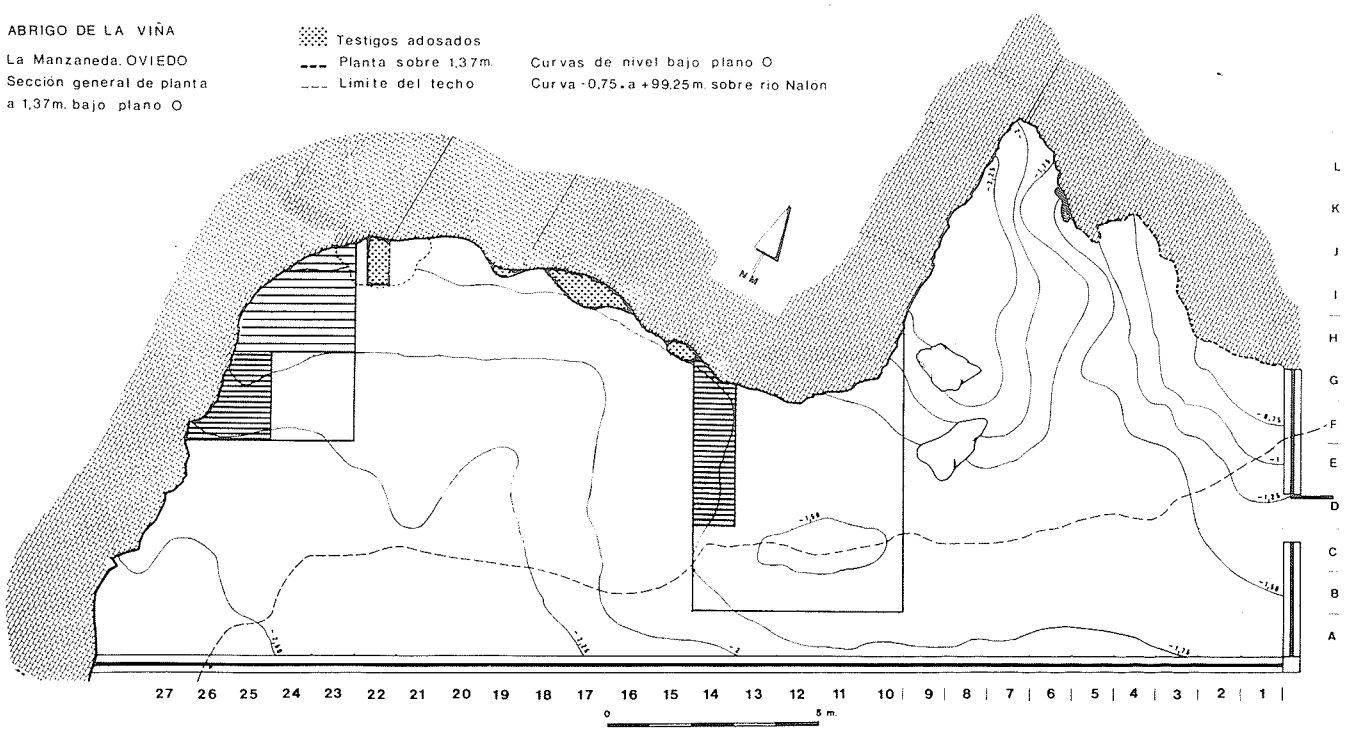


Fig. 1.—La Viña. Planta general con la indicación de los sectores abiertos. Con trama apretada, los cortes de referencia; con trama más clara, los cuadros en los que se ha excavado el estrato IV de 1987 a 1990.

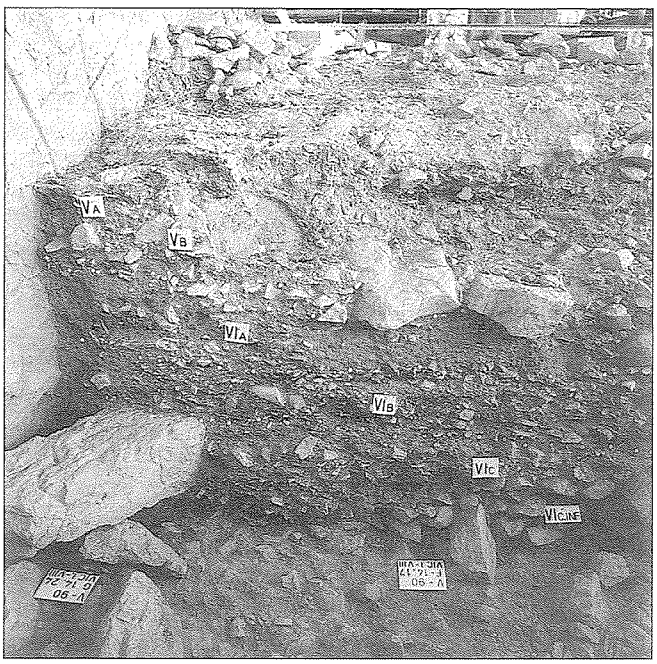


Fig. 2.—La Viña, 1990. Sector Central. Estratigrafía del corte de referencia en los cuadros F y G-14 (corte frontal anterior)

VIa: Arcillas compactas pardo amarillentas con cantos pequeños y un cierto tendido horizontal. Tanto los cantos como los huesos presentan fuertes alteraciones. Sin ruptura sedimentaria con el inferior.

VIb: Matriz arcillosa análoga a la anterior, con mayor proporción de cantos e incluyendo algún bloque. Estratificación masiva. El grado de alteración de los cantos es similar a la anterior.

VIc: Cantos y gravas englobados en una matriz arcillosa pardo rojiza. La estructuración interna del nivel presenta a techo cantos más pequeños y en menor proporción que hacia la base, donde son más gruesos y abundantes. La estratificación es masiva en ambos tramos, aunque con un cierto tendido horizontal más acusado en el superior.

VII: Nivel de grandes bloques de desprendimiento de la visera, con escasa matriz procedente en su mayor parte de percolación desde el nivel superior. Este nivel sólo está representado en la zona externa del abrigo.

VIII: Descubierto su techo al finalizar la campaña de 1990. Está compuesto por arcillas marrón rojizas que engloban gravillas y cantos pequeños con estratificación masiva y muy compacta.

I.2. *Identificación cultural*

El estrato IV ofreció los materiales acostumbrados en la reducida extensión excavada: la monotonía de abundantes buriles, raspadores y laminitas con borde abatido. De entre lo óseo destacan una varilla plano convexa, rota, vigorosamente decorada (fig. 3), y dos huesos grabados, uno con la cabeza de un sumario caballo (fig. 4) y el otro con un antropomorfo o un extraño animal (fig. 5). En cuanto al estrato V, su adscripción al Solutrense superior queda probada por una punta de base cóncava entre otros elementos.

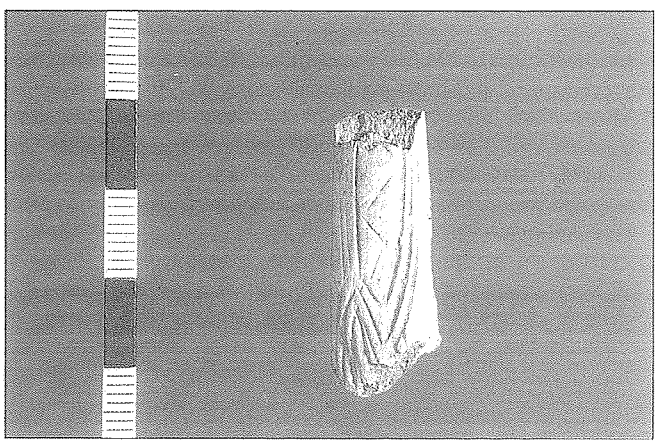


Fig. 3.—La Viña, 1987. Sector Central. Varilla rota

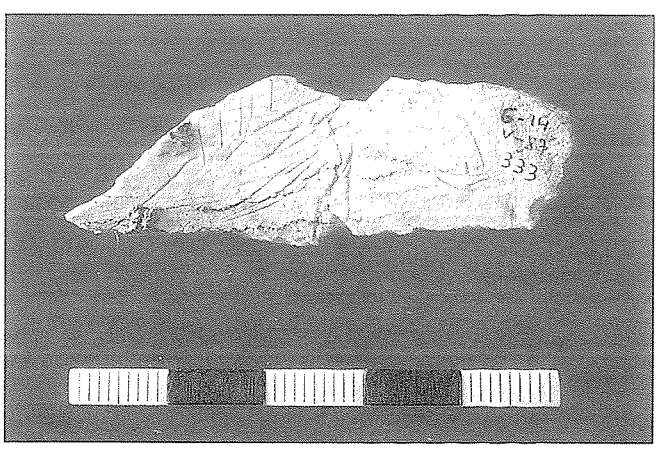


Fig. 4.—La Viña, 1987. Sector Central. Hueso con la cabeza grabada de un caballo

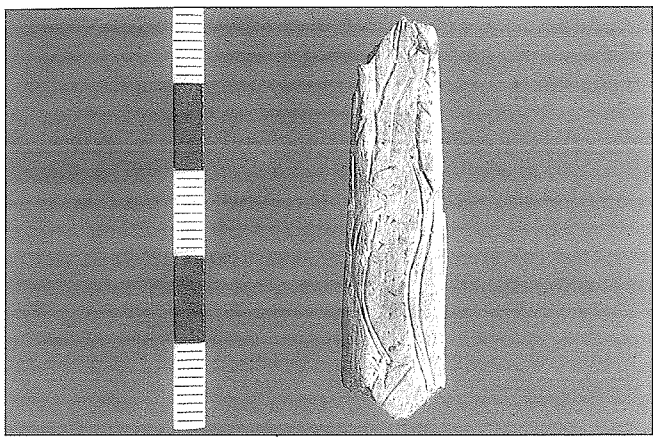


Fig. 5.—La Viña, 1987. Sector Central. Costilla grabada

La serie más interesante es la VI cuyas divisiones tienen significación estratigráfica y cultural. Así, en el cementado y durísimo VIa, entre otros elementos solutrenses, aparecieron piezas de regular tamaño bifacialmente conformadas mediante amplios retoques planos. Estas piezas señalan en el Solutrense regional una etapa anterior a su Solutrense superior y a veces han sido denominadas bifaces solutrenses (Corchón, 1981).

En el estrato VIb, el componente con borde abatido es el elemento más característico. Al menos hay tres puntas de la Gravette y un componente microlaminar satisfactoriamente numeroso y cualitativamente claro: micrograve-ttes, simples laminitas con borde abatido, alguna con los dos bordes, y una punta con retoques planos de adelgazamiento y acomodación que se clasifica en el tipo de Vachons.

El estrato VIc suma buriles de Noailles a un conjunto microlaminar con borde abatido.

Finalmente, el estrato VIc inferior sigue mostrando elementos gravetienses, aunque con una cantidad mucho menor.

La información recuperada, aunque cuantitativamente discreta, ha satisfecho las demandas, y sus datos estratigráficos, sedimentarios y culturales son pertinentes. Pero, como veremos, son menos elocuentes que los que paralelamente se iban obteniendo en el Sector Occidental.

I.3. *Sector Occidental*

Entre 1984 y 1986 se excavaron los retazos del estrato III en las bandas I y J para precisar su conexión con el Testigo 1 adosado a la pared; así mismo, se empezó a excavar el estrato IV en todos los cuadros del sector y se inició el corte de referencia en las bandas F y G, tras vaciar y regularizar con respecto a la cuadrícula aérea las paredes de una zanja y un pozo de una excavación desconocida, que afectaba a esas bandas (fig. 6). En 1986 se llegó hasta el estrato VI y de entonces acá, la continuación del corte en los cuadros G-25 y 26 (más lo que va incorporándose de G-27, contiguo a la pared extraplomada, a medida que se profundiza) y, parcialmente en F-25 y 26 hasta el estrato VII, ha permitido reconocer la siguiente estratigrafía (fig. 7; descripción de M. Hoyos):

VI: Arcillas pardo grisácesas que engloban cantos dispersos y muy alterados. Hacia la base predominan los restos óseos, materia orgánica y cantos recubiertos de fosfatos. La estratificación es masiva con aspecto muy poroso y suelto.

VII: Arcillas marrón claro con elementos gruesos muy dispersos y alterados. Estratificación masiva, aspecto poroso y bioturbado por raíces (alguna de ellas pudo moldearse durante la excavación.

VIII: Arcillas marrones con cantos y algún bloque. Estratificación masiva, ligeramente paralela en la parte infe-



Fig. 6.—La Viña, 1990. Vista general del Sector Occidental. A la derecha de la figura, el Testigo nº 1 adosado a la pared; a su izquierda, superficie erosiva a techo del estrato V (obsérvese el gran canal de evacuación en el ángulo inferior derecho del sector abierto); a la izquierda de la figura, el corte de referencia desde el techo de V hacia abajo

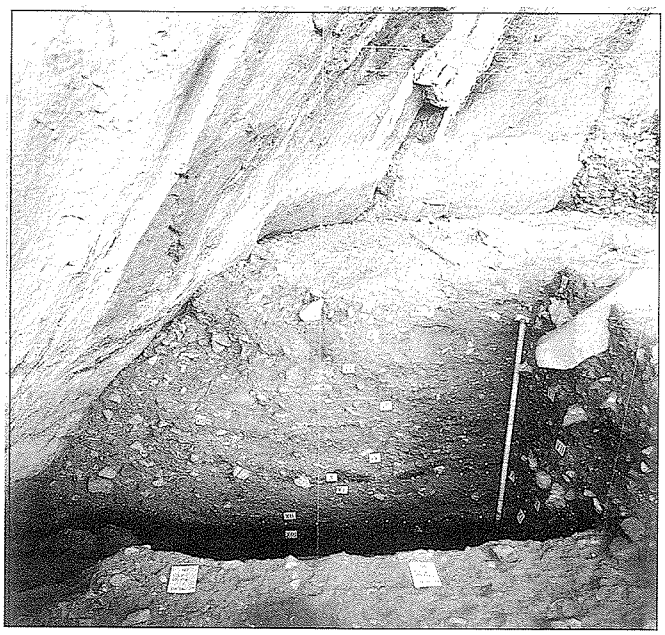


Fig. 7.—La Viña, 1990. Sector Occidental. Estratigrafía del corte de referencia (corte lateral derecho por G-25 y 26).

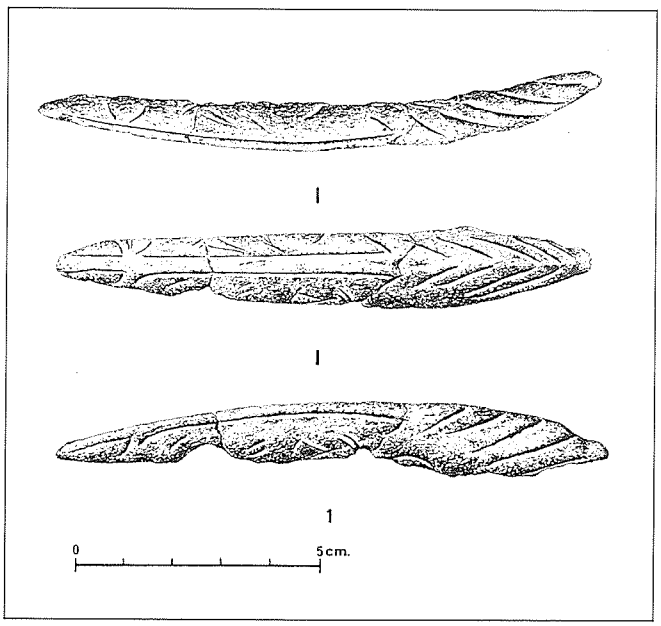


Fig. 8.—La Viña, 1987. Sector Occidental. Objeto de suspensión o elipse

rior. Los cantos y bloques presentan fuerte alteración postsedimentaria. Ligeramente bioturbado.

IX: Arcillas marrones con abundantes gravas y gravillas y escasos cantos que presentan aristas redondeadas y alteración en la superficie. Estratificación masiva.

X: Estrato discontínuo, de carácter eminentemente antrópico, con abundancia de restos óseos y líticos.

XI: Arcillas que engloban cantos y gravas calcáreas, angulosos y subangulosos, algunos con fracturación secundaria. Estratificación masiva. Contacto con el inferior ligeramente deformado.

XII: Arcillas arenosas rojas cementadas por carbonatos, más abundantes en la zona superior (XIIa), aunque esta carbonatación secundaria puede llegar a afectar a todo el estrato, incluso al techo del infrayacente. Escasos elementos gruesos fuertemente alterados y recubiertos de concreccionamientos carbonatados y/o fosfatados; mayor abundancia de matriz en la parte inferior (XIIb); estratificación paralela "hojaldrada".

XIII: Corresponde a la base de la excavación en 1990. Está compuesto de arenas arcillosas rojas con restos de carbón y huesos dispersos. Los detríticos gruesos están constituidos exclusivamente por elementos de industria lítica. Estratificación paralela "hojaldrada".

I.4. *Identificación cultural*

En 1990 se terminó de excavar todo el estrato IV, engrosado en algunos cuadros a causa de la muy irregular topografía del techo del estrato V, debida a erosiones anteriores. Algunas variaciones y facies zonales serán expuestas en la futura memoria. En lo que ahora nos interesa, el material arqueológico fue el esperado. No apareció ningún rodete o perfil/contorno recortado más, y entre lo característico citariamos: azagayas, azagayas ahorquilladas, el fragmento de otra muy pirenaica decorada con guirnaldas por ambos lados, una acanaladura longitudinal no lisa, sino entallada, por una cara y cuatro profundas incisiones simétricas por la otra; un hueso con un salmón grabado-esculpido, al que ¿roto? se le superpuso una figura de caballo semiborrando a la figura anterior; una elipse (fig. 8); varillas, entre ellas un pequeño fragmento proximal o distal con decoración excisa espiraliforme aparecida en el relleno de un agujero de goteo sobre el estrato V etc. Al material lítico normal se añade un conjunto de plaquetas, algunas de ellas sobre soporte de caliza griotte, profusamente grabadas a pleno campo y de altísima calidad. Todo este material está en estudio y será ofrecido en la futura memoria (su valoración preliminar en Fortea, 1989, 1990 a y b y Fortea *et alii* 1989 y 1990).

En el corte de referencia, el estrato V, con puntas de muesca y de base cóncava, pertenece al Solutrense superior y el VI a los comienzos de ese complejo industrial en la región. Este último se muestra particularmente abundante en el Sector occidental: sólo en una superficie horizontal de algo más de 100x33 cm. y un grosor medio de 17 cm. (véase más adelante, II: columnas de muestreo) aparecieron 15 piezas solutrenses.

Pero el objetivo principal del corte de referencia se cifraba en los subsiguientes estratos. Del mismo modo que en el VIa del Sector Central, lo más significativo en el VII del Occidental es un material de inequívoca filiación gravetiense: algunas puntas de la Gravette de tamaño medio, micrograveltes y laminitas con borde abatido que se asocian a buenos buriles. Una mención especial merece lo que podrían ser los dos tercios distales de la cabeza de una punta pedunculada perigordiense. Y entre lo óseo, lo más significativo serían fragmentos de azagayas de marfil directamente relacionables con las del nivel G de Cueto de la Mina.

El estrato VIII siguió proporcionando buenos buriles, láminas y laminitas con borde abatido, alguna microgravette y una pieza en la que se reconocerían comodamente el pedicelo, el comienzo y el tercio anterior de la cabeza de una punta pedunculada, más o menos próxima al tipo de Font Robert, por allí rota. Una pieza más podría clasificarse como pedicelo de otra punta del mismo tipo.

Con respecto al estrato IX, el componente microlaminar con borde abatido está bien representado. Se añade el tipo buril de Noailles y una punta gibosa con borde abatido.

El estrato X aloja piezas típicas del buril de Noailles.

El signo industrial cambia hacia el Auriñaciense con el estrato XI: raspadores carenados o en hocico, buriles asimilables al tipo busqué, alguna dufour testimonial, alguna lámina con retoque auriñaciense y láminas estranguladas con o sin ese retoque. Pero quizá a lo que se deba prestar mayor atención sea a un pequeño canto roto con grabado profundo modelante y restos de pintura roja y negra (fig. 9). No es algo demasiado llamativo, pero procede de un horizonte de ocupación tan sólo prospectado en los poco más de 2 metros cuadrados que abarcan los cuadros G-25, 26 y 27. Ese horizonte, ya relativamente antiguo por su posición en la serie estratigráfica, se depositó antes del último retroceso de la visera del abrigo; su futura excavación se beneficiará de que entonces el abrigo guardaba las mejores condiciones de habitabilidad, al menos en cuanto a superficie amplia y techada.

El estrato XII fue dividido en XII y XIIa por las razones arriba indicadas. Lo más llamativo del primero es la aparición de unos pocos y muy netos elementos con borde abatido y una pieza que, dentro de la ambiguedad raspador nucleiforme-núcleo de laminitas, habría sido propia del Magdaleniense inferior cantábrico. Los primeros elementos aparecieron en 1989 y volvieron a hacerlo al año siguiente, cuando se llegó a ese estrato en el cuadro contiguo; no aparecieron en el estrato anterior ni en el siguiente. Todo ello se añade a un contexto bastante genérico. El XIIa presenta alguna raedera doble convergente y alguna lámina apuntada auriñaciense. La utilización de la pintura que veiamos en el estrato XI se atestigua ahora en otro canto.

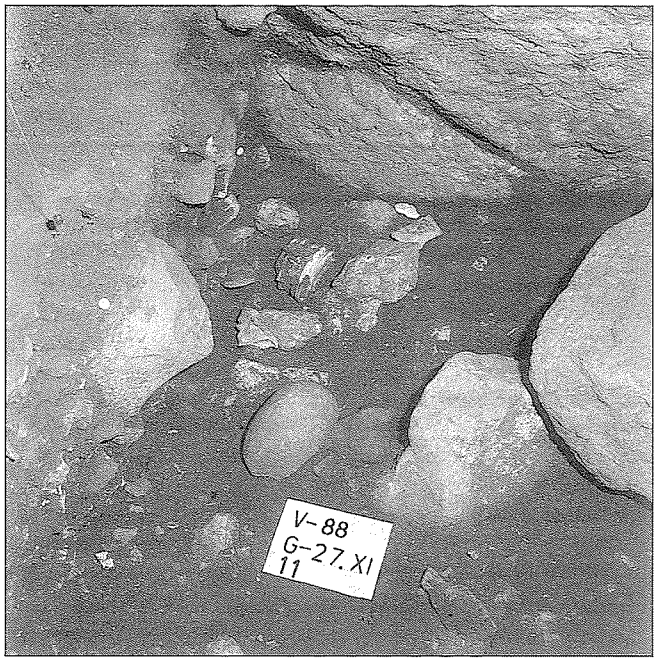


Fig. 9.—La Viña, 1988. Sector Occidental. ¿Depósito?. El canto con restos de pintura y modelado aparece a la derecha del molar, junto a la pared del abrigo.

Las dos divisiones del estrato XIII vuelven a insistir en el elemento más llamativo del XIIa: las láminas apuntadas con retoque auriñaciense. En general puede decirse que lo auriñaciense se hace más neto a medida que se profundiza. La campaña de 1991 proseguirá el corte de referencia.

La estratigrafía del Sector Occidental ha caracterizado con mucha más pertinencia a la serie gravetiense del Central y ha comprobado la adscripción auriñaciense de los estratos VIII y IX del cuadro B-14. Pero hay que insistir en que el corte de referencia del Occidental se está haciendo en tan sólo poco más de 2 metros cuadrados, lo que permite relativizar las ausencias (por ejemplo, las azaga-

yas) y abrigar esperanzas para cuando las ocupaciones gravetienses y auriñacienses puedan ser excavadas en extensión.

I.5. *Valoración de las series de ambos sectores*

Los cortes de referencia de ambos Sectores han evidenciado una ocupación gravetiense potente, continuada y plural en términos estratigráficos. Sin querer valorar ahora lo particular, el material aparecido se relaciona inequívocamente con lo que taxonomicamente se denomina Perigordiense V en la secuencia general del Occidente de Europa. En la secuencia de La Viña, los buriles de Noailles aparecen en los tramos inferiores y los elementos pedunculados más o menos relacionables con el tipo de Font Robert lo hacen en los superiores. Esta sucesión es la inversa de la que en su día propusiera D. Peyrony y añade un argumento más coincidente con la visión actual del problema: entre otros, yacimientos del Perigordiense V francés como los de Roc de la Combe, Flageleot I o Les Battus indican que cualquiera de los tres elementos característicos de esa etapa industrial podrían aparecer juntos en cualquier momento (Laville y Rigaud, 1976). Pero, sin embargo, de su posición estratigráfica y de la continuidad sedimentaria de los estratos VII y VI, puede deducirse otra interpretación: que esos elementos pedunculados (también presentes en el nivel III de Isturitz) signifiquen un Perigordiense final que se superpone y acaba por cerrar, ya en el interestadio de Lauguerie, una infrapuesta serie del Noaillense dotada de sus elementos más típicos.

Las puntas de Font Robert, o elementos pedunculados asociados a ellas, no son ajenos a la Cornisa Cantábrica, pero la mayoría de la bibliografía actual ha pasado de soslayo sobre ellas, quizá porque aparecieron en antiguas excavaciones (algunas se han perdido, o sólo se conserva de ellas una mención autorizada o un dibujo); quizá también por el poco valor que el consenso teórico general daba al Gravetiense/Perigordiense en el Cantábrico central y sobre todo occidental.

Parece ser que algunas puntas de ese tipo aparecieron en el nivel Auriñaciense superior Alfa de El Castillo, pues se las menciona en las revisiones manuscritas de Breuil y Obermaier posteriores a la excavación (Cabrera, 1984). Del nivel V de El Pendo proceden dos puntas de Font Robert (González Echegaray, 1980 y Bernaldo de Quirós, 1984). Las excavaciones de Vega del Sella en Morín proporcionaron un conjunto de seis piezas con muesca o pedunculadas, algunas de ellas Font Robert típicas; la bibliografía reciente asigna el conjunto al nivel 4 de las modernas excavaciones (González Echegaray, 1971 y Bernaldo de Quirós, 1984).

Pero tanto en Castillo como en Pendo y Morín los niveles gravetienses son dos, apareciendo siempre aquellas puntas en el superior. Ese es también el caso de La Viña: niveles VII y VIII de un paquete gravetiense que llega hasta el X. Las analogías son aún mayores si recordamos que en el infrayaciente Auriñaciense superior Beta de El Castillo se hacía notar el Noaillense, del mismo modo que ocurre en los estratos IX y X de La Viña.

Habrá que prestar atención futura a esos momentos finales del mundo gravetiense. Es posible que estas piezas de muesca y pedunculadas, más o menos en la órbita de Font Robert, representen los episodios finales, o sean las adaptaciones tardías, de una tradición anterior más claramente alineada con el mundo noaillense (después de todo, en Les Battus es clara la coexistenciia entre los buriles de Noailles y las puntas de Font Robert). Y sería bueno olvidar etiquetas como las de Perigordiense VI o VII, obligadas en algunos casos por el acto de fe del carbono 14. Centrándonos en La Viña, el caracter tardío del estrato VII parece deducirse de que el análisis, al menos macroscópico, de sus sedimentos no pediría unas implicaciones paleoclimáticas diferentes a las del estrato VI, con el que se asiste a los comienzos del Solutrense regional. La posición interestadial de Morín 4 y de Pendo V parece ser coincidente.

En La Viña, la raiz noaillense de ese mundo final se evidencia, ya que no cuantitativa (insistimos una vez más en la poca extensión prospectada) sí cualitativamente, en los estratos IX y X. Es el caso también del Auriñaciense superior Beta de El Castillo y, sobre todo, de los yacimientos del País Vasco: Bolinkoba F, Lezetxiki, Usategui, Amalda (donde ese horizonte se fecha doblemente en el 27.400 $\pm$1.000 B.P. en consonancia cronológica con el más conspícuo noaillense: Altuna *et alli,* 1990) y en la gran Isturitz.

Por lo demás, los datos hasta ahora conocidos de La Viña confirman parte del perfil con el que Bernaldo de Quirós caracterizaba al Gravetiense cantábrico: baja proporción de puntas de La Gravette frente al nutrido mundo microlaminar con borde abatido; escasas puntas de Font Robert y más abundantes buriles de Noailles; industria ósea poco discriminante, cuyo elemento más diagnóstico sería la azagaya de Isturitz, evidente en Bolinkoba F y Usategui III, pero, a nuestro juicio, quizá generosamente reconocida en las azagayas de Cueto de la Mina, nivel G. Añadiríamos que el condicionante de la materia prima (nódulos de mal silex y pequeño tamaño, abundante cuarcita), impiden en La Viña la elegancia técnica y tipológica de, por ejemplo, Isturitz (aunque las piezas más tipificadas son de silex, como las pedunculadas: en un raro silex negro).

Ante la inexistencia de un Gravetiense en sentido estricto (Perigordiense IV), la teoría general ha señalado el carácter tardío del Gravetiense cantábrico y su fuerte implantación en el País Vasco francés y español. Hacia el oeste la penetración iría paulatinamente diluyéndose y, llegados a Asturias, no se documentaría con nitidez ninguna de sus

etapas; tan sólo cabría citar al nivel G de Cueto de la Mina, calificado de "transicional" al Gravetiense. Transicional porque se partía de la hipótesis de la aculturación de un fuerte y ampliamente implantado sustrato auriñaciense en el Cantábrico centro-occidental, que iría recibiendo los elementos innovadores (Jordá, 1969 y 1977; Bernaldo de Quirós, 1982; Cabrera, 1984; Corchón, 1986). Lo que, contradictoriamente, no le impediría decir a algún autor que durante los tiempos gravetienses se dibujaba en el Cantábrico una provincia cultural muy claramente relacionada con el Périgord (Bernaldo de Quirós, 1982).

Teoría basada en unos datos que, al margen de su interpretación más o menos apurada, no habían variado desde hacía decenios porque no se habían incorporado nuevos yacimientos a la problemática. Amalda fue uno de ellos, y confirmó lo que Bolinkoba, Lezetxiki y Usategui habían enunciado. Son pocos los yacimientos que, como El Castillo o Isturitz, son paradigmáticos del desarrollo del paleolítico superior en una región, porque contienen una tan variada sucesión de estratos y horizontes culturales diferenciados, que justifican la sensación que se tiene de que por ellos debieron pasar representantes de todos a casi todos los periodos clasificatorios. Ese es el caso de La Viña. Su nutrida ocupación gravetiense tiende un puente con Bolinkoba, Amalda e Isturitz y plantea interrogantes en el territorio comprendido entre el oriente de Asturias y el Occidente del País Vasco, que parcialmente se responden con Cueto de la Mina, El Castillo, Morín y Pendo. Interrogantes quizá parecidos a los que también plantean La Viña, Llonín e Isturitz a propósito del más típico Magdaleniense medio.

Los marcos de referencia no deben buscarse en el Périgord, sino en la cadena cántabro-pirenaica. Y hay que prestar atención a Isturitz. Su nivel IV testimonia un claro noaillense con buriles del tipo, buenas gravettes, puntas gibosas y de Vachons, las azagayas de Isturitz y otras de sección circular en asta o marfil ¿decoradas? con surcos horizontales más o menos circundantes. Su nivel III no es más que la continuación empobrecida del horizonte anterior: siguen los buriles del tipo, las gibosas y, lo que es más importante, algunas puntas con muesca o pedunculación, que por su tipología y posición en la secuencia inevitablemente llaman a las de El Castillo Auriñaciense alfa, Morín 4, Pendo V y Viña VII y VIII. También aparecen las azagayas de sección circular, con las que se paralelizarían las de Cueto de la Mina nivel G y Viña estrato VII.

Se ha dicho que "el Perigordiense V reina en los Pirineos, que, en esta época, poseen una civilización completamente comparable a la de la Dordoña, fenómeno que no se volverá a encontrar más que con el Magdaleniense medio". Igualmente, que aparece siempre sobre el Auriñaciense evolucionado y que las capas posteriores al Perigordiense V y anteriores al Solutrense, como Isturitz III, son raras (Clottes, 1976). Panorama que tiene suficientes puntos de contacto con el del cantábrico. Y aún más si consideraramos las analogías existentes entre lo grabado en una plaqueta de Isturitz III (Saint Périer, 1952, fig. 31 n.º 2; Leroi-Gourhan, 1965, p. 347, n.º 259) y lo que se ve en las paredes de La Viña, después del caballo de entrada, en lo que podría denominarse panel de los contornos inacabados. Es también al final de los tiempos gravetienses cuando el arte mueble empieza a despegar (Barandiarán, 1973; Corchón, 1986).

El corte de referencia del Sector Occidental está poniendo de relieve otra importante ocupación auriñaciense que ya ha consumido los estratos XI, XIIa y XIII. Es pronto para hacer una valoración. Parece que el Auriñaciense de La Viña se va invistiendo cada vez mejor a medida que se profundiza y que el estrato XI pertenecería al Auriñaciense evolucionado. Las expectativas son grandes, porque la morfología del abrigo en ese lugar y el perfil que dibujan los estratos, indican que aún queda mucho sedimento por excavar. El estrato XIII se encontraba en 1990 a —220 cm. bajo el plano 0, lo que supone el 40% de la potencia estratigráfica estimada en ese lugar por la electrorresistividad.

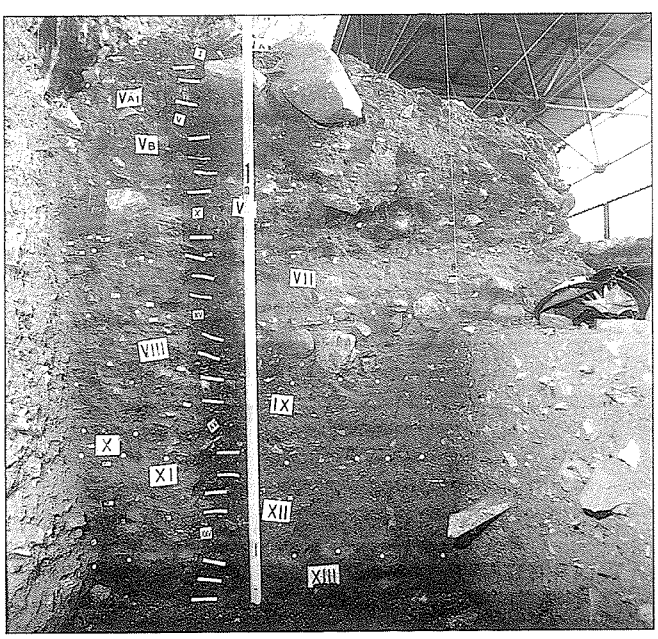


Fig. 10.—La Viña, 1990. Sector Occidental. Toma de la columna de polen sobre el corte frontal anterior de G-25

II. COLUMNAS DE MUESTREO

Desde el comienzo del corte de referencia del Sector Occidental, se reservaron los subduadros 1, 2 y 3 del cuadro G-25 para concentrar en ellos el protocolo analítico usual. Habiéndose alcanzado en 1990 una secuencia ya suficientemente larga, se tomó la columna de sedimentos (M. Hoyos) en el corte frontal medio anterior de G-25, desde el estrato V al XIII. Después, a estratigrafía vista y de techo a suelo, se excavó la superficie de 100x33 cm. ocupada por aquellos tres subcuadros, procediendo del modo siguiente: primero, el subcuadro 1 y la mitad del 2; después, a estratigrafía vista por dos lados, la mitad restante del 2 y todo el 3. Según estratos y a medida que se iba profundizando, se reservaron huesos para su datación mediante el 14C (J. Evin) y para el establecimiento de la curva relativa de paleotemperaturas según los isótopos estables del carbono y oxígeno (T. de Torres); así mismo se reservaron carbones para la antracología (E. Badal). Terminada la excavación de aquellos tres subcuadros, retanqueado 33 cm., aparecía el nuevo corte de G-25 (el corte frontal anterior en la divisoria de G-25 y G-24). Sobre él se tomó de suelo a techo la columna de polen (M. Dupré. fig. 10).

De tal modo, las columnas de sedimentos, polen, paleotemperaturas y dataciones, se referirán a la misma y muy reducida zona del abrigo, para salvar, al menos teóricamente y desde las mismas condiciones de muestreo, la coherencia estratigráfica de los datos que se produzcan. Los materiales aparecidos en G-25-1, 2, 3 desde el estrato V al XIII son muy abundantes (los restos de talla totalizan 24.630 piezas) y sobre ellos se ha concentrado también la traceología (C. Mazo).

Cuando en 1991 se continue el corte de referencia, seguirán reservándose los mismos subcuadros de G-25 para la futura segunda columna.

La información que proporcionen estas columnas y el estudio de la cultura material precisarán el punto de vista generalizante desde el que está elaborado este informe.

Durante la campaña de 1988 se puso a punto un nuevo método de investigación geoquímica aplicada a yacimientos arqueológicos cársticos (M. Hoyos y E. Rodríguez Badiola). Se ha elegido el medio cárstico por ser más confinado y restringido, a la vez que mejor conocido desde un punto de vista sedimentológico. Con este método se pretende cubrir dos objetivos principales:

1.—Cualificar y cuantificar el grado de interacción antrópica en los depósitos sedimentarios que constituyen todos y cada uno de los niveles de un yacimiento arqueológico.

2.—Definir criterios geoquímicos (no sedimentológicos ni geométricos) entre niveles de diferentes cortes de un mismo yacimiento.

El estudio geoquímico desarrollado permite establecer criterios composicionales, mineralógicos y de variaciones elementales que pueden ser utilizados como parámetros de correlación y como discriminantes sobre capas y niveles correspondientes a una misma unidad estratigráfica.

La aplicación de estas técnicas proporciona así mismo una amplia información sobre las características composicionales del material estudiado, así como de las posibles areas de aporte de los materiales: autóctonas, relacionadas con el propio carst y el medio natural circundante, y alóctonas o relacionadas con la actividad antrópica.

III. LA PARED GRABADA

En el informe anterior avanzamos las conclusiones a que habíamos llegado hasta 1986. Desde entonces se han añadido nuevos datos y, en lo que respecta al primer horizonte artístico, la cuestión queda como sigue:

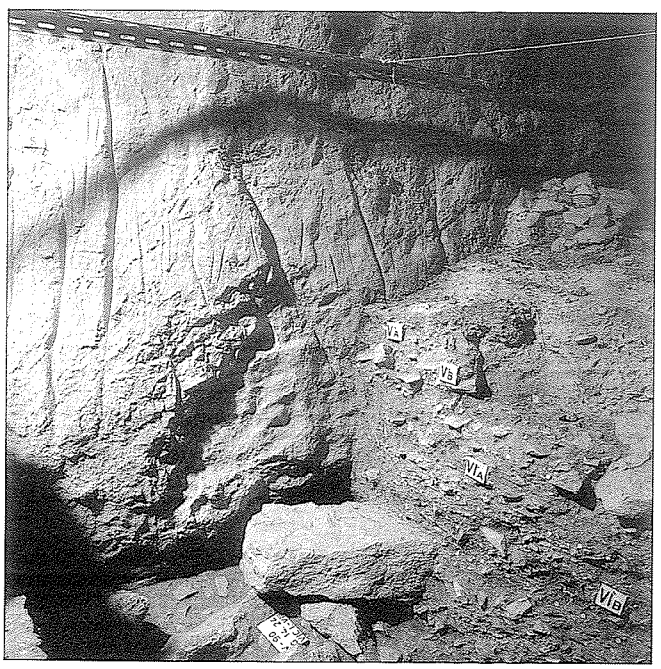


Fig. 11.— La Viña, 1990. Sector Central. Relaciones pared grabada-estratigrafía

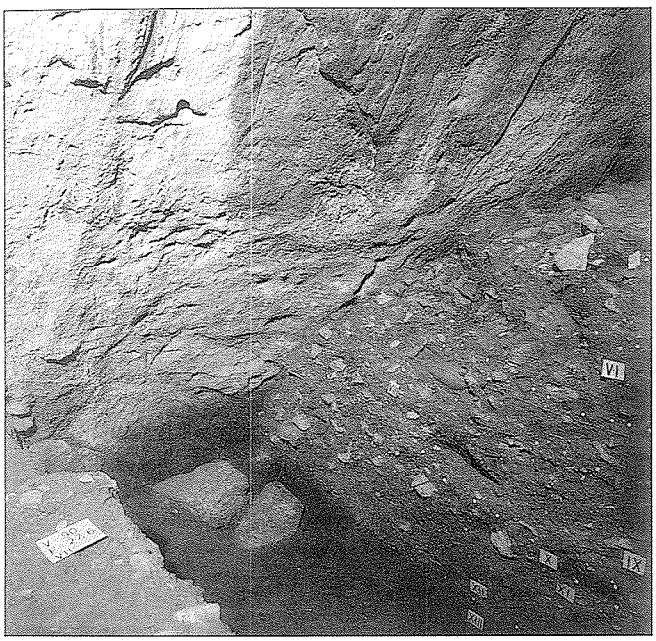


Fig. 12.—La Viña, 1990. Sector Occidental. Relaciones pared grabada-estratigrafía. Hacia el ángulo superior derecho de la figura se ve una incisión vertical fuertemente grabada y rota en su parte inferior; a partir de aquí se inicia una columna de reconstrucción litoquímica que tiene tres niveles de paro y derrame horizontal a relacionar con los sucesivos suelos del abrigo

Las alturas relativas de la pared grabada y las capas arqueológicas, así como las teóricas alturas del campo manual, permiten avanzar que las fuertes incisiones verticales fueron grabadas desde niveles auriñacienses profundos.

En el Sector Central, el primero y menos antiguo de los cuatro niveles gravetienses cubrió el tercio inferior de las incisiones verticales (fig. 11).

En el Sector Occidental, una de las incisiones canalizó las aguas que resbalaban por la pared e inició, a partir del límite inferior de la incisión, una columna de reconstrucción litoquímica, que siguió bajando por la pared y se paró justo a techo del estrato VII, lugar en el que se derramó horizontalmente sellando a este nivel en su zona de contacto con la pared. Ello quiere decir que *como mínimo* las incisiones son anteriores al estrato VI, que pertenece al Solutrense inicial de la región. Una segunda y tercera línea de derrame horizontal permitiría envejecer la cronología a antes del nivel X; esto es, a un momento situado en el Auriñaciense (corresponderá a la campaña de 1991 precisar este punto (fig. 12).

Estas incisiones fueron cubiertas en diversas zonas de ambos Sectores por el Gravetiense, Solutrense inicial y superior y por el Magdaleniense medio.

Todas estas observaciones permiten concluir razonablemente que las incisiones se grabaron desde un suelo auriñaciense, con lo que ello comporta de expresión gráfica con *organización parietal;* que la noción de la pared como campo gráfico estaba ya asumida y que el Estilo I no se agotó con sus placas y bloques.

Con el segundo horizonte artístico aparece la figura animal. El problema de su relación con los suelos del abrigo queda así:

En ambos sectores, las relaciones pared-depósito arqueológico, así como las alturas teóricas del campo manual, señalan posiciones óptimas para grabar en los suelos gravetiense y solutrense.

En el Sector Occidental, un canto de gelivación de la pared con una línea grabada no adscribible al primer horizonte, apareció en el nivel gravetiense menos antiguo de los cuatro pertenecientes a esta industria.

En el mismo Sector, en una zona en la que una remoción agrícola o furtiva afectó al depósito solutrense y parte superior del gravetiense, aparecieron un canto de gelivación y una plaqueta mobiliar de esquisto con grabados del segundo horizonte artístico. La posición estratigráfica de ambos elementos es imprecisa, pero, indicativamente, puede situarse en el tramo sedimentario graveto-solutrense; es decir, sería posterior al suelo gravetiense intacto y anterior al dejado por la erosión holocena, que en esa zona decapitó parte del Magdaleniense medio y, quizá, al techo del Solutrense superior; la remoción furtiva o agrícola se sumó posteriormente a partir de aquel suelo.

Una fase de fuerte degradación de la pared grabada se corresponde con el suelo del Magdaleniense medio, donde hemos encontrado numerosos cantos de gelivación con grabados del segundo horizonte artístico. Esta fase de crioclasticismo coincide con los datos frios sedimento-polínicos del Magdaleniense IV.

La sedimentación posterior al Magdaleniense medio que un dia tuvo el abrigo, se reduce hoy a cinco testigos adosados a la pared. Su excavación y prospección señala que la parte inferior del segundo horizonte artístico fue tapada en algunos lugares por el Magdaleniense IV, después de la fuerte erosión situable entre éste y el Solutrense superior; el resto de su extensión vertical hacia arriba fue también tapada por el Magdaleniense superior y las ocupaciones holocenas.

Si a esto añadimos los datos estilísticos y arqueológicos de las demás estaciones en las que también aparece ese horizonte, particularmente los de Lluera I y II, podría con-

cluirse en que el segundo horizonte artístico del Nalón se enraiza en el Gravetiense y que su punto focal se situa en el Solutrense. Los mismos datos enfatizarían al Solutrense ante un arte tan formalizado topo-iconograficamente como el de las dos Llueras. El pequeño depósito bajo los grabados de Lluera II es bien aclaratorio al respecto (Cf. en este mismo volumen: Rodríguez Asensio: *Excavaciones arqueológicas en la cueva de La Lluera III.* Una valoración más detenida de estos aspectos en Fortea, 1990, en prensa). Esto es, en el segundo horizonte artístico del Nalón cabría ver un contínuo graveto-solutrense: La Viña ocuparía todo ese segmento temporal, mientras que las dos Llueras representarían su mejor y mayor formalización en el Solutrense, quizá no el superior, pues parece que fue a partir del inter Lauguerie-Lascaux cuando comienza un proceso de profundo dinamismo y cambio del hecho artístico, del que, por ahora y al menos en el Cantábrico, dan poca cuenta las usuales clasificaciones de su arqueología material.

IV. PLAN DE TRABAJO

Continuar los cortes de referencia en ambos Sectores, particularmente en el Occidental, para conocer la diacronía ocupacional del abrigo. Esto, más la ya terminada excavación horizontal del Magdaleniense medio, constituirán la primera monografía.

Oviedo, enero de 1991

BIBLIOGRAFIA

ALTUNA, J.; BALDEON, A. y MARIEZKURRENA, K. (1990): *La cueva de Amalda (Zestoa, País Vasco). Ocupaciones paleolíticas y epipaleolíticas.* San Sebastián, 1990.

BARANDIARAN, I. (1973): *Arte mueble del paleolítico cantábrico.* Universidad de Zaragoza.

BERNALDO DE QUIROS, F. (1982): *Los comienzos de Paleolítico superior cantábrico.* Ministerio de Cultura, Madrid.

CABRERA, V. (1984): *El yacimiento de la cueva de El Castillo (Puente Viesgo, Santander),* Madrid.

CLOTTES, J. (1976): *Les civilisations du Paléolithique supérieur dans les Pyrénées.* La Préhistoire française, t. I, 2, pp. 1214-1231.

CORCHON, M.ª S. (1981): *Cueva de Las Caldas. San Juan de Priorio (Oviedo).* Ministerio de Cultura, Madrid.

CORCHON, M.ª S. (1986): *El arte mueble paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno.* Ministerio de Cultura, Madrid.

FORTEA, J. (1989): *El Magdaleniense medio en Asturias, Cantabria y País Vasco.* Le Magdalénien en Europe. Actes du colloque de Mayence. Etudes et Recherches de l'Université de Liège n.º 38, pp. 419-437.

FORTEA, J. (1990): *Abrigo de La Viña. Informe de las campañas 1980-1986).* Excavaciones Arqueológicas en Asturias, n.º 1, pp. 55-68.

FORTEA, J. (1990, en prensa): *Le contexte chrono-archéologique des grottes ornées d'Asturies. L'Archéologie des grottes ornées,* Colloque International, Montignac, 1990.

FORTEA, J.; CORCHON, M.ª S.; GONZALEZ MORALES, M.; HOYOS, M.; LAVILLE, H.; DUPRE, M. y FERNANDEZ TRESGUERRES, J. (1989): *Neue Untersuchungen in den flusstälern des Nalon und des Sella.* Madrider Miteillungen, n.º 30, pp. 1-30.

FORTEA, J.; CORCHON, M.ª S.; GONZALEZ MORALES, M.; RODRIGUEZ ASENSIO, A.; HOYOS, M.; LAVILLE, H.; DUPRE, M. y FERNANDEZ TRESGUERRES, J. (1990): *Travaux récents dans les vallées du Nalon et du Sella.* L'Art des objets au Paléolithique. Colloque International, Foix-Le Mas d'Azil, 1987.

GONZALEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L.G. (1971): *Cueva Morin. Excavaciones 1966-1968,* Santander.

GONZALEZ ECHEGARAY et alii (1980): *El yacimiento de la cueva de "El Pendo",* Madrid.

JORDA, F. (1969): *Los comienzos del Paleolítico superior en Asturias.* Anuario de Estudios Atlánticos, n.º 15, pp. 281-321.

JORDA, F. (1977): *Historia de Asturias,* t. I, Prehistoria, ed. Ayalga.

LAVILLE, H. y RIGAUD, J. Ph. (1973): *The Perigordian V industries in Périgord: typological variations, stratigraphy and relative chronology.* World Archaeology, 4, n.º 3, pp. 330-338.

SAINT-PÉRIER, R. y S. de (1952): *La grotte d'Isturitz, III. Les Solutréens, les Aurignaciens et les Mousteriens.* Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine, n.º 25, París.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA CUEVA DE LA LLUERA II SAN JUAN DE PRIORIO. OVIEDO

José Adolfo Rodríguez Asensio

Durante las campañas de excavaciones realizadas en la cueva de La Lluera I (Rodríguez Asensio, 1990) se procedió a realizar una prospección de toda la zona colindante con la intención de comprobar la existencia de otras cuevas con yacimiento arqueológico o con muestras de Arte paleolítico que pudieran complementar el importantísimo yacimiento con arte paleolítico existente en la cueva de La Lluera I. Esta prospección dio como resultado que en el año 1982[1] se descubrió una serie de grabados realizados en una pared de una pequeña cueva cercana a la anterior y que tras una primera lectura se pudo determinar su importancia cultural.

Como ya ha sido realizada una breve descripción de las características geográficas y topográficas de la cueva por J. Fortea (1990-26), las recogemos aquí, renunciando a realizarlas de nuevo, ya que además los trabajos de excavación en las dos cuevas de la Lluera I y II, y los estudios del arte paleolítico se llevaron a cabo integradamente y los análisis topográficos y geológicos han sido hechos de manera común: "La Lluera II dista 54 m. de La Lluera I aguas arriba y por la misma margen derecha del Nalón. Se abre al pie de un escarpe rocoso de pendiente muy fuerte poco después de que el río salga de una curva que corta en vertical al roquedo. De tal modo las dificultades orográficas obligan hoy y entonces a pasar por la Lluera I antes de llegar a la homónima y a seguir el único camino transitable por la ribera del río.

La cueva es un angosto conducto de poco más de 4 m. de largo cuyo suelo sigue una pendiente de 45°. Una vez dentro de él no puede recuperarse la verticalidad. Sus dos extremos y parte del techo se abren al exterior alzándose la boca inferior a 5 m. sobre el nivel del río" (fig. 1 y 2).

Esta forma y el hecho de tener dos bocas, una en la zona alta y la otra en la baja ha sido la causa de que los sedimentos que se encuentran en su interior hayan sufrido un arrastre dentro de la propia cueva hasta depositarse a la entrada de la boca inferior que se aparece como la zona más asentada y más cómoda de poder habitar en contra de la dificultad en el resto de la hoquedad citada.

En 1988, tras la finalización de las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Lluera I (Rodríguez Asensio, 1980-237; 1981-204; 1982-39; 1983-39; 1984-85 - 39; 1990-15-17), y disponiendo de una estratigrafía suficientemente precisa se organizó una campaña de excavación prospección con la finalidad de poder relacionar ambos yacimientos arqueológicos en el caso de que se pudiera detectar algún nivel antrópico en Lluera II, ya que la relación artística parecía fuera de toda duda, máxime tras la limpieza

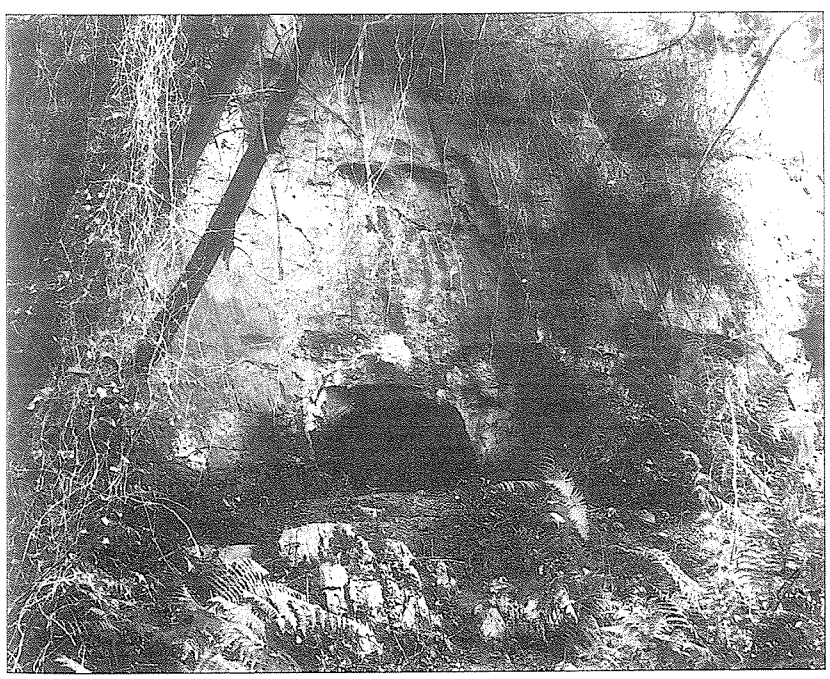


Fig. 1.—Entrada de la cueva de La Lluera II (San Juan de Priorio. Oviedo)

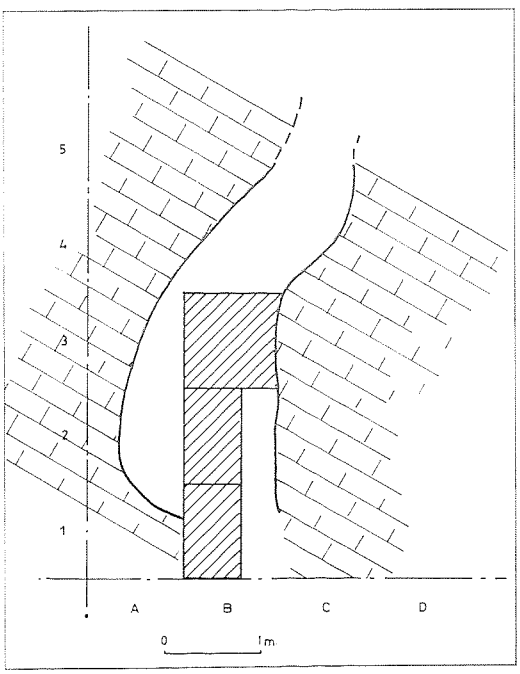


Fig. 2.—Levantamiento planimétrico de la zona de excavación de la cueva de La LLuera II

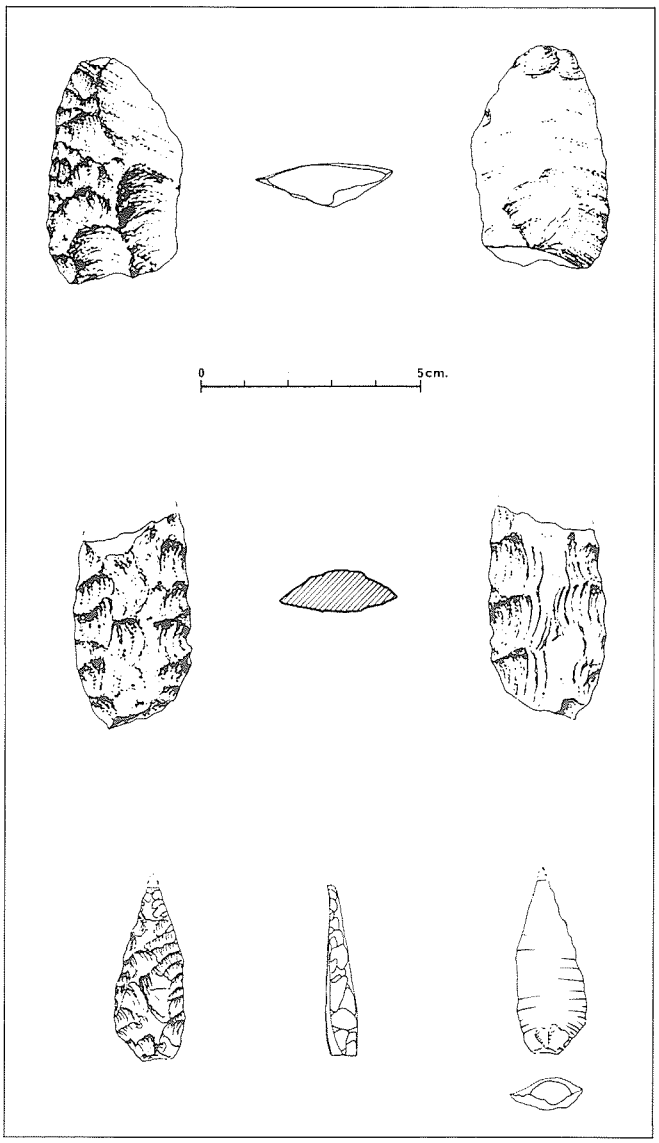


Fig. 3.—Materiales líticos de la cueva de La Lluera II

de la pared en la que se habían realizado los grabados que dio como fruto la localización de un conjunto de signos grabados y cuya lectura demostraba una correspondencia cultural con el santuario artístico de Lluera I (Fortea, 1990).

Los grabados se encontraban a una altura del suelo de unos 30 cms., por lo que era fácil pensar que el nivel del suelo en época prehistórica debería estar bastante más bajo, tal como se había podido demostrar en la Lluera I, en la que los niveles solutrenses (Niveles IX, VIII y VII), etapa a la que pertenecería el segundo horizonte artístico del valle del Nalón (Fortea, 1990-28), se encontraron a profundidades que permitieran la realización de los grabados de una manera más lógica.

El interior de la pequeña covacha se mostraba totalmente colmatado dejando únicamente una pequeña entrada de unos 80 cms. de altura y el suelo aparecía de manera poco uniforme y en pendiente, siguiendo la normal de un "tubo" hacia la zona de desagüe.

Sobre una cuadrícula ideal se determina una zona de tres cuadros de 1 m^2 como zona de sondeo, situada bajo el panel de los grabados. Desde la entrada hacia el interior los dos primeros cuadros, B-1 y B-2 sólamente pueden ser excavados en 60 cms. de ancho, mientras que en el tercero, B-3 por ampliarse el interior de la cueva ya se consigue nuevamente 1 m^2. Los tres cuadros se nivelan inicialmente puesto que al no existir materiales antrópicos en superficie, se prepara el nivel de excavación.

En los cuadros B-1 y B-2 se realiza un sondeo en profundidad por capas artificiales que no aporta materiales prehistóricos inicialmente, sino que en los niveles superficiales contiene materiales modernos que demuestran que se trata de un revuelto de colmatación, tal como se indicó anteriormente.

A una profundidad sobre el suelo inicial de 60 cms. aparece un nivel claramente diferenciado de los limos arenosos anteriores, con cantos de cuarcita, en el que se encuentran diferentes materiales prehistóricos. A partir de este nivel y hasta el fondo del sondeo se fueron encontrando distintas piezas de silex y cuarcita dispersas y sin constituir un nivel claro de ocupación por lo que se piensa pudiera tratarse de los restos de una ocupación que fue arrastrada y únicamente estas piezas, por causas naturales quedaron allí depositadas al existir en la zona de la entrada un saliente de caliza de la roca que hace muy angosta la salida al exterior en esta profundidad. Los materiales aunque no amontonados si aparecieron concentrados hacia la zona que se indica. Es por tanto que se interpreta no como un nivel de ocupación sino como restos dispersos y movidos que demuestran la existencia de ocupación en el momento de la realización de los grabados.

ANALISIS DE LOS MATERIALES

Unicamente se han encontrado materiales líticos, de sílex y cuarcita, y dentro del inventario tipológico se ve una clara muestra de piezas solutrenses (puntas de cara pla-

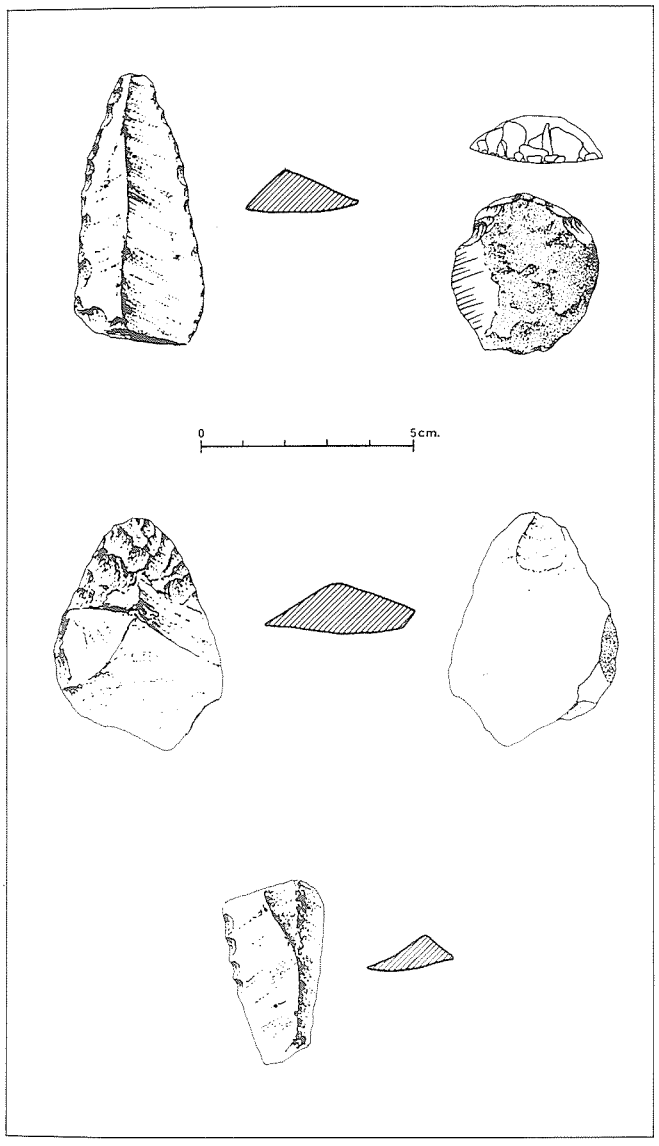


Fig. 4.—Materiales líticos de la cueva de La Lluera II

na), una de ellas inacabada y otras dos están rotas por la punta; en una de ellas la rotura es mínima y en la otra sólo se conservan los dos tercios hacia la zona basal. Se completa la clasificación tipológica con un raspador simple, cuyo frente está realizado en un borde, de sílex, y dos raederas de cuarcita, una de las cuales tiene un tamaño grande, y es una raedera lateral izquierda recta que conserva la corteza en la mayor parte de la cara en la que se han practicado los retoques; la otra, de menor tamaño, se clasificaría como una raedera doble convergente realizada en hoja. En el material de desecho cabe destacar la existencia de lascas simples y hojas grandes, muy frescas y cortantes, similares a las aparecidas en el nivel IX de la cueva de la Lluera I, bien representado en el cuadro H-14 y que hemos asignado culturalmente al Solutrense Medio (fig. 2 a 5).

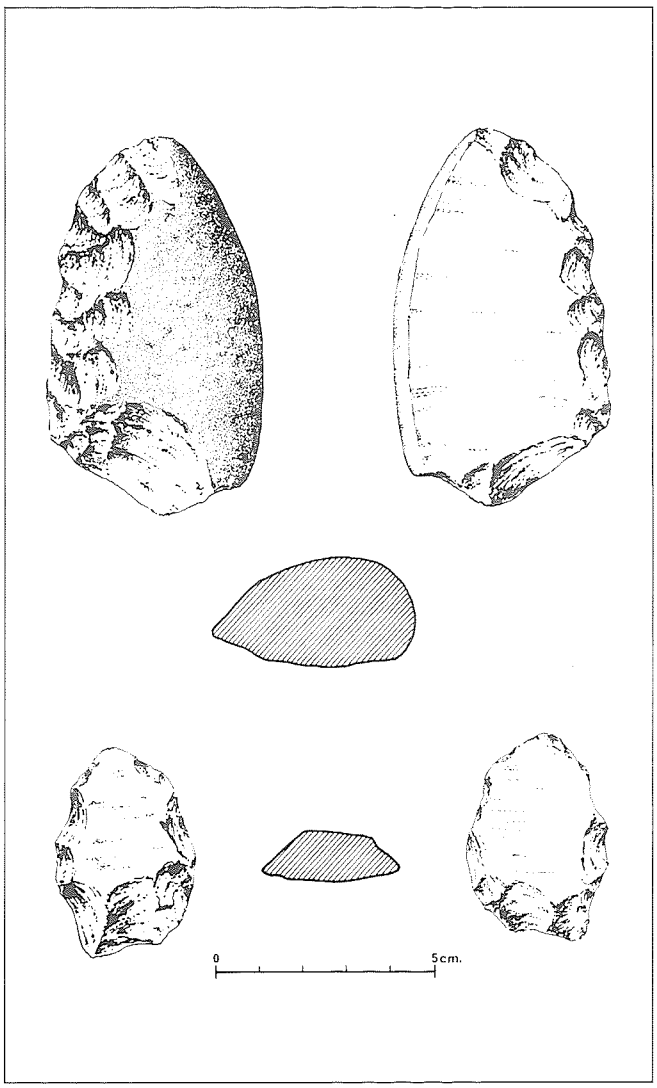


Fig. 5.—Materiales líticos de la cueva de La Lluera II

Inventario tipológico:	**Sílex**	**Cuarcita**
1. Raspador simple	1	
65. Pieza retoques cont. un borde.		1
69. Punta de cara plana	1	4
77. Raedera		2

Inventario de desechos de talla:	**Sílex**	**Cuarcita**
Lascas simples	8	7
Lascas decorticado primario	1	2
Lascas decorticado secundario		12
Hojas	2	10
Amorfos	16	10

BIBLIOGRAFIA

FORTEA PEREZ, J.: *Investigaciones en la cuenca media del Nalón.* Zephyrus. XXXII - XXXIII, 1981, p. 7.

FORTEA PEREZ, J.: *Cuevas de La Lluera. Informe sobre los trabajos referentes a sus artes parietales.* Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-1986. Consejería de Educación y Cultura. Principado de Asturias, 1990, pp. 19-28.

RODRIGUEZ ASENSIO, J.A.: *Cueva de la Lluera. San Juan de Priorio.* Arqueología, 1980, n.º 237; 1981, n.º 204; 1982, n.º 39; 1983, n.º 39; 1984-85, n.º 39.

RODRIGUEZ ASENSIO, J.A.: *Excavaciones arqueológicas realizadas en la cueva de "La Lluera" (San Juan de Priorio. Oviedo).* Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983 - 1986. Consejería de Educación y Cultura. Principado de Asturias, 1990, pp. 15-17.

NOTA

(1) La cueva de La Lluera II fue prospectada y descubiertos sus grabados paleolíticos por D. Enrique Arnau Basteiro y D. Maximino Suárez Calleja, miembros del equipo de excavaciones de la cueva de La Lluera I.

LA CUEVA DE LAS CALDAS (PRIORIO, OVIEDO) II INVESTIGACIONES EFECTUADAS ENTRE 1987 Y 1990.

María Soledad Corchón Rodríguez

1. EL YACIMIENTO PALEOLITICO DE LA CUEVA DE LAS CALDAS

1.1. Unidades morfológicas de la cavidad y caracterización de las series estratigráficas

La *Cueva de Las Caldas (San Juan de Priorio, Oviedo),* ubicada en un valle lateral de la margen derecha del Río Nalón, es bien conocida en la bibliografía específica por la amplitud de las series estratigráficas que contiene, magdalenienses y solutrenses (S. Corchón, 1981). Además, recientemente se han dado a conocer los primeros resultados obtenidos en los trabajos realizados en el yacimiento, a partir de 1981, en el marco del Proyecto de investigación *Nalón Medio,* tanto en lo relativo a sus industrias líticas y óseas (S. Corchón, 1986) como a la documentación mobiliar (J. Fortea; S. Corchón et alii, 1989).

Las características de la red de cavidades, simas y sumideros, conectados entre sí y próximos al nivel freático, que integran el conjunto cárstico de Las Caldas, explican la incidencia que tiene en los procesos sedimentarios la corriente hipogea que actualmente circula entre 2 y 4 m., por debajo de la superficie del yacimiento (Hoyos, 1981). A ello se debe añadir la desigual incidencia del entorno y sus cambios climáticos en la caracterización geológica y arqueológica de los depósitos de cada una de las unidades morfológicas de la cavidad, durante la dilatada ocupación del yacimiento. Estos hechos, habituales en la sedimentación en cuevas, determinan importantes variaciones también en lo relativo a la conservación y potencia actuales de cada tramo arqueológico. Por ello, las series estratigráficas ofrecen variaciones sustanciales, que es menester considerar en cada una de las cuatro unidades en que se presenta estructurado el yacimiento de *Las Caldas.*

La primera de ellas, *el exterior* —en la actualidad una plataforma de 8x4 m., prolongada en un talud de pronunciada pendiente hacia el arroyo que mana de Caldas II— ofrece únicamente niveles solutrenses, sellados a techo por un nivel estéril de edad holocena de 0,30-0,37 m., de espesor. En este primer sector, las series estratigráficas se presentan, además de cortadas por el referido talud, alteradas por el desprendimiento de grandes bloques calizos, a consecuencia del retroceso de la visera exterior de la cueva durante la deposición del Solutrense medio.

La segunda unidad está formada por el vestíbulo de acceso o *Pasillo I.* La secuencia ahora es mucho más amplia, y habitualmente ha sido tomada como referencia estratigráfica de la ocupación solutrense, dada la coherencia observada con los datos obtenidos en la Sala I, a pesar de que únicamente fue excavada en la campaña de 1971. Aquí el nivel holoceno (n. 1) reposa sobre un único nivel magdaleniense (Magdaleniense medio, paralelizable por sus restos materiales con el techo de la unidad superior en la Sala II). Entre él y el tramo Solutrense terminal (n. 3-6) existe un hiato erosivo, reposando el conjunto sobre amplias series de Solutrense superior típico (n. 7-10) y medio (n. 11-18).

Los actuales trabajos que ahora comentamos, en cambio, se refieren únicamente a las dos últimas unidades, las dos Salas interiores o *Sala I* (Sala principal) y *Sala II* (Sala final), comunicadas entre sí por un corto *Pasillo II* dejado como testigo. Ambas Salas arrojan la novedad del hallazgo de nuevos niveles intactos, superpuestos al Magdaleniense medio ya conocido y clasificados en el Magdaleniense superior-final.

1.2. Estratigrafía (excavaciones 1987-1990)

Sala Principal o Sala I

De techo a muro se observan los siguientes horizontes arqueológicos:

A) *Postpaleolítico (Nivel 1)*

En la banda 11, 12 y 13 de los cuadros H, I, J y K subyace a un nivel 0, superficial, con material moderno y de arrastre. Lo integran arcillas rojizas, compactas y duras, estériles en la mayor parte del tramo desde el punto de vista arqueológico. Hacia la base (n. 1b) abundan los cantos calizos, muy alterados, conformando un lecho continuo que sellaba el nivel infrapuesto, Magdaleniense superior. Este nivel se acuña hacia el interior, desapareciendo en el límite de los cuadros J-13 y K-12. Potencia observada: de 0 a 0,32 m.

B) *Magdaleniense Superior-Final (nivel 2 - superior)*

Este nuevo nivel denominado 2-superior o 2-A, para distinguirlo del nivel 2 descrito en 1981 y 1986, presenta unas características morfológicas y arqueológicas específicas, si bien se ha conservado únicamente en los márgenes laterales, hacia el lado derecho de la Sala o muro Este. Integran el nuevo nivel arcillas de tonalidad marrón oscuro, apelmazadas y duras, limpias de cantos. Se presentaba, además, parcialmente concrecionado por una fina capita estalagmítica discontinua. Contiene abundantes restos de fauna, muy fragmentada y mal conservada, una típica industria lítica, fundamentalmente de sílex, e industria de

hueso y asta, todo ello del Magdaleniense final. El nivel se acuña al avanzar hacia el interior, llegando prácticamente a desaparecer en el límite de los cuadros J-13 y K-12. Potencia: de 0 a 0,09 m.

C) *Magdaleniense medio evolucionado (nivel 2 B, antiguo n. 2)*

Este segundo nivel magdaleniense subyace al anterior, integrado por una matriz arcillosa de tonalidad pardo-oscura a negra, con abundante materia orgánica, carbón y restos aislados de ocre, englobando abundantes cantos calizos de hasta 10 cms. La industria lítica y los tipos óseos que contiene ofrecen unas características similares a los documentados en el nivel 2 de las primeras excavaciones efectuadas en el yacimiento. Potencia: 0,04 m.

D) *Solutrense Terminal (niveles 3 a 6)*

Este tramo, bien representado en anteriores excavaciones realizadas en el Pasillo I y a la entrada de la Sala I (Corte estratigráfico, S. Corchón, 1981), se presenta peor conservado en las actuales, a causa de las intensas remociones que afectan al centro de la Sala, limitando la zona intacta a los márgenes laterales de la misma. Con todo, las evidencias arqueológicas, fundamentalmente industria lítica de cuarcita y fauna, son plenamente características de este horizonte final, contrastando vivamente con el Magdaleniense que se le superpone. La estratigrafía más completa se observa en la banda K-12, J-12 y J-13, próxima al referido Corte antiguo, donde el nivel 3, de 0 a 0,25 m. de espesor e integrado por arcillas claras de inundación, limpias de cantos y sin industria, se superpone y encaja sobre el tramo carbonoso de los niveles 4-5, de 0 a 0,35 m. de espesor, reposando el conjunto sobre las arcillas amarillentas, limpias y de tendido horizontal, del nivel 6 con una potencia de 0 a 0,10 m. Potencia del tramo: 0,30 a 0,55 m.

E) *Solutrense Superior (niveles 7 a 10)*

En la actualidad no se ha alcanzado la base del tramo (n. 10), visible en el corte de limpieza que delimita el área removida. El primero de estos niveles (n. 7), discontinuo por erosión y afectado en superficie por crioturbación, se presenta como los restos de un suelo de ocupación producido sobre los limos arcillosos del nivel 8. El sedimento, de características similares a las del nivel 8 aunque de tonalidad pardo oscura a negra, engloba pequeños cantos calizos, fauna e industria típica del Solutrense superior. Potencia: 0,03 a 0,07 m.

El segundo (n. 8) es un potente nivel arcilloso-limoso, de textura plástica y tonalidad amarillenta clara, limpio de cantos. La industria Solutrense superior, escasa en el techo, se concentra hacia el centro y la base del nivel englobada en el interior de las finas intercalaciones carbonosas, de 1 o 2 cms. de espesor y estructura lenticular, que definen el conjunto. Anotemos, finalmente, que este nivel, como los anteriores, buza sensiblemente ($> 25°$) hacia la gatera que se abre en el muro oriental de la Sala. Potencia: 0,03 a 0,20 m.

El último de los niveles (n. 9) se presenta como un típico suelo de ocupación, con abundante industria del Solutrense superior, englobada en una matriz arcilloso-limosa de tonalidad marrón clara a parduzca por la concentración de materia orgánica, carbón y ocre, con cantos de caliza y de cuarcita. Potencia: 0,05 a 0,13 m.

Sala Final o Sala II

A) *El Magdaleniense Superior-Final*

El nuevo depósito, que denominamos *Unidad final,* de 0,26 m. de espesor máximo, se ha conservado hacia el fondo de la Sala, donde reposa directamente sobre los niveles descritos en 1986 del Magdaleniense medio. En el centro, en cambio, el tramo se presenta cortado a partir de los 60 a 70 cms. del muro Oeste por el nivel superficial de alteración. Se deglosa en tres pequeños niveles, numerados respectivamente -I, -II y -III dada su posición estratigráfica sobre el nivel I, Magdaleniense medio tardío, y sellados a techo por otro superficial (n. 0).

Integran el primero de ellos, en el techo de la secuencia (n. -III), arcillas de tonalidad amarillenta con numerosos cantos de tamaño pequeño. En el techo del mismo se observa la presencia de una fina banda carbonosa, de 1 o 2 cms. de espesor, que concentra la mayoría de los restos de fauna e industria lítica. A su vez la base, aunque contiene partículas de carbón y de ocre que no llegan a teñir el sedimento, apenas ha proporcionado material arqueológico. Potencia: 0 a 0,11 m.

El segundo (n. -II), de 0 a 0,13 m. de potencia máxima, se presenta como un nivel de ocupación mejor definido que el anterior, y como él está cortado por erosión hacia el centro de la Sala. Lo integran una matriz arcillosa de color pardo oscuro a negro, muy suelta, con abundante carbón en forma de partículas y de cenizas, cantos calizos escasos, fauna e industria lítica y ósea típicas.

La base del tramo (n. -I), finalmente, es de características similares a las del primer nivel, aunque los cantos calizos que engloba son de talla ligeramente superior. Contiene abundantes restos de fauna, e industrias lítica y ósea típicas aunque escasas.

B) *El Magdaleniense Medio* (fig. 1)

En este tramo, los nuevos trabajos no han registrado novedades significativas, en relación con la estructuración de la secuencia en dos unidades arqueológicas que alcanzan una potencia global de 1,40 a 1,50 m.

La Unidad superior: Magdaleniense medio evolucionado

Los niveles I a III, que constituyen el techo de esta Unidad de un espesor máximo en torno a los 0,45 m., pueden ser definidos ya con cierta precisión. Además, los elementos de cultura material documentados en ellos sugieren que la cavidad era ocupada de forma homogénea y con cierta intensidad a finales del Magdaleniense medio o en la transición al superior. A su vez, los estudios sedimentológicos preliminares realizados también abogan por la consideración unitaria de este primer tramo (M. Hoyos 1989, *Secuencia I).*

Este *techo de la Unidad superior* abarca dos niveles arcillosos de tonalidad pardo-oscura a negra por la abundancia de restos de materia orgánica y de carbón, con abundantes materiales arqueológicos (nivel superior o I de 0 a 0,10 m., y nivel inferior o III de 0,05 a 0,25 m.). Entre ambos, se encuentra otro muy pedregoso, de arcillas compactas amarillentas (n. II de 0,05 a 0,17 m.) con fauna y escasa industria.

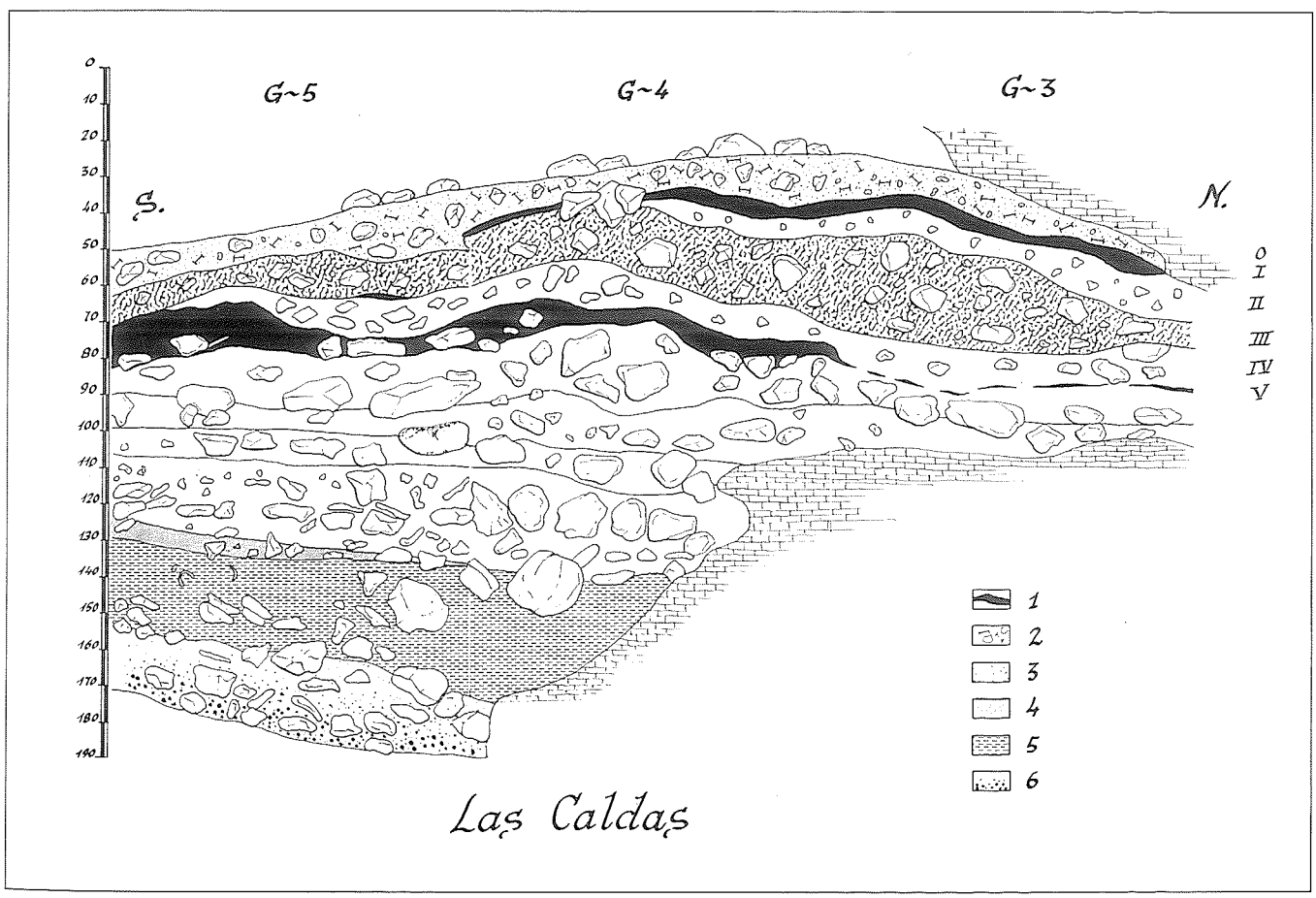


Fig. 1.—Estratigrafía del Magdaleniense medio en la Sala II, perfil N.-S: niveles 0 (superficial) a XI

1: Depósitos de arcillas pardas (n. I y V).
2: Nivel superficial con material moderno y de arrastre (n. 0).
3: Arcillas pardo-oscuras del n. III.
4: Depósito de arcillas teñidas de rojo por ocre de la base del n. IX.
5: Limos de inundación del n. X.
6: Arcillas arenosas del n. XI.

La *base de la Unidad superior,* con un espesor global de 0,18 a 0,20 m., está definida por los niveles IV y V (M. Hoyos 1989: *Secuencia II).* El primero de 0,04 a 0,10 m., contiene fauna e industrias lítica y ósea, englobadas en una matriz arcillosa plástica de tonalidad marrón claro a verduzcas con cantos calizos de 5 a 10 cms. Todo ello, de aspecto masivo, reposa sobre el nivel V, contrastando vivamente por la textura del sedimento, ahora suelta, y su tonalidad pardo oscura casi negra. Por otra parte, corroborando los datos obtenidos en anteriores trabajos de excavación, en el centro de la Sala este nivel V es sustituido por restos de niveles de ocupación del yacimiento, definidos a modo de cuñas potentes a la entrada de la Sala pero que no llegan a alcanzar el fondo de la misma. El nivel, de 0,08 a 0,15 m. de espesor máximo, ha proporcionado las series más numerosas y típicas de industria y Arte mueble de la Unidad superior. Finalmente, hay que destacar la conservación, excepcional, de restos de madera que están presentes en la base de este tramo y en el techo de la Unidad siguiente.

La Unidad inferior (niveles VI a IX)

Este Magdaleniense medio, de características clásicas, se configura como el tramo más representativo del Magdaleniense de Las Caldas, por la riqueza y variedad de las evidencias de cultura material que contiene. La serie estratigráfica ofrece cuatro niveles sucesivos, excavados en una superficie de 7 m^2 hasta la fecha, con una potencia global de 0,60 a 0,70 m.

En este tramo, los restos de fauna, excelentemente conservados, muestran una neta inflexión en favor de una mayor representatividad de especies de mayor talla respecto de la Unidad superior, abundando particularmente los restos de équidos y de Bos. También consigna el cambio un aumento en la talla media de la industria lítica, así como en la estructuración y estilo de sus manifestaciones artísticas, que se comentan después. Anotemos, únicamente, que la muestra faunística, incrementada ahora notablemente en lo relativo a moluscos y peces, también difiere de lo observado en la Unidad superior en el Arte mueble. Junto a especies netamente frías en la base de la secuencia, con grabados de reno y mamut, toda la unidad inferior ofrece porcentajes elevados de representaciones de équidos —caballo y hemión—, y frecuentes figuraciones de bisontes, éstos no conocidos hasta el momento en el Arte de la Unidad superior.

Este horizonte arqueológico, desarrollado bajo unas condiciones medioambientales, en general, rigurosas, de carácter estépico en algún tramo si valoramos la significación climática de aquella macrofauna citada, encuentra un adecuado contraste en las características sedimentológicas apuntadas en los estudios preliminares (Hoyos 1989, *Secuencia III).* La matriz del depósito es arcilloso-arenosa, englobando numerosos cantos y bloques calizos, de talla mayor (> 15-20 cms.) hacia la base, procedentes de gelivación exterior y transportados en sucesivas pulsaciones hacia el interior. En la dinámica de la formación y evolución de estos depósitos arqueológicos, especialmente en lo relativo a la base (n. IX), hay que valorar además, como analizaremos a continuación, la incidencia de las inundaciones parciales que afectan a esta Sala interior. Ello explica y determina la existencia de importantes variaciones en la composición de los conjuntos arqueológicos en el seno de un mismo nivel, o de tramos aparentemente estériles en el interior de un nivel arqueológico.

Un ejemplo significativo de estas variaciones, ilustrativo además de las condiciones de habitabilidad que ofrecía la cueva a comienzos del Magdaleniense medio, lo encontramos en la base del nivel IX. Su complejidad y variaciones en el interior de un sedimento arcilloso y muy plástico, de tonalidad amarillenta verdosa y de hasta 25 cms. de potencia máxima, englobando centenares de plaquitas de arenisca de carácter antrópico —placas de más de 25 cms. en algún caso— y muchas de ellas rubefactadas y alteradas por fuego, aconsejaron su división en tres tramos durante la excavación:

IXa: Techo del nivel: arcillas compactas de tonalidad amarillenta verdosa, con lentejones arenosos y más limpias de cantos que en el n. VIII. Industria escasa.

IXb: Arcillas similares pero de tonalidad más oscura, teñidas de rojo en el centro de la Sala por ocre, con abundantes partículas de carbón y cenizas y numerosos cantos calizos y de cuarcita. Contiene una industria Magdaleniense medio típica y numerosa documentación mobiliar.

IXc: Arcillas similares a Xa, a retazos arenosas, englobando los cantos de mayor talla del depósito magdaleniense. Este tramo es el que ofrece mayores particularidades en lo relativo a la muestra arqueológica, intensamente patinada por su sedimentación en un medio reductor —el fondo de la Sala II parece estar anegado durante la formación de IXc—. La fauna, escasa pero bien conservada, sugiere una selección deliberada, como el resto del material: hemimandíbulas de caballo y alguna de cérvido, un cuerno de Bos y dientes de ursus, asociadas a numerosos y grandes núcleos de sílex apenas aprovechados, incisivos de équido grabados y perforados longitudinalmente, así como plaquitas de arenisca grabadas y, en algunos casos, además quemadas. Apenas están representados, en cambio, los elementos más comunes de los ajuares paleolíticos, como restos de talla, útiles líticos u óseos, esquirlas óseas (fig. 5).

C) *El Solutrense (?)*

Subyace al anterior Magdaleniense medio un potente depósito fluvial, integrado por limos limpios y compactos de tonalidad verde (n. X), de 0,25 a 0,65 m. de espesor. La complejidad de este depósito y la presencia de materiales arqueológicos en algún tramo permite su subdivisión en:

N. Xa: limos verdes, a retazos arenosos, compactos y estériles desde un punto de vista arqueológico, buzando hacia el fondo y hacia el sector izquierdo de la sala. Potencia: 0,10 a 0,47 m.

N. Xb: limos de grano más grueso y tonalidad más oscura, con cantos de pequeña talla y escasos restos arqueológicos. Este depósito, que a modo de cuña penetra desde sectores situados hacia el exterior, no se encuentra en el fondo de la sala. La Industria, escasa y poco típica, incluye un fragmento de hoja de laurel solutrense. Potencia: 0 a 0,10 m.

N. Xc: Limos de características similares pero de grano más grueso, con cantos calizos de talla media y grande (10 a 30 cms.) y escasa industria solutrense. Contiene restos de fauna bien conservada y de gran talla.

El nivel subyacente (n. XI), aún en estudio, es un depósito de estructura compleja integrado por arcillas arenosas de color marrón claro, con abundantes cantos y gravas y algunos bloques calizos. Se trata de un nivel de ocupación que incluye un hogar bien conservado en el techo del mismo y materiales típicos asociados al mismo (fig. 2). La presencia de una carbonatación secundaria, caren-

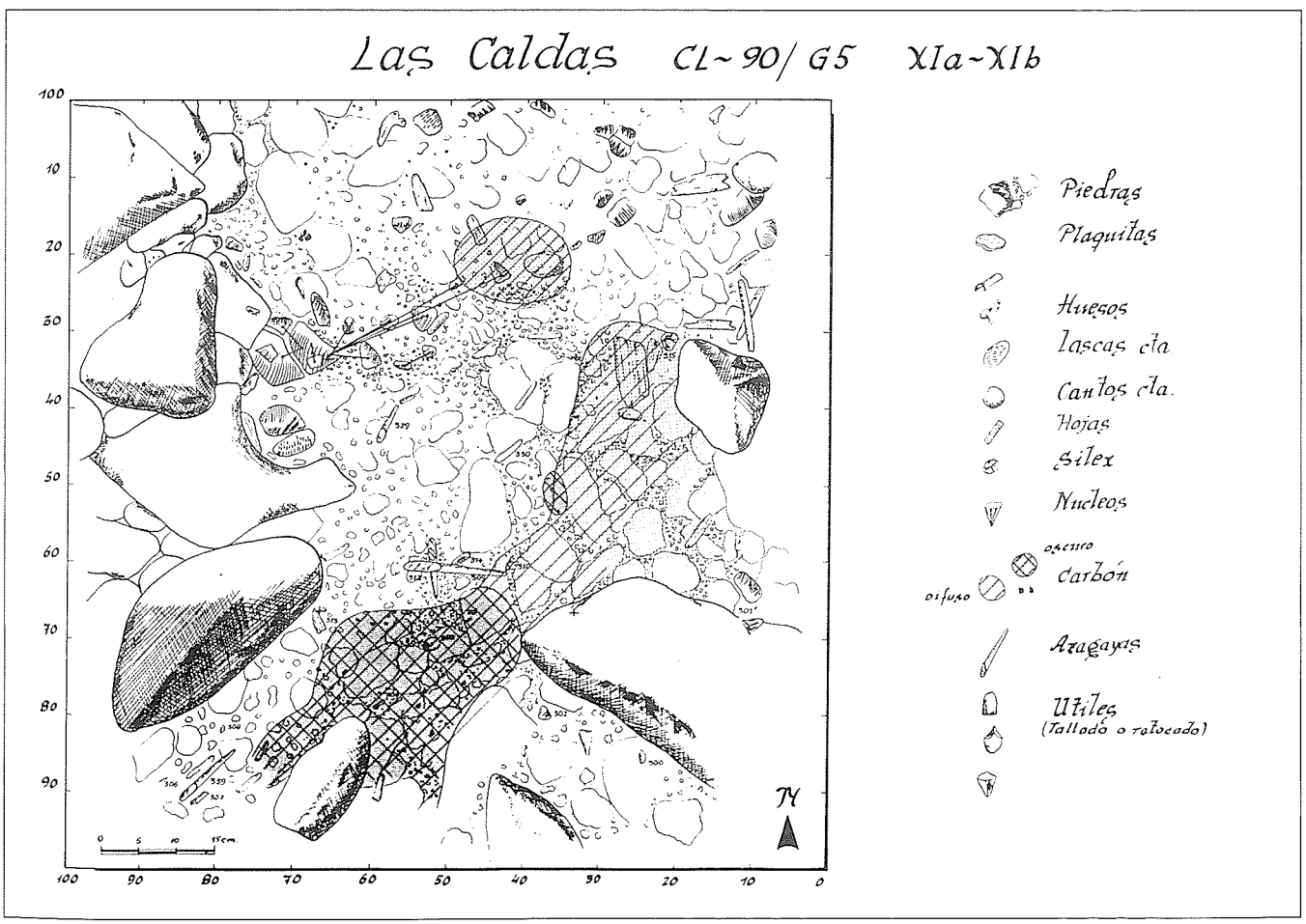


Fig. 2.—Hogar del techo del n. XI

te de significación cronológica o cultural pero muy definida morfológicamente, permite distinguir a efectos de excavación dos tramos, con un espesor global de 0,30 m.

N. XIa: Denominamos así a la referida formación de 0 a 15 cms. de espesor, acaecida ulteriormente a la sedimentación del n. XI, depositada sobre una matriz arenosa con numerosos cantos calizos muy alterados, y que cementa los abundantes materiales y el hogar al que se asocian, de amplia cubeta circular rodeada por grandes bloques y parcialmente embutida en el perfil Sur.

N. XIb: El resto del nivel muestra un sedimento más suelto, arenoso de tonalidad marrón claro, sin las alteraciones producidas por la deposición de los citados carbonatos estalagmítica o los carbones y cenizas del hogar situado en el techo. Los cantos calizos son de talla ligeramente superior y los restos de fauna e industria son muy numerosos.

2. LA CULTURA MATERIAL. LOS NIVELES MAGDALENIENSES

2.1. Valoración del Magdaleniense superior-final

El nuevo tramo magdaleniense, identificado inicialmente en la Sala I donde se superpone al antiguo nivel 2 de la estratigrafía establecida en las primeras investigaciones, representa la última ocupación tardiglaciar del yacimiento. Su integridad estratigráfica está avalada por la presencia de un lecho de cantos calizos muy alterados en la base del holoceno, que lo sellan a techo.

La extensión conservada es reducida y marginal, limitada al sector derecho de la Sala, acuñándose hacia el centro y a la entrada de la misma, estando ausente del Corte estratigráfico practicado en las primeras excavaciones. La nueva denominación propuesta —nivel 2 superior o 2 A— viene impuesta por la necesidad de individualizarlo frente al antiguo nivel 2, de diferentes características sedimentarias y arqueológicas (en la actual denominación: nivel 2 inferior o 2 B).

La fauna, escasa y frecuentemente limitada a esquirlas óseas, incluye algunos restos identificables de cérvidos. La industria lítica, de reducidas dimensiones, incluye hojas de sílex y algunas lascas, junto a núcleos y sus correspondientes productos de talla. Entre los útiles destacan los buriles, diedros sobre soportes laminares, algunos compuestos de buril-hoja truncada, hojas retocadas, denticulados y lascas someramente retocadas. La industria ósea incluye un elemento diagnóstico significativo: el arpón de una hilera de dientes y perforación basal en el centro.

Las características de este nivel, erosionado, más pedregoso y englobando lentejones de arcillas plásticas estériles y limpias en K-13, unido a su ubicación estratigráfica en el techo de la secuencia magdaleniense y la tendencia apuntada hacia la microlitización del utillaje lítico, sugieren una cronología tardía a finales del Dryas medio e incluso el Alleröd, coetánea de otros niveles del Magdaleniense final cantábrico.

Una industria comparable, e igualmente residual en lo que se refiere a la conservación de los depósitos, se documenta en la Sala II, hacia el fondo del sector habitado. En el centro de esta Sala, en cambio, la erosión de los depósitos se extiende hasta el Magdaleniense medio. El nuevo tramo o *Unidad final* (fig. 5) reposa directamente sobre el techo de la *Unidad superior* anteriormente descrita, desglosado en tres niveles fértiles y arqueológicamente uniformes (de techo a base, n. -III, -II y -I), clasificados también en el Magdaleniense superior final.

La industria lítica, homogénea en todo el tramo, es fundamentalmente de sílex, con evidencias aisladas de talla de cuarcita, cuarzo y cristal de roca. Se define por dos rasgos básicos: su laminaridad, con numerosas hojas y hojitas tanto entre los productos de talla como en los soportes retocados, y por el reducido tamaño de las evidencias, con útiles francamente microlíticos. En el conjunto, poco variado, sólo son frecuentes dos tipos específicos de útiles: las hojitas de dorso y los buriles diedros. El resto lo integran hojitas de dorso truncadas o denticuladas, Dufour atípicas, algunas micrograveltes de retoque bipolar, buriles de ángulo, raspadores en extremo de hojas cortas y algún nucleiforme, compuestos sobre hojas retocadas (raspadores-buriles) y hojas retocadas magdalenienses, frecuentemente en un solo borde. La industria ósea incluye, además de compresores en hueso y punzones de base acortada (¿reutilizaciones?), tipos de puntas comunes en la Costa Cantábrica: la azagaya cilíndrica y la punta rectangular o aplanada de base en doble aplastamiento. La presencia de azagayas magdalenienses ahorquilladas, en cambio, por el momento resulta incierta, ya que los tipos recogidos se localizan en todos los casos en el límite con la zona removida central. Entre la fauna, fragmentada y mal conservada, sólo destacan los cérvidos, entre ellos molares y una masacre de ciervo, así como un fragmento de cornamenta de reno con tres surcos de extracción de materia prima, ésta del nivel inferior.

En síntesis, nos encontramos de nuevo ante la evidencia arqueológica, limitada pero fehaciente, de una ocupación del yacimiento a finales del Magdaleniense. Provisionalmente, a la espera de que estén concluidos los estudios del material, sedimentos y muestras vegetales y animales,

los restos de cultura material reseñados sugieren que el tramo, globalmente, muestra unas características similares a las del nuevo nivel de la Sala I (n. 2A o 2 superior), si bien no parece factible por el momento precisar si esa relación debe ser establecida específicamente con alguno de estos niveles, o con el nuevo tramo en su conjunto. La cronología propuesta, sobre estas bases arqueológicas, de nuevo nos aproximan al final del Tardiglaciar.

2.2. Las evidencias arqueológicas de la transición al Magdaleniense medio en las Salas I y II

El tramo siguiente, está representado en la Sala I en el segundo nivel magdaleniense (n. 2B), y en la Sala II en el *techo de la Unidad Superior* (n. I, II y III).

Los trabajos de excavación efectuados en la primera Sala, en los cuadros K-12, K-13 y J-13, revelan la relación estratigráfica y la analogía de los elementos de cultura material entre el n. 2B y el antiguo "nivel 2" de los primeros trabajos, estudiado a la entrada de esta misma Sala entonces (Corte estratigráfico), y en el vestíbulo (Cata 1, Pasillo) (S. Corchón, 1981). El nivel aparece separado del Solutrense terminal subyacente (n. 3) por una capa concrecionada, y a techo presenta cortezas estalagmíticas discontinuas de orden milimétrico.

Los tipos óseos son plenamente característicos: azagayas cilíndricas con base en doble bisel o aplastamientos basales, varillas semicilíndricas con estriación técnica ventral y decoración dorsal con motivos geométricos —series angulares, curvilíneos, etc.— en relieve o profundamente incisos, y agujas de hueso. La industria lítica, aunque escasa por lo reducido de la superficie conservada, muestra elementos típicamente magdalenienses sobre soportes laminares: raspadores en extremo de hojas simples y retocadas, variados buriles diedros sobre los mismos soportes, raspadores-buriles, perforadores y hojas retocadas magdalenienses. Se acompañan de algunas lascas de cuarcita denticuladas.

Estratigráficamente, el nivel 2B contrasta vivamente con el superior o n. 2A, Magdaleniense final, por su textura y coloración oscura, aunque la transición entre ambos, aparentemente, no es brusca sino gradual, sin hiatus perceptibles durante la excavación. El corte, en cambio, es brusco respecto del nivel inferior, Solutrense terminal, que, a techo, se presenta erosionado, discontinuo y en forma de retazos, sellado por una capa concrecionada. La discordancia cronológica entre ambas ocupaciones marca también el hiatus.

En la Sala II, el *techo de la Unidad superior* (n. I, II, III) no ha aportado nuevos datos significativos que maticen los resultados obtenidos en anteriores investigaciones. Los nuevos trabajos, con todo, nos permiten conocer la estructura de los niveles II y III con cierta amplitud, excavados ahora en 2 m^2 más en 1987 y 1988.

Del nivel II, aunque escasea el material, destaca la gran abundancia de núcleos —pequeños núcleos prismáticos de hojas y hojitas, y escasos discoides e informes de lascas—. También la abundancia de hojitas de dorso es una constante en toda la superficie estudiada, acompañadas de algunas Gravettes y de piezas de borde rebajado—fragmentos de piezas con dorso y hojas con cortas truncaduras distales—. Las hojas retocadas en ambos bordes son otro elemento característico del nivel, aunque aquel es marginal, corto o muy corto en todos los casos, acompañadas de otras con pequeñas escotaduras o finos denticulados. El resto del utillaje lo integran típicos raspadores, aunque tallados sobre soportes de desigual calidad, como hojas retocadas, lascas diversas e incluso sobre productos de acondicionamiento del núcleo. En general, los tipos de raspadores característicos del nivel no son los laminares, sino los aquillados y sobre lascas circulares. A su vez el buril, más ampliamente representado que el raspador, incluye variados diedros sobre hojas retocadas, raramente buriles sobre roturas y truncaduras oblicuas. Completan la serie algunos perforadores y microperforadores, en un conjunto caracterizado por la pobreza en tipos y la monotonía. La industria sobre soportes de origen orgánico, muy bien conservada, ofrece azagayas en doble bisel y fragmentos de varillas con decoración geométrica dorsal.

A su vez, el nivel III excavado en la misma superficie que el anterior en 1988, proporcionó una industria algo más abundante, concentrada en la parte media y base del nivel, que nos permite avanzar una caracterización provisional del conjunto, con un número significativo de útiles (250: 78 de la parte media y 177 de la base del nivel).

La industria lítica es esencialmente laminar, constituyendo las hojas el soporte usual de raspadores, buriles y perforadores. Estan presentes elementos líticos tan característicos como las hojas retocadas magdalenienses y los pequeños raspadores laminares, cortos o muy cortos, unguiformes, en abanico, sobre hoja retocada, etc. (2% del total de útiles). El resto de los raspadores, en orden de frecuencia, lo integran elementos en extremo de hojas simples o retocadas, en abanico y nucleiformes. Los buriles, superiores en número a los raspadores, están representados por variados diedros sobre hojas y buriles sobre fracturas, que constituyen las dos terceras partes del total. Pero los dos elementos de cultura material que personalizan el nivel son, sin duda, el elevado índice de hojitas —superior al 50% en la base del nivel y al 23% en la parte media—, y también las citadas hojas retocadas en uno o

ambos bordes (10% en la base y 15% en la parte media del nivel), incluidas las hojas auriñacienses y de escotaduras. La presencia de hojas de dorso rebajado y de truncadura, por otra parte, elevan el índice perigordiense a cifras muy altas, próximas al 50%, que es otro de los elementos definitorios del nivel, en contraste con la exigua presencia de útiles de estilo o tradición auriñaciense (algunas Dufour atípicas y las citadas hojas auriñacienses). Finalmente, el tipismo y calidad de los perforadores y utiles compuestos —raspadores-buriles, buriles-hojas truncadas, perforadores-buriles, perforadores-hojas truncadas...—, constituyen otro rasgo típico del Magdaleniense avanzado de la Costa Cantábrica. Completan el equipamiento lítico algunas lascas retocadas, denticuladas, piezas astilladas, escotaduras y raclettes. Los índices globales obtenidos parecen ser indicativos de esta estructura industrial descrita:

IR:	10,8%	I. Hj. retocadas:	8%
IB:	15,6%	I. hjt. retocadas:	43,6%
IRA:	0,0	I. Ut. compuestos:	4,4%
IBd:	10,5%	GA:	1,2%
IBt:	2%	GP:	48,4%
IP:	2%		

(Total: muestra de 250 útiles)

La industria ósea es, asimismo, de gran calidad: varillas semicilíndricas, una espátula recortada (¿antropomorfo?), numerosas agujas en hueso, así como un variado elenco de soportes óseos utilizados como compresores, tensores, etc. Están presentes en el nivel al menos dos tipos de puntas —la azagaya de base ahorquillada y la biselada cuadrangular o cilíndrica—, y punzones de base acortada por recorte o pedunculada, documentando la variedad de soluciones técnicas de enmangue durante el Magdaleniense. Destacamos por su excepcionalidad el hallazgo de una cuenta perforada en madera, similar a otra recogida en el nivel IV que comentamos más adelante, y de otra modelada en arcilla, cruda aunque muy compactada. La singular conservación de estos testimonios en el tramo de niveles III a VI de Las Caldas constituye uno de los elementos más relevantes del yacimiento, posibilitada por las excepcionales condiciones de preservación que ofrecen los depósitos arcillosos de la Sala II.

En síntesis, a la vista de los elementos apuntados, parece factible establecer una aproximación entre las evidencias de cultura material, en muchos casos idénticas, entre el segundo nivel magdaleniense de la Sala I y el techo de la Unidad superior de la Sala II, y en particular con el nivel III de esta última, clasificados todos ellos en el Magdaleniense medio tardío. La secuencia documentada en el fondo de la zona habitable de Las Caldas, en todo caso, lo que evidencia es una reiterada ocupación de este valle lateral del Río Nalón en la transición al Magdaleniense superior. Lamentablemente, los testimonios se limitan a sectores reducidos y marginales del yacimiento, debido a las importantes alteraciones postdeposicionales, fundamentalmente procesos de erosión e inundaciones de la cavidad, y también a las remociones modernas. La coexistencia de típicos protoarpones, comparables a los documentados en el yacimiento hasta la base del Magdaleniense, con un típico arpón en el citado nivel III, señalada con anterioridad (Corchón, 1989), sugieren la fluidez con que se desarrollaría, en este yacimiento, la transición al Magdaleniense superior, conservado testimonialmente también en Las Caldas, como hemos visto.

2.3. El Magdaleniense medio tardío del resto de la Unidad superior

Integran la *base de la Unidad superior,* de 18 a 20 cms. de potencia media, los niveles IV y V de la secuencia magdaleniense de la Sala II, excavados en 3 m^2 en 1987 y 1988.

El tramo muestra algunas diferencias significativas respecto de los niveles superiores: acusada laminaridad en los soportes, mayor talla media en el utillaje lítico, y una gran variedad y desarrollo del equipamiento óseo. Sedimentológicamente sus rasgos también son específicos (Secuencia sedimentaria III: M. Hoyos 1989), alternando los depósitos constituidos por una matriz arcillosa de textura plástica y tonalidad marrón claro (n. IV), con numerosos cantos calizos muy alterados, con otros pardo oscuros, casi negros por la concentración de materia orgánica, de textura más suelta y abundantes partículas carbonosas y de ocre (n. V). Los restos arqueológicos son numerosos, particularmente en el nivel V, incluyendo la fauna restos de moluscos y de peces.

Con todo, no se perciben diferencias sensibles a lo largo de este nuevo tramo sedimento-arqueológico, y la densidad de las evidencias permiten corroborar la unidad del conjunto. Una muestra significativa tomada del nivel IV (cuadro H-4, 106 útiles) caracteriza bien el nivel. Se trata de una industria típica sobre soportes laminares, definida por la escasez de raspadores (en torno al 2%), y el alto índice de buriles (17%), el grueso de los cuales son diedros y de ángulo. La gran variedad de hojas retocadas (12%) —de retoque continuo en un borde, denticuladas, truncadas y con escotaduras—, así como el inusitado peso específico de las hojitas retocadas (55%); de ellas el 48%

son de dorso), constituyen rasgos sobresalientes de este nivel IV. El resto de los tipos está pobremente representado, lo que pudiera interpretarse como una cierta especialización en la modalidad del asentamiento y consiguientemente del equipamiento: raspador-buril, muescas y, muy aisladamente, perforadores, denticulados, truncaduras y piezas astilladas. Estos rasgos explican el acusado desequilibrio entre los útiles perigordienses (GP: 53%) y los auriñacienses (en torno al 4,5%, limitado a atípicas Dufour). La calidad de la industria ósea también resulta llamativa: azagayas arqueadas, otras cilíndricas o cuadrangulares acanaladas y de base ahorquillada, asociadas a finos punzones, agujas en hueso y a esbeltas varillas semicilíndricas con estriación técnica ventral y dorso acanalado-inciso. El resto del ajuar óseo lo integran útiles de segundo orden, como compresores, tensores y huesos recortados. El hallazgo de restos de madera conservada en este tramo y de una cuenta de collar tallada en este material ha sido comentada.

El nivel V, aunque se presenta desglosado en diversos subtramos por las intercalaciones anteriormente descritas, no muestra diferencias significativas en la distribución de los restos en su interior. Los rasgos magdalenienses se acentuan, respecto de los niveles superiores, al igual que la calidad en la talla de los útiles y la laminaridad de los soportes, así como la escasez de tipos líticos, lo que confiere al conjunto una apariencia tan típica como especializada. Incluye raspadores, la mayoría en extremo de hojas simples o retocadas, con algunos ejemplares en hocico y nucleiformes. Pero los elementos característicos son, de nuevo, además de las hojas y hojitas, los buriles, cuyos porcentajes duplican a los del raspador (Techo: IR: 6,2%, IB: 14,7%. Base: IR: 10%, IB: 20%). Estos son variados tipos diedros y sobre fracturas, incorporando algunos planos, sobre núcleos y escasísimos sobre truncaduras (Techo: IBd: 6,2%, IBt: 1,6%. Base: IBd: 10,7%, IBt: 0,0), y con una representación constante y similar a la del n. IV de útiles compuestos de raspador-buril (en torno al 2,5%). El peso del utillaje recae como decimos en las hojitas, casi todas de dorso, con escasísimas Dufour (54% en el techo; 35% en la base), y en las hojas retocadas (en torno al 11 o 12%). Estas últimas incluyen piezas retocadas en uno o ambos bordes, hojas auriñacienses, otras con dorsos, truncaduras, denticulados y muescas. Los restantes elementos son escasos: perforadores, denticulados, truncaduras, raederas y alguna raclette y pieza astillada. De la base del nivel proceden, finalmente, las más típicas piezas de borde rebajado, así como una punta de dorso tipo Gravette típica. El desequilibrio entre los elementos auriñacienses (1,5 a 4%) y perigordienses (61 a 40%) ya ha sido comentado.

Los tipos óseos, aunque más numerosos, tampoco ofrecen novedades respecto a lo apuntado para el n. IV. Abundan las azagayas de base ahorquillada, de dimensiones muy contrastadas y variada configuración, acompañadas de otras en bisel estriado, de agujas en hueso y colgantes sobre dientes.

El Arte mueble, aunque escaso, es plenamente característico de esta Unidad, e incluye bastones perforados, plaquitas y diáfisis óseas grabadas con representaciones de caballos y cabras, completas y también prótomos de un estilo naturalista y vigoroso, aunque de tratamiento muy simplificado (S. Corchón, 1986, p. 46).

En suma, el tramo comentado responde a las características prototípicas del Magdaleniense medio tardío, probablemente desarrollado ya durante la Oscilación del Bölling. Una industria laminar de gran calidad pero pobre en tipos, articulada en torno a una pocas categorías de artefactos líticos —hojitas de dorso, buriles, hojas retocadas, elementos de borde rebajado y algunos raspadores—, y óseos, y una especialización comparable en lo relativo a la documentación mobiliar, con representaciones temáticamente muy restringidas y estilísticamente vivaces pero muy convencionales.

2.4. Caracterización arqueológica de la Unidad inferior, Magdaleniense medio

La *Unidad inferior* de la secuencia Magdaleniense medio (Unidad sedimentaria III, M. Hoyos 1989) se ha conservado también únicamente en la Sala II (n. VI a IX), alcanzando los depósitos de 60 a 70 cms. de potencia global. La gran abundancia de cantos calizos y un aumento notable en la talla de los mismos, que en la base superan los 30 cms. marcan la transición de una a otra unidades, englobados en una matriz arcillosa muy plástica. La gran riqueza en obras de arte de estos niveles —relieves en asta de cérvido y grabados en hueso, plaquitas y útiles óseos—, y el amplio desarrollo experimentado en la industria ósea, contrastan con la creciente rarificación de la industria lítica en los mismos niveles, con índices muy bajos de útiles (3 a 6%), especialmente en los niveles VIII y IX.

La industria lítica es de talla mayor que en la unidad anterior, y los índices de laminaridad son muy altos tanto entre la talla como en los útiles. El estudio preliminar realizado sobre una muestra de 212 útiles del n. VI, obtenida de 3 m^2 excavados en 1987 y 1988, define las características de la cultura material de este Magdaleniense medio. Su estructura es equilibrada en tipos, tendente a la especialización dada la polarización de los conjuntos basales en torno a unas pocas categorías de objetos, y de gran calidad técnica. Los raspadores, en primer lugar, están ta-

llados en extremo de hojas simples o retocadas, incluidas las auriñacienses, con un componente ya significativo de tipos auriñacienses carenados y en hocico (IR: 10,37%; IRA: 1,47%). Los buriles, que duplican a aquéllos (IB: 22%), son diedros sobre hojas frecuentemente retocadas (IBd: 12%), sobre fracturas y gruesos nucleidormes, raramente sobre truncaduras (IBt: 2,5%), e incluyen típicos compuestos de raspador-buril y buril-perforador.

El tercer rasgo llamativo de este Magdaleniense lo constituyen las hojas retocadas, numerosas (15%) y variadas: hojas magdalenienses, auriñacienses, con truncaduras, escotaduras, denticuladas, de dorso rebajado, etc. La significación de las hojitas de dorso, sin embargo, es menor (31%) que en la Unidad superior, escaseando las de truncadura y las Dufour. El resto del equipamiento lítico es muy limitado; además de algunos denticulados, muescas y piezas astilladas, habituales en todos los conjuntos paleolíticos, sólo son significativos los elementos de dorso rebajado y las truncaduras. Este hecho, junto a los tipos anteriormente citados, eleva el índice perigordiense al 40,5%, en contraste con la rareza de elementos auriñacienses (GA: 2,35%).

La industria ósea presente en el techo de la unidad (n. VI) incluye numerosos ejemplares de robustas puntas ovales y subcuadrangulares, monobiseladas o en doble bisel estriado. Se acompañan de otras cuadrangulares de base apuntada y profundamente incisas en las cuatro caras, de largas y esbeltas varillas semicilíndricas estriadas y con decoración lineal dorsal, agujas, compresores y otros elementos de industria ósea secundaria. Por lo que se refiere a la documentación artística, aunque en este nivel abundan las obras de arte —bastones perforados decorados, tipos variados de colgantes, fragmentos óseos y plaquitas con decoración figurativa o motivos complejos lineales—, es en los niveles inferiores, VII a IX, donde asistimos a su multiplicación y diversificación. Paralelamente, se enriquece al ajuar óseo, incluyendo el registro, además de los anteriores tipos, variadas azagayas ahorquilladas, protoarpones cilíndricos de hilera simple o doble en los niveles VII y VIII, así como tipos nuevos en el n. IX: la punta o varilla dentada en ambos bordes y una punta (¿protoarpón?) de doble diente.

Entre la documentación mobiliar de estos niveles basales destacan dos documentos sobre soporte elaborado. El primero, que reposaba sobre el techo del n. IX pero englobado por los sedimentos del VIII, es un colgante de marfil (70x32x11 mm.) tallado en un diente de mamífero marino (fig. 3). Muestra en la cara superior el grabado parcialmente modelado en relieve de un bisonte, en el que se plasman los convencionalismos técnicos y expresivos típicos del Magdaleniense medio de la Costa Cantábrica y Pirineos: combinación del grabado profundo de contorno con el relieve diferencial (línea cérvico-dorsal, perfil fronto-nasal y pecho), despieces volumétricos realistas, tratamiento detallado de la cabeza, y pelo largo del tren anterior mediante teorías de rayitas en paralelo. Se trata, en suma, de un modelo convencional para la representación del bisonte: pelo largo y tupido colgando bajo el pecho y la quijada, antebrazo corto ensanchándose considerablemente a partir de la rodilla, y pie fino no aplomado (Corchon, S., 1986-87, pp. 36-37). Se encuentra, además, ampliamente documentado en el Arte parietal de la región (Altamira, Le Portel, Niaux, Pindal, etc.). Al dorso, con la misma técnica se ha representado un posible cachalote, que engrosa las escasas referencias mobiliares a mamíferos marinos, limitadas hasta la fecha a focas y dudosos delfines. Por ambas caras, a estos sujetos se asocian signos: trazos pareados y angulaciones dobles, respectivamente.

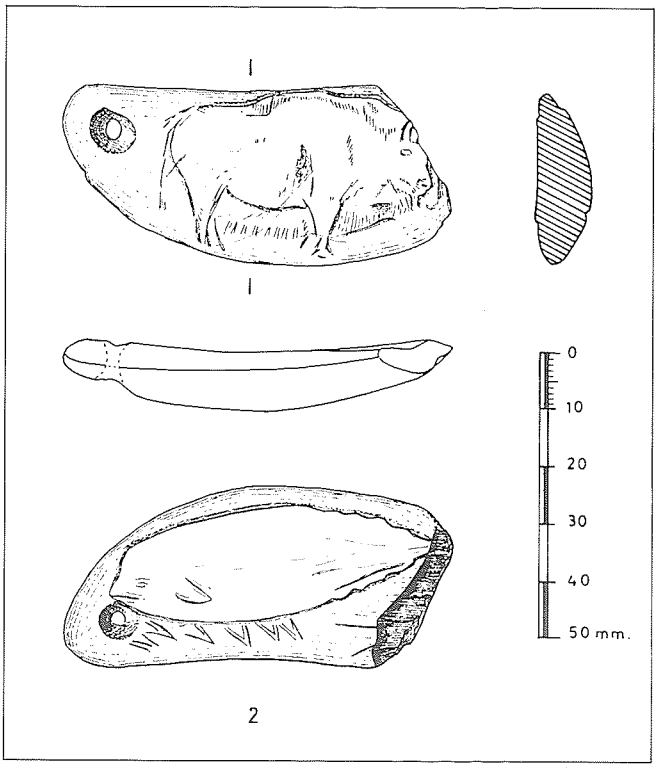


Fig. 3.—Marfil grabado y parcialmente modelado: bisonte y trazos pareados. Al dorso: mamífero marino y angulaciones

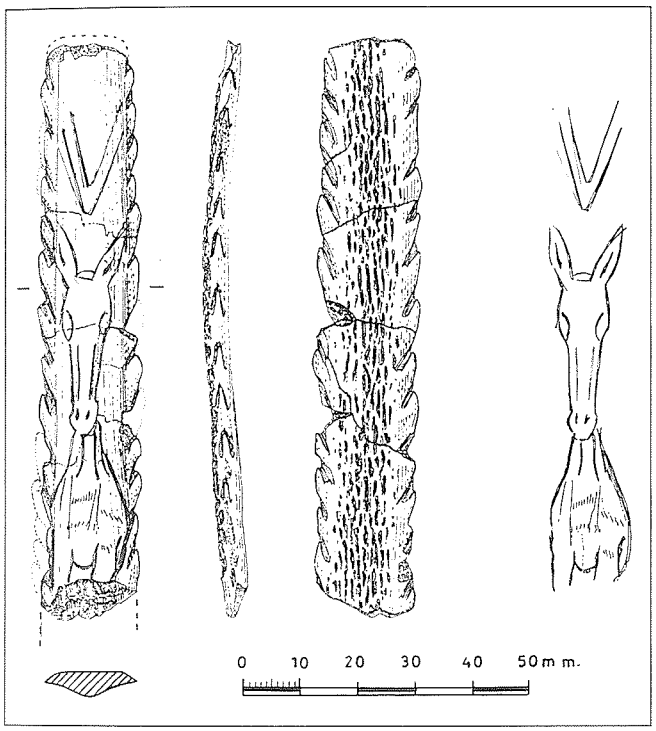


Fig. 4.—Lámina dentada y grabada en asta: representación de équido en perspectiva frontal y angulaciones. Nivel IXa

El segundo documento, procedente del techo del nivel inferior (n. IXa) es una lámina de asta dentada (103x14,4x5 mm.), grabada en la cara superior con un doble signo angular, similar al que se asocia al mamífero marino anterior, y una representación de caballo en perspectiva frontal, única por el momento en el arte mobiliar peninsular (fig. 4). La perspectiva frontal de tratamiento naturalista, sin embargo, no es infrecuente en esta unidad inferior. De anteriores campañas, a título ilustrativo, destacamos una diáfisis con un relieve diferencial de las extremidades anteriores de otro équido, igualmente en perspectiva frontal, del nivel IXb, y un relieve del nivel VI con la representación frontal de una cornamenta de ciervo (Corchón, S., 1986-87, pp. 38-39). En todo caso, los ejemplos más relevantes de esta modalidad de visión del sujeto en el SO de Europa se encuentran entre los grabados del inicio del complejo magdaleniense con arpones, el Magdaleniense medio, en el arte parietal (bisonte de Les Combarelles; felinos de Les Trois Frères...) y mobiliar (caballos y bisontes de Gourdan; jabalí de Laugerie-Basse; cabra de Mas d'Azil...) (Corchón, S., loc. cit. p. 39). Con todo, la semejanza formal con el conocido grabado parietal del Panel A del Gabinete de Los Felinos de Lascaux es llamativa, aunque éste se fecha tradicionalmente en un horizonte artístico anterior.

Finalmente, por su particular significación arqueológica, hay que destacar la documentación recogida en el nivel IXc, sobre los limos de inundación del nivel X y parcialmente hincada en ellos, en un sector de la cueva inundado durante la ocupación, como hemos apuntado más atrás (fig. 5). En lo que parece ser un depósito o selección deliberada de materiales sumergidos en agua, se acumu-

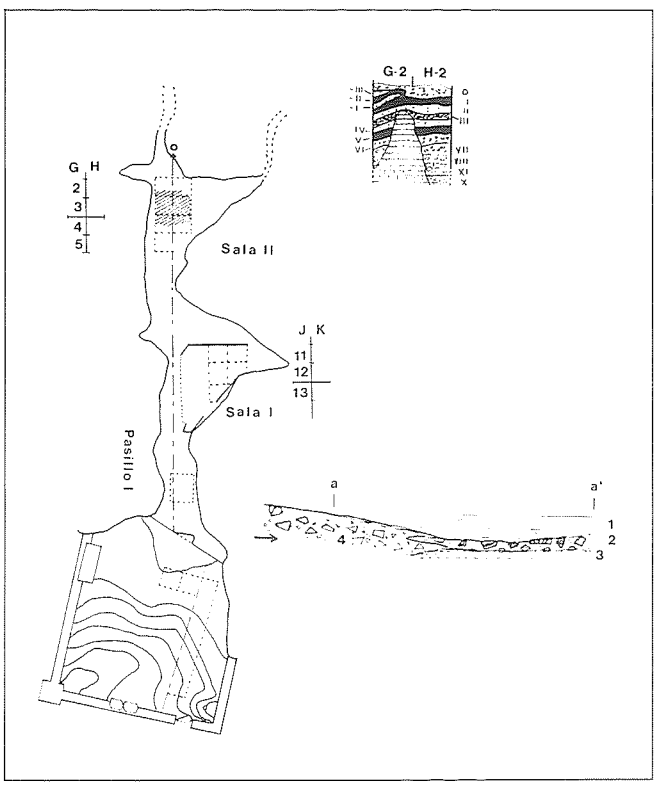


Fig. 5.—Unidades morfológicas de la Cueva de Las Caldas y situación de los Cortes: Exterior (Corte escalonado y cuadros F'4, G'4), Pasillo I (Cata 1), Sala I (Corte de limpieza de la zona removida y sector excavado) y Sala II (sector excavado).

Sala II.—Arriba, derecha: esquema de la estratigrafía en el fondo de la Sala con los nuevos niveles -III, -II y -I *(Unidad final).* Abajo, derecha: modelo de sedimentación explicativo de la selección de materiales y diferencias de pátina en la base del n. IX. Zona encharcada durante la ocupación (sector rayado; n.º 1) y nivel del agua (a - a'). 2: Materiales arqueológicos seleccionados depositados en un medio subacuático, reductor, sobre los limos estériles (n.º 3) del n. X 4: niveles de ocupación coetáneos (sedimentación subaérea) y dirección de solifluxión ( ).

lan voluminosos núcleos y escasísimos útiles aunque de gran calidad técnica y sobre soportes laminares: raspadores y buriles, hojas retocadas y gruesas lascas laminares retocadas, todo ello junto a elementos heredados de tipología pre-Würmiense o del Würm antiguo como algún bifaz y hendedor con doble pátina, evidenciando su retalla (por ejemplo en raedera). Estos últimos elementos, por otra parte, también con evidencias de retalla, se documentan en el Solutrense (?) del nivel XI de esta misma Sala. El conjunto se acompaña de colgantes sobre dientes, generalmente de équido, grabados con angulaciones, series lineales y perforación longitudinal, en algún caso con perforación transversal doble, y acompañados de numerosas plaquitas con grabados figurativos. La temática del nivel IX, en su conjunto, resulta llamativa por la presencia de fauna de características estépicas —reno, mamut, posible rinoceronte y numerosos équidos—, y de sujetos infrecuentes como los antropomorfos y los sujetos acéfalos. Ello puede explicarse, como hemos apuntado, desde la perspectiva de una selección de la muestra arqueológica, rebasando el marco de lo meramente utilitario o funcional.

3. LA OCUPACION SOLUTRENSE

El Solutrense se documenta en las dos unidades morfológicas descritas anteriormente: la Sala principal o Sala I, y probablemente también en la Sala final o Sala II.

En la Sala I, los niveles 3 a 6, Solutrense terminal, proporcionaron, junto a restos de fauna, escasa y mal conservada, una industria poco típica sobre soportes gruesos de cuarcita, en vivo contraste con la laminaridad, el soporte de sílex y la variedad del Magdaleniense que se le superpone. La ausencia en algún nivel de retoque plano solutrense, y su mínima representación en los restantes, parece configurarse como una característica de este horizonte arqueológico Solutrense tardío, confirmando los resultados obtenidos en los primeros trabajos realizados en el yacimiento (Corchón, S. 1981). Los útiles, sobre abultadas lascas de cuarcita obtenidas de núcleos informes y de piramidales atípicos, son poco variados. Se encuentran denticulados, lascas retocadas, gruesos buriles diedros y de ángulo, algunos raspadores carenados y sobre lascas y raederas.

El nivel 7, Solutrense superior típico, en cambio, se presenta como los restos de un suelo de ocupación, erosionado y alterado a techo por crioturbación, con abundantes restos de carbón, fauna fragmentada y mal conservada, y restos de talla en cuarcita. Entre la industria lítica, caracterizan el nivel las hojas de laurel de base cóncava o recta, junto a fragmentos de hojas de sauce y gruesas puntas solutrenses talladas por percusión. Entre los soportes, son frecuentes las lascas laminares retocadas, y también las hojas de cuarcita, raederas, buriles toscos aunque variados (nucleiformes, diedros, sobre truncadura, predominando el tipo sobre rotura), y raspadores sobre hojas y lascas, todo ello de cuarcita. Entre los núcleos se encuentran típicos de hojitas, y la industria ósea es plenamente característica, documentándose típicas azagayas solutrenses y alisadores en asta de ciervo.

Los materiales más numerosos proceden, sin embargo, de los niveles 8 y 9 (fig. 6). En el 8 la fauna, bien conservada, muestra una clara preferencia hacia los cérvidos incluidos gruesos fragmentos de cornamentas de ciervos. La presencia de una cuerna de rebeco nos informa, además, de la captura de esta especie en el Valle del Nalón, explotando un nicho ecológico de valle a escasa altitud (a.s.n.m. de La Caldas: 160 m.), y también se documentan ahora restos de gran fauna (Bos). Por lo que se refiere a la industria lítica, incluye típicas hojas de laurel de base cóncava y algunas de cara plana. Por otra parte, junto a estos elementos diagnósticos clásicos, el nivel contiene colgantes sobre caninos de ciervo, y robustas azagayas de cuerpo cilíndrico y base en monobisel simple, o bien adelgazada por raspado somero. A ello se añaden punzones y un nutrido elenco de huesos utilizados como compresores, bruñidores, o aguzados. Destaquemos, por último, la documentación en el nivel de ocho fragmentos de mineral colorante con estrías y raspaduras de uso.

En síntesis, esta industria al igual que la infrapuesta del nivel 9, apenas excavada y con la que guarda una gran semejanza en los tipos de útiles —anotemos únicamente la presencia de puntas de muesca en él, junto a los tipos fo-



Fig. 6.—Solutrense superior de la Sala I: detalle del suelo de ocupación del n. 9 (hojas de laurel, industria y fauna)

liáceos comunes ya descritos—, se define como un conjunto solutrense estándar, pobre en tipos y con numerosos útiles prácticamente idénticos, reflejo quizá de ocupaciones reiteradas aunque intermitentes del yacimiento, en función de actividades específicas. La estructura compleja del n. 8, con tramos estériles intercalados entre restos de suelos de habitación (n. 8a, 8b y 8c), pueden sugerir la existencia de estrategias específicas de explotación del territorio reflejadas en las citadas ocupaciones breves y reiteradas de la cavidad. Una muestra, tomada de los trabajos efectuados en 1990, de sólo 58 útiles, refleja estos rasgos. Los buriles (24%) son de factura mediocre, como es norma en el Solutrense superior cantábrico, la mayoría sobre fracturas, dominando ampliamente sobre los raspadores (13,7%), éstos en extremo de gruesas hojas y lascas. Particularmente numerosas son las hojas de laurel (17,24%), que muestran una gran homogeneidad en el estilo de los tipos, materia prima —la cuarcita—, retoque por presión y por percusión y factura de la base en forma recta o cóncava. El resto del equipamiento apenas está representado por algunos perforadores (3,4%) de retoque solutrense, hojas retocadas y hojitas dorso, y escasas raederas. Unicamente las lascas retocadas de cuarcita, que engrosan el capítulo de diversos, tiene cierta entidad (25,8%).

Los depósitos conservados en la Sala II, en cambio, no pueden ser definidos con precisión por lo reducido de la superficie actualmente excavada. Atendiendo a su posición estratigráfica son anteriores a la sedimentación del Solutrense superior de la Sala I, y posiblemente coetáneos de los más antiguos depósitos allí conservados. Desde el punto de vista de los restos de cultura material, el contraste con el Solutrense superior de la Sala I es patente en lo relativo a la fauna —de talla superior en este nuevo tramo—, la selección de la materia prima —ahora de sílex—, y en la propia factura y técnica del utillaje común, dominado por el retoque abrupto y la escasez e incluso ausencia en algún tramo de retoque solutrense Desde esta perspectiva, aunque se han recogido escasísimos fragmentos de hojas de laurel, el peso específico y la factura perigordiense del grueso del utillaje no permiten descartar la posibilidad de una ocupación anterior al Solutrense en esta Sala final, al menos en la base del tramo (n. XII) actualmente en curso de excavación. En todo caso, con los datos actualmente conocidos cabe afirmar que el hiatus estratigráfico detectado entre la base del Magdaleniense medio (n. IXc) y el techo del nivel de limos (n. X) parece traducir también otro cronológico y cultural importante.

Integran el nivel X los referidos limos de inundación, estériles en el techo y parte media del nivel (n. Xa). En cambio, en la base (n. Xb) y en los sectores más próximos a la entrada de la Sala se han recogido algunos núcleos y lascas de sílex y de cuarcita, así como escasos útiles, entre ellos un fragmento mesial de hoja de laurel solutrense. Su disposición, a modo de cuña que no llega a alcanzar el centro de la Sala, explica la rareza y el carácter atípico de la muestra arqueológica documentada.

El nivel siguiente (n. XI), se presenta cementado a techo, como hemos comentado, por una gruesa y discontinua capa de carbonatación secundaria de hasta 15 cms. de espesor. Destacan en el techo del nivel (n. XIa), en torno al hogar allí documentado (fig. 2), seis azagayas monobiseladas, fragmentos de marfil y núcleos con sus correspondientes productos de talla, que han podido ser relacionados con cantos rubefactados, cenizas, fauna e industria quemadas. Esta disposición de los restos sugiere, además, la existencia de un área de talla asociada al hogar. El resto de la industria documentada en torno a esta estructura de combustión incluye buriles sobre fractura, diedros y de truncadura, perforadores, lascas retocadas, medio centenar de hojitas de dorso, truncadas y Dufour. Se acompaña de ejemplares aislados de raederas, piezas astilladas, denticulados y gruesos raspadores de factura aquillada. Entre el ajuar en hueso y asta, con las citadas azagayas, se encuentran una típica azagaya o varilla de base incisa, espátulas y compresores en hueso (figs. 7 y 8). La documentación mobiliar incluye una diáfisis grabada en dos caras contiguas con series regulares de incisiones en paralelo.

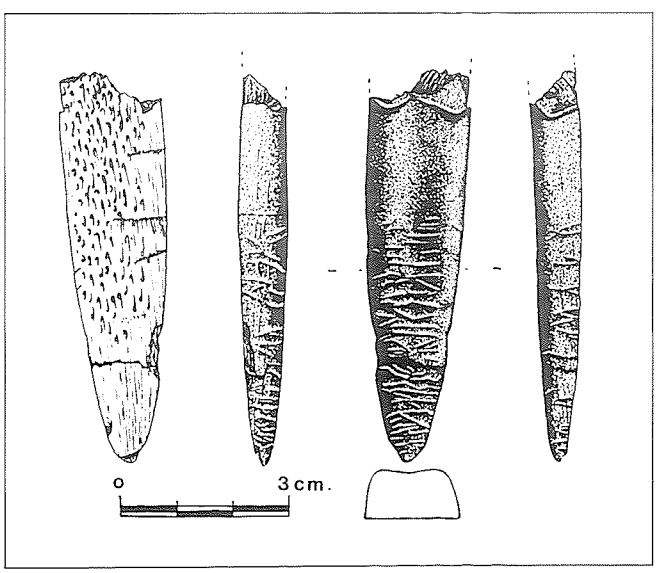


Fig. 7.—Azagaya aplanada o varilla de base incisa, de tradición perigordiense, del n. XI

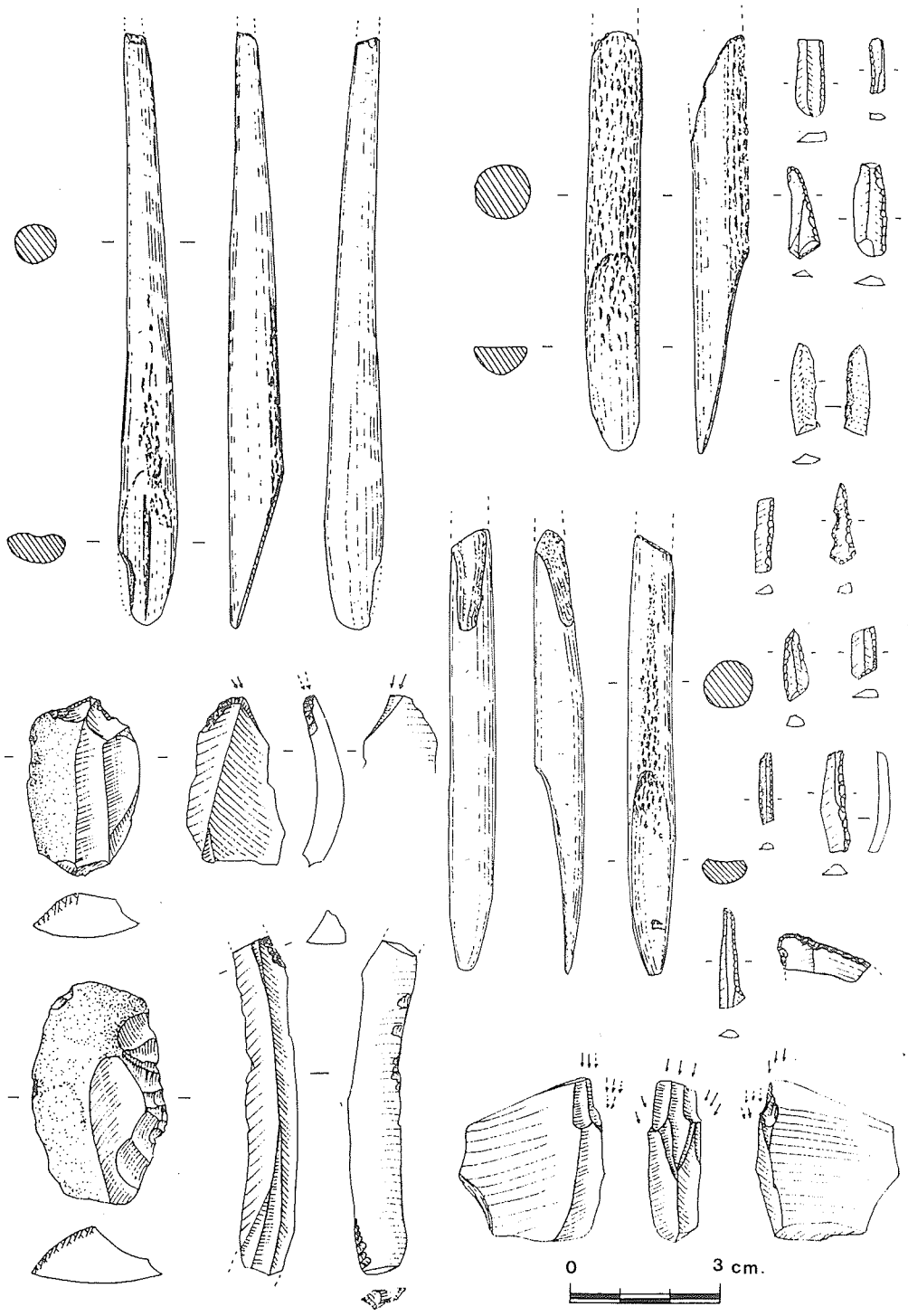


Fig. 8.—Industria lítica y ósea asociada al hogar del techo del n. XI

En otros sectores de la Sala, excavados en anteriores campañas, el techo del nivel XI proporcionó algún fragmento, como hemos apuntado, de hoja de laurel, en un conjunto igualmente dominado por el utillaje de tradición perigordiense. El peso de esta tradición, a comienzos de la ocupación solutrense del yacimiento de Las Caldas, deberá ser valorada en el futuro, a la luz que arrojen los resultados de la excavación de los niveles basales, actualmente en curso, en los que parece incrementarse notablemente el utillaje de borde rebajado, a la par que desaparecen los elementos diagnósticos solutrenses.

BIBLIOGRAFIA

CORCHON, S.; HOYOS, M. y SOTO, E.: *Cueva de Las Caldas. San Juan de Priorio, Oviedo.* Excavaciones Arqueológicas en España, 115, Madrid 1981.

CORCHON, S.: *"Los relieves en el Arte mueble paleolítico cantábrico",* Ars Praehistorica, 5-6, 1986-1987.

CORCHON, S.: *"La Cueva de Las Caldas (Priorio, Oviedo). Investigaciones efectuadas entre 1980 y 1986",* Excavaciones Arqueológicas en Asturias, I, 1990.

CHOLLOT, M.: *Les origines du graphisme symbolique,* Paris 1980.

FORTEA, J.; CORCHON, S.; HOYOS, M., et alii: *"Travaux récents dans les vallées du Nalon et du Sella",* Colloque Int., Foix 1987, París 1989.

EXCAVACIONES EN EL ABRIGO DE ENTREFOCES. CAMPAÑA DE 1987 Y 1989

Manuel R. González Morales[1]

1. DESCRIPCION DEL YACIMIENTO

El abrigo de Entrefoces está situado en el fondo de un desfiladero tallado por el río de Riosa en un paquete de caliza de montaña que prolonga por el E. el macizo de Monsacro. El abrigo está orientado hacia el Este, a unos 30 m. del río, dejando entre ambos la carretera local O-434. Las coordenadas del yacimiento son 05°52'08'' de longitud W. (meridiano de Madrid) y 43°15'32'' de latitud N., y una altitud de 240 m. sobre el nivel del mar, y a unos 3 m. por encima del curso actual del río (fig. 1).

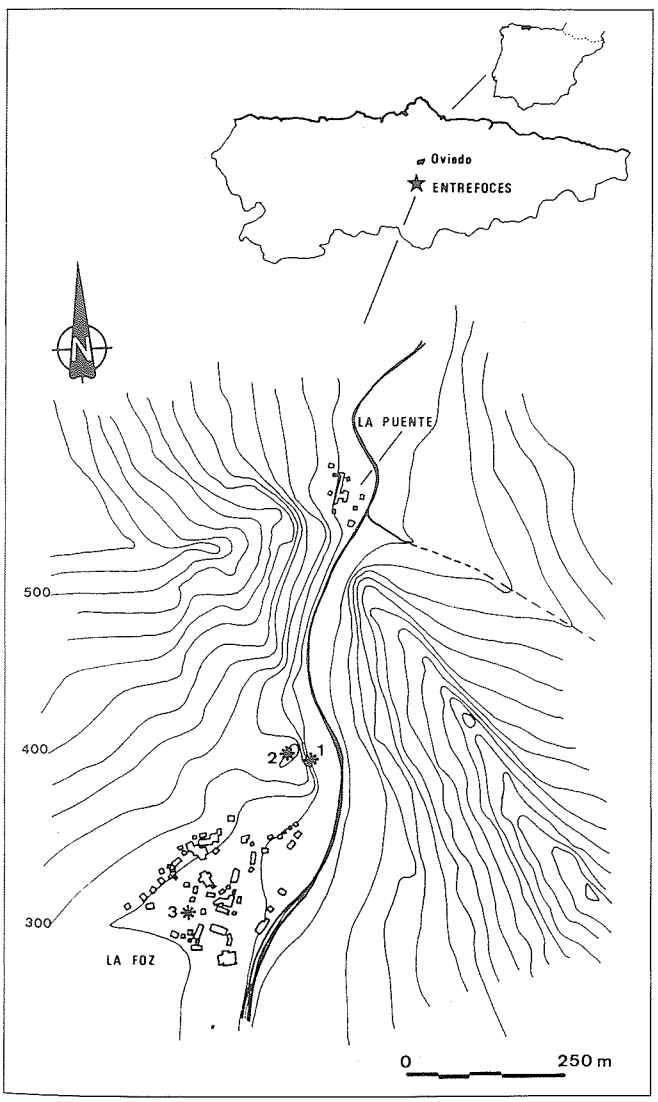


Fig. 1.—Situación topográfica del Abrigo de Entrefoces

Al comienzo de la primera campaña de excavación, en agosto de 1980, el corte conservado se extendía en unos 50 m. de largo, llegando a superar en algunos puntos los 4 metros de potencia; sin embargo, su anchura es escasa, y el borde superior rara vez se separa más de tres metros desde la pared (fig. 2).

2. ANTECEDENTES

Las primeras campañas de excavación en el yacimiento de Entrefoces se realizaron entre 1980 y 1983, poniendo de manifiesto una importante secuencia estratigráfica (González Morales 1990). La limpieza inicial del frente del talud de la carretera, en 1980, dejó al descubierto dos grandes tramos sucesivos de depósito: en la base era visible una terraza fluvial integrada por cantos rodados y materiales de matriz más fina, de color amarillento, con una potencia media en torno a 1,70 m. y que alcanzaba más de dos metros sobre el nivel de la carretera en la parte sur; sobre esta terraza aparecía un depósito de origen antrópico, que alcanzaba un metro de potencia como máximo, de coloración más oscura y rico en restos de hueso, material lítico y tierra orgánica negruzca, que llegaba a marcar —si bien de manera difusa— una banda más oscura en su parte central (fig. 3).

En 1980 se realizó, tras la limpieza general del frente del corte, un primer sondeo en el cuadro T15 (y la estrecha banda S15 sobre el talud). El resultado de este sondeo fue un tanto negativo, por la densidad de material arqueológico —que impedía una adecuada observación fina de los cambios sedimentarios— y la remoción de la zona superficial y frente del corte por efecto de las raíces de la vegetación que ocupaba el abrigo al inicio de los trabajos.

En 1981 se trabajó en el sector Sur del abrigo principal, donde excavamos una zona que aparecía retraída con respecto al talud frontal del yacimiento. La estratigrafía detectada en esa zona, muy clara, incluía cuatro niveles principales (designados de A a D) que no parecían tener correspondencia con el frente antes mencionado.

Este depósito arqueológico se atribuyó en su mayor parte al Magdaleniense Inferior cantábrico, con una datación absoluta de 14.690 $\pm$ 200 para el Nivel B. También se realizaron algunos hallazgos de piezas de gran interés, destacando una escultura de cabeza humana de dicho Nivel B, un ''bastón'' de asta de ciervo decorado y un bloque con grabados lineales (González Morales 1990; Fortea *et alii* 1989, 1990). Los análisis de parte del material lítico de esa campaña (González Sainz 1989: 32-35 y Apéndices), del material óseo del conjunto del yacimiento (Delgado 1990) parecen confirmar esa asignación, en tanto que el nivel A pudiera corresponder, sobre las mismas bases, a un momento ya posterior.

La campaña de 1982 puso en evidencia una importante discordancia estratigráfica en el depósito del sector Sur, mostrando que el depósito de los niveles A-D se había realizado tras una fase erosiva que había cortado previamente una parte

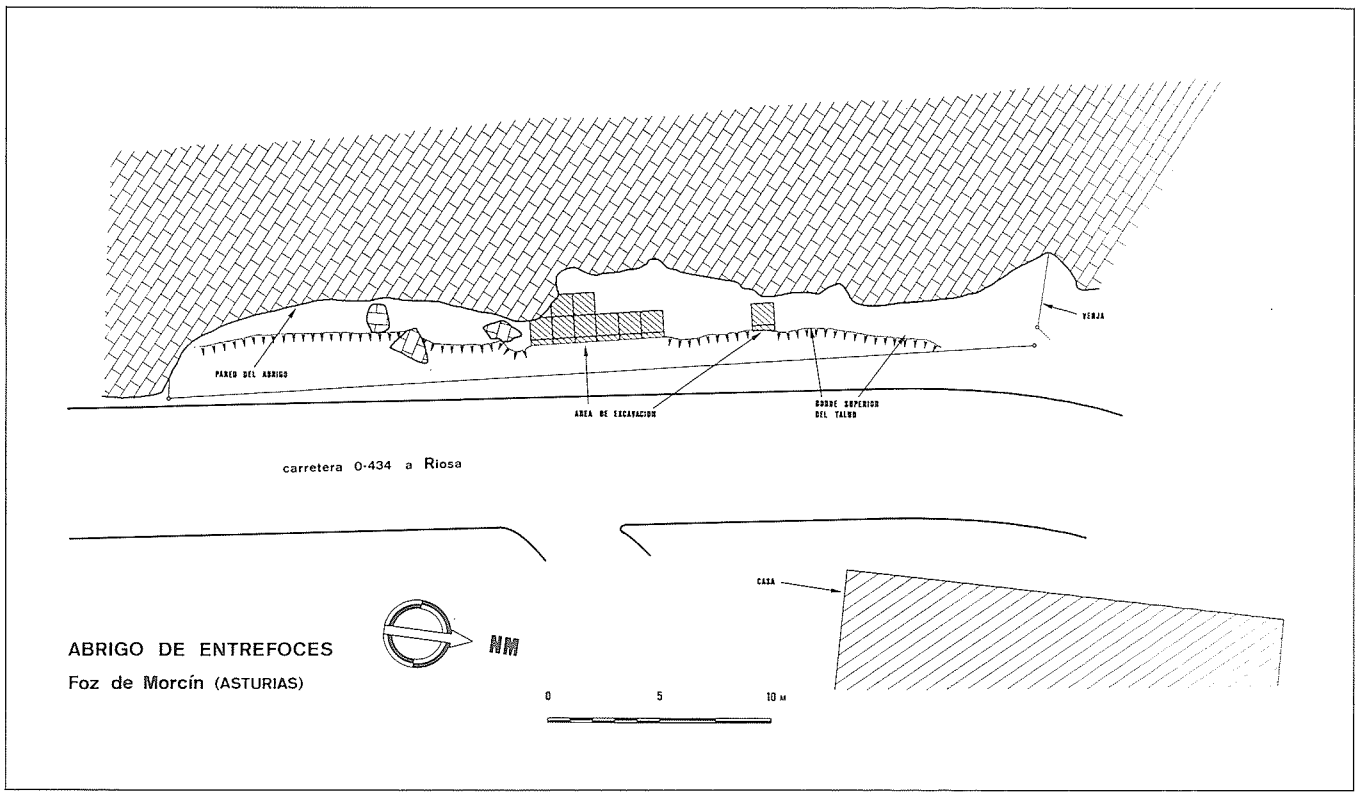

PARED DEL ABRIGO
AREA DE EXCAVACION
BORDE SUPERIOR DEL TALUD
VERJA
carretera 0-434 a Riosa
CASA
ABRIGO DE ENTREFOCES
Foz de Morcín (ASTURIAS)
NM
0
5
10 M

Fig. 2.

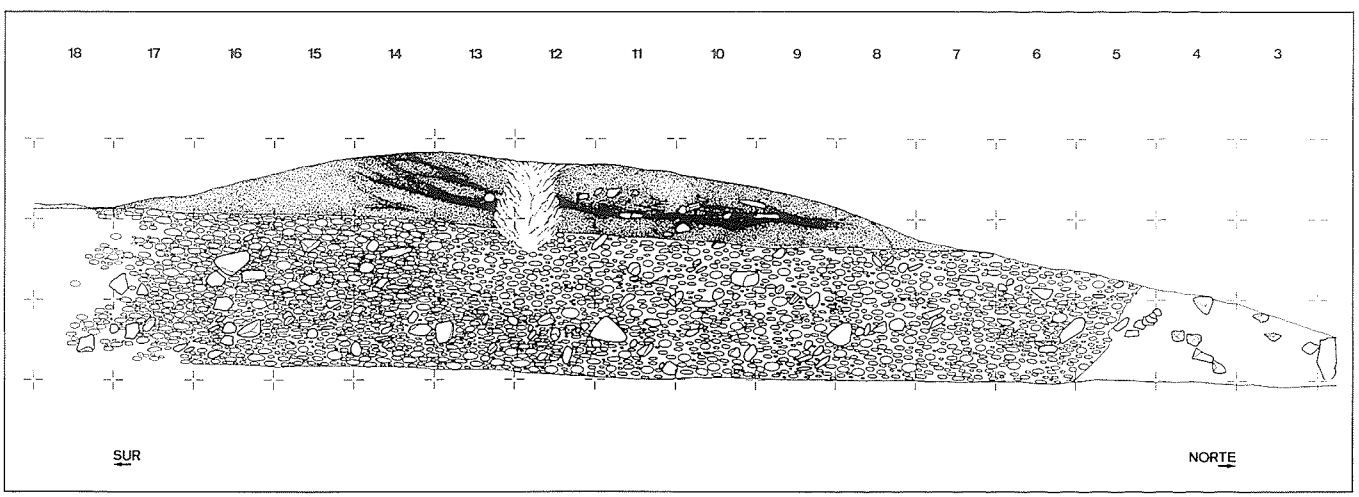

18
17
16
15
14
13
12
11
10
9
8
7
6
5
4
3
SUR
NORTE

Fig. 3.

de la terraza y un depósito arqueológico anterior situado sobre ella. Los trabajos de 1983 permitieron precisar los caracteres de este contacto y clarificar relativamente el problema.

A pesar del trabajo desarrollado en las cuatro campañas iniciales, persistían algunas dudas estratigráficas, especialmente en lo que se refiere a la correlación de las secuencias de los Sectores Sur y Norte del abrigo. La evidencia mencionada de importantes discordancias entre las dos series de depósitos en el Sector Sur, sólo parcialmente aclaradas en la campaña de 1983, obligaba a una más estricta verificación de la estratigrafía de la zona Norte, incluyendo el frente del talud. En la reunión del grupo de trabajo del Proyecto de Investigación del Nalón Medio (Oviedo, diciembre de 1986) se estimó necesario responder definitivamente a las cuestiones planteadas, por lo cual se programó una nueva campaña en 1987.

3. LA CAMPAÑA DE 1987. DESARROLLO Y RESULTADOS PRELIMINARES.

El trabajo[2] se centró en la limpieza de una zona del corte frontal del yacimiento, en concreto los sectores 7-9 del Cuadro S. 10, ampliada posteriormente a los sectores 1-3 del Cuadro T.10. La idea de partida era obtener una banda de sondeo vertical en el corte para permitir una observación detallada de la secuencia y efectuar un muestreo completo a partir de dicho sondeo. La potencia de la serie visible al comienzo era aproximadamente de 0,75-0,80 m., buzando de S. a N. En el corte afloraban dos lajas rodadas de arenisca que marcaban bien este buzamiento, a la vez que definían una posible superficie de depósito antigua. A medida que se fue excavando se apreció, además, que los niveles también buzaban ligeramente de W. a E., en toda el área expuesta.

La excavación permitió identificar tres unidades estratigráficas dentro de la potencia indicada antes, que se entiende por encima del depósito de terraza fluvial, estéril, que subyace a todo el depósito arqueológico del abrigo:

- un primer nivel superficial, de matriz arcillosa y de unos 0,30 m. de espesor, con material lítico y escasos restos óseos.
- un segundo nivel, cuyo contacto con el anterior estaba definido por un cambio de textura y coloración del sedimento, que se hace más oscuro y suelto, con mayor abundancia de restos óseos e incremento del material lítico. Este nivel tiene también unos 0,25-0,30 m. de potencia.
- un tercer nivel, que se va diferenciando progresivamente del anterior en el sentido de aumentar su componente en limos y pequeños cantos rodados, y que enlaza sin clara solución de continuidad con el material de la terraza subyacente. En este nivel siguen siendo abundantes los materiales líticos y óseos.

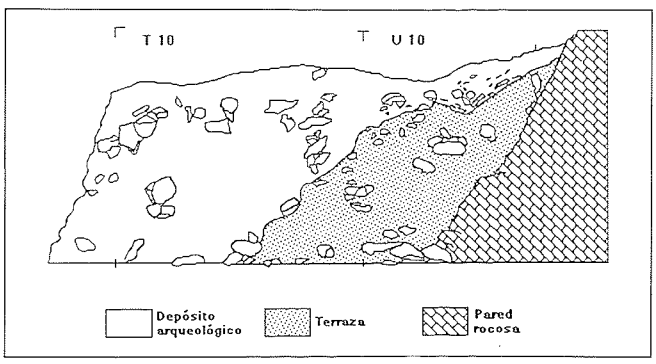
La estratigrafía no parecía concordar, en esta primera observación, con la de los niveles A a D de la secuencia del sector Sur, y parece guardar más bien relación con los niveles provisionalmente llamados "A1" a "B5" de la estratigrafía de 1982 en los cuadros U.18 y U.19, confirmando así la hipótesis de la que partíamos.

Por desgracia, los resultados de la campaña de 1987, muy limitada en tiempo, personal y medios económicos, no permitieron aclarar totalmente los problemas planteados. Se consideró preciso llevar a cabo una nueva campaña de trabajo de campo en el yacimiento, con una mayor duracion, para obtener una sección transversal completa, en dirección W. a partir del sondeo de 1987, que permitiera definir toda la estratigrafía del relleno del sector Norte.

4. LA CAMPAÑA DE 1989. DESARROLLO Y RESULTADOS PRELIMINARES.

Las tareas de excavación[3] se iniciaron con la limpieza del corte de 1987, en el contacto entre las bandas 1-2-3 y 4-5-6 del cuadro T.10. Ya en la campaña anterior se había observado, como antes se señaló, que la diferencia entre las tres unidades estratigráfica en que habíamos dividido provisionalmente el depósito tendía a hacerse menos neta a medida que se avanzaba en dirección a la pared, y ésto se reafirmó desde el comienzo de los trabajos de 1989. Por otra parte, al ir excavando la superficie del cuadro mencionado pudimos comprobar que la terraza de base aparecía en la parte W. del mismo (hacia la pared del abrigo) a muy escasa profundidad en relación con lo que era de esperar a juzgar con el corte frontal.

A medida que profundizábamos se hacía evidente que la terraza, de una manera similar a lo ocurrido en la campaña de 1982 en los cuadros U.18 y U.19, cerca de la pared, aparecía casi en la superficie actual del yacimiento. Pero en este caso, en lugar de ofrecer un frente de ruptura casi vertical, como en los cuadros citados, presentaba un pendiente de entre 45° y 60°. La segunda, y principal, diferencia entre ambos fenómenos radicaba en que en T.10 (y en U.10, donde continuamos verificando la secuencia) la terraza estaba recubierta en toda su extensión por el depósito del paquete de materiales que afloraba en el corte, sin otras alteraciones o discordancias estratigráficas (fig. 4).



Abrigo de Entrefoces. Corte lateral sur T-U10/T-U11

Este hecho es de singular importancia para conocer la historia y la génesis de los distintos niveles: está claro ahora que el proceso erosivo que cortó la terraza fluvial en la zona norte del abrigo (posiblemente ligado a la zona de caída de agua del borde de la visera del abrigo) fue anterior al que lo hizo en la zona Sur excavada entre 1981 y 1983, ya que éste último cortó también los sedimentos que recubrían la terraza (serie de niveles "A1" a "B5" de 1982, que han pasado a denominarse "E" en nuestra nueva seriación estratigráfica) y que hemos excavado ahora en la banda S.10/T.10/U.10. El carácter del segundo proceso erosivo citado no está claro, dados los caracteres de la cicatriz de contacto (M. Hoyos no descarta a priori su posible origen antrópico, posibilidad que consideramos, por nuestra parte, poco demostrable).

Por tanto, la formación del depósito del Abrigo de Entrefoces, según estos datos, debió tener lugar, a grandes rasgos, de la siguiente manera:

1. Formación de la terraza fluvial, en un momento de elevado caudal de las aguas del río Riosa.
2. Erosión parcial de la terraza, visible en el sector N.
3. Depósito del Nivel E, que presenta en su base, cerca de la pared (en el cuadro U.10) abundantes gelifractos.
4. Erosión parcial de la terraza y del Nivel E (evidente en la zona S. del abrigo).
5. Depósito de la serie estratigráfica de los niveles D hasta A de la secuencia de 1981-83.
6. Erosión antrópica holocena, que cortó la parte superior del depósito y todo el frente del mismo por la construcción de la carretera.

5. VALORACION FINAL

A nuestro juicio, la campaña de 1989 resuelve de modo definitivo algunas de las complejas cuestiones planteadas por el depósito de Entrefoces. La atribución de las industrias, por lo estudiado hasta el presente, confirma la secuencia estratigráfica así definida. Si bien el estudio de la industria lítica está aún pendiente, la serie de las industrias óseas, con escasos pero precisos fósiles directores, estudiada por Anabel Delgado (1990), encaja con precisión en el esquema, señalando la mayor antigüedad de los materiales del paquete de niveles E, con azagayas de aplastamiento central desplazado a la base y otras muy cortas y de monobisel prolongado, que apuntan a un Magdaleniense Inferior relativamente arcaico (en el sentido de la antigua "facies Castillo" de P. Utrilla). Por otra parte, la fecha de 14.690±200 BP para el nivel B (de hecho, para su parte superior) marca el límite de la secuencia Magdaleniense Inferior avanzado, pues los materiales de ese nivel ofrecen un carácter más evolucionado, próximo tal vez a las características de un Magdaleniense Medio (González Sainz 1989: 35). Por último, entre los niveles B y A existe una discordancia estratigráfica, señalada por M. Hoyos, que parece evidente también en las industrias.

Queda señalar que el enlace material entre las dos áreas de excavación —separadas por cuatro metros en el frente del corte— con ser una posibilidad tentadora no nos parece necesaria. Estimamos que los resultados de los trabajos de campo de 1989 se pueden considerar, al menos por nuestra parte, el final de las excavaciones en el Abrigo de Entrefoces.

BIBLIOGRAFIA

DELGADO PEÑA, A.: *La industria ósea del Abrigo de Entrefoces (Morcín, Asturias).* Trabajo de Investigación del Programa de Doctorado. Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Cantabria, 1990.

FORTEA, F.; CORCHON, M.S.; GONZALEZ MORALES, M.R.; RODRIGUEZ ASENSIO, J.A.; HOYOS, M.; LAVILLE, H.; DUPRE, M. y FERNANDEZ-TRESGUERRES, J.: *"Neue Untersuchungen in den Flusstälern des Nalón und des Sella (Asturien)".* Madrider Mitteiulungen, 30 (1989) 1-30.

_____ : *"Travaux récents dans les valles du Nalón et du Sella (Asturias)"*, en L'Art des objets au Paléolithique. Tome 1: L''arte Mobilier et son contexte''. París, Ministère de la Culture, 1990, p. 219-244.

GONZALEZ MORALES, M.R.: *"El Abrigo de Entrefoces (1980-1983)"*, en Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-86. Oviedo, Principado de Asturias, 1990, p. 29-36.

GONZALEZ SAINZ, C.: *El Magdaleniense Superior-Final de la región cantábrica.* Santander, Ediciones Tantín y Universidad de Cantabria, 1989.

NOTAS

(1) Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Cantabria. E-39071 Santander.

(2) Los trabajos de campo se llevaron a cabo a lo largo de una quincena del mes de julio de 1987, con varias visitas posteriores para completar el trabajo y terminar el procesado del material. Intervinieron en los mismos, aparte del firmante, Anabel Delgado Peña, Tamara González Sanz, Yolanda Díaz Casado y José Luis Rivera Cobo, todos ellos Licenciados de la especialidad de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Cantabria.

(3) Los trabajados de campo de esta campaña se desarrollaron en la segunda quincena del mes de junio de 1989, y también se continuaron en varias visitas posteriores. Intervinieron en los mismos, aparte del firmante, Anabel Delgado Peña, Yolanda Díaz Casado, Tamara González Sanz, Alberto Puente Martínez, José Luis Rivera Cobo y Goretti Robles Fernández, Licenciados de la especialidad de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Cantabria. En la Foz de Morcín contamos, al igual que en la campaña anterior, con la habitual e inestimable colaboración de D. Florentino Requejo, que nos ayudó a resolver cuantos problemas se pudieron plantear sobre el terreno, de D. Bernardino Suárez, que nos proporcionó, como en 1987, un local adecuado para el trabajo de laboratorio, y de la familia Fernández Quirós. El Profesor Javier Fortea Pérez (Universidad de Oviedo) visitó continuamente la excavación, ofreciendo sus valiosas opiniones e indicaciones sobre la marcha del trabajo y proporcionando parte del material necesario. El Dr. Manuel Hoyos Gómez (Instituto de Geología del C.S.I.C., Madrid), examinó las secciones estratigráficas al final de la excavación y tomó las muestras sedimentológicas correspondientes.

TRABAJOS FINALES EN EL DOLMEN DE LA COLLÁ CIMERA Y EN LA NECRÓPOLIS DE LA COBERTORIA (DIVISORIA LENA-QUIROS)

Miguel A. de Blas Cortina

Es el de La Collá Cimera el monumento extremo, por el N., de los integrantes de la estación megalítica de La Cobertoria, —excavada sistemáticamente entre 1981 y 1986 (de Blas, 1990)—, sito en el contacto con los primeros afloramientos calcáreos de la Sierra del Aramo en su borde SE.

Dispuesto, como el topónimo indica, en un alto collado (1.240 m.s.n.m.), se emplaza en el breve llano que vertebra las pendientes que descienden rápidas hacia los valles de Quirós al O. y de Lena al E. en un punto de paso tradicional entre ambos territorios.

El megalito, de arquitectura sencilla y proporciones moderadas (∅ = 8m. E-O.) es en su volumen monumental el más discreto de la necrópolis, aunque en sus rasgos específicos sintonice con lo observado en dolmenes de mayores magnitudes del mismo conjunto (el Llagüezu o la Mata'l Casare, por ejemplo). En esencia la excavación extensiva de su estructura define una cámara subrectangular, ortostática, conservando todavía cuatro de los bloques parietales originales, cimentados en el plano arcilloso del *"solum"*, reforzándose en su exterior con pequeñas lajas u ortostátos periféricos que cumplen como refuerzos de la propia cámara y, a la vez, como intermediarios entre aquella y la estructura tumular (algo semejante se precisa en los dolmenes cercanos ya citados).

El túmulo, que alcanza en su altura el límite superior de los ortostatos, por lo que primitivamente recubrió la cámara, ocultándola, definía un volumen semejante a un casquete circular. Construido con bloques areniscos del zócalo rocoso local, inicia su edificación con un episodio basal de bloques gruesos, sucediendose un relleno en piedra menor, dando una masa compacta y equilibrada. El perímetro del montículo artificial quedaba bien delimitado por un cinturón de piedras gruesas conservado *in situ*. Este peristalito era más patente en un breve tramo del sector occidental donde algunas lajas estaban hincadas verticalmente en un claro intento de contener el empuje radial del relleno del túmulo.

Señalan los rasgos constructivos un concepto arquitectónico preciso y el seguimiento de pautas concretas de edificación pese a lo reducido de sus dimensiones.

En contraste manifiesto con la expresión monumental de este dolmen, las excavaciones aportaron el repertorio industrial en piedra más cuantioso, por el momento, de todo el megalitismo de Asturias. Más de una treintena de útiles y dos centenares largos de restos de talla y de elaboración instrumental documentan, en una óptica tecnomorfológica, un pronunciado arcaismo que resalta de modo más neto la abundancia de raspadores de vaga definición tipológica. La imagen de un remoto trasfondo epipaleolítico en tal industria no orilla el acento neolítico de la propia arquitectura y del universo cultural que la misma significa.

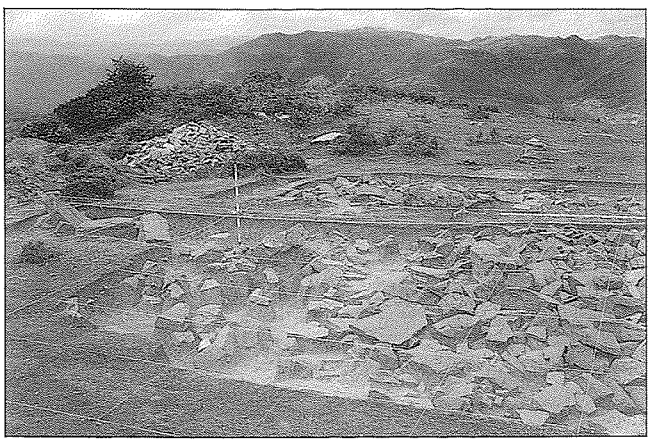


Fig. 1.—Excavaciones al exterior del dolmen de La Collá Cimera, sector S. El jalón vertical señala la ubicación del esteliforme



Fig. 2.—Dolmen de La Collá Cimera. El esteliforme está señalado por el jalón en el centro de la imagen. A su derecha el túmulo y la cámara megalítica

Los trabajos finales en el megalito, ejecutados en 1987, tuvieron como finalidad comprobar lo previamente observado al sur del mismo: el emplazamiento y la correlación precisa con el megalito de varios bloques de piedra y en particular de uno, algo erguido, aflorando aún en el momento de iniciarse las excavaciones (fig. 1 y 2).

El análisis de este bloque llamativo determinó la extensión del área excavada de modo que el incremento del re-

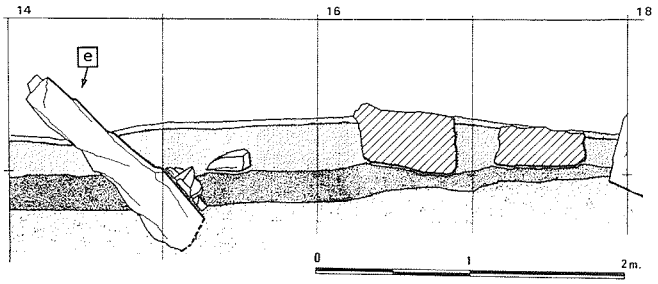


Fig. 3.—Sección estratigráfica del sector donde se emplaza el esteliforme. Su base se cimenta en el mismo *sólum* sobre el que fue construido el dolmen (dibujo de Angel Villa)

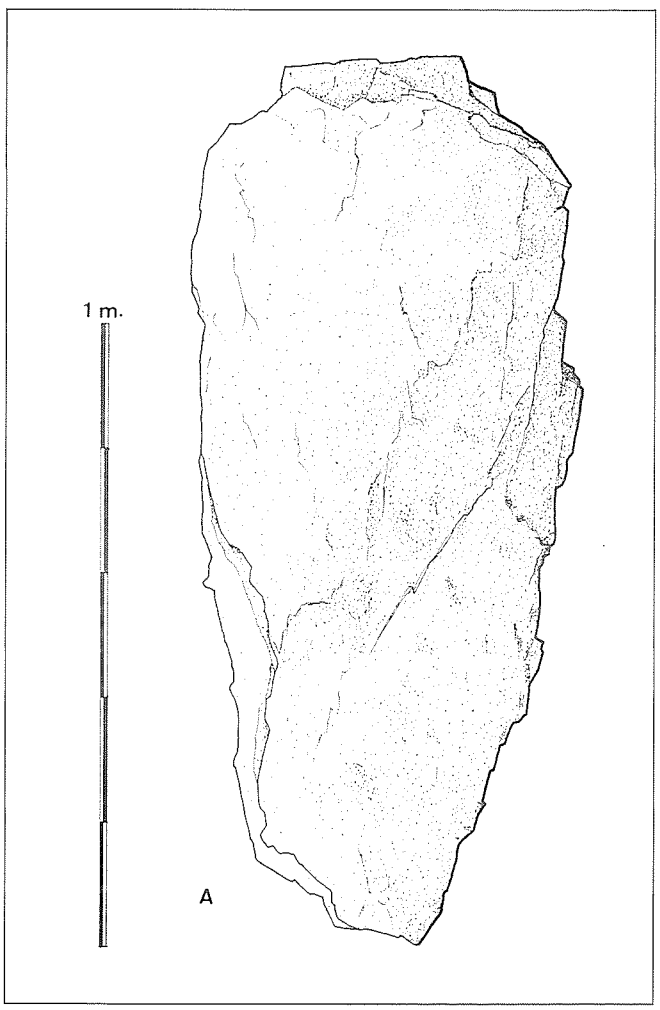


Fig. 4.—Esteliforme (dibujo de A. Villa)



Fig. 5.—Posición de la estela durante las excavaciones

gistro horizontal hiciera comprensible la integración del edificio megalítico con otros elementos externos a la misma e implantados sobre el mismo horizonte de edificación.

Tal apertura de la superficie excavada dejó ver una sucesión de bloque pétreos de la misma naturaleza que los integrantes del relleno del túmulo. Su origen parece hallarse en el propio desmantelamiento (por causas diversas, además de las antrópicas) del dolmen e, incluso, en el proceso de acopio de los materiales que lo conforman. Sin embargo, sueltos al S. del borde del túmulo, varios bloques tumbados responden a razones diferentes. El mayor de todos, fijado en su base, permanecía inclinado, emergente su mitad superior en el suelo actual. La lastra, de 1,40 m. de largo, se encontraría, primitivamente, dispuesta de pié, fija en el suelo mediante una pequeña zanja, ajustada en la misma con calzos de piedra, detectados todavía por la excavación (fig. 3, 4 y 5).

Se concluía del conjunto de lo observado que el bloque estuvo erguido e independiente sobre el mismo plano que el megalito, como un pilar bien diferenciado. La propia atención a la morfología del monolito daba paso a consideraciones de interés. No era, desde luego, de un bloque amorfo; por el contrario, disponía de una labra muy superior a la de los propios ortostatos de la cámara del próximo megalito. Una cara aparecía aplanada con cuidado, mientras que su forma se desarrollaba con clara simetría axial en tres sectores diferenciables: un estrechamiento en la base, ensanche en el sector mesial y medio-superior y, finalmente, un pequeño cuerpo rectangular como remate terminal.

La forma descrita, nada aleatoria, señala una intención escultórica en el bloque. Este ortostato aislado resulta una

novedad en el megalitismo regional, denunciando la probable variedad de constituyentes del repertorio monumental megalítico, superior a lo que hoy nos deja vislumbrar la sola excavación de los túmulos y no el espacio en torno a los mismos.

El esteliforme de la Collá, al S. del dolmen, ¿indicando la ubicación del resto de la necrópolis, extendida al mediodía?, incrementa dimensional y constitutivamente el espacio funerario; su forma enuncia también, esquemáticamente, el bosquejo de una silueta que tal vez pudiera interpretarse como una, desde luego, remota alusión antropomórfica.

Nada en su estimación aislada, considerando sólo criterios formales, podría llevarnos más lejos de la aceptación de esa posible sugerencia interpretativa. Sin embargo, esta somera escultura megalítica cuenta con posibles referentes bien contextualizados, viniendo en apoyo de una interpretación sin duda arriesgada, pero en absoluto carente de indicios de racionalidad.

La ausencia de paralelos en el ámbito cantábrico convierte a la de la Collá Cimera en un testimonio poco frecuente en su medio cultural, situación de soledad que no carece, sin embargo, de situaciones semejantes en otras áreas megalíticas atlánticas. Se hace tentadora a este respecto la comparación con estelas de las conocidas tumbas monumentales bretonas: en Kercado, como parecido más preciso, un monolito hincado a unos metros del dolmen parece señalar el acceso a su recinto sepulcral; en las cámaras del Cairn III de Ile de Guennoc existen lajas muy simples en su tratamiento escultórico, pero el reflejo en ellas de la figura humana ha sido, como en nuesro caso, positivamente considerado (L'Helgouach, 1979, 157-196).

A los ejemplos comentados podrían sumarse otros igualmente extrapeninsulares, cuya cita no pretende ocultar los límites que a su consideración imponen la distancia espacial y su inserción en marcos culturales específicos e independientes. A tal cautela no se le deben ocultar, no obstante, los fenómenos de convergencia ante intenciones de naturaleza semejante, confluyentes en la creación de recintos monumentales técnica y cronológicamente paralelizables. La presencia de estelas, simples o anicónicas, a veces incluso embutidas en la propia estructura monumental, nos pone en la pista de ciertas actitudes de orden funerario (¿se puede decir, igualmente, religioso?) escasamente conocidas y nunca reunidas en la bibliografía especializada (quizá con excepción del conjunto de grandes estelas decoradas de Locmariaquer, rotas y reutilizadas después por los constructores megalíticos, en un extraño comportamiento calificado de iconoclasta en el neolítico bretón; L'Helgouach, 1983).

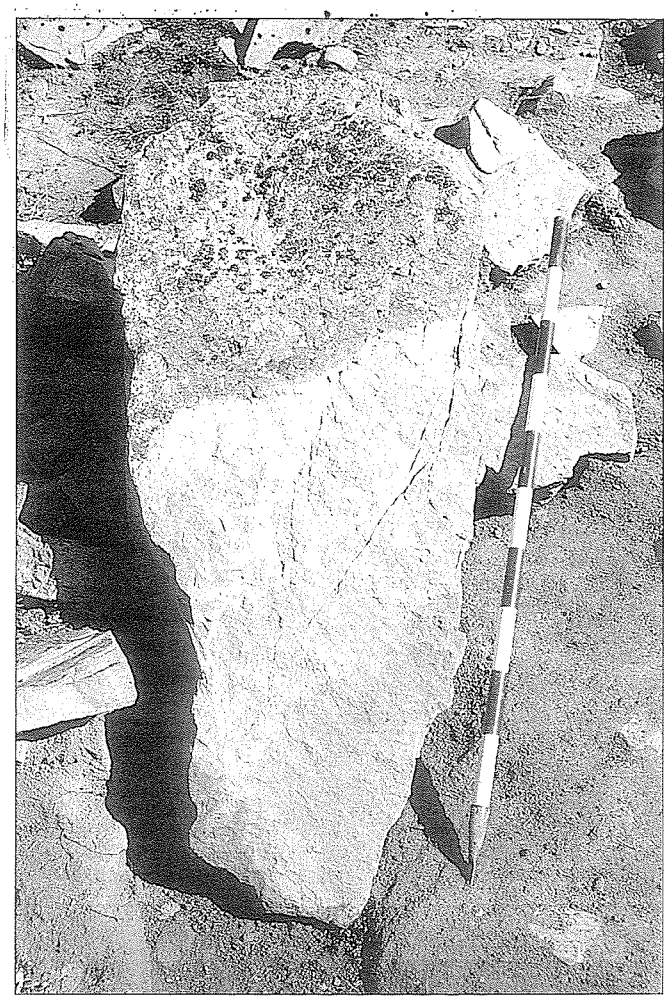


Fig. 6.—Esteliforme tras la excavación de su zanja de cimentación

Como muy llamativas, en el sentido que comentamos, pueden destacarse las circunstancias observadas en el dolmen de Pech d'Arsou, en Lot. Integrando su estructura se disponía en este megalito una laja calcárea hincada, en cuya base fue hallada una gran piedra plana sobre la que descansaba una calota craneana casi intacta y fragmentos de la mandíbula. Esta localización no se debía al azar, toda vez que en el corredor inmediato no existían osamentas humanas. Otras estelas internas en tumbas megalíticas de la misma región francesa carecen de sentido arquitectónico de modo que, jugando con ejemplos de diferentes regiones, se llegó a proponer que tales bloque pétreos, distinguibles entre sí en su génesis y en su posición en los dól-

menes, responderían a la necesidad simple de materializar el alma de uno o de varios muertos, o que quizá significaran una fuerza protectora de la sepultura, hipótesis que de no ser válidas no se opondrían a la realidad de un hecho arqueológico documentado en bastantes lugares (Clottes, 1966).

Recayendo en nuestro propio ámbito cultural, al monolito considerado antropomórfico descubierto junto a un túmulo de Paredes, en Lugo, se suman las pequeñas estelas (0,50 m. la más alta) de la *mámoa* n.º 2 de la estación megalítica de Parxubeira (La Coruña). Las cuatro conocidas aparecieron clavadas en el suelo, alineadas perpendicularmente al eje de la cámara dolménica, frente a su ingreso, y al exterior del túmulo, (Rodríguez Casal, 1989) una posición que no puede más que remitirnos a la ya descrita en el dolmen de la Collá Cimera que venimos comentando.

La confirmación de las relaciones entre el megalito y el esteliforme, junto con el análisis de la forma de asentamiento de este último, fueron las tareas realizadas en 1987 como fin de las investigaciones en la necrópolis de La Cobertoria. También en el mismo año se procedió a las labores de protección de algunas de las estructuras prehistóricas, labores referidas en los párrafos que cierran este informe.

* * *

Finalizadas las excavaciones de La Cobertoria se hacía precisa la introducción de algunas medidas protectoras tendentes a la conservación del conjunto prehistórico.

Ya durante los propios trabajos de investigación habíamos procurado, y conseguido, una mínima alteración de las estructuras, de manera que lo realmente desplazado de forma significativa fuera el sedimento de relleno de unas estructuras constituídas esencialmente por materiales pétreos. Con esta intención se procedió al entibado de seguridad en la Mata'l Casare, aunque no se percibieran indicios de movilidad en los ortostatos camerales, y a la reconstrucción de los sectores del túmulo desmontados durante la disección analítica del mismo. Actuaciones semejantes se siguieron en los megalitos del Llagüezu, de la Collá Cimera y en la Mata'l Casare II. En el lugar de Los Fitos fue rehecho el túmulo, despiezado en una alta proporción, mientras que en el recinto delimitado por el "alineamiento de bloques hincados (los *'fitos'* que dan lugar al topónimo allí localizado) se procedió al relleno del espacio previamente excavado e incluso a la colocación de tapiz vegetal en el mismo.

El tratamiento seguido en conexión exclusiva con las tareas estrictamente arqueológicas resultaba insuficiente para la salvaguardia de los monumentos localizados en las zonas más transitadas. La alternativa entre cierre sólido con intención de aislamiento físico de cada megalito, y cierre indicativo, más delimitador que coercitivo, se saldó a favor de la segunda opción. En efecto, la primera fórmula significaría el enmascaramiento de la estructura prehistórica con otra moderna aparatosa y a fin de cuentas poco útil, ya que en un medio montañoso y solitario, ¿qué sistema de cierre puede resultar válido? Una cerca sencilla, sin embargo, actuaría como delimitadora del espacio monumental y como indicativa de la ubicación de algo que pudiera ser libremente visitado sin provocar las ansias destructivas de cualquier visitante desaprensivo.

Dada la posición discreta, en las inmediaciones de una pequeña cañada lejos de los caminos, de los dolmenes de la Mata'l Casare, se optó por no introducir cierre en los mismos. Se dispuso aquel en los restantes por su mayor riesgo: Los Fitos con el túmulo y el alineamiento de piedras hincadas, separados por la pista, a veces transitada por automóviles, que asciende al Prau'l Llagüezu; el megalito de este último, por ubicarse en una cumbre muy frecuentada; la Collá Cimera porque el dolmen está próximo a la carretera asfaltada que asciende al Gamoniteiro, punto culminante de la Sierra del Aramo (fig. 7 y 8).

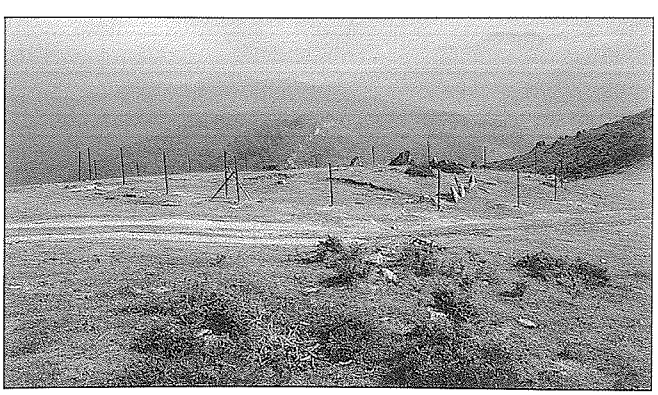


Fig. 7.—Cierre de delimitación del semicírculo lítico de Los Fitos

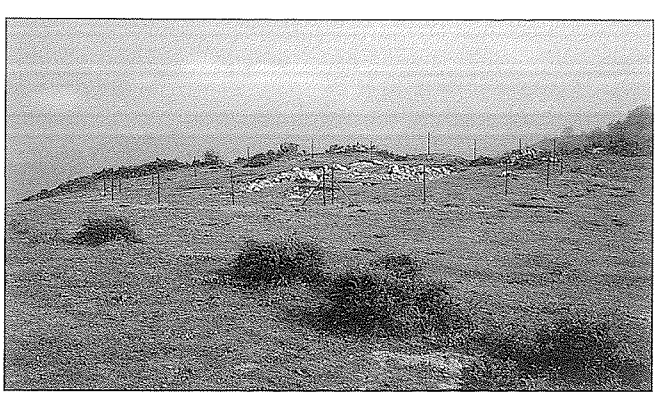


Fig. 8.—Cierre en La Collá Cimera

Consistía la cerca en todos los delimitados, —cerrando una circunferencia de radio mayor que el de los respectivos túmulos, preservando un espacio potencialmente arqueológico—, en sencillos piés de tubo galvanizado a intervalos de 2-3 metros y en tres hiladas de alambre liso de pié a pié, dejando un pequeño orificio para el paso de personas. La sumaria instalación fue sufragada por el Servicio del Patrimonio Histórico y Artístico de la Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias.

Para una fase ulterior se había previsto la colocación de carteles con breves textos explicativos de la naturaleza histórica de la estación megalítica y los datos específicos de cada uno de los monumentos. La experiencia sufrida: extracción de piedras del túmulo del Llagüezu por un particular (oportunamente localizado y sancionado judicialmente), y las destrucciones intencionadas de las cercas (hasta los tubos metálicos fueron serrados por su base), muestran los graves problemas que enfrenta la custodia del patrimonio arqueológico y nos sitúa ante la dura disyuntiva exhibición/ocultación de lo descubierto, investigado y recuperado.

BIBLIOGRAFIA

BLAS CORTINA, M.A. de (1990): *"Excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de La Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafita y El Llanu La Vara (Las Regueras)"*, en Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986. Principado de Asturias, Consejería de Educación, Cultura y Deportes, págs. 69-77.

L'HELGOUACH, J. (1979): *"Les groupes humaines du V^e ay III^e millénaire"*, en P.R. GIOT et alii; Prehistoire de la Bretagne, págs.

L'HELGOUACH, J. (1983): *"Les idoles qu'on abat... (ou les viccisitudes des grandes stéles de Locmariaquer)"*, en Bulletin de la Societé Polymathique de Morbihan, n.º 110, págs. 57-68.

CLOTTES, J. (1966): *"Les dolmens du Rat (Saint-Sulpice, Lot) et de Pech d'Arsou (Corn, Lot) et leurs stèles aniconiques"*, en Gallia Préhistoire, T. IX, fasc. 2, págs. 387-404.

RODRIGUEZ CASAL, A. (1989): *La necrópolis megalítica de Parxubeira.* Monografías Urxentes do Museu, n.º 4 A Coruña.

MINAS PREHISTORICAS DEL ARAMO (RIOSA) CAMPAÑA ARQUEOLOGICA DE 1987

Miguel A. de Blas Cortina

Con dos breves e interesantes artículos del ingeniero Dory y Villers, aparecidos en la *Revista Minera* de 1893, se daba a conocer el descubrimiento fortuito en la Sierra del Aramo de una manifestación excepcional de la minería antigua, fenómeno difícil de filiar por aquel entonces en un marco cronológico-cultural preciso.

Si se exceptúan las notas críticas que revisando algunas de las interpretaciones de Dory escribiera Eguren (1917), todas las referencias bibliográficas ulteriores a este minerío primitivo vinieron a centrar su atención en las particularidades craniométricas, y en su posible significado antropológico, de varios esqueletos humanos localizados en las labores.

De esa forma, la imagen genérica de todo un sistema de explotaciones minerales quedó relegada a un plano difuso. Tomando al utillaje como referencia, sólo se pudo contar con un análisis detallado del mismo en época muy reciente (de Blas, 1983, 207-214), casi un siglo después de los primeros hallazgos. Más inciertas todavía eran las noticias sobre el propio conjunto de las minas que nunca conocieron la visita directa de los arqueólogos, al menos no hay constancia escrita de que así sucediera, por lo que las viejas labores permanecían envueltas en un halo de misterio, convertidas, en la práctica, en una vieja y a menudo olvidada cita bibliográfica.

Tras la última fase extractiva de época actual, —interrumpida a fines de los años cincuenta con la liberalización de las importaciones de cobre y el consiguiente descenso del precio del metal—, quedaron abandonadas las minas iniciándose el proceso de destrucciones, hundimientos, etc., que hacen ahora complicada, y sobre todo peligrosa, su visita.

¿Restaba todavía algún testimonio de los trabajos prehistóricos o todo había desaparecido con las explotaciones de época industrial?, y en caso positivo, ¿cuanto era lo conservado, cómo se manifiesta y donde se localiza? La respuesta a esta serie de preguntas, expresiva de sólo una parte de los intereses arqueológicos, dio lugar a una primera exploración del intrincado sistema de pozos, rampas y socavones, realizada en 1985 bajo la guía de D. Paulino Martínez, de Llamo, quien había trabajado como vigilante en el último capítulo del laboreo moderno, después dé la Guerra Civil. Las exploraciones de aquel año nos enseñaban como, pese a la fuerte incidencia de los aprovechamientos industriales, persistían, fragmentaria y sectorialmente, muestras claras e incluso bien conservadas del minerío prehistórico.

Abría esta experiencia la posibilidad de una campaña arqueológica detenida, antes de que la colmatación de muchos conductos y el derrumbe de zonas delicadas clausuraran definitivamente el acceso a las labores. La campaña llevada a efecto en julio de 1987 pudo contar con la colaboración de D. Manuel Suárez, Ingeniero de Minas, técnico de H.U.N.O.S.A., cuyas sugerencias relativas a la naturaleza de las explotaciones recogemos entre las ideas que componen el cuerpo documental de este informe.

Las tareas de 1987 se centraron en un reconocimiento detenido de algunas áreas todavía accesibles de las viejas zonas de actividad, en la exploración de los conductos minados y en sondeos y excavaciones parciales de varios lugares potencialmente informativos. Paralelamente se realizaron sondeos al exterior de la mina en un intento de localizar vestigios de los procesos de transformación del metal.

A las múltiples dificultades que ofrecía esta experiencia arqueológica tan poco común, en el laberíntico desarrollo de las minas, se sumaba el agotador acceso hasta las mismas, salvando la rápida diferencia de altitud entre Llamo (c.520 m.s.n.m.) y Ríoseco (600 m.) hasta la cota 1.198 en la que tienen su abertura las labores.

Se localiza el ingreso actual a las minas sobre el flanco SE. de un anfiteatro, fruto de los últimos epiciclos erosivos, dispuesto en la ladera oriental de la Sierra del Aramo, sobre el valle de Riosa (coord: Lat., 43°11'19'' y Long., 5°53'43''. Mer. de Greenwich I.G.C. Hoja 52, 1/50.000, 2.ª ed., 1963), a unos 18 Km. en línea de aire al sur de Oviedo.

Como documento de trabajo fue empleada la planimetría levantada por Dory en 1893 describiendo la evolución de los minados en sendas proyecciones vertical y horizontal, cotejando ambas con lo hoy identificable y poniendo en relación con las labores antiguas los diferentes episodios de reexplotación debidas a los siglos XIX y XX.

De lo observado se siguen varias consideraciones de interés (fig. 1):

- La topografía de Dory resulta, pese a las evidentes dificultades para expresar gráficamente la complejidad de las cavidades anotadas, es fiel, en términos generales, a la realidad, mostrándose todavía hoy como un instrumento muy útil.
- En la representación horizontal del conjunto minero por aquel autor debe ser corregido el rumbo del que denomina filón Santa Engracia (orientado S.48' O. por Dory), ya que sigue sensiblemente la dirección N-S, divergencia percibida ya por Sussman en 1903. En esa zona se centraron buena parte de las actividades arqueológicas de 1987.
- Para el control actual de las anotaciones topográficas son apenas posibles las restituciones gráficas bidimensionales. Las explotaciones primitivas ofrecen contínuos cambios de orientación y de cota y, además, se entremezclan con los trabajos modernos.

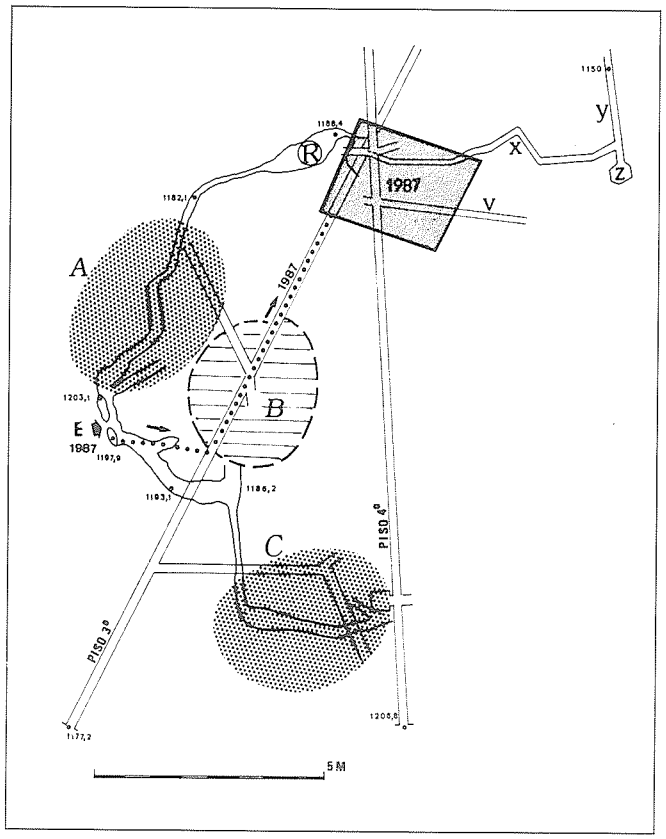


Fig. 1.—Proyección horizontal de una parte de las labores prehistóricas sobre las galerías modernas: E, entrada en 1987 (Pozo Intermedio de Dory, 1893); A, sector prehistórico destruido; B, zona de la *"Galería del oso"* (área de probable previvencia de minados antiguos); C, sector de la *"Galería de los esqueletos"* probablemente reexplotado a partir de 1944; R, área de minados antiguos; V, filón Santa Bárbara; X, chimenea de San Alejandro al 3er piso; Y, filón San Alejandro; Z, "Soplado" (sima cárstica). El área enmarcada corresponde a la investigada y excavada en 1987.

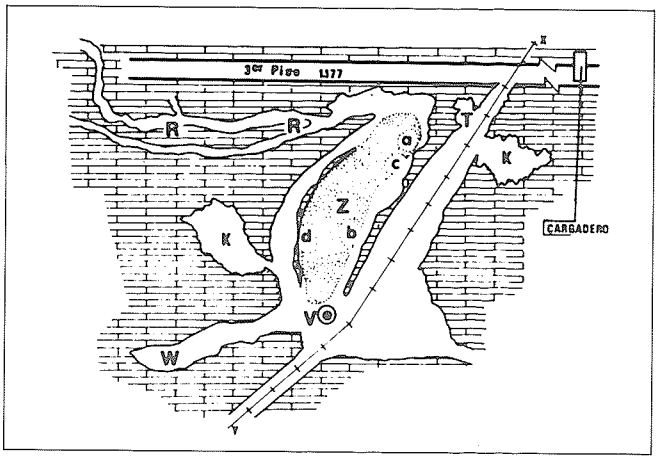


Fig. 2.—Sección vertical del área de trabajo (1987): Z, rellenos en pendiente (a, b, c, e y W, lugares de hallazgos esqueléticos e instrumentales); V, arranque de galerías; W, galería excavada; K, cavidades cársticas; R y T, red de minados antiguos; X-Y, rampa debida a las labores modernas (Croquis de trabajo).

Sólo una representación tridimensional (con un adecuado programa informático) permitiría la visión global de lo que resta de las viejas labores que con frecuencia siguen un desarrollo tentacular e imprecisable.

- El ingreso utilizado en 1987 para acceder a los vestigios antiguos se practicaba en la cota 1197,9 a través de un orificio que se puede identificar con el señalado por Dory como entrada E, dando acceso a un plano inclinado que sufrió destrucciones modernas, pero donde aún persisten retazos de la mina prehistórica: fragmentos de bóvedas ennegrecidas por los humos, vaciados y oquedades laterales, etc.
- Al sur de este sector se abría lo que Dory llama *Pozo Intermedio* (entrada A), área de actividad antigua destruída por los laboreos del último siglo. Por dicho pozo se comunicaba primitivamente con el túnel conducente a los filones San Vicente y San Pedro en los que todavía hay abundantes muestras prehistóricas y donde se practicaron la mayoría de las investigaciones de 1987.
- El sector del citado túnel parece corresponderse con la red de galerías angostas, unas veces con secciones circulares de 0,70 m. de promedio, otras en forma de extensos vaciados laterales, de techo bajo en los que sólo era posible desplazarse gateando, todas ellas debidas al trabajo prehistórico (esa red, en sus inicios se anota en la fig. 2 como R).
- Al norte de la entrada E, en el área de la *Galería de los esqueletos,* se centraron parte de las explotaciones practicadas después de 1944, destruyendo los vestigios prehistóricos.
- Al oeste de la entrada E, la zona conocida como *Galería del Oso,* en la que Dory anotaba toda una serie de oquedades antiguas rellenas de escombro, se manifiesta como un ámbito de probable potencial arqueológico con una incidencia limitada de los trabajos modernos.
- La red de labores accesibles por el *Punto de partida* (siempre según los planos de Dory), apenas reconocidas en 1893, permanecen sin localizar desde el exterior pese a las búsquedas realizadas, a lo largo de la campaña, en la ladera montañosa. No parece que en ese área, sita más

arriba que las explotaciones aludidas, haya sufrido trabajos modernos, de modo que cabe la posibilidad de que resulte practicable para investigaciones futuras (con el pertinente empleo de sofisticadas técnicas de prospección).

Unas circunstancias como las expuestas pueden dar idea de la situación fragmentaria que ahora presentan los minados prehistóricos, entremezclados y confundidos en su variable desarrollo con el trazo más lógico y lineal de las labores del siglo XX. Sin embargo, queda de manifiesto la realidad de tales relictos todavía perceptibles en zonas diversas del extenso sistema de explotaciones.

El área más explícita de lo prehistórico, como señalabamos, se localiza en el tramo de S. Vicente a S. Pedro y a Sta. Engracia. El croquis recogido en la fig. 2 ilustra, en sección vertical, uno de los puntos explorados con cierta intensidad en 1987, por debajo del piso 3.º abierto en el siglo XX en la cota 1.177,2. En el mismo, afectado por dos planos modernos (conducto x-y), se conservan diferentes segmentos del laboreo antiguo. Una parte de los trabajos de excavación se efectuaron en los puntos Z (una potente acumulación de escombro depositado en una acentuada pendiente), V (de donde parte un pequeño conducto también relleno de escombro en el que a su vez desembocaban otros dos) y W, galería ciega colmatada en parte (fig. 3).

La serie de cavidades que parten de R se desarrollan en ascenso, a veces uniéndose entre sí con zonas de franqueo a través de placas de la roca, alcanzando cotas entre 1183 y 1888. Todo ese sector presenta una apariencia cárstica, con tubos de escaso diámetro y cámaras de techo bajo. Las paredes están ennegrecidas y en los suelos junto con el escombro se acumulaba un sedimento graso y oscuro en el que en ocasiones aparecen bloques con costras de carbonatos de cobre (malaquitas y azuritas). La apariencia de estos conductos resulta muy diferente de los correspondientes al cars vivo, y fueron transitados y vaciados, del sedimento arcilloso que los fosilizaba, por los mineros prehistóricos.

El mismo sedimento con cascotes de piedra ennegrecida es el reconocido en Z y el que descansaba en el fondo de la galería W. La génesis del mismo, así como la película cenicienta que recubre las paredes de las galerías guarda presumiblemente una estrecha relación con los procedimientos mineros prehistóricos. Su naturaleza orgánica sólo resulta comprensible considerando la combustión de cantidades considerables de materia vegetal.

El uso de teas para iluminación, bien documentado en el Aramo, no parece suficiente para justificar las condiciones señaladas, por lo que habría que admitir el empleo del fuego para el resquebrajamiento de la roca portadora del mineral.

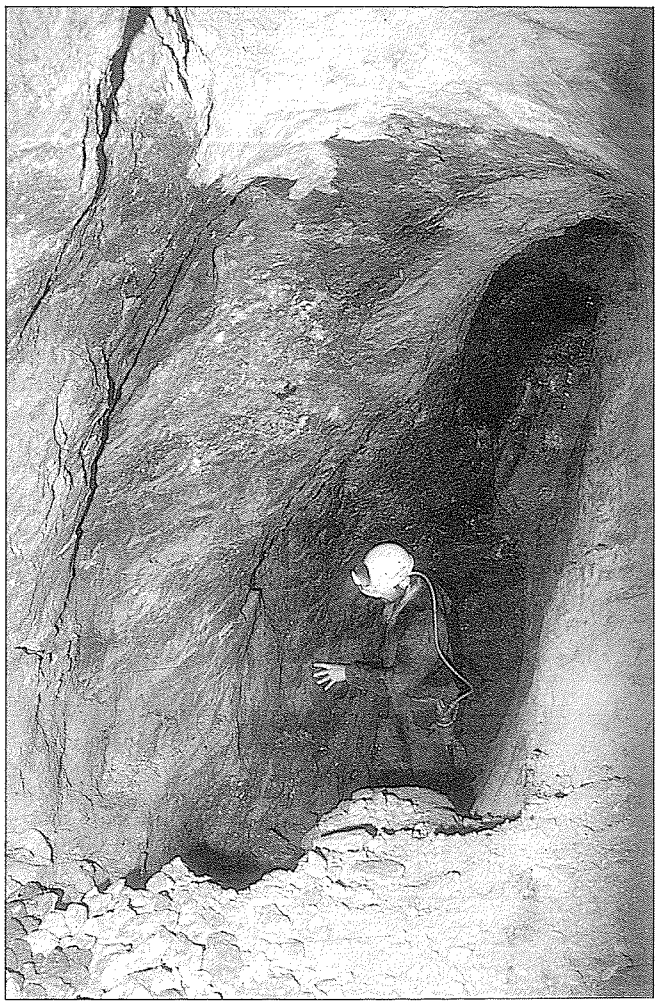


Fig. 3.—Galería W, durante las excavaciones de 1987

Los riesgos mortales que la torrefacción implica: asfixia por acumulación y permanencia del monóxido de carbono en las galerías, podían ser evitados gracias a las propias condiciones naturales del área minera. Lo que los prospectores del XIX llamaban "soplados", con un término tan expresivo, no son más que conductos cársticos vivos con los que contactan las labores mineras en puntos diversos, generando un poderoso flujo de aire en las galerías. En su momento la ventilación cárstica propiciaría la combustión con altos aportes de oxígeno y, posteriormente, la neutralización de los gases mortales.

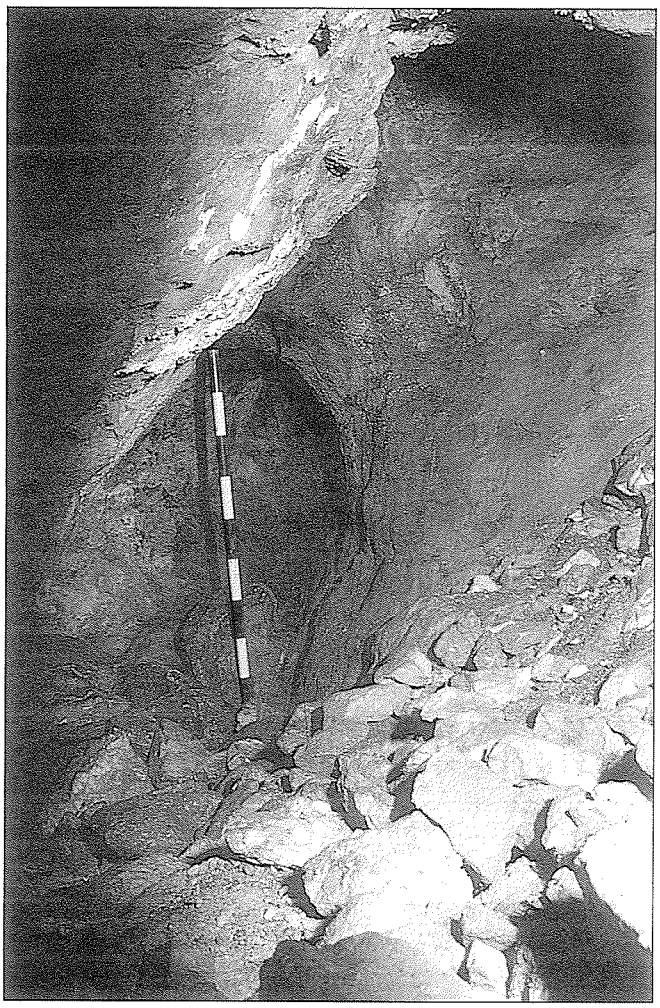


Fig. 4.—Labores primitivas en el lugar T. El escombro en primer término procede por arrastre de las explotaciones modernas.

Además de los indicios del fuego vistos dentro de las explotaciones, existe otro al exterior de las mismas normalmente inadvertido: el aspecto ahumado y ennegrecido de la pared caliza por encima de los citados accesos A y E, en contraste con la limpieza de las superficies inmediatas. Tal fenómeno bien parece proceder del efecto de chimenea realizado por el *Pozo Intermedio.*

Prueba el reconocimiento de las labores la abundancia de los rellenos que, si pudieron haber sido utilizados como fortificación de las labores en puntos inestables, significan, igualmente, en tal posición, un considerable ahorro de trabajo al evitar su traslado al exterior. El sistema de pilar y arco como fórmula de soporte de los techos apenas se constata ya con claridad; soluciones semejantes, existentes todavía en algunas zonas parecen deberse también al tránsito de un filón a otro, salvando los mineros ciertos tramos de roca dura y estéril hasta contactar con áreas de enriquecimiento del mineral.

Se afirma con lo observado la búsqueda del mineral en dos formas distintas: entre las arcillas de colmatación de viejos cars fosilizados (carbonatos), donde se detectan las áreas de enriquecimiento del metal, y en las formaciones filonianas presentes en los lechos de la dolomía (óxidos negros, a veces recubiertos por una película de carbonatos).

Los análisis de varios nódulos de malaquita, realizados por S. Rovira del Museo de América (Madrid) (fig. 5), muestran en el cobre del Aramo un quimismo en el que destacan como impurezas más significativas Fe, Co, NI y As. Aparece, sin embargo, el propio cobre en proporciones que alcanzan o superan el 90% de promedio. Aunque no disponemos de informes semejantes para los óxidos negros, son sabidos sus altos rendimientos.

Permiten estas concreciones destacar el interés de nuestras minas para un tiempo metalúrgico auroral. En el nacimiento y evolución de la metalurgia son precisamente los óxidos y los carbonatos los minerales que liberan el cobre con los procedimientos mas sencillos, como la simple redución de las menas.

En el caso particular de los óxidos la separación del cobre se obtiene con un fundido en torno a los 1.000°C, en presencia de carbono (aportado por el carbón de madera) que combinándose con el oxígeno da lugar el dióxido de carbono o gas carbónico.

AA1245	1	2	3	4
Mn	0,29	nd	nd	nd
Fe	9,58	1,40	0,72	0,86
Co	1,66	0,91	0,34	2,54
Ni	0,93	0,94	0,26	1,00
Zn	0,12	0,10	0,10	0,10
As	2,36	1,29	0,20	0,98
Ag	0,002	0,004	0,002	0,003
Sn	tr.	0,01	nd	0,030
Sb	0,250	0,021	0,012	0,030
Pb	0,16	nd	nd	nd

Fig. 5.—Compcsición química de cuatro malaquitas del Aramo

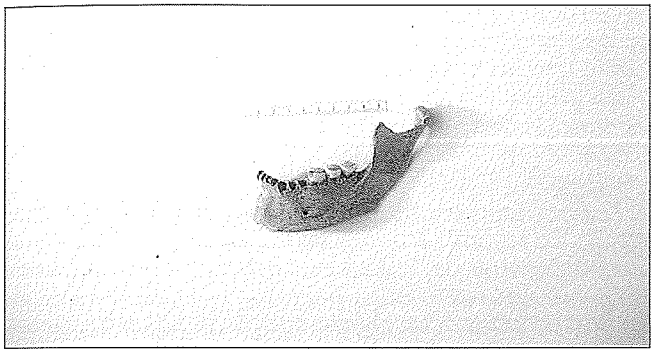


Fig. 6.—Mandíbula humana (lugar a, zona Z)

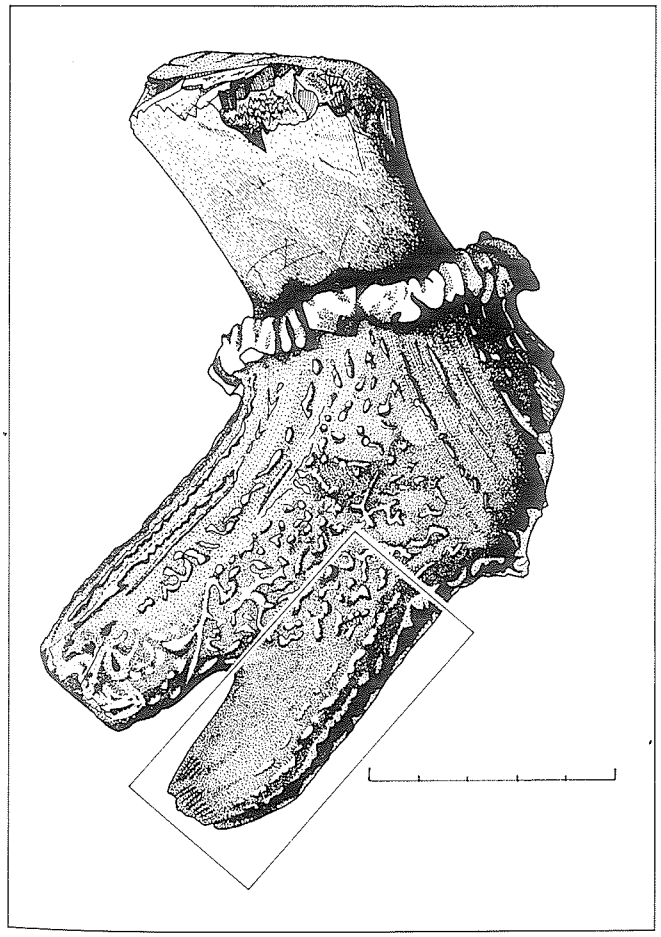


Fig. 7.—Martillo en asta de ciervo (C-14; 4090 ± 70 B.P.)

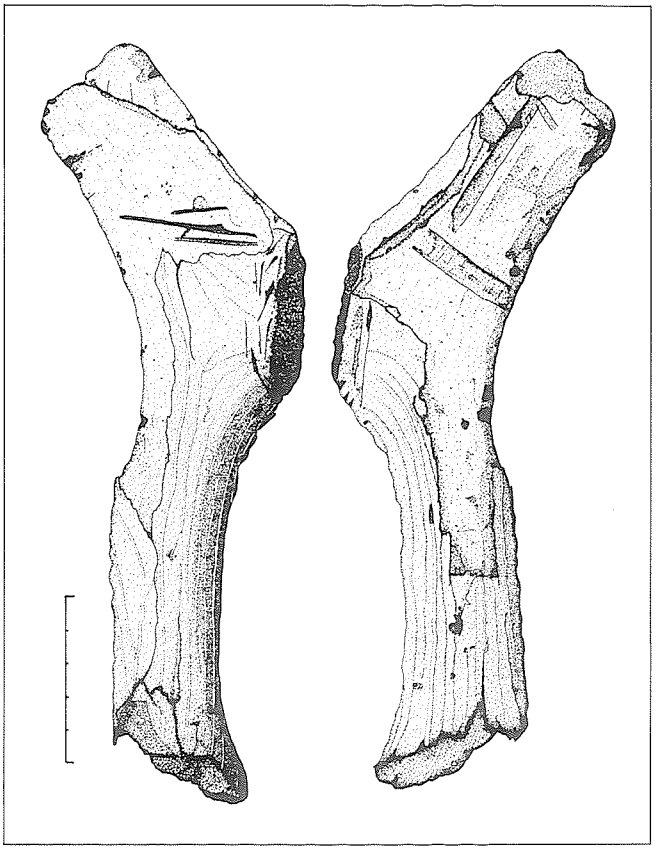


Fig. 8.—Instrumento en asta de ciervo

Procedimientos técnicos tan sumarios hicieron históricamente, tanto de óxidos como de carbonatos, las mineralizaciones cupríferas preferidas en los más antiguos ciclos metalúrgicos (aunque los sulfuros, menos deseados, conocieran también una transformación temprana).

Las excavaciones propiamente dichas se centraron en el ya aludido sector, por debajo del piso tercero de las galerías modernas. En esta zona se entremezclan los trabajos del último siglo con los minados prehistóricos. Corresponden estos últimos (fig. 2) a las áreas T, Z, V y W. Las condiciones de Z y W fueron comentadas más atrás. A lo ya dicho de los conductos R hay que añadir la presencia de huellas de percusión y excavado en algunos puntos, pruebas que certifican el origen minero de las cavidades filiformes actuales, de secciones apenas suficientes para el paso humano. T es una galería ciega con varios lóbulos, también rellena en parte por estériles (fig. 4). V, en la confluen-

cia de Z con W, es el inicio de una galería de diámetro en torno a los 0,50 m., en descenso, de la que parten otros dos túneles estrechos.

El orificio de arranque apareció oculto bajo el sedimento moderno retirado durante las prospecciones. Sólo pudo ser explorado parcialmente ya que los riesgos de derrabe, desde uno de los pequeños túneles confluentes por arriba, eran más que previsibles si se removía el estéril.

W es una galería de altura considerable (fig. 3) rellena en sus dos tercios por dos episodios de colmatación diferentes: uno superficial, de placas de dolomía y caliza de las explotaciones modernas, y uno más potente (hasta 0,80 m.) de estéril grasiento y oscuro similar al visto en todas las áreas de acción prehistórica. Finalmente, K corresponde a formaciones cársticas alcanzadas por el laboreo, oquedades que facilitaban su aireación, distinguibles sin dudas de las cavidades abiertas por la minería cuprífera.

Las excavaciones efectuadas en el medio descrito fueron, por sus condiciones particulares, poco convencionales. No se puede hablar de posiciones estratigráficas diferenciadas, ni localmente ni entre los distintos sectores. Los mecanismos de relleno son en buena medida sincrónicos del laboreo y los posteriores, por desplazamientos a favor de los planos en pendiente y pozos, son de la misma naturaleza que los primeros.

En general ese relleno se compone de placas y cascotes de piedra (caliza, dolomía) además de un sedimento de matriz térreo-arcillosa, de color negro y fuerte impregnación grasienta.

Los movimientos de estériles más intensos se practicaron en los sectores Z y W y en los mismos fueron apareciendo muestras del utillaje prehistórico, junto con diversos elementos esqueléticos humanos. Un rápido enunciado remiténdonos a las anotaciones de la figura 2, expresa la localización y características de lo hallado:

a. mandíbula y otras piezas óseas humanas, utillaje en asta de *cervus elaphus* y fragmentos de mazas de piedra.
b. huesos largos humanos y un martillo de asta de *cervus (fig. 7).*
c. huesos humanos, largos.
d. huesos humanos y candíles de asta de ciervo.
e. (V), mazas de piedra (fig. 10 y 11).
W. mazas y percutores de piedra, candiles en asta de ciervo, algún hueso.

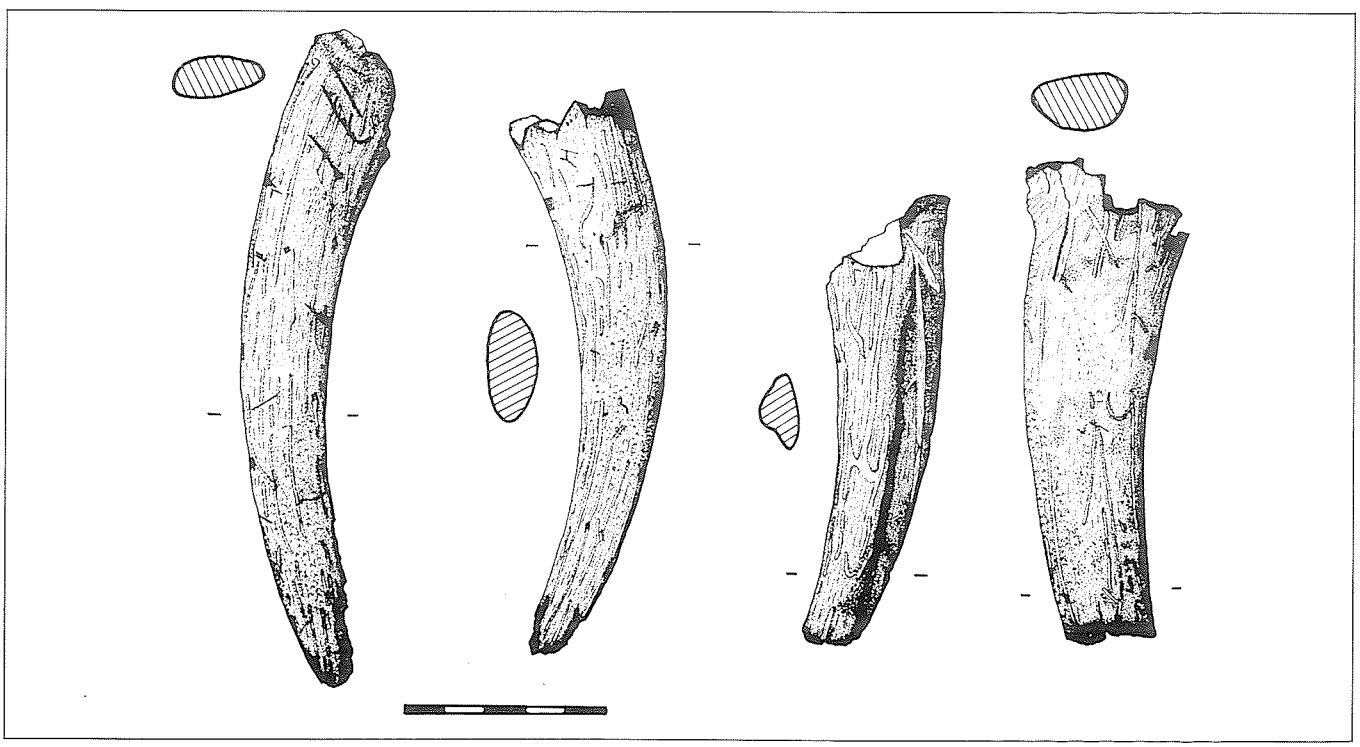


Fig. 9.—Cuñas de desgajamiento de mineral en candiles de asta de ciervo

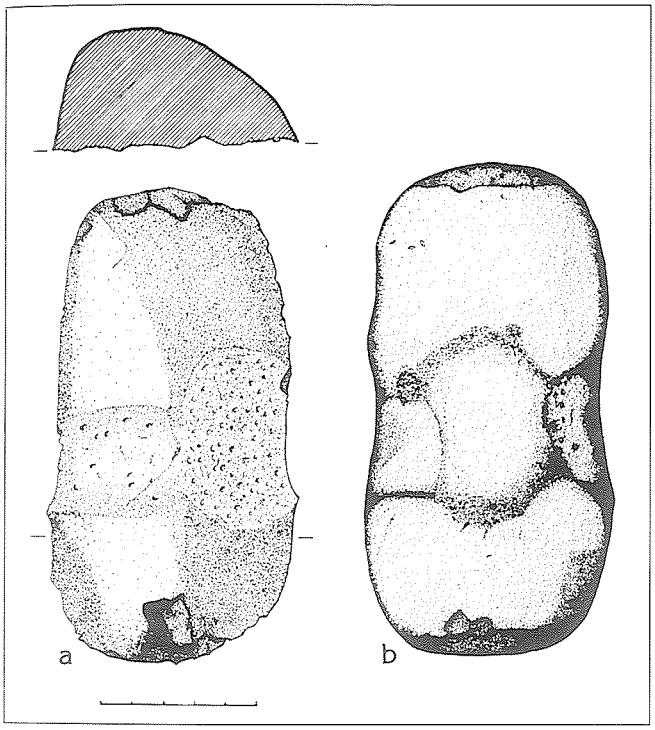


Fig. 10

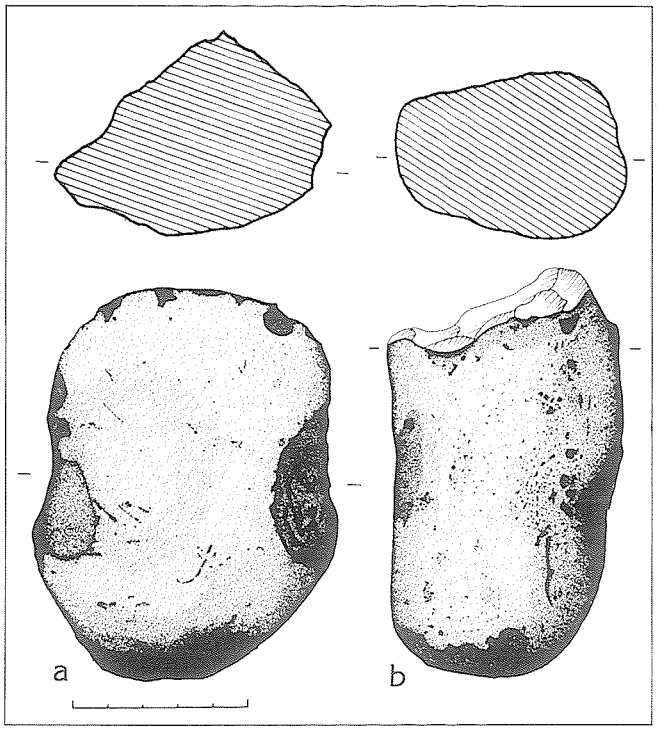


Fig. 11

El encuentro, otra vez de nuevo en el Aramo, de osamentas humanas reafirma el uso funerario de parte de las explotaciones, de las que proceden un número considerable de individuos, distribuídos en distintas zonas de los viejos minados (de Blas, 1989). La estructura originaria de las galerías antiguas en un medio calcáreo sólido y estable reduce considerablemente las probabilidades de hundimientos y caídas de costeros y, por ende, la probabilidad del accidente mortal inesperado y del abandono del cadáver *in situ*.

La veintena larga de restos localizados (todavía en estudio) parece corresponder a dos individuos. La hemimandíbula hallada en *a* (fig. 6), conservando encajadas tres piezas dentarias (M-1, M-2 y M-3), corresponde a un individuo adulto cuya alimentación, muy abrasiva, había desgastado sus molares eliminando las coronas dentarias.

La presencia de estos despojos fúnebres en *a, b, c, d* y W declara su posición secundaria y su desplazamiento junto con los estériles, movimientos facilitados por la inclinación de las galerías y por las remociones de las labores modernas. En este mismo sector, centro de la campaña de 1987, había señalado Dory en 1893 cuatro puntos de hallazgos mortuorios, presentándose, en consecuencia, como una de las áreas sepulcrales de las minas.

El instrumental en asta de ciervo incluye las habituales cuñas (candiles) (fig. 9) para el desgajamiento del mineral (de Blas, 1983), —más de una decena recogidas—, algún elemento en tija de asta, de filiación instrumental poco precisa, y un martillo sobre el extremo basal de la cuerna (fig. 7). Con esta pieza, y con otra recogida en la misma zona durante la prospección de 1985 (de Blas, 1989, 149) se define un nuevo tipo de útil en el Aramo: percutores o martillos en los que se selecciona como zona de impacto el duro pedículo craneal unido a la roseta del asta. Requiere tal utillaje cuernas de sacrificio, por lo que necesita de la previa captura de los ciervos frente al uso, muy frecuente en el Aramo, de astas de desmogue.

El material más cuantioso entre lo recogido son los percutores de piedra (mazas, martillos). Piezas completas o fragmentos arrojan una cifra cercana a la treintena de instrumentos distintos, en las condiciones reflejadas en el his-

tograma que se incluye (fig. 12). La roca elegida como dominante es la cuarcita (probablemente de génesis ordovícica cuya procedencia tiene que ser local, aunque sus facies litoestratigráfica sólo está bien representada, a una distancia considerable, al oeste del macizo del Aramo). Sólo dos piezas de arenisca, de color vinoso y probable filiación paleozoica (en el plegamiento del Aramo existen materiales del Devónico), rompen el dominio de la cuarcita, aunque también se trate en las areniscas de rocas tenaces y compactas y, por ello, aptas para las tareas mineras.

Son los rasgos prevalentes en este utillaje pesado:

- Morfología con una discreta variación dependiendo de los cantos rodados de procedencia.
- Elección del volumen genérico, dominando los cuerpos oblongos.
- Presencia de rebajes laterales y frontales por piqueteado minucioso, con vistas al enmangue de las piezas (10 ejemplares identificables).
- Huellas de uso en zonas diversas en las piezas de morfología menos precisa, probablemente por su uso en la trituración del mineral y por su acomodo a posiciones diversas de percusión en los frentes explotados.
- Posible distinción en peso, forma y dimensiones entre las piezas destinadas al enmangue (mazas) y las sujetas manualmente.
- Pesos considerables en las de enmangue alcanzando de 1,50 a 2,00 kgr.

A los objetivos, ya pormenorizados, de la campaña de 1987 se sumaba la intención de recoger muestras fiables para su determinación radiocronológica. De dos útiles seguros, los martillos en asta, se enviaron sendos fragmentos al *Oxford Radiocarbon Accelerator Unit* (otra muestra más, tomada de un pico-palanca también de asta, se encuentra en fase de procesamiento en dicho laboratorio). Fueron las fechas C-14 obtenidas:

—Ox A- 1833 = 4090±70 B.P. (fig. 7)

—Ox A- 1926 = 3810±70 B.P.

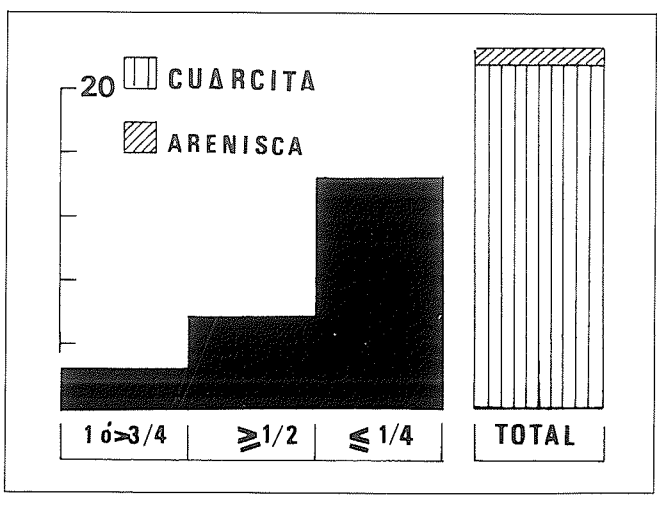


Fig. 12

Ambas apuntan, particularmente Ox A- 1833, hacia un tiempo temprano para el laboreo minero del Aramo, tiempo que en su dimensión cultural marcaría una posición calcolítica tardía y los primeros compases del Bronce Antiguo. Tal época resulta aceptable en el panorama que las fechas radiocarbónicas vienen otorgando en la actualidad a la metalurgia inicial en el ámbito peninsular, bastante antes ya del 2000 a.C., según comentábamos en la publicación oficial de tales fechas por el laboratorio de Oxford (Hedges, Housley, Law y Bronk, 1990, 106-107).

La duda sobre si resulta admisible la ecuación metalúrgia temprana-minería en profundidad, y no mera recolección de menas superficiales, puede ser resuelta afirmativamente.

No hay razones de orden técnico que impidan el desarrollo hace 4000 años de unas fórmulas extractivas como las que se observan en el Aramo, en particular cuando se trata de la explotación de rellenos cársticos y de formaciones filonianas asequibles. Modos de laboreo semejantes disfrutan de fechas altas en el S. de Francia (Ambert, Barge, Bourhis y Esperon, 1984, 83-88), por no aludir a las altas cronologías de la minería del sílex en la Europa Occidental, con la que no pretendemos, por otra parte, establecer relación filogenética alguna.

El reconocimiento de esta práctica extractiva tan temprana depende, en última instancia, del paralelo reconocimiento de una demanda, también temprana, de metal, demanda siempre difícil de evaluar sobre las limitaciones inherentes al registro arqueológico de la metalistería más primitiva. Esas circunstancias parecen en el Aramo más propias de una metalurgia asentada y del pleno bronce antiguo; el uso de sus fechas C-14, que nos resultan elevadas, precisa entonces de una recomendable cautela.

Prospecciones en el exterior de las minas

En su citado informe señala Dory el hallazgo de diversos materiales arqueológicos al exterior de la mina, en plena ladera, puestos al descubierto durante las obras de explanación precisas para las instalaciones de los edificios modernos.

Aparecieron los diversos objetos, —clasificados entonces como crisoles, afiladores, espátulas, pilones, barrenas,

así como piedras para *"perforar la madera y también para hacer muescas en ella"* (Dory, 1893, 334, 336 y 337)—, bajo una capa de arcilla, que recubierta por la capa húmica, descansaba sobre la roca caliza.

De todos esos materiales, entendidos por Dory como debidos al asentamiento temporal de los mineros primitivos, no existe otra constancia que la breve enumeración señalada. Pese a las dificultades que la identificación del lugar de tales descubrimientos ofrece en la actualidad, cuando de las construcciones de fines del XIX apenas queda rastro, pudimos establecer el área precisa de localización del primer enclave de época industrial, conocido todavía por algunos como la *"Casa de los ingleses"*. Se sitúa la zona en el sector N. del anfiteatro que describe la falda de la montaña, en un escalón debido a la explanación decimonónica, en una cota una treintena de metros más baja que la correspondiente al llamado Pozo Intermedio, por el que accedíamos a las labores prehistóricas.

En el intento de detectar las supuestas áreas de actividad transformadora se efectuaron varios sondeos (en cuadrículas de 3 m^2) en la ladera inmediatamente por encima de la Casa de los ingleses, donde no se observaban síntomas de que el suelo hubiera sido objeto de remociones en profundidad. Bajo un manto de sedimento superficial con algunos detritus modernos se desarrollaba una potente capa compacta, de matriz arcillosa, inalterada, de una potencia variable entre 0,40 y 0,80 m., que recubría el zócalo calcáreo tal como señalara Dory.

Dispersos en un ámbito de 30 m^2 aparecieron algunos restos de industria lítica, en la que dominaban el sílex como materia prima, anotándose dos restos de núcleo, algún fragmento laminar y un raspador atípico (fig. 13) que recuerda en su confección sumaria a los comunes, y numéricamente bien representados, en el megalito de la Collá Cimera (de Blas, 1990), en la necrópolis de La Cobertoria, dentro del mismo macizo montañoso. La presencia de diversas lascas de decorticado, alguna con retoque, habla de la verosímil talla de útiles en ese sector de la ladera, pero nada permite afirmar su vinculación con el laboreo prehistórico del cobre.

Hubiera sido un afortunado golpe de azar el hallazgo de una concentración instrumental inequívoca, como la referida en 1893, en un espacio tan extenso, sin posibles indicios externos para su detección y afectado por trabajos diversos desde fines del siglo XIX hasta mediados de la centuria actual.

Pese a la parquedad de lo descrito por Dory, no debe ser despreciada la importancia de esos hallazgos fuera de las minas. La indicación concreta de algo semejante a morteros para el triturado del mineral, a crisoles y escorias,

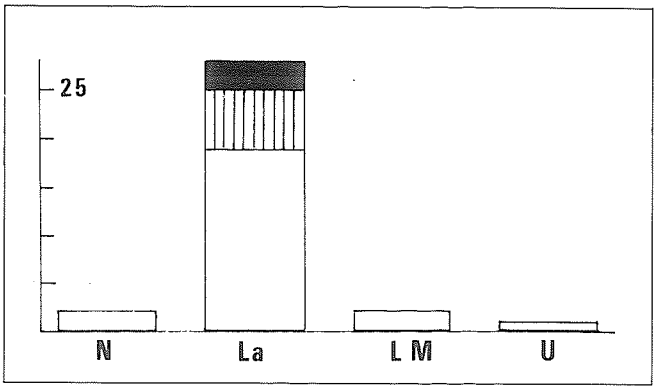


Fig. 13.—Industria lítica en el sondeo exterior (Casa de los ingleses). Cómputo y características: N, núcleos; La (lascas); Lm (láminas) y U (útiles). En blanco, sílex; rayado, cuarcita; en negro, cuarzo

perfila una actividad metalúrgica *in situ,* subsiguiente a la extracción del mineral cuprífero, aunque sin una apoyadura cronológica suficiente para conectarla con absoluta seguridad con las labores descritas en este informe.

La atribución de tales tareas a los mismos grupos que trabajaron en las minas (en un ciclo extractivo que sería multisecular) resulta, sin embargo, verosímil, denotando conocimientos específicos y un cierto grado de especialización, bien que tales tareas fueran estacionales y discontínuas en la vida de sus autores.

Un primer tratamiento del cobre a bocamina facilitaría la ulterior distribución del metal simplificando su transporte desde el enriscado lugar de procedencia. El ejemplo ya conocido de los lingotes de Gamoneu (Onís) nos da buena idea de cual sería el aspecto de los artículos semielaborados puestos en circulación desde el área minera en su primer episodio distribuidor: tortas prestas para un nuevo fundido y su definitivo colado.

La existencia de una actividad laboriosa y dura como la minería sólo resulta comprensible, según se comentaba más atrás, bajo el impulso de una demanda de suficiente entidad como para recompensar las penalidades inherentes a la consecución de la materia prima. En el territorio que nos ocupa, y en los inmediatos del centro de Asturias, un estímulo para el consumo de esos primeros artículos metálicos guarda en algún caso relación con un destino específico, no utilitario. El hacha del túmulo de Cullucaba, un tipo arcaico elaborado en cobre, nos habla de una finalidad funeraria, ritual, de algunos de los productos metalúrgicos tempranos fundidos con cobres seguramente extraídos en el Aramo.

BIBLIOGRAFIA

AMBERT, P.; BARGE, H.; BOURHIS, J.R. y ESPERON, J.L. (1984): *"Mines de cuivre préhistoriques de Cabriéres (Hérault), premiers résultats"*, en Bulletin de la Société Préhistorique Française, t. 81, págs. 83-88.

BLAS CORTINA, M.A. de (1983): *La Prehistoria Reciente en Asturias.* Consejería de Educación y Cultura. Principado de Asturias. Oviedo.

_____ (1989, a): *"La minería prehistórica del cobre en las montañas astur-leonesas"*, en Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas, I Coloquio Internacional Asociado. Madrid, págs. 143-153.

_____ (1989, b): *"La minería prehistórica y el caso particular de las explotaciones cupríferas del Aramo"*, en Arqueohistoria. Universidad de Santiago de Compostela (en prensa).

_____ (1990): *"Excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de la Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafita y El Llanu la Vara (Las Regueras)"*, en Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-1986. Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Oviedo, págs. 69-77.

DORY y VILLERS, A. (1893): *"Las antiguas minas de cobre y cobalto del Aramo"*, en Revista Minera, n.º 1.463, págs. 332-337 y n.º 1.466, págs. 361-366.

EGUREN, E. (1917): *"De la época eneolítica en Asturias"*, en Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Madrid, págs. 469-477.

HEDGES, R.E.M.; HOUSLEY, R.A.; LAW, I.A. y BRONK, C.R. (1990): *"Radiocarbon dates from the Oxford AMS system: Archaeometry datelist 10"*, en Archaeometry, 32, págs. 101-108.

NOTA

En la elaboración de la parte gráfica pudimos contar con la ayuda de los estudiantes de Historia de la Universidad de Oviedo, Carlos Miguel López Álvarez (fig. 7), Héctor Gachs (figs. 8, 9, 11, 10 y 6) y Luis Germán Banco (fig. 10, 9). Queremos manifestarles aquí nuestro agradecimiento, al igual que a Manuel Suárez (H.U.N.O.S.A), a Salvador Rovira Llorens, del Museo de América (Madrid).

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA CUEVA DEL BUXU (CARDES. CANGAS DE ONIS)

Mario Menéndez Fernández

INTRODUCCION

El presente informe resume los trabajos realizados en la Cueva del Buxu (Cangas de Onís), referidos fundamentalmente a las campañas de excavación llevadas a cabo desde 1986 a 1989, incorporando aspectos de investigaciones anteriores. Estos trabajos, que consideramos finalizados, al menos por el momento, serán publicados de forma más pormenorizada en cuanto dispongamos de los diferentes estudios interdisciplinares en curso. Asimismo, forma parte de un proyecto global para el estudio del Paleolítico Superior y Epipaleolítico en la zona, que incluye yacimientos en cueva como Los Azules o La Güelga y yacimientos en superficie como La Cavada.

La Cueva del Buxu, conocida desde principios de siglo por sus pinturas y grabados rupestres (Obermaier y V. del Sella, 1918) se abre en un afloramiento calizo situado en un pequeño valle ciego, colgado sobre el valle del Güeña, poco antes de que éste rinda sus aguas al río Sella. La antigua visera del abrigo, que ha sufrido un fuerte retroceso, debió abrirse en dirección Sur, en torno a la cota 300, con una excelente vista sobre el valle del Güeña y dominando en altura, a su vez, el fondo de saco del pequeño valle ciego.

Nuestros trabajos se centraron en la excavación de tres zonas situadas al interior de la cueva, continuando los realizados en 1970 por E. Olavarri (Menéndez, 1984 a). Estas zonas constituyen la cola interior del yacimiento, siendo en algunos niveles una parte muy marginal del mismo, mayoritariamente perdido. Igualmente, hemos realizado una revisión del arte parietal, que aporta algunos detalles de interés, sobre todo en la relación de éste con algunos grabados sobre hueso y piedra aparecidos durante las excavaciones y estratigráficamente bien definidos (fig. 1).

ESTRATIGRAFIA

Si bien el estudio geológico y estratigráfico está en curso de realización por M. Hoyos, pueden adelantarse algunos aspectos generales, para lo que tomaré prestadas algunas de sus ideas. Por otra parte, la estratigrafía del Buxu no parece excesivamente complicada.

El yacimiento arqueológico estuvo situado bajo una gran visera caliza que sufrió un fuerte retroceso, algunos de cuyos bloques de derrumbe pueden observarse en la actualidad en el vestíbulo de entrada. Por diferentes fenómenos geológicos y por las obras realizadas en los años cincuenta para abrir la cueva al turismo, la mayor parte del yacimiento accesible ha sido destruido. Las diferentes zonas excavadas están situadas en el extremo Noroeste del yacimiento (fig. 1), en una zona marginal del mismo, a la que escasamente debió llegar luz natural.

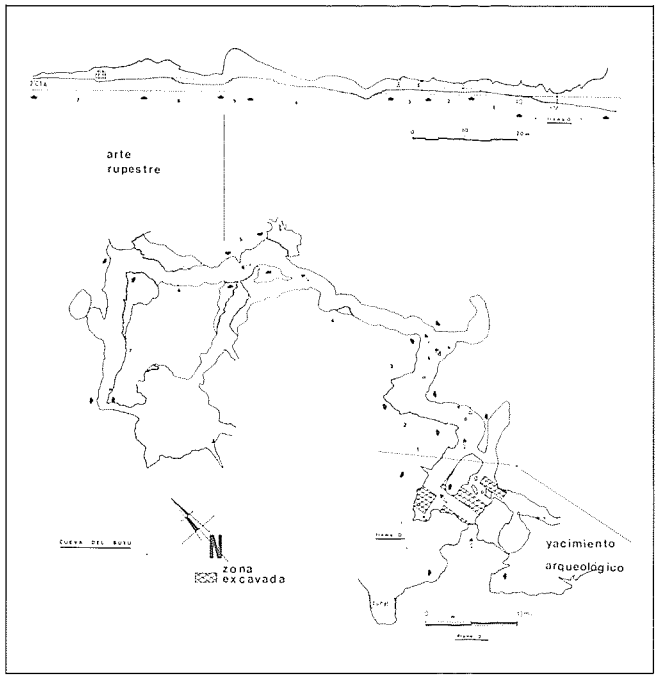


Fig. 1.—Planta y sección de la Cueva del Buxu. El yacimiento arqueológico ocupaba, aproximadamente, el "tramo O", prolongándose en dirección S-E.

Las últimas campañas de excavación han permitido confirmar la estratigrafía ya publicada (Menéndez 1984 a y 1986) para las zonas más próximas a la puerta, donde los niveles arqueológicos aparecen protegidos por gruesas costras estalagmíticas. Sin embargo, debe revisarse lo dicho para la "Zona B", donde solamente aparece intacto, con seguridad, el Nivel 3, que se corresponde a los antiguos niveles 6 y 7.

Si bien cada zona presenta sus peculiaridades, desde el punto de vista estratigráfico, la llamada "Zona A" resume perfectamente lo observado en las diferentes areas excavadas (fig. 2). Situada inmediatamente a la derecha de la actual puerta de entrada a la cueva, presenta la siguiente secuencia:

Nivel de Superficie: Matriz pardo-marrón con materiales de arrastre y bloques.

Corteza caliza n.º 1: Recubre toda la zona. Gana potencia en dirección sureste, donde alcanza un grosor de 15 cms. Sobre ella se apoyan gruesos pilares estalagmíticos, que se

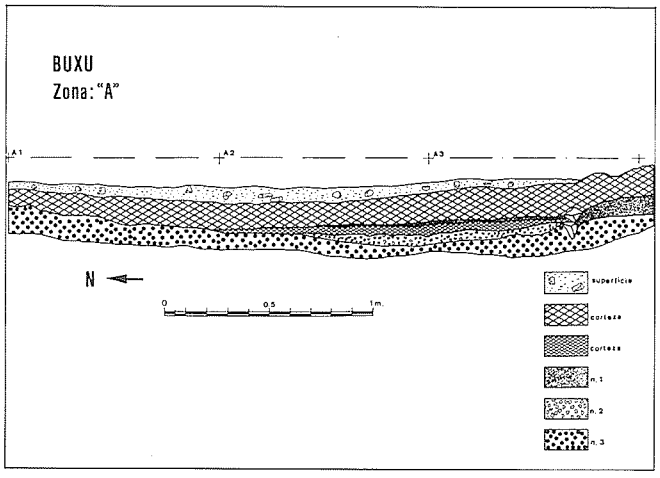


Fig. 2.—Estratigrafía de la "Zona A", situada inmediatamente a la derecha de la actual puerta de entrada a la cueva.

continuan a través de los niveles arqueológicos, por lo que cegaban parcialmente el area de ocupación paleolítica.

Nivel 1: Formado por arena (50%) y arcilla (26%), de color marrón oscuro. Buza en dirección SE-NW; es decir, "cae" desde el exterior hasta el interior de la cueva, en forma de cuña. Es, por tanto, el extremo Norte de los restos de la última ocupación conocida en la cueva, que se han deslizado desde el abrigo exterior por el espacio que habría dejado la entonces inexistente corteza caliza n.º 1. La formación posterior de esta corteza cierra totalmente la cueva al exterior. El Nivel se dispone horizontalmente en su base, ya que descansa sobre otra corteza y el nivel 3, adelgazándose la "lengua de caida" hacia el interior hasta desaparecer.

Corteza caliza n.º 2: Recubre sólo parcialmente la zona. Es más delgada (5 cms.) y regular que la primera. Entre ambas está aprisionado una parte del "nivel 1".

Nivel 2: Arenas (55%) y arcillas (30%), con un alto contenido orgánico, de color negro. Contiene numerosos cantos angulosos y buza en dirección sureste.

Nivel 3: Arenas (53%) y arcillas (33%) de color pardo-amarillento, muy compacto. Dispuesto horizontalmente, aparece en todas las zonas prospectadas. Contiene numerosos bloques y cantos angulosos.

Nivel 4: Mantiene la misma matriz sedimentaria del "nivel 3". Aparecen algunos restos de fauna, pero es estéril desde el punto de vista arqueológico.

INDUSTRIA LITICA Y OSEA

Agrupamos aquí las diferentes areas excavadas por niveles, pues la obligada brevedad de este informe impide entrar en cuestiones de detalle. No obstante, han podido diferenciarse en el "nivel 3" areas específicas de actividad, relacionables con la industria, la posición que ocupan en el abrigo y algunas estructuras existentes.

El "nivel 3" ha ofrecido una industria lítica realizada fundamentalmente en sílex, donde los buriles, mayoritariamente diedros, superan a los raspadores. Hay un alto porcentaje de laminillas de dorso. Entre el utillaje característico deben citarse dos puntas de cara plana, una de base cóncava y una de muesca, con el pedúnculo solamente esbozado (fig. 3, n.º 5-8).

El "nivel 2" mantiene igualmente la abrumadora preferencia del sílex sobre la cuarcita para la realización de los útiles y un alto porcentaje de las laminillas de dorso. Sin embargo, los raspadores casi duplican a los buriles y los únicos útiles con retoque plano son las puntas de muesca típicas (fig. 3, n.º 1-4).

El "nivel 1" ha ofrecido tan pocos restos como escasa ha sido la superficie excavada del mismo. Sin embargo, llama la atención inmediatamente el alto porcentaje de laminillas de dorso y laminillas de dorso denticuladas, así como algunas piezas del llamado "sustrato arcaico". No se han recogido en este nivel piezas típicas, salvo algunos retoques planos, realizados aisladamente sobre algunas hojas. Igualmente, el sílex es abrumadoramente mayoritario.

La industria osea está constituida mayoritariamente por el llamado "hueso poco trabajado", con tipos numerosos y diversos para los niveles 3 y 2. Huesos aguzados, recortados, pulidos o simplemente alterados por el uso, forman un extenso capítulo. Junto a ellos aparecen azagayas de sección mayoritariamente circular y otras de tendencia cuadrangular o aplanada. Los largos punzones pulidos en hueso, son las piezas mejor conservadas y comunes a todos los niveles, incluido el "nivel 1". En el nivel inferior se han recogido varios fragmentos distales y proximales de agujas de hueso con perforación bipolar.

La situación cronoestratigráfica de los niveles 2 y 3 parece clara. Las condiciones climáticas de sedimentación, junto con la consideración de elementos culturales situa su formación durante la fase fría del Dryas I antiguo (Inter Laugerie-Lascaux), momento de intensa ocupación Solutrense Superior en la región. Los paralelos son claros. Los niveles 9 a 7 de Caldas, sin duda la mejor secuencia solutrense con la que establecer comparaciones, ofrecen unas características muy similares (Corchón, 1981 y 1986).

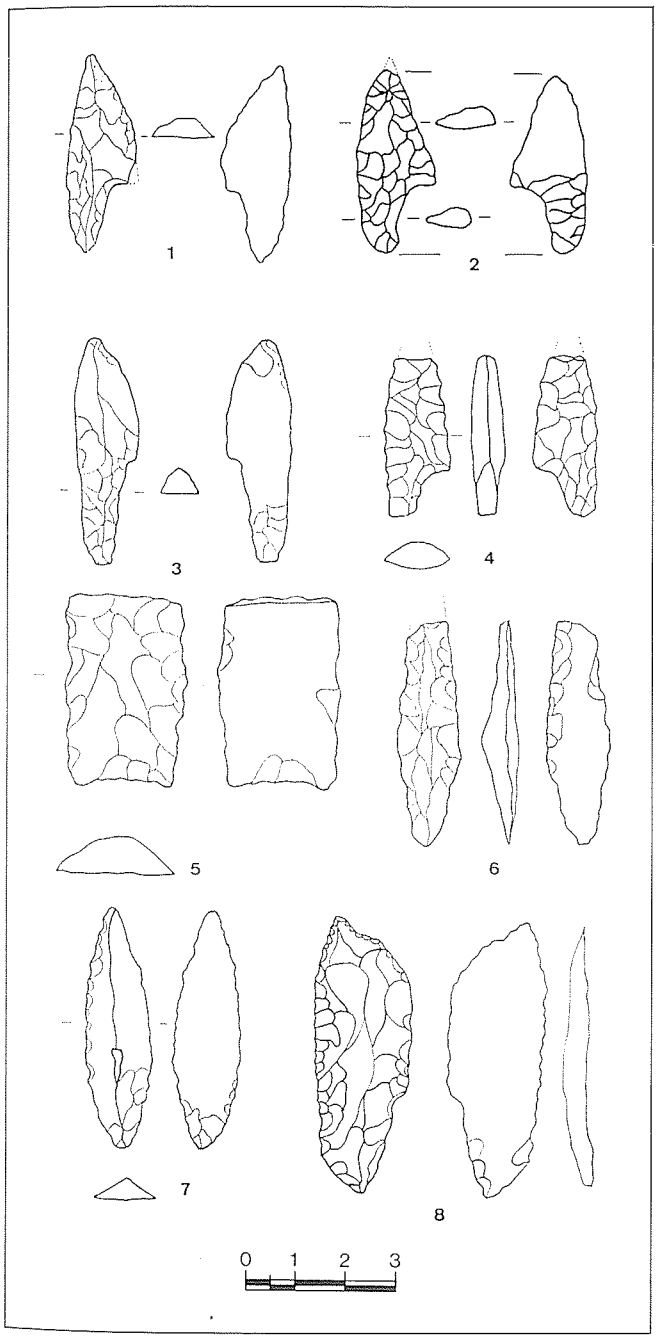


Fig. 3.—Industria lítica con retoque plano.
Los números 1-4, pertenecen al nivel 2.
Los números 5-8 fueron hallados en el nivel 3.

El "nivel E" de Cueto de la Mina (Va-Vb de M. Rasilla, 1986), o los niveles inferiores de La Riera (Straus, 1983; Straus y Clark, 1986).

Sin entrar en excesivas matizaciones o en vinculaciones con otros datos asociables a la funcionalidad de las industrias u otras variables, que se tratarán en otra publicación, parece oportuno poner de manifiesto algunas diferencias entre ambos niveles. El "nivel 3" ha aportado una mayor superficie de excavación que los restantes niveles. Por ello sus datos —Presencia/Ausencia— son más significativos. Aparte de algunos tipos específicos de grandes puntas en cuarcita, de aspecto musteroide, que ya han sido descritas (Menéndez, 1984 a), junto a las puntas de cara plana y de base cóncava, destaca la ausencia de verdaderas puntas de muesca típicas, frecuentes sin embargo en el "nivel 2". Solamente un ejemplar en sílex, con un pedúnculo levemente sugerido, que recuerda una pieza similar de Cueto de la Mina (nivel E), u otras observadas en yacimientos del Solutrense Medio, Tipo Monthaud (Smith, 1966). Igualmente en el "nivel 2" están ausentes las puntas de clara plana, y el conjunto general de la industria se asemeja más a yacimientos del Solutrense Superior avanzado, tipo Chufín (Cabrera 1977, Cabrera y B. de Quirós, 1977), con el que le unen otras afinidades. Sin duda estos y otros datos del yacimiento pueden ayudar a aclarar algo la discusión que, desde hace algunos años, viene desarrollándose a propósito de la verdadera naturaleza de la variabilidad industrial solutrense, su evolución interna y su situación cronoestratigráfica.

Cuestión aparte es el "nivel 1". Su posición estratigráfica y su industria, con ausencia de tipos diagnósticos solutrenses, abundancia de hojitas de dorso y algunas piezas del "sustrato antiguo", lo ponen en relación con los niveles 3 a 6 de Caldas, o los niveles 15 a 17 de La Riera. Poco podrá aportar El Buxu para aclarar este confuso momento. El caracter "terminal" de estos niveles ha sido puesto de manifiesto por Corchón en Las Caldas (Corchón, 1981), como algo generalizable a la cornisa cantábrica (Corchón, 1986), dentro de un proceso recientemente definido como de "magdalenización" o "desolutreanización" (Rasilla, 1989), terminología que describe procesos similares en el Levante peninsular (Fortea y Jordá, 1976; Fullola, 1979) pero con diferentes presupuestos. No está claro si la distinción es pertinente en el cantábrico, o siquiera si tiene sentido hablar en ese momento de magdaleniense (Hemingway, 1980; Allain, 1983; Utrilla, 1984). En cualquier caso, El Buxu aporta un dato más a esta interesante discusión, y si en el futuro se reanudasen los trabajos, tal vez sería el aspecto más sugestivo a dilucidar.

ARTE MUEBLE

En los niveles 3 y 2 se han recogido fragmentos de costillas, huesos recortados y fragmentos de hueso en forma de placas pulidas, que presentan diversos tipos de incisiones. Por lo general se trata de representaciones no figurativas, del tipo descrito por Corchón como trazos pareados y ahorquillados (Corchón, 1986).

Ya se ha dado a conocer con anterioridad (Menéndez y Olávarri, 1983) la escultura de un ave tallada en un colmillo de "Ursus Spelaeus" (fig. 4). Esta escultura presenta los restos de una perforación en la zona proximal, correspondiente a la raiz del colmillo, lo que nos permite clasificarla como "colgante". Esta importante pieza se asignó al nivel 5 de la zona B, en la antigua estratigrafía. Corresponde este estrato con la base del actual nivel 2. Este nivel, en esa zona, fue parcialmente removido para realizar la antigua instalación eléctrica de la cueva. Igualmente hemos encontrado fragmentos de cerámica y objetos modernos junto a los restos de la ocupación Solutrense Superior. Ahora bien, el nivel inferior (nivel 3, igualmente

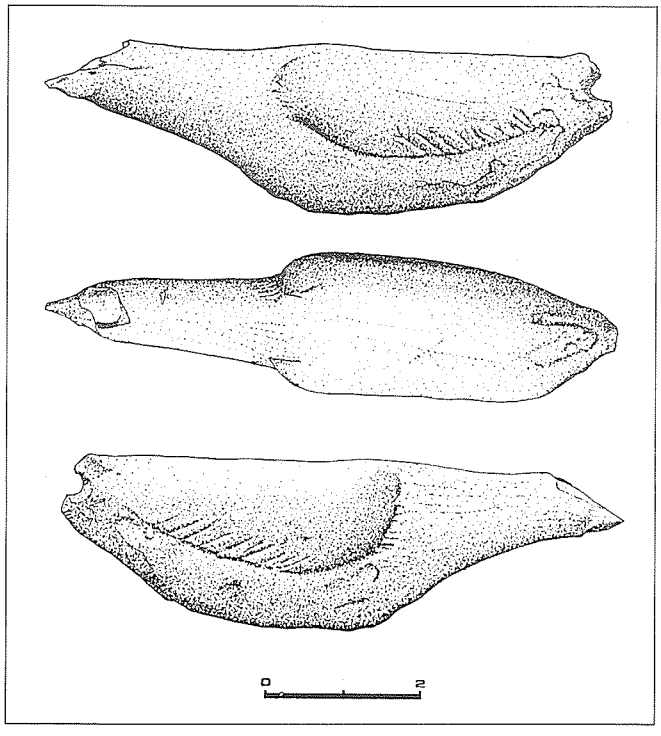


Fig. 4.—Pequeña escultura de ave —anseriforme— tallada sobre un colmillo de "Ursus Spelaeus", con una perforación en la parte proximal, correspondiente a la raíz.

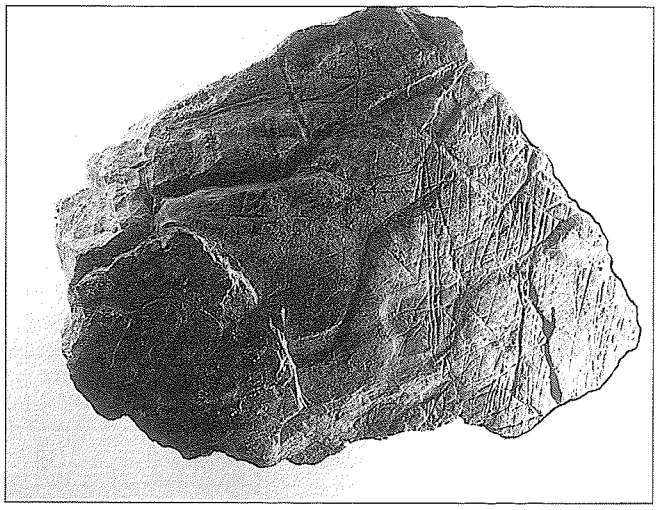


Fig. 5.—Plaqueta de caliza grabada. Nivel 2.

Solutrense Superior) aparecía intacto, y nada hace pensar que, a pesar de las remociones parciales, a esta zona de la cueva hayan llegado aportes paleolíticos ajenos al Solutrense. Por tanto, no procede albergar dudas sobre la asignación cultural de la pieza, a lo que podría inducirnos el carácter singular de la misma.

También como excepcional puede calificarse una gruesa plaqueta de piedra caliza (14x12x4 cms.), que aparece profusamente grabada en una de sus caras (fig. 5). Si bien esto es frecuente en el solutrense de otras zonas peninsulares (Fortea, 1978), o en momentos posteriores (Sieveking, 1987, en el ámbito cantábrico son escasos los grabados en piedra para todo el Paleolítico Superior y solamente el canto con grabados reticulados de Caldas (Corchón, 1983) puede asignarse al Solutrense. Pertenece al nivel 2, donde apareció junto con otros pequeños bloques de caliza no decorados, sobre un hogar. La lectura no es fácil, pues presenta una verdadera maraña de lineas grabadas finas y gruesas, de diaclasas o líneas naturales, profundas cicatrices y partes de la superficie que han saltado. Existe una tendencia natural a identificar figuras en este tipo de piezas (Lorblanchet, 1984) y la fiabilidad y objetividad de muchas de las representaciones reconocidas en algunas piezas asimiladas por la bibliografía internacional es frecuentemente discutible (Clottes, 1986-87).

Aunque la mencionada plaqueta está aún en estudio, y debe limpiarse la costra que recugre su cara inferior, podemos adelantar algo sobre su contenido. Se han grabado figuras animales, signos y antropomorfos —figuras

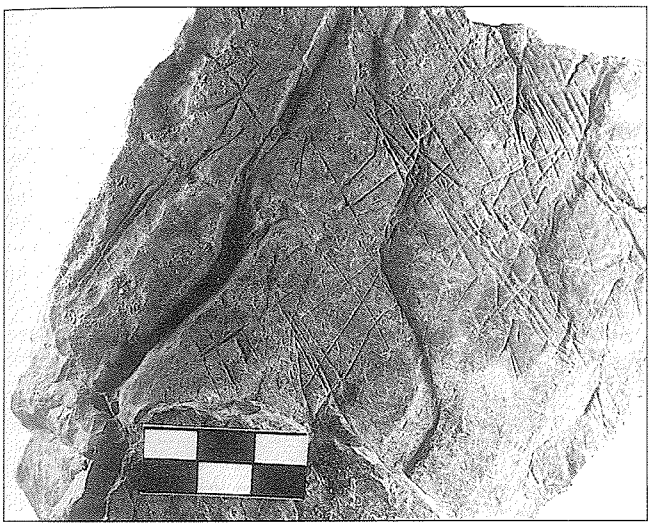


Fig. 6.—Idem. fig. 5. Vista parcial de los surcos naturales agrandados artificialmente.

femeninas— entre un abigarrado conjunto de líneas anisótropas (fig. 6). En ocasiones, a pesar de tratarse de universos figurativos y conceptuales diferentes, no es sencillo distinguir entre unos y otros (Ucko y Layton, 1984); y otras veces, el proceso de síntesis que realiza el artista prehistórico, resumiendo la idea en un trazo fundamental, lo que llamó Leroi-Gourham "la abreviacción" y Delporte "la sinécdoque", nos hace percibir figuras tras cada trazo. Adelantamos el dibujo de un posible caballo, asociado a dos signos cerrados (figs. 7 y 8), en una sugerente complementariedad.

Aparte del valor intrínseco de este tipo de piezas, cobra una especial relevancia el hecho de poder establecer relaciones estilístico-cronológicas con el Arte Parietal de su entorno más inmediato, en este caso la propia Cueva del Buxu, pero también con pretensiones de validez más general.

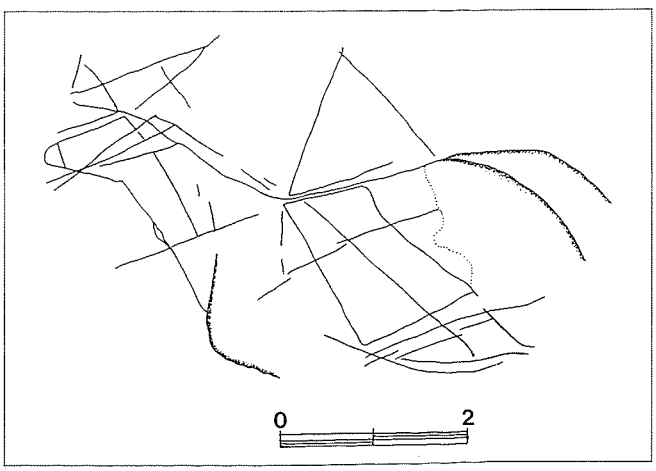
INTERPRETACION

A falta de importantes datos complementarios, se pueden adelantar algunas interpretaciones sobre la naturaleza de este yacimiento. Los análisis de fauna realizados, todavía parciales (Soto, 1984), señalan la casi exclusiva presencia de rebeco, ciervo y cabra montés. Otras especies representadas aparecen de forma anecdótica —corzo y caballo en una ocasión y jabalí en posición dudosa—.

Se pueden establecer dos conjuntos faunísticos diferenciados que se repiten en los tres niveles. Por un lado los restos de ciervo, que se reparten aleatoriamente según las diferentes zonas excavadas en adultos y juveniles de forma equitativa. Por otro lado, cabra y rebeco, con una clara preferencia de las formas adultas sobre las juveniles.

Ambos grupos ocupan biotopos diferentes, aunque geográficamente próximos en el supuesto descenso de la línea de nieves perpetuas durante el inter Laugerie-Lascaux. En cualquier caso, la geografía de la zona y los restos hallados en el yacimiento, nos señalan un area de captación de recursos reducida. Igualmente, el diferente reparto de edades de los animales de ambos grupos, indica la prácti-





Figs. 7 y 8.—Plaqueta nivel 2. Grabado animal y signos

ca de diferentes estrategias de caza, vinculadas al area del valle y a la zona de roquedo, así como a la etología de cada uno de los grupos cazados. Desde este punto de vista, es interesante aventurar la hipótesis de un sistema de caza "al copo", para los ciervos, consistente en conducir, mediante ojeadores, los rebaños de hembras con sus crias hacia el fondo del valle ciego que domina el Buxu. El resultado sería el reparto aleatorio y equitativo de edades que hemos observado en este grupo. Por otro lado, los tectiformes del Buxu han sido interpretados (Straus, 1983) como trampas o redes de caza para cerrar el paso a los animales.

El segundo grupo está formado por rebecos y cabra montés, que habitan la zona de roquedo y han de ser cazados individualmente, al "acecho". Ello posibilita la selección de edad de la pieza, que en este caso se produce a favor de los adultos en ambas especies.

Los restos de fauna que lo permiten, ponen de manifiesto haber sido cazados entre Abril y Octubre. Lo que nos indica que el aprovisionamiento de carne se producía en los meses centrales del año.

Algunas vértebras de peces —trucha y salmón— señalan el aprovechamiento ocasional de los recursos del río. Aunque su importancia es difícil de evaluar, habida cuenta de la conservación diferencial de estos restos respecto a los macromamíferos.

En resumen, parece que los niveles 2 y 3 de El Buxu responden a ocupaciones estacionales —verano/otoño— de cazadores centrados en abatir ciervos, rebecos y cabras. Estas actividades se desarrollan durante el Solutrense Superior, en el medio frío que corresponde al Dryas I antiguo (inter Laugerie-Lascaux). No existen muchos datos para en nivel 1, pero no parece que se produzcan cambios sustanciales en el esquema brevemente trazado, salvo los ya enunciados respecto a la posición geoestratigráfica y al conjunto industrial.

La relación del grupo que ocupa ocasionalmente el Buxu con otros yacimientos de la zona está siendo estudiada, al igual que la relación que pudiera existir entre el yacimiento, su entorno y el arte rupestre que aparece al fondo de la cueva. Esperamos publicar pronto los resultados de este trabajo, que ha sido posible gracias a la autorización y financiación de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias y a la colaboración de la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

BIBLIOGRAFIA

ALLAIN, J. (1983): *"Materiaux pour l'etudie du Magdalenien initial et ses origines"*. B.S.P.F. T. 80, nº 5, 135/139.

CABRERA, V. (1977): *"El yacimiento Solutrense de Cueva Chufín (Riclones. Santander"*. Actas del XIV C.N.A. 157/164. Zaragoza.

CABRERA, V. y B. DE QUIROS, F. (1977): *"The Solutren site of Cueva Chufin (Santander, Spain)"*. Current Anthropology, 18. 780/81.

CLOTTES, J. (1986/1987): *"La determinación de las representaciones humanas y animales en el arte paleolítico europeo"*. I Cong. Inter. de Arte Rupestre. Caspe (Zaragoza). Edit. in Bajo Aragón. Prehistoria, VII-VIII pp. 41-68.

CORCHON, M.S. (1981): *"Cueva de las Caldas. San Juan de Priorio (Oviedo)*. E.A.E. 115.

CORCHON, M.S. (1983-86): *"La Cueva de las Caldas. Priorio (Oviedo). Investigaciones efectuadas entre 1980 y 1986"*. In Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 1983-1986. Consejería de Educ. Cult. y Deportes. Oviedo.

CORCHON, M.S. (1986): *"El Arte Mueble Paleolítico Cantábrico: Contexto y análisis interno"*. Centro de Inv. y Museo de Altamira. Mon. nº 16 Mº de Cultura. Madrid.

FORTEA, J. (1978): *"Arte Paleolítico del Mediterraneo Español"*. T.P.35, 99/149.

FORTEA, J. y JORDA, F. (1976): *"La cueva de Les Mallaetes y los problemas del Paleolítico Superior del Mediterráneo Español"*. Zephyrus 26-27, 129/166.

HEMINGWAY M.F. (1980): *"The Initial Magdalenian in France"*. Oxford.

LORBLANCHET, (1984): *"Les relevés d'art préhistorique"*. In L'Art des Cavernes. París.

MENENDEZ, M. (1984 a): *"La Cueva del Buxu"*. BIDEA, nº 111, 143/185. Oviedo.

MENENDEZ, M. (1984 b): *"La Cueva del Buxu: El Arte Parietal"*. BIDEA nº 112. 755/801.

MENENDEZ, M. y OLAVARRI, E. (1983): *"Una pieza singular de Arte mueble de la Cueva del Buxu"*. In Homenaje al Prf. Martín Almagro Basch. T.I. 319/329. Madrid.

OBERMAIER, H. y V. DEL SELLA, (1918): *"La Cueva del Buxu"*. Mem. nº 20 CIPP. Madrid.

RASILLA, M. (1983-1986): *"Cueto de la Mina. Campañas 1981-86"*. In Excavaciones Arqueológicas en Asturias, 79/86. Oviedo.

RASILLA, M. (1989): *"Secuencia y crono-estratigrafía del Solutrense Cantábrico"*. T.P. nº 46, 35/46.

RASILLA, M. y HOYOS, M. (1988): *"Nuevos datos sobre el yacimiento de Cueto de la Mina (Posada de Llanes. Asturias). Avance de las campañas 81-85"*. Noticiario Arq. Hispánico, 30, 7/20.

SIEVEKING, A. (1987): *"Engraved Magdalenian Plaquettes, a regional and stylistic analysis of stone, bone and antler plaquettes from Upper Paleolithic sites in France and Cantabric Spain"*. BAR Int. Sr. 369.

SMITH, P. (1966): *"Le Sulutréen en France"*. Bordeaux.

SOTO, E. (1984): *"Restos faunísticos de la Cueva del Buxu. Oviedo"*. BIDEA 112. 803-810.

STRAUS, L.G. (1983): *"El Solutrense Vasco-Cantábrico. Una nueva perspectiva"*. Centro de Inv. y Museo de Altamira. Mem. nº 10. Madrid.

STRAUS, L y CLARK, G.A. (1986): *"La Riera Cave. Stone Age hunter-gatherer adaptations in nothern Spain"*. Athropological Research Papers, 36. Arizona S. Univ.

UTRILLA, P. (1985-85): *"Reflexiones sobre el origen del Magdaleniense"*. Zephyrus, 37-38. 87/97. Salamanca.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN LA CUEVA DE LA GÜELGA CAMPAÑAS DE 1989-1990

Mario Menéndez Fernández, Alberto Martínez Villa

La Cueva de La Güelga se abre en la base de una gran pared caliza, situada en el fondo Norte de un pequeño valle recorrido por el arroyo de La Brava, que se sume por la boca de la cueva, dividiendo el yacimiento en dos zonas. Está situada a unos 180 mts. sobre el nivel del mar y unos 100 por encima del río Güeña. Se llega a la misma desde el pueblo de Narciandi (Cangas de Onís), en la ladera Sur del valle del Güeña, frente a la Cueva del Buxu.

El extraplomo de la pared rocosa crea un pequeño abrigo en su base que fue aprovechado como lugar de habitación por el hombre paleolítico, en ambas márgenes del arroyo (fig. 1). El hecho de que un cauce de agua atraviese el yacimiento le confiere unas especiales características desde el punto de vista geológico y estratigráfico, que han de estar presentes en toda valoración del mismo. Los sedimentos de la margen oriental y en especial los grandes bloques desprendidos del farallón calizo que cierra el valle, colmatan otra entrada de la cueva que sólo es accesible desde el interior. Allí se observa la cola del yacimiento, que forma un gran cono de deyección interior. Las características estratigráficas e industriales del yacimiento interno y del externo son notablemente diferentes. Denominamos

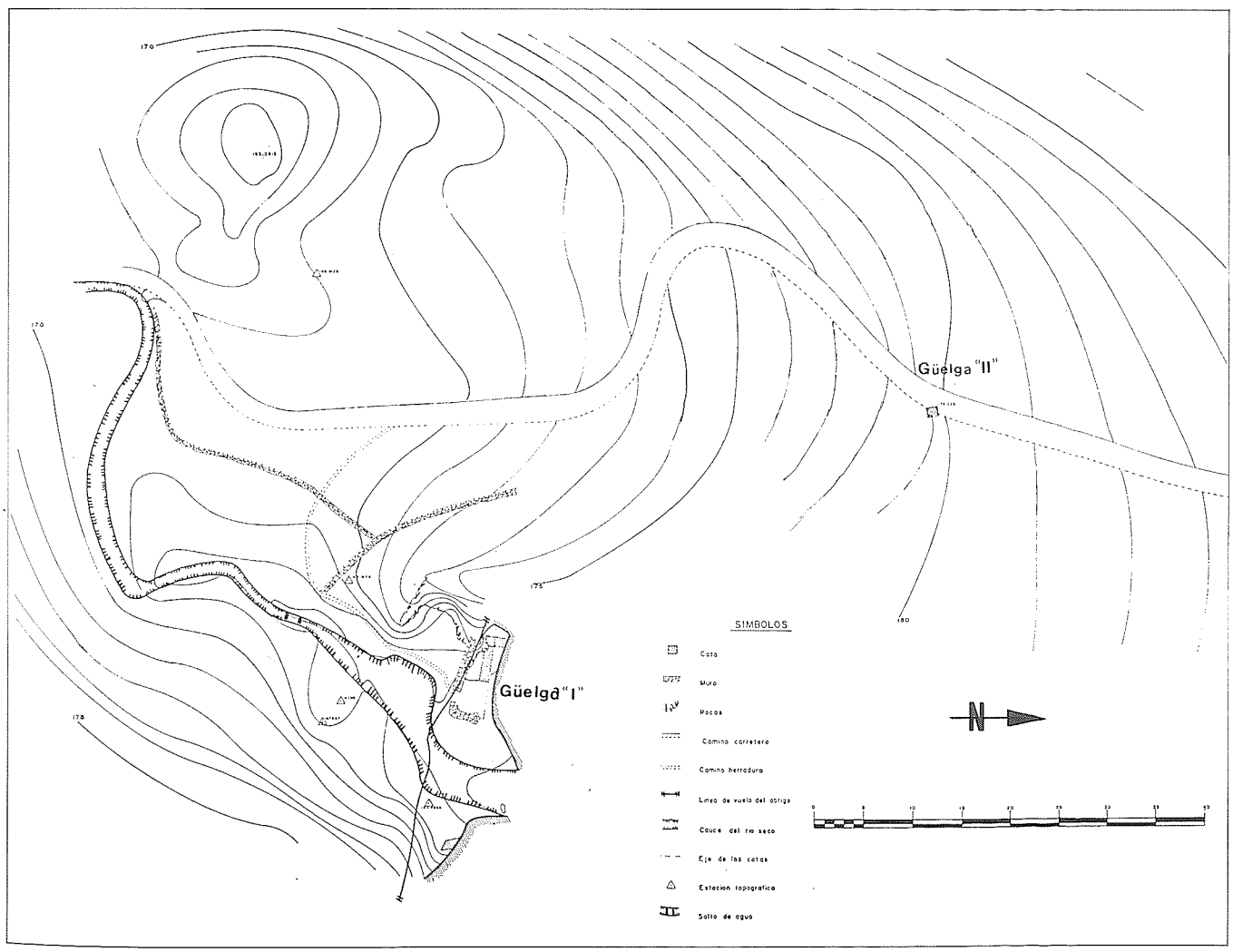


Fig. 1.—Mapa del fondo del valle. El arroyo divide el yacimiento del abrigo en dos zonas. La estratigrafía descrita (Güelga Ia) corresponde al sector occidental

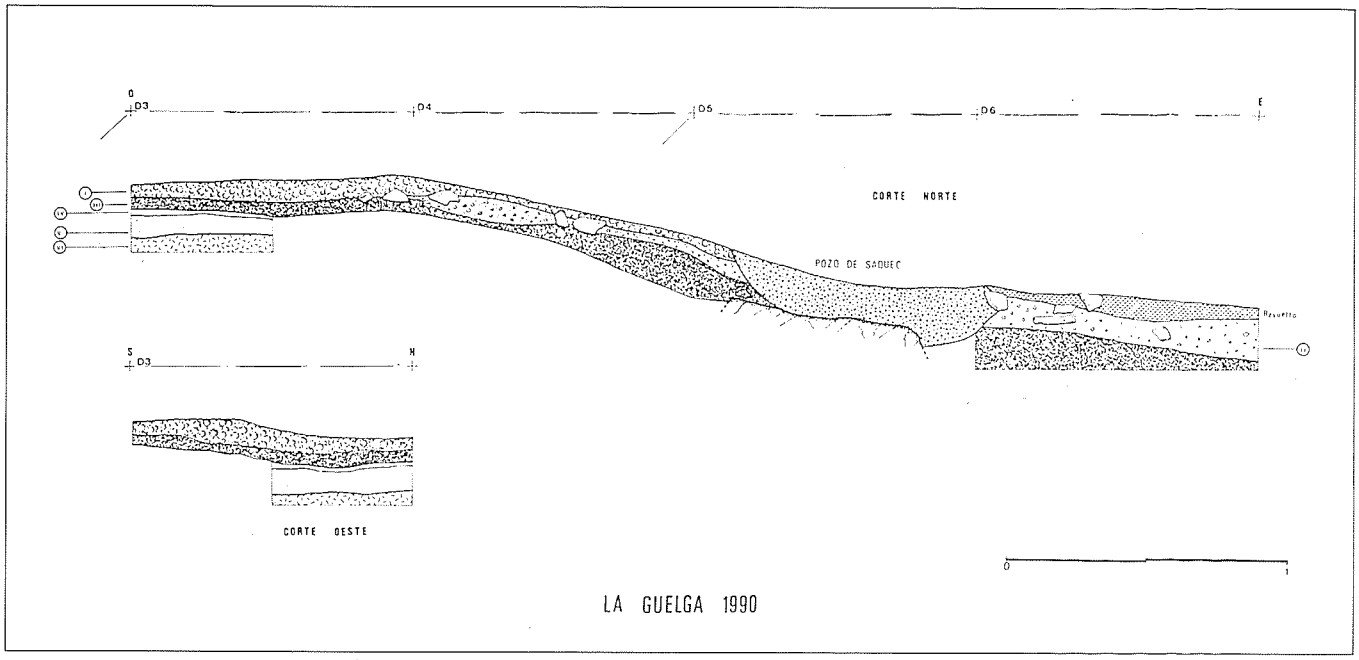


Fig. 2.—Estratigrafía de la zona occidental del abrigo (Güelga I a)

a ambas zonas "Guelga I", siendo "I.a" el abrigo exterior y "I.α" la zona interior.

Durante la campaña de 1989, en una prospección de los alrededores del yacimiento se localizaron varias lascas de cuarcita en superficie, en la ladera Norte del valle, a unos 50 mts. en línea recta al Oeste del abrigo, próximas a la vertiente de aguas del pequeño valle ciego. Abrimos una cata de 1x1 m. y ofreció otras tres grandes lascas de similares características, aparentemente en posición primaria. Denominamos a esta zona "Güelga II" (fig. 1). Las piezas recogidas hasta la fecha en esta zona alejada del abrigo presentan una clara similitud con el yacimiento interior, que hemos denominado "Güelga I.α".

TRABAJOS REALIZADOS

La Cueva de La Güelga era conocida de antiguo y frecuentemente visitada por grupos espeleológicos. Su primera valoración arqueológica se produjo con motivo de la carta arqueológica del Concejo de Cangas de Onís, realizada por uno de nosotros (Martínez Villa, 1986).

En 1989 se abrieron pequeños sondeos arqueológicos en la zona del abrigo (Güelga I.a), en la ladera Norte del valle (Güelga II) y en el interior de la cueva (Güelga I.α). La campaña de 1990 se centró en la excavación de la zona occidental del abrigo y la elaboración de una detallada topografía del yacimiento y su entorno. Por tanto, los datos que continuan se refieren a esta zona (Güelga I.a). La superficie excavada hasta el momento es de 7 m. de la que deben descontarse afloramientos de la roca y una zona revuelta.

1. ESTRATIGRAFIA

Existen restos del yacimiento, brechificados, adheridos a la pared Oeste y Norte del Abrigo, hasta una altura aproximada de 0,50 a 0,70 mts. En los mismos pueden verse algunos restos de talla y huesos.

Nivel 1: Aparece bajo una fina capa superficial de revuelto. De escasa potencia (5-7 cms.) y tonalidad pardo oscura. Desaparece en el cuadro D.5. (fig. 2).

Nivel 2: De tonalidad rojiza y entre 3 y 15 cms. de potencia. Contiene gran cantidad de cantos angulosos de caliza (de 1 a 10 cms.). Escasos restos arqueológicos. Se extiende desde el cuadro D.4 y buza en sentido O-E. En esta cuadrícula adquiere una matriz de coloración más oscura.

Nivel 3: Capa de tonalidad negro intenso, con alto contenido en materia orgánica. Tiene una potencia que oscila

entre 5 y 15 cms. y buza en sentido O-E. Muy rico en restos arqueológicos y macrofaunísticos, especialmente en su base.

Nivel 4: Costra. Más compacta y potente hacia el Norte y Oeste. Sobre ella se asienta directamente el nivel 3.

Nivel 5: Se excavó sólo en el cuadro D.3. Es una capa de arenas de tonalidad amarillenta. Estériles.

Nivel 6: Capa de arenas rojizas y gravas. Estéril.

La impresión general del conjunto, salvo zonas concretas ya aisladas, es que la estratigrafía no está revuelta. Cada nivel presenta caracteres homogeneos, tanto en su matriz sedimentaria como en los contenidos geológicos de la misma. Igualmente, el alto contenido orgánico del nivel 3 hace dudoso que pudiera haber sido arrastrado por las aguas. No obstante, debe tenerse en cuenta la presencia de dos factores que tradicionalmente han sido fuente de alteración estratigráfica en yacimientos arqueológicos. El primero es el uso que se ha dado al abrigo como establo de ganado, cerrándolo al Sur mediante un muro de piedra (fig. 1). El segundo viene determinado por la proximidad de un cauce de agua, que en este caso divide el yacimiento en dos zonas. Son sobradamente conocidas las alteraciones estratigráficas que similares condiciones han producido en yacimientos paleolíticos de la región, con la consiguiente confusión cultural. La única solución al problema, además de un método de trabajo adecuado, reside en un minucioso estudio geológico. Este está siendo llevado a cabo por M. Hoyos, pero será necesario ampliar la superficie excavada en próximas campañas.

2. INDUSTRIA LITICA Y OSEA

Muy escasa en el Nivel 1. Destaca una punta de base cóncava en cuarcita, con retoque plano bifacial, junto con un porcentaje muy alto de laminillas de dorso. El nivel 2 ofreció, igualmente, pocas piezas en general, ninguna de ellas característica. El Nivel 3, por el contrario proporcionó un alto número de tipos líticos (86), mayoritariamente en sílex. Predominan los buriles —diedros— sobre los raspadores —principalmente altos— y hay un elevado porcentaje de laminillas de dorso (44%). Como piezas típicas deben destacarse una punta de base cóncava, en cuarcita, y una punta de Chatelperron en sílex.

En el capítulo de industria osea, el "nivel 1" ofreció algunos fragmentos de azagaya de sección circular y semicircular en asta, y algún hueso alterado por el uso. Todo ello muy fragmentado, como corresponde al pisoteo producido por el uso del abrigo como establo. Esta situación se repite en el "nivel 2", donde solamente se inventarían cuatro fragmentos. Por el contrario, el "nivel 3" proporcionó un alto número de tipos óseos, fragmentos de asta y numerosos huesos pulidos, recortados o simplemente utilizados, susceptibles de ser encuadrados en el capítulo de "hueso poco trabajado". Además de algunas piezas de Arte Mueble que tratamos en capítulo aparte.

En el nivel 3 se documentan numerosos fragmentos de azagayas de sección circular, uno de ellos con un bisel en la base. Igualmente se han recogido pequeños fragmentos en asta de sección semicircular, probablemente varillas de estas características. Como significativos deben destacarse diversos fragmentos mesiales o distales de sección triangular o cuadrangular con profundas acanaladuras. Asímismo el "nivel 3" proporcionó una pieza, muy fragmentada, que una vez reconstruida ofreció un perfil pisciforme y sección subcuadrangular, con acanaladuras en sentido longitudinal y profundas incisiones transversales, perpendiculares a la primera.

3. ARTE MUEBLE

En el apartado del arte mobiliar damos a conocer dos excelentes piezas. Una tibia con tres ciervas grabadas y un colgante realizado sobre un hueso hioides. Si bien alguna de las piezas descritas en el apartado de la industria osea sería susceptible de ser incluida igualmente como pieza de arte mobiliar. Nos limitaremos a describir las piezas y su contexto estratigráfico, dejando para una posterior publicación un estudio más pormenorizado de las mismas, que excedería la finalidad de este informe preliminar. Ambas han sido halladas en el "nivel 3".

La primera de las piezas citadas corresponde al fragmento distal de una tibia de ciervo adulto, de 11 cms. de longitud (fig. 3). Presenta tres ciervas grabadas. Dos de ellas aparecen superpuestas, de manera que la línea del cuello de una de las cierva corta y dibuja, respectivamente, las orejas de la otra (fig. 3, b.c.). En ambas figuras se ha representado exclusivamente la cabeza y arranque del cuello. La tercera cierva aparece grabada en la cara opuesta del hueso, adapatando su forma al mismo, de manera que puede apreciarse en un sólo golpe de vista toda la figura, compuesta por la cabeza y un largo cuello. La observación de las primeras ciervas descritas, por el contrario, obliga a girar el hueso para ser apreciadas en su totalidad.

Las ciervas superpuestas (b.c.) presentan algunos detalles de técnica, estilo y forma que las diferencian de la grabada en la parte opuesta del hueso. Un trazo nítido, según zonas superficial o profundo, delimita el contorno. El interior recibe un sombreado con trazos cortos, muy fi-

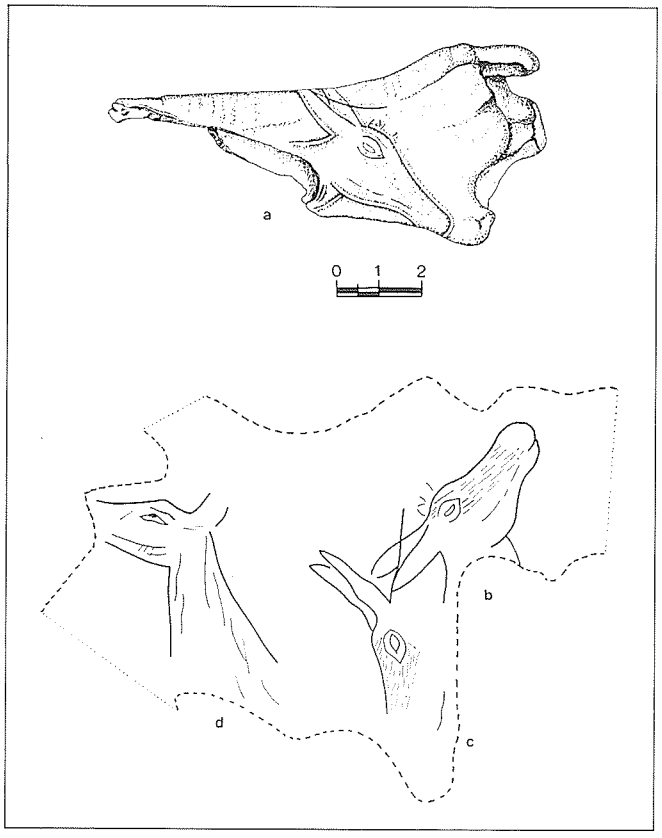


Fig. 3.—Fragmento distal de tibia de ciervo con cabezas de ciervas grabadas. Nivel 3.

nos, casi imperceptibles a simple vista, que ocupan la parte superior de la cabeza. Los ojos se representan mediante óvalos concéntricos. La boca falta en una de las ciervas por rotura antigua del hueso y las orejas fueron dibujadas en correcta perspectiva. Por el contrario, la cierva aislada posterior se grabó con trazo más profundo y rígido, en dibujo lano, sin la soltura de mano de las primeras. De esta forma, quedan sin representar el morro y la oreja, que no hubieran sido apreciados en ese primer golpe de vista que sólo percibe la superficie plana del hueso. El ojo, en esta figura, se dibuja con una profunda excisión en forma de "V" invertida, ahondada circularmente en el ángulo superior.

Este fragmento de tibia presenta numerosos golpes y roturas antiguas. Las aristas de rotura son vivas, salvo la que aparece bajo el cuello de las ciervas superpuestas, donde el hueso fue cuidadosamente recortado de forma semicircular.

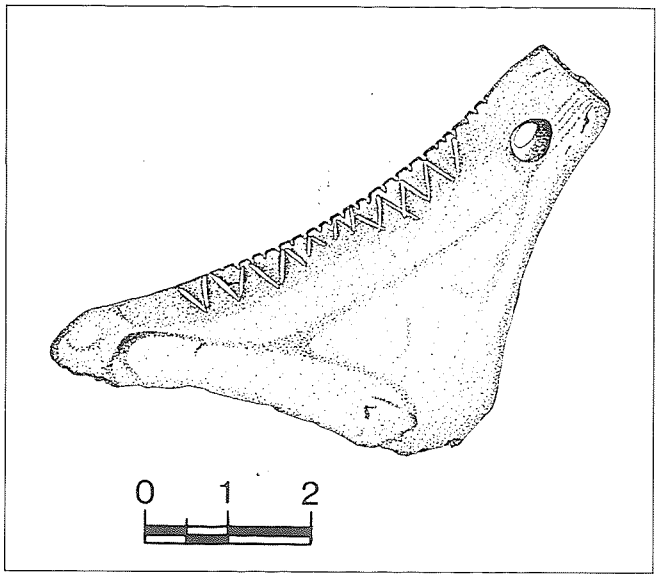


Fig. 4.—Colgante decorado con muescas en un borde e incisiones en zig-zag. Está realizado sobre un hueso hioides. Nivel 3.

La segunda pieza hallada en el "nivel 3" consiste en un colgante de forma subtriangular, con una perforación bipolar en uno de los extremos (fig. 4). Está realizado sobre un hueso hioides y presenta en el borde del lado más largo 23 incisiones. Bajo estas aparecen 20 trazos grabados dispuestos en zig-zag. Es posible establecer un ritmo entre las incisiones y las líneas grabadas, del tipo de los descritos por Corchón para el Solutrense y Magdaleniense cantábricos (Corchón, 1986).

4. VALORACION DEL NIVEL 3

Antes de entrar en valoraciones de tipo cultural y cronológico de los elementos descritos hasta aquí, hemos de decir que una muestra de hueso tomada en la base del nivel 3 ofreció una cronología de 14.020 ± 130 B.P. (GrN-18255). Están pendientes de resultados otras muestras de materiales del sector en que apareció la tíbia decorada. No obstante, las condiciones geológicas del yacimiento pueden favorecer un rejuvenecimiento de las fechas de C-14, por lo que ha de asignarse cierta provisionalidad a esta datación absoluta.

La presencia de arte mueble, sobre todo la tibia decorada con cabezas de ciervas, confiere especial importancia a la exacta determinación cultural y cronológica del "nivel 3", lo que no es fácil por el momento.

La simple enumeración de los elementos más característicos revela algunas contradicciones. Si hacemos abstracción de la punta de base cóncava, el conjunto industrial encaja, en líneas generales, en un Magdaleniense III o Magdaleniense Inferior Cantábrico. Las azagayas de sección cuadrangular con acanaladuras y las varillas plano convexas, entre la industria osea, y los raspadores altos y buriles diedros, en la industria lítica, son elementos presentes y característicos (Echegaray, 1960). A esto podemos añadir el alto porcentaje de hojitas en los yacimientos asturianos (Jordá, 1963). Si aceptamos la fecha de C-14, veremos que encaja sin problema en el abanico de fechas del Magdaleniense Inferior de Altamira o El Juyo —el nivel 4 del Juyo, donde apareció una cierva recortada y grabada ésta, fechado en el 13.920 $\pm$ 240 B.P.—. Sin embargo, no está tan clara la asignación a alguna de las facies que en los últimos años se han definido (Utrilla, 1981). Los elementos más característicos acercan este nivel a la "Facies Juyo", pero le alejan la abundancia de buriles o el alto índice perigordiense.



Fig. 5.—Cabeza de cierva (b) grabada, interrumpida por el hueso recortado semicircularmente

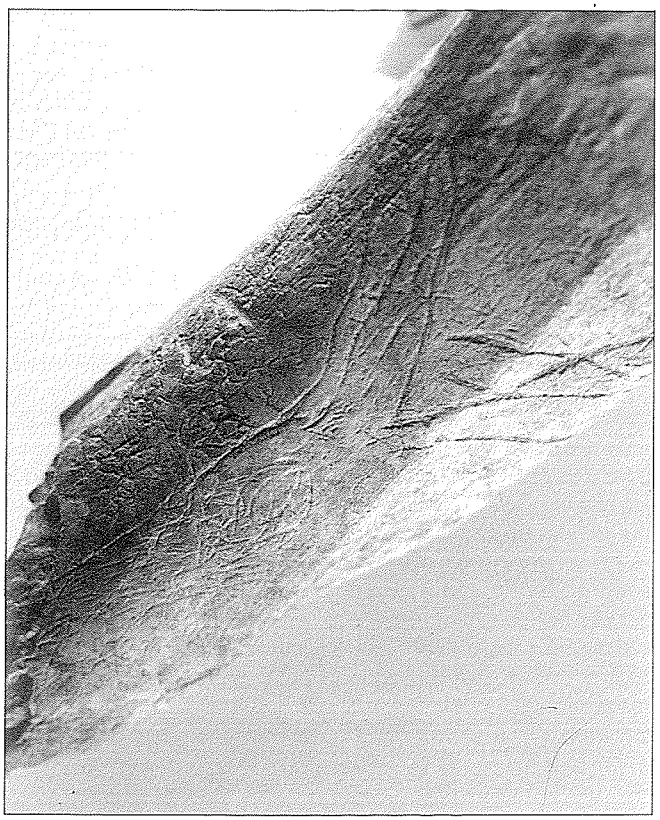


Fig. 6.—Cabeza de cierva grabada (c)

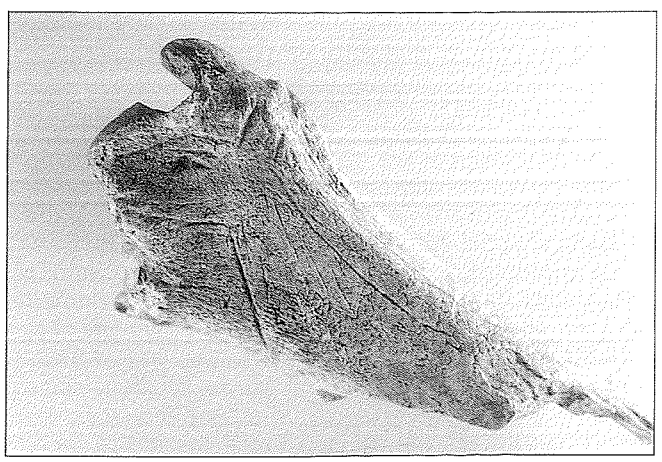


Fig. 7.—Cabeza y largo cuello de cierva grabada (d)

Es bien conocida la ya antigua polémica sobre la exacta atribución cultural de las ciervas grabadas sobre omóplatos de Altamira, que Alcalde del Río atribuyó al tramo superior Solutrense. El mejor conocimiento del Magdaleniense Inferior de Castillo —donde los omoplatos grabados aparecen asociados a azagayas de sección cuadrangular con acanaladuras (Cabrera, 1984), asociación que se repite en el tramo superior "solutrense" de Altamira— los hallazgos del Juyo (Freeman y Echegaray, 1982) y del Cierro (Gómez y Bécares, 1977) han creado la sensación generalizada de que este tipo de grabados es característico del Magdaleniense III. Incluso recientemente se ponía de manifiesto que esta discusión sobre la atribución Solutrense final—Magdaleniense inicial carece de sentido en sí misma (Utrilla, 1987). En cualquier caso, aunque trataremos esto con más amplitud en otro trabajo, debe apuntarse que tanto desde el punto de vista técnico como desde el estilístico, las ciervas de la Güelga presentan notables diferencias con las de Altamira, Castillo, Juyo y Cierro.

La existencia de evidencias solutrenses en superficie y, sobre todo, de una punta de base cóncava en el "nivel 3" deberá ser convenientemente explicada. Tan exigua representación puede deberse a "perduraciones o recogidas al azar", como propone Utrilla para explicar su atribución magdaleniense del "nivel 3" de Caldas (Utrilla, 1984-85). En nuestro caso, la poca profundidad a que aparece (superficie del nivel 3) pudiera justificar una intrusión posterior (recordamos que en el n. 1, revuelto, apareció una punta de base cóncava).

En resumen, el conjunto parece que podría asignarse provisionalmente al Magdaleniense Inferior Cantábrico, sin más matizaciones. La continuación prevista de los trabajos y el estudio geológico del yacimiento podrán explicar algunos aspectos oscuros y determinar hasta que punto la estratigrafía descrita se encuentra en posición primaria.

5. LA ZONA INTERIOR DE LA CUEVA: GUELGA I α

Ya se ha descrito la posición de estos niveles, solamente accesibles penetrando al interior de la cueva y retrocediendo hacia el yacimiento de la entrada por otra galería, para llegar al cono de deyección interior de una ocupación que colmata la salida. Esta debe buscarse en el sector oriental del gran abrigo exterior.

Sobre un nivel de arenas y gravas aparecen, al menos, dos grandes unidades estratigráficas subdivisibles en varios tramos. La inferior, de color negro muy intenso, con gran contenido de materia orgánica y restos de fauna. Sobre ella, un nivel brechificado que llega hasta el techo de la cueva, alcanzando en algún punto una potencia superior a los 50 cms. Una muestra de hueso (C. 14) tomada en el nivel negro inferior ofreció un resultado de 32.000 $\pm$ 1600/1350 B.P. (GrN-18256).

La limpieza realizada en los pozos abiertos por los furtivos ha proporcionado un conjunto, similar en ambas unidades, exclusivamente en cuarcita, de grandes y gruesas lascas. Entre ellas, mayoritariamente sin retoque, aparece alguna raedera. Provisionalmente puede pensarse en una asignación de estos niveles al Auriñaciense. La fecha absoluta obtenida lo sitúa en un momento temprano, si bien recientemente se han dado a conocer algunas fechas bastante más antiguas para el auriñaciense cantábrico y mediterráneo (Cabrera y Bischoff, 1989).

El conjunto lítico localizado en la prospección y cata exterior (Güelga II) tiene las mismas características técnicas que el descrito (Güelga I. α). Pretendemos en futuras campañas determinar el emplazamiento de este yacimiento exterior y su relación con la ocupación interior.

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO BASCH, M. (1976): *"Los omoplatos decorados de la Cueva del Castillo. Puente Viesgo, Santander"*. M.A.N. monog. n.º 2. Madrid.

BARANDIARAN, I. el alii, (1985): *"Excavaciones en la cueva del Juyo"*. Mem. Altamira n.º 14. Madrid.

CABRERA VALDES, V. (1984): *"El yacimiento de la cueva de "El Castillo"*. B.P.H. XXII.

CABRERA VALDES, V. y BISCHOFF, J.L. (1989): *"Acelerator 14C dates for Early Upper Paleolithic (Basal Aurignacian) at El Castillo Cave (Spain)"*. Journal of Archaeological Science. (1989), 16, 577-584.

CORCHON RODRIGUEZ, S. (1986): *"El Arte Mueble Paleolítico Cantábrico: contexto y análisis interno"*. Altamira, mem. n.º 16. Madrid.

GOMEZ FUENTES, A. y BECARES, J. (1979): *"Un hueso grabado de la cueva del Cierro (Ribadesella. Asturias)"*. Zaragoza, XV C.N.A., 83-94.

GONZALEZ ECHEGARAY, J. (1960): *"El Magdaleniense III de la costa cantábrica"*. B.S.E.A.A. 2-33.

GONZALEZ ECHEGARAY, J. y BARANDIARAN, I. (1981): *"El Paleolítico Superior de la cueva del Rascaño"*. Altamira, mem. n.º 3. Madrid.

FREEMAN, L.G. y GONZALEZ-ECHEGARAY, J. (1982): *"Magdalenian Mobile Art from El Juyo. Cantabria"*. Ars. Praehistorica. I, 161-167.

JORDA CERDA, F. (1963): *"El Paleolítico Superior Cantábrico y sus industrias"*. Saitabi XIII, 11-14.

MARTINEZ VILLA, A. (1986): *"Carta Arqueológica de los concejos de Cangas de Onís y Onís"*. Memoria de Licenciatura. Universidad de Oviedo. Inédita.

UTRILLA, P. (1981): *"El Magdaleniense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica"*. Mon. Altamira n.º 4. Madrid.

UTRILLA, P. (1984-85): *"Reflexiones sobre el origen del Magdaleniense"*. Zephyrus, XXXVII-XXXVIII. 87-97 Salamanca.

UTRILLA, P. (1987): *"Bases objectives de la chronologie de l'art mobilier sur la cote cantabrique"*. Coll. Int. d'art mobilier paléolithique. Foix-Le Mas d'Azil, Pre-Actes, 81-103.

Oviedo, 1990

LA CUEVA DE TRESCALABRES (POSADA DE LLANES. ASTURIAS) Y SUS PINTURAS RUPESTRES*

José Adolfo Rodríguez Asensio**

INTRODUCCION

La cueva de Trescalabres es conocida para la Ciencia prehistórica desde que en 1921 y 1922 el conde de la Vega del Sella (1923. 22-25) practicara excavaciones arqueológicas que posteriormente no daría a conocer más que de una manera sumaria en su monografía sobre el Asturiense, y únicamente al hacer referencia a esta cultura cita y describe con un cierto detalle, acompañándolo de un dibujo, un ejemplar de bastón perforado, hecho en un candil de ciervo y lo compara con otro similar hallado en la cercana cueva de Fonfría. Será H. Obermaier en su obra clásica "El hombre fósil" (1925. 383-389) quien publique escuetamente la estratigrafía conseguida en aquellas excavaciones y que es la siguiente: a/nivel asturiense y b/nivel Solutrense superior poco abundante con puntas de hoja de laurel y puntas de muesca.

F. Jordá (1953. 46-58) aborda nuevamente el estudio de la colección de materiales procedente de la mencionada excavación considerando que el nivel solutrense queda comprendido entre el tramo cuarto o inferior del Solutrense superior de Cueto de la Mina, basándose en la existencia de una punta de tradición musteriense asociada a hojas de laurel y de muesca. Por ello, cita este autor: "Trescalabres debe ser considerado como formando parte de la etapa inicial del Solutrense superior en Asturias". También al Solutrense superior asigna Straus (1974. 483-504) los materiales del nivel C de Trescalabres. G.A. Clark (1976. 70-71) es quien recoge con un cierto detalle la estratigrafía lograda por Vega del Sella en sus excavaciones, citando los tres niveles: a/ Capa estalagmítica arqueológicamente estéril; b/ Nivel asturiense y c/ Nivel solutrense.

Posteriormente y hasta la actualidad se han recogido estas citas por los estudios que se han venido haciendo pero sin volver a plantear el análisis "in situ" de la propia cueva de Trescalabres. Tan es así, que desde hace años existía la convicción, al menos entre alguna parte de la comunidad científica, que dicha cueva había sido destruida por una cantera existente en las inmediaciones (fig. 1).

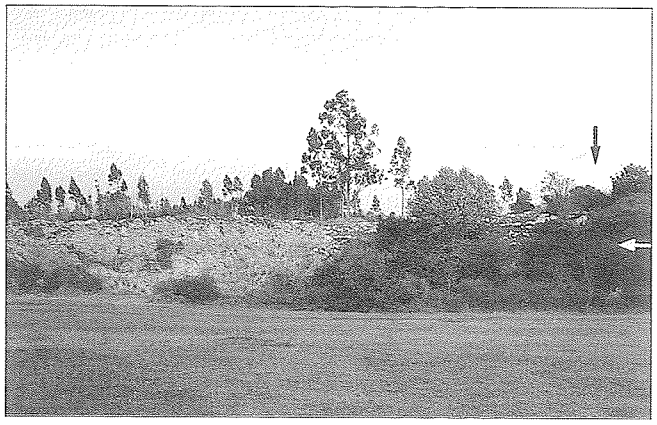


Fig. 1.—Situación de la cueva de Trescalabres, vista desde la pradería de acceso. Se ve la cantera abandonada que posiblemente indujo al error de considerar que la cueva de Trescalabres había sido destruida por una cantera.

Marco de la Rasilla, en su Tesis Doctoral (1988. 316-318) sobre el Solutrense, vuelve nuevamente a analizar los materiales de la cueva de Trescalabres y afirma que pueden incluirse genéricamente dentro del Solutrense superior y lo pone en relación con los vecinos yacimientos de La Riera y Cueto de la Mina.

En ninguno de los trabajos referentes a la cueva de Trescalabres se hace mención alguna sobre pinturas rupestres.

LOCALIZACION Y CARACTERISTICAS DE LA CUEVA

Las coordenadas de situación de la cueva de Trescalabres ya fueron dadas con precisión por G.A. Clark (1976. 70-71): 01°09'50" longitud W. y 43°25'21" latitud N., situándose a unos 50/60 m. sobre el nivel del mar y a 10 m. sobre el curso de agua más cercano (Río Calabres), distando del mar 1,75 km. (fig. 2).

La cueva se abre en la ladera sur del conjunto calizo conocido como "La Llera" (Posada de Llanes) donde se sitúan yacimientos paleolíticos tan conocidos y clásicos como son las cuevas de la Riera, Cueto de la Mina, Fonfría, Bricia, además de otras varias cuevas que por el momento no han sido identificadas con interés arqueológico. La ra-

---

* Las pinturas rupestres de la cueva de Trescalabres fueron descubiertas por D. Ramón Miyares, quién reconoció y exploró dicha cueva, sin saber que se trataba de Trescalabres. Lo puso en nuestro conocimiento a través de la Dra. Morales Saro del Departamento de Arte de la Universidad de Oviedo; y el 23 de abril de 1989 pudimos comprobar la existencia de pinturas rupestres así como restos del yacimiento que aún se conserva en el vestíbulo. A ambos quiero expresar desde estas líneas, mi agradecimiento por el citado descubrimiento, así como por haber puesto en mis manos la posibilidad de estudio de las mencionadas pinturas. En mayo de 1989 presentamos un informe a la Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias con una primera valoración de las pinturas rupestres. Posteriormente hemos tenido acceso a la Memoria de actividades del Grupo Espeleológico Hades, en la que se citan dichas pinturas rupestres, localizadas en el año 1987, aunque dicho descubrimiento permaneció en el anonimato, si exceptuamos su inclusión en la citada Memoria.

** Facultad de Geografía e Historia Depto. de Historia y Artes. Area de Prehistoria. Universidad de Oviedo.

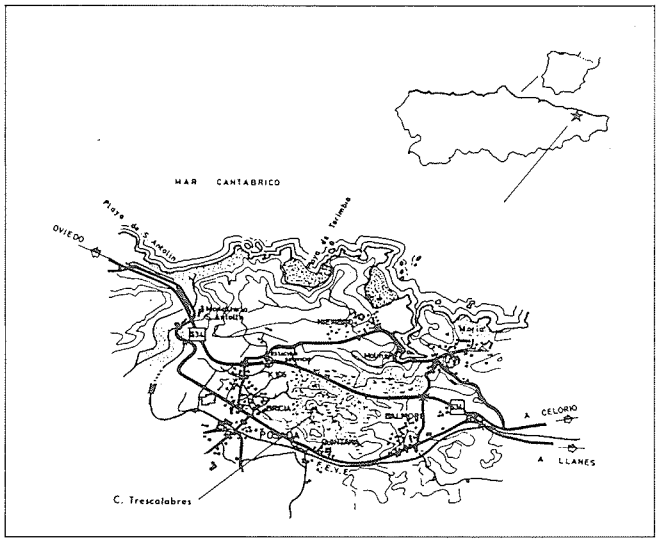


Fig. 2.—Localización de la cueva de Trescalabres en el mapa 1/50.000

zón de la existencia de esta abundancia de cuevas reside en la alta carstificación existente en el mencionado macizo de calizas de la Llera, producida por el río Calabres[1].

M.G. Morales (1982. 169-174) dió a conocer una nueva cueva en esta zona, la cueva del Tebellín, con interés prehistórico y en ella describe una serie de pinturas rupestres realizadas en tonos rojos y cuya temática se basa únicamente en los signos, con exclusión de cualquier elemento figurativo ajeno a estos.

El acceso a la cueva de Trescalabres se puede hacer desde la carretera que de Posada se dirige a Llanes, a la altura del caserío denominado "Quintana", cruzando una pradería que a menudo se encuentra inundada por el desbordamiento del río, al igual que ocurre con la pradería que se encuentra bajo la cueva de Cueto de la Mina.[2]

Trescalabres se sitúa a unos 50 m. al Este de una cantera de calizas cuya explotación ha sido abandonada, visible desde la carretera y que posiblemente haya sido la causante de la confusión sobre la hipotética destrucción de la cueva. Además, en este sentido pudo influir el hecho que sus actuales dueños desconozcan el topónimo "Trescalabres", así como todos los vecinos de la zona a quienes tuvimos ocasión de consultar. La cueva, hoy, no es conocida bajo ningún topónimo concreto y esto nos hace pensar que o bien se perdió el de Trescalabres o fue el propio conde de la Vega del Sella quien bautizó esta cueva con el histórico nombre.

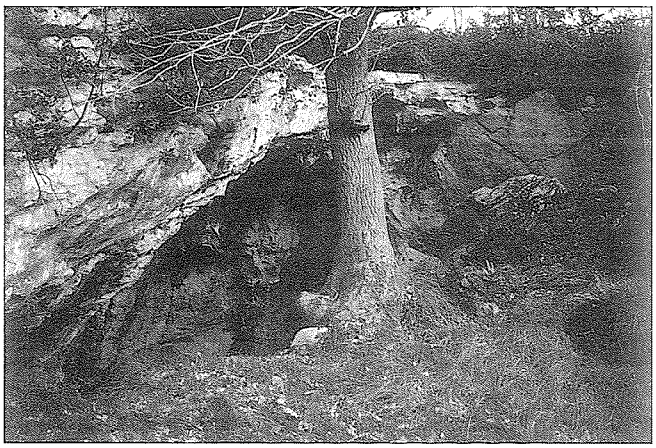


Fig. 3.—Vista del vestíbulo de la cueva de Trescalabres desde el exterior

En el vestíbulo de la entrada, de proporciones medias y orientado al mediodía se conservan retazos del yacimiento asturiense, pudiendo verse los restos de "conchero" hasta una altura de 2,5 m. El suelo de dicho vestíbulo ha sido removido en fechas relativamente recientes y "acondicionado" para utilización múltiple por parte de sus propietarios, allanándolo y amontonando en uno de sus laterales parte del material, de tal forma que los restos posibles del yacimiento que pudieran haberse conservado desde la época de Vega del Sella, seguramente se han reducido considerablemente, y aunque es posible que existan, todo nos induce a pensar que muy escasa sería la rentabilidad arqueológica de unas hipotéticas excavaciones; por lo que no contemplamos esta posibilidad entre los estudios a realizar hoy en la cueva de Trescalabres (fig. 3).

Tras el vestíbulo y una vez atravesado el único paso "angosto" existente, se abre una galería que va girando y realizando una curva hasta llegar a una pequeña sala de mayores proporciones y más alta. Una de las paredes laterales de esta sala lo constituye una colada estalagmítica que gracias a sus formaciones produce varias "hornacinas" o pequeños divertículos, cuya característica común es la de quedar aislados del resto de la cueva además de resultar un tanto difícil su exploración. Uno de estos divertículos continúa hacia el interior por lo que no resulta demasiado aventurado pensar que podría abrirse una nueva galería cuyo paso de entrada es hoy muy estrecho y por tanto, su exploración muy dificultosa. Estas hornacinas o divertículos quedaban en cierta medida aislados al haberse desarrollado grandes estalactitas que los separaban de la sala interior. Actualmente algunas de estas formaciones calcáreas han sido rotas y es ésta la principal causa que ha

posibilitado la detallada prospección del interior de estas zonas y que permitió que se descubrieran las pinturas rupestres existentes en esta cueva.

La cueva es de muy fácil acceso y su exploración no entraña dificultad alguna, ya que la galería en los puntos donde se estrecha mas, continúa siendo totalmente transitable (fig. 4).

La cueva permanecía abierta sin ningún tipo de protección y su estado de conservación no era malo, aunque en algunas zonas y en especial, en el centro de la sala interior se han practicado por los "furtivos" algunos agujeros que dejan visibles abundantes restos óseos. También se han roto algunas estalactitas y estalagmitas, así como una "costra calcárea" que recubre el suelo de la sala interior. Además, en algunos lugares de la pared se aprecian restos ahumados de antiguas "fogatas" hechas en el interior[3].

DESCRIPCION SUMARIA DE LAS PINTURAS

Hemos distinguido dos grupos dentro de las representaciones pictóricas habidas en el interior de esta cueva, las cuales están totalmente separadas y aisladas entre sí.

El grupo 1 es el más visible "normalmente" y se sitúa en la primera hornacina de las descritas, que ha quedado expedita debido a la rotura de unas estalactitas que la aislaban de la sala interior. Bajo ella se abre la posible nueva

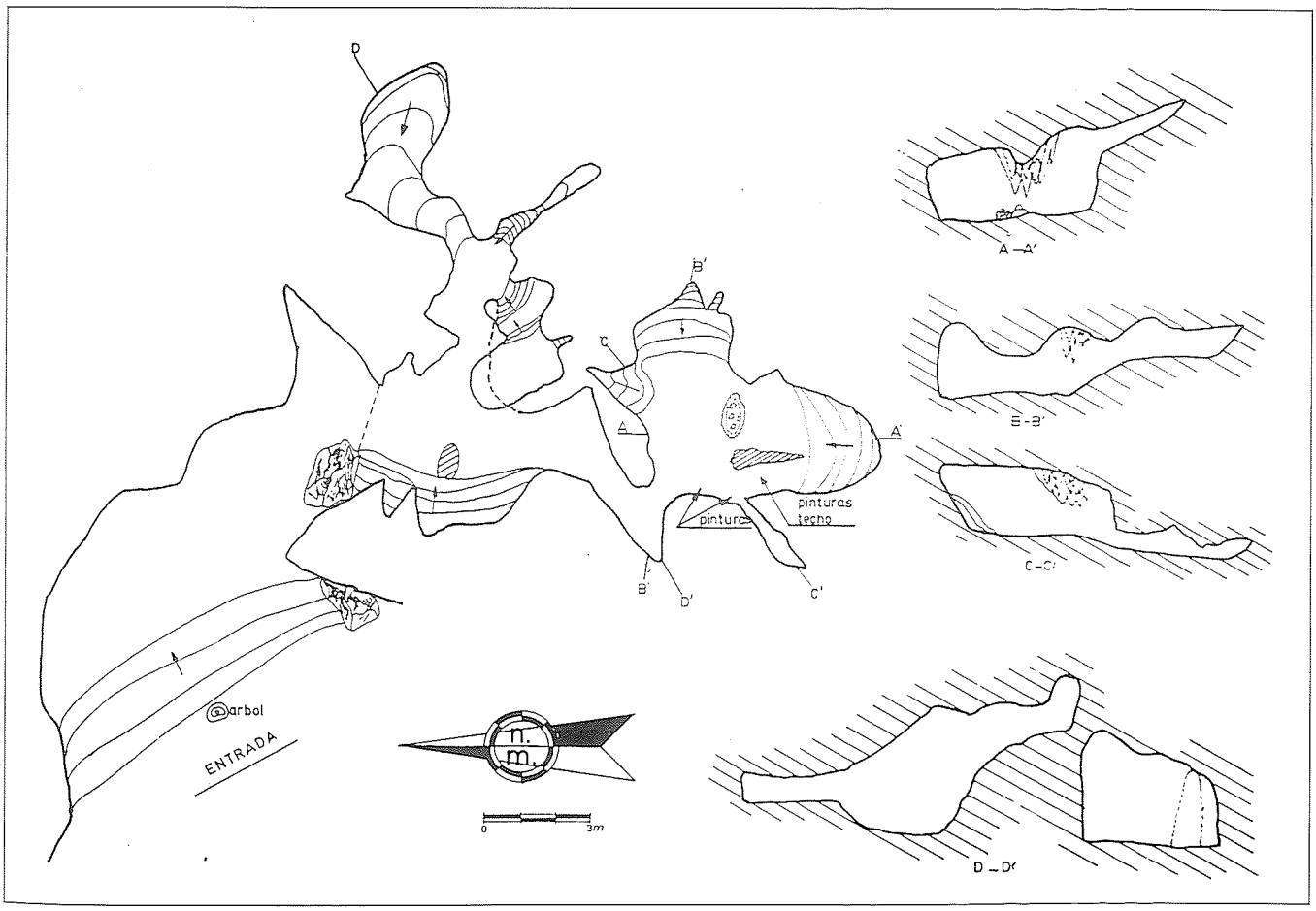


Fig. 4.—Levantamiento planimétrico de la cueva de Trescalabres en las galerías que actualmente son visibles y permiten su exploración. Situación de las pinturas

galería que hoy se encuentra inexplorada debido a la dificultad de penetración.

En este lugar se encuentra la primera figura que en cierto modo se ha adaptado a la forma de la roca. Se trata de una cabeza de bóvido de gran tamaño realizada en trazo ocre. Se diferencia nítidamente la cornamenta del animal que presenta en algún detalle doble trazo, y está realizada en una perspectiva diferente al resto de la figura, dándose la doble perspectiva. Las astas son representadas vistas cuasifrontalmente y los trazos son más gruesos y a veces dobles en la unión con la cabeza, para ir disminuyendo de grosor a medida que se alejan de la testuz. Esta cornamenta está representada en forma de lira, aunque no cerrada sino más bien cercana al tipo de "gancho".

El resto de la cabeza se ve con absoluta claridad y ha sido dibujada su silueta marcando intencionadamente, alguna de sus partes con mayor intensidad. No hay coloración alguna en la zona que se sugiere como boca del animal, quizá para dar la sensación de encontrarse en actitud mugiente. La parte inferior se adapta a una rotura de la roca y aquí, la pintura, en pequeños trazos parece sugerir una pelambrera.

Esta enorme cabeza de bóvido mira hacia la derecha que coincide con la entrada de la cueva. Sus dimensiones, adaptadas a la forma de la roca son las siguientes: Desde la cornamenta hasta el hocico: 72 cms. Espacio entre las dos astas: 21 cms. Desde la frente hasta la barba: 43 cms. (fig. 5).

En esta misma hornacina hay además, algún otro trazo también pintado en ocre, que no forma parte de la figura descrita.



Fig. 5.—Representación de la cabeza de bóvido

El grupo 2 lo constituyen las representaciones pictóricas existentes en otra nueva cavidad muy próxima a la anterior y que se encuentra situada en dirección contraria a la entrada de la cueva por lo que su visión es completamente imposible de forma normal. El acceso a esta cavidad debe realizarse por debajo de la roca en la que se han realizado las pinturas, de tal manera que en la parte superior queda constituida una pequeña hornacina cuya superficie es la que ha sido decorada con las pinturas rupestres.

En esta zona se ha podido leer un animal completo, una vulva y algunos trazos aislados y de difícil interpretación. Todos han sido pintados en ocre.

La figura del animal no resulta fácil de interpretar en una primera aproximación, aunque posteriormente y gracias a la reconstrucción fotográfica, se aprecia claramente el cuerpo completo. Se trata de un bóvido orientado de derecha a izquierda, en el que se ven perfectamente dibujados el cuerpo, las cuatro patas, la cola y la cabeza que ha sido representada de forma cuadrada y mirando hacia abajo, quizá con el ánimo de sugerir una actitud de estar pastando el animal. Toda la figura ha sido dibujada marcando su contorno con una línea de color rojo que en algunas partes del animal se ha perdido o nunca estuvo representada, tal como se puede ver en la parte traserea de la línea del dorso o en algunas zonas de la cabeza. Las dos patas delanteras han sido rellenadas de color rojo. En el cuello del animal se aprecia una línea que parte de la cabeza hacia el cuerpo, quizá para sugerir una pelambrera. Las pezuñas y otros detalles anatómicos no han sido representados, aunque una puntuación en la cabeza parece querer indicar el ojo. La cabeza es la parte que en peor estado de conservación se encuentra y además está recubierta por una fina película calcárea, lo que hace que resulte muy dificultosa su lectura, debido además al escaso campo de visión existente en el interior de la cavidad donde se encuentra. Sus dimensiones adaptadas a la forma de la roca son de 69 cms. desde el hocico hasta la cola y 31 cms. de dorso a vientre (fig. 6).

Bajo las patas traseras de este animal se encuentra la representación de una "vulva" que ha sido hecha aprovechando una forma natural de la roca que presenta una zona rehundida. Se han indicado las formas labiales y la hendidura lineal vulvar. Esta representación muestra un gran naturalismo y los dos ejes dimensionales son de 22 y 14 cms. respectivamente (fig. 7).

Por último, en este segundo grupo hemos podido leer algún trazo aislado, también pintado en ocre, que no pertenece a las pinturas anteriores y que no parecen sugerir ningún tipo de representación más compleja.

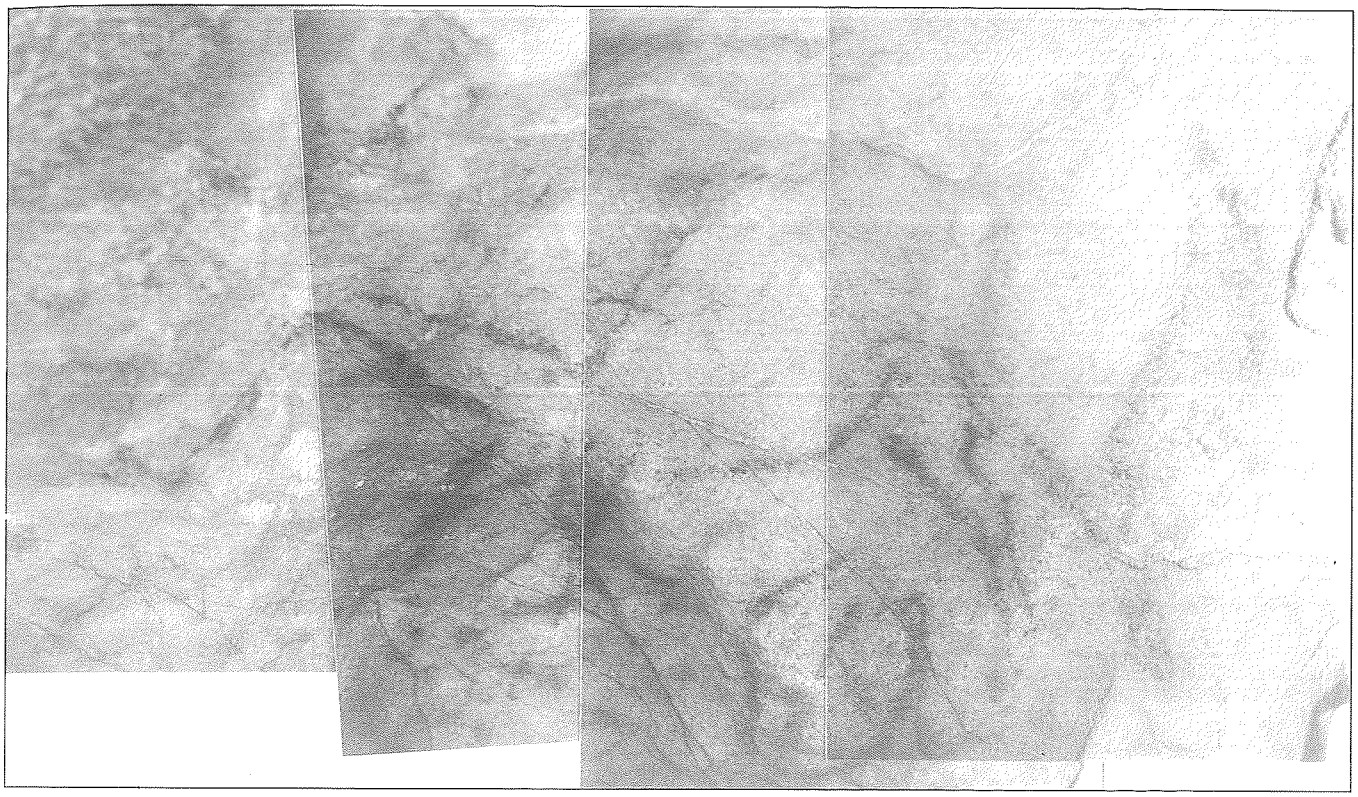


Fig. 6a.—Representación del animal, bóvido, del grupo 2 de las pinturas y del signo vulvar

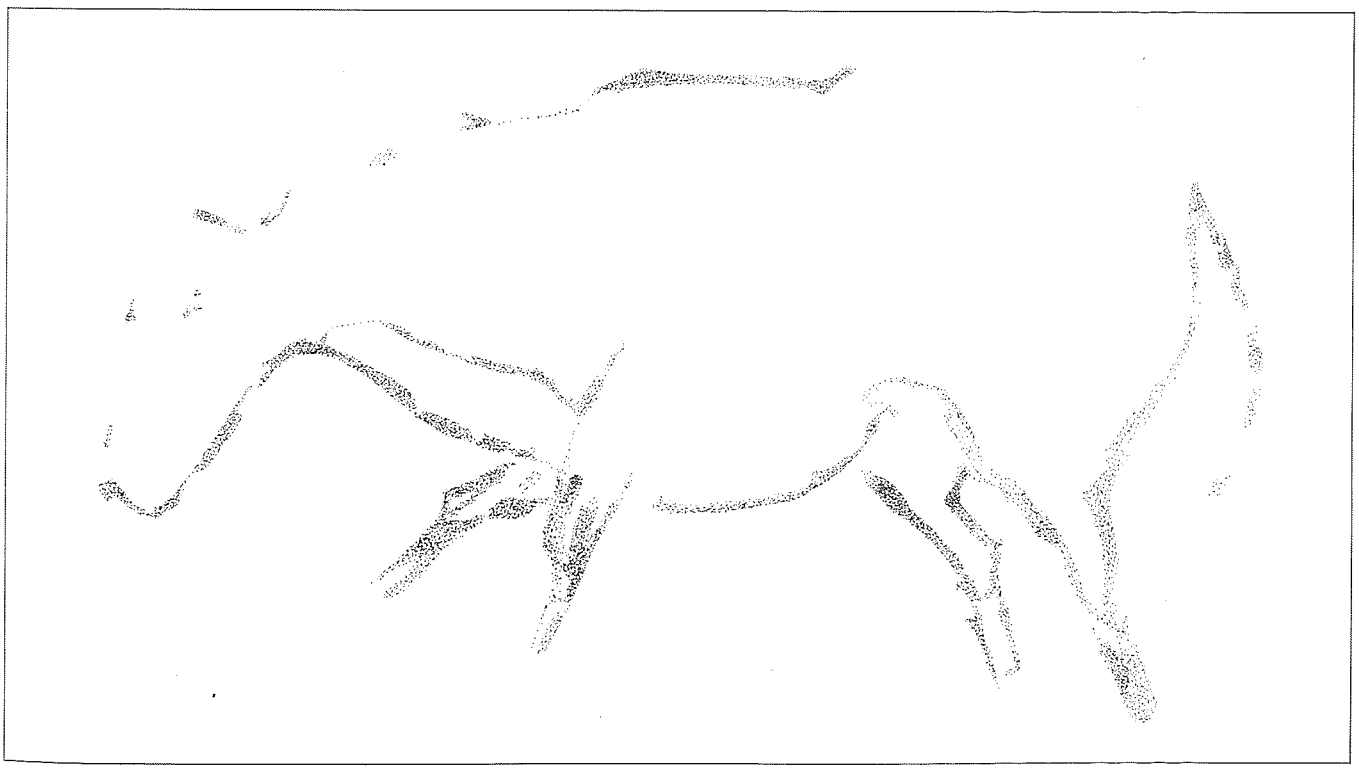


Fig. 6b.—Calco del animal, bóvido, del grupo 2 de las pinturas

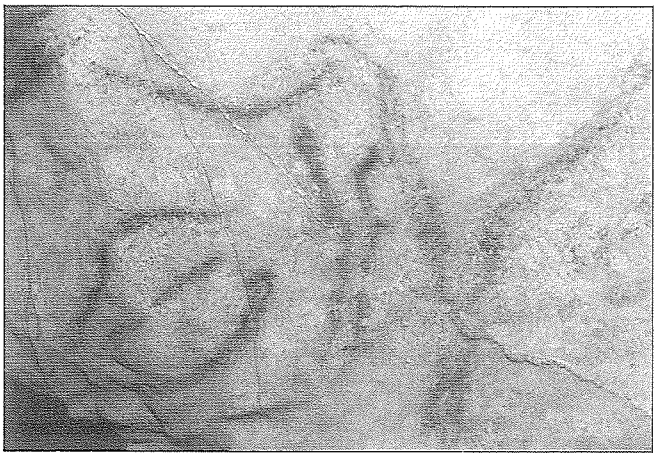


Fig. 7.—Representación del signo vulvar del grupo 2 de las pinturas

VALORACION ESTILISTICA Y CRONOLOGICA

En primer lugar, consideramos de gran importancia, dentro del tema de la distribución geográfica, tener presente que se trata de un conjunto de pinturas con representaciones nétamente naturalistas; lo cual en cierta medida contrasta con lo característico del conjunto de cuevas con Arte rupestre en la zona de la "Llera". González Morales (1987. 56-65), ya apunta en este sentido, que "... hacia el Este se encuentra un núcleo de cuevas con representaciones artísticas de gran importancia, en torno a Posada de Llanes", y que "a excepción del posible ciervo de Coberizas, citado por Obermaier (1917. 319) y nunca más localizado, y el contorno de figura digital de la Cueva del Quintanal, no hay ningún conjunto netamente figurativo, ya que el repertorio se limita a grabados lineales y a signos más o menos complejos, como son los aparecidos en las cuevas de Samoreli, Cueto de la Mina, La Riera, Balmori y Tebellín[4].

Por tanto, ha de considerarse la cueva de Trescalabres como un "santuario" interior con representaciones de figuras animales asociadas a signos, que cobra gran importancia ya que como apunta el citado autor, González Morales (1987. 56-65), "resulta llamativo que en toda la costa oriental asturiana no se conozca ningún gran "santuario" complejo a pesar de la gran densidad de yacimientos y de la relevancia de los mismos". Hay que esperar hasta el Pindal (Pimiango) para recuperar este tipo de cavernas.

Desde el punto de vista estilístico, creemos que existe una gran uniformidad en las representaciones de la cueva de Trescalabres, y así apuntamos la posibilidad que puedan pertenecer al estilo IV antiguo de Leroi-Gourhan (1965), lo cual por otra parte, estaría en total consonancia con el grupo de cuevas con representaciones de la zona de Posada de Llanes y que ya hemos mencionado anteriormente.

En este sentido, la representación de la cabeza de bóvido muestra unos rasgos estilísticos en su conjunto, y de manera especial en la cornamenta que nos permiten encontrar ciertos paralelismos con alguna otra representación en yacimientos con arte rupestre de un entorno geográfico más o menos cercano. Así se da el caso en la caverna de la Peña de Candamo, en la que E. Hernández Pacheco (1919. 83. fig. 34) cita una cabeza de toro de color rojo de la parte izquierda del muro de los grabados, que recuerda estilísticamente la representación que nos ocupa, de manera especial en la cornamenta que está en "perspectiva torcida", pero no en forma de "lira", como es más normal en este yacimiento, sino que se acerca más a la forma de cuernos de "gancho". También se puede encontrar un cierto paralelismo con una cabeza de toro de la cueva del Castillo (Santander), pintada en rojo y situada a la derecha de la entrada de la denominada "galería de los discos", ya citada desde la publicación de dicha cueva por H. Alcalde del Río, H. Breuil y L. Sierra (1911).

No obstante, entre las citadas representaciones existen importantes diferencias, pero creemos que en los casos mencionados se trata de figuras que según la clasificación de Madariaga de la Campa (1969, 33-39) representarían el "bos taurus primigenius".

La representación del bóvido de cuerpo entero que hemos descrito en el grupo 2, muestra algunos paralelos estilísticos con los animales de la "vacada" de la cueva de La Loja (El Mazo), estudiada por Alcalde del Río, et allii, (1911. 53-59) y Gómez Tabanera, (1978), la cual ha sido también asignada al estilo IV de Leroi-Gourhan, aunque existe asímismo una diferencia fundamental ya que en el caso del bóvido de Trescalabres no se le ha representado la cornamenta.

Las representaciones genitales femeninas, tal como ha establecido Beltrán (1972. 117-137), y posteriormente recogen Moure y Balbín (1981. 37-40), al hablar del "camarín de las vulvas" de Tito Bustillo, tienen su encuadre cronológico en dos momentos: Auriñaciense-Perigordiense Superior y Magdaleniense. La representación vulvar que se encuentra en la cueva de Trescalabres, por su técnica de ejecución, creemos que se puede poner en relación directa con las anteriormente citadas de la cueva de Ribadesella. Además consideramos que esta representación no ha de verse de manera aislada, sino que forma parte de un con-

junto que quizás pueda tener un significado propio, y es con la representación del animal bóvido descrito en el grupo 2. Se trata de un nexo entre un signo femenino y un bóvido (Leroi-Gourhan, 1958). Por todo ello nos inclinamos a pensar más en la cronología de Magdaleniense para todo el conjunto artístico de la cueva de Trescalabres y si seguimos con el parangón de Tito Bustillo, nos aventuraríamos a incluírla dentro de un horizonte de Magdaleniense Inferior Cantábrico.

BIBLIOGRAFIA

ALCALDE DEL RIO, H.; BREUIL, H. y SIERA, L.: *Les cavernes de la region Cantabrique.* Mónaco, 1911 pp. 53-59.

BELTRAN, A.: *Las vulvas y otros signos rojos de la cueva de Tito Bustillo (Asturias).* Santander Simposium UISPP (Santander, 1970). Madrid, 117-136.

CLARK, G.A.: *El Asturiense cantábrico.* B.P.H. vol. XIII. Madrid, 1976 pp. 70-71.

FORTEA, J.: *El Arte Paleolítico en Asturias.* Historia de Asturias. Editorial Prensa Asturiana, facs. 5 pp. 66-84. Oviedo 1990.

GOMEZ TABANERA, J.M.: *Arte rupestre de la cueva de la Loja.* BIDEA 93-94. Oviedo, 1978.

GONZALEZ MORALES, M.: *Grabados exteriores lineales de surco profundo en cavernas de Llanes (Asturias): Cueto de la Mina, Samoreli y el Covarón.* Altamira Symposium. Madrid, 1981 pp. 267-276.

GONZALEZ MORALES, M.: *La cueva del Tebellín (Bricia. Llanes. Asturias) y sus pinturas rupestres.* Ars Praehistorica t.I. Madrid, 1982 pp. 169-174.

GONZALEZ MORALES, M.: *Arte Rupestre Paleolítico en Asturias.* Revista de Arqueología. Madrid, 1987 pp. 56-65.

GONZALEZ MORALES, M. y MARQUEZ URIA, M.C.: *Nota sobre la Cueva del Quintanal (Balmori. Llanes) y sus grabados rupestres.* BIDEA 81. Oviedo, 1984, pp. 235-246.

HERNANDEZ PACHECO, E.: *La Caverna de la Peña de Candamo (Asturias).* C.I.P.P. núm. 24. Madrid, 1919.

JORDA CERDA, F.: *La cueva de Trescalabres y el Solutrense en Asturias.* BIDEA. XVIII Oviedo, 1953 pp. 46-58.

LEROI-GOURHAN, A.: *La Prehistoire de l'Art Occidental.* París, 1965. Ed. Mazenod.

LEROI-GOURHAN, A.: *Le symbolisme des grands signes dans l'art parietal paleolithique.* Bull de la Societé Préhistorique Française t. 55, fasc 7-8 pp. 384-398. París, 1958.

MADARIAGA DE LA CAMPA, B.: *Las Pinturas rupestres de animales en la región franco-cantábrica. Notas para su estudio e identificación.* Institución Cultural de Cantabria. Santander, 1979.

MALLO VIESCA, M. y SUAREZ DIAZ-ESTEBANEZ, J.M.: *Las pinturas de las cuevas de la Riera y Balmori.* Zephyrus 23-24. Salamanca, 1973 pp. 19-37.

MOURE ROMANILLO, J.A.: *Las pinturas y grabados de la cueva de Tito Bustillo: significado cronológico de las representaciones de animales.* Studia Archaeologica, nº 61. Valladolid, 1980.

MOURE ROMANILLO, J.A. y DE BALBIN BEHRMANN, R.: *Las pinturas y grabados de la cueva de Tito Bustillo. El Sector oriental.* Valladolid, 1981.

OBERMAIER, H.: *El hombre fósil.* C.I.P.P. mém. nº 9 Madrid, 1916 y Madrid, 1925.

OBERMAIER, H.: *Coberizas* en EBERT, M. (Dir.) Reallexikon der Vorgeschichte. Berlín W. de Wruyter and Co. 1927. T. II. p. 319.

RASILLA, MARCO de la: *El Solutrense en Asturias y Santander dentro del contexto del Paleolítico Superior peninsular.* Oviedo, 1988.

RIPOLL PERELLO, E.: *Las Cuevas del Monte del Castillo.* Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander. Santander, 1972.

RODRIGUEZ ASENSIO, J.A.: *Informe sobre posibles pinturas rupestres en la cueva de Trescalabres (Posada de Llanes).* Consejería de Cultura del Principado de Asturias, 1989.

STRAUS, L.G.: *Notas preliminares sobre el Solutrense en Asturias.* B.I.D.E.A. XXVIII. Oviedo, 1974, pp. 483-504.

VEGA DEL SELLA, CONDE de la: *El Asturiense. Nueva industria preneolítica.* C.I.P.P. mém. 32. Madrid, 1923 pp. 22-25.

VEGA DEL SELLA, CONDE de la: *Las Cuevas de la Riera y Balmori (Asturias).* C.I.P.P. Madrid, 1930.

NOTAS

(1) En el año 1990 La Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias nos ha aprobado un proyecto de prospección del "macizo de la Llera" con el fin de determinar con precisión la posibilidad de que pudieran existir aún algunas cuevas con muestras de arte paleolítico. Además, se intenta topografiar con precisión las cuevas conocidas en esta zona y que tengan interés arqueológico. Los trabajos de campo cuentan con el apoyo del Grupo Espeleológico Oviedo.

(2) Actualmente se están llevando a cabo obras de infraestructura con intención de evitar estas inundaciones; consistentes en la apertura de un tunel bajo el complejo de Cueto de la Mina y una canalización del río Calabres por esta zona.

(3) Los trabajos de protección realizados consistieron en la colocación de una verja-puerta en el lugar en que comienza la galería, por ser esta la zona más estrecha y fácil de cerrar y además porque con esta medida se mantiene el vestíbulo de la cueva para la utilización de sus propietarios, ya que como apuntamos anteriormente nuestra opinión es que los restos del yacimiento arqueológico-prehistórico existentes allí, no parecen ser muy importantes y no requieren otras obras de protección mayores y más aparatosas. Este cierre preserva la galería, la sala intreior y las posibles zonas que pudieran quedar aún por descubrir y facilita la conservación de las pinturas rupestres de su interior. Estos trabajos se han podido realizar con la consiguiente autorización y el apoyo económico de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias y de la Universidad de Oviedo.

(4) Recientemente J. Fortea (1990) ha realizado una valoración de conjunto del Arte paleolítico en Asturias en la que se pueden encontrar referencias a los yacimientos localizados y estudiados en estos últimos años. Aunque no se cita por el nombre, se hace mención a la cueva de Trescalabres como la mas recientemente descubierta con pinturas prehistóricas.

INFORME SOBRE LAS CAMPAÑAS DE EXCAVACION REALIZADAS EN LA CUEVA DE LOS AZULES ENTRE 1986 Y 1990

Juan A. Fernández-Tresguerres Velasco, Fernando Junceda Quintana

En las campañas realizadas durante los años 1986 a 1990 los principales problemas con que tuvimos que enfrentarnos, e intentar resolver, fueron los estratigráficos. El reducido espacio del vestíbulo sufrió, a lo largo del Magdaleniense final y del Aziliense, numerosas alteraciones debidas en una buena parte a la actividad de los grupos humanos que allí habitaron. Pero no fueron menores las sufridas a causa de agentes naturales, los cuales provocaron la desaparición de secciones enteras del suelo del vestíbulo, dejando en ocasiones, como luego veremos, testigos muy reducidos de algunos de los niveles. Por todo ello, la estratigrafía, incluso teniendo en cuenta lo reducido del espacio, debe ser estudiada por sectores ya que, además, a ello se une el hecho de los cambios en la inclinación de las capas, las cuales se van acumulando hacia el fondo del vestíbulo al tropezar con la pared de la cueva.

En la campaña de 1990 hemos comenzado una revisión de la estratigrafía de los niveles azilienses en la zona intermedia que se extiende entre las dos bocas de la cueva. Más tarde nos referiremos a ello.

DESCRIPCION DE LA CUEVA

Aunque ya en otras ocasiones hicimos la descripción de la cueva de Los Azules, es preciso insistir aquí en algunos aspectos con el fin de comprender los problemas estratigráficos que presenta.

La cueva, abierta en una capa de calizas orientadas hacia el sur, se abre al exterior a través de dos bocas situadas una de otra a una distancia de 5,50 metros. Cada una de ellas da acceso a un pequeño vestíbulo que, en el caso de la zona que excavamos, tiene unos 8,30 m. de largo por unos 4,80 de ancho. A 8,30 metros de la misma entrada la pared cae vertical cerrando el vestíbulo por el fondo. Hacia el oeste, en ese mismo fondo, se abre un divertículo de 3,50 metros de largo por otros 2,70 de ancho que también, por lo que conocemos, parece que no tiene prolongación.

Al este del vestíbulo se abre una sala que aparece dividida en dos por una especie de pilar rocoso. Esta sala comunica también con el vestíbulo de la entrada oriental de la cueva. Al fondo de este segundo vestíbulo se encuentra una galería baja y estrecha que se adentra hacia el interior de la montaña, hacia el norte. Toda esta galería aparece colmatada de sedimentos limosos y arenosos.

Es importante tener presente que al contrario de lo que encontramos en el vestíbulo oriental, por el momento, en los sectores de la cueva actualmente en excavación, el vestíbulo occidental y la sala intermedia, no se observan vestigios de que exista ninguna salida o desagüe al fondo del mismo, por ello tanto el agua como los sedimentos allí arrastrados, fueron acumulándose en ese fondo cerrado. En el caso de discurrir el cauce de un arroyo, como de hecho sucedió, éste si entraba en dirección sur-norte, se veía obligado a cambiar su curso por el de oeste-este (siempre y cuando se trate exclusivamente de un arroyo y no de dos los que circularon por la cueva).

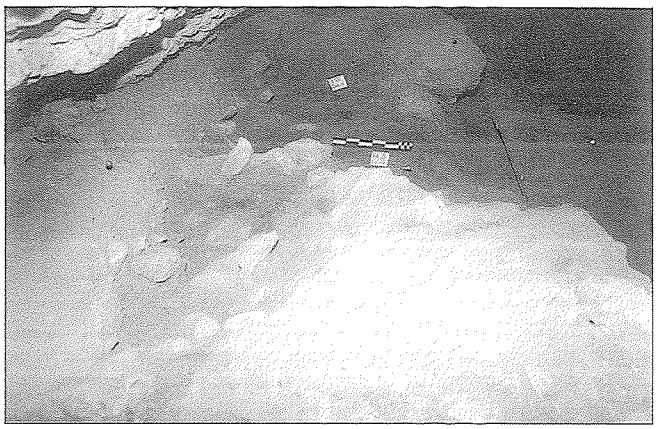


Fig. 1.—Sala intermedia. Zanjas en los niveles 1-3

El techo de la cueva posee una pendiente pronunciada de sur a norte, descendiendo en esta última dirección, por ello, a medida que fue rellenádose la cueva, era en este fondo donde el espacio se hacía mucho antes angosto y, por lo tanto, inhabitable.

Para comprender mejor el problema de la estratigrafía de este vestíbulo occidental es preciso dividirlo en sectores. Primero veremos las diferencias que existen entre la estratigrafía de la entrada y la del fondo del vestíbulo. Luego veremos las alteraciones que crearon diferencias entre el sector oriental y el occidental de la zona excavada. En ambos casos las alteraciones y diferencias se deben tanto a factores geológicos como a actividades humanas, aunque, en general, parece que hay un predominio de los primeros.

Es cierto que en todo este proceso existen diferencias entre los distintos momentos de ocupación de la cueva. Geológicamente las alteraciones más fuertes tuvieron lugar, como veremos, en los momentos finales del Magdaleniense, cuando desaparecieron capas casi por completo, dejando apenas unos exiguos testigos. Sin embargo, durante el Aziliense las alteraciones fueron si no mucho menores, si de otra naturaleza.

ESTRATIGRAFIA

Antes de tratar sobre los problemas planteados en cada una de las capas presentamos la secuencia estratigráfica limitándonos exclusivamente a señalar su adscripción cultural.

Nivel 1: Estéril.
Nivel 2: Aziliense final.
Nivel 3 (capas a-h): Aziliense final.
Nivel 4: Estéril.
Nivel 5 (capas a-b): Aziliense antiguo.
Nivel 6: Magdaleniense final.
Nivel 7 (capas a-c): Magdaleniense.
Nivel 8: Magdaleniense.
Nivel 9: Magdaleniense.
Nivel 10: Magdaleniense.
Nivel 11: Magdaleniense.

LAS CAPAS AZILIENSES

En todas las zonas actualmente en excavación el nivel 1 rellenaba la cueva hasta la altura del techo haciendo imposible la entrada en ella. Esta capa, aunque no uniforme, formaba un amontonamiento en el exterior que ocultaba la boca de la cueva. Pero resultó bastante difícil de estudiar a causa de las destrucciones sufridas desde los primeros momentos del descubrimiento de la cueva. Es un nivel de color amarillento (E 72 del código Expolaire) y aunque se encontraban algunas lascas y fragmentos de hueso muy dispersos, puede considerársela estéril.

El nivel 2, de color pardo rojizo (F 54) sin embargo aparecía más reducido en su extensión, conteniendo ya materiales azilienses arrastrados desde la boca hacia el interior de la cueva. Parece que ocupaba hasta el fondo del vestíbulo aunque allí se plantean problemas de identificación a causa de remociones recientes (una zanja abierta por furtivos que afecta hasta las capas inferiores del nivel 3) y de las contínuas erosiones que sufrió ese sector.

En la presente campaña de 1990 se inició la excavación sistemática de la sala central. En ella se encontraron, muy afectados por las actividades de los excavadores clandestinos, estas dos capas, 1 y 2. En su mayor parte fueron destruídas por zanjas que de este a oeste, se abrieron para forzar el paso entre las dos entradas a la cueva. Se pudo observar que el nivel 2 continúa en todo este sector, aunque ciertamente muy afectado por esas zanjas.

Nivel 3: Lo que denominamos "capas superiores" de este nivel, al parecer, se reducen al exterior de la cueva, aunque la 3d2 se extiende hacia el interior. Por desgracia los restos de las capas 3 a-c que hubieran podido quedar en el exterior fueron arrasadas por los excavadores clandestinos y, posiblemente antes, por la erosión de la ladera, al menos de modo parcial. Sin embargo pudieron estudiarse las zonas marginales de estos niveles hacia el interior de la caverna, aunque ya casi en la entrada (cuadros CIII-DIII) se encontraron las primeras dificultades de su identificación en el sector occidental del vestíbulo de la cueva debido a la excavación de una sepultura, y en los sectores de los cuadros antes citados por la existencia de un pozo que abierto en el nivel 2 llegaba hasta el nivel 3e. Por último una zanja se abría hacia el interior de la cue-



Fig. 2.—Vestíbulo: Corte oeste. Sectores C III-E III. Pozo abierto en los niveles 4-7. Inmediatamente debajo de él una zona de revuelto señala la zona de cantos orientada oeste-este



Fig. 3.—Vestíbulo: Corte oeste. Sector F III. Niveles 4-9

va, alterando las capas superiores en todo el sector IV. Estos revueltos dificultaron la identificación de la continuidad de las capas hacia el interior.

3d2: Capa de tierra gris de cenizas y de arcillas calcinadas. Se extiende por todo el vestíbulo y también hacia el exterior de la caverna. Fue muy alterada por la sepultura en el sector oeste de la cueva. En el interior su superficie está muy próxima al techo (a 0,75 m.), colmatando prácticamente ya el vestíbulo en ese sector.

En la sala intermedia, al no existir las capas superiores del nivel 3, la 3d2 es la segunda capa aziliense que se encuentra (la primera es la 2), conteniendo gran abundancia de materiales. Se observa en este sector que es una capa de gran complejidad, con alternancia de tierras grises cenicientas con otras de color negro más intenso. En resumen, el nivel 3d2 es la primera de las capas que se extiende por toda la cueva, desde la entrada hasta el fondo del vestíbulo. La diferencia existente entre las capas superiores y la 3d2 queda destacada si tenemos en cuenta que los arpones encontrados en este nivel en la sala intermedia, se diferencian claramente de los que corresponden a los niveles más modernos del Aziliense de esta cueva.

La segunda con estas características es la capa 3e, que se extiende hacia el exterior y que cubre también todo el vestíbulo. Es de color negro intenso.

A partir de la capa 3f las ocupaciones son exclusivamente interiores. Van rellenando la depresión producida por la inclinación del nivel 4 que tiene una fuerte pendiente. El color de esta capa 3f es pardo rojizo (E 61) y se engrosa hacia el fondo.

Se observa, además que las inferiores se encuentran cada vez más hacia el interior (3g y 3h). Estas dos son capas cenicientas que se inclinan hacia el fondo, pero cambian el sentido de la inclinación para formar un amontonamiento al final del vestíbulo en su sector nororiental, formando una acumulación de cenizas adosado a la pared de la caverna y destruído parcialmente por las zanjas de los excavadores clandestinos. Junto a la pared, siguiendo una dirección oeste-este circuló un pequeño arroyo que erosionó todas las capas hasta el nivel 5 como mínimo, por lo que pudimos constatar, y cuyo cauce se rellenó con una arcilla de color amarillento intenso.

Luego veremos otras destrucciones parciales de la estratigrafía de las capas superiores.

El nivel 4 es otra de las capas que se extienden por toda la extensión del vestíbulo. Es un nivel de color amarillento (E 76), relleno de cantos angulosos de caliza. Gruesa en el sector de la entrada va adelgazándose hacia el interior, pero aún se puede observar su existencia en el fondo del vestíbulo de la caverna. Presenta bastantes alteraciones ya sea por la erosión de algunos sectores o bien por la acción de los habitantes de la cueva, como luego veremos.



Fig. 4.—Vestíbulo: Corte norte. Sector H III. Niveles 4-9 (el señalado como 5d corresponde al nivel 9)

El nivel 5, como las capas 3f-h, sólo está representado a partir de la mitad del vestíbulo hacia el fondo, a partir de los cuadros EIII-IV. Toda la zona del fondo había sido, posiblemente, erosionada, arrasando gran parte de los niveles magdalenienses superiores y dejando una depresión que fue rellenada por los primeros ocupantes azilienses. Este nivel forma dos capas, pero se pueden observar diversos pequeños niveles, muy delgados, sólo perceptibles en el corte occidental de E-F III, ya que en el opuesto se confunden los estratos en una masa de tierra quemada y cenicienta. En el corte del fondo se observa el nivel 5a formado por arcillas del color marrón gris muy oscuro (J 61) y el 5b de color marrón oscuro (H 64). Tanto uno como el otro en la zona del fondo, pegado a la pared de la cueva tienen intercalaciones de limos de color amarillento, resultado de la acción del agua, muy intensa en ese sector.

Hasta aquí los niveles azilienses, que, aunque sufrieron alteraciones, posiblemente fueron menos destruídos que los inmediatamente inferiores magdalenienses.

OBSERVACIONES SOBRE LAS VARIACIONES EN LOS ARPONES ENCONTRADOS EN LAS CAPAS AZILIENSES

Los arpones de los niveles azilienses de la cueva de los Azules presentan ciertas variantes según los niveles en que fueron hallados. En casi todas sus capas aparecieron abundantemente, desde el nivel más antiguo de los azilienses

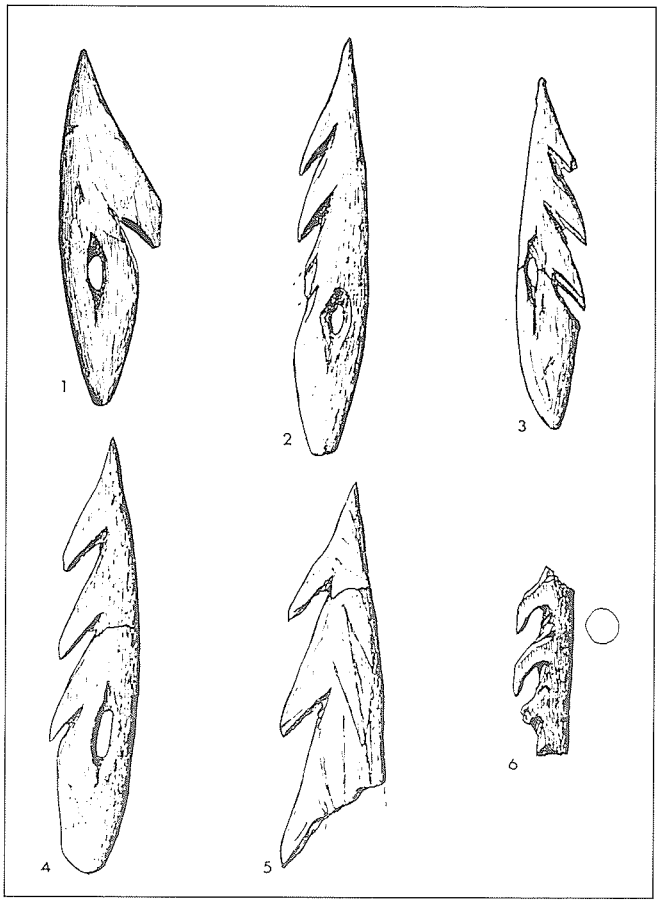


Fig. 5.—Arpones azilienses: 1, nivel 3 capas superiores; 2, nivel 3e; 3, nivel 3f; 4, nivel 3g; 5, nivel 5a. Arpón magdaleniense, nivel 6

(nivel 5) hasta el nivel 2. Todos ellos son de una sola hilera de dientes. El número de piezas es de 105, bastante elevado en comparación con los encontrados en las capas azilienses de las cuevas cantábricas, y relativamente suficiente para intentar un estudio de sus características y analizar si existen variaciones significativas, que por ahora sólo puede ser aplicado al caso concreto de la cueva de Los Azules. Un estudio más detallado se publicará más adelante. Las variantes que presentan mayor interés son las siguientes:

1) Teniendo en cuenta la forma de los dientes: la tendencia a los dientes acodados ganchudos, bien diferenciados del fuste, parece ser una característica de los niveles más recientes (nivel 2 y 3 capas superiores, de la "a" a la "d1"). En el grupo de arpones del nivel 3d2 al nivel 5 predominan los arpones de dientes angulosos rectos en los dos lados del mismo diente o poseyendo el lado superior convexo. Son muy raras las piezas con acodamiento de los dientes. En la capa 3h se puede encontrar un ejemplar con esta característica muy marcada, pero es un caso excepcional. Es cierto, y es característica de estos niveles, que aparecen algunos ejemplares con un diente de este tipo, pero se reduce al primero de ellos, al más próximo a la extremidad distal y suele, en numerosas ocasiones, estar más destacado. Esto puede deberse a un intento de aumentar la capacidad de agarre de la pieza una vez clavada en el cuerpo del animal.

2) En lo que concierne a la base tenemos algunas diferencias significativas. En el nivel 5, en los dos ejemplares completos se puede observar el escaso desarrollo de ésta inferior a un tercio, o incluso a un cuarto, de la pieza.

   En 3h, sin poder hablar de las proporciones reales al estar incompleto el arpón, se puede decir sin embargo, que su desarrollo es notable. En la capa 3g la base es superior o igual a un tercio. En 3f es superior, y lo mismo sucede en el 3e y en las capas superiores, salvo un caso. Lógicamente la base es más desarrollada en los arpones de un sólo diente.

   La terminación inferior en forma redondeada es propia del nivel 3g y de algunos casos de 3f y e.

3) El centro de la perforación, que sería el lugar de máxima tensión una vez clavado el arpón en el cuerpo de la presa, varía en su localización. Situada en la base, es de forma circular en el único ejemplar del nivel 5 que la posee. Sigue manteniéndose en la base en el nivel 3h y comienza un desplazamiento hacia el fuste en las piezas del 3g, en las cuales se encuentra en la parte superior de la base pero sin superar la altura del primer diente. Más bien se mantiene por debajo de él. En el nivel 3f, si bien algún fragmento parece que sigue en esta situación, sin embargo, en otros de los fragmentos y en los arpones que se conservan completos, se observa el desplazamiento de la perforación hacia el centro de la pieza (en un caso claramente por encima de la mitad), fuera de la base y por encima del primer diente.

   En el nivel 3e sigue existiendo la misma tendencia que vuelve a modificarse, en beneficio de la situación en la base, en las capas superiores. Pero ya en estos casos lo que ha cambiado es la forma de los dientes. En los dos ejemplares encontrados en el enterramiento vemos un claro desarrollo de la base, la cual ocupa más de la mitad del arpón.

4) La decoración de los arpones es una característica que aparece tan sólo en las fases más antiguas del Aziliense de la cueva de Los Azules. Unicamente, y con dudas, podría incluirse dentro de esta categoría un arpón del nivel 3h.

LOS NIVELES DEL MAGDALENIENSE SUPERIOR

El primero que se encuentra es el nivel 6. De color pardo rojizo (J 42), se localiza entre la boca de la cueva, donde se observa que se extendía hacia el exterior, y el cuadro EIII. Hacia el fondo fue erosionado junto con otras capas magdalenienses. En la zona próxima a la boca también sufrió alteraciones debidas a los habitantes de la cueva, como luego veremos.

El nivel 7 presenta numerosas complicaciones. Está dividido en dos capas de muy diferente formación. La más antigua, la 7b, es un pequeño sector de un nivel erosionado tanto en el interior como en la zona exterior. De él apenas queda un pequeño testigo en el sector EII-III. La erosión del interior es la más reciente puesto que destruyó parte del nivel 6 que lo cubre. Es la zona luego rellena por las capas azilienses 5a y b.

La erosión exterior, en los sectores DII-III y CII-III, es más antigua, anterior a la formación del nivel 6, que cubre el relleno posterior a la erosión. La zona fue vaciada en ese sector y rellena posteriormente. Este relleno contiene una gran cantidad de cantos angulosos de caliza procedente del techo y paredes de la cueva. De hecho las capas 7a y b nada tienen que ver entre sí en cuanto a su origen y formación pero conservamos la denominación de nivel 7b a causa de que su descubrimiento se produjo cuando ya habían sido numerados el resto de los niveles hasta el 12.

Además en esta zona hay otras alteraciones, también debidas a la obra de los magdalenienses.

El nivel 8 es de cenizas de un color gris oscuro, parduzco en ocasiones (J 21). Se extiende desde el fondo de la cueva hasta el cuadro DIII, donde está alterado por una zanja antigua. En el fondo presenta una inclinación bastante fuerte hacia el oeste.

El nivel 9 (color marrón oscuro, H 63) se encuentra al fondo de la cueva y asciende hacia la boca. Parece que ocupa toda la extensión del vestíbulo y que no está alterado salvo en la zona de la entrada, como luego veremos.

De los niveles 10 al 12, aunque han sido identificados como magdalenienses tenemos aún poco conocimiento de ellos.

ALTERACIONES GEOLOGICAS DE LA ESTRATIGRAFIA

Ya vimos antes que en el fondo del vestíbulo un curso de agua destruyó parcialmente los niveles al menos hasta el nivel 5 inclusive. Un hecho similar ocurre en el sector oeste, también pegado a la pared y en dirección sur-norte. Un arroyo destruyó las capas del nivel 3 (a-e), dejando un cauce, al que ya aludimos en otras ocasiones cuando tratamos de la sepultura del nivel 3, relleno de arcilla amarillenta donde se encuentran numerosos huesos. Donde más confusas aparecen estas alteraciones es en la zona del fondo del vestíbulo y en el divertículo que se encuentra en el sector occidental del vestíbulo.

No sabemos aún si este arroyo es el mismo que al fondo circula en dirección oeste-este. Lo que si es perceptible es que toda la parte oeste del fondo del vestíbulo aparece rellena de arcillas que se alternan con otras capas de color más oscuro, pero que parecen producto de la erosión. Por lo que hemos podido observar todo ese sector occidental no parece conformarse a la sucesión de estratos que vemos en el resto del vestíbulo. De hecho las alternancias de capas de limos con otras de tierras grises cenicientas es constante. En parte parecen rellenar una depresión formada por el amontonamiento de cenizas que forman las capas 3h y 3g en la zona nororiental del vestíbulo. Desgraciadamente gran parte de ese sector ha sido destruído por una zanja realizada por los excavadores clandestinos y que llegaba hasta el nivel 3g. Estas discordancias y rellenos de arcillas pueden observarse con toda claridad en el corte del fondo del vestíbulo.

Por otra parte, las diferencias de amplitud del cauce hacen que las capas 3e y 3f en todo el sector próximo a la pared occidental de la cueva aparezcan con intercalaciones de arcillas que dificultan el poder seguir con precisión las capas en su desarrollo.

Por el momento no conocemos la profundidad que alcanzan estos dos cauces, pero es casi seguro que afectan, en las zonas en contacto con la pared, a los niveles magdalenienses. Si bien parece claro que, una vez obturado el posible canal de desagüe, las aguas fueron depositándose en toda la zona del fondo del vestíbulo, y en algunos sitios es perceptible la deposición en varvas.

Ya aludimos antes a las alteraciones profundas que a causa de la erosión sufrieron las capas superiores magdalenienses.

LAS ALTERACIONES DEBIDAS A CAUSAS HUMANAS

En estas tenemos que distinguir las recientes, producidas poco después del descubrimiento de la cueva. Principalmente son las zanjas que se abrieron prácticamente en todas las direcciones y que afectaron sobre todo a las capas superiores (del nivel 1 al 3d2 y, en el fondo, hasta la 3g). Plantean bastantes problemas en el momento de estudiar la estratigrafía especialmente al fondo del vestíbulo, como ya aludimos antes, y en la sala intermedia, donde hizo desaparecer o alteró ampliamente las capas superiores en algunas zonas.

Pero más conflictivas se plantean algunas de las actividades realizadas por los primitivos habitantes de la cueva. Parece que para desarrollarlas tuvieron especial preferencia por la zona de la entrada, especialmente el sector de cuadros B a D y de modo muy especial entre el II y el IV. En primer lugar un pozo aparece abierto en el nivel 2 (destruido en su parte superior por una de las zanjas abiertas por los excavadores clandestinos) y llega hasta el nivel 3e.

Otra alteración, de mucha mayor extensión, fue causada por el enterramiento. Afectó desde la capa 3b a la 3e y en una extensión de 6 a 7 m^2, en todo el sector occidental del vestíbulo, impidiendo estudiar el desarrollo normal de los niveles.

En la misma zona, pero por debajo del 3e encontramos una serie de pozos y zanjas abiertos por los azilienses en este sector y que parecen contemporáneos. Están abiertos en el nivel 3g-4 y afectan hasta el nivel 10, alterando todo el sector de la boca. Posteriormente estos pozos se fueron rellenando con tierras de color rojo bastante oscuro con gran cantidad de minúsculos cantos rodados y cubiertos, en un momento, posterior por el nivel 3e.

Tenemos primero un pozo de 0,92 m. de este a oeste, por 0,53 de norte a sur y unos 0,74 de profundidad que se estrecha hacia abajo, y que, posteriormente, fue deformado por la presión de las tierras. En el fondo de él se encontraba una mancha circular de ocre colocada sobre una masa de arcilla amarillenta de la misma forma y rodeada por un pequeño círculo de cantos. Coincidía esta mancha, como luego veremos con los restos de un posible muro de cierre magdaleniense. Situado al este del pozo que acabamos de describir se encuentra otro de mayores dimensiones (no excavado en toda su extensión y profundidad), pero aproximadamente de 1,30 m. de norte a sur y una profundidad mínima de 0,46 m. Abierto también en el nivel 4, sin duda afecta a los niveles magdalenienses (6 y 8, como mínimo). Este, al parecer conecta con otro aún no excavado que se percibe claramente en el corte este de la excavación.

Todas estas dificultades originadas por los fenómenos erosivos y de relleno, vienen aumentadas en los niveles magdalenienses por las remociones realizadas a causa de la disposición de las estructuras abiertas en los niveles 11 y 12.

Se encontraron una serie de capas de cantos que se superponen y que afectan al sector de la boca de la caverna. La disposición de la mayoría de estas capas (de todas, salvo la de la primera de ellas), es transversal a la boca de la cueva, orientadas de oeste a este.

Una capa superior está formada por una agrupación de bloques de piedra y cantos rodados, de aspecto semicircular en torno a una mancha de ocre de casi medio metro de diámetro. Otro conjunto de bloques se encuentra desplazado hacia la izquierda; entre ellos pueden verse tres de pequeño tamaño (de 10 a 15 cms. de anchura), de un color rojizo similar al del ocre. Disperso se encontraba un buen número de fragmentos de colorante rojo, entre los que se hallaban algunos que presentaban huellas de raspado.

En el cuadro CIII, en contacto con este círculo de piedras en torno a la mancha de ocre, fue depositada una laja de piedra de forma toscamente trapezoidal; bajo ella estaban depositados los huesos de la articulación de una extremidad, posiblemente de un ciervo. Estos huesos se encontraban en conexión anatómica. A la derecha de este conjunto se encontraba depositada un asta de ciervo aún pegada a un fragmento de frontal.

Bajo la mancha de ocre aparecía una masa de barro aplastado, de color amarillento y con forma similar a la mancha de colorante que tenía superpuesta. Estaba, también, rodeada de cantos.

Una segunda capa de esta estructura presenta caracteres distintos. La orientación de la misma se hace más lineal y contínua. Aparece enterrada en una matriz negruzca que contrasta con el color rojizo de las tierras que la rodean. La continuidad en la disposición de los cantos da la impresión de que nos encontramos ante una especie de pequeño muro que, hipotéticamente, cerraba la entrada de la cueva.

Dentro de este conjunto destacan un par de guijarros. Uno de ellos por su disposición: se trata de un canto alargado y estrecho colocado perpendicularmente a la entrada y apoyado en el escalón formado por el corte en el nivel 12.

Otro canto, plano y ancho (de unos 20 cms.) está pintado de rojo en la cara sobre la cual estaba depositado. Es de destacar también que la mayoría de los cantos son de forma aplanada y que, muy frecuentemente, aparecen partidos.

En el nivel 12, cuadro BIII, aparecía un pequeño pozo relleno de tierra más oscura que la arcilla amarillenta que forma el nivel. Pero, aunque muy posiblemente están relacionados, por el momento no podemos decir nada acerca de su conexión con la anterior estructura, a pesar de su proximidad.

LAS EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS DE LA CUEVA DE LOS CANES (ARANGAS, CABRALES). CAMPAÑAS DE 1987 A 1990

Pablo Arias Cabal, Carlos Pérez Suárez

Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Cantabria

1. INTRODUCCION. DESARROLLO DE LOS TRABAJOS DE CAMPO

El vestíbulo de la cueva de Los Canes contiene un complejo depósito en el que se documentan varias fases de ocupación del Tardiglacial o del Holoceno temprano y una serie de estructuras claramente holocénicas, de las que varias son sepulturas individuales (fig. 1). En las campañas a las que se refiere este artículo, el proyecto de investigación que venimos desarrollando en la Depresión Prelitoral del oriente de Asturias desde 1981 (Arias y Pérez, 1990a) se ha centrado en estas últimas, atendiendo a prioridades de conservación y a su relevancia científica.

Las campañas de 1987 a 1990 han supuesto cinco meses de trabajo de campo[1], durante los cuales se ha localizado y fotografiado *in situ*, tomado coordenadas y situado en un plano toda la industria lítica, ósea y cerámica, las conchas marinas, los restos de peces y los huesos reconocibles o mayores de 2 cm. de longitud. La tierra ha sido recogida dentro de cada cuadro de 1 m^2 por sectores de 25 cm. de lado y dentro de cada estrato por "tallas" (niveles artificiales) de unos 5 cm. de potencia. Posteriormente ha sido cribada en seco en la boca de la cueva, guardados los restos en bolsas y trasladados a Arangas para ser tamizados con agua. Una vez en el laboratorio, se ha asignado un número de inventario a cada pieza o bolsa de materiales del mismo género, la industria se ha siglado y clasificado y el resto de los materiales ha sido enviado para su estudio a los especialistas que colaboran en el proyecto de investigación: La Dra. M.D. Garralda, del Departamento de Biología Animal de la Universidad Complutense (Antropología Física), el Dr. P. Castaños Ugarte, del Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco de Bilbao (mamíferos grandes y medianos), D. Eduardo Pemán y Dña. Margarita Imaz, de la Sociedad de Ciencias Aranzadi (micro-mamíferos y moluscos marinos, respectivamente), la Dra. E. Roselló Izquierdo, del Departamento de Biología de la Universidad Autónoma de Madrid (peces) y Dña. Paloma Uzquiano, de la U.S.T.L. de Montpelier (antracología).

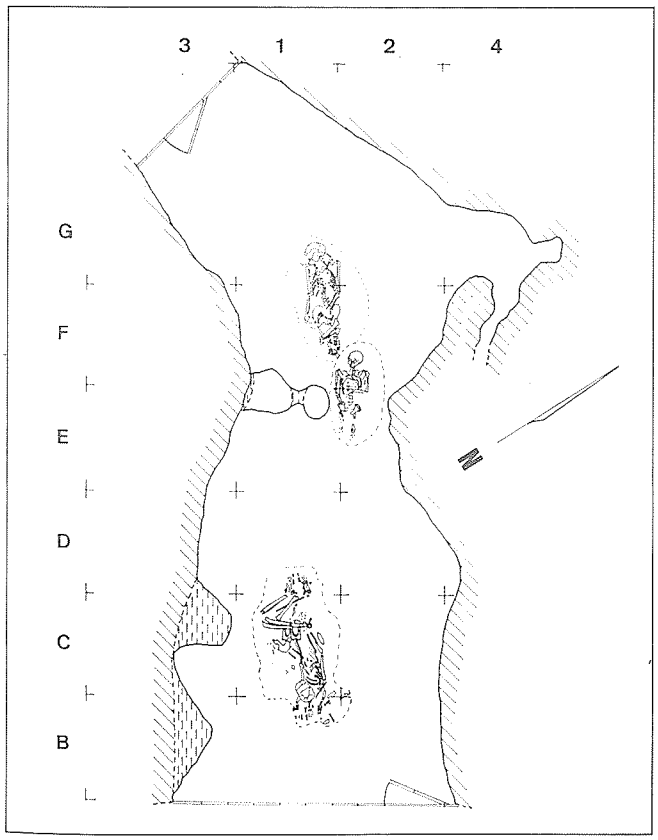


Fig. 1.—Vestíbulo de la cueva de Los Canes, con la localización de las estructuras sepulcrales

Durante la campaña de 1987 (31 de julio-23 de septiembre) se excavó totalmente la estructura funeraria I y se levantaron los estratos que cubrían el fondo de la II. Así mismo se abrió una trinchera transversal al eje de la cueva (cuadros G1 y G2), que permitió estudiar la estratigrafía anterior a la tumba I, detectándose nuevas estructuras que cortaban la estratigrafía tardiglacial/holocénica temprana (estratos 6-8). La excavación de 1988 (5-27 de septiembre) se dedicó exclusivamente al levantamiento de la estructura funeraria II. En 1989 (3-30 de septiembre) se inició la excavación de la parte del vestíbulo situada al O. de la estructura I, a partir de la referencia que suponía la trinchera transversal abierta en 1987. Se levantó totalmente una estructura holocénica no sepulcral (IV), así como la mayor parte de otra (V) y se excavó la parte superior de la tumba III. La campaña siguiente (2-31 de julio de 1990) se centró en la finalización del levantamiento de estas dos últimas estructuras.

2. LA ESTRUCTURA I

La tumba I se situaba en el centro del vestíbulo (cuadros E1, E2, F1 y F2). Era una fosa de 108x50 cm., paralela al eje alargado de la cueva (ESE-ONO), encajada entre



Fig. 2.—Fondo de la estructura I

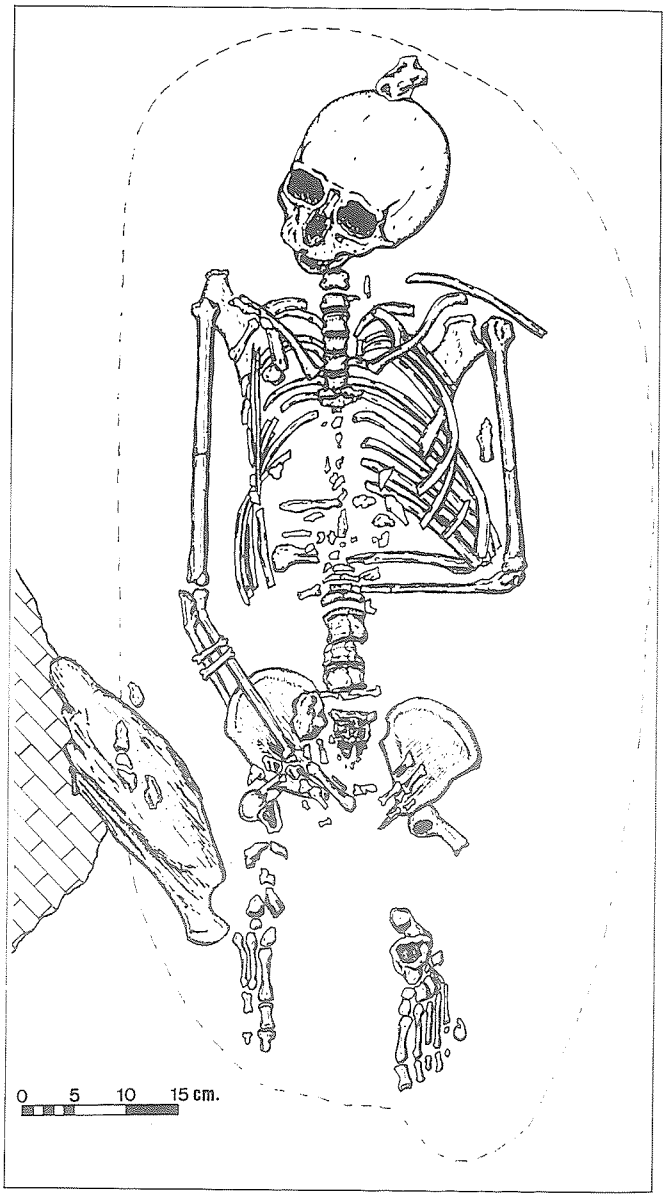


Fig. 3.—Fondo de la estructura I

un gran bloque unido a la pared meridional de la cueva por costra estalagmítica y la pared septentrional (fig. 2 y 3).

El cadáver, correspondiente a un individuo de sexo femenino y talla muy reducida (Garralda, comunicación oral), había sido depositado en decúbito supino, con las piernas violentamente flexionadas y los pies posados de plano, pegados a la cadera. Las piernas, de las que sólo quedaban las cabezas de ambos fémures, probablemente hayan sido destruidas por una excavación posterior que habría arrasado toda la parte superior del relleno de la tumba. El resto del esqueleto se conservaba aceptablemente. El cráneo estaba ladeado hacia su derecha: los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, con el codo derecho ligeramente flexionado y el antebrazo izquierdo cruzando el vientre para dejar la mano izquierda, cuyos huesos estaban muy desordenados, posada sobre el antebrazo derecho, por encima de la cadera.

Junto al cadáver se localizaron algunos restos que pueden ser considerados un depósito intencional: una escápula de ciervo, colocada casi verticalmente junto al pie derecho, apoyada en el gran bloque, una costilla de ungulado, hallada encima del hombro izquierdo, y tres caninos de ciervo perforados, pegados al lado exterior del pie izquierdo.

El relleno de la tumba era una masa de tierra grisácea oscura muy suelta, rica en cantitos angulosos. Su rasgo más destacado era la abundancia de caracoles de tierra. Se observó un número considerable de piezas planas o alargadas situadas de canto en varias direcciones, así como abundantes fragmentos de costra estalagmítica rota, todo lo cual sugiere un amontonamiento rápido de tierra y piedras sobre el esqueleto.

La gran riqueza en restos malacológicos de la tumba I es uno de los rasgos más interesantes del registro arqueológico de la cueva de Los Canes. En nuestra opinión su origen es antrópico. Esto, que es evidente respecto a las conchas marinas, no lo es tanto en lo que se refiere a las de caracoles de tierra. Diversos autores (Barandiarán 1947, Guilaine 1979, André 1979, Barandiarán Maestu 1983) han puesto de relieve que muchas concentraciones de caracoles de tierra en yacimientos arqueológicos se pueden deber a procesos naturales. No obstante, tales procesos precisan la existencia de fases de abandono, en las que los caracoles puedan entrar masivamente y quedar enterrados sin que el pisoteo los destroce. Nada de eso es compatible con la información disponible para la estructura I de Los Canes, la cual parece producto del relleno de una fosa poco después de su apertura. La única manera coherente de explicar la presencia de los caracoles como ajena a la voluntad humana sería apelando a su gran densidad en el lugar de origen de la tierra, lo que tampoco es convincente, pues el relleno parece proceder de la propia cueva y ningún nivel de Los Canes es tan rico en conchas. Esto al margen de que incluso así sería difícil justificar su conservación enteros después del proceso de cavado, transporte y deposición de la tierra. Por consiguiente, resulta más verosímil que esta acumulación de caracoles se deba a una acción deliberada de los constructores de la estructura.

Una muestra de fragmentos de vértebras del esqueleto ha sido datada por ^{14}C en el Tandem Accelerator Mass Spectometer (TAMS) de la Universidad de Arizona, obteniéndose la datación AA-5294: 6265 $\pm$ 75 BP, lo que supone, según la calibración de Pearson *et alii* (1986), con un 95,4% de probabilidad (2σ), una edad comprendida entre 5370 y 5004 cal BC[2]

3. LA ESTRUCTURA II.

La tumba II es una fosa de planta ovalada que mide en el fondo 1,6x0,75 m., situada junto a la boca de la cueva, con una orientación idéntica a la de la I. La profundidad con respecto a la superficie del yacimiento es de 85 cm. Sobre ella se pudieron distinguir cuatro capas. La superior (A), rica en fauna e industria, con una matriz compuesta por tierra parda clara y cantos de caliza de pequeño tamaño, rellenaba una especie de cubeta. Bajo ella, y también con un perfil de fondo de saco, había otro nivel con una matriz similar y bloques de mayor tamaño (B). El estrato C ocupaba una superficie mayor que los dos superiores. Su matriz era parecida a A y B, pero apenas contenía piedras. D, por último, rellenaba la zona de la estructura abierta en un nivel estéril compuesto por arcilla amarillenta con grandes bloques. Era similar a C, pero mucho más compacto y algo más oscuro y pobre en fauna e industria.

En el fondo del hoyo se hallaba depositado un esqueleto prácticamente completo y alguna pequeña parte de otro (fig. 4). Los huesos del primero estaban en su mayoría en posición anatómica. El cuerpo estaba tumbado en la dirección del eje más largo de la tumba, con la cabeza en la parte suroriental. Su posición era ligeramente lateral, apoyada sobre el hombro izquierdo, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y las piernas flexionadas. Tres partes del esqueleto estaban desplazadas de su posición anatómica: el cráneo, las vértebras dorsales y lumbares y la pelvis.

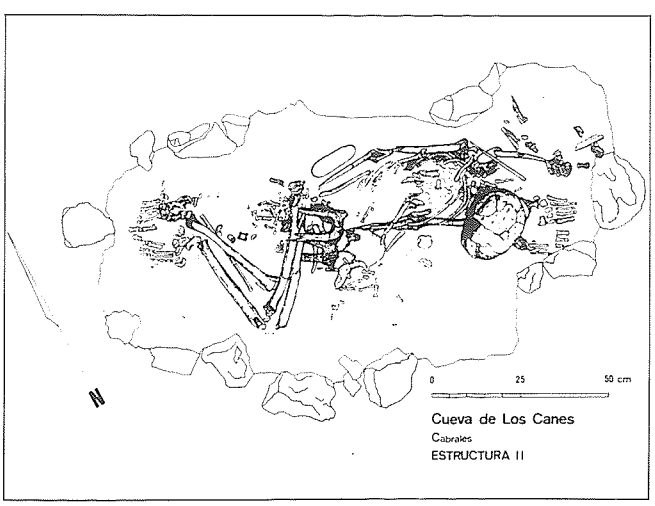


Fig. 4.—Fondo de la estructura II

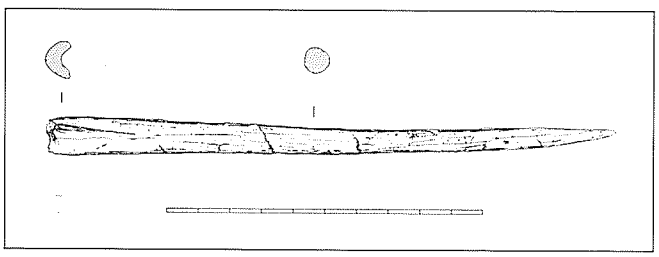


Fig. 5.—Punzón en hueso de la estructura II

Como probable ajuar del esqueleto completo cabe mencionar dos testuces de cabra, localizadas sobre el fémur izquierdo, un conjunto formado por un punzón en hueso muy largo (fig. 5), un bastón perforado con orificio oval (fig. 6 y 7) y un canto rodado, hallados dentrás del cráneo, un canto rodado de 15 cm. de longitud, recogido a la derecha del antebrazo derecho, un conjunto de conchas perforadas —*Trivia europaea y Littorina obtussata*— recogido en torno al cráneo, un incisivo de ciervo perforado hallado junto al talón derecho y una concha perforada de *Cyprina islandica* (Imaz, comunicación oral) pegada al occipital (fig. 8). Señalemos, así mismo, que se localizaron algunos ejemplares de los géneros *Cepaea* y *Patella* entre los huesos, aunque su carácter de ajuar no es tan seguro como los anteriores, pues eran bastante frecuentes en todo el nivel D.

Una muestra de vértebras provenientes probablemente de este esqueleto proporcionó una datación de ^{14}C por acelerador de 6770 $\pm$ 65 BP (AA-5296), lo que supone 5750-5500 cal BC.

Por encima del cráneo del enterramiento que acabamos de describir, en el extremo suroriental de la fosa, se descubrió en conexión anatómica la mayor parte de los huesos de dos pies, orientados en la misma dirección pero senti-

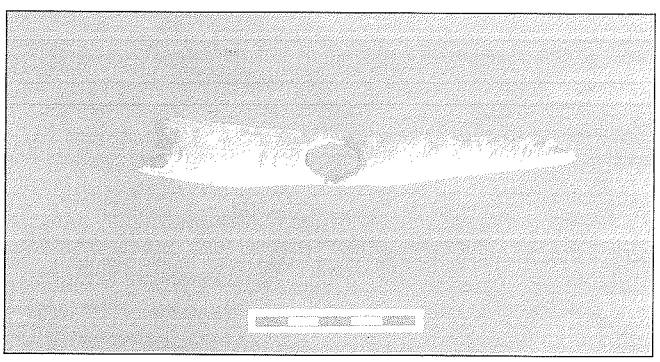


Fig. 6.—Bastón perforado de la estructura II

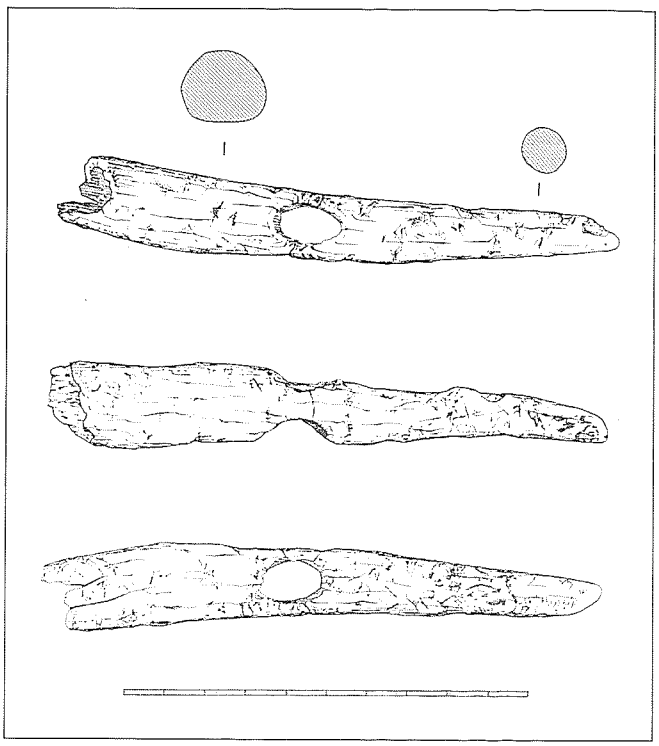


Fig. 7.—Bastón perforado de la estructura II

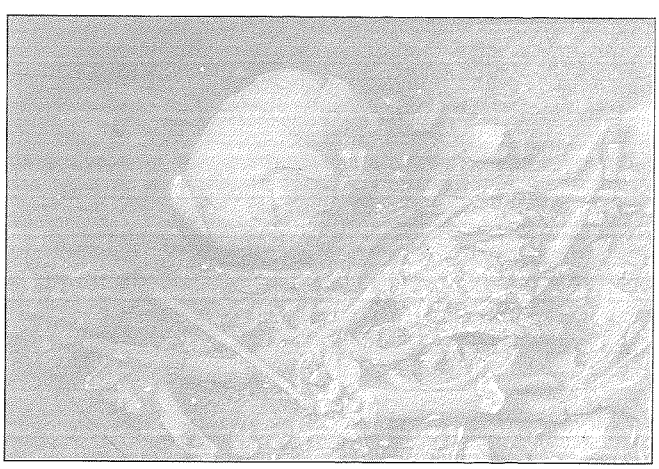


Fig. 8.—Detalle del extremo suroriental de la estructura II. Obsérvese el cráneo desplazado del esqueleto completo, con la concha de *Cyprina islandica* pegada al occipital, el conjunto del bastón perforado, el punzón y el canto y, a la izquierda del cráneo, los pies del otro individuo

do inverso que el esqueleto completo (fig. 8). Podría tener relación con este hallazgo la localización de varios dientes por debajo de los pies del otro esqueleto. A nuestro juicio, la interpretación más simple de estos indicios es considerar que procedan de un enterramiento anterior al del esqueleto completo, vaciado casi totalmente con objeto de reutilizar la fosa para éste, pero del que quedarán algunos pequeños restos en el fondo y los bordes del hoyo. La datación de ^{14}C obtenida para fragmentos de metatarsianos de esos pies (AA-5295: 6860 $\pm$ 65 BP = 5953-5585 cal BC) es coherente con esta interpretación. No obstante, no la confirma plenamente, pues el período al que corresponde esta datación se solapa ampliamente con el de la AA-5296.

4. LA ESTRUCTURA III

La tumba III era un hoyo de 120x83x54 cm., relleno por una sucesión ordenada de capas de tierra y piedras. En el fondo se halló un esqueleto humano en decúbito supino (fig. 9), con las piernas flexionadas, de manera que las rodillas estaban unos 30 cm. por encima del nivel del cuerpo y los pies pegados a las caderas. La cabeza estaba ligeramente ladeada a la derecha; los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, estando el codo izquierdo doblado, de manera que la mano izquierda se halló sobre la pelvis, mientras la derecha estaba de canto, pegada a la pierna de su lado. El esqueleto estaba en condiciones de conservación óptimas, salvo el cráneo, que había sido fracturado por un animal cuya madriguera iba desde el antebrazo izquierdo a la cabeza.

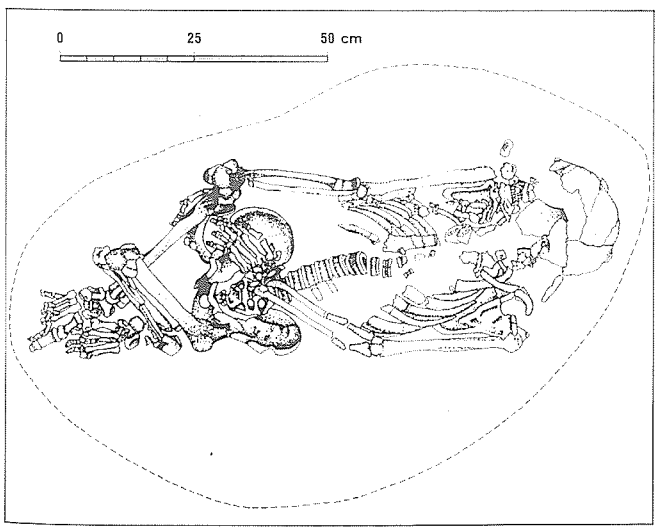


Fig. 9.—Fondo de la estructura III

Por encima del nivel del cuerpo, a la altura de las rodillas, se localizó una concentración de huesos de animales en conexión anatómica, que debían de formar parte de una ofrenda. En el resto de la fosa no se encontró más utillaje significativo que un microburil y alguna concha perforada. A partir de una muestra de fragmentos de costilla del esqueleto se ha obtenido la fecha de ^{14}C por acelerador AA-6071: 6930 $\pm$ 95 BP (6031-5630 cal BC)

5. OTRAS ESTRUCTURAS

Las estructuras IV y V eran hoyos de forma de cubeta, con plantas entre circulares y ovales (IV tenía unos 90 cm. de diámetro en la parte superior y unos 25 cm. de profundidad; V poco más de 1 m. de eje mayor y unos 20 cm. de profundidad). Estaban rellenos de tierra, piedras y fragmentos de costra estalagmítica. En ambos casos la disposición de las piezas planas o alargadas en diversas direcciones hace pensar que fueron rellenadas de una manera relativamente rápida. No se pudo detectar ningún depósito intencional, por lo que desconocemos por el momento la finalidad de estos agujeros. Las industrias recuperadas en los rellenos incluyen utillaje de aspecto paleolítico o aziliense, probablemente producto de la remoción de los estratos anteriores para abrir las fosas (destaquemos dos azagayas de la estructura IV) y alguna pieza con toda probabilidad posterior (un microburil de la estructura IV).

6. LA ESTRATIGRAFIA. ESTADO DE LA CUESTION

La existencia en la cueva de Los Canes de una serie de estructuras yuxtapuestas que sólo se cortan tangencialmente y el escaso contraste sedimentológico entre las capas hacen que el estudio de su estratigrafía sea muy complicado.

Se pueden distinguir en el vestíbulo de Los Canes dos grandes series discordantes. La más antigua la forma una sucesión de estratos (6-8) correspondientes al final del Pleistoceno o el Holoceno temprano. Los inferiores parecen corresponder al Paleolítico Superior. Esta serie estaba sellada por una costra estalagmítica, probablemente continua, de la que quedan numerosos restos en ambas paredes de la cueva. Durante el Holoceno dicha costra y la mayor parte del depósito que ésta protegía fueron removidos para la apertura de un número indeterminado de fosas, de las que hasta ahora conocemos cinco, tres de ellas sepulcrales.

La relación entre unas estructuras y otras es difícil de establecer. Está fuera de duda que la estructura III es anterior a la I, pues ésta está abierta parcialmente en el relleno de aquélla. Así mismo, se ha comprobado que la V es posterior a la III y que la IV se abrió entre la III y la I. La relación entre I y II es más compleja. En otro lugar

hemos expuesto que la estructura I está cortada y tapada por una compleja serie de capas anteriores a las que cubren el fondo de la estructura II (A-C) (Arias y Pérez, 1990b). La suposición de que A-C eran parte del relleno de la estructura II nos hizo pensar en una anterioridad de I. No obstante, las fechas absolutas son incompatibles con esa interpretación. La mayor antigüedad de la datación AA-5296 con respecto a la AA-5294 podría indicar que las capas A-C correspondan a fases de actividad humana distintas de la estructura II, con lo que no existiría relación estratigráfica entre I y II. No obstante, la cuestión no se puede considerar resuelta por el momento, ya que la serie de dataciones absolutas con que contamos no es muy amplia y no se puede descartar totalmente una contaminación de las muestras utilizadas para la datación del esqueleto completo con otros restos humanos más antiguos, habida cuenta del relativo desorden de los huesos de éste.

7. CONCLUSIONES

Los trabajos llevados a cabo en la cueva de Los Canes han permitido detectar una compleja historia de actividades humanas. Comenzaría por una fase no sepulcral, desarrollada probablemente durante el final del Pleistoceno o los inicios del Holoceno, durante la cual se habrían depositado los estratos 8, 7 y 6. Posteriormente se habría formado una costra estalagmítica, quedando el vestíbulo de la cueva relleno hasta gran altura (probablemente estaría obturado el paso hacia las galerías en las que se conservan los grabados digitales [Arias *et alii,* 1981]). Parece razonable relacionar esta ocupación Paleo-Mesolítica con la magnífica situación de la cueva como punto de control del valle que desciende de Arangas al río Cares.

En una segunda fase se le da a la cueva un uso funerario, cavándose al menos tres sepulturas individuales en fosas. Su apertura remueve totalmente el relleno del centro de la cueva, quedando de la costra estalagmítica y de los niveles 6-8 únicamente pequeños testigos pegados a las paredes. Al taparse las tumbas con tierras procedentes de las ocupaciones anteriores, su relleno incluye utillaje de tipología paleolítica.

Todavía es un poco pronto para valorar adecuadamente los enterramientos holocénicos de la cueva de Los Canes. Aún no contamos más que con informes muy limitados de los especialistas que colaboran en el proyecto. Por otra parte, no conocemos todas las estructuras abiertas en el vestíbulo ni están suficientemente aclaradas las relaciones entre las ya excavadas.

Las dataciones radiocarbónicas parecen confirmar algo que con muchas reservas habíamos sugerido respecto al enterramiento I (Arias y Pérez 1990b) y que es aplicable también al III y posiblemente al II: su adscripción al Epipaleolítico. Hasta la fecha no se sabía nada del Epipaleolítico post-aziliense de las áreas no costeras de Asturias y poco del del resto del Cantábrico. Los primeros informes que nos proporciona Los Canes están sesgados por el carácter sepulcral del yacimiento. Hemos obtenido información acerca del ritual funerario, pero es muy poco lo que se puede decir de las industrias, pues el relleno de las sepulturas es pobre en utillaje y no se puede garantizar su coetaneidad con la tumba salvo en unos pocos casos. No obstante, la presencia de microlitos geométricos, microburiles y, si se confirma la clasificación preneolítica de II, un bastón perforado del tipo de los asturienses de Fonfría y Tres Calabres (Vega del Sella, 1923: 21-25) suponen unas primeras referencias de gran valor.

Los microlitos geométricos y los microburiles sugieren que este Epipaleolítico postaziliense del interior de Asturias es menos particular que el Asturiense de la costa y que, al igual que el Epipaleolítico avanzado de gran parte de la Península Ibérica, incluye entre sus características el empleo de utillaje geométrico, fabricado con el concurso de la técnica del microburil y con retoque abrupto. En concreto, es innegable el paralelismo con el Epipaleolítico geométrico que se ha identificado en el Cantábrico oriental, en yacimientos como El Tarrerón, Santimamiñe o Arenaza (Arias, 1991). No obstante, hemos de recordar que en los momentos finales del Asturiense tampoco son desconocidos los microlitos geométricos (Arias 1987: 198) y que nuestro conocimiento de las industrias tardías de este complejo industrial es tan sumario que podría ser precipitado hacer de la cuestión de los microlitos una prueba de diferencias importantes en el utillaje epipaleolítico a un lado y otro de la Sierra de Cuera. Particular interés tiene la documentación del uso de la técnica del microburil, demostrada por sendas piezas de las estructuras III y IV, los primeros microburiles *sensu stricto* que se localizan en la mitad occidental de la región cantábrica.

El bastón perforado de la estructura II es más claro como referencia, por su adscripción a un tipo muy particular y de distribución restringida en el tiempo y en el espacio. Resulta tentador hacer de este paralelo una prueba de la vinculación de las industrias de Los Canes con el Asturiense, de la cual se podrían encontrar algunos otros indicios (presencia de conchas marinas en Los Canes, máxima densidad de concheros en áreas de acceso a la Depresión Prelitoral como el valle del Bedón, concheros en la Sierra de Cuera). No obstante, hay que señalar que, aunque este tipo ha sido divulgado adecuadamente sólo en sus apariciones en el Asturiense, se documenta en otros contextos epipaleolíticos tardíos o neolíticos iniciales del País Vasco (Arias y Pérez, 1990b).

Concluyendo, comenzamos a conocer las características industriales del Epipaleolítico avanzado de las zonas interiores del oriente de Asturias. Un Epipaleolítico avanzado que tenemos constancia de que se desarrolla a lo largo del VI milenio cal BC y que muestra una serie de rasgos comunes con los principales núcleos supuestamente coetáneos del Cantábrico: el Asturiense y el Epipaleolítico geométrico del Cantábrico oriental (no tan diferentes entre sí como puede parecer a primera vista). Ahora bien, conocemos mejor los aspectos relativos a las costumbres funerarias. Se trata de grupos que practican la inhumación individual en fosas abiertas en cuevas, con los cadáveres tumbados de espaldas y las piernas flexionadas. Los restos humanos suelen estar acompañados de elementos de adorno, fragmentos grandes de mamíferos (ciervo, cabra) y, en ocasiones, objetos destacados. En el relleno de las tumbas es frecuente la presencia de moluscos marinos y terrestres, que en algún caso llegan a formar un verdadero conchero. Los rasgos generales de este complejo funerario no difieren sustancialmente de la tradición de sepulcros individuales en cueva que se documenta en el Cantábrico desde el Aziliense hasta las primeras fases del Neolítico, manifestada en la sepultura aziliense de Los Azules (Fernández-Tresguerres 1976), la asturiense del Molino de Gasparín (Carballo 1926) y la neolítica de Marizulo (Laborde *et alii* 1967). No obstante, la relativa simplicidad de todas estas estructuras no permite descartar que el parecido sea casual.

Tras la fase epipaleolítica se documenta en Los Canes una última etapa de actividad humana prehistórica, bien representada en los niveles A-C, cuya relación con las sepulturas no está suficientemente aclarada. La presencia en esos niveles de cerámicas lisas groseras y las características de la industria lítica (en la que destacan los microlitos geométricos, parte de ellos con retoque en doble bisel) permiten adscribir este conjunto a una de las primeras fases del Neolítico de la región cantábrica (Arias 1991).

No estamos en condiciones de precisar más. Aún es poco lo que sabemos de cuestiones como la relación entre el Epipaleolítico y el Neolítico en este yacimiento; todavía está en sus fases iniciales el estudio de los materiales arqueológicos recuperados en estas excavaciones. No obstante, creemos que Los Canes y las cuevas de su entorno (Tiu Llines, Arangas) ofrecen esperanzadoras perspectivas para profundizar en el estudio de la transición de las últimas sociedades de cazadores y recolectores a las primeras de agricultores y ganaderos en la región cantábrica.

Santander-Oviedo, diciembre de 1990

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ANDRE, J. (1979): *"Etude malacologique du gisement néolithique de l'abri Jean-Cros"*, en Guilaine, J. (Dir.): L'abri Jean-Cros. Essai d'approche d'un groupe humain du Néolithique ancien dans son environnement. Toulouse, Centre d'Anthropologie des Sociétés Rurales: 253-278.

ARIAS CABAL, P. (1987): *"Bases para el estudio de la neolitización del oriente de Asturias"*. Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología. Islas Canarias, 1985. Zaragoza, Secretaría General de los Congresos Nacionales de Arqueología: 193-213.

ARIAS CABAL, P. (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al Neolítico en la región cantábrica.* Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

ARIAS CABAL, P.; GIL ALVAREZ, G.; MARTINEZ VILLA, A. y PEREZ SUAREZ, C. (1981): *"Nota sobre los grabados digitales de la cueva de Los Canes (Arangas, Cabrales)"*. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 104: 937-956.

ARIAS CABAL, P. y PEREZ SUAREZ, C. (1990a): *"Las excavaciones en la cueva de Los Canes y otros trabajos en la Depresión Prelitoral del Oriente de Asturias (1981-1986)"*. Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86. Oviedo, Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias: 135-141.

ARIAS CABAL, P. y PEREZ SUAREZ, C. (1990b): *"Las sepulturas de la cueva de Los Canes (Asturias) y la neolitización de la región cantábrica"*. Trabajos de Prehistoria 47.

BARANDIARAN MAESTU, I. (1983): *"Los comienzos del Holoceno en la Prehistoria vasca. Algunas reflexiones"* Eusko Ikaskuntza. Cuadernos de sección. Antropología-Etnografía Prehistoria-Arqueología 1: 237-258.

BARANDIARAN, J.M. DE (1947): *"A propos de «Helix nemoralis» dans les gisements préhistoriques"* Ikuska 3.

CARBALLO, J. (1926): *El esqueleto humano más antiguo de España.* Santander, edición del autor.

FERNANDEZ-TRESGUERRES VELASCO, J.A. (1976): *"Enterramiento aziliense de la cueva de Los Azules I (Cangas de Onís, Oviedo)"*. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 87: 273-288.

GUILAINE, J. (1979): *"Les couches à Helix dans les Pyrénées de l'Est"* en L'abril Jean Cros. Essai d'approche d'un groupe humain du Néolithique ancien dans son environnement. Toulouse. Centre d'Anthropologie des Sociétés Rurales: 281-288.

LABORDE, M.; BARANDIARAN, J.M. DE; ATAURI, T. DE y ALTUNA, J. (1967): *"Excavaciones en Marizulo (Urnieta). (Campañas de 1965 y 1967)"* Munibe XIX: 261-270.

PEARSON, G.W.; STUIVER, M. y REIMER, P.J. (1986): *Radiocarbon* 28, 2B: 805-934 y 980-1030.

VEGA DEL SELLA, CONDE DE LA (1923): *El Asturiense. Nueva industria preneolítica.* Madrid, Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas.

NOTAS

(1) Han participado en una o varias campañas los licenciados y alumnos de las Universidades de Cantabria, Oviedo, Complutense y Deusto D. Alvaro Arias Cabal, Dña. Amaia Bilbao Gondra, D. Ignacio Castanedo Tapia, Dña. M.ª Lourdes Fernández Gallego, D. Mario Fernández Ramos, D. Francisco Gómez Illa, Dña. María González González, D. Jesús E. González Urquijo, D. Manuel Lagüera García, Dña. Coro Lecuna Tolosa, Dña. Carmen Martínez Gutiérrez, D. Ramón Montes Barquín, Dña. María del Rosario Olabe Fernández, D. Roberto Ontañón Peredo, Dña. Magdalena Pelayo Ballesteros, D. Luis Miguel Quijano García, Dña. Marta Revuelta Fernández, Dña. Ana Ruiz Castillo, Dña. Marisa Sota Verdión y D. Luis C. Teira Mayolini.

(2) La calibración de las fechas se ha realizado por medio del programa de calibración CALI, elaborado por el Dr. Cecilio González Gómez, del Laboratorio para Datación por el C14 de la Universidad de Granada. Todos los períodos cal BC que damos en este artículo corresponden a una desviación típica doblada (2σ).

SONDEO ESTRATIGRAFICO EN LA CUEVA DEL TIU LLINES (ARANGAS, CABRALES)

Pablo Arias Cabal, Carlos Pérez Suárez
Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Cantabria

Durante el mes de septiembre de 1989 se llevó a cabo un sondeo en la cueva del Tiu Llines, simultaneándose dichas tareas con la excavación de la vecina cueva de Los Canes (Arias y Pérez 1991). El trabajo fue realizado gracias a la colaboración de un equipo de licenciados y estudiantes de la Universidad de Cantabria, integrado por Luis César Teira Mayolini (dibujante), María González González, Coro Lecuna Tolosa, Ramón Montes Barquín y Marisa Sota Verdión.

1. DESCRIPCION DEL YACIMIENTO

La cueva del Tiu Llines se sitúa en las estribaciones de la Sierra de Cuera, a unos 200 m. del lugar de Arangas (Cabrales), en la vertiente meridional del monte sobre el que se alza dicha población. La boca de la cavidad se abre al S.E., a unos 270 m. de altitud sobre el nivel del mar. Tiu Llines es un sector de galería, abierto al exterior por la erosión de la ladera, de un antiguo sistema kárstico fosilizado al que también pertenece Los Canes. De hecho, existe comunicación entre el vestíbulo de la cueva de Los Canes y la sala más profunda de la del Tiu Llines, aunque es demasiado estrecha como para que pueda pasar una persona.

La entrada principal de Tiu Llines es un estrecho pasillo de una anchura comprendida entre uno y dos metros y una longitud de unos 8 m. Hacia la mitad de su recorrido gira a la izquierda, dando paso a una sucesión de tres salas relativamente anchas (unos 5 o 6 m. de diámetro) pero de techo muy bajo. La primera de ellas se comunica con el exterior por un pequeño agujero abierto en el lado meridional de la sala, suficientemente ancho para el paso de una persona normal. En la entrada de la cueva y entre el pasillo y la primera sala quedan restos derruidos de sendos muros. Al parecer fueron construidos por un vecino de Arangas —apodado el Tiu Llines, de ahí el nombre de la cavidad— que a principios de siglo guardaba ganado en ese lugar. En la actualidad la cueva no se utiliza para fines prácticos.

Aparentemente el yacimiento está intacto. Unicamente se detectan algunos pequeños agujeros abiertos por animales (probablemente zorros), de cuyos cubiles quedan restos en las tres salas. En superficie aparecen numerosos huesos de animales y en algunos lugares lascas, fragmentos de cerámica e incluso algún resto humano.

2. EL SONDEO DE 1989

Durante esta Campaña de sondeo abrimos una superficie de 1,75 m^2 en la primera sala, entre la pared septentrional y el centro de la misma. El lugar escogido parecía idóneo por su cercanía al exterior, la ausencia de grandes costras estalagmíticas (que abundan en otras zonas de la cueva) y su relativa comodidad para trabajar. Las labores se realizaron con luz eléctrica gracias a una línea tendida desde la red por gentileza de la empresa Ercoa.

Se comenzó excavando una cata de 50x50 cm. junto a la pared norte (sondeo 1). Al aparecer en el fondo del primer estrato hallado un agujero de difícil interpretación se fue ampliando dicho sondeo hasta llegar a 1x1 m. Al no resolverse así los problemas estratigráficos, se procedió a abrir un nuevo sondeo en el cuadro situado al S.E. del 1 (sondeo 2), del que se excavaron de forma independiente los cuadrantes N.O., S.O. y S.E., quedando al N.E. sin explorar este año. En ambos sondeos se separaron en cada estrato tallas (niveles artificiales) de 10 cm. de potencia. La tierra se cribó en seco en la boca de la cueva, guardándose los restos de criba y siendo de nuevo cribados con agua en el pueblo. Una vez secos los resíduos de la segunda criba se extrajeron en el laboratorio los restos de industria, fauna y otros elementos de interés arqueológico.

3. LA ESTRATIGRAFIA

La base de la estratigrafía de ambos sondeos la constituía un nivel de arcilla amarillenta anaranjada que, al menos en los 30 cm. de potencia sondeada en ella, era estéril. En una parte del área excavada estaba cubierto por una serie de estratos con industria lítica prehistórica, sellados por una potente costra estalagmítica, sobre la que más tarde se había depositado una nueva capa de arcilla. Esta serie está cortada por un gran hoyo o zanja de finalidad desconocida, que se abre desde los niveles superpuestos a la costra, rompe ésta y profundiza al menos hasta la arcilla de base. La verticalidad de alguna de sus paredes y la estructura del relleno parecen indicar que fue tapado de forma relativamente rápida. El relleno de esta estructura incluye industria lítica prehistórica, cerámica lisa y huesos humanos (fragmentos de vértebras y una mandíbula).

4. VALORACION PROVISIONAL

Contamos con una información insuficiente para valorar adecuadamente esta secuencia. Hasta que no se amplíe el área excavada será imposible interpretar de manera fiable la estratigrafía. Por otra parte, la industria y la fauna recuperados hasta ahora (aún en estudio) no permiten obtener conclusiones firmes.

No obstante, hemos de destacar la aparición de restos humanos y cerámica en el relleno de la posible estructura detectada. Señalemos también que resulta evidente la analogía con la secuencia de la cueva de Los Canes, donde, tras depositarse niveles de ocupación en el Tardiglacial y ser cubiertos por una costra estalagmítica, se abrieron hacia el VI milenio cal. B.C. una serie de hoyos con una finalidad funeraria (Arias y Pérez 1991). Esto último, unido a la mencionada aparición de restos humanos en el Tiu Llines, podría sugerir una finalidad supulcral para la posible estructura identificada en esta última cueva. De todas formas es obvio que tal posibilidad no se podrá verificar hasta que se reanude la excavación.

Por su parte, la presencia de cerámicas similares a las de los estratos más tardíos de Los Canes podría ser indicio de una cronología no muy alejada de la que proponemos para éstos (Arias 1991). No obstante, la imposibilidad de reconstruir las formas de las vasijas de Tiu Llines y la tosquedad y ausencia de decoración de los fragmentos aparecidos hasta ahora impiden establecer por el momento una relación segura entre las cerámicas de ambos yacimientos.

En definitiva, el sondeo de 1989 ha demostrado la existencia de un interesante yacimiento arqueológico en la cueva del Tiu Llines. La cronología holocénica de parte del depósito y la posibilidad de que existan enterramientos prehistóricos abren prometedoras perspectivas a una excavación más extensa del depósito. La aprobación en el año 1990 por parte de la Consejería de Educación, Cultura y Deporte del Principado de Asturias de la protección del yacimiento por medio de una verja posibilita el planteamiento de programas de excavación más amplios en esta cueva.

Santander-Oviedo, diciembre de 1990

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ARIAS CABAL, P. (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al Neolítico en la región cantábrica.* Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

ARIAS CABAL, P. y PEREZ SUAREZ, C. (1991): *"Las excavaciones arqueológicas de la cueva de Los Canes (Arangas, Cabrales). Campañas de 1987 a 1990. Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90.* Oviedo, Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias.

INFORME PRELIMINAR SOBRE LA EXCAVACION EN LA PARE DE NOGALES (PEÑAMELLERA ALTA, ASTURIAS) 22 DE JUNIO-20 DE JULIO DE 1990

Vicente Rodríguez Otero

1. LOCALIZACION

El abrigo de la Paré de Nogales pertenece administrativamente a la parroquia de Mier, partido judicial de Llanes, municipio de Peñamellera Alta, situado en la parte sur-oriental de Asturias. Sus coordenadas aproximadas son 43°19'05'' de latitud N. y 1°00'51'' de longitud del meridiano de Madrid. Posee una cota aproximada de 120 m. sobre el nivel del mar y dista unos 60 m. del río Cares.

2. CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO

Durante la realización de la Carta Arqueológica de las dos Peñamelleras por encargo de la Consejería de Cultura, el día 18 de junio, estábamos prospectando lo que previamente habíamos denominado *Unidad de Prospección n.º 13*. La parte meridional de esta unidad abarca todo el S. del Monte Carria. Entendíamos que este era un paraje con alto riesgo arqueológico (Cfr. con el apartado de Previsiones, de la *Carta Arqueológica de las Peñamelleras,* Consejería de Cultura, 1990), por lo que al divisar desde la carretera un frente calizo (fig. 1), decidimos ascender a él. Una vez allí observamos que en ese frente se había formado un abrigo y como no se apreciaba resto arqueológico alguno en superficie, continuamos con la tarea de destroce, al mismo tiempo que decidíamos, como siempre, forzar un corte estratigráfico de un metro de ancho entre la pared y el substrato rocoso. Si el desbroce en el tramo occidental puso al descubierto débiles restos de arte parietal (fig. 2), el sondeo, tras cortar unos 5 cm. de tierra, dejó al aire fragmentos óseos humanos (fig. 3). El día 20 habíamos quedado citados con el Dr. D. Elías Carrocera Fernández para informarle sobre la marcha de la Carta Arqueológica, tal como nos obligaba el pliego de condiciones técnicas de la Consejería de Cultura. El día 22 la Consejería de Cultura nos insta por escrito a culminar la excavación en el sector en el que habíamos practicado el sondeo. Por último, hasta el día 23 no recibimos la visita del Prof. D. Javier Fortea Pérez, quien a partir de ese momento no sólo nos asesora acertada y constantemente, sino que además nos pone en contacto con el geólogo D. Manuel Hoyos Gómez y con el antropólogo D. José E. Egocheaga.



Fig. 1.—Vista del abrigo de Paré de Nogales desde el S.



Fig. 2.—Detalle de las puntuaciones en rojo bajo la visera del abrigo

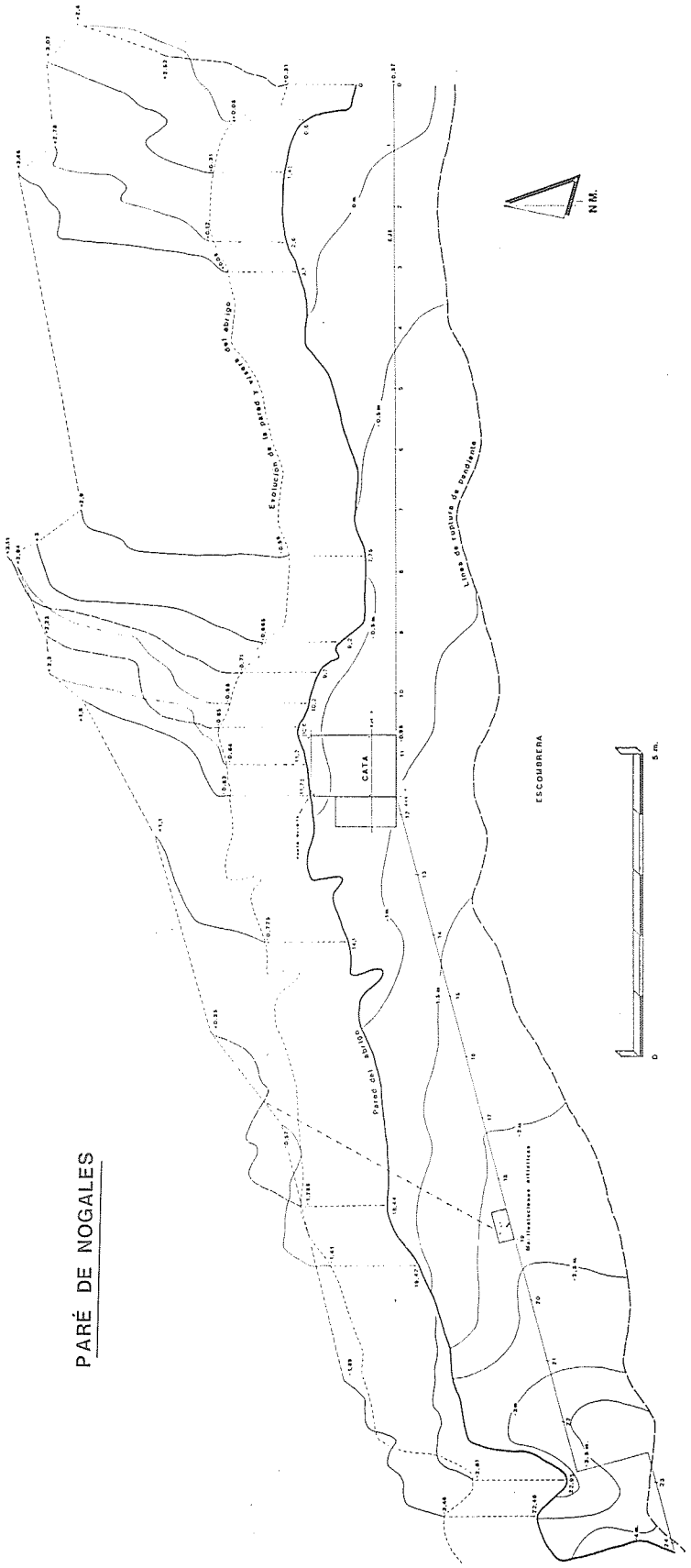


Fig. 3.—Planimetría del abrigo

3. EL MEDIO GEOGRAFICO

Estructuralmente el yacimiento pertenece al Macizo Asturiano (Dominio de los Picos de Europa) y, geomorfológicamente al tramo más oriental del Surco Prelitoral, el que va de Cangas de Onís a Panes (Muñoz Jiménez, Julio: Geografía Física. El relieve, el clima y las aguas, en *Geografía de Asturias,* tomo 1, *passim,* Oviedo 1982).

Geológicamente la historia del tramo del Surco Prelitoral que nos ocupa, desde Mier a Trescares y de Alles a Trespando-Gusaleros (IGME: *Mapa Geológico de España,* E. 1:50.000, hoja n.º 56, Madrid, 1984), comienza en el Ordovícico Inferior, época en la que se sedimentan ortocuarcitas. En contacto discordante con ellas se depositan, formando una estrecha franja a ambos lados del surco, microconglomerados feldespáticos del Devónico Superior. Tras un vacío sedimentario, entran en contacto discordante con esa litología estrechas bandas de calizas nodulosas con intercalaciones de radiolaritas del Carbonífero Inferior, situadas, asimismo, al N. y S. del yacimiento. El tramo Superior del Carbonífero está bien representado: en contacto discordante se depositan ahora, en ambiente de plataforma marina, calizas blancas de grano fino y calizas margosas con sílex. Es dentro de estos materiales donde se encaja el río Cares y donde se abre el abrigo de la Paré de Nogales. Por último, tras un largo vacío sedimentario, los débiles depósitos cuaternarios tanto pleistocenos como holocenos culminan la serie.

Como vemos, el substrato rocoso predominante es la caliza, lo que ha provocado un relieve muy vigoroso y carstificado, donde se combinan en cortas distancias valles muy deprimidos y áreas de montaña muy elevada.

4. DESCRIPCION DEL ABRIGO

El abrigo de la Paré de Nogales está dentro de una gran franja de calizas de grano fino de edad Estefaniense. Esta litología es una de las causantes de que el río Cares, en su curso medio, labrase una topografía en corredor, especialmente acusada en el tramo en el que está situado el yacimiento. Esto posibilitó la formación de un abrigo en el frente del primer escalón del sector meridional del Monte Carria. Su eje E-O, orientado al S., está absolutamente condicionado por la estructura anteriormente descrita.

La pared del abrigo, con un trazado bastante lineal, está bien delimitada por inflexiones a ambos lados con dirección N., inflexiones que van acompañadas, también, por un fuerte cambio de pendiente y por una pérdida de la visera. Hacia el NE., fuera ya del abrigo, hay un pequeño covacho.

Su longitud es de 24 m. Bajo él se forma una pequeña plataforma siguiendo la misma orientación del abrigo. Es bastante irregular en anchura: 1, 6-3, 6 m. y tiene, lo mismo que la pared del abrigo, una débil pendiente hacia el O., más acusada en el último tramo, al mismo tiempo que se ensancha en esa dirección. La visera es asimismo irregular tanto en altura como en anchura, desapareciendo en el centro, lugar donde se realizó la cata. La anchura máxima de la visera —2,7 m.— la alcanza también en el sector occidental y la mayor altura —3,9 m.— en el tramo central, un poco al E. de la cata.

El abrigo consta de tres pequeñas concavidades separadas entre sí bien por tramos rectos bien por coladas estalagmíticas. La mayor de todas es la occidental, que como vimos es la que mayor desarrollo tiene de visera y plataforma.

En dirección S. esta plataforma rápidamente rompe en una fuerte pendiente con dirección al río Cares.

5. LA EXCAVACION

Se instaló una cuadrícula de un metro de ancho por uno y medio de largo, construida con angulares para obtener una documentación precisa de los restos arqueológicos extraídos. Se limpian bien los cortes laterales y frontal producidos al realizar el sondeo para estudiar en detalle la estratigrafía y se observan los siguientes hechos:

1.º Que encima del cráneo persistía la costra; más adelante la denominaríamos niveles IIc, IIIa y IIIb.

2.º Que el cadáver, de un sujeto con dolicocefalia bastante acusada, estaba recostado sobre su costado derecho, afloraba gran parte del cráneo, húmero izquierdo y cúbito y radio derechos. El húmero estaba situado en paralelo y en conexión anatómica con los huesos del antebrazo.

3.º Que el cráneo presentaba, junto a roturas recientes motivadas por los golpes que previamente al descubrimiento de los restos óseos habíamos transmitido a la costra anteriormente citada, otras fracturas antiguas: especialmente dañados estaban los huesos frontal y el parietal y temporal izquierdos; apenas se apreciaba parte del ala mayor del esfenoides izquierdo; estaban desplazados el conducto auditivo, hacia la derecha, y el hueso malar; el maxilar estaba aplastado y la mandíbula rota a la altura de la sínfisis; fracturados también estaban los huesos del brazo y de la pierna: la cabeza del fémur prácticamente había desaparecido, era identificable por el tejido esponjoso y con-

servaba sólo algo menos de la mitad superior; del húmero sólo afloraba un fragmento de la parte inferior, pero no conservaba el extremo distal; el cúbito estaba fracturado por la mitad y se había perdido prácticamente a partir de la línea epifisiana y el radio no conservaba ninguno de los extremos. Al barrer se desprendió un molar.

4.º Debajo del maxilar y entre éste y el espacio definido por los huesos de los brazos aparecía una acumulación grande de conchas de individuos del género *Helix*. De este sector se habían extraído ya una hojita de radiolarita y dos lascas de cuarcita pequeñas. Por encima del ángulo y cóndilo de la mandíbula aparecía una concha recortada, de unos dos milímetros de ancho. La presencia de *Helix* también era masiva entre la apófisis mastoide y la protuberancia occipital externa. Otra acumulación importante de *Helix,* aunque menor que las anteriores, estaba colocada entre el maxilar y el hueso nasal.

Dentro de esta especie había siempre, como mínimo, dos familias, una con individuos de pequeño tamaño, situada por debajo, y otra de sujetos de mayor dimensión, bastante menos representada. En ningún caso llegaban a formar auténticas "escargotières". Esta organización, en triángulo en torno a la parte inferior y mesial del cráneo, por un lado, y, por otro, la presencia de esas dos familias del género *Helix* dispuestas por familias-tamaños, unido a que algunos de ellos estaban encostrados dentro del nivel IIc, nos hizo pensar, en un primer momento, en la verosimilitud de unas ofrendas. Hacía aún más creíble esta contingencia el hecho de que entre el grupo inferior, el que estaba situado debajo de la mandíbula, hubiesen aparecido una hojita de radiolarita y dos lascas, briznas de carbón en la base del tramo alto del nivel IIc y pequeñas bolas de ocre rojo en el nivel IIb. Todo esto nos obligó, a extremar las pautas en la precisión y localización de todos los elementos arqueológicos dentro de la cata.

5.º Que al individuo se le había acostado en "posición violenta" (Obermaier, Hugo: *El hombre fósil,* p. 114, Madrid 1925. Edición facsímil, Ediciones Istmo, Gijón 1985) casi sobre la roca madre. La estratigrafía, aún en espera de confirmación y análisis que realice el Dr. D. Manuel Hoyos, queda establecida de base a techo como sigue:

Nivel I: Roca madre (caliza). Presentaba una superficie muy resquebrajada, poco uniforme y llena de intersticios debido a las pequeñas diaclasas de superficie.

Nivel II: Hemos subdividido este nivel en 3 según la textura y disposición de los materiales que contiene, a saber:

Subnivel IIa: Está formado por una matriz ligeramente arcillosa de color negruzco, sobre todo en el O., en esa dirección va ganando en espesor. Está muy lavado, quizás eso explique la presencia de una escasa matriz. Posee muchísima gravilla y los materiales aparecen mayoritariamente dispuestos en posición horizontal. Es arqueológicamente fértil y su techo entra en contacto con el esqueleto.

Subnivel IIb: Es el nivel que contiene los restos óseos. Aunque posee las mismas características que el anterior, es, quizás, algo más claro, contiene elementos pétreos más groseros. Estos son muy angulosos y escasos en el sector occidental, en cambio aparecen de forma masiva en el tramo oriental. A diferencia del subnivel anterior no conserva una sedimentación de sus elementos en horizontal, sino que aparecen en cualquier posición. Es, por tanto, un nivel de origen antrópico, con él se realiza el túmulo que contiene al enterramiento. En su techo y en la base del siguiente nivel aparecía una finísima película de cenizas formada por briznas de carbón vegetal, profundizando dos fragmentos de carbón algo más groseros dentro del presente nivel.

Subnivel IIc: Está constituído por una costra que sella el enterramiento. Se forma a expensas de los materiales del nivel IIb, concrecionándolos. Dentro de él hay que distinguir dos franjas, a saber: la inferior, de desigual desarrollo, que entra en contacto lateral de facies con el subnivel IIb y su base puede alcanzar tanto el nivel IIa como el nivel I. Está únicamente presente en el E. de la cata. Es de color gris oscuro con alguna mancha rojiza. Y el techo, formado por una faja de color amarillo claro, es relativamente uniforme en toda la cata. Los elementos pétreos groseros son muy escasos.

Todo este subnivel es durísimo. Ya dijimos que en su base poseía multitud de briznas de carbón. Pero éstas, en planta sólo ocupaban un círculo algo mayor que el correspondiente al cráneo. Allí donde las cenizas no estaban presentes este nivel alcanzaba el techo del nivel I.

Nivel III: Lo hemos dividido asimismo en tres unidades:

Subnivel IIIa: Paquete de color grisáceo y escasa matriz tobácea que envuelve abundantísimos cantos calizos muy angulosos de tamaño bastante homogéneo.

Subnivel IIIb: Nueva banda de formación tobácea, menos dura que las precedentes, de color amarillento-grisáceo, con abundante matriz y escasísimos elementos pétreos.

Subnivel IIIc: Ocupa el techo de la estratigrafía, posee matriz arcillosa muy suelta de color ocre claro que envuelve abundante grava.

A instancias del Dr. D. Manuel Hoyos, se abrió en el lateral izquierdo, en el O. de la cata, a 40 cm. del punto 0 en el eje Y, un rectángulo de 1,1 m. en ese mismo eje por 0,50 m. en el eje X, hasta alcanzar el nivel I.

La presencia, por encima del subnivel IIb que contiene el esqueleto, de tres niveles muy duros y encostrados, no nos permitió excavar en horizontal, pese a que sobre ellos se aplicó ácido acético. Así pues se excavó prácticamente toda la cata en vertical, tomándose las medidas X, Y y Z de todos los restos de industria, gasterópodos y huesos que aparecieron.

A los restos óseos se les iba aplicando el consolidante "Primal", disuelto con un 15% de agua destilada, con un pincel de cerda natural de marta. Previamente se les lavaba con agua oxigenada de 110 volúmenes rebajada a un 50% y agua destilada.

Dentro de este contexto se procedió a regularizar los cortes laterales y frontal y luego se fue trasladando éste último a partir siempre del nivel IIIa al IIa hacia el fondo de la cata, al mismo tiempo que se le iba aplicando ácido acético para ablandar esa costra. Mientras actuaba el ácido se iba excavando el nivel IIa y IIb. Como el cráneo estaba tan deshecho, para evitar que se nos desparramase, se procedió aplicar consolidante a la tierra que contenía el cráneo y se iba modelando un cubo exterior que lo abrazase, de unos cinco centímetros de ancho en profundidad hasta el nivel I, en torno al perímetro de la estructura craneana. Posteriormente también a ese cubo de tierra se le aplicaba el "Primal".

Durante el proceso de excavación se fueron aislando el resto de los huesos que aparecían, dejando la mayor parte *in situ*. Sólo se levantaron aquellos a los que no fue posible mantener en su posición original: pequeños fragmentos o esquirlas. De todos ellos se obtuvieron previamente los datos de su ubicación. Así se hizo también con los restantes materiales arqueológicos, incluido un fragmento de carbón que apareció encima de la clavícula. Este se levantó rápidamente para que no se contaminase.

Antes de proceder a levantar lo poco que quedaba del esqueleto (fig. 4), se había llevado casi hasta la pared del abrigo todo el corte frontal.

La excavación puso al descubierto una vértebra cervical, en muy mal estado de conservación y probablemente con la apófisis mirando hacia arriba, el resto del húmero izquierdo que no se mantenía ya a partir del cuello quirúrgico, las dos clavículas y algunas costillas. Todos en muy mal estado de conservación. Delante y por debajo del frontal asomaban los extremos de dos falanges o de dos falanginas y es probable que se haya recuperado una falangeta también en ese sector. Paralelamente se habían extraído multitud de *Helix*, algunos restos de industria lítica y fragmentos de carbón. A mitad de excavación, observando que no aparecían ofrendas, se comienzan a coordenar los materiales por polígonos espaciales.



Fig. 4.—Primeros resultados del sondeo

A partir del 27 de julio se hace cargo de los restos óseos el restaurador D. Jesús M.ª Puras Higueras. Una vez retirados se excavan los escasos restos del nivel IIa que había quedado dentro de los intersticios del nivel I. Se limpia la cata y se fotografía.

Por último, debemos añadir que se han recuperado algunos restos de industria lítica en superficie fuera de la cata y en aquellos tramos del yacimiento que más se pisaban.

6. LAS MANIFESTACIONES ARTISTICAS

En el oeste del abrigo y en la cara interna de la visera se conservan restos de pintura roja: tres digitaciones y un bastoncillo. Todos de pequeño tamaño y aunque relativamente bien conservados poseen cierto movimiento de tinta.

7. INTERPRETACION

La localización del cadáver, cuya mayor parte de su esqueleto postcraneal estaba fuera de la protección de la visera del abrigo, fue la causante de la pérdida o el arrastre de gran parte de los huesos: gran cantidad de vértebras y costillas, la pelvis, los huesos del brazo izquierdo, el húmero izquierdo y la parte inferior del derecho y todos los huesos de las piernas.

Los restos humanos encontrados en La Paré de Nogales revelan que estamos ante un enterramiento "en posición violenta" (Obermaier, Hugo: *Ibid):* los escasos huesos conservados estaban en conexión anatómica, a veces algo desplazados, e indican que éste había sido recostado sobre su flanco derecho, con los huesos de la diestra debajo del temporal de ese costado y casi en contacto con el espacio que debieron ocupar los carpos se encontraba la cabeza de un húmero. Lo que indica que tenía las piernas flexionadas a la altura del mentón y paralelas a los antebrazos. Esta posición parece confirmarse también por la disposición algo curvada en la que iban apareciendo las escasas costillas conservadas, lo que revelaba una posición decúbito prono para el esqueleto.

Por la disposición de la estratigrafía y similitud entre los niveles IIa, debajo del esqueleto, y IIb, que envuelve los restos óseos, parece que, al enterrar a este individuo, sus gentes vacían lo que debió ser en su día un mismo nivel, hasta el techo de lo que ahora denominamos IIa. Colocan el cadáver contra la pared del abrigo y con la misma tierra extraída lo cubre, de ahí la similitud de matriz y color entre ambos niveles y al mismo tiempo esa diferencia en la disposición horizontal de los elementos pétreos del nivel IIa, que sirve de lecho mortuorio, y la anárquica del nivel IIb. Posteriormente, es probable que la escorrentía del agua por la pared del abrigo o por los pequeños tubos de presión que hay justamente en esa concavidad y encima del enterramiento provocase una percolación de agua dentro de la estructura funeraria concrecionando la parte superior y posterior y más cercana a la pared del nivel IIb, para formar lo que denominamos nivel IIc. Es probable, asimismo, que el nivel IIIa formase parte de la estructura funeraria, ya que está compuesto por cantos de caliza muy agudos, de pequeño tamaño y similares dimensiones. De ser cierto, cabe pensar que, después de cubrir el cadáver con esa tierra extraída *in situ*, tapan el pequeño túmulo con otras piedras preparadas *ex professo.* Habiendo desaparecido gran parte en el tramo anterior de la cata debido a la fuerte erosión.

Los niveles superiores serían de formación geológica, uno en época cercana al enterramiento, nivel IIIb, ya que tiene la misma matriz tobácea que los niveles IIc y IIIa, y otro algo más reciente, que se forma una vez que se vacía en forma de cubeta en U el nivel IIIb hasta alcanzar el techo del IIIa. Lo que indica al mismo tiempo, una vez que se ha acabado de formar el nivel IIIb, una escorrentía de agua hacia el oeste, relativamente potente y cercana a la pared del abrigo. Por último, hemos señalado más arriba que la formación litoquímica había sido frenada por la presencia de cenizas en el techo del nivel IIb, encima del cráneo y entorno a él. Creemos que este hecho no es casual y sí significativo y que expresa algún tipo de ceremonia relacionada con la inhumación y con el fuego, no *in situ* pero si posiblemente *in loco.* Por otra parte no parece aventurado relacionar el enterramiento y la posible ceremonia de las cenizas con las escasas manifestaciones artísticas señalando así un espacio trascendental.

Respecto a la filiación cultural o cronológica del enterramiento, lo mismo que de los restos de arte parietal conservado, es aún prematuro saber con seguridad la época a la que pertenecen, ya que aún están en estudio los objetos de industria lítica, la única que aparece. Pero además, esos restos de industria lítica son cronológicamente anteriores al momento del enterramiento, no constituyendo ningún ajuar funerario, al menos dentro del espacio excavado. Por tanto no nos permiten, por el momento, datar el enterramiento, ya que tampoco aparece algún útil/fósil guía en estratigrafía. Lo mismo ocurre con las manifestaciones parietales de este yacimiento: las puntuaciones y bastoncillos perviven desde el Paleolítico Superior, sobre todo a partir del estilo III (Leroi-Gourhan, André: *Préhistoire de l'Art Occidental,* p. 252 y ss., París 1971), hasta la Edad del Hierro (Lucas, R.: Aproximación al conocimiento de las estaciones rupestres y de la pintura esquemática en el Barranco del Duratón (Segovia), en *Altamira Symposium,* pp. 505 y ss., 1979). Por tanto, nos vemos obligados a acudir a otro tipo de paralelismos y análisis para hacer una primera aproximación cultural y cronológica.

La inhumación de la Paré de Nogales presenta diferencias con los enterramientos de la zona oriental de Asturias que se documentan en cueva a partir del Aziliense (Fernández-Tresguerres Velasco, Juan A.: Enterramiento

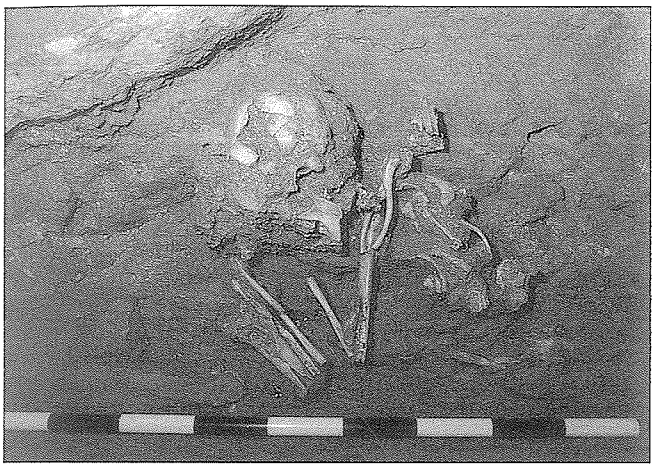


Fig. 5.—Vista superior del esqueleto antes de proceder a su levantamiento

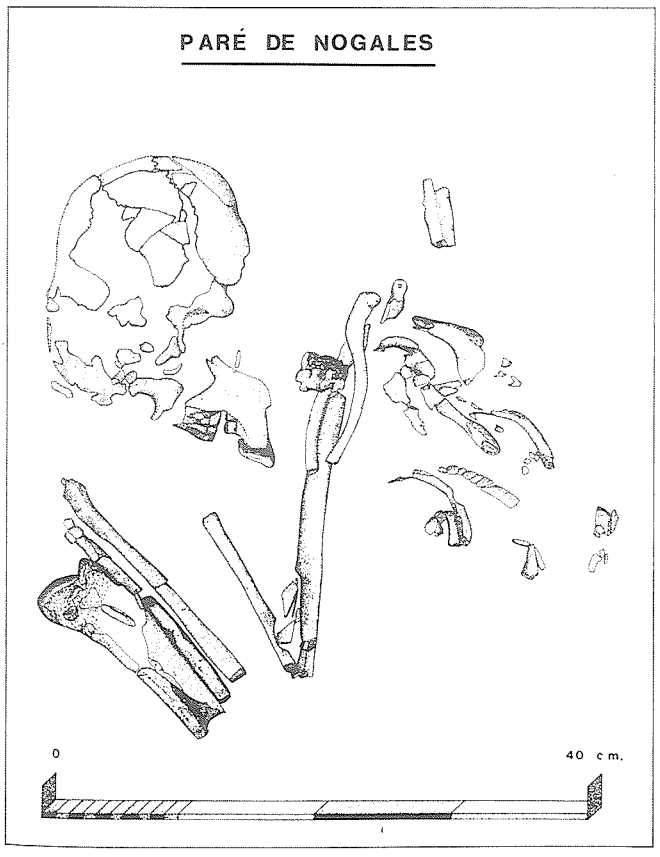


Fig. 6.—Dibujo de los restos óseos

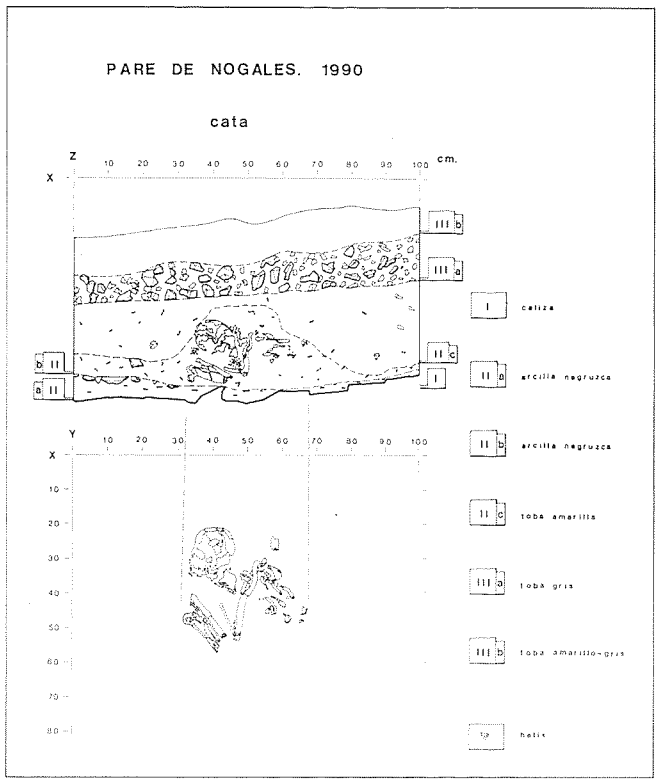


Fig. 7.—La inhumación y su contexto estratigráfico

aziliense de la cueva de Los Azules I (Cangas de Onís, Oviedo), en *B.I.D.E.A.*, n.º 87, p. 273 y ss., Oviedo 1976). Por otra parte, parece que existe una "similitud de formas de espiritualidad a través de ritos funerarios de inhumación" entre el Aziliense —Los Azules— y el Asturiense —"El Molín de Gasparín"— (González Morales, Manuel R.: *El Asturiense y otras culturas locales,* p. 205, Ministerio de Cultura, Santander 1982). Pero ya distintos a los anteriores, a la Paré de Nogales y entre sí, parecen los enterramientos de la Cueva de los Canes. Aunque aún en estudio, según sus investigadores alguno de ellos podría datar del Neolítico o Calcolítico si la referencia cultural, el análisis tipológico del instrumental recuperado: cerámica sin decorar y microlitos geométricos, se confirma estratigráficamente (Arias Cabal, Pablo y Pérez Suárez, Carlos: Las excavaciones en la Cueva de Los Canes y otros trabajos en la depresión prelitoral del oriente de Asturias (1981-1986), en *Excavaciones arqueológicas de Asturias 1983-1986,* p. 137 y ss., Oviedo 1990).

Por los restos faunísticos recuperados (*Helix* y un fragmento de *Mytilus*), parece que la época del enterramiento podría ser holocena, pero la escasez de datos, unido a la falta de confirmación sobre rituales funerarios estandarizados en estos momentos en el oriente de Asturias, hace que tengamos que esperar a los análisis de C_{14} para poder realizar una valoración cultural más precisa de la Paré de Nogales.

Agradecimientos: Queremos expresar nuestro sincero y público agradecimiento a las personas que más nos han ayudado en este trabajo, a saber: a los Prof. Drs. D. Javier Fortea Pérez, D. Elías Carrocera Fernández y D. Marco de la Rasilla Vives, al geólogo D. Manuel Hoyos Gómez, al antropólogo D. José E. Egocheaga, al arqueólogo D. Leonardo Martínez Faedo y a los estudiantes Dña. Manuela Castrillo García y D. Ignacio Grossi Queipo.

Villaviciosa, 20 de julio de 1991

ARQUITECTURAS MEGALITICAS EN LA LLAGUNA DE NIEVARES (VILLAVICIOSA). EXCAVACIONES DE 1988 A 1990

Miguel A. de Blas Cortina

La existencia de túmulos prehistóricos en el territorio costero de Villaviciosa había sido señalada hace ya casi medio siglo. No hubo, sin embargo, una primera valoración real de la entidad de este fenómeno hasta la publicación del *"Recuento de los sepulcros megalíticos de Asturias"*, en el que su autor señala una veintena de túmulos, además de restos de otros probables, de los cuales cuatro se disponían en el Cordal de Peón, "sobre el collado que comunica a Niévares con el Valle" (González, 1973, 17).

Esta breve cita bien pudiera referirse al conjunto que estudiamos aquí; sin embargo, la parquedad de la información y la amplitud del espacio consignado no permiten una certeza absoluta. La diferencia en el número de los vistos por aquel investigador y la cifra que nosotros hemos podido establecer resulta sustancial, hecho que tampoco apoya la identificación de los catalogados con los que se conservan en el lugar de La Llaguna. Las dificultades de conciliación se amplían si consideramos la presencia de vestigios tumulares (muy alterados por una plantación de pinos) cerca del collado en cuestión, al oeste del mismo, sobre una cota de 541 m. (s.n.m.).

En el otoño de 1987 nos fue comunicada por D. Manuel Mallo Viesca la localización de varios túmulos inmediatos a un área recreativa dependiente del I.C.O.N.A., — sita en las proximidades de la carretera que une las localidades del Pedrosu y Peón, ambas en Villaviciosa, noticia que pudimos confirmar poco después. Tras el reconocimiento de los monumentos nos interesamos en la Consejería de Agricultura sobre los planes que este organismo tenía para la zona. Desconociendo dicha Consejería la presencia de tales testimonios prehistóricos proyectaba la ampliación de las instalaciones recreativas, crecimiento que tendría como consecuencia la destrucción de las "montuosidades" que allí se observaban.

El entendimiento entre la citada Consejería y la de Educación y Cultura favoreció el inicio de las excavaciones arqueológicas que aquí se reseñan y la promesa, por ambas instituciones autonómicas, de disponer los medios necesarios para que el conjunto monumental fuera debidamente salvaguardado como un atractivo cultural a integrar en el "Area de Recreo".

La estación megalítica de La Llaguna de Niévares, topónimo apenas recordado en la actualidad, se emplaza sobre la loma descendente desde el Picu Curiella (543 m.) hacia el NO. hasta la cota de 479 m., ligera elevación que remata la dorsal antes del descenso paulatino de la ladera de la montaña. En este ámbito, morfológicamente bien diferenciado, se identifican, con seguridad, seis túmulos. Cinco de ellos (los que denominamos A, B, C, D y E) se alinean a lo largo de 250 m. al SE. del Area, el sexto (F) se dispone sobre el límite NO. de aquella (fig. 1).

Ciertos indicios apuntan la existencia en el Area y en el promontorio de cota 479 m. de dos posibles túmulos más y tal vez restos de otros desmontados con los trabajos de acondicionamiento de la parcela recreativa. Un último monumento en la zona, distante unos 500 m. del conjunto de La Llaguna, se localiza emboscado cerca del Pi-

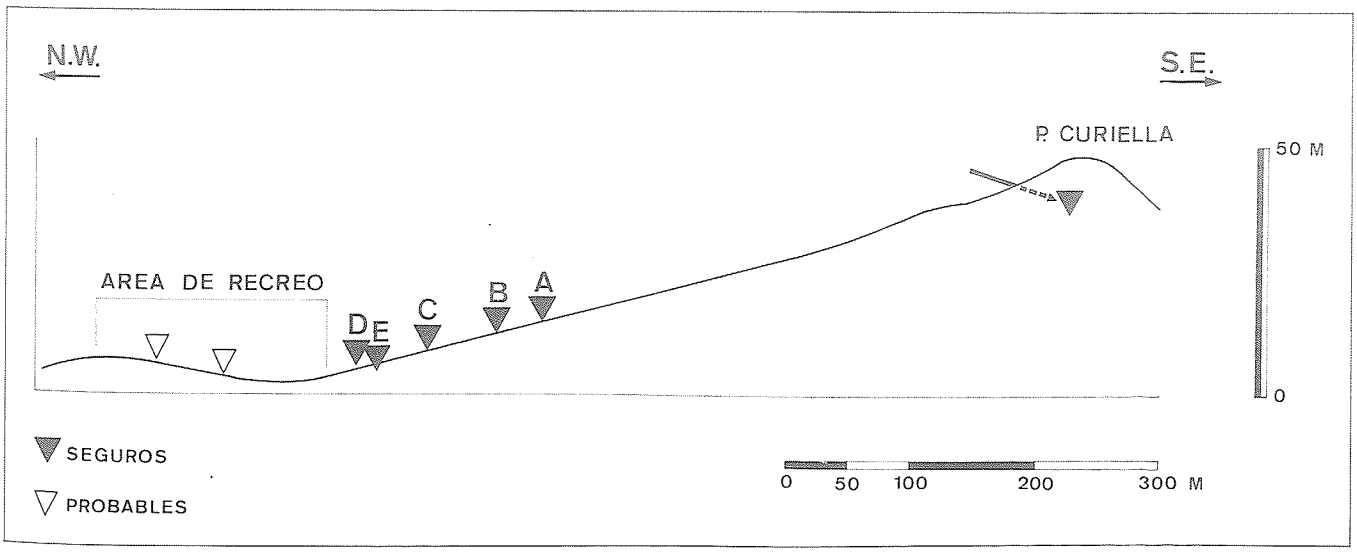


Fig. 1.—Posición de los monumentos entre el Picu Curiella y el *Area de Recreo* de Peón

cu Curiella, apenas iniciado el descenso de su flanco N.E. El hoyo de saqueo muestra sin la menor duda, con los ortostatos camerales a la vista, su tipología megalítica.

Los trabajos arqueológicos que dan pie a este breve informe se efectuaron en los túmulos A, C, D y E en el transcurso de tres campañas consecutivas: 1988(D), 1989(C y E) y 1990(A). Una sucinta exposición de lo realizado, junto con las primeras explicaciones e hipótesis sugeridas por el registro arqueológico, constituyen el cometido de las páginas que siguen.

Estructura A.—Enmascarado por la vegetación resultaba un volumen difícil de interpretar; tras la limpieza aparecía la forma característica: planta circular, depresión central de expolio y apariencia pétrea por los bloques emergentes en diferentes puntos de la superficie. El tamaño era, a primera vista, considerable; sin embargo, las excavaciones permitieron establecer que las dimensiones reales eran menores (14 m. ∅ E-W y 15-16 m. ∅ N-S). Inteligentemente, los autores del túmulo habían aprovechado un pequeño abombamiento natural del suelo sobre el que instalaron la construcción, de forma que su entidad final ofreciera una acentuada imagen de monumentalidad, impresión clara en el sector occidental, allí donde la fuerte pendiente del cuerpo tumular (y del suelo) realzaba la presencia de la arquitectura.

Centrada la excavación en un ámbito considerable (c. 72 m^2; un 40% de la superficie total) produjo la incorporación de una arquitectura vinculable en algunos de sus rasgos tipológicos al monumento C, pero diferente en su concepto general a aquél y a los restantes investigados en La Llaguna.

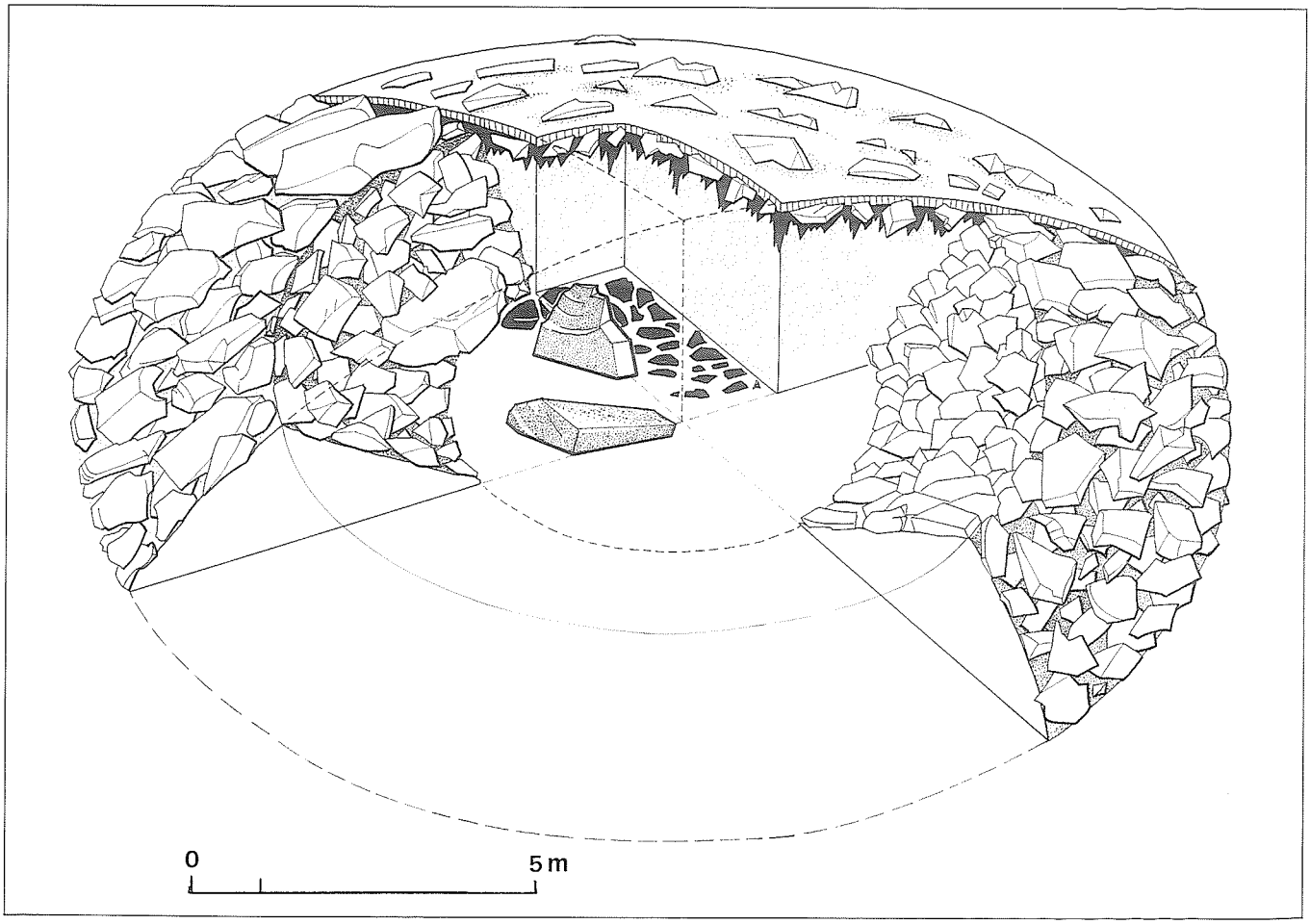


Fig. 2.—Túmulo A. Croquis explicativo de su estructura

Pese a las destrucciones operadas por el pozo de expolio, aún permanecía intacta una gran parte del monumento, hecho que posibilitaba una lectura suficientemente precisa del mismo. Resumiendo el conjunto de las observaciones efectuadas sobre lo excavado: la arquitectura describía un montículo tumular superpuesto a una estructura interna extraña y no a una verdadera cámara dolménica.

Según se explicita en la fig. 2 los diferentes integrantes del túmulo podrían anotarse con el siguiente orden, quizá el propio establecido por sus artífices durante la edificación:

I. El núcleo interno de la estructura: un ortostato o bloque hincado se dispone sobre el suelo, cimentado en una pequeña zanja en la que encaja con calzos de piedra, dispuestos con todo cuidado al W. del mismo. A escasos centímetros reposa un gran bloque de arenisca (más de 1 m. de longitud) dispuesto horizontalmente; en contacto con aquel yacen algunos de menor tamaño. Tanto al E. como al W. del ortostato y del gran bloque se extiende sobre el solum un empedrado de bloques tabulares, pequeños, también de arenisca. La presencia de este pavimento excluye toda posibilidad de que existieran en la zona otros ortostatos, de modo que el referido se hallaba originalmente aislado (figs. 3 y 4).

Al S. de lo descrito se mantiene la zona intacta hasta el borde del hoyo de saqueo que profundiza en la roca madre. Inclinado y descansando parcialmente en una de la paredes del pozo aparece un bloque de volumen pseudoparalepipédico, de dimensiones estimables (l= 1,40 m.). La reconstrucción del desplazamiento de esta gran piedra permite situarla, en la estructura primitiva, verticalmente, a no menos de 2 m. del ortostato ubicado *in situ*.

Sin considerar lo inútil de un esfuerzo tan costoso como insoslayable para extraer lastras de estas proporciones desde el fondo de un hoyo de paredes casi verticales, —hipótesis que hacía plausible la desaparición de otros posibles ortostatos—, nada apoya la idea de que el monumento hubiera dispuesto nunca de un verdadero dispositivo cameral equiparable al existente en el túmulo C. El

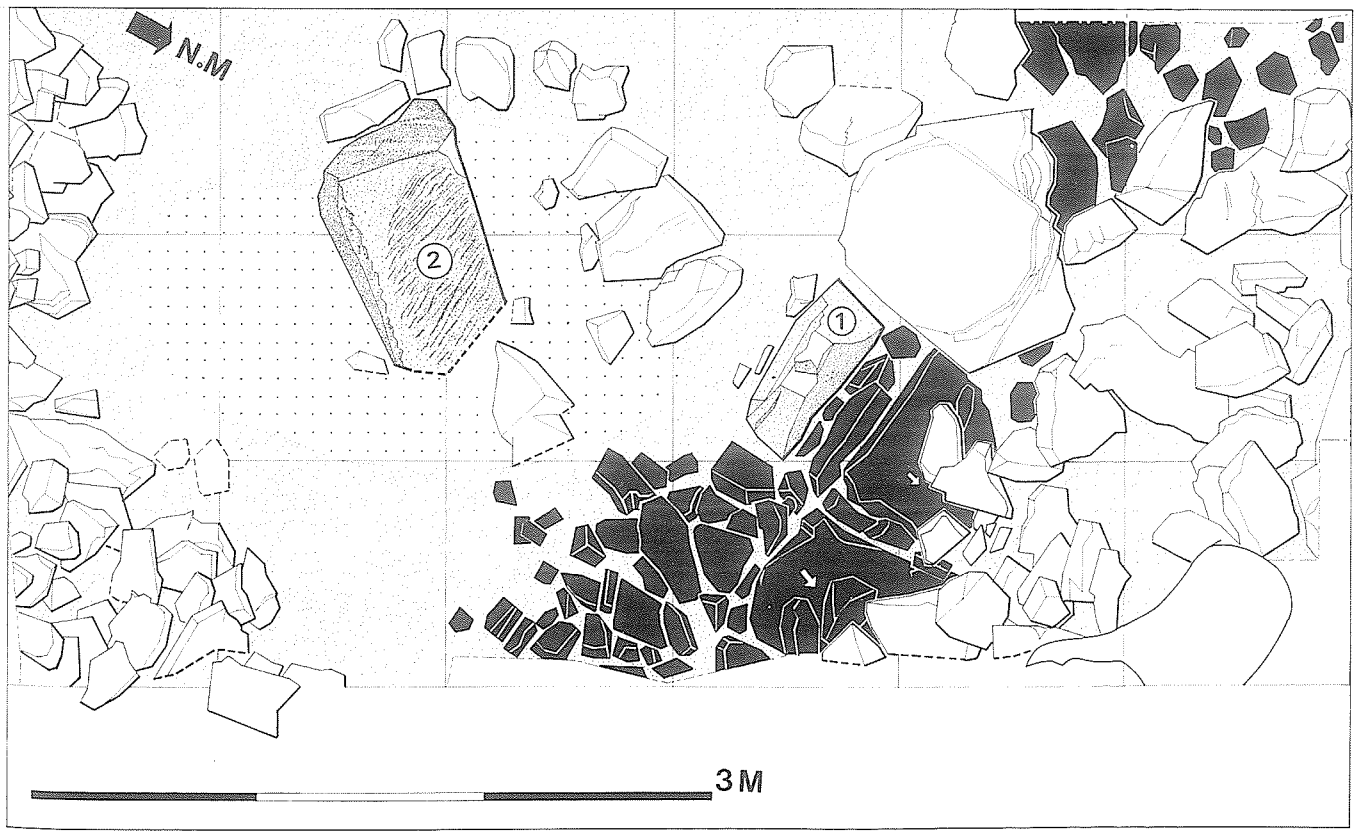


Fig. 3.—Sector central excavado del túmulo A (planta): 1, ortostato *in situ*, bloque caído en el pozo de saqueo (señalado con líneas de puntos). En negro aparecen las placas del pavimento pétreo en su posición original.

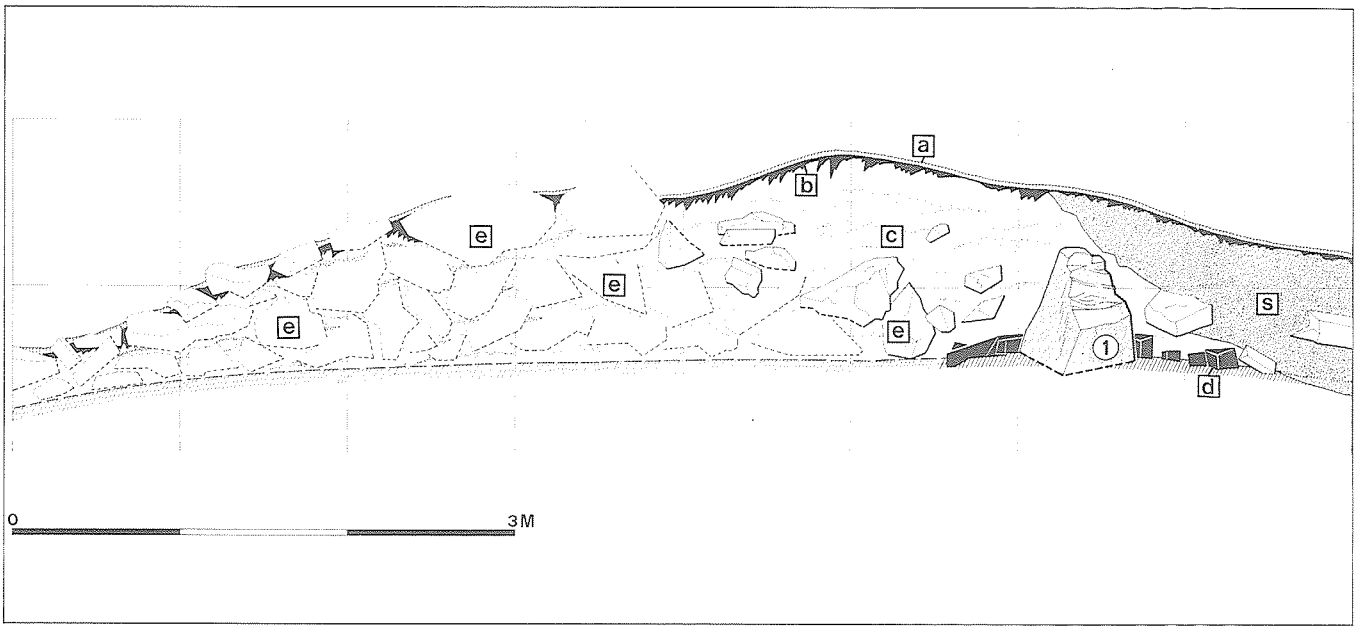


Fig. 4.—Estratigrafía radial del túmulo A: e, gran masa de bloques; c, relleno de sedimento, intacto; d, pavimento; s, zona alterada por el pozo de saqueo.

ortostato hincado, el gran bloque, el empedrado, permanecían en su lugar original, sellados por una potente capa de sedimento que nunca fue alterada. Así pues, en la zona afectada no hay, ni hubo, otros elementos que pudieran haber formado parte del dispositivo parietal de un sepulcro ortostático.

II. El túmulo: un ejemplo de orden constructivo, delimitado por un anillo circular de bloques de piedra dispuestos en escamado, que contornea el sector central en las proximidades del bloque hincado.

El hueco clausurado por esta masa pétrea se rellenó con un sedimento arcilloso que todavía, en el centro de la estructura, pese al desmantelamiento del casquete superior del túmulo, alcanzaba grosores de 1,20 m. Era precisamente esta masa térrea la que envolvía el ortostato y el empedrado comentados.

La capa de sedimento se extendería también, de forma irregular y con escasa potencia, sobre el anillo pétreo. Finalmente, una coraza de piedras y algunos bloques de gran tamaño recubrían el conjunto del montículo artificial, mientras que en la periferia algunas lastras y grandes bloques contenían los empujes radiales de la estructura facilitando su estabilidad.

Estructura C. Sin duda el monumento más elaborado de los hasta ahora excavados en La Llaguna. Tras la limpieza de su enmascaramiento vegetal se mostraba como un montículo de planta circular de 16 m. en el diámetro E-W, aplanado en su parte alta y sin manifestar un hoyo de expolio neto. Posteriormente mostraría la excavación el error de los saqueadores, quienes cayeron lejos de la cámara, removiendo en superficie un sector del túmulo, remociones determinantes del aplanamiento señalado.

La disección del monumento permitió establecer en detalle su cuidada estructura, de la que nada se podría prever; el recinto cameral, por ejemplo, era imperceptible ya que el túmulo lo recubría casi en su totalidad, de tal modo que la localización de una cámara ortostática resultó inesperada. Los sucesivos componentes parietales de la misma fueron paulatinamente identificados a medida que se descendía el horizonte de lo excavado. Esta situación puede ser calificada de excepcional en el megalitismo de Asturias y su origen, como comentaremos, se halla en el tal vez temprano hundimiento parcial de la cámara, colmatándose su hueco con un sedimento compacto que la sellaba, sedimento de las mismas características que el utilizado en una de las fases de edificación del túmulo.

Simplificando nuestras observaciones, estructura y ritmo constructivo del megalito se expresan a través de sucesivos episodios (figs. 5 y 6).

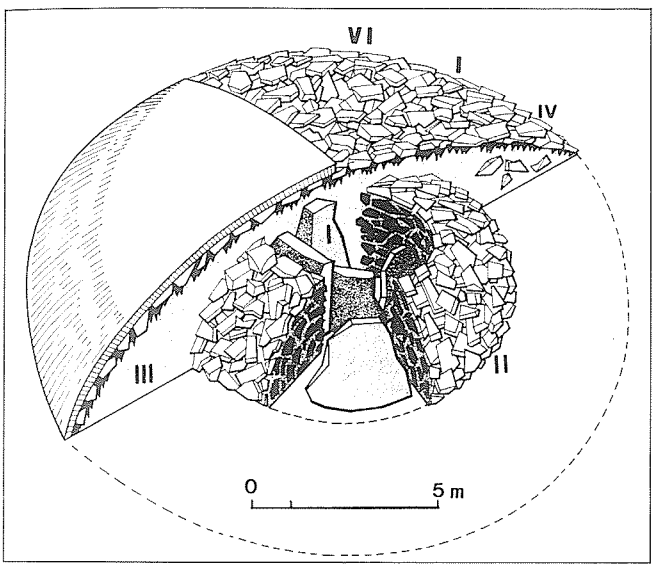


Fig. 5.—Túmulo C. Croquis explicativo de las fases de su construcción

I) Instalación de la cámara ortostática sobre el *solum* de base, cimentada en un nivel ligeramente más bajo que el resto de la arquitectura.

II) Refuerzo exterior de la cámara con bloques aplanados en posición sub-paralela a la seguida por los ortostatos. Construcción, después, de un primer túmulo de piedras, bien definido, que recubría la cámara en todo su perímetro, alcanzando al menos el límite de altura de los propios ortostatos.

El aspecto primitivo del monumento tras la realización de estas dos fases ofrecería un montículo hemiesférico de altura pronunciada con relación a la superficie total del mismo.

La homogeneidad estructural de este segundo episodio sólo se ve interrumpida por un grueso bloque de perfil esteliforme que descansaba apoyado sobre el exterior de este primer túmulo, ubicado al N. de la cámara.

III) Una potente capa de sedimento arcilloso (se distinguen como mínimo cuatro acarreos diferentes, variando el sedimento de coloración y textura) envolvió en su totalidad al primer túmulo, creciendo en dimensiones, tanto en diámetro como en altura.



Fig. 6.—Túmulo C. Cámara ortostática y primer túmulo de piedras envolviéndola (fase II). A la izquierda, gran bloque esteliforme

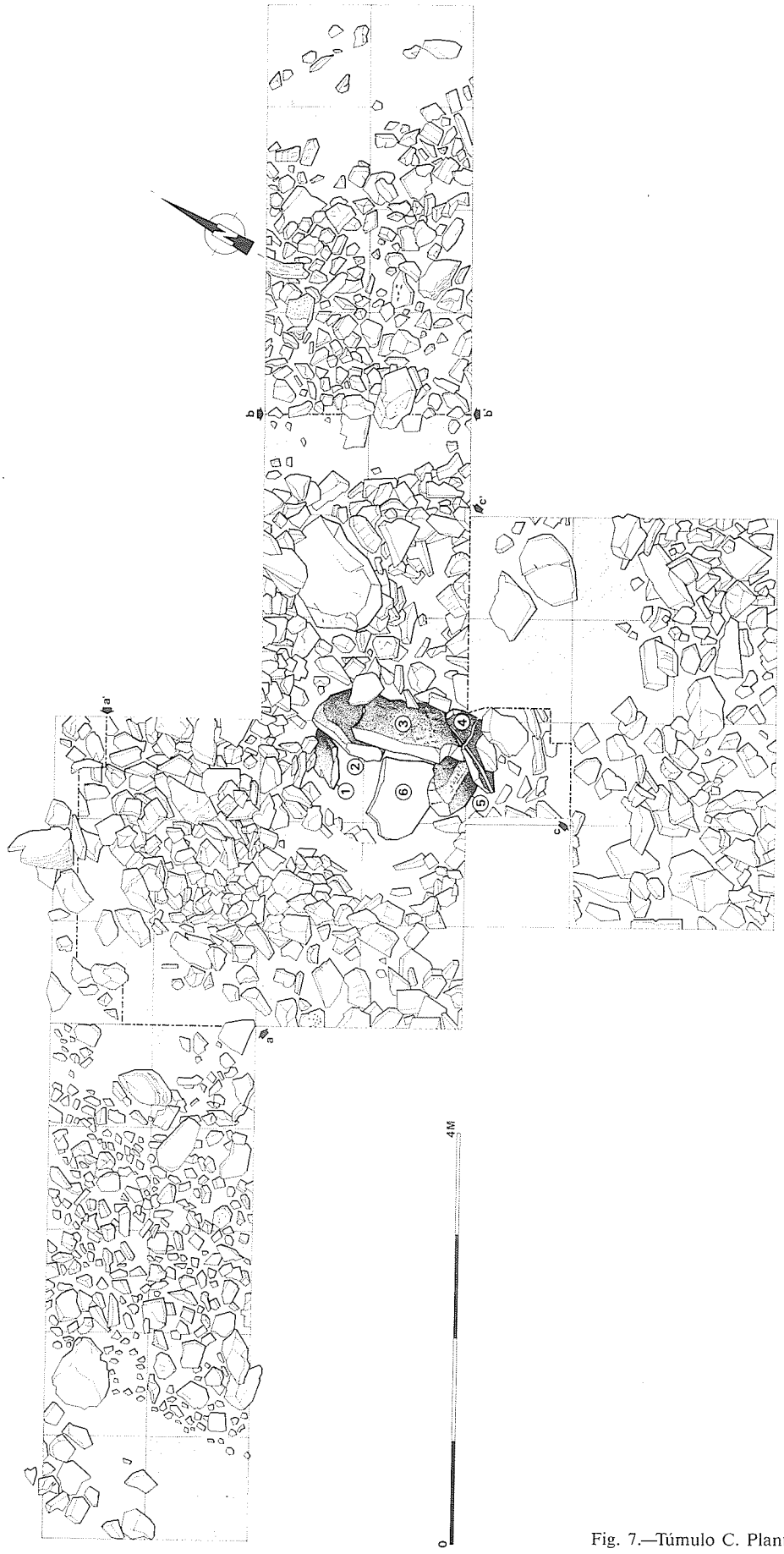


Fig. 7.—Túmulo C. Planta del sector excavado

Pese a los milenios transcurridos y a la consecuente comprensión de las tierras acumuladas, la potencia de la capa alcanzaba todavía los 0,80-0,90 m. en las inmediaciones de la cámara.

IV) La fase terminal se produjo con la deposición de una coraza de bloques con la doble intención, tan frecuente, de asentar el conjunto de la estructura e impedir la denudación de la menos estable fase III, otorgando al túmulo la apariencia monumental que una hemiesfera pétrea tenía que ofrecer, necesariamente, al espectador (fig. 7)

Es probable que con la coraza se produjera la delimitación perimetral del túmulo con un cierto engrosamiento de bloques, aunque tal circunstancia aparezca solamente insinuada en los sectores excavados.

La claridad en el proceso constructivo del túmulo C puede ser tomada como paradigmática de un orden arquitectónico planeado con todo detalle. Pocas veces en el megalitismo cantábrico se manifiesta, en el repertorio de lo conocido, un caso tan preciso de sujeción a un proyecto que permite ser calificado, sin exageraciones, de verdadera arquitectura.

El monumento resultante es un claro ejemplo del dolmen de cámara poligonal simple (de tendencia subrectangular), compuesta por seis ortostatos de formas regulares y dimensiones discretas (el n.º 1 alcanzaba 1,50 m. de altura por 0,50 de anchura) (fig. 8). Cuatro de los ortostatos se mantenían in situ, mientras que los dos restantes, en el sector S, habían girado sobre su base cayendo al interior del recinto cameral. El desplazamiento subsiguiente de parte del túmulo selló la cámara con sedimento de las mismas características que el correspondiente a la fase III y con cascotes de piedra de la fase II.

El análisis arqueológico de este derrumbe no carece de interés; acontecido en época muy antigua, quizá no muy lejos del tiempo de empleo del propio monumento, ocultó la cámara a la vista de los buscadores de tesores de todas las épocas, de ahí el desconcierto de quienes iniciaron su frustrado saqueo, desanimados ante la densidad y trabazón del dispositivo tumular. Por otra parte, un acontecimiento así tendería a favorecer la conservación de parte de las ofrendas funerarias, hecho que no ocurre aquí. Un hacha pulimentada descubierta en contacto con uno de los ortostatos, pero al exterior de la cámara, sobre el sedimento III, es el único elemento atribuible al repertorio ritual; los demás materiales proceden de otros sectores de la arquitectura.

Al no ser este un fenómeno aislado, —carencias semejantes se perciben en la mayoría de los megalitos regionales investigados—, cabe pensar en si, realmente, las profanaciones históricas pueden cargar con la responsabilidad de haber eliminado todas las ofrendas (¿percibiría un violador medieval la presencia de un útil microlítico de piedra tallada?).

La colmatación de la oquedad cameral plantea, además, el interrogante de si el recinto dispuso verdaderamente de la clásica laja de techado. Ante situaciones próximas a esta del túmulo C se propone para megalitos de otras regiones la posibilidad del empleo de materiales corruptibles, hipótesis que no carece de posibilidades (Roudil y Bérard, 1987-1988, 140-141).

Proporciona también la cámara otras informaciones. En un caso nos habla de las técnicas de cantería debidas a los megalíticos: de acuerdo con las huellas conservadas en uno de los ortostatos derrumbado, podemos asegurar que el sistema de desgajamiento de la roca mediante la apertura de entalladuras alineadas (procedimiento que llegó hasta nuestro siglo) era ya conocido por los constructores del túmulo C.

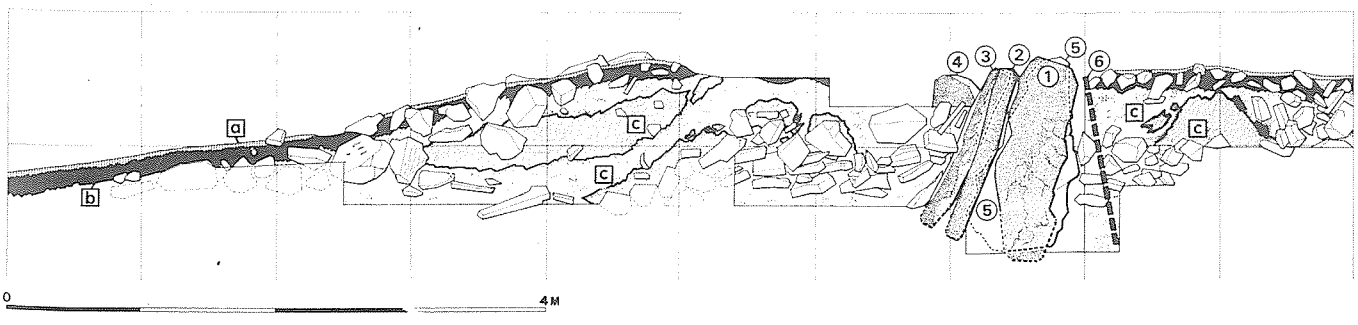


Fig. 8.—Túmulo C, sección SE.-NW.

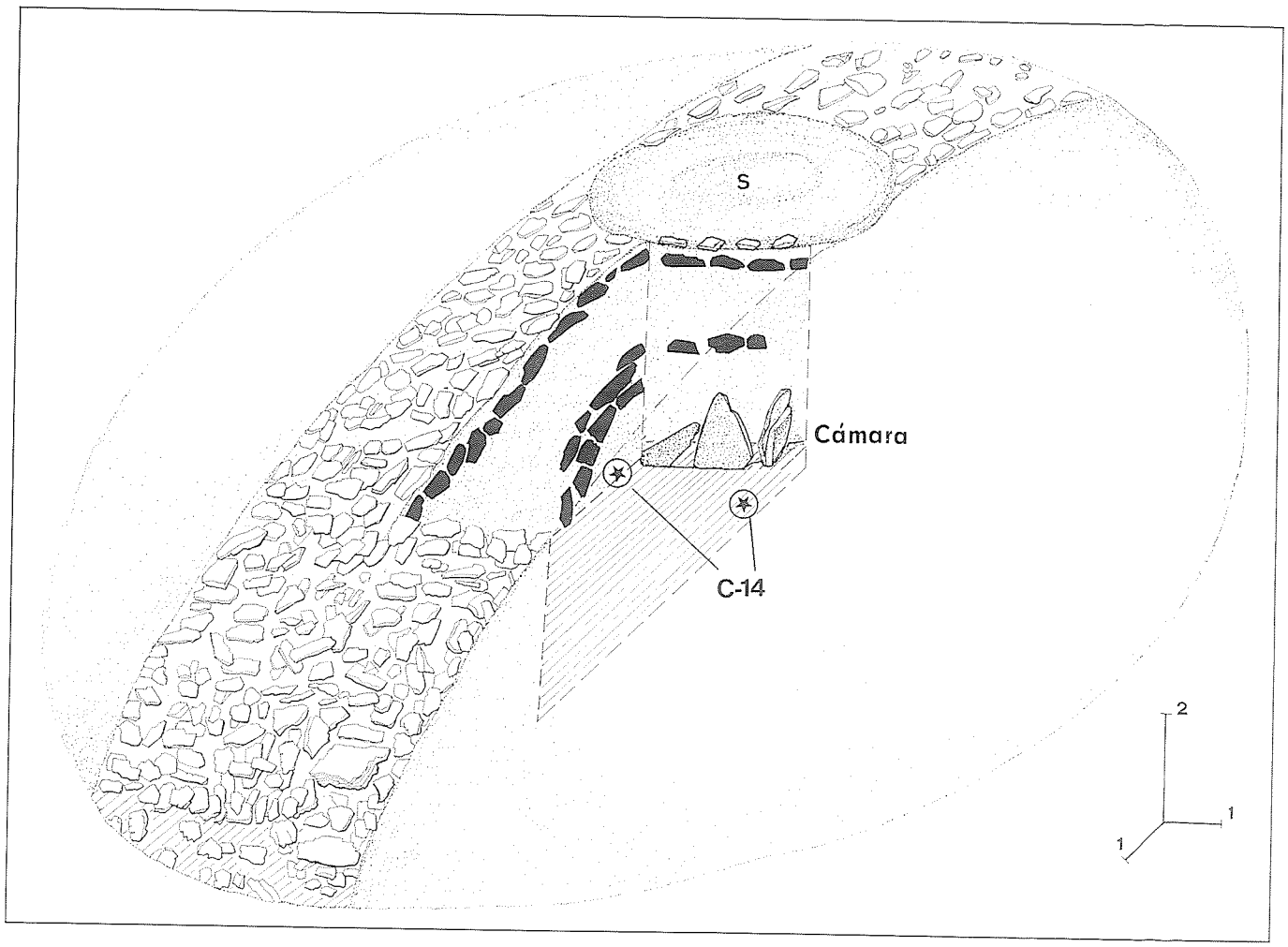


Fig. 9.—Túmulo D. Estructura y ubicación de la pequeña cámara y lugares de toma de muestras para el C-14

Las sugerencias que ofrece otro ortostato responden a un hecho observado con frecuencia, pero de intención oscura: la superficie externa de la lastra muestra varias concavidades o depresiones debidas a accidentes naturales en la roca, pero dos de tales concavidades tienen un probable orígen antrópico. En ambas se percibe la incidencia de un instrumento aguzado, conservando las huellas de percusión, en forma de estrella, tan características. Se trataría de las llamadas cazoletas, tanta veces vinculadas en monumentos de diferentes tiempos y lugares a las prácticas funerarias.

Estructura D.—Es el túmulo más monumental de la Llaguna, oscilando sus diámetros entre 19 y 22 m. con alturas en el límite superior conservado que superan los 2,30 m. sobre el borde NE. La planta genérica es circular, deformada por erosiones y destrucciones diversas, pero de escasa incidencia. En el sector central, en la cúspide del montículo, se apreciaba la depresión característica que denuncia el saqueo, con un cráter amplio de hasta 4,50 m. de diámetro.

El ámbito de lo excavado, en un túmulo tan notable provisto de una gran masa constructiva, superaba en superficie los 150 m^2, permitiendo la comprensión de la morfologia externa del montículo. El registro vertical se operó sobre un espacio comprensiblemente menor, en particular en un corte radial de 10 m. de longitud, desde el centro

de la estructura hasta el borde SE. de la misma. La superficie analizada en este corte fue de 20 m^2, proporcionando una clara visión de los episodios constructivos o fases estructurales del montículo. El sector restante diseccionado fue de 5 m. de largo, paralelo al ya señalado, exhumando una superficie, hasta la base de la construcción, de 20 m^2.

Las excavaciones horizontales y verticales que acabamos de reseñar permitieron el reconocimiento de un volumen monumental considerable que de forma sumaria podrían descomponerse en sus elementos más significativos, tal como expresa el dibujo esquemático de la figura 9: 1) una cámara de pequeñas dimensiones en el centro geométrico de la superficie ocupada por el total de la arquitectura tumular, 2) una masa tumular en la que se suceden gruesas capas de sedimento arcilloso alternadas con, al menos, dos capas de bloques de piedra, 3) una sólida coraza lítica conservada de manera desigual, prácticamente intacta en todo el sector analizado en el NE.

La simplicidad de las distintas etapas constructivas no excluye el que en algunas zonas las capas pétrea intermedias se produjeran con un desarrollo desigual, siguiendo el conjunto una intención de orden constructivo claro, pero con ajustes y acomodos ejecutados con cierta libertad con respecto al programa edificativo genérico.

El túmulo descansaba sobre una base compacta, un *solum* de alteración del zócalo de arenisca. Llamativamente, entre la roca del sustrato y el primer episodio de acumulación de las tierras del túmulo no se percibe testimonio alguno del suelo antiguo. Tal hecho podría insinuar una limpieza previa del emplazamiento como un primer paso en la delimitación del espacio a ocupar por la arquitectura (¿acaso formando parte también del ceremonial megalítico?).

La cámara, cuerpo primario del megalito, era una estructura mixta (fig. 11) con cuatro ortostatos bien diferenciados, tres de los cuales determinan paredes convergentes en ángulo recto, y un mampuesto de lajas, cerrando un recinto poco preciso. Esta vaga construcción pseudorectangular era de dimensiones muy reducidas: el ortostato mayor (fig. 10) de tendencia trapezoidal en su perfil alcanzaba solamente 0,74 m. de altura, cimentado en las areniscas basales y fijado con una placa de piedra a modo de calzo. Lo más notable en este pequeño elemento parietal es su constitución litológica particular, en efecto, se trata de una arenisca muy compacta, de grano fino y de tonalidad blanquecina; una roca totalmente distinta a las numerosísimas restantes del monumento.

La violación, certera, había alcanzado parcialmente la cámara mediante un pozo profundo y relativamente an-

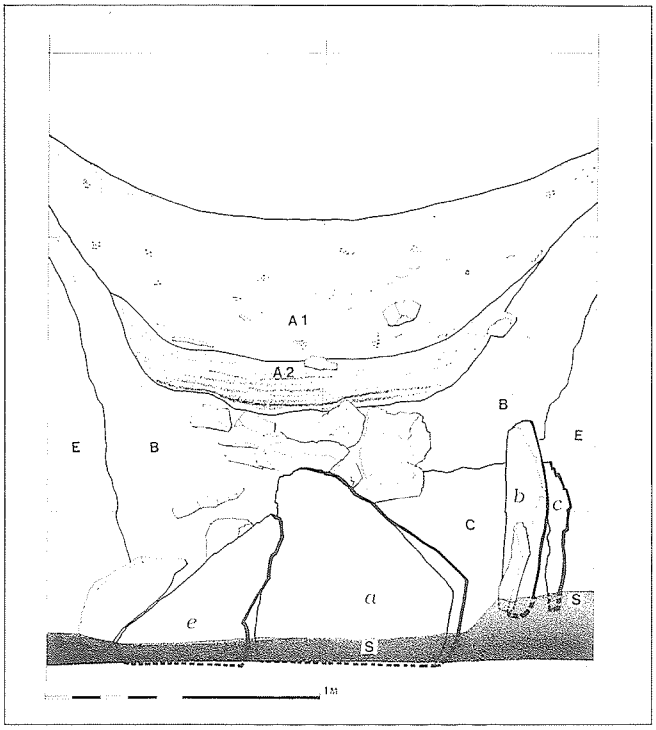


Fig. 10.—Pseudocámara e incidencia del saqueo. Túmulo D: a, b, c, y e, ortostatos; C y E, sedimento del relleno tumular intacto; A.1, A.2 y B, masas removidas por la violación; S, *solum* (arcillas de alteración de la roca madre)

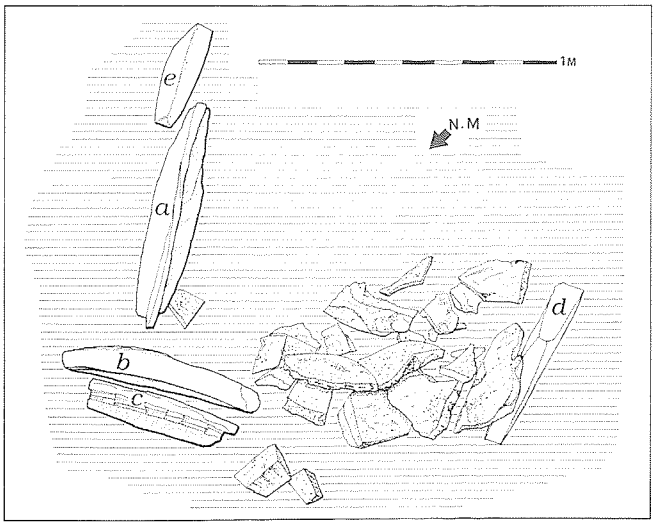


Fig. 11.—Planta de la pseudocámara del túmulo D

gosto que no permitiría la, por otra parte innecesaria, extracción de los ortostatos. Los costados exteriores de los mismos aparecían, a su vez, integrados en el sedimento compacto e inalterado del túmulo.

Lo expuesto nos lleva a destacar algunos hechos de interés: a) el túmulo siguió un orden preciso en su construcción, iniciándose esta en un suelo previamente acondicionado, b) la pequeña cámara es en realidad una estructura incierta e inacabada, c) el techado de este recinto ortostático no es probable que haya sido monolítico (¿existió realmente tal techo pétreo o lo fue de materia orgánica: ramas, pieles, etc.?), d) las sucesivas fases de edificación del túmulo dejaban sepultada la cámara que se haría inaccesible una vez finalizado el monumento, e) la extraordinaria desproporción entre el gran túmulo y la cámara minúscula prueba que la intención de monumentalidad se persigue con el levantamiento de un gran túmulo, independiente del volumen de la estructura interna que, en principio, debería constituir el origen de la totalidad del monumento, y, f) la aplicación del término megalítico a esta construcción sólo es operativa en su acepción amplia, referida a un complejo episodio arqueológico-cultural y no a las características tipológicas del monumento.

Estructura E. Antes de las excavaciones del gran túmulo D se apreciaba la presencia, casi en contacto con el mismo en su borde SO., de otro montículo de menores dimensiones. Con un desarrollo confuso en su planta circular, ofrecía un tamaño impreciso, —diámetros entre 13 y 15 m. y una altura máxima entre 1 y 0,70 m.—, con un suave tránsito en sus sectores N. y W. hasta el suelo de referencia.

La excavación de una parte considerable del mismo (43 m^2 puso de manifiesto una estructura poco regular y de límites desdibujados. En el area central se observaba la máxima concentración de bloques de piedra, describiendo una corona o anillo irregular con un diámetro variable entre 2 y 2,60 m. La masa pétrea se disponía a continuación, hacia el perímetro del conjunto, con una densidad desigual, más acentuada la acumulación de piedras en el cuadrante NO., extendiéndose hasta las proximidades del túmulo D, de modo que entre ambos monumentos mediaba una distancia inferior al metro.

Todo hacía pensar, en un primer momento, que E era una construcción tumular más o menos convencional, muy afectada por las extracciones de piedras y también por el indefectible saqueo. Mostraron los trabajos, sin embargo, que el volumen real era escaso y que la supuesta coraza de protección exhumada era, sencillamente, la única fase constructiva hoy detectable. Por debajo de aquella capa de piedra aparecía el basamento natural, de cantos y plaquetas empotrados en un horizonte de arcillas de alteración que, a su vez, precedían al banco de areniscas correspondientes al zócalo rocoso de la zona.

La monotonía estructural del falso túmulo resultaba interrumpida exclusivamente por dos factores: la remoción por saqueo del espacio interior de la corona aludida, y por la presencia en el mismo lugar de un bloque de piedra que por su aplanamiento, relativa regularidad en forma y tamaño (el mayor de todos con 1 m. de longitud máxima), destacaba notablemente del conjunto. La violación había chocado inmediatamente con la roca madre; una superficie de areniscas cuarteadas.

El resultado del fallido expolio(?) no pudo ser más negativo para nuestra interpretación de la estructura. El desplazamiento de los bloques de piedra desde su lugar original modificaba el contexto específico de la lastra, destruyendo toda interpretación segura de su destino. Las sugerencias sobre un verosímil papel específico: cobertera de un pequeño recinto u oquedad, ortostato de una sumaria y, desde luego, minúscula cámara sepulcral, etc., quedan definitivamente sin solución.

La ausencia, por otra parte, de un agrupamiento significativo de restos de un posible ajuar, limita aún más las posibilidades especulativas en torno a esta enigmática construcción. Solamente algunos restos de industria lítica, detectados en puntos distintos del montículo pétreo, insisten en su homologación con los demás componentes prehistóricos de La Llaguna.

Todo parece apuntar, en síntesis, que la estructura E, satélite del gran túmulo D (conviene notar su ubicación siguiendo el eje NE-SW. de aquel), cumplió una misión concreta en el conjunto monumental reforzando la entidad del mismo. Aprovechando un abultamiento natural se le recubrió de una capa de piedra de manera que el efecto visual guardara semejanza con la externa, también de piedra, del gran túmulo D. Si calificamos a E de *pseudotúmulo,* deberemos admitir con tal nominación que el deseo de expresión arquitectónica aparece como un seguro motor, no solamente el único, de la erección de una edificación tumular falsa, pero falsamente en su estructura interna y no en su participación en un espacio organizado en torno a los ritos fúnebres que vertebran a las sociedades megalíticas.

La propuesta de algo semejante a un cenotafio o a cualquier otra construcción simbólica ayuda al entendimiento del *pseudotúmulo* como un manifiesto testimonio de la complejidad de las estaciones tumulares; complejidad no sólo por lo que se refiere a los distintos tipos constructivos y a su distinto juego en el rito funerario, sino complejidad en la organización del territorio monumental, en los papeles de cada uno de las unidades arquitéctonicas dis-



Fig. 12.—Estructura E:X, gran bloque; en negro, areniscas basales

tinguidas y en la multiplicidad de intenciones que articulan unos monumentos con otros.

Bajo este enfoque el pseudotúmulo E no puede ser interpretado, a la luz de lo que hoy conserva, como un simple montículo pétreo, sino como otro documento monumental inseparable del resto de las estructuras que integran la estación megalítica.

Documentos arqueológicos asociados a las estructuras y valoración cultural de la estación megalítica

En La Llaguna, al igual que en la necrópolis de La Cobertoria (de Blas, 1990), se registra una industria lítica poco cuantiosa, pero de un nada desdeñable valor referencial para un megalitismo de ajuares que sólo ahora empiezan a ser conocidos. Si en La Cobertoria se producía una fuerte presencia de elementos de sustrato (particularmente raspadores) asociados a geométricos, manifestando el conjunto un neto acento epipaleolítico, en La Llaguna expresa lo conocido rasgos distintos, permaneciendo más diluídos, aunque presentes, los componentes arcaicos frente a una mayor nitidez de lo sustancialmente neolítico.

Los histogramas de la figura 13 resumen parte de las peculiaridades de la industria de los túmulos C y D (en buena parte aplicables igualmente al túmulo A) cuyas composiciones genéricas ofrecen una evidente simetría. Un breve repaso de la naturaleza de los productos tallados se delinea a través de diversos enunciados:

a) un discreto inventario de hallazgos para un alto volumen de lo excavado.

b) desproporción neta entre el conjunto láminas útiles y el que agrupa a los restos de talla.

c) presencia laminar no cuantiosa pero suficientemente significativa.

d) bajo número de útiles (ninguno de cuarcita, aunque con dicha roca fueran confeccionadas algunas lascas portadoras de huellas de uso o de algunos retoques para su empleo instrumental).

e) el componente laminar se manifiesta cuantitativamente semejante en C y D.

f) dominio de la cuarcita entre las materias primas utilizadas con proporciones casi iguales en los dos monumentos.

g) homogeneidad en las dimensiones, reducidas, de todos los productos de talla, tanto en sílex como en cuarcita..

h) en el sílex esta circunstancia es concordante con el uso de núcleos brutos pequeños, muy aprovechados y de probable procedencia local, aunque diversa.

El aprovechamiento de los recursos locales se insinúa en una laminita de azabache, lignito que aflora en el sistema orográfico de emplazamiento de la necrópolis y abundante en la cercana rasa costera (azabaches de Oles, Argüero, etc.).

Más explícitas son las consideraciones relativas al utillaje. Algunos geométricos (trapecios) dominan en el par-

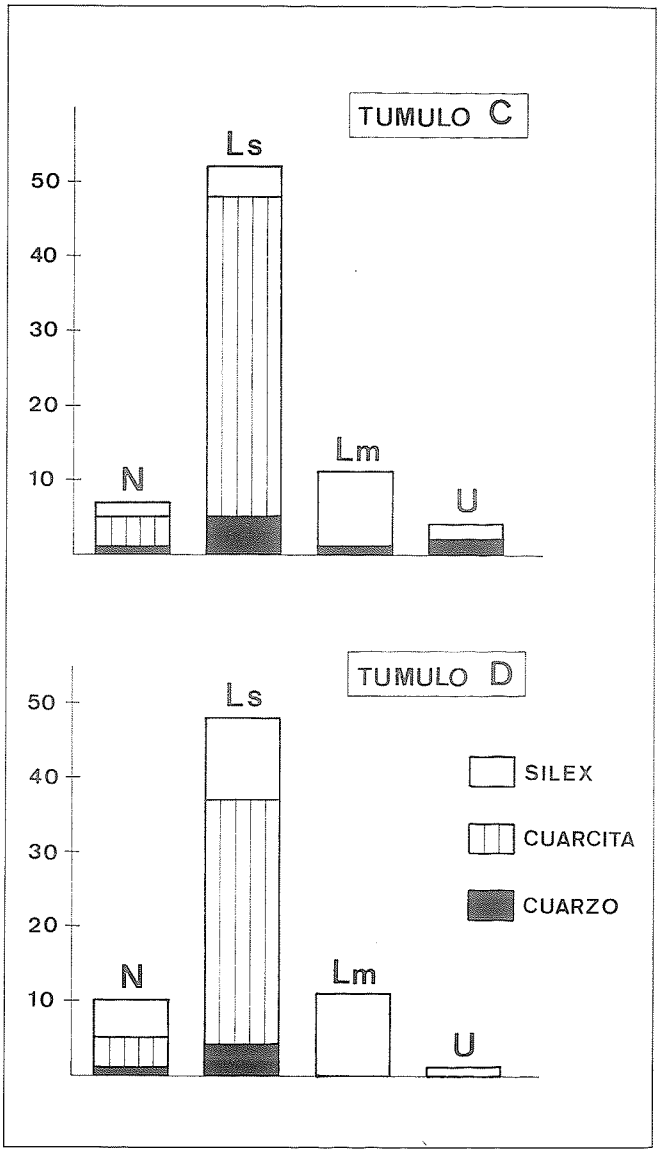


Fig. 13.—Industria lítica de los túmulos C y D (N, núcleos; Ls, lascas; Lm, láminas; U, útiles)

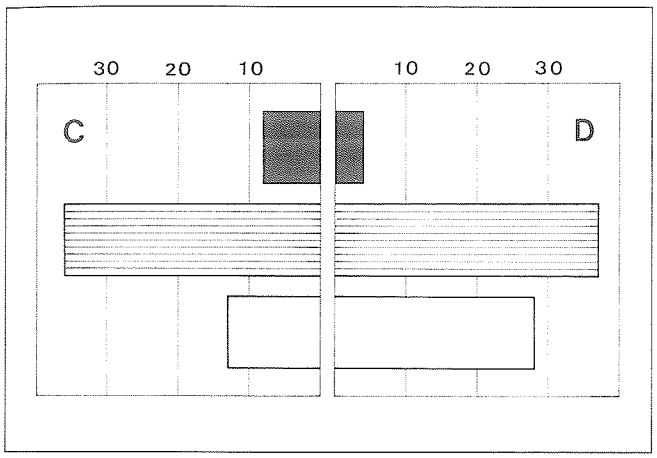


Fig. 14.—Materias primas utilizadas en la industria lítica de C y D (código de materias en fig. 13)

co repertorio (fig. 15), que se concluye con otras dos mínimas pruebas de variedad (raspador y buril). Sin embargo, bajo la perspectiva de su concreción técnica, se descubren tradiciones diferentes: técnica del microburil (A y C), retoque abrupto (A y C) y retoque en doble bisel (D). Estos apuntes técnicos nos llevan al recuerdo de que, en aquellas regiones norteñas en las que la dinámica de la industria lítica se encuentra mejor perfilada, la técnica del microburil es frecuente entre los primeros megalíticos, como sucede en el territorio vasco o en la Meseta Norte, mientras que los geométricos con doble bisel significan una clara neolitización de las industrias en las mismas áreas (Cava, 1988, 87-88).

Los productos pulimentados, también presentes, no carecen de interés. Los detectados, uno en cada estructura A, C y D, responden en su tipología a conceptos diferentes: hacha y azuela. No es este, por el contrario, el rasgo llamativo, salvo en C, cuya azuela pudo haber jugado un doble papel (instrumental, primero y funerario, después), en A y D son manifestaciones estrictamente simbólicas; objetos minúsculos, perfectamente conservados, hechos en rocas de calidad y con una acabado minucioso que reproduce con fidelidad los atributos formales del tipo en que se inspiran (fig. 16).

La presencia cerámica conforma una llamativa novedad que debemos resaltar. Son, en efecto, una veintena de frag-

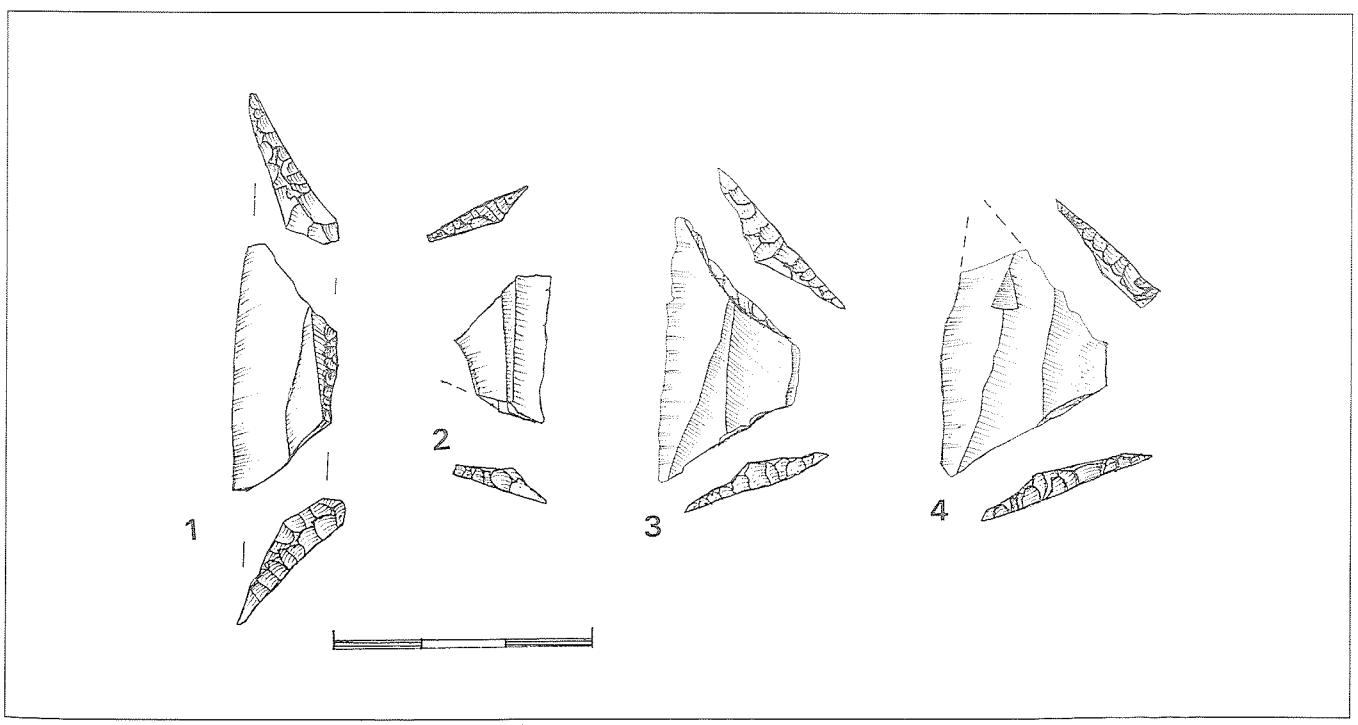


Fig. 15.—Geométricos: Túmulos D (1), C (2) y A (3 y 4)

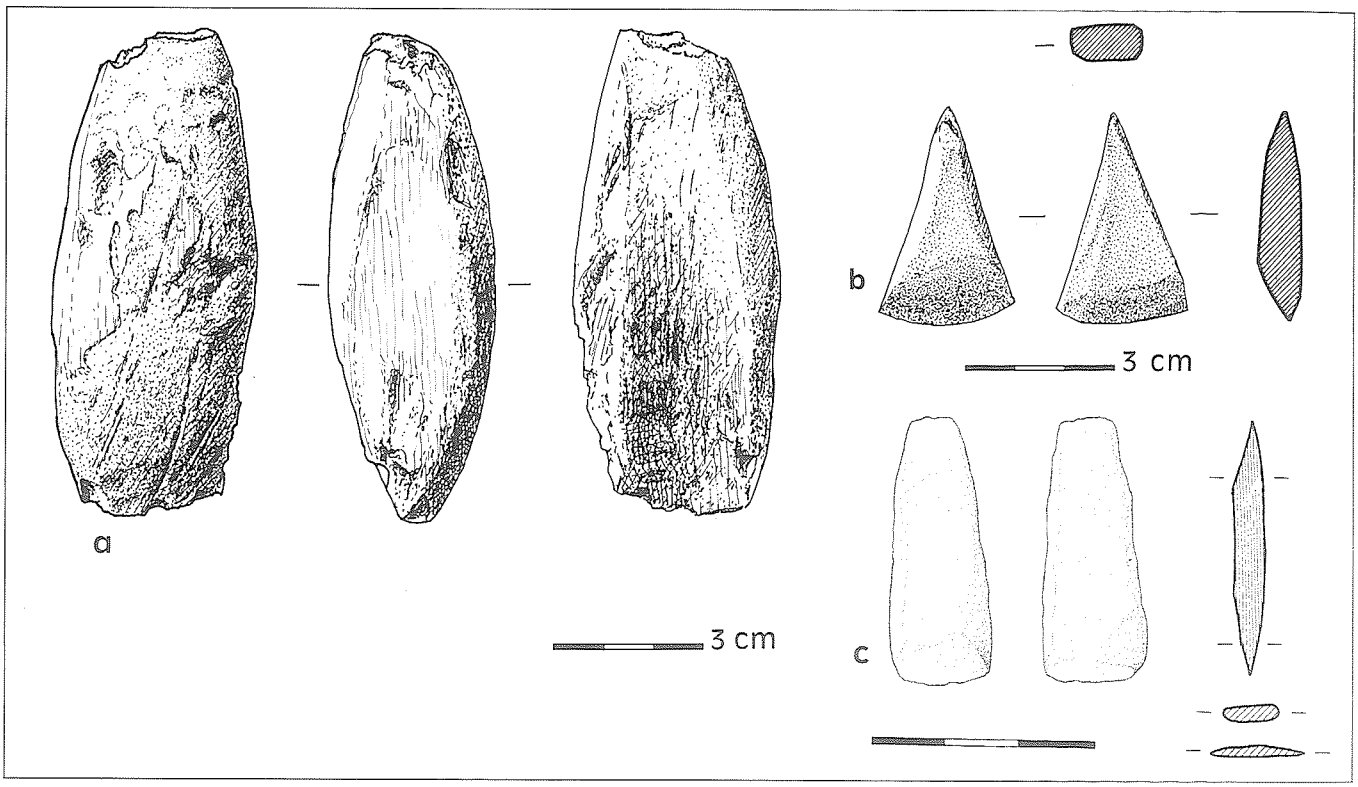


Fig. 16.—Piezas pulimentadas: Túmulos C(a), D(b) y A(c)

mentos cerámicos, recogidos en una superficie que no alcanzaba los 2 m^2, los primeros testimonios alfareros localizados en el megalitismo de Asturias en el transcurso de las campañas de excavaciones modernas. Su posición, —bajo un manto de sedimentos sellado por la coraza pétrea, en el cuadrante W. del túmulo C—, certifica el depósito durante la construcción de la fase III de aquel monumento. Si su condición actual —fragmentos pequeños, informes, procedentes de vasos toscos con pastas groseras y desagregadas—, no permite la identificación del recipiente original, ello no oculta la transcendencia de que se constate sin dudas el conocimiento de los productos alfareros por los neolíticos autores del conjunto tumular de La Llaguna.

El rápido balance que se acaba de hacer resulta incompleto sin un repaso del contexto específico de los hallazgos. También aquí, como en los dolmenes del Llagüezu y de la Collá Cimera (necrópolis de La Cobertoria), la coordenación de los hallazgos enseña que muchos de ellos se asocien al túmulo, y sólo una parte al espacio cameral o a su entorno inmediato. Considerando la indudable dispersión producida por los saqueos, es comprensible que algunos de los materiales hallados en los tramos superiores de la masa tumular pudieran provenir del expolio de las cámaras. Otros muchos nunca fueron depositados en aquellas y su localización, en la base del túmulo y a diferentes alturas del mismo, sugieren un origen no necesariamente ritual; en ocasiones su vinculación al monumento es secundaria y fortuita. El carácter alógeno de algún elemento de piedra es innegable, si bien en La Llaguna los de tal naturaleza parecen identificables (lascas de cuarcita muy rodadas en contraste con la frescura de las aristas en toda la industria restante).

Los elementos más significativos (hachas y geométricos) sí guardan una firme vinculación con el ámbito cameral; al mismo tiempo, su bajo número no deja de reclamar la atención. No es este informe el lugar adecuado para adentrarse en la discusión de tal hecho, observado a menudo en el megalitismo asturiano, pero el argumento del expolio no justi-

fica la cortedad numérica de lo preservado, ¿o es que los microlitos eran perseguidos por los buscadores de tesoros de todas las épocas? Entre las inextricables pautas rituales tal vez se vislumbre una posible: la ofrenda única y escueta.

Este último planteamiento carece de sentido si no se valora el destino de los monumentos investigados. Los ajuares cuantiosos suelen vincularse con enterramientos múltiples, aunque solo raras veces se puede establecer que es lo que acompaña a cada inhumación. El hundimiento antiguo, ya comentado, de la cámara del megalito C, debería haber preservado más indicios de ajuar que el corto registro obtenido en la excavación. ¿Cabría deducir de tal circunstancia que un dolmen típico como este contuvo una sola inhumación, a la que pertenecería la azuela descubierta?

Lo visto en Barnenez, el más monumental edificio megalítico atlántico, enseña la inexistencia de una rígida proporcionalidad entre la riqueza del continente y la pobreza del contenido, al menos en lo que a materiales no corruptibles se refiere.

Esta disimetría se manifiesta en La Llaguna, la monumentalidad del túmulo D no guarda proporción con su modesta pseudocámara y mucho menos con los hallazgos. Esta circunstancia se repite en lo hasta ahora visto en el megalitismo regional (y en bastantes ejemplos de la región cantábrica y del NW.) y si se admite el fin sepulcral múltiple de tales monumentos debería ser también considerada la hipótesis de la atribución colectiva de las ofrendas (L'Helgouach, 1985, 286), aunque fueran insignificantes.

En cualquier caso, lo que rebela el gran túmulo D es el acento de la grandiosidad tumular al margen de su arquitectura oculta; también un episodio temprano en el megalitismo cantábrico de acuerdo con las claves evolutivas del megalitismo en diferentes regiones atlánticas europeas; claves reelaboradas ahora, bajo un enfoque conceptual, como el fruto de la contradicción entre "exhibición y monumentalismo" y "ocultación y desindividualización" (Criado, 1989, 91 y ss.).

Entre las concreciones de lo establecido en La Llaguna se destaca la paulatina confirmación de la diversidad estructural dentro de un mismo conjunto de monumentos. Esta condición resulta aquí particularmente elocuente: ninguno de los excavados es semejante a los demás. Solamente un cierto estilo constructivo, en el dispositivo tumular, mantiene la afinidad, cuando el núcleo de cada monumento manifiesta netas diferencias: una cámara ortostática clásica en C, una pseudocámara minúscula en el fondo del gran túmulo D y una estructura extraña e imprecisa en A. Además, el falso túmulo E testimonia un concepto complejo de la arquitectura funeraria, en la que caben estructuras complementarias, satélites de otras, quizás realzando su importancia como podría sugerir la situación de tangencia entre D y E.

También en lo que se va estableciendo cabe resaltar la personalidad neolítica de la estación. La considerable antigüedad de la misma queda de manifiesto con lo ya dicho, pero cuenta además con la coincidencia de las fechas radiocarbónicas del túmulo D (otras del A están ya en elaboración). Dos muestras de carbón vegetal procedentes del tramo basal del túmulo, no lejos de la cámara, y localizadas en el sedimento de relleno, sin ninguna alteración detectada, fueron procesadas en el *Centrum voor Isotopen Onderzoek* de la Rijks Universiteit de Groningen, con el resultado en años convencionales C-14:

Gr N.—16647 —— 5135 $\pm$ 40 BP.
Gr N.—16648 —— 5110 $\pm$ 60 BP.

Ambas fechas resultan coherentes entre sí y ajustadas a las espectativas que el análisis arqueológico había generado, insertándose además en el segmento temporal, antiguo, que el C-14 va delimitando para otros megalitos del N. de Portugal (Cruz, 1988. 39), Galicia (Fábregas, 1989), Meseta N (Delibes, Alonso y Rojo, 1987) y País Vasco (Armendáriz, 1987), regiones que enmarcan nuestro escritorio. Quizá incluso hasta resulte algo sorprendente la cercanía cronológica de todas esas fechas en las regiones septentrionales de la Península, ya que si tal coincidencia nos habla de la lógica generalización del megalitismo en regiones más o menos próximas, en las últimas centurias del IV milenio, escasean las fechas alusivas a la multisecular duración del mismo y a su propia evolución interna.

La implantación montañosa de la estación megalítica de La Llaguna de Niévares constituye, tras lo expuesto, el primer documento preciso, a fines del IV milenio, de la neolitización en las comarcas costeras del centro de Asturias. Los monumentos excavados son producto de la complejidad de las fórmulas empleadas para testimoniar en el área la presencia de sus autores, complejidad que admite posibles usos diferenciados de los monumentos, alguno de los cuales pudo tener un empleo funerario *único e irrepetible* tras su edificación (recuerdese la disposición de la pequeña cámara del gran túmulo D). La diversidad estructural es posible que encubra no sólo cierta distancia en el tiempo; también probablemente intenciones variadas y complementarias, tal vez mecanismos complejos de ratificación de los lazos de solidaridad entre los diferentes grupos humanos que explotaban el territorio inmediato, si no se introducen, todavía más, consideraciones sobre los particularismos hipotéticos de la estructura social (¿inhumaciones esporádicas de individuos destacados?).

En un orden distinto, La Llaguna cumple sobradamente con muchas de las fórmulas aceptadas para la comprensión de la geografía megalítica. Su enclave responde a la articulación de territorios distintos, delimitados por los fe-

races valles de Villaviciosa y Peón y por las tierras bajas de la rasa costera. Su posición culminante en un sector orográfico significativo, entre el arco montuoso de las sierras prelitorales y la comarca litoral de Les Mariñes, de Villaviciosa a Gijón, apunta a la comprensible distinción entre *área funeraria* y *espacio económico,* y a la fusión de los mismos en un territorio organizado y comprensible para sus habitantes megalíticos.

El acento de síntesis de la neolitización que señalabamos más atrás, —fusión entre lo más antiguo de raigambre epipaleolítica y lo propiamente neolítico, etc.—, en la ergología funeraria del neolítico terminal de La Llaguna, apuntan así mismo hacia unas pautas de subsistencia en las que lo arcaico y siempre rentable (caza, recolección, etc.) vendría a combinarse con el pastoreo y con la agricultura, en un paisaje que oferta áreas de rendimiento y posibilidades diversos. Sin que dispongamos de una base documental suficiente sobre tales aspectos paleoeconómicos, no podría olvidarse la admisible naturaleza ilustrativa de las entregas instrumentales a los túmulos; entre aquellas las hachas pulimentadas pueden encerrar un contenido polisémico (Krintiansen, 1989, 68), una de cuyas variantes apuntaría hacia el desmonte y la roturación de suelos.

La genérica similaridad de los elementos industriales de La Llaguna no precisa episodios con grandes distancias temporales entre sí o grandes modificaciones culturales, y subyace en su homogeneidad al polimorfismo arquitectónico. Un proceso diacrónico a establecer en la colonización neolítica de este segmento de la costa central asturiana precisa de la aclaración de cual fue el tiempo de los túmulos situados en la próxima rasa costera y el de las diversas implantaciones megalíticas en las eminencias serranas que la delimitan. Una cierta diacronía, bosquejando un tiempo posterior al aquí identificado, se sugiere en el único megalito investigado años atrás entre la Cuenca Central (depresión de Sariego) y el Mar Cantábrico: El Cantón I (de Blas, 1980), en un conjunto tumular integrado en uno de los vértices del cordón montañoso que cierra como telón de fondo, por el mediodía, la panorámica del universo inmediato que desde La Llaguna se contempla.

El Cantón se integra en un conjunto tumular disperso, con logros monumentales discretos y con una posición cultural calificable de calcolítica. La Llaguna, señalando probablemente un episodio previo, ofrece rasgos diferentes: densidad tumular en un espacio reducido y clara monumentalidad de lo conservado. Tal vez convenga destacar esta situación de contraste como referencia para ulteriores observaciones en el mismo sentido. Ver, por el momento, en La Llaguna un episodio temprano del apogeo megalítico es una óptica teórica atractiva. Con las distancias que quieran señalarse, no es fácil eludir en La Llaguna D, con el gran túmulo y la pequeña y profunda cámara, la imagen de los primeros grandes túmulos atlánticos, extendidos desde Francia a Polonia (Joussaume, 1985), señalando un momento auroral de lo propiamente megalítico, que llegan a convivir con otras arquitecturas funerarias ya diferentes (estructuras abiertas, al igual que en La Llaguna con el dolmen poligonal del túmulo C), simultaneidad recientemente vista (Sherrat, 1990) como el reflejo de la tensión y de los conflictos entre las sociedades neolíticas, siendo las tumbas los elementos diferenciales de los distintos grupos confrontados. Bajo esa óptica, la complejidad arquitectónica sería la traducción perenne de la propia complejidad social.

BIBLIOGRAFIA

ARMENDARIZ, A. (1987): *"Problemas sobre el origen del megalitismo en el País Vasco"*, en Megalistismo en la Península Ibérica. Madrid. Ministerio de Cultura, págs. 143-148.

BLAS CORTINA, M.A. de (1980): *"El túmulo dolménico de El Cantón I (Sariego)"*, en Noticiario Arqueológico Hispánico, n.º 10, págs. 9-35.

BLAS CORTINA, M.A. de (1990): *"Excavaciones arqueológicas en la necrópolis megalítica de La Cobertoria (divisoria Lena-Quirós) y en los campos de túmulos de Piedrafita y el Llanu la Vara (Las Regueras)"* en Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986. Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura y Deportes, págs. 69-77.

CAVA, A. (1988): *"Estado actual del conocimiento del Neolítico en el País Vasco Peninsular"*, en Veleia, 5, págs. 61-96.

CRIADO, F. (1989): *"Megalitos, espacio, pensamiento"*, en Trabajos de Prehistoria, 46, págs. 75-98.

CRUZ, D.J. da., (1988): *"O megalistismo do Norte de Portugal"*, en Trabalhos de Antropología e Etnología, 28, págs. 15-49.

DELIBES, G.; ALONSO, M. y ROJO, M.A. (1987): *"Los sepulcros colectivos del Duero Medio y las Loras, y su conexión con el foco dolménico riojano"*, en Megalitismo en la Península Ibérica, págs. 181-197.

FABREGAS, R. (1989): *"Le phénomène du mégalithisme dans le NW. de l'Espagne"*, en L'Anthropologie. T. 93, págs. 219-230.

GONZALEZ, J.M. (1973): *"Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias"*, en Archivum, XXIII, págs. 5-42.

JOUSSAUME, R. (1985): *Des dolmens pour les morts.* Ed. Hachette.

KRISTIANSEN, K. (1989): *"Transformaciones sociales en el neolítico final de la Europa Templada (4000-2000 a. de C.)"*, en Trabajos de Prehistoria, 46, págs. 65-74.

L'HELGOUACH, J. (1985): *"Signification et place des tombes mégalithiques dans les sociétès atlantiques aux V^e et VI^e millenaires"*, en Elements de Prè et Protohistoire Europeenne. Hommages a Jacques-Pierre Millotte. An Lit. Un. de Besançón 299, págs. 284-287.

ROUDIL, O. y BERARD, G. (1981): *Les sepultures mégalithiques du Var.* Ed. C.N.R.S.

SHERRAT, A. (1990): *"The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic north-west Europe"*, en World Archaeology, vol. 22, n.º 2, pags. 147-167.

NOTA

Pudimos contar en la preparación de las ilustraciones con la eficaz colaboración de Carlos Miguel López (fig. 1-8 y 12) y de Héctor Manuel Gachs (fig. 15 y 16 c) a quienes manifestamos nuestra gratitud.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL OCCIDENTE DE ASTURIAS (CAMPAÑAS DE 1987-1990)

Elías Carrocera Fernández

En el transcurso del espacio de tiempo comprendido entre 1987 y 1990 nuestras campañas de excavaciones se centraron en los yacimientos conocidos por los topónimos de Castro de San Isidro, Castro del Picu de Mina y Castro de Coaña.

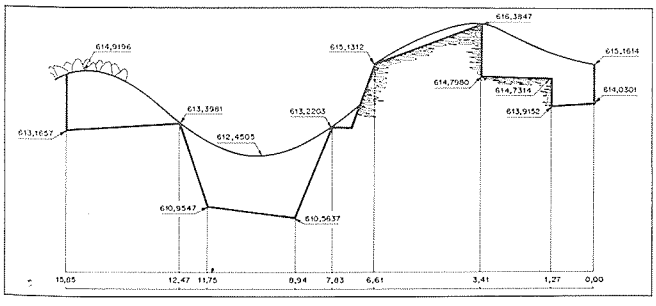
CASTRO DE SAN ISIDRO

La estación arqueológica de San Isidro se encuentra enclavada en la divisoria de San Martín de Oscos y Pesoz. Es un yacimiento importante para su estudio, debido a sus características físicas. Es un castro de los que poseen un sistema defensivo en el que las piedras hincadas juegan un papel importante y significativo. Madoz a mediados del siglo XIX ya nos dejó una descripción escueta y cuidada "en el barrio de Bousoño existen vestigios de un ant. fuerte, cuyas paredes son muy sólidas, circuidas de foso defendido por piedras puntiagudas"[1]. No obstante el Dr. J. Maya dudó en su momento de que al sistema defensivo de San Isidro se le pudiese designar con el nombre de piedras hincadas o "Caballos de Frisia"[2].

El yacimiento, a lo largo de su investigación, apuntó toda una serie de problemas estratigráficos que creemos tener resueltos. Las soluciones, a nuestro juicio bien contrastadas, pueden abrir nuevos horizontes de análisis, servir de estímulo y a la vez clarificar confusionismos y disipar alguna duda metodológica[3].

Resulta ya un tópico decir o escribir que en los castros asturianos las estratigrafías no son claras o que no se documentaron suelos claros de ocupación. A simple vista estas afirmaciones, anteriormente apuntadas, son objetivas ya que todavía no fuimos capaces de dar una explicación o de apuntar una solución al hecho de que no aparezcan suelos claramente legibles en las estratigrafías. Rara vez nos encontramos, en el occidente de Asturias, con suelos de tierra pisada o con suelos de "opus". Por el contrario, en la mayoría de las ocasiones, bajamos hasta la roca entre escombros y derrumbes.

Las circunstancias comentadas, a nuestro juicio, son el resultado estratigráfico de la utilización de suelos de madera. El análisis de la estratigrafía del fotograma n.º 1, procedente de San Isidro, señala claramente un paquete de escombros que llega hasta la roca madre. Un análisis más detallado nos señala la presencia de un arco de piedras por encima de una película de tierra negra.



Perfil N. del sistema de fortificación del Castro de San Isidro. Se pueden observar las siguientes circunstancias: paseo de ronda, muralla, foso, contrafoso y piedras hincadas.

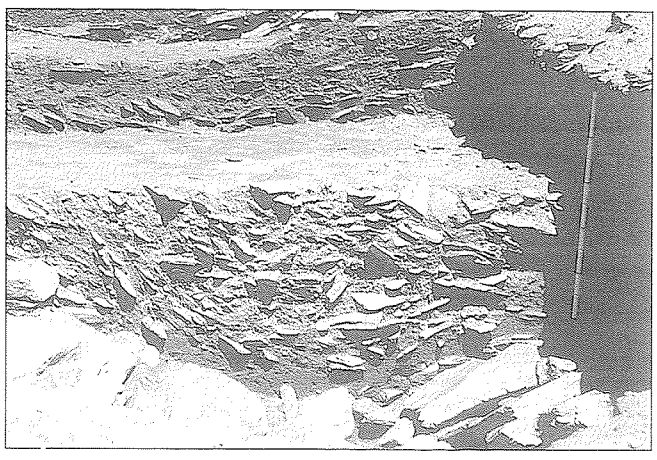


Foto 1.—Corte estratigráfico del interior de una cabaña del castro de San Isidro.

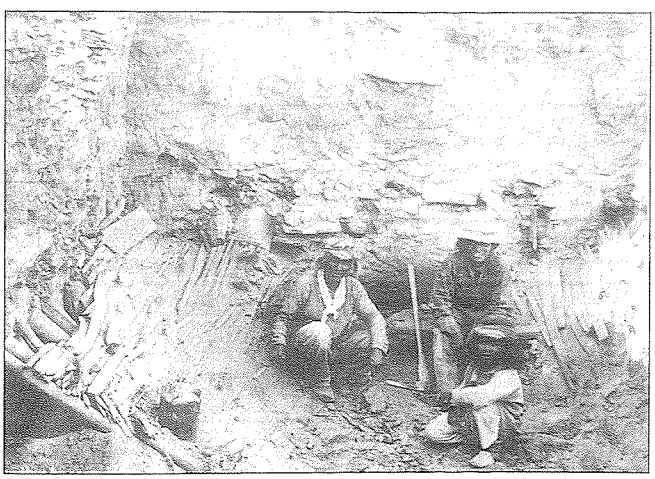


Foto 2.—Fotograma de la expedición Hyde al Chaco. La expedición fue dirigida por George Pepper. La fotografía procede del libro de Bruce Norman *Footsteps,* publicado por BBC Books en 1987 y traducido al castellano por Destino, S.A. en 1990.

La interpretación de la formación de la secuencia estratigráfica sería la siguiente: El desuso y abandono de la construcción propició el deterioro y movimiento del suelo de madera, máxime cuando el substrato es muy irregular, tal como aparece en la secuencia fotográfica n.º 2 de la expedición Hyde en 1896 a Pueblo Bonito. Este mismo fenómeno se observa en el Picu da Mina, San Chuis, Chao Samartín.

Este fenómeno estratigráfico tiene algunas variantes que dependen del vano existente entre el suelo de madera y la roca. A un suelo del substrato, regular, le corresponde un espacio mínimo entre la tarima y la roca y por ende alteraciones menores en el depósito. Si por el contrario el suelo del substrato es irregular, se producen grandes diferencias de cota con respecto al entablado, con lo que el paquete estratigráfico en su asiento definitivo produce una serie de convulsiones en el depósito arqueológico. Los ejemplos varían en consonancia a la disposición del entablado y al rumbo que tome ese suelo de madera en el momento que deje de ser usado.

En el caso de la estratigrafía de San Isidro, que aparece en el fotograma n.º 1, el suelo de madera en su movimiento formó una concavidad, igual a la del fotograma n.º 2, hacia la que se desplazaron las evidencias arqueológicas, restos de cerámica, tejas de pizarra etc.

En nuestro caso, esos suelos en movimiento los recuperamos, para su ulterior estudio antracológico, mediante la aplicación de la técnica de flotación[4].

Por lo que respecta a la cronología del yacimiento seguimos manteniendo la cronología de la segunda mitad del siglo I d. C. para su fundación, documentando también materiales que nos sitúan cronológicamente en el V-VI d. C.[5]. No obstante en una publicación reciente se atribuye al castro de San Isidro una cronología de "hacia el siglo I a. C."[6].

CASTRO DE COAÑA

Las excavaciones en el castro de Coaña se inscriben en el marco del Parque Arqueológico de la Cuenca del Navia. El castro de Coaña será el centro neurálgico de una gran ruta arqueológica que recorrerá todo el valle del Navia y que tendrá ramificaciones hacia el puerto del Palo y otros territorios de Allande.

Con el fin de integrar la ladera S. y SE. del yacimiento, lugar de ubicación de la mayor parte de las escombreras de antiguas excavaciones, en la nueva visión que del yacimiento se va a tener desde los nuevos accesos, hoy en ejecución, decidimos acometer la limpieza y excavación de estos sectores.

Después de la limpieza, planteamos un corte estratigráfico en el que poder determinar, a posteriori, la naturaleza de las defensas en este sector. El resultado se puede comprobar en el fotograma n.º 3, en el que se aprecia un gran foso excavado en roca, relleno con los aportes retenidos de la muralla.

Ante la documentación de esta fortificación, el planteamiento de adecentamiento e integración de esta ladera S. SE., tendrá que sufrir modificaciones ya que los requisitos de la investigación precisan documentar si existe uno o más fosos, si el foso descubierto continúa hacia el E. y corta de forma artificial el acceso al poblado. La comprobación y respuesta a estas preguntas condicionará la futura entrada al yacimiento, ya que de no interrumpirse el foso, la entrada sería a través de un puente.

En el transcurso de las campañas de excavación en Coaña decidimos abrir nuevos campos de investigación, con lo que siguiendo y retomando las investigaciones de J. M. Flórez[7] orientamos parte de la investigación al descubrimiento y análisis de la cantera de aprovisionamiento de Plutón que presumiblemente utilizaron los pobladores del castro de Coaña.

El material de partida fue la información recogida por J. M. Flórez en el documento citado anteriormente y que señalaba la presencia de masas aisladas de granito y de una pila a medio trabajar, semejante a la que hoy se localiza en el castro, en el arroyo de Abarcunha.

Nuestra sorpresa fue que el topónimo se había perdido, con lo que el trabajo se complicaba por momentos. Después de una serie de indagaciones y de consultas con don Jesús Martínez, comenzamos a prospectar uno de los ria-



Foto 3.—Castro de Coaña. Vista general del foso trajado en roca y documentado en la ladera S.



Foto 4.—Vista general de la excavación de la presumible cantera de granito que abastecía al castro de Coaña.

chuelos que vierten sus aguas al Xarriou, regato que circunda el castro de Coaña, hasta que documentamos una serie de masas aisladas de granito, que no aparecen señaladas en la cartografía al uso. Una combinación de suerte e intuición decidió que el equipo de prospección realizase un sondeo, dando como resultado la localización de la pila que se puede observar en la foto n.º 4.

A nuestro juicio, y a falta de los análisis pertinentes que nos aproximen a la realidad, creemos que estamos ante la cantera de la que se aprovisionaban, tal vez, los habitantes del castro de Coaña y los de algún otro castro. En el entorno inmediato aparecen bloques aislados de granito que nos recuerdan a las piedras con cazoleta, típicas de los castros excavados en la Cuenca del Navia.

En el transcurso de las excavaciones fueron tomadas toda una serie de muestras, en distintos yacimientos del occidente asturiano, para llevar a cabo estudios palinológicos. La investigación fue dirigida por el biólogo don Antonio Guillén, y los resultados una vez resumidos, son los siguientes:

CASTRO DE MOHIAS

Introducción

El yacimiento, situado en las proximidades del mar, no se encuentra tan expuesto como el de El Esquilo a la acción del viento lo que ha determinado la sedimentación de palinomorfos en número suficiente para que los datos obtenidos sean indicativos y estimables estadísticamente.

En las depresiones de un relieve poco accidentado se manifiesta la humedad del subsuelo en pequeñas zonas encharcadas colonizadas por especies de apetencias higrófilas tales como distintos taxones del género Salix (sauces), Polygonum, etc. Es frecuente el "helecho real" *Osmunda regalis,* el "eupatorio" *Eupatorium cannabinum,* o los "berrios", *Apium nodiflorum.* En lugares con menos humedad están presentes los pinos de repoblación, fundamentalmente *Pinus pinaster* y los eucaliptos, *Eucalyptus globulus,* elementos que como veremos han alterado sustancialmente la composición de la originaria vegetación en la mayoría de los yacimientos muestreados.

Muestras: Resultados

Fueron tomadas dos muestras MO-I y MO-II, la primera de ellas correspondiente a un nivel estratigráfico anterior a la ocupación y la segunda coincidiendo con el nivel de ocupación; los resultados del recuento se expresan en las siguientes tablas:

			MO-I	MO-II
		N.º de granos de pólenes	164	81
		N.º de esporas	8	50
		% P.A./P.N.A.	27,4	37
			72,6	63
Polen Arboreo		Corylus	18	26
		Betula	4,2	—
		Salix	1,8	—
		Quercus	1,2	2,4
		Pinus	1,2	4,9
Polen no Arbóreo	Matorral	Ericaceae	18	50
		Cistaceae	4,2	6,1
		Caprifoliaceae	4,2	—
		Rosaceae	1,2	—
	Herbáceas	Compositae tubuliflora	1,4	—
		Compositae liguliflora	10,3	—
		Gramineae	26,2	7,4
		Cereales	3	2,4
		Caryophyllaceae	—	2,4
			%	%

Evolución del paisaje vegetal

El primer aspecto a destacar es la drástica disminución del número de granos de polen presentes en MO-II, el nivel de ocupación si lo comparamos con MO-I; este cam-

bio puede ser indicio de una deforestación local inducida por la acción humana, prueba de ello es la ausencia de polen de abedul, Betula, en MO-II así como de sauce, Salix presentes sin embargo en MO-I; este fenómeno está acompañado de un notable aumento en MO-II de los porcentajes de polen de ericáceas que junto con la enorme cantidad de esporas de helechos halladas en esta misma muestra pueden señalar una etapa de regresión del estrato arbóreo, etapa de regresión no atribuible por otra parte a cambios climáticos dado que los elementos indicadores siguen estando presentes.

Notable es también el descenso de porcentaje de gramíneas en el nivel de ocupación (un 20% menos) con respecto a MO-I; dado que las condiciones físicas no parecen haberse alterado sustancialmente según se desprende de los resultados del análisis y del estudio comparativo con la vegetación actual. Cabría pensar en una utilización de estos pastos no muy distinta a la que se hace hoy día con los de siega para distintas actividades agropecuarias.

Por último, señalaremos que los brezales de las inmediaciones del yacimiento hoy representados por pequeñas manchas y muy dispersas debido al impacto de la repoblación forestal, debieron marcar la impronta del paisaje en los tiempos de ocupación.

CASTRO DEL ESQUILO (CASTROPOL)

Introducción

El Esquilo es sin duda el yacimiento que menos luz nos arroja sobre la constitución del paisaje vegetal en tiempos pasados. Situado en un promontorio a escasos metros del mar, los vientos costeros han determinado, sin duda, la esterilidad casi completa en cuanto a palinomorfos de las muestras tomadas. Una de ellas, CA-I, fue recogida en un talud a 4 m. de profundidad con respecto al nivel O, no habiendo encontrado en ella rastro de polen o espora ni de ningún fragmento de tejido vegetal.

El entorno botánico del yacimiento, se halla completamente alterado por la acción del hombre que ha introducido el eucalipto en la zona o bien ha dedicado la tierra al cultivo del maíz, de la patata o de las habas junto a las proximidades de algún pastizal de siega.

Muestras: Resultados

Sólo hemos encontrado algunos granos de polen y esporas en la muestra correspondiente al nivel de ocupación que tomamos a 50 cms. de profundidad y que denominamos CA-II, estos son los datos obtenidos tras su recuento:

Nº DE POLENES	Nº DE ESPORAS	% P.A./P.N.A.	PINUS	LEGUMINOSAE	COMP. LIG. *
II	12	54'5/45'5	54'5	18	27'2

(*) Compuestas ligulifloras.

Evolución del paisaje vegetal

Los pobres resultados obtenidos no permiten una lectura de los porcentajes, únicamente destacaremos la importancia del número de esporas de helechos encontrados que por su gran densidad no pudieron ser llevadas por el viento tal y como posiblemente ha ocurrido con los granos de polen de compuestas ligulifloras. Los granos de polen de pino no son significativos por cuanto su producción es muy copiosa y su dispersión muy fácil. Las esporas de helechos son indicio de humedad en el suelo y posiblemente de la presencia de umbrías de vegetación hoy ya inexistentes.

CASTRO DE LA ESCRITA

Introducción

Situado en la zona montañosa del occidente asturiano, es el yacimiento con un entorno vegetal menos alterado de todos los estudiados en esta campaña; recubierto de una densa vegetación de robles, *Quercus robur;* abedules y castaños, no parece haber sufrido los efectos de las repoblaciones tan patentes en otros yacimientos; esta formación arbórea se cierra en un sotobosque de escobones, *Cytisus scoparius;* helecho común, *Pteridium aquilinum;* brezos (distintas especies de Erica y *Calluna vulgaris*) y tojos, *Ulex europaeus,* que se entremezclan en los lugares más abiertos con algún nogal o algún tipo o eucalipto disperso.

Muestras: Resultados

Fueron tomadas tres muestras correspondientes a tres niveles: ESC-I a 1 m. de profundidad y en contacto con la roca madre (anterior a la ocupación humana); ESC-II a 80 cms. de profundidad correspondiendo con el nivel de ocupación y ESC-III a 5 cms. en una zona de contacto entre el nivel de destrucción y el manto vegetal.

Los resultados obtenidos en los niveles de mayor interés arqueológico son poco menos que nulos; es curioso, sin embargo, que aparezcan gran cantidad de restos vegetales y de carbón en las preparaciones casi ausentes de polen y estériles en cuanto a esporas se refiere. Ignoramos las causas de esta práctica esterilidad de los niveles infe-

riores aunque sospechamos que los procesos de oxidación en estos suelos ácidos o el fuego han podido destruir la exina de muchos granos de polen y la pared de las esporas, pues los pocos elementos encontrados se hallaban bastante deteriorados y sólo los fragmentos más duros de tejidos esclerenquimatosos presentes en las muestras, hablan de una cobertura vegetal densa. Estos han sido los resultados del recuento:

		ESC-I	ESC-II	ESC-III
	N.º pólenes	6	4	576
	N.º esporas	0	0	8
	% P.A./P.N.A.	33,3 / 66,6	100 / 0	89,2 / 10,8
Polen Arboreo	Pinus	0	25	52,7
	Clorylus	16,6	75	33,8
	Quercus	16,6	—	—
	Betula	—	—	2
	Castanea	—	—	0,3
Polen no Arbóreo — Arbustivas	Ericaceae	16,6	—	6
	Cistaceae	—	—	0,3
Polen no Arbóreo — Herbáceas	Comp. Lig.	—	—	0,3
	Liliaceae	3,2	—	—
	Caryophyllaceae	—	—	0,5
	Gramineae	16,6	—	2,4
	Cereales	—	—	1
		%	%	%

Evolución del paisaje vegetal

La lectura de los porcentajes en ESC-I y ESC-II no puede ser realizada por ser insuficientes los datos del recuento, no obstante comentaremos algún dato de posible interés.

La vegetación reflejada en ESC-III no corresponde con el paisaje vegetal actual sino con una etapa anterior de clara dominancia del avellano, abedul, pino y castaño; curiosamente no hemos encontrado polen de Quercus en ESC-III siendo hoy día el elemento mejor representado en el yacimiento y sin embargo sí lo hemos encontrado en ESC-I lo que puede probar que fue abundante antes de la ocupación; muy posiblemente el roble desapareció con la presencia humana y no se ha recuperado hasta fechas muy recientes tal y como lo confirman los resultados palinológicos y la composición botánica actual.

El pino distorsiona las frecuencias polínicas en ESC-III al aparecer casi siempre hiperrepresentado no correspondiendo la idea que da su elevado porcentaje con su presencia real.

Probablemente, antes de la ocupación, el yacimiento presentase un aspecto bastante semejante a como lo presenta hoy día: Un estrato arbóreo más o menos denso constituído por un bosque mixto de robles, abedules? y avellanos que se entremezclaría con un monte bajo de brezal y tojo. La presencia del hombre conllevaría una deforestación local y poco a poco al cesar la acción antrópica las comunidades vegetales fueron recuperando la fisonomía y constitución originales.

En los claros de bosque y matorral los pastizales ocuparían suelos más pobres y más expuestos al sol.

El brusco descenso del porcentaje de gramíneas en los niveles de ocupación es constante en todos los yacimientos estudiados y como ya hemos señalado, atribuible a la utilización de estos pastos de siega por diversas actividades agrícolas o ganaderas.

CASTRO DE COAÑA

Introducción

Situado en un elevado promontorio, también este castro ha servido de zona de repoblación de pino, *Pinus pinaster,* especie dominante en el yacimiento y determinante del aspecto del estrato arbóreo.

En las inmediaciones del castro aparecen de forma espontánea pequeños núcleos relictos de vegetación autóctona constituídos por abedules y robles sobre un sotobosque de brezal con tojos y helecho común.

Muestras: Resultados

Al igual que en La Escrita fueron recogidas tres muestras para llevar a cabo el análisis palinológico: CO-I a 1,80 m. de profundidad junto a la roca madre y cuyo registro polínico podría dar idea de las formaciones botánicas presentes en el yacimiento antes de su ocupación. CO-II, a 1 m. de profundidad y correspondiente a la ocupación y CO-III tomada a 50 cms. en un nivel de relleno posterior, no coincidiendo su registro palinológico con la constitución florística actual.

La muestra con menor número de palinomorfos como ha ocurrido hasta ahora es la que corresponde al nivel de ocupación, los resultados han sido los siguientes:

		CO-I	CO-II	CO-III
	N.º pólenes	40	13	59
	N.º esporas	15	1	2
	% P.A./P.N.A.	20 / 80	38,6 / 61,4	40,6 / 59,4
Polen Arboreo	Alnus	10	7,7	18,6
	Quercus	2,5	23	11,9
	Castanea	—	—	5,1
	Corylus	—	—	3,3
	Betula	2,5	—	1,6
	Pinus	5	7,6	—
Polen no Arbóreo — Arbustivas	Ericaceae	10	15	27
	Cistaceae	—	7,7	—
Polen no Arbóreo — Herbáceas	Gramineae	67,5	7,7	20
	Borraginaceae	2,5	7,7	1,6
	Comp. tubuliflora	—	—	1,6
	Comp. liguliflora	—	7,7	1,6
	Cruciferae	—	—	3,2
	Liliaceae	—	—	3,2
	Caryophyllaceae	—	7,7	—
		%	%	%

Evolución del paisaje vegetal

Según reflejan los resultados, antes de la ocupación el paisaje estaría constituído fundamentalmente por grandes extensiones de pastizal tal y como lo constatan los elevados porcentajes de gramíneas en CO-I. El estrato arbóreo lo constituirían los alisos, *Alnus glutinosa,* en los bosques galería de los cursos de agua próximos. El robledal, no muy bien representado aparecería sobre un sotobosque de brezal mixto.

Los porcentajes del nivel de ocupación no son significativos pero por los datos de que disponemos parece que el hombre no modificó sustancialmente su entorno. Es muy patente la brusca disminución de los porcentajes de gramíneas quizá como ya hemos señalado con anterioridad por la utilización de dichas formaciones para distintos fines agropecuarios.

Por último en el nivel de relleno correspondiente a CO-III aparecen especies arbóreas con porcentaje ostensiblemente superior a como lo hacían en CO-I, parece que el robledal, al igual que las alisedas, cobran importancia, aparece el castaño y el avellano también queda representado. Los pastizales, después de cesar la acción del hombre se diversifican en especies y así, además de las gramíneas aparecen otras familias de marcado carácter ruderal como son Borragináceas, Crucíferas y Cariofiláceas. El sotobosque, al igual que hoy día, estaría constituído fundamentalmente por ericáceas.

OBSERVACIONES PALINOLOGICAS		OBSERVACIONES OBRE LA VEGETACION ACTUAL
MO-II:	Notorio predominio del avellano y el brezo (humedad) posible presencia de cereal.	Estrato arbóreo constituído por pino y eucalipto de repoblación, muy escasos los robles.
MO-I:	Dominio de avellano y abedul, elevados porcentajes de brezos y gramíneas; posible presencia de cereal.	
CA-II:	Nivel casi estéril, presencia de pino y compuestas.	Paisaje vegetal muy alterado, cultivo de maíz, patata y haba. Pastizales de siega. Presencia de eucalipto.
CA-I:	Nivel completamente estéril.	
ESC-III:	Claro predominio del pino y avellano, presencia de castaño, abundan brezos y gramíneas; cereal.	Estrato arbóreo con dominancia del roble, abedul y castaño, pino de repoblación disperso.
ESC-II:	Predominio del avellano pero los resultados no son significativos por su escasez.	Estrato arbustivo muy cerrado de brezal mixto.
ESC-I:	Nivel casi estéril, presencia de roble y avellano, gramíneas, brezos y liliáceas.	
CO-III:	Abunda el aliso, está presente el roble y el castaño, frecuentes gramíneas y brezos.	Repoblación de pino, matorral bajo de brezos y tojos.
CO-II:	Robles, sustrato herbáceo y arbustivo muy diverso - pero muestra casi estéril.	
CO-I:	Muy abundantes las gramíneas, cereal, presencia de alisos, abedules y robles.	

	MUESTRAS	PROFUNDIDAD	NIVEL ARQUEOLOGICO	RESULTADOS GLOBALES DEL ANALISIS PALINOLOGICO			CARACTERISTICAS DE LAS PREPARACIONES MICROSCOPICAS
				N.º pólenes	N.º esporas	PA/NP	
YACIMIENTOS COSTEROS — MOHIAS	MO-II	—	Nivel de ocupación	81	50	37/63	MO-II: bastantes restos vegetales, poco carbón.
	MO-I	—	Anterior a su ocupación	164	8	27,4/72,6	MO-I: muy poco carbón sin restos vegetales.
CASTROPOL	CA-II	50 cm.	Ocupación	11	12	54,5/45,5	CA-II: poco carbón, casi sin restos vegetales.
	CA-I	4 m.	Anterior a su ocupación	0	0	—	CA-I: sedimento muy fino sin restos vegetales ni carbón.
YACIMIENTOS DEL INTERIOR — LA ESCRITA	ESC-III	5 cm.	Contacto entre nivel de destrucción y manto vegetal actual	576	8	89,2/10,8	ESC-III: muy rica en polen
	ESC-II	80 cm.	Ocupación	4	0	100/0	ESC-II: muy pobre en palinomorfos, gran cantidad de carbón.
	ESC-I	1 m.	Contacto con roca madre	6	0	33,3/66,6	ESC-I: carbón y restos vegetales abundantes.
COAÑA	CO-III	50 cm.	Nivel de relleno	59	3	40,6/59,4	CO-III: mucha materia orgánica, carbón frecuente.
	CO-II	1 m.	Ocupación	13	1	38,6/61,4	CO-II: muy pobres en palinomorfos, abundante carbón.
	CO-I	1,8 m.	Contacto con roca madre	40	15	20/80	CO-I: pobre en restos vegetales y carbón.

NOTAS

(1) MADOZ, P. *Diccionario-Estadístico-Histórico de España y sus Posesiones de Ultramar.* Madrid, 1845-1850. Asturias, edición facsimil, 1985, p. 261.

(2) MAYA, J.L. La cultura Castreña Asturiana. *Indigenismo y romanización en el Conventus Asturum,* Madrid 1983, p. 25.
En este artículo el Dr. Maya publica la siguiente interpretación de las piedras hincadas del Castro de San Isidro: "Sin embargo, opinamos que no se trata de caballos de Frisia en un sentido estricto, sino del aprovechamiento de las piedras características de la zona, desgajadas en lajas, para la creación de fortificaciones complementarias del castro en el lado más accesible".
La duda es comprensible porque los accesos son difíciles y la vegetación intrincada. La documentación que presentamos en el anterior número de E.A.A. y la que aportamos en éste, espero que disipen las dudas al respecto.

(3) MAYA, J.L. en su publicación, *Los castros en Asturias,* Gijón 1989, p. 30, confiesa que tiene un confusionismo estratigráfico "Respecto a los castros occidentales, el confusionismo estratigráfico y la importancia del hábitat altoimperial impiden determinar con claridad los niveles prerromanos, si es que han existido".
El mismo autor en, *Los castros...,* citado, p. 37 discrepa de las conclusiones de otros autores y aconseja un cambio cuantitativo y cualitativo en los futuros planteamientos de excavación "No obstante, nos resulta poco actractiva la idea de hallarnos ante la importación, aproximadamente durante el cambio de era, de una vieja técnica militar que según todos los indicios se había perdido hacía ya bastante tiempo en sus lugares de origen. Unicamente la excavación *in extenso* y con metología apurada de los yacimientos afectados podrá dilucidar este problema, pues la experiencia arqueológica nos ha demostrado lo difícil que puede ser identificar un nivel castreño indígena, arrasado por los romanos para realizar un replanteamiento urbanístico". Sin engreimiento ni acritud espero que mis conclusiones puedan ser incorporadas a ese manual de metodología apurada.

(4) En 1984 diseñamos una unidad de flotación autónoma, que se recoge en nuestra tesis de doctoramiento. Recientemente apareció publicada en CARROCERA FERNANDEZ, E y DE LA RASILLA VIVES, M. Análisis arqueográfico e interpretación histórica de una cabaña castreña, en *Brigantium,* La Coruña 1989-1990, p. 74.

(5) CARROCERA FERNANDEZ, E y REQUEJO PAGES, O. Producciones cerámicas tardías en castros y villas asturianas, en *Boletín de Arqueología Medieval* 1989;3, págs. 21-30.

(6) ALMAGRO GORBEA, M. Segunda Edad del Hierro, en *Historia de España,* Planeta, t. I. Barcelona, 1990, p. 566.
Desconocemos los mecanismos de inteligencia que la Editorial Planeta utilizó para llegar a esta conclusión cronológica, por el momento desacertada y desviada. Nos consta que el autor del texto nada tuvo que ver en ello. Los materiales y la información para poder llegar a cualquier conclusión se encuentran en mi poder y ninguna persona o entidad me consultó a tal respecto. Por otra parte cuando, por cualquier circunstancia, se precisa un fotograma de un yacimiento que está siendo investigado, claro está dentro de la comunidad científica, se consulta; existe un epistolario por medio o simplemente se utiliza el ingenio diseñado por Graham Bell.

(7) FLOREZ y GONZALEZ, J. M. *Memoria relativa a las excavaciones en el Castellón de Coaña (Asturias),* Oviedo 1878.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN CASTROS DE LA RIA DE VILLAVICIOSA: UN POBLAMIENTO DE LA EDAD DEL HIERRO

Jorge Camino Mayor

En el año 1987 afrontamos un trabajo de investigación que tenía como fin conocer el poblamiento castreño vinculado a la Ría de Villaviciosa. Dicho proyecto, además de suponer una oportunidad para continuar y profundizar en una línea de estudio que habíamos iniciado bajo la dirección del Dr. M.A. de Blas Cortina centrada en los castros marítimos asturianos, tenía de antemano su mayor implicación en la traslación geográfica de un campo de estudios que para nuestra Región se había concentrado casi de forma exclusiva en la zona occidental.

Solamente la ya lejana excavación del Picu'l Castro de Caravia y las que estan en curso en la Campa Torres constituyen salvo los hallazgos descontextualizados la única fuente de información para el resto de la extensión administrativa.

Los recientes trabajos en la Cuenca de Navia (Carrocera, en prensa) han supuesto una revisión cronológica del fenómeno castreño de esa zona que quedó encuadrado en un contexto plenamente romanizador.

La paulatina revisión de materiales y estratigrafías de varios castros dejaba la impresión de una casi inexistencia dentro de nuestros límites administrativos de una cultura castreña ligada a la Edad del Hierro, hecho que además no dejaba de contrastar con las áreas limítrofes peninsulares. De este modo se nos brindaba una ocasión propicia para saber entre otras cosas si era un desequilibrio en la orientación espacial de las investigaciones, atraidas por la riqueza y complejidad de los castros occidentales, lo que estaba ocultando un hábitat que para épocas anteriores se había establecido preferentemente y con premisas económicas diferentes en otras áreas.

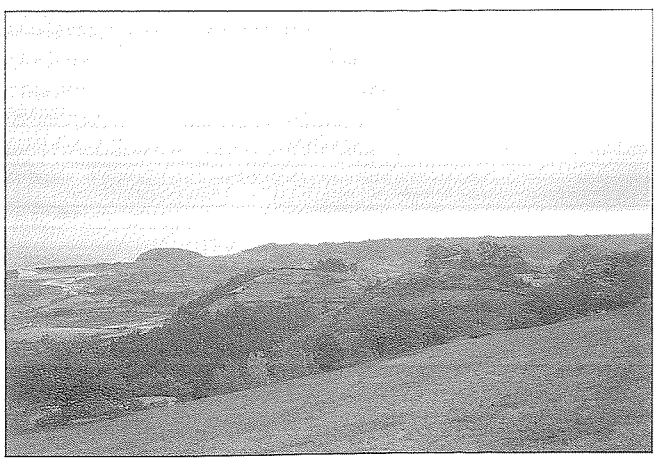
El espacio geográfico elegido para el desarrollo del trabajo, la Ría de Villaviciosa y su continuación hacia el interior en el Valdedios, constituye una unidad física con unas características y escala en principio apropiadas para el desenvolvimiento en su contorno de una actividad humana completa. No en vano, y eso era otra razón a añadir, reune un número de castros que supone la mayor agrupación en la franja costera de la mitad oriental de la Región, lo que desde una perspectiva espacial avalaba el postulado anterior.

El plan de trabajo se fundamentaba en la obtención de un repertorio de materiales con sus referencias estratigráficas a partir de los que poder estructurar un marco cronológico y cultural para los asentamientos. Dentro de la configuración arquitectónica de los castros se trató siempre de documentar las zonas de las estructuras defensivas interiores. La excavación de dichos elementos en esta tipología de yacimientos ofrece, como ya se sabe desde hace tiempo, los mejores datos para conocer la fundación, evolución y abandono de aquellos al menos en cuanto tales fortificaciones. Además, y como luego los resultados evidenciaron siempre, lo pronunciado de los relieves propios de nuestra Región implican una activa erosión de ladera que favorece la acumulación de los depósitos sedimentarios en las zonas perimetrales que ocasionan las defensas.

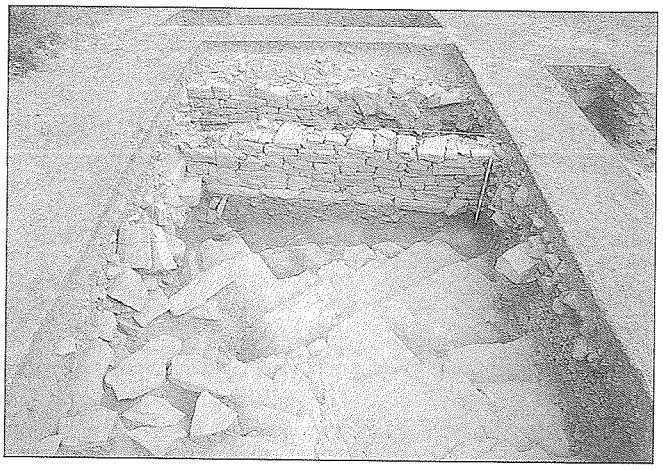
LOS PICOS CASTRO Y CASTIELLO (MORIYON-MIRAVALLES)

Constituyen estos sitios dos montículos sucesivos de forma cónica separados por un corto collado que se destacan en contrafuerte desde el Picu Fario por la margen oriental de la Ría, sobre la que se alzan más de dos centenares de metros. Hasta la falda septentrional llegarían en origen las aguas marinas por medio de un amplio estero actualmente desecado.

Este lugar posee una tradición bibliográfica antigua alusiva a su condición arqueológica. A mediados del pasado siglo P. Madoz (Madoz, 1855) recoge que en el Castiello "se ven señales de fortificación, como son cimientos de murallas, escaleras y pedazos de fosos; allí se han hallado varios sepulcros, alhajas de oro y plata y hasta brazaletes..". En términos parecidos se refieren también J.M. Cuadrado y la obra de Bellmunt y Canella. A estos datos añadió C. Cabal (Cabal, 1953) con ribetes ampulosos el hallazgo de piezas de oro, fíbulas de bronce, frenos de caballo, cuchillos y molinos circulares fruto de las remociones realizadas por las labores agrícolas. Esta crónica de hallazgos materiales sólo descritos sumariamente en uno o



Fot. 1.—Los Picos Castro y Castiello de Miravalles vistos desde el SO. La bocana de la Ría al fondo



Fot. 2.—El Pico Castiello. La excavación en el interior de la muralla en el sector D. En primer plano hacia la izquierda se observa parte de un enlosado. Tras el paramento exterior aparece la obra originaria presumiblemente derruida



Fot. 4.—El Pico Castiello. Zona excavada de la cabaña en el sector D. Por la parte inferior izquierda transcurre el alineamiento de piedras que actua de medianera. Arriba a la derecha el basamento de un muro que se acerca al de la vivienda

dos casos, que por otra parte debieron de estar siempre "desaparecidos" y de los que no se conoce referencia gráfica alguna, sirvieron a J.L. Maya (Maya, 1984) para situar el yacimiento en la etapa prerromana clásica, entre los siglos III-I a. de n. E. Aunque este argumento cronológico nos parecía sumamente endeble, había dos hechos que atraían en especial nuestra atención, de un lado la tradición de relevantes hallazgos que parecían testimoniar una seguridad en la fertilidad arqueológica y, de otro, no se nos escapaba la similitud topográfica y espacial entre este



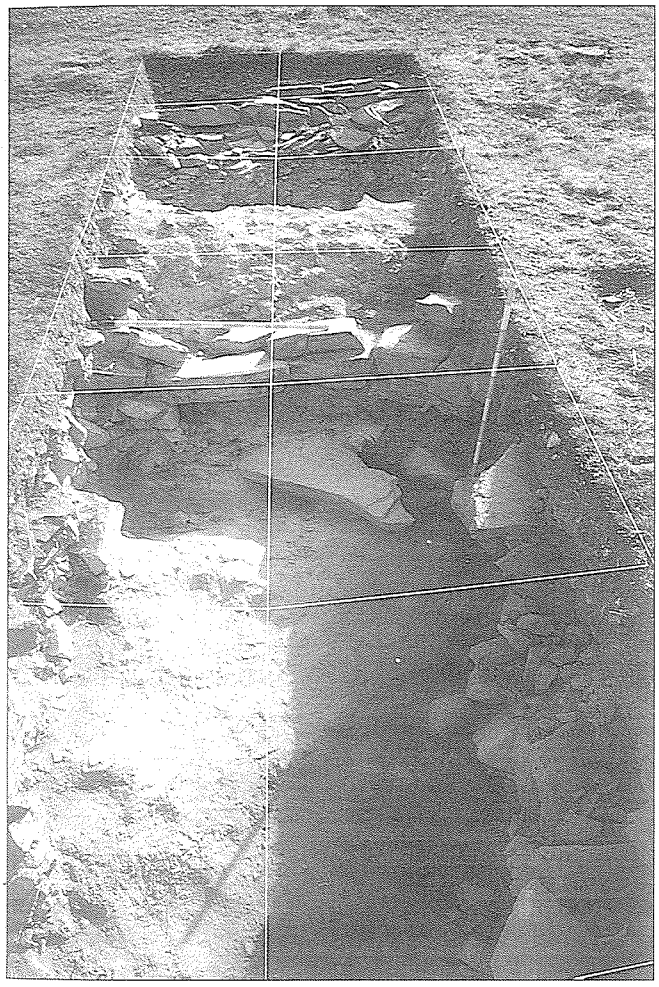
Fot. 3.—El Pico Castiello. Vista de la sección de la muralla en el sector D

emplazamiento y el del Pico'l Castro de Caravia, sin que de ello pretendiesemos decantar ningún determinismo.

En la prospección del lugar resulta sorprendente que de los dos cerros el que manifiesta vestigios de obras fortificativas es el conocido como El Castro, en tanto que las noticias bibliográficas, las leyendas y la catalogación reciente del yacimiento (González, 1966) se relacionan con El Castiello.

En efecto, El Pico el Castro, intermedio entre la sierra y la otra colina, consta de dos taludes de hasta 5 m. de altura que se escalonan en la ladera, definiendo por recinto una pequeña cumbre mayoritariamente aplanada y de forma oval.

Los múltiples sondeos efectuados en este sitio revelaron la ausencia de una sedimentación asociada a su ocupación. Unicamente se pudo comprobar que el talud interno estaba coronado por un murete o cerca del que restaba la hilada de base y un derrumbe de moderadas proporciones a su pie. A la luz de estos resultados hemos de pensar que este primer cierre podía cumplir la función de acrópolis o, si se quiere, de lo que se viene entendiendo como antecastro del asentamiento situado a continuación. Ejemplos parecidos de vecindad entre dos recintos fortificados suelen mencionarse a veces en la Meseta Norte pero con una función y cronología no determinados. Con las espaldas cubiertas por la entrada de la lengua marina y rodeado de largas pendientes, el acceso se efectuaría por el Sur, a través del collado y por debajo de ese primer pico. No en vano la mayor relevancia de la fortificación de este hace



Fot. 5.—El Pico el Castro. En el centro de la cuadrícula la base del muro que corona el talud y por delante la antigua pendiente

frente a ese lado por donde creemos discurría un antiguo camino procedente de la marina y que se suele considerar calzada.

A diferencia del caso precedente El Pico Castiello, una colina troncocónica de cumbre redondeada, muestra un buen número de terrazas, generalmente de escasas dimensiones y terreras, en las que no dejaba de ser muy forzado hablar de finalidades defensivas. Las excavaciones consistieron en sondeos iniciales, en un corte estratigráfico y por último en un planteamiento más extensivo de las cuadrículas, fase en la que nos encontramos, encaminadas respectivamente al reconocimiento y valoración potencial del sitio, aclaración de su secuencia estratigráfica y obtención de un repertorio expresivo de materiales y estructuras. Esa zona superior de la colina que se puede identificar con el recinto, ya que los cambios topográficos indicados por aquellos bancales parecen deberse más, como comprobamos en un par de casos, a la repartición parcelaria y aprovechamiento posterior del espacio que a las obras castreñas, ha sufrido diversas perturbaciones en su registro arqueológico. En realidad, este parece limitarse en óptimas condiciones por lo que ahora conocemos a una franja de unos 500 m^2 situada en el margen meridional de la cumbre. La búsqueda de tesoros que afectó a una buena parte de la cima, según evidencian los socavones realizados en una de las fincas, y la extracción de piedra de la muralla y del roquedo por los vecinos de las proximidades hasta fechas recientes han mermado una gran parte del yacimiento. La erosión de ladera en el resto de los lados, tal como manifiestan algunas coladas de arrastre y lo acentuado de la pendiente, inspiran poca confianza en la fertilidad de otras zonas del castro, por demás con peores condiciones de habitabilidad.

Esa terraza fue, pues, el objeto fundamental de los trabajos de excavación que se distribuyeron en tres sectores espaciados. En todos los casos la base de la estratigrafía está indicada por un nivel de tierras oscuras que posee abundante material arqueológico, en esencia cerámico, y que debió de ser enrasado por la ocupación posterior. Existe una relativa variedad en ese repertorio cerámico. El más abundante, que hemos de atribuir a una producción local, es de pastas en ocasiones muy porosas, debido con toda probabilidad a la combustión de desgrasantes orgánicos, hechas a mano y cocidas a baja temperatura y de forma desigual pero en atmósfera predominantemente reductora. Se trata, en suma, de una cerámica muy quebradiza de tonos oscilantes entre naranja, castaño, castaño-grisáceo y negro. Entre ellas puede definirse un grupo de una mejor calidad que puede ir decorado. Unos pocos fragmentos responden a tradiciones distintas pero tienen en común su elaboración mucho más cuidada. La elevada fragmentación que involucra a todas las cerámicas convirtiendo en excepcionales los trozos que superan los 5 cm. de dimensión mayor obstaculiza todo intento reconstructor y la fijación de formas, problema que además fue común a todas las excavaciones que practicamos. No obstante, se hacen evidentes perfiles de tendencia globular, bordes suavemente exvasados y bases siempre planas. El número de casos decorados es muy bajo. A título de ejemplo podemos decir que fue de aproximadamente un 6% para el conjunto de los niveles castreños en la última campaña. Los motivos reconocidos son bandas acanaladas tan-

to profundas anchas y estrechas como tenues y anchas, triángulos incisos terminados en círculos concéntricos estampados, espigados incisos, pezones poco resaltados, líneas bruñidas cruzadas e impresiones de ruletilla.

El resto de la cultura material está representada por una cuenta de bronce de perfil bitroncocónico y diversos fragmentos principalmente de hierro difícilmente identificables. La aparición de escoriaciones con paredes cerámicas adheridas, quizás de crisoles, acredita como viene siendo habitual en la mayoría de los asentamientos castreños una actividad fundidora local. Finalmente, en piedra se encontraron trozos de afiladeras y parte de una fusayola. También se consiguió obtener una buena muestra de semillas que a falta de un dictamen definitivo presumimos de trigo.

Ante la ausencia por el momento de algún elemento defensivo al que asociar esta primera ocupación no debiera de sorprender que esa condición recayese en el cierre del Pico el Castro ya descrito.

Apoyada sobre esa capa e incluso cortándola se edificó una muralla que señala la segunda fase de ocupación y acapara la mayor parte del depósito arqueológico. Se compone de dos paramentos que sirven de encofrado a un relleno de cascotes. Estos lienzos se levantan con bloques tabulares de arenisca de cara regularizada al exterior colocados en seco y ajustados con ripios. Su altura máxima conservada es de 1 m. y su anchura general es de 4. En diversos puntos esta construcción fue desmantelada hasta su misma base con el fin de sacar la piedra. Una cerámica de aspecto altomedieval que penetró con unas tierras que encubren en una de las zonas la ausencia de derrumbe exterior, nos indica que para dicho momento esa actividad debió estar ya muy avanzada. Así como parece claro que esta muralla se extendía por todo el frente meridional del cerro en una longitud que rebasa los 50 m., no disponemos, por contra, de evidencia alguna que corrobore su continuidad por el resto del perímetro. En el último sector excavado el paramento interno parece haber sufrido un desplome parcial en el mismo momento de su construcción. Este evento se solucionó con la yuxtaposición de un nuevo lienzo que ensancha en más de 1 m. la obra originaria. Aunque debiera de proseguirse la excavación de esa zona por la complejidad que introduce un giro de 90° del lienzo interior, presumiblemente para librar una cabaña preexistente, somos partidarios de aquella interpretación que se asemeja a las reparaciones efectuadas en las murallas de Cameixa (López Cuevillas y Lorenzo, 1986) y Terroso (Coelho, 1986), frente a otras alternativas como una muralla reforzada al estilo Cogotas y Chamartín de la Sierra (Cabre, 1930 y 1950), o simplemente escalonada. El servicio de esta construcción estaba atendido por un corredor interior enlosado cercano al metro de anchura. Otros elementos inmediatos a la muralla cuya función se nos muestra algo más difusa son un ancho muro de trayectoria paralela de posible contención interior, una zona pavimentada de arcilla con señales de combustión y otra caminería enlosada de acceso al paseo de ronda.

No cabe duda que la realización de esta obra defensiva conllevó una importante reducción del espacio habitable al menos en ese lado y quizá se relacione con esa transformación urbanística la presencia entre el relleno de la muralla de trozos de revoque de barro con improntas de ramas perteneciente a las construcciones de habitación. Precisamente la única manifestación hasta el momento de arquitectura doméstica apareció también en esta última campaña y, aunque excavada tan sólo en aproximadamente un tercio de su superficie, sabemos que tiene una planta curvilínea y que parece tratarse de una pervivencia del momento anterior. Las paredes se basaban en un zócalo de piedra de 40 cm. de anchura y 30 de altura conservada sobre el que se levantaba un entramado de maderas revestido por un manteado de barro que se enlucía de blanco en la cara vista. La cubierta habría de ser necesariamente vegetal. Una hilera de piedras de recorrido aparentemente secante, posible sostén de una pared medianera de materiales ligeros, tal como se interpreta un caso igual en el yacimiento de Choisy-Au-Bac (Buchsenschutz, 1984), marca una división interior, habiendo hacia un lado un piso de arcilla calcinada y hacia el otro sólo endurecida. Su función como vivienda viene garantizada por el hallazgo del aro y gancho metálicos de lo que en la bibliografía se denomina lar.

La cerámica encontrada en los distintos niveles que se relacionan con este segundo momento, aunque en menor cantidad, manifiesta una absoluta continuidad en factura y decoración, si bien con una mejor calidad general. Entre los ornamentos de la cerámica local pueden destacarse triángulos incisos rellenos de ungulaciones, bandas incisas de triángulos y líneas oblícuas y acanaladuras anchas y tenues. En cerámica negra de cuidada calidad, peinados finos rellenando triángulos, incisiones de EE o serpentiformes. Entre el derrumbe interno de la muralla se registró un fragmento aparentemente torneado provisto de una banda reticulada de líneas bruñidas.

Pero el objeto más destacado fue una fíbula completa de bronce que apareció entre el relleno de la muralla donde seguramente fue extraviada. Aunque está aún en proceso de consolidación, consta de un resorte bilateral, arco semicircular acintado con incisiones decorativas y pequeña mortaja lateral, todo ello elaborado con un solo hilo

metálico. A priori podemos encuadrar esta pieza entre la tipología denominada "Golfo de León". Otros hallazgos fueron una fina hebilla anular, un disco o botón perforado y varios restos de bronce. Un regatón y una punta de lanza en hierro y una fusayola pétrea completan el conjunto.

Cuando ya se había producido el desmoronamiento de la muralla se levantó un muro que parece reutilizar su material constructivo. El conocimiento de una ulterior y aunque marginal ocupación se limita a esta estructura y a unos fragmentos cerámicos poco esclarecedores.

EL CASTILLO (CAMOCA)

Cuenta este castro con algunas menciones antiguas que hacen referencia a su condición fortificada (Cabal, 1953), dedicándole posteriormente J.M. González (González, 1975) un estudio detenido de los vestigios superficiales. Por su proximidad al pueblo de Grases donde se encuentra la lápida de los "Luggoni Arganticaeni" se ha supuesto también que esta pudo proceder de él (Maya, 1988).

Su emplazamiento aprovecha una loma culminante de la pequeña cadena montañosa que recorre longitudinalmente la cubeta de Valdedios para dominar la casi totalidad de su trayecto. Un escarpado talud de casi una decena de metros de desnivel rodea el recinto, siendo precedido en el lado oriental por otros dos taludes escalonados, prolongándose el central por todo el lado Norte. El espacio interior adquiere el diseño uniforme de un óvalo en el que se individualiza una terraza perimetral que ciñe la



Fot. 6.—El Castillo de Camoca en el centro del valle observado desde el Sur

corona o culminación de la colina. No podemos ocultar que este conjunto de condiciones (posición geográfica central, dimensión y defensas relevantes) nos empujó a valorar con decidido optimismo el interés del yacimiento, máxime si se confirmaba una cronología avanzada en su hipotética relación diacrónica y referencial respecto al Castiello de Miravalles.

Se demarcaron dos sectores de trabajo uno cortando la terraza en la parte central del lado Norte y otro extendido en el lado occidental igualmente de la terraza. Cada uno de ellos tendría especial repercusión para la documentación respectiva del sistema defensivo y de la ocupación interior.

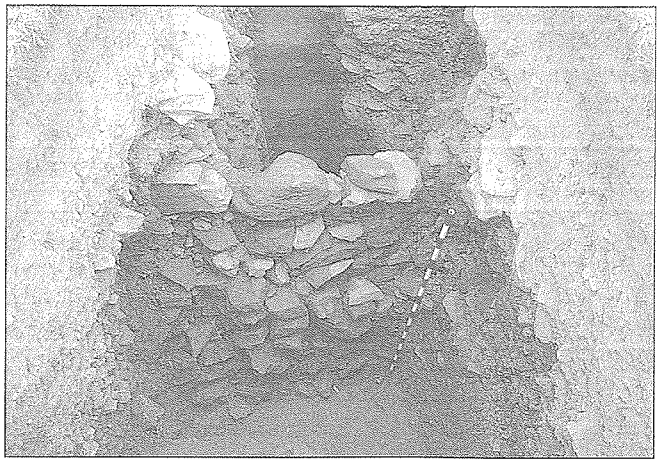
La estratigrafía, al margen de las peculiaridades que dictan en cada caso las distintas construcciones y del desarrollo de varios niveles muy posteriores (alguno alusivo quizá a cierta actividad altomedieval mal expresada), parece testimoniar a través de su homogeneidad un único momento de construcción y habitación del recinto castreño. La excavación en el borde de la terraza reveló que el talud estaba coronado por un parapeto que facilitaba el cierre del espacio interior. Su relleno de piedras y tierra no fue fácil de separar de un coluvión infrayacente. Un murete de grandes bloques informes, cuya cimentación cortó ese depósito actua de caballete, siendo el apoyo del lado interno del relleno un pequeño zócalo. La anchura de base de esta construcción ronda los 6 m. y su flecha central supera los 2 m. Por su superficie interior se deslizó una película carbonosa que muy bien pudiera corresponder a una empalizada que lo cumbrease. Esta estructura tiene en la Corona de Corporales el mejor paralelo que conocemos (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985).

En el otro sector se encontraron pegados al cierre defensivo varios vestigios de una construcción consistentes en media docena de agujeros para la inserción de postes de madera acuñados con piedras, un hogar de losa semirodeado por pequeñas piedras hincadas, algunos fragmentos de barro con improntas de ramas y un murete de contención. Como suele ocurrir en este tipo de construcciones basadas en postes, desconocemos la planta de la cabaña a causa de la extensión limitada de la cuadrícula y del deterioro de algunas zonas. La habitación se realizó en todo caso sobre una capa de tierra compacta con algunos hallazgos dispersos que parecen obedecer a un relleno de nivelación. Los materiales de ocupación aparecen en una capa negruzca concentrada en gran medida por arrastre en el borde de la terraza. El casi medio millar de fragmentos cerámicos extraído es de una factura porosa idéntica a la más común de Miravalles. Las formas son también globulares y las bases rectas, pero entre los labios abun-

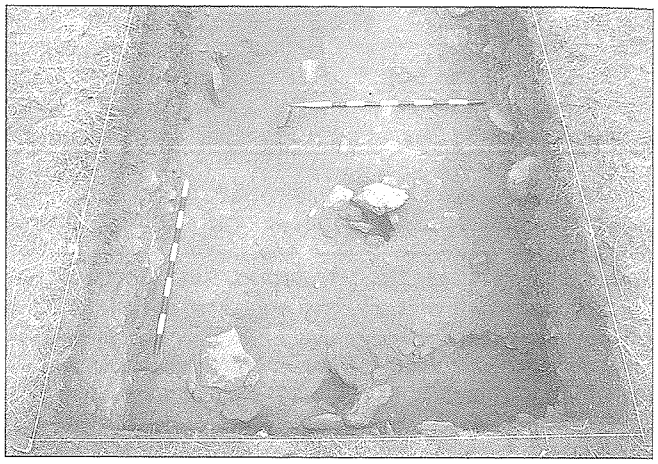
dan los redondeados y engrosados. Excepto algunos espatulados profundos de relativa atribución ornamental, sólo dos pequeños trozos, uno un labio plano, fueron decorados mediante la impresión de un muelle o de una ruletilla. Curiosamente las cerámicas de la capa presumiblemente niveladora son más compactas y poseen desgrasantes calcíticos. Los pocos restos metálicos encontrados, rotos y deteriorados ya en origen, parecen revelar el modo en que se efectuó el abandono del sitio, de ellos sólo uno es de hierro. Abundantes muestras faunísticas en estudio, una fusayola, algún objeto de azabache y escorias de bronce integran el repertorio de hallazgos.

Además de los trabajos efectuados en estos dos yacimientos se han llevado a cabo diversos y pequeños sondeos en el asentamiento de La Corolla (Castiello) y en la fortificación de la Peña Castiello (Cazanes), descritos ambos con anterioridad por J.M. González (González, 1975 y 1963). En el primero de ellos los sondeos se caracterizaron por su esterilidad, deparando tan sólo un sector un alineamiento de piedras, medio centenar de cerámicas lisas iguales a las de Camoca y algunos trozos de azabache en bruto. Los resultados del segundo, que atestiguan su cronología altomedieval, se expusieron en dos artículos actualmente en prensa.

La sumaria relación que acabamos de hacer sobre los datos obtenidos en las excavaciones practicadas principalmente en los castros del Pico Castiello (Miravalles) y El Castillo (Camoca) han deparado una tipología de vestigios que son substancialmente novedosos en la arqueología asturiana desde las excavaciones del Picu'l Castro de Caravia, cuya publicación siendo modélica entonces deja hoy sin resolver varios interrogantes, y considerando la escasa difusión aún del nivel prerromano de la Campa Torres, para el que se postula una vinculación al mundo del Soto de Medinilla y una cronología del final de la Edad del Hierro (Maya, 1989). La colección de materiales arrojada por el castro de Caravia, que sin duda obedece a una selección (De Llano, 1919), continua siendo excepcional sobremanera en lo que a las piezas metálicas respecta, aunque no se pierdan de vista las deficientes condiciones de perduración que por una u otra razón presentan los registros arqueológicos de los castros que por nuestra parte hemos excavado.



Fot. 7.—El Castillo. Sector A. Muro central del parapeto



Fot. 8.—El Castillo. Sector B. Pequeño hogar y dos agujeros de poste

Aparte de las matizaciones cronológicas que a todas luces se establecerán, un denominador común se percibe en la valoración conjunta de estos asentamientos y es este el acusado particularismo que transmiten sus producciones materiales en consonancia con el régimen económico eminentemente autárquico que se propugna para la sociedad castreña prerromana (Fernández-Posse y Sánchez-Palencia, 1988). Tras esta primera dificultad en el cotejo general de sus elementos ciertos rasgos, en cambio, denotan las similitudes sobre las que establecer su interrelación. Si por un lado la factura de las cerámicas es muy similar en los casos de Camoca y Miravalles, por otro, serán las formas y algunos temas decorativos de este último las que se parelelizan a las de Caravia. Este marcado localismo no excluye una incidencia de determinadas corrientes meridionales, mucho más dominantes, en unas proporciones que poco a poco habrán de irse precisando. Si bien es cierto que la clásica inclusión del castro de Caravia en el ámbito de influencia de la cultura Miraveche-Monte Bernorio pudiera completarse ahora con la semejanza de temas deco-

rativos de cerámica autóctona tan representativa como el de la unión de incisiones de dientes de sierra y pequeñas líneas oblícuas procedente de la Cueva del Cierro, Caravia y Miravalles y el que aparece en el castro burgalés de La Polera (Abasolo, 1979); o la impresión de ruletilla que muestra una cerámica, seguramente importada, en Miravalles y las dos de Camoca con los poblados de Rauda (Sacristán, 1986) y especialmente de Castrojeriz (Abasolo, 1983). Otras formas como la cazuela y un borde recto de Miravalles y varios otros redondeados y engrosados de Camoca recuerdan abiertamente paralelos existentes en castros zamoranos imbuidos del mundo del Soto (Esparza, 1986); también hacia un ámbito occidental de la Meseta apuntan por las estratigrafías conocidas las conexiones de los dos fragmentos bruñidos de Miravalles.

Estas similitudes apenas esbozadas no pueden ocultar la falta de reflejo en nuestro ámbito de buen número de formas, decoraciones e incluso de secuencias culturales completas que caracterizan el traspaís meridional. Ningún hallazgo de factura mediterránea se ha efectuado en estos asentamientos tan inmediatos a la costa por lo que carecemos de razones para prolongar la vía marítima comercial por la orla cantábrica.

Dentro de las habituales dificultades que suele plantear la determinación cronológica precisa de los asentamientos de la Edad del Hierro en el sector septentrional de la Península, la escasa presencia de materiales suceptibles de datación y en todo caso su procedencia derivada y más o menos retardataria, facilitando en suma el continuismo de las tradiciones locales, constituye aquí un serio problema añadido. Tampoco debe ser pasado por alto el desarrollo interno de cada poblado al abrir el abanico cronológico. De este modo, si la ocupación del castro de Camoca hubo de ser efímera a juzgar por la monotonía de los materiales y la débil deposición, en Miravalles se evidencia un asentamiento relativamente dilatado en el tiempo que implicó importantes modificaciones arquitectónicas. En el mismo castro de Caravia las palabras de A. de Llano parecen denunciar la existencia de una superposición de dos niveles que reportaron hallazgos materiales sin que halla quedado constancia explícita de su correspondencia.

En suma, si por un lado los materiales tipo Bernorio de Caravia y algunos de sus temas ornamentales cerámicos y de Miravalles pueden alcanzar una cronología máxima del siglo IV a. de n. E. (Maya, 1984), las decoraciones bruñidas de este último por las referencias conocidas encontrarían un acomodo óptimo en el siglo I a. de n. E. Entre ambos extremos será obligado precisar la ocupación de estos poblados.

Más que en las cuestiones de detalle cronológico, que tendrán su oportuno lugar de discusión cuando se afine el estudio de los materiales y una vez se disponga de varias fechas C-14 ya en avanzado tratamiento, consideramos más conveniente por ahora destacar la existencia al menos en el tramo centro-oriental de nuestra Región de una cultura castreña plenamente caracterizada y vinculada a la Edad del Hierro y como la evolución local y las coyunturas que atraviesan los grupos sociales autóctonos, tal como se viene poniendo de relieve entre los distintos focos castreños peninsulares, parecen ser las causas directas responsables del proceso formativo del hábitat castreño.

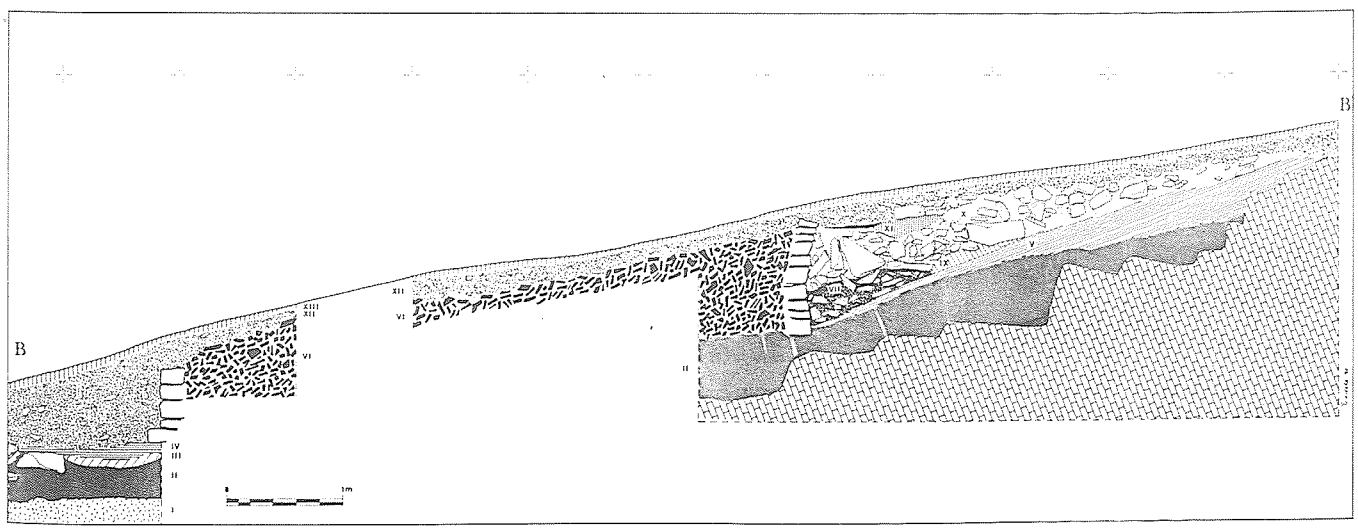


Fig. 1.—El Pico Castiello (Miravalles). Perfil B-B' de los cuadros A-D/1-13

Post scriptum. En el momento de la corrección de pruebas de este artículo podemos aportar, merced a la amabilidad del Dr. Fernán Alonso, la fecha radiocarbónica de 2190±50 años B.P. perteneciente al nivel de ocupación-abandono del castro de Camoca que equivale al 240 a. de n. E. (C.S.I.C. - 850). Esta datación supone por ahora, con toda la relatividad inherente al sistema empleado, la más antigua para la ocupación de un castro asturiano y cuya cultura material de momento no desmiente.

BIBLIOGRAFIA

ABASOLO, J.A.; RUIZ, I. y PEREZ, F. (1983): Castrojeriz I: el vertedero de la Colegiata. Noticiario Arqueológico Hispánico, 17.

ABASOLO, J.A. y RUIZ, I. (1979): *El conjunto arqueológico de Ubierna. Contribución al estudio de la Edad del Hierro en la Meseta Norte.* B.S.A.A. XLV. Valladolid.

BUCHSENSCHUTZ, O. (1984): *Structures d'habitats et fortifications de l'Age du Fer en France Septentrionale.* Memoires de la Sociétè Prehistorique Française, 18.

CABAL, C. (1953): *La Asturias que venció Roma.* I.D.E.A., Oviedo.

CABRE, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas.* Cardeñosa (Avila) I: El Castro. M.J.S.E.A., 110. Madrid.

CABRE, J.; CABRE DE MORAN y MOLINERO, 1950: *El Castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila).* Acta Arqueológica Hispánica, V. C.G.E.A. Madrid.

CARROCERA, E., en prensa: *El Valle del Navia en la época prerromana y romana.* Tesis Doctoral.

COELHO, A. (1986): *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal.* Museu Arqueológico da Citânia de Sanfins.

ESPARZA, A. (1987): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora.* Instituto de Estudios Zamoranos Florian de Ocampo.

FERNANDEZ-POSSE, Mª D. y SANCHEZ-PALENCIA, F.J. (1988): *La Corona y El Castro de Corporales II.* E.A.E., 153.

GONZALEZ, J.M. (1963): *Los castillos del Conde Piñolo.* Valdedios. Oviedo.

GONZALEZ, J.M. (1966): *Catálogo de los castros asturianos.* Archivum, 16. Oviedo.

GONZALEZ, J.M. (1975): *Los castros de Castiello y de Camoca en las inmediaciones de Valdedios.* Valdedios. Oviedo.

LLANO, A. de (1919): *El libro de Caravia.* Oviedo.

LOPEZ CUEVILLAS, F. y LORENZO, X. (1986): *Castro de Cameixa. Campañas 1944-46.* Xunta de Galicia. Santiago de Compostela.

MADOZ, P. (1985) (Reed.): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico.* Asturias. Valladolid.

MAYA, J.L. (1984): *Habitat y cronología de la cultura castreña en Asturias. Portugalia, IV-V.* Porto.

MAYA, J.L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos. Estudios de la Antigüedad, 4/5.* Barcelona.

MAYA, J.L. (1989): *Los castros en Asturias.* Biblioteca Histórica Asturiana. 21. Gijón.

SACRISTAN, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero.* Rauda (Roa, Burgos). Universidad de Valladolid.

SANCHEZ-PALENCIA, F.J. y FERNANDEZ-POSSE, Mª D. (1985): *La Corona y el Castro de Corporales I.* E.A.E., 141. Madrid.

EXCAVACIONES EN LA CAMPA TORRES (1986-1990)

José Luis Maya, Francisco Cuesta

1. INTRODUCCION

El castro de la Campa Torres se encuentra situado en la península del Cabo Torres al noroeste de Gijón, cuyo puerto de El Musel se apoya en su ladera oriental. Sus coordenadas son 43°34'07'' de latitud y 02°01'02'' de longitud Oeste.

El promontorio ha sido conocido tradicionalmente por ser considerado el lugar de proveniencia de la famosa lápida dedicada a Augusto, pero no fue interpretado como asentamiento castreño hasta 1972, fecha en que fue reconocido por J.M. González (González, 1979). En 1978 uno de nosotros inició una campaña de excavaciones (Maya, 1984), que no tuvo continuidad hasta 1982, en que las investigaciones se integran en el denominado ''Proyecto Gijón'', destinado a clarificar la arqueología de este concejo. Desde entonces se han realizado sendas campañas anuales, que desde 1985 son codirigidas por los dos firmantes de este informe, destinadas no sólo al mejor conocimiento histórico del poblado, sino también a la creación de un Parque Arqueológico natural (Maya et alii, 1989).

2. LAS CAMPAÑAS DE EXCAVACION (figs. 1 y 2)

Como resumen esquemático de los trabajos realizados a lo largo de nueve campañas de excavaciones y dado que en el anterior volumen de esta publicación (Maya y Cuesta, 1990) únicamente se nos publicó el informe correspondiente a la campaña de 1986, daremos cuenta de los principales objetivos cubiertos en cada año.

1978: Se intentó determinar el carácter del yacimiento, para lo cual fueron practicadas cuatro catas de 4 m. de lado. Dos de ellas en la llanada interior (sectores 1 y 4), con la localización de parte de una casa romana (sector 1) y de una estratigrafía de la misma época, aunque sin muros (sector 4). Las restantes, situadas en la cumbre de la península, resultaron estériles (Sectores 2 y 3).

1982: Recuperación del sector 1, excavado en la campaña anterior y ampliación hasta determinar la existencia de una vivienda con dos habitaciones, una de ellas con una especie de ''porche'' o muro doble. Descubrimiento del hornillo de fundición, n.º 1.

1983: Apertura de una cuadrícula de 12 por 6 m. (sector 5), en cuya zona meridional fue localizado parte de un recinto, de planta aparentemente circular, delimitado por un murete y con hogar interior. Campañas posteriores permiten suponer que nos encontramos ante el muro

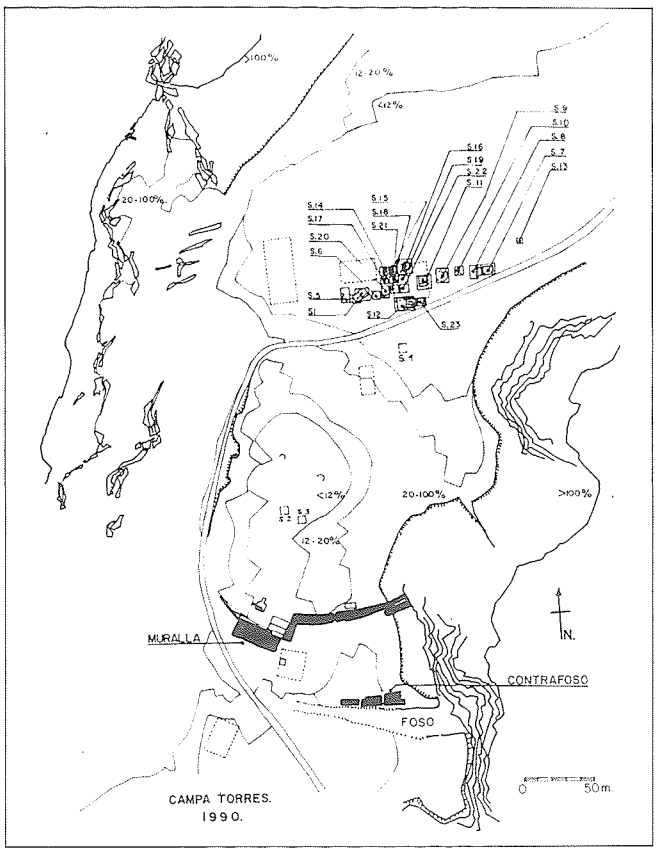


Fig. 1.—Planta general de las zonas defensiva y de la campa con numeración de los sectores indicados en el texto

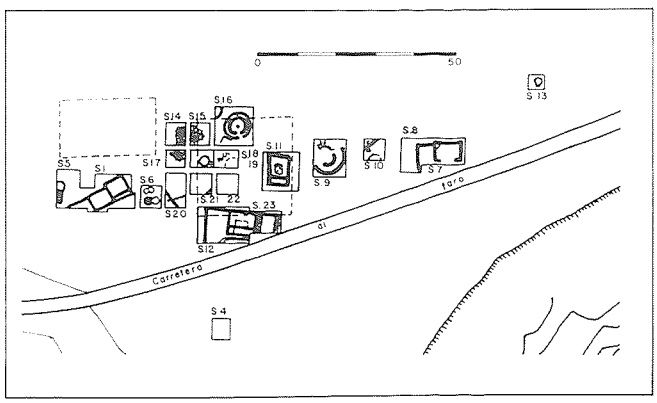


Fig. 2.—Planta general de los sectores excavados en la Campa. En trazo discontinuo prospecciones geofísicas

deformado de una habitación, que se adosaba a la vivienda del sector n.º 1. Es en esta cata donde se descubrió también el pozo n.º 1, forrado en piedra, con 14 escalones de acceso y relleno con abundante material romano. Destaca también el hallazgo de una lápida decorada con arquillos.

1984: Este año se diversifican las zonas de excavación, intentando aclarar el sistema defensivo, que intuíamos en el acceso al poblado. Podemos diferenciar entre:

Zona campa: Excavación del horno n.º 1 (sector 1) que había sido puesto al descubierto en campañas anteriores. Profundización en el sector n.º 5 y protección del pozo.

Zona defensiva: Guiándonos por los abultamientos del terreno, iniciamos un sondeo que permitió localizar el lienzo exterior de la muralla, al que se adosaba un muro transversal y descendente, a manera de torre avanzada y alargada. Más tarde supimos, que habíamos coincidido con el extremo occidental del primer módulo de la muralla, muy alterado por perturbaciones modernas, por lo que se decidió seguir limpiando el lienzo exterior en dirección Este, para localizar sucesivamente el otro extremo del módulo (módulo 1), el inicio de un nuevo módulo (módulo 2), adosado pero independiente respecto al anterior por su factura y un saliente que corregía la dirección del lienzo. En conjunto, quedaron parcialmente descubiertos unos 50 m. del lienzo frontal y una pequeña parte del muro transversal.

1985:

Zona campa: Se abrió un nuevo sector de 6 por 6 m. a continuación de la primera vivienda descubierta (sector 6), en una zona donde no aparecen muros pero sí una clara estratigrafía, en la cual la capa superior es claramente romana (sigillata, paredes finas), mientras que la inferior, salvo alguna intrusión localizada, consta esencialmente de materiales indígenas, apreciándose en el subsuelo dos nuevos hornillos de fundición, de los que se empezó a excavar el n.º 3.

Zona defensiva: Es esta la zona que concentró mayores esfuerzos, ante la necesidad de limpiar buena parte del tramo que precedía a las murallas, donde se apreciaron dos aterrazamientos sucesivos. Previamente se hizo una cata de 15 por 2 m. destinada a limpiar el perfil del que suponíamos un foso, pudiendo comprobarse que efectivamente estaba tallado en V en la cuarcita del terreno.

El muro transversal a la muralla, contaba con otro paralelo a ésta, como si delimitase un patio interior al que se abriese la puerta que no hemos podido localizar.

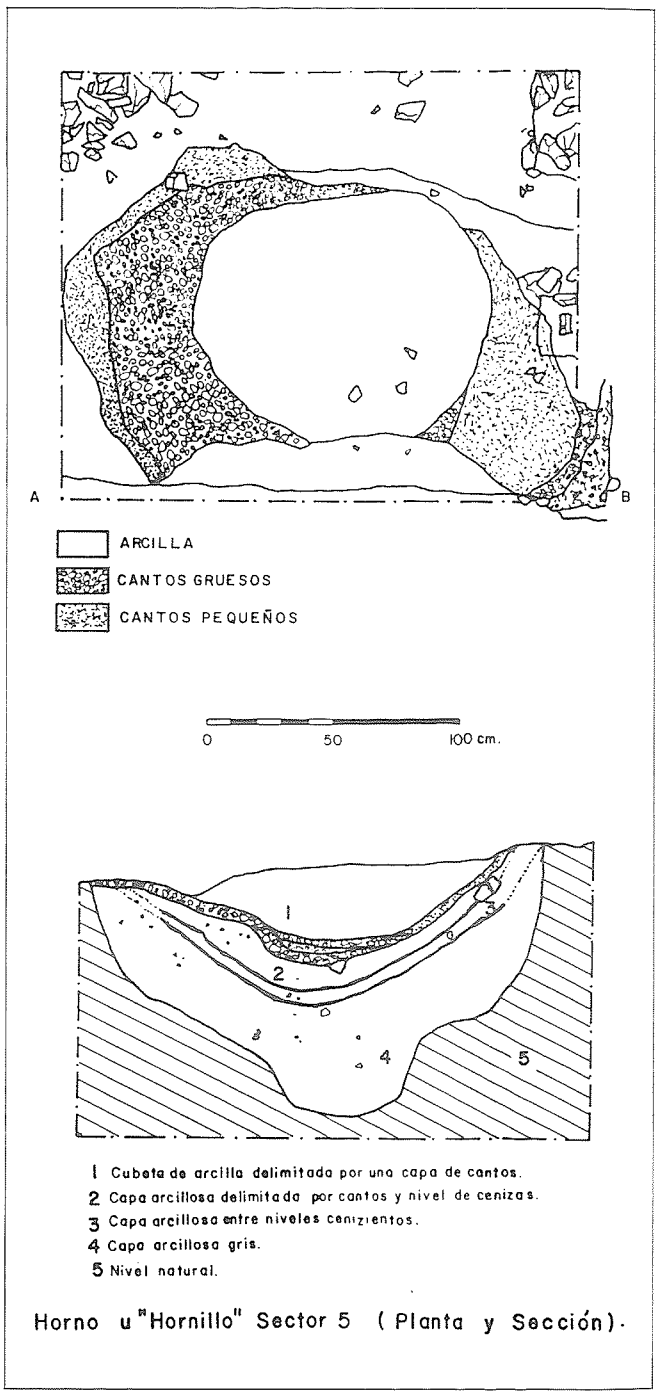


Fig. 3.—Planta y sección de un hornillo

1986:

Zona campa: Para comprobar si existían diferencias estratigráficas entre los sectores excavados y una zona más alejada, procedimos a abrir un nuevo sector (sector 7), a 90 m. de distancia del inicio de nuestras excavaciones más occidentales. Se trazó una cata de medidas finales de 7,30 m. por 9,30 m. que proporcionó una casa cuadrangular, abierta al sur, con un típico pavimento de cantos rodados compactados con arcilla y escasos hallazgos romanos sobre él. Debajo, no se encontraban más que materiales prerromanos (salvo escasísimas cerámicas posteriores), destacando la aparición de capas cenicientas y crisoles de fundición, así como una pieza de orfebrería castreña: un tubito estampillado, en contacto ya con el terreno natural de base.

A escasa distancia iniciamos un nuevo sector de 8 por 1 m. (sector 8), apreciándose un muro alargado y que envolvía la vivienda anterior. Unicamente se limpió de modo superficial.

Zona defensiva: En esta campaña dimos prioridad a la consolidación y protección de lo ya descubierto, vaciando y reforzando el interior de la muralla (lo que permitió interesantes observaciones sobre el incendio anterior a su construcción y sobre sistemas constructivos), fijando las piedras que corrían más riesgo y regularizando y nivelando las hiladas que presentaban mayor grado de deterioro.

1987:

Zona campa: Prosigue la excavación de las áreas ya iniciadas. En el Sector 6 se excava uno de los hornos de fundición (Horno 3), que aún conservaba parte de su abovedamiento superior, así como una fíbula simétrica. En el sector 8 se regularizó una cata de 9,30 por 6 m. la cual demostró la existencia de un muro que envolvía a la cercana casa cuadrada (sector 7) y que se incurvaba hasta desaparecer bajo la carretera actual. Acuñaciones de Tiberio y Vespasiano fechaban el nivel romano, bajo el cual no se profundizó más.

El sector 9 había comenzado a rebajarse durante el año anterior y ahora quedó configurado por una cuadrícula de 10 por 9 m. en la que se apreciaba un doble arco concéntrico en piedra, con pavimento, un hogar y un molino giratorio empotrado. En el ángulo NE se excavó una franja hasta el nivel de base, proporcionando sólo restos indígenas, crisoles de fundición y capas de carbones y pequeños cantos rodados que nos hacen intuir la primitiva existencia de un horno (horno 5).

Finalmente, trazamos una nueva cuadrícula de 6 por 4 m. entre los sectores anteriormente descritos (sector 10).

Zona defensiva: Definida la existencia del foso, se procedió a su excavación desde el acantilado de El Musel en dirección hacia el centro, interrumpiéndose su limpieza a medio recorrido, para evitar problemas a los vehículos de desescombro. Después, pudimos comprobar que el muro paralelo a la muralla y tangente al muro transversal, constituía no una puerta, sino un auténtico bastión avanzado (cortado en dos por un refugido subterráneo de la última guerra), de paramento externo expoliado, pero conservando todavía un relleno de una altura cercana a los 4 m. En cambio, su cara interna se encontraba en perfecto estado y encastrada en ella había una escalera, de diez peldaños, que debía dar acceso a la parte alta.

El resto de la campaña se limitó a fotografiar, desmontar y recolocar las hiladas más débiles y acondicionar el entorno de las defensas.

1988:

La posibilidad de disponer de un presupuesto mayor que el de otros años, permitió realizar una campaña de seis meses de duración. Además, previamente a las excavaciones, se practicó una prospección geofísica por parte del Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Zona campa: En el sector 6, se investigó el segundo horno de fundición, anteriormente localizado (horno 4).

En el sector 7 se terminó de excavar el interior de la casa hasta la cimentación, albergando sólo material indígena y algunos crisoles.

En el sector 8 se excavó el nivel romano, comprobándose su relación con la casa del sector anterior y facilitando, entre otras, la mayor parte de una sigillata hispánica Drag. 15/17.

Por último, el sector 10, iniciado anteriormente, albergaba dos muros de ángulo, con un hogar exterior a ellos y en el extremo meridional un semicírculo de piedras.

Zona defensiva: Al haberse consolidado todas aquellas áreas que requerían una intervención más urgente, pudo iniciarse, intramuros del gran bastión, una cuadrícula de 10 por 4 m., que se apoyaba parcialmente en su cara interna y pretendía resolver el problema estratigráfico de fundación de la muralla. Se comprobó la existencia del nivel de incendio previo a la construcción de aquella, la nivelación mediante grava de todo el patio interior al bastión, que incluso recubría los primeros escalones de acceso a él y la inmediata superposición de un nivel indígena con abundante material en bronce (fíbulas, peineta) y cerámicas a mano (mas de 1200 fragmentos), sin ningún objeto romano. Quedaba claro, por tanto, la existencia de un castro prerromano, responsable de las fortificaciones conocidas.

Esta zona sólo se vio perturbada lateralmente por el refugio antiaéreo de la guerra, que partió el bastión en dos, por lo que recuperamos su otra mitad más al oeste, la cual dejamos lista para su restauración. Trabajos similares se ejecutaron en torno al paramento interno de la muralla, aligerado de piedra, poniendo al descubierto el nivel indígena, que se reservó para otras campañas. Finalmente se procedió a la restauración de parte de esa área.

1989:

Zona campa: Se abren tres nuevas áreas de trabajo: La n.º 11 es una cuadrícula de 5 por 4 m. que coincide con dos muros de una casa y hogar interior. La n.º 12, de iguales dimensiones, coincide también con el ángulo de una habitación en la que se aprecia un nivel de incendio cubierto por el derrumbe del tejado a base de tegulae de un alfarero llamado Licinio y la n.º 13, en el extremo oriental, corresponde al pozo n.º 2, con tres estrechos peldaños de acceso.

Zona defensiva: En paralelo con el sector VI se delimitó una cata de 10 por 6 m. dentro del patio intramuros, en el que, desgraciadamente, se había levantado un barracón militar que perturbó el nivel prerromano, dejando al descubierto la capa de incendio previa al castro (Sector VII). También se efectuó un sondeo al oeste del anterior (sector XI) con el fin de intentar recuperar la posible continuidad de la muralla, localizándose un paramento, así como abundantes restos de fundición de bronce.

La limpieza del exterior de la muralla, hasta morir en el corte de la cantera, permitió descubrir un nuevo bastión modular en el extremo oriental.

Muy interesante también fue la excavación del contrafoso a lo largo de unos 40 m., que demuestra una estructura compleja con un terraplén ceñido interiormente por un paramento de módulos y escalera de acceso a la parte alta mediante catorce peldaños.

1990:

Zona campa: Se amplia el sector 11 hasta completar una cuadrícula de 10 por 10 m. en la que se excavó una casita unihabitacional con gran hogar central y porche.

El sector 12, en cambio presenta unas estructuras complejas, pues hasta el momento contamos con un recinto rectangular, en el que se inscribe una habitación semejante a la del 11, rectangular y con porche. Esta vivienda ofrece interesantes hallazgos por haber sido incendiada.

El sector 13 sólo posee una breve capa superficial y un nuevo pozo con acceso estrecho (pozo 2), en el que abunda el material romano, pero también el indígena y restos de fundición.

En el momento de la redacción de este informe prosiguen aún los trabajos de 1990 con la apertura de nuevas áreas, las 14-23, en las que ya se ha determinado otro pozo (Pozo 3 en el sector 18) y una casa circular (sector 16), cuya limpieza facilitará la campaña del próximo verano.

Zona defensiva: En la muralla, el trabajo se centró en dos puntos. En primer lugar la apertura del sector XVII, intramuros del módulo 2, donde se pudiese realizar un corte estratigráfico de 6 por 4 m., en el que se documentó el nivel indígena con un hogar decorado. En segundo lugar, tras la zona más occidental del bastión, una cata de 4 por 5 m. (sector XVI), que enlazaba con trabajos del año pasado y que sirvió para integrar esta área en el resto del conjunto defensivo. Coincidió con la esquina de un muro que, posiblemente tras el hueco del patio, constituya la continuación del lienzo principal de la muralla.

3. LA ESTRATIGRAFIA

3.A. Los niveles prerromanos

Siendo particularmente significativos algunos materiales indígenas encontrados bajo las casas romanas o incluidos en los suelos de las mismas, y contando igualmente con los hornos de fundición como punto de referencia, no fue hasta el descubrimiento de la estratigrafía de la muralla, cuando pudimos certificar con plena seguridad la existencia de una ocupación regular prerromana. El hecho fue aún más claro, si consideramos que, precisamente en el sector de las defensas, en realidad se carece de elementos romanos estratificados, puesto que las escasas piezas localizadas, lo son siempre en zonas con perturbaciones posteriores, que han alterado los depósitos originarios.

La más importante consecuencia de estas observaciones es determinar que la fecha de elevación de la muralla de módulos y el complejo defensivo a ella asociado es de factura prerromana, puesto que la construcción fue seguida de un terraplenamiento de la mitad inferior de su cara interna, con gravas y piedras, sobre el que se asienta el nivel arqueológico indígena.

El siguiente punto de interés, sería determinar el carácter de esa ocupación a pie de muralla, en la que no han podido individualizarse viviendas. Por esta causa, pensábamos encontrarnos ante restos de una capa relacionada con la utilización defensiva del muro y el cobijo de los defensores, pero la realidad ha vuelto la zona cada vez más compleja ya que, no existiendo plantas de viviendas determinables, si que hemos podido estudiar abundantes restos de fauna con síntomas de utilización alimenticia, testimonios de trabajos de fundición (crisoles, tierras quema-

das, etc.), abundante cerámica a mano, fíbulas y objetos de adorno personal e incluso una estructura en arcilla cocida, aparentemente un hogar, con la superficie decorada mediante rayas incisas.

Esperamos que la fijación cronológica de todo este sector pueda ser precisada en fechas próximas, puesto que hemos enviado dos muestras de madera, pertenecientes al incendio anterior a la fundación de la muralla, al Isotope Physics Laboratory de Groningen, que pueden permitirnos conocer la fecha *ante quem* para la construcción de tal fortificación.

De todos modos, el propio material arqueológico empieza ya a ser suficientemente clarificador.

El recientísimo descubrimiento de una fíbula de doble resorte en la base occidental de la cara interna de la muralla (fig. 4, n.º 1) es un elemento de primera mano al respecto. Nos encontramos ante una fíbula de tipo sencillo, construida por torsión de un alambre, cuyos extremos se arrollan en doble muelle para concluir respectivamente en una aguja y una mortaja, que en este caso no se ha conservado por rotura antigua. Su proceso técnico, muy elemental, es corriente en piezas semejantes a la nuestra en los dos niveles arqueológicos del castro de Sanchorreja en Avila (Maluquer, 1958, 64-65) y su origen tiende a verse en Andalucía, puesto que los ejemplares más antiguos se conocen en el Cerro Macareno en los inicios del siglo VII a C. (Pellicer, 1982, 223) y sus pervivencias están garantizadas hasta el siglo V a. C.

Igualmente significativas son las cerámicas, gran parte de ellas características por sus superficies bien bruñidas y de tonos oscuros, en la tradición más avanzada de los Campos de Urnas en su versión del Ebro Medio (Cortes de Navarra), de la Cultura Castreña Soriana y de los castros zamoranos (fig. 5). Precisamente la tipología cerámica de estos últimos (Esparza, 1986, pp. 299-308) y en especial las formas 2, 3 y 8, cuya filiación se encaja entre los elementos representativos de El Soto II y cuya cronología se sitúa entre los siglos VI-III a.C., cuenta con buenos paralelos en nuestro castro.

Siendo éstos los materiales más representativos del momento inicial del poblado, no se nos escapa el hecho de que buena parte de los que les acompañan aparecen en fechas semejantes, pero alcanzan pervivencias hasta época inmediatamente prerromana e incluso, en otros yacimientos, durante la romanización. No es éste el caso de la Campa Torres, donde los enganches de tahalí (fig. 4, n.º 2 a 4) y laciformes, las fíbulas de pie alto, de torrecilla y simétricas (Maya, 1989, fig. 8) y las cerámicas decoradas con líneas bruñidas y con estampillados o con superficies pintadas y provistas de protuberancias imitando

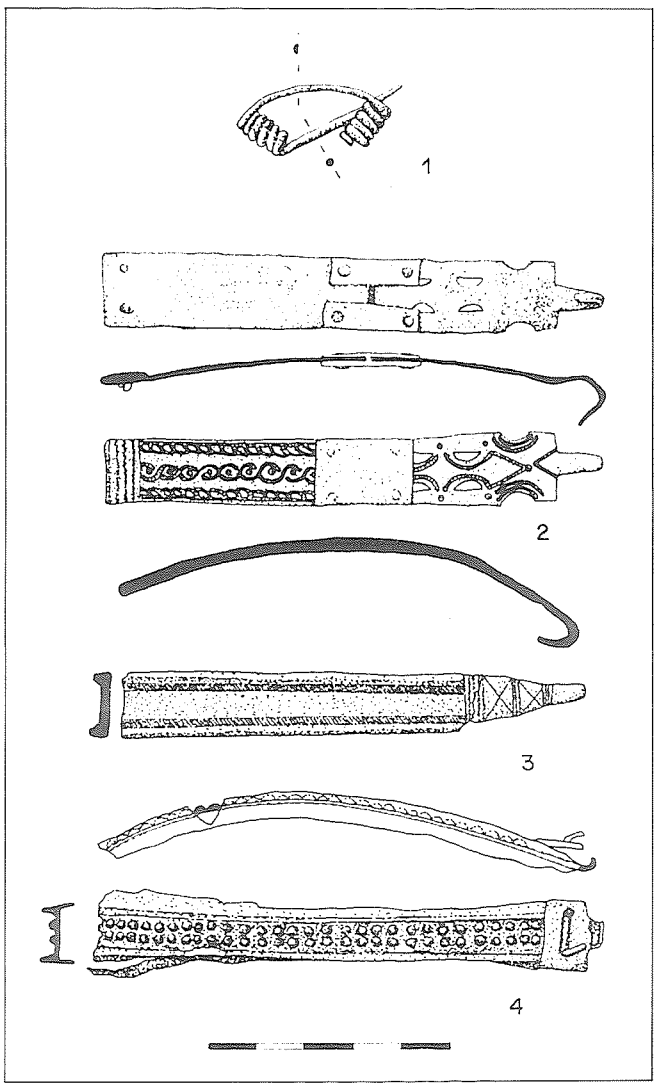


Fig. 4.—1. Fíbula de doble resorte, 2-4 Enganches de tahalí

clavos, se sitúan siempre en un contexto puramente indígena.

Problema más complejo será discernir si esta amalgama de materiales, atribuidos en parte a tradiciones del NO peninsular, del Soto II, de Miraveche —Monte Bernorio e incluso de la tradición metalúrgica celtibérica, constituyen la fusión de diversas corrientes culturales a partir de zonas de influencia próximas o llegan a nosotros ya parcialmente entremezcladas.

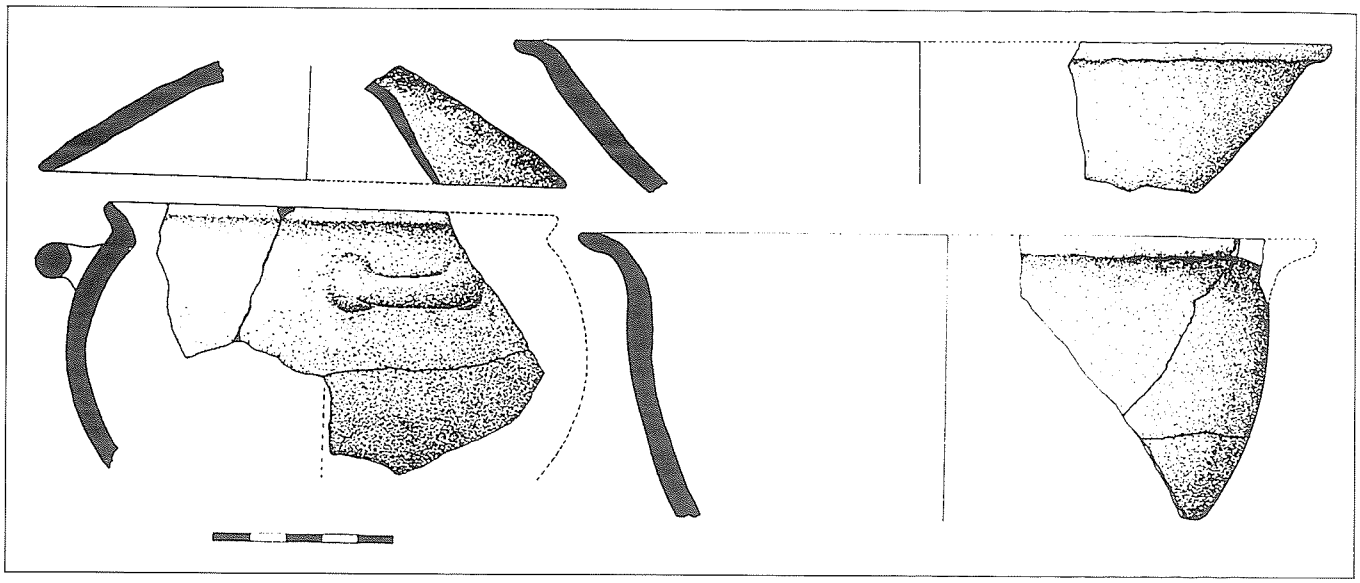


Fig. 5.—Cerámicas a mano bruñidas de tradición Soto Medinilla II

También deberá dilucidarse la posibilidad de definir segmentos menores, dentro de estos amplios límites entre los siglos VI-I a.C., que si en la Asturias cismontana pueden establecerse gracias a la influencia celtibérica, aquí no son fáciles de determinar, puesto que las características cerámicas a torno y pintadas parecen estar ausentes de nuestro territorio.

Otra cuestión importante es la correlación de los niveles prerromanos de la muralla con el asentamiento en el interior de la Campa. No es una cuestión nimia, puesto que no se entiende un complejo sistema defensivo como el localizado sin un asentamiento interior al que proteger y que, sin embargo, está mal definido, lo que hay que atribuir, sin ninguna duda, al replanteamiento urbanístico romano, que arrasó los estratos anteriores, alcanzando la arcilla de base y permitiendo sólo la supervivencia de aquellas estructuras excavadas en el suelo o de aquellos sectores, en los que los niveles indígenas, ceñidos por construcciones en piedra, sirvieron de base al pavimento de las casas romanas.

En realidad, hasta 1985 no empezamos a identificar el nivel prerromano de la muralla, descubierta en la campaña anterior y excavada sólo por su cara externa, por lo que el material cerámico a mano del interior de la campa podía ser atribuido a pervivencias indígenas durante la romanización, habida cuenta que ésta es la interpretación que suele suponerse en otros castros del occidente asturiano. Sin embargo, algunos hechos objetivos pugnaban contra esta adjudicación, como por ejemplo la existencia al menos de cinco hornillos de fundición con material exclusivamente indígena o la aparición (eso sí, siempre dentro del nivel romano), de fragmentos cerámicos de barniz negro o incluso de un borde de ánfora greco-itálica, que nos situaban en los siglos II-I a.C. fig. 6, n.º 1. Esta ánfora salió precisamente en el sector n.º 7, casa cuadrada en cuya base se encontraron diversas cerámicas bruñidas, semejantes a las de la muralla, y un tubito de oro (Maya, 1988 fig. 80.H).

Todos estos materiales, son precisamente los que nos garantizan la supervivencia del castro hasta las puertas de la romanización, dentro de un asentamiento en el que la metalurgia del bronce constituyó la labor más destacada y que debe aprovechar su privilegiada situación para ejercer el comercio por vía marítima.

3.B. Los niveles romanos

Paradójicamente, sólo están bien definidos en el interior de la campa, pues en las murallas su aparición es ínfima y, siempre, en contextos removidos o perturbados, principalmente por acciones relacionadas con el moderno campamento militar. También es de destacar, que precisamente en estos sectores alterados es donde aparecen algunos materiales romanos de gran antigüedad, como la Te-

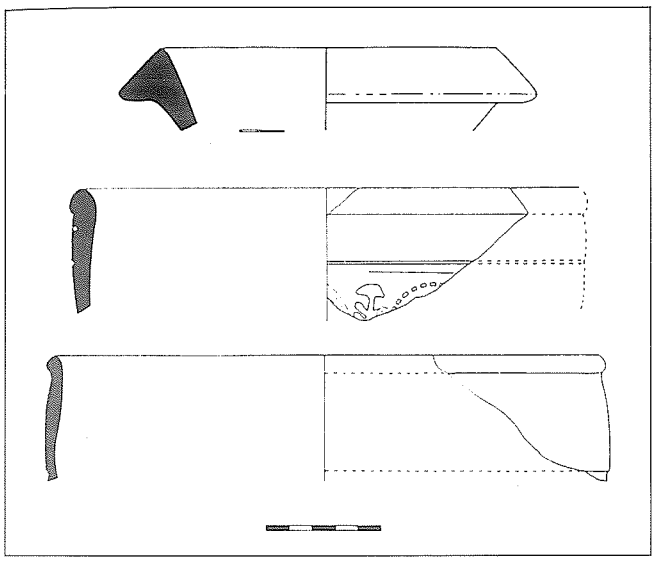


Fig. 6.—Anfora greco-itálica y Terra Sigillata Hispánica, forma Drag. 37 tardía

rra sigillata itálica, correspondiente a fechas en torno al cambio de era y primeras décadas de la actual.

Desde el punto de vista constructivo, gran parte de las viviendas corresponden a una tradición ajena al país, con alzado en piedra, trazados angulares y planta compleja que incluye varias habitaciones adosadas, al mismo o distinto nivel y a veces con un porche a modo de entrada (sectores 1 y 12). A su lado existen aquellas en las que una habitación envuelve a otras (sector 7) o las de un solo espacio, con hogar central y porche (sector 11).

En cambio hemos localizado también dos estructuras circulares (sectores 9 y 16), de amplio basamento en piedra, que no parece tener continuidad en altura, pues no salen hiladas o muros derrumbados en sus proximidades, pero con pavimento de arcilla y cantos rodados así como restos de hogares y molinos, que sugieren estar ante viviendas indígenas o fruto de una tradición indígena. Al conservarse únicamente el nivel del suelo, el material arqueológico no permite determinar una datación segura.

Otro elemento de gran interés son los trabajos hidráulicos destinados a la captación de aguas subterráneas, para aprovisionamiento del oppidum. Hasta la fecha, son ya tres los pozos conocidos, de los que el más espectacular sigue siendo el del sector 5 descubierto en 1983, con su caja de escalera de 14 escalones, forrada en piedra y conducente al brocal semicircular.

Un segundo pozo, en una zona más baja, no precisa más que una tosca y estrecha escalerilla de tres peldaños y el tercero, aún no excavado completamente, cuenta a la vista ya con cuatro escalones.

Técnicamente los pozos recuerdan la factura de la muralla prerromana y su construcción ofrece en estos momentos dudas de interpretación. El gran pozo n.º 1 tuvo problemas para ser excavado, puesto que su manantial brotaba de nuevo a medida que profundizábamos; sin embargo intentamos diferenciar el material de su interior por extracciones sucesivas que, no obstante, nos remitían a cerámicas de época romana. En cambio, el pozo n.º 2, además de albergar un interesante material romano, en especial algunas sigillatas de gran calidad, poseía en su parte inferior, en contacto con la pared lateral y la base rocosa, restos de un crisol de fundición con metal dentro y algunas cerámicas bruñidas de factura indígena, lo que apoyaría una fecha de construcción prerromana y una amplia utilización posterior. Esperamos que la excavación del n.º 3 pueda apoyar los datos anteriores.

Estratigráficamente la situación es compleja. Los interiores de algunas casas (sectores 1, 7 y 11) que parecen haber sucumbido abandonadas, cuentan con escaso material que sirva para fechar su construcción y las cerámicas más antiguas (barniz negro y sigillatas itálicas) aparecen en el exterior, mezcladas con materiales más modernos. La parte del sector 12 excavada en este año de 1990 demuestra haber sido destruida por un incendio, que originó el desplome del tejado, permitiéndonos encontrar un buen lote de materiales con perfiles más complejos de lo habitual, los cuales, por el momento, nos dan una cronología entre la segunda mitad del I p.C. y posiblemente el siglo III p.C., a juzgar por algunas Drag. 37 avanzadas de Terra Sigillata Hispánica (Pérez, 1989, fig. 49, n.º 98-99), anteriores a los estilos más tardíos (siglos IV-V) de esta misma forma (fig. 6, n.º 2 y 3).

En el exterior de las viviendas, la estratigrafía general varía en el extremo SO, donde el sector 5 únicamente da pruebas de dos niveles romanos distintos (a excepción de la cubeta de un horno), pero que al encontrarse en una fuerte pendiente cuentan con materiales entremezclados. En cambio, en las zonas más nordorientales, tras la capa vegetal, se aprecian dos estratos sucesivos, del que el superior es plenamente romano, mientras que el inferior a veces se encuentra contaminado por dichos materiales. No obstante, en algunos sectores el predominio de cerámica indígena es abrumador y su conexión con los hornos de fundición sugiere su pertinencia originaria al momento prerromano, aunque con posteriores alteraciones.

En resumen:

1. El nivel indígena es claro en las defensas, desde un momento muy antiguo, (esto es, siglos VI-V a.C.). También en los hornillos metalúrgicos y, en menor grado, se intuye en el subsuelo de algunas casas romanas y en ciertas zonas no edificadas, en las que puede aparecer con algún material romano posterior. Varias de las cerámicas romanas más antiguas, que preceden a la conquista, permiten garantizar la continuidad de uso del castro hasta la contienda.
2. El material propio del momento posterior a la conquista aparece mal estratificado, sin que podamos determinar si las viviendas ya estaban construidas en el momento de la erección de la lápida del año 9-10 p.C. En cambio, es segura la ocupación de estas casas desde algo después de mediados del I. p.C. hasta avanzado el siglo II p.C. en algunos casos y el III en otros.

BIBLIOGRAFIA

ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora.* Zamora, 1986.

GONZÁLEZ, J.M. (1979): *Pre-romano,* en "El libro de Gijón", Gijón, 1979, pp. 21-25.

MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja,* Avila-Salamanca, 1958.

MAYA, J.L. (1984): *Tres campañas de excavaciones en La Campa Torres,* en "Gijón romano", Madrid, 1984, pp. 47-62.

MAYA, J.L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos,* en "Estudios de la Antigüedad", 4/5, 1988, pp. 317, figs. 90, láms. XX.

MAYA, J.L. (1989): *Los castros en Asturias,* en "Biblioteca Histórica Asturiana, 21, 1989, pp. 174, figs. 20.

MAYA, J.L. y CUESTA, F. (1990): *Excavaciones en la Campa Torres,* en "Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-1986", Oviedo, 1990, pp. 163-164.

MAYA, J.L., CUESTA, F., LLOVERAS, P. y SOLER, M. (1989): *El parque arqueológico - natural de la Campa Torres, Gijón (Asturias),* en "Seminario de Parques Arqueológicos", Ministerio de Cultura, Madrid, 1989 (en prensa).

MAYET, F. (1983): *Les céramiques sigillées hispaniques. Contribution à l'histoire de la Péninsule Ibérique sous l'Empire Romain,* en "Publications du Centre Pierre París", 12, 1984.

PELLICER, M. (1982): *La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del Nordeste hispano,* en "Habis", 13, 1982, pp. 211-237.

PEREZ GONZALEZ, C. (1989): *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia-España). La Terra Sigillata.* Universidad Internacional SEK, Santiago de Chile, 1989.

PEREZ, C.; ILLAREGUI, E. y FERNANDEZ, C. (1989): *Notas sobre cerámica romana en la antigua Cantabria (II). Marcas de alfareros sobre Terra Sigillata en Cantabria,* en Altamira, XLVIII, 1989, pp. 7-44.

EXCAVACIONES EN LA MURALLA ROMANA DE GIJON (1987-89)

Carmen Fernández Ochoa

I. INTRODUCCIÓN

Resulta muy difícil resumir en el espacio forzosamente limitado de esta publicación, las excavaciones desarrolladas en Cimadevilla desde 1986. La dificultad estriba no solo en el largo tiempo dedicado al trabajo de campo, sino también en la calidad de los resultados que requieren un estudio más detenido y metódico, dado el gran avance que se ha producido en nuestro conocimiento histórico de la zona.

No obstante, intentaré sintetizar aquellos datos de interés general que permitan vislumbrar hacia donde marchan las investigacione sobre los orígenes de la ciudad de Gijón desde 1986 (Fernández Ochoa y Martínez Díaz, 1986-87).

Para una mejor comprensión del espacio físico donde se han desarrollado las excavaciones a lo largo de estos años recordaremos, brevemente, los sectores en que se han dividido los trabajos (fig. 1):

Sector A: Antigua calle de Pasaje y Plaza de Jovellanos (Campañas de 1982, 1983, 1985 y 1988).

Sector B: Torre del Reloj y sus entornos (Campañas de 1982 y 1988).

Sector C: Huerta del Palacio de Revillagigedo (Campañas de 1983, 1986 y 1987).

Sector D: Avda. de la Salle-Club de Regatas (Campañas de 1987 y 1988).

Sector E: Campo de Valdés (Campañas de 1989 y 1990).

Sector F: Tránsito de Las Ballenas (Campaña de 1989).

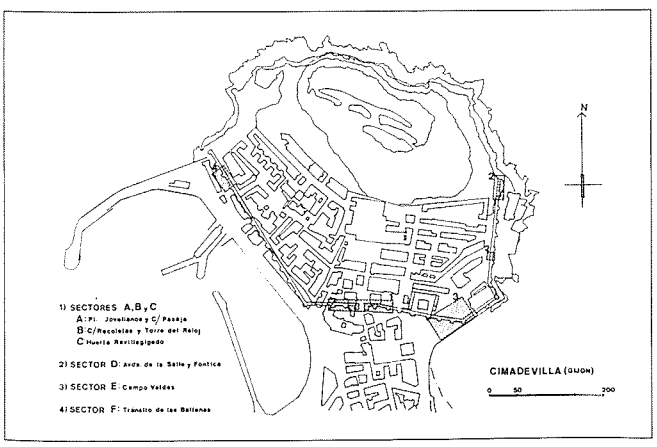


Fig. 1.

II. CAMPAÑA DE 1987

Durante los meses de septiembre y octubre de 1987 se desarrolló la quinta campaña de excavaciones en Cimadevilla. Las actuaciones se centraron en los Sectores C y D.

Sector C (Huerta del Palacio de Revillagigedo)

Se excavó el área ocupada por las caballerizas del Palacio que se encontraban en estado ruinoso y habían sido derribadas previamente. Se trazaron 4 cuadrículas de dimensiones variadas, de acuerdo con el espacio disponible, que se situaron a continuación de las excavadas en 1983.

Se comprobó la presencia de los cimientos y unas hiladas del alzado de la muralla en dirección NE hasta el límite de la cerca actual del Palacio (cuadrículas T-G y T-H), pero no se pudieron documentar restos de estructuras en los cortes T-E y T-K que se ubicaron hacia el área intramuros. Los materiales hallados corresponden a cerámicas modernas fechadas con anterioridad a la primera década del siglo XX.

Sector D (Avda. de la Salle-Club de Regatas)

Comprende la parte SE del Cerro de Sta. Catalina en el límite con la Avda. de la Salle y en dirección a la zona conocida como "La Fontica" donde hay un manantial.

Se trazaron 4 cuadrículas siguiendo la dirección de la cerca que cierra el Club de Regatas. Se pudo documentar en ellas la presencia de la cara intramuros de la muralla en todos los cortes si bien su conservación solo era buena en los dos más próximos a la calle (F-1 y F-2). No se pudo registrar ninguna secuencia estratigráfica y tan solo se recogieron unos fragmentos de terra sigillata tardía (Lám. I).



Lám. 1.—La Fontica Sector D

III. CAMPAÑA DE 1988

La sexta campaña de excavaciones de Cimadevilla se desarrolló en el Sector B (entornos de la Torre del Reloj y calle Recoletas) y en parte de la antigua calle Pasaje (Sector A).

Sector A (calle Pasaje)

El interés de la zona era notable ya que, en hipótesis, se debería encontrar la puerta antigua de la ciudad (Fdez. Ochoa, 1986). Además, desde la excavación de 1986, conocíamos la existencia de una construcción rectangular asociada a la muralla cuya función había que determinar.

Para llevar a cabo esta excavación, el Ayto. había expropiado y derribado una edificación a medias de construir situada en el límite de la calle Recoletas con la calle Pasaje.

Se trazaron 2 cuadrículas de 5x9 m. (A 1-2 Oeste y A. 1-2 Este) que se excavaron por niveles artificiales. En la parte Oeste pudimos exhumar los restos casi completos de la construcción cuadrangular que resultó ser una torre de la fortificación de iguales características constructivas que las semicirculares localizadas a lo largo del lienzo en otras campañas. No se hallaron materiales.

En la parte Este, se documentó una sucesión estratigráfica completa, restos del lienzo extramuros y la cara Este de la torre cuadrangular. Lo más destacado fué la aparición de una fuente de terra sigillata Africana D con decoración paleo-cristiana (Alonso Sánchez y Fdez. Ochoa, 1988).

Sector B (Torre del Reloj)

Como ya se ha indicado, corresponde este Sector a los entornos de la Torre del Reloj donde estuvo instalada la cárcel de Gijón hasta 1910. La zona sufrió grandes alteraciones que han afectado mucho a la conservación de la ruina.

Se proyectó una primera cuadrícula de 5x9 m. en paralelo con las del Sector A dejando 1 m. de testigo entre ambas. Se la denominó B.1-2 porque en ella se integraron los cortes realizados en 1982 (B-1) y en 1986 (B-2). Al norte de la B.1-2, se trazó la B-4 de 5x4 m. Dentro de la Torre del Reloj se diseñó la B-5 de 4x4 m.

En la B.1-2 se localizaron los restos de otra torre cuadrangular que formaba paralelo con la del Sector A de manera que se configuraba un *intervalum* flanqueado por dos torres cuadrangulares donde estaba la puerta principal de la muralla (Lám. I). La técnica edilicia de las torres es a base de grandes sillares de arenisca unidos por grapas en forma de colas de milano, cuya huella aparece en muy buen estado de conservación en la torre oriental.

También en la B.1-2 se encontró la señal de una "mortaja" sobre la que se colocarían los elementos giratorios de la puerta.

El arrasamiento de la zona ha impedido recoger materiales en estratos bien seriados. El único dato aprovechable es la constatación, en los cimientos de la cárcel, de un depósito de cerámicas modernas de los siglos XVI al XIX.

En la cuadrícula B-4, excavada intramuros, se localizaron restos de la pavimentación de uno de los pasos de la puerta, pero no hallamos materiales a excepción de fragmentos de tégulas.

En el sondeo del interior de la Torre del Reloj, se pudo documentar la cara intramuros de la muralla. El relleno de *opus caementicium* había sido horadado para hacer un pasadizo. Los muros de la Torre del Reloj toman la muralla como cimiento y son obra moderna, sin duda, del momento en que se construyó la cárcel. Las cerámicas son todas modernas.

IV. CAMPAÑA DE 1989

La campaña de 1989 ha sido la mas larga de cuantas hemos realizado hasta la fecha puesto que ha durado seis meses. Nos propusimos en ella finalizar la excavación en diversos puntos de Cimadevilla que, o bien no se habían rematado en las campañas anteriores, o bien podían ofrecer nuevas posibilidades de localización del trazado o de la secuencia estratigráfica. Los resultados se dieron a conocer en las I Jornadas de Arqueología en Gijón celebradas en diciembre de 1989 (Fernández Ochoa, 1991).

Sector E: Campo de Valdés

Las excavaciones del verano de 1989 se centraron con preferencia en el Campo de Valdés donde se planificó el trazado de seis cortes de 6x4 m. junto a la tapia del patio del colegio del Santo Angel. Posteriormente fue preciso abrir otros dos más de 6x2 m. hacia el centro del paseo. Los restos de la muralla afloraron en las cuadrículas occidentales abiertas en primer término (E-1 y E-2) y en las dos últimas (E-7 y E-8) (fig. 2). Los restantes cortes, aunque proporcionaron materiales romanos y medievales de interés, no conservaban restos de estructuras.

La estratigrafía que parece deducirse de un primer análisis de los materiales confirma la existencia de dos fases de ocupación en la zona durante el periodo romano: una antigua, con terra sigillata altoimperial, y otra tardía con terra sigillata de los siglos IV-V y fragmentos de producciones de Africana D. Tampoco hemos detectado novedades en cuanto a la técnica edilicia del monumento que man-

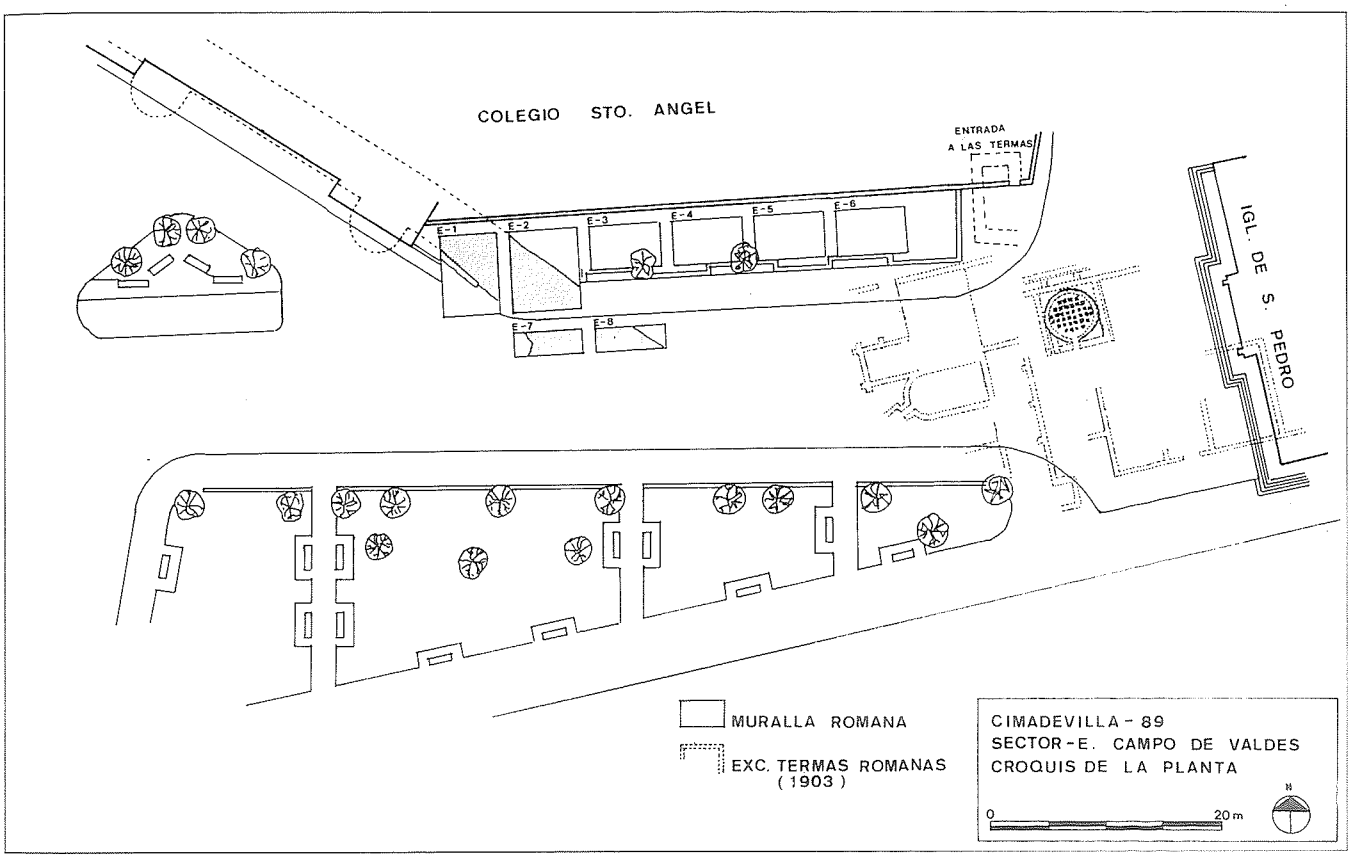


Fig. 2

tiene un mismo sistema constructivo de dos paramentos —el exterior de sillares o sillarejos de arenisca y el interior de mampuesto de calizas o areniscas— con un relleno central de *opus caementicium*.

Sin embargo, estos sondeos de Campo Valdés nos ha proporcionado un dato de gran valor para conocer el trazado de la fortificación ya que ésta encierra dentro del recinto las termas, al contrario de lo que pensaban los excavadores de las mismas a principios de siglo.

Sector F: Tránsito de Las Ballenas

La intervención en el área occidental del barrio de Cimadevilla tenía como objetivo tratar de localizar el trazado de la muralla en una zona de la que aún no poseíamos información. El lugar elegido fue el espacio entre la cuesta de las Ballenas y la calle Artillería donde, según las prospecciones geofísicas, había posibilidades de encontrar restos de la fortificación. Se abrieron cuatro cuadrículas de 4x4 m. que fueron infructuosas. El mismo resultado negativo se produjo en otro sondeo practicado frente a la factoría de Ojeda, unos metros al nordesde de los cortes del Tránsito de Las Ballenas.

Sector D: Avda. de la Salle-Club de Regatas

Aunque estaban previstas excavaciones en el interior del Club de Regatas, no fue posible su realización debido al retraso en las obras de acometida del gas en el recinto. Sin embargo, y precisamente a causa de estas obras, nos vimos obligados a efectuar un sondeo de urgencia en el cruce de la Avda. de la Salle con la calle del Ave María, al lado de la tapia del club.

Se trazó en este lugar una cuadrícula de 4x4,50 m. La excavación se realizó rebajando un total de 4 niveles artificiales, constituyendo una secuencia de 5 estratos arqueo-

lógicos. En el nivel 1 se localizaron los restos del relleno e inicios del lienzo de la cara interna de la fortificación. El paramento intramuros está formado por bloques de calizas de tamaño mediano y de forma irregular trabados a la argamasa del núcleo de relleno.

La secuencia estratigráfica de este corte se define de la manera siguiente (fig. 3):

Estrato I: Bajo la capa de preparación del asfalto comienza a aparecer un relleno de barro y tierra de tonos oscuros con cerámicas modernas. El *opus caementicium* del núcleo de la muralla aflora ya en este nivel.

Estrato II: Corresponde al derrumbe de la murralla y se caracteriza por grandes piedras mezcladas con argamasa y tierra. Los materiales son de larga cronología con cerámica moderna, medieval y romana. En este estrato se documenta la destrucción del recinto.

Estrato III: La tierra de este nivel es negra con cenizas, tejas y ladrillos machacados, correspondientes a una fase de incendio y explanación del área. En el centro de la cuadricula aparecen los cimientos de una estructura circular formada por piedras calizas y areniscas de tamaños irregulares in trabar (Lám. II).

Estrato IV: Formado por tierra arcillosa ("barro santo") de tonalidad ocre. Los materiales recogidos corresponden a piezas cerámicas romanas del Alto y Bajo Imperio (terra sigillata a molde y lisa). Se halló un único fragmento de cerámica medieval estriada.

Estrato V: Constituido por arcilla de tonos negros mezclada con piedras pequeñas. La zapata de la muralla se

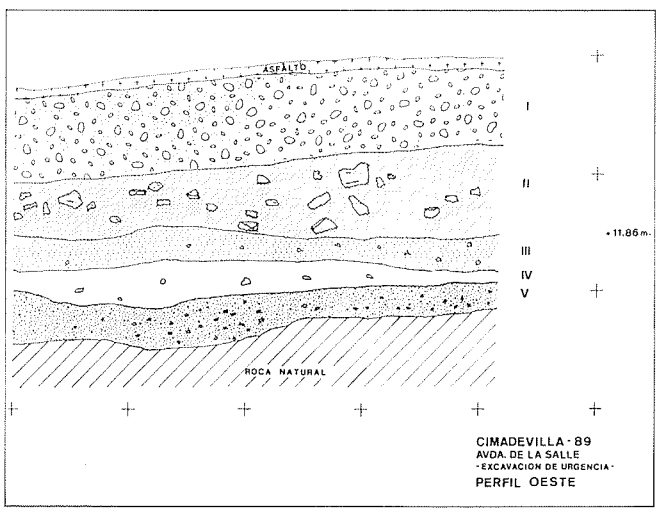


Fig. 3



Lám. II.—Avda. de La Salle —excavación de urgencia—

apoya sobre este nivel que, a su vez, se asienta sobre la roca madre. El material localizado se inscribe en un horizonte altoimperial.

Los datos de este sondeo sirven de ejemplo para documentar de nuevo los dos momentos de ocupación de Cimadevilla en el periodo romano.

La estructura circular localizada en el estrato III, se comenzó a construir con posterioridad a la edificación de la muralla, y se destruyó antes de la ruina total de la fortificación, puesto que el derrumbe de esta se apoya directamente sobre la estructura circular. Su funcionalidad nos es desconocida, pero quizá pudiera tratarse de la plataforma de una máquina de guerra utilizada en el periodo medieval. La función, en este caso, sería, por un lado, facilitar el apoyo y la movilidad de la base de la máquina, y por otro proteger de la humedad evitando el contacto directo con la tierra.

V. OTRAS INTERVENCIONES

Durante los años 1986 y 1987 se realizaron dos campañas de *Prospecciones Geofísicas* empleando el método eléctrico en corriente continua en la modalidad de *Calicata Wenner* con el fin de localizar distintos puntos del trazado según nuestras hipótesis del mismo. Los trabajos fueron dirigidos por la Dra. Carmen Hernández del Depto. de Física de la Tierra, Astronomía y Astrofísica de la Universidad Complutense (Hernández, et alii, 1988). Los resultados de estas prospecciones fueron positivos para el estudio de los restos del Sector F, pero no fueron significativos en el Sector E.

Para finalizar esta parte descriptiva, queremos reseñar también la excavación de urgencia llevada a cabo en febrero de 1988 en el interior del Primitivo Instituto de Jovellanos con motivo de las obras de acondicionamiento del mismo. Los resultados se han dado a conocer en el Catálogo de una exposición celebrada en el Museo-Casa Natal de Jovellanos en diciembre de 1989 (Fdez. Ochoa el alii, 1989). Aparte del estudio de los restos de la muralla conservados dentro de la vivienda, pudimos localizar los vestigios de un horno de pan de época moderna, perteneciente a las propiedades de la familia Jovellanos, en cuyo interior se conservaba un depósito de cerámicas del siglo XVII que son, hoy día, las piezas de cerámica tradicional asturiana mas antiguas halladas en el Principado.

SINTESIS DE LOS RESULTADOS

I. El trazado

En numerosas ocasiones hemos expuesto las características del trazado de la muralla de Gijón. En síntesis podemos decir que hemos documentado, sin problema, su discurrir por el área central del istmo, entre la Huerta del Palacio de Revillagigedo y el Palacio de Valdés, hoy Colegio del Santo Angel.

En la zona Este del cerro, entre el Campo de Valdés y el final de la Avda. de la Salle, se ha producido una novedad importante ya que la muralla acoge en su recinto las termas de Campo Valdés, realizando, por esa causa, un quiebro progresivamente acentuado a partir de la torre semicircular que sirvió de cimentación al Primitivo Instituto en la Plaza de Jovellanos. Desconocemos todavía la relación entre la estructura de las termas y la muralla. A este respecto caben dos hipótesis: que la muralla mantenga su trazado a lo largo del actual muro del paseo bordeando el edificio termal cuya cronología es anterior a la muralla, o bien que las propias termas constituyan por sí mismas un edificio integrado en el sistema defensivo. Planteamos esta segunda hipótesis teniendo en cuenta el reducido espacio observable entre las termas y el muro del paseo.

La continuidad de la muralla en esta parte oriental se ha podido documentar también en otros dos lugares: en el cruce con la calle Ave María y en la entrada al cerro, dentro y fuera del club de Regatas.

En cuanto al trazado del extremo occidental del istmo, ya hemos apuntado al hablar de los sondeos del Tránsito de la Ballenas, que carecemos de información comprobada. A partir de la esquina de la casa Paquet, se supone un trazado más o menos rectilíneo hasta la cuesta del Cholo pero en esta zona será imposible, al menos de momento, realizar ningún tipo de indagación. Con motivo de las obras de infraestructura del puerto deportivo, realizamos un pequeño sondeo bajo el murete que configura actualmente la cuesta del Cholo, pero los resultados fueron irrelevantes.

Algo similar nos ha sucedido —como hemos indicado líneas arriba— al investigar el tramo comprendido entre la cuesta del Cholo y la llamada Bateria de las Piezas, pues las cuadrículas allí trazadas fueron infructuosas (Vid. Sector F).

En resumen, la línea de la fortificación se ha comprobado, con datos arqueológicos indiscutibles, en las áreas central y oriental del istmo. Queda pendiente su verificación en la parte occidental, lo que esperamos llevar a cabo cuando se realicen las obras de acondicionamiento de la factoría Ojeda y sus entornos.

La muralla formaba un circuito lineal de planta irregular, adaptado a la topografía del terreno, que miraba hacia el interior, dejando el mar a su espalda (fig. 4).

II. La Técnica Edilicia

La muralla de Cimadevilla era una fortificación flanqueada por torres semicirculares, ligeramente peraltadas de 4,60 a 5 m. de largo que sobresalían del lienzo unos 3,30 m. Las torres se situaban a intervalos de 18 m. Durante los trabajos de excavación se han documentado cinco torres que se comunicarían por caminos de ronda y quizá tuvieron ventanas como las de Lugo o Barcelona.

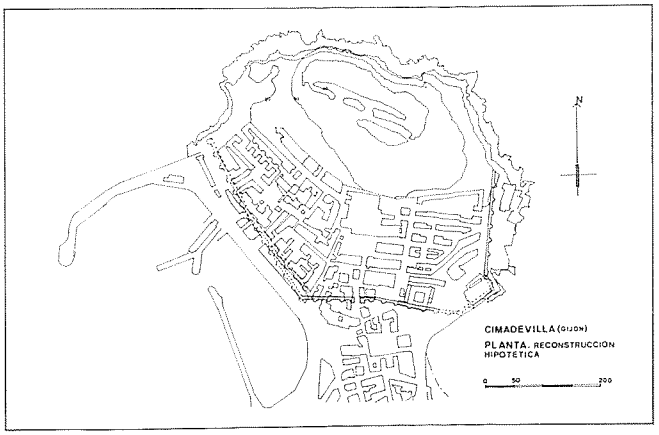


Fig. 4

La puerta, por el contrario, presenta torres de flanqueo cuadrangulares, de 5,40 m. de lado que tal vez fueron macizas en su base. El *intervalum* de la puerta es de 7,50 m. (Lám. III). Los restos de la cimentación y del alzado, localizados en la campaña de 1988, permiten suponer una entrada de doble arco, retranqueada respecto de los muros, para facilitar la defensa dado que las puertas eran los puntos más débiles del sistema defensivo.

En cuanto al sistema constructivo, la muralla de Gijón se ajusta al modelo de doble paramento con relleno interior de *opus caementicium* compuesto por calizas de tamaño mediano (de 5 a 10 cm.) o grande (10 a 20 cm.) a base de tongadas regulares. Los paños del lienzo presentan variantes en la cara extramuros donde hallamos, unas veces, sillares de aresnica de gran tamaño —algunos con huellas de unión a base de grapas en forma de cola de milano— y otras, sillarejos también de arenisca bien escuadrados y careados unidos por argamasa. La cara interna se configura a base de mampuestos de caliza y algunas areniscas de formas irregulares. El espesor del muro es de 4,60 m. y se mantiene constante a lo largo de todo el trazado.



Lám. III.—Vista general de las Torres cuadrangulares de la puerta de la muralla.

Los cimientos se realizaron tallando la caja de la zapata en la arcilla natural o sobre la roca con una profundidad variable según la topografía de cada zona. El modo de construcción de la zapata fue por medio de tongadas sucesivas de *opus caementicium* formado por piedras pequeñas y cantos rodados mezclados con un mortero rico en cal y arena.

Conviene anotar también la existencia en la Pl. de Jovellanos de un aljibe y de una conducción de *opus signinum* relativamente bien conservados.

La muralla de Gijón se construyó siguiendo los criterios al uso en las fortificaciones tardorromanas de Hispania: muros anchos, torres en resalte de variada tipología —preferentemente semicirculares— pero poco distanciadas para una mejor defensa mediante el uso de *ballistae,* empleo de la piedra en los paramentos etc.

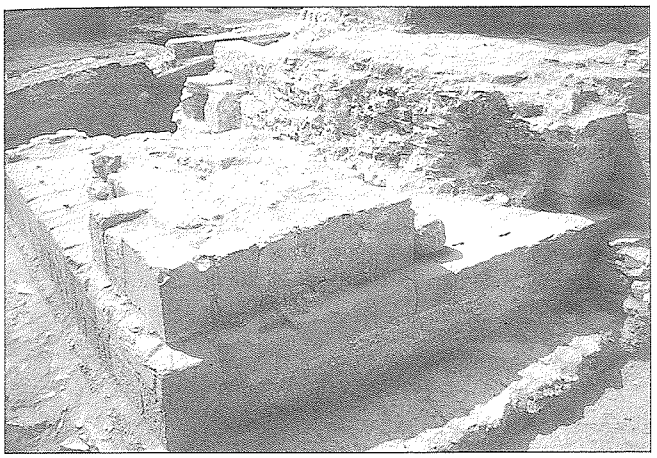
La puerta, con sus torres cuadrangulares, se asemejan con variantes, a las de Barcelona y Coria, pero se distancia de los "modelos legionarios" de Lugo o León con los que, sin embargo, mantiene concomitancias de carácter general en cuanto al espesor del muro, la distancia entre torres, su forma etc.

El sistema de grapas utilizado en los sillares de las torres, nos planteó inicialmente problemas de atribución cronológica, ya que se trata de un sistema bien documentado en construcciones altoimperiales de Tarraco, Mérida, Itálica, etc. pero nunca reconocido en edificios tardíos aún cuando se advierte su uso en algunas iglesias visigodas como S. Pedro de la Nave (Zamora). Se podría pensar, en consecuencia, que la muralla pudiera tener una fase altoimperial sobre la que se levantó posteriormente la construcción tardía.

El avance de las excavaciones en curso y los análisis de técnica edilicia que estamos realizando en la actualidad, nos llevan a desestimar esta hipótesis con argumentos que habrá que matizar pero que se podrían enunciar así:

—No hemos localizado indicios de doble muro en ninguno de los espacios excavados, y menos aún en los entornos de la puerta. Tampoco hay señales de otro tipo de recinto con una empalizada de madera etc.

—Los sillares de las torres de la puerta fueron, en efecto, reutilizados como indica, por un lado, la posición visible de las huellas del uso de la "loba" para mover algunos bloques, y por otro, la propia organización confusa del sistema soga-tizón. Pero las grapas se hicieron para esos sillares puesto que los traban perfectamente adaptando incluso los tamaños según las dimensiones de cada sillar (Lám. IV).



Lám. IV.—Sector B. Torre E. Detalle

—El sistema constructivo de las torres es idéntico al de todo el resto del recinto y se halla bien trabado el lienzo con las torres mediante una serie de acodamientos escalonados (engatillados).

—Los análisis de las argamasas, efectuados tomando muestras de diversos puntos de la muralla, confirman la composición semejante de sus elementos con variantes de escasa relevancia.

Si agregamos a esta información las comprobaciones obtenidas en los sondeos estratigráficos que señalan la construcción de la muralla en una fecha *post quem* al siglo II d.C. hemos de concluir, al menos en el estado actual de nuestra información, que la técnica edilicia de la puerta, con el sistema de grapas descrito, se sitúa cronológicamente en el momento tardorromano (fines del siglo III o siglo IV d.C.) al que corresponde la construcción completa salvo algunas remociones posteriores que debieron de afectar a puntos determinados, como la esquina suroeste de la torre occidental.

La buena calidad constructiva de la puerta de la muralla gijonesa vendría justificada por el deseo, bien conocido en numerosos casos del orbe romano, de monumentalizar las entradas que se llegan a diseñar como auténticos arcos honoríficos. Este afán se acredita en el caso de Gijón con el cambio introducido en las planta de las torres, donde se opta por un modelo cuadrangular que es defensivamente mucho más vulnerable que el de torre semicircular.

III. Los materiales

Las excavaciones de la muralla han generado un volumen de materiales relativamente grande que se compone principalmente de piezas cerámicas, algunos bronces, monedas, ladrillos, tégulas, fragmentos de estucos pintados, huesos trabajados, restos óseos de animales o peces utilizados como alimento etc., es decir, una serie de materiales asociables a una ocupación que arranca de mediados del siglo I d.C. y llega hasta nuestros días. Aunque pudiera parecer exagerada esta afirmación, es innegable que las excavaciones urbanas proporcionan numerosos instrumentos de uso cotidiano que reflejan la historia de la ciudad a lo largo del tiempo. En el caso que nos ocupa, los testimonios más abundantes corresponden al periodo romano y medieval, si bien es cierto que las cerámicas modernas o las monedas de los siglos XVIII al XX forman ya una colección nada desdeñable.

En la actualidad, estamos elaborando la Memoria científica detallada de estos hallazgos, a través de los cuales, podemos documentar la sucesión ocupacional de Cimadevilla. Contamos con cerámicas sigillatas altoimperiales, fragmentos de paredes finas, imitacion de rojo pompeyano etc. que nos remiten a cronologías de mediados del siglo I d.C. y del siglo II d.C. pero el mayor número de piezas cerámicas corresponde a las producciones bajoimperiales hasta los años iniciales del siglo VI d.C. A partir de estos momentos existe un *hiatus* cronológico de difícil solución puesto que las cerámicas medievales alcanzan fechas tan tardías como los siglos XI-XII, es decir, no hemos podido aislar producciones medievales anteriores a estos siglos si bien creemos que siguen siendo débiles los argumentos actuales que sustentan las cronologías de las cerámicas medievales en el Principado.

BIBLIOGRAFIA

ALONSO SANCHEZ, M.ª A. y FERNANDEZ OCHOA, C. (1988): *"Cerámica Africana D con decoración paleocristiana en la muralla de Gijón"* Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la U.A.M. (CuPAUAM), n. 15, Madrid.

FERNANDEZ OCHOA, C. (1986): *"Ultimos resultados de las excavaciones en la muralla de Cimadevilla (Gijón)"*. I Congreso Internacional sobre Astorga Romana. Astorga.

FERNANDEZ OCHOA, C. y MARTINEZ DIAZ, B. (1986-87): *"Gijón, fortaleza romana en el Cantábrico"* CuPAUAM n. 13-14. Madrid.

FERNANDEZ OCHOA, C.; BARREIRO, B.; GARCIA DIAZ, P.; GARCIA VAZQUEZ, M. y SELDAS, I. (1989): *Las cerámicas modernas de la "Casa del Forno"*. Fundación Municipal de Cultura. Gijón.

FERNANDEZ OCHOA, C. (1991): *"Arqueología urbana en Gijón: la muralla de Cimadevilla"*. I Jornadas de Arqueología del Concejo de Gijón, Gijón.

HERNANDEZ LUCENDO, C.; CAMARA, E.; FERNANDEZ OCHOA, C. y GARCIA DIAZ, P. (1988): *"Prospección eléctrica en zona urbana: aplicación al estudio del trazado de la muralla romana de Gijón (Zona Este)"*. Seminario de Arqueología do Noroeste, Porto.

SEGUIMIENTO DE LA RECONSTRUCCION DE LA MURALLA ROMANA DE GIJON

Carmen Fernández Ochoa, Paloma García Díaz

En el mes de julio de 1990 se iniciaron los trabajos de recrecimiento de la muralla romana de Cimadevilla, bajo la dirección del arquitecto Fernando Nanclares.

Como es preceptivo, se nombró un arqueólogo encargado del seguimiento de los trabajos que fue la Directora de las Excavaciones, Carmen Fernández Ochoa, con la que ha colaborado la arqueóloga Paloma García Díaz.

Las obras se han realizado correctamente en cuanto a la protección de la ruina, materiales utilizados propuestos y actuación general sobre el conjunto.

RECONSTRUCCION DE LA MURALLA

El tramo en reconstrucción se situa entre la Huerta de Revillagigedo, calle Recoletas y Plaza de Jovellanos. Comprende las dos torres cuadradas de la Puerta antigua de la ciudad, tres torres semicirculares y una torre barbacana medieval unida a la muralla romana por medio de un muro (fig. 1).

En la huerta del Palacio de Revillagigedo, que es la zona peor conservada de la muralla, se proyectó construir sobre la fortificación un edificio para instalar el archivo de la ciudad (Lám. I, b). La cara externa de la muralla servirá de fachada del edificio y la cara interna quedará integrada dentro de la construcción. Todo ello en el momento de la reconstrucción se cubrió con plástico negro GANGA 400. Los cimientos del archivo se hicieron rodeando la muralla por el norte, este y oeste y se rellenó todo el espacio edificable —incluida la muralla— de escoria para allanar el terreno y posteriormente se empezó a construir.

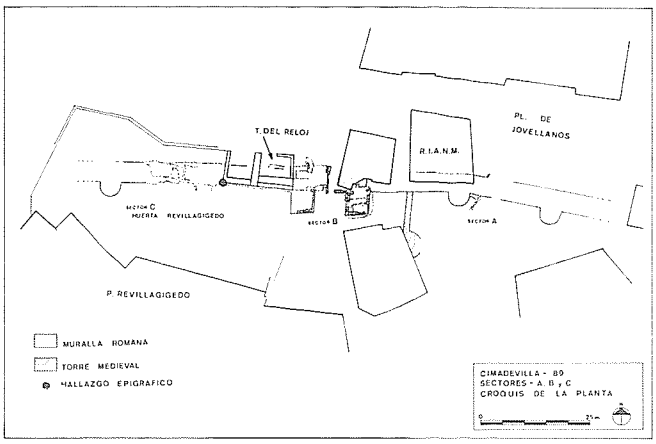


Fig. 1

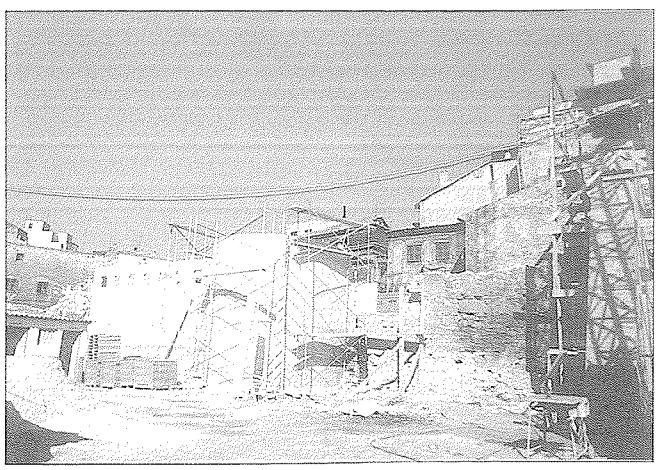
El tratamiento de reconstrucción de la fortificación, entre la calle Recoletas y la plaza de Jovellanos, ha sido el siguiente:

Tras limpiar la muralla, se recubrió todo el ancho visible de la misma con plástico negro GANGA 400.

En el borde de la cara externa se colocó tela rooflex y sobre ella lajas de pizarra. Una vez realizada esta operación se empezó a levantar un muro corrido de ladrillos de obra con una altura máxima de 8 m. en las torres cuadradas de la puerta y mínima de 0,5 m. en la plaza de Jovellanos (Lám. I, a). Este muro cimenta sobre la muralla sin ningún tipo de anclaje o soporte en el monumento. Este



Lám. I.a.—Plaza de Jovellanos



Lám. I.b.—Huerta del Palacio de Revillagigedo

primer muro se coloca 15 cm. remetido del borde externo de la línea de muralla.

Una vez levantado el citado muro se procedió a colocar, adosada a éste, una pared de ladrillos tratados[1], en el espacio que había quedado entre el borde exterior de la muralla y el tabique de ladrillos de obra.

Esta zona se recubrió con un tejadillo hecho con ladrillo colocados a sardinel. Bajo ellos se puso tela asfáltica para impermeabilizar la ruina.

La torre E. de la puerta ha quedado hueca por dentro, y se ha colocado una escalerilla para poder acceder a ella.

La zona de muralla situada junto a la Torre del Reloj que conservaba el alzado en muy buenas condiciones ha quedado integrada dentro de lo que serán los bajos del edificio y se podrá visitar[2].

Como dijimos anteriormente, la cara exterior de la muralla hace de fachada externa del edificio y su tratamiento ha tenido las mismas características que el tramo que se situa en la calle Recoletas y continúa hasta la Pl. de Jovellanos ya explicado.

En el transcurso de estos trabajos hemos tenido que intervenir mediante excavaciones en los siguientes lugares:

1. Interior de la Torre del Reloj. Se derribó el lienzo E. que estaba casi derrumbado. Procedimos a la limpieza de la zona y localizamos el lienzo interno de la muralla pudiendo aclarar algunos pormenores de dicho paramento en esta parte de la muralla.
2. Lienzo exterior de la muralla en el Palacio de Revillagigedo. Con motivo del derribo y limpieza de la casita adyacente a la Torre del Reloj, descubrimos incrustada en el lienzo, la presencia de una inscripción romana que cita la "gens de los Cilurnigorum".
3. Area del pavimento de la puerta. Como fruto de una limpieza se localizó el derrumbe de un muro que estaría integrado en el complejo de la entrada (quizá estancia para la guardia y control del paso).
4. Plaza de Jovellanos. En estos momentos se ha procedido a excavar parte de un gran aljibe de más de 15 m. de longitud, con paredes recubiertas de hormigón hidráulico romano.

NOTAS

(1) Estos ladrillos miden 30x15x3 cm. Han sido realizados especialmente para esta obra en Bobila, Bondia, Moncada, Barcelona, con una cochura de *imitación romana.*

(2) En este tramo fue donde apareció la inscripción funeraria de la *gens de los Cilurnigorum*, en el transcurso de la limpieza de la muralla.

EXCAVACIONES EN LUGO DE LLANERA (CAMPAÑAS DE 1987 Y 1989)

Rosa Cid, Carmen Fernández Ochoa, Paloma García Díaz, Amparo Pedregal

1. INTRODUCCION

Con motivo de unas obras de RENFE en la estación de Lugo de Llanera en 1984, aparecieron casualmente restos de tégulas, ladrillos de *suspensurae,* y fragmentos de mosaico en la ería denominada "La Castellana". Estos materiales han sido estudiados recientemente por M. Escortell (Escortell, 1988).

La calidad de estos hallazgos y su localización en el llano, en una zona próxima al castro del Canto de S. Pedro pero distante del área de Sta. María (fig. 1), provocó en quienes suscribimos este informe un redoblado interés por el tema de la investigación del pasado de Lugo de Llanera, cuya consecuencia fue solicitar un permiso de excavación el año 1986.

2. CAMPAÑA DE 1986

Nuestra primera intervención consistió en plantear una prospección geofísica de la ería de La Castellana, con el objetivo de determinar la existencia de estructuras dado que los hallazgos podrían deberse a los arrastres del vecino túnel de Villabona, construido unos años antes.

Los trabajos de prospección fueron realizados en el mes de noviembre de 1987 por D. Modesto García, Catedrático de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas de Oviedo.

En el informe emitido, se consigna que las anomalías detectadas por este método podrían corresponder a restos de estructuras arqueológicas en el área prospectada. Con estos resultados positivos solicitamos el permiso de los propietarios de la finca para excavar en el verano de 1988. Ante la negativa de éstos, decidimos continuar las excavaciones en la vieja Iglesia de Sta. María —con el permiso amablemente concedido por el arzobispado de Oviedo— ya en septiembre de 1989. Los resultados obtenidos en esas excavaciones serán resumidos brevemente en este informe.

3. CAMPAÑA DE 1989

En la parte sureste de la finca denominada "La Castañera" se encontraba situada la Iglesia de Sta. María de Lugo, destruida en la Guerra Civil y nunca más reedificada.

Antes de iniciar la excavación procedimos, como es habitual, al levantamiento topográfico del terreno sobre el que se planificaron las actuaciones. Aunque tratamos de conseguir informacion fiable y directa de la campaña de 1981 —dirigida por el Prof. Olávarri—, no nos fue posible obtenerla, con lo cual optamos por integrar la disposición irregular de los sondeos anteriores en un trazado coherente de cuadrículas (fig. 2).

El método de excavación elegido fue un reticulado tipo Wheeler; se dividió toda la zona en dos sectores (A y B) cuya disposición vino condicionada por la excavación precedente.

Los trabajos se centraron principalmente en el Sector A, ubicado en la parte W del área de excavación (fig. 3). Se trazaron 10 cuadrículas de 3x5 m. de las cuales se excavaron cinco (A-1; A-6; A-7; A-8; A-9). Los cortes A-3, A-5

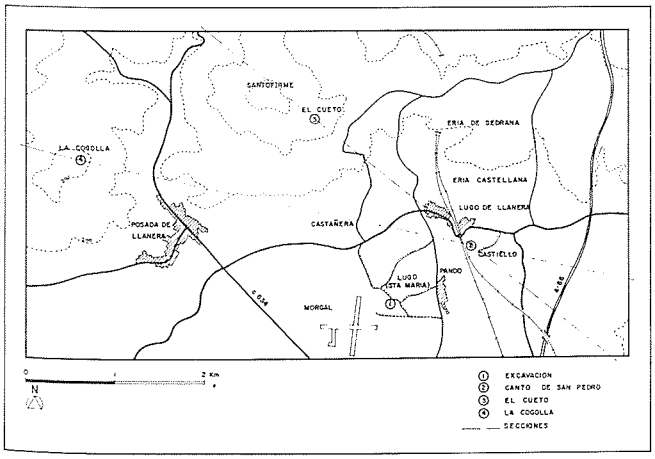


Fig. 1.—Localización de yacimientos (Lugo de Llanera)

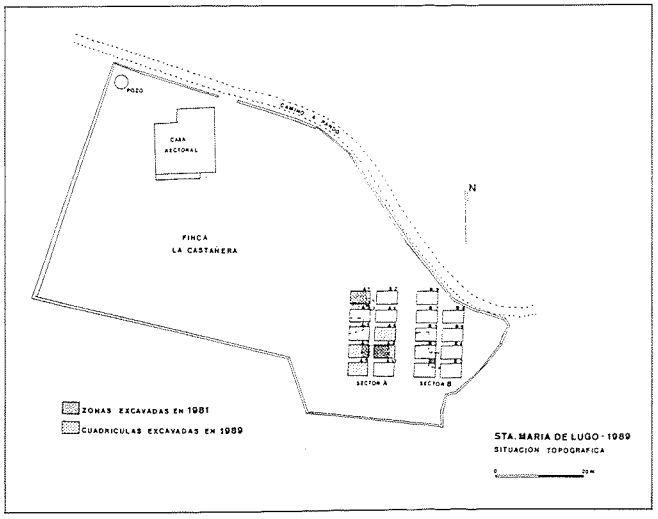


Fig. 2.—Sta. María de Lugo - 1989. Situación Topográfica

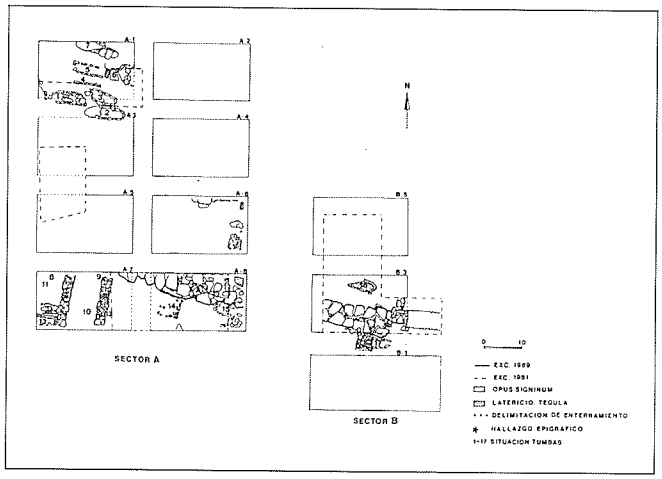


Fig. 3.—Sta. María de Lugo - 1989. Planta General

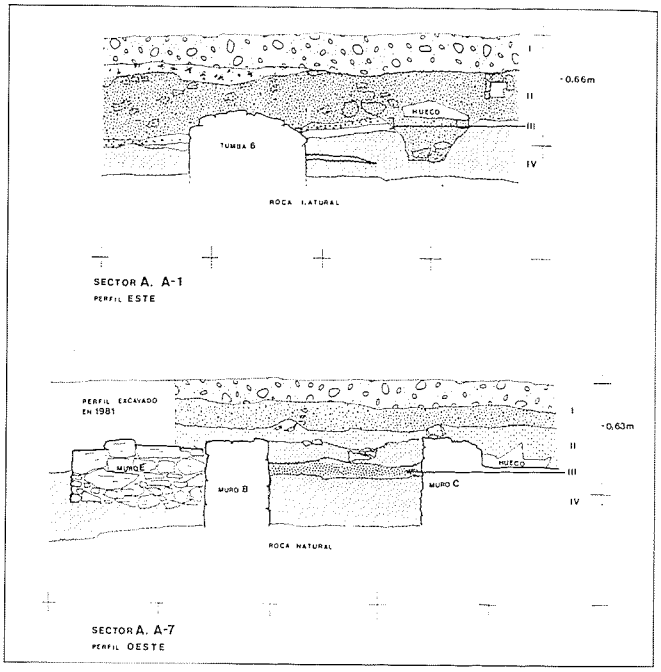


Fig. 4.—Sta. María de Lugo - 1989

y A-8 formaban parte de la excavación de 1981. Los dos primeros A-3 y A-5 junto con A-6, excavado por nosotros, constituían un gran osario de época moderna. Los cortes que ofrecieron resultados de interés fueron A-1 y A-7, cuya sucesión estratigráfica será sintetizada en estas páginas.

En cuanto al Sector B, decidimos limpiar los espacios ya excavados anteriormente para delimitar bien la serie de muros de distintas épocas que afloraban en varios puntos. Tan solo se inició la excavación en la cuadrícula B-3, si bien no se pudo finalizar por falta de tiempo. Se tomaron los datos pertinentes sobre las tumbas allí localizadas para incluirlas en nuestro inventario general.

Lo más importante de la acción en este Sector fue el descubrimiento de un ara dedicada a los *Lares Viales* que había pasado inadvertida a nuestros predecesores. La inscripción venía grabada sobre un bloque rectangular de arenisca, posteriormente reutilizado en los cimientos de uno de los muros de la iglesia. Más adelante volveremos sobre este documento.

Procederemos, a continuación, a presentar la estratigrafía, los materiales y las estructuras de los cortes A-1 y A-7. Se suprimen los datos concretos de los inventarios de los materiales y de las tumbas que se encuentran en proceso de publicación actualmente (Cid, y otros, 1991).

Cuadrícula A-1

Esta cuadrícula integró parte de uno de los sondeos del 81. Para proceder a su regularización, y ver si era posible obtener información estratigráfica, se dividió el espacio en tres zonas que se excavaron por separado, aunque, finalmente, logramos los mismos resultados. Se rebajaron nueve niveles artificiales que se han integrado en cuatro estratos arqueológicos.

Secuencia estratigráfica (fig. 4).

Estrato I (Niveles I a III): compuesto por tierra vegetal con fragmentos de cerámica romana, moderna y medieval, así como restos óseos y fragmentos metálicos inclasificables.

Estrato II (Niveles IV a VII): Estrato de derrumbe formado por calizas de tamaño medio mezcladas con cal, tierra, tejas y cenizas. Los materiales corresponden a *Terra Sigillata Hispanica,* tégulas y fragmentos de cerámica medieval estriada. También se recogieron restos óseos y metálicos informes. En este estrato comenzaron a aparecer las losas de cubrición de dos tumbas (n. 6 y 7), una de las cuales tenían un ladrillo reutilizado (n. 6).

Estrato III (Nivel VIII): compuesto por una capa de guijarros con T.S.H., tégulas y cerámicas estriadas. Corresponde al nivel de cimentación de las tumbas.

Estrato IV (Nivel IX): formado por una capa de arcilla amarillenta que finaliza en la roca madre. Los materiales de este nivel siguen siendo similares a los del inmediatamente superior.

Al llegar al nivel IX se habían documentado un total de siete tumbas de lajas de caliza, orientadas E-W, de las cuales delimitamos las dos situadas en la esquina NE. (n. 6 y 7) que no han sido abiertas todavía. Las restantes (n. 1 a 5) habían sido excavadas parcialmente en 1981. Se limpiaron y, en algún caso, se finalizó su excavación (fig. 5).

Cabe anotar el hallazgo, en la limpieza del perfil norte, de una moneda de Claudio I.

Cuadrícula A-7

A excepción de un pequeño flanco al Este, la cuadrícula fue excavada por nosotros desde el nivel de *humus.* Se rebajaron siete niveles artificiales hasta llegar a un total de 1,50 m. de profundidad.

Secuencia estratigráfica (fig. 4)

Estrato I (Niveles I a IV): Bajo el nivel de *humus,* encontramos una tierra marrón, con restos de tejas modernas, tégulas, huesos y piedras pequeñas, revueltas con gran cantidad de huesos humanos. Lo mas significativo de este estrato es la presencia en todos los niveles de monedas medievales del siglo XIV pertenecientes a los reinados de Alfonso XI (1312-1350), Pedro I (1350-1369) y Enrique III (1390-1406), según la clasificación preliminar que amablemente ha realizado para nosotros Dña. Matilde Escortell.

Estrato II (parte del Nivel V): Compuesto por tierra marrón arcillosa, presenta una potencia variable en diversas zonas de la cuadrícula. En la parte Norte, alcanza la roca natural mientras en el extremo Suroeste se apoya en un nivel de tierra amarilla de unos 30 cm. de potencia. Apenas

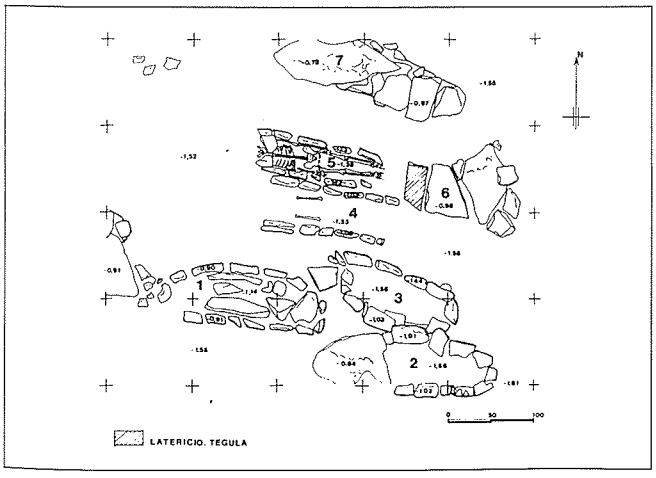


Fig. 5.—Sta. María de Lugo - 1989. Sector A. A-1. Nivel 9

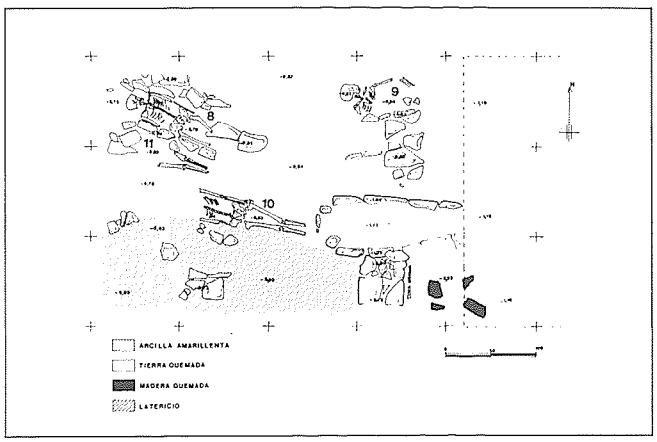


Fig. 6.—Sta. María de Lugo - 1989. Sector A. A-7. Nivel 5

proporciona material. En él se localizan una serie de enterramientos constituidos por tumbas en fosa (fig. 6). Se aprecia el inicio de una tumba de lajas, así como de dos muros; el primero, en dirección E-W (muro A) aparece embutido en el perfil Norte, y está formado por gruesas piedras; su continuidad se atestigua en A-8 y B-3, excavadas en 1981. Sería una cimentación de la iglesia o de un pórtico adyacente. El segundo muro va en dirección N-S (muro B) y es de sillarejos.

Estrato III (parte del Nivel V): Formado por tierra quemada con fragmentos de tégulas y restos de madera quemada. Sólo se documenta en el extremo Sur del corte. Los materiales son exclusivamente romanos. Es claramente un nivel de destrucción.

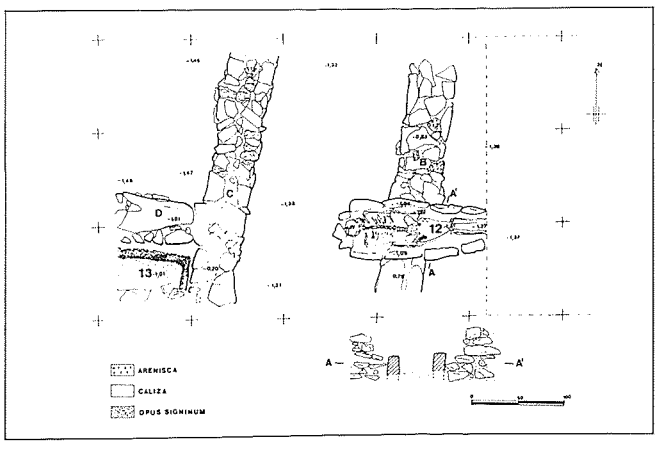


Fig. 7.—Sta. María de Lugo - 1989. Sector A. A-7. Nivel 6

Estrato IV (Nivel VI y VII): Compuesto por tierra arcillosa de color amarillo.

En cuanto a estructuras, en el nivel VI, aparecen dos muros en dirección Norte-Sur (muros B y C) y otro en dirección Este-Oeste (muro D). El muro C está cortado por una tumba de lajas de caliza —en este caso sin cubrición— como las documentadas en A-7 (fig. 7). Entre los muros B y C se localiza un enterramiento de *opus signinum* que se adentra en el perfil Suroeste. La técnica edilicia de los tres muros es la misma, a base de calizas y areniscas de tamaño mediano trabadas con barro y arcilla, formando un muro de sillarejos de 40 cm. de ancho (fig. 8).

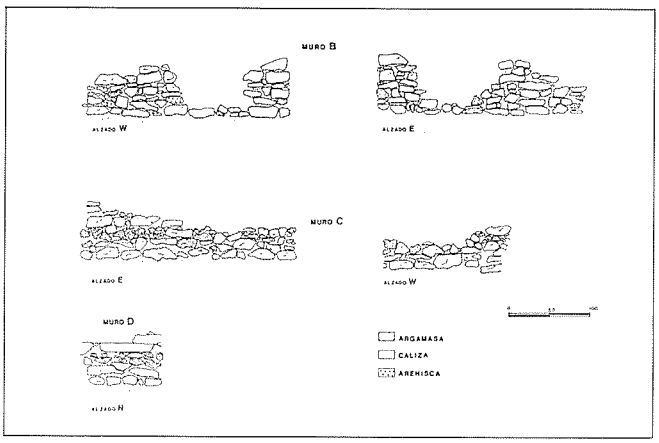


Fig. 8.—Sta. María de Lugo - 1989
Sector A. A-7. Alzado de los muros B, C y D

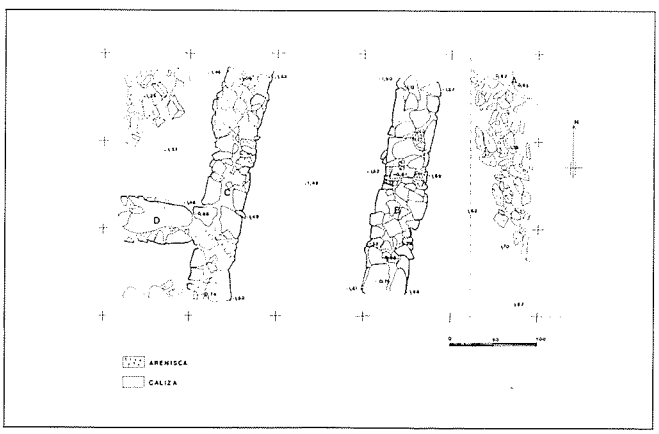


Fig. 9.—Sta. María de Lugo - 1989
Sector A. A-7. Nivel 7

En el nivel VII (fig. 9) se excavó la inhumación completa y se halló un fragmento de cerámica medieval estriada en su interior, más como fruto de la alteración de la zona que como presencia intencionada de otro tipo. A la misma cota que esta tumba (n. 12), se encuentra otra de ladrillos y tégulas reutilizados en A-8. (n. 14) (fig. 10).

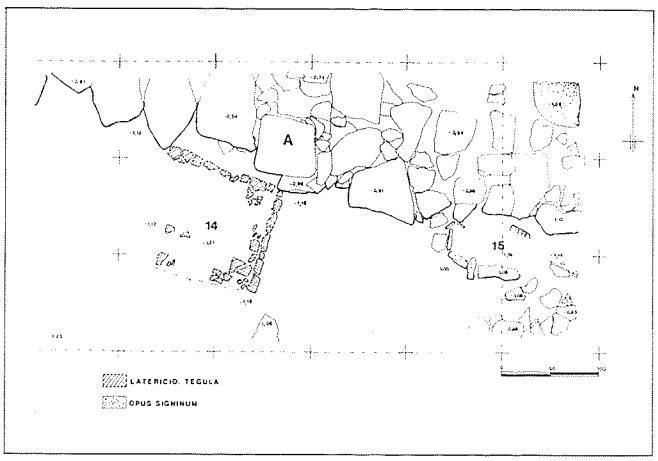
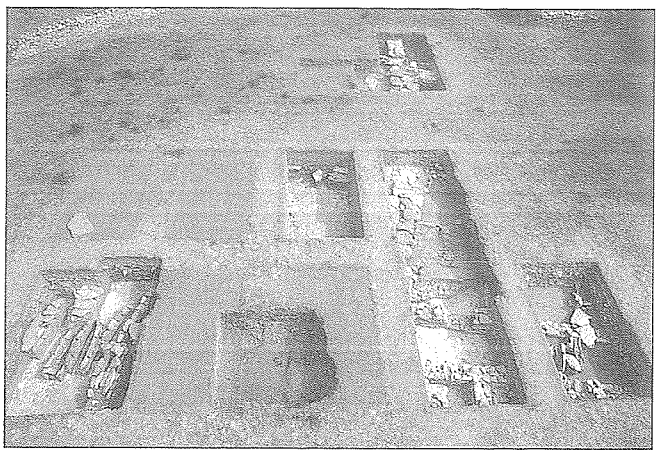
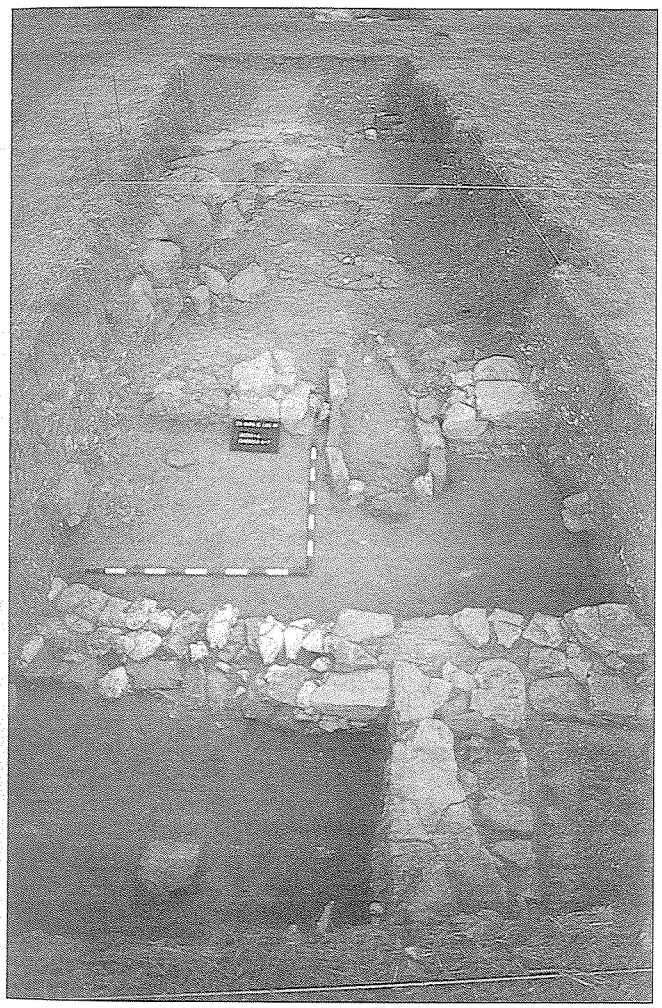


Fig. 10.—Sta. María de Lugo - 1989
Sector A. A-8. Nivel 5



Lám. 1.—Vista General de la excavación de Sta. María de Lugo de Llanera (1989)



Lám. II.—Detalle del corte A-7 de la excavación de Sta. María de Lugo de Llanera (1989)

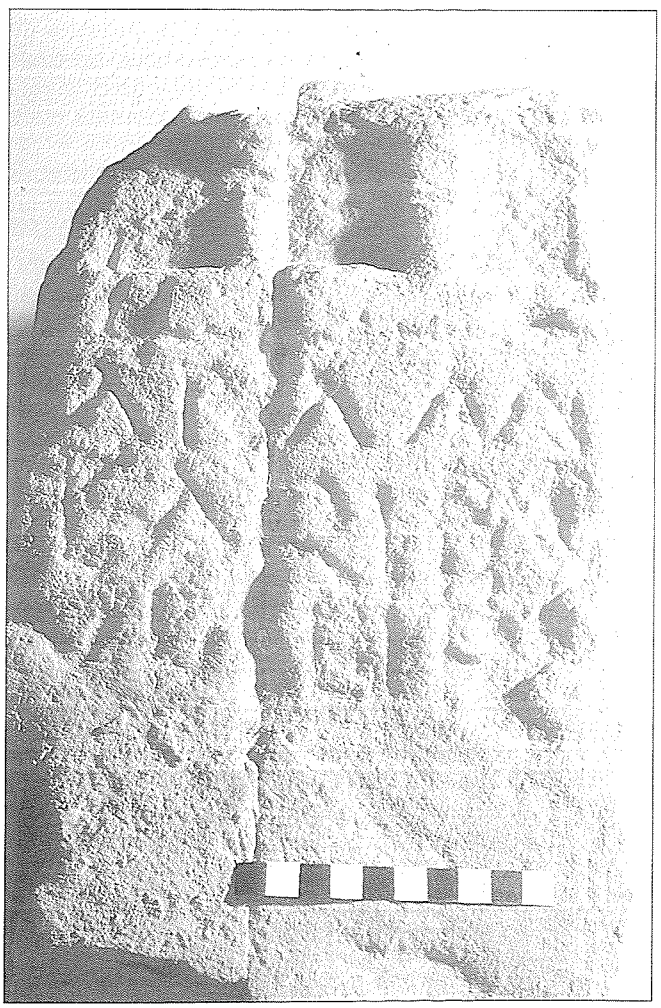
4. EL ARA DE LOS *LARES VIALES*

Sin duda alguna, el hallazgo más importante de la campaña de 1989 lo constituye la dedicatoria a los *Lares Viales;* en este sentido, ha de señalarse que por primera vez en la historia de la arqueología romana de Asturias, se ha localizado una inscripción en el mismo yacimiento.

El ara se encontró en el sector B, cuadrícula B-3 y a unos 90 cm. de profundidad; la pieza se halló con la parte del texto boca arriba, empotrada en la cimentación de un gran muro perteneciente a la antigua iglesia de Sta. María, destruida en los sucesos de la Guerra Civil.

La inscripción consiste en un bloque rectangular de arenisca ferruginosa, presentando un lamentable estado de conservación; los costados aparecen dañados y un corte —de 1,5 cm. de profundidad— atraviesa el epígrafe en su parte central, lo que dificulta la lectura de algunas letras. Este deteriorado aspecto parece deberse a su utilización en una construcción posterior.

Las medidas de la inscripción son las siguientes: altura, de 39,5 a 44 cm., anchura, de 19 a 20 cm., fondo, de 10 a 17 cm. en el lado derecho y de 13 a 13,5 cm.



Lám. III.—Ara de los *Lares Viales* encontrada en la excavación de Santa María de Lugo de Llanera (1989)

en el izquierdo. Altura del campo epigráfico, de 18 a 18,5 cm., y anchura, de 11,4 a 11,5 cm. La altura de las letras oscila entre 2,2 y 3,3 cm. de alto y 1,5 y 5,7 cm. de ancho.

El texto de la dedicatoria es muy breve, constando simplemente la advocación *ARAM/LARIBU(s)/VIALIBU(s).* Uno de los elementos más característicos del area se encuentra en la cabecera, que incluye tres hornacinas, separadas por columnitas y aún visibles en el lado izquierdo; sus posibles relieves se perdieron. Este tipo de cabecera es único en la epigrafía de Asturias y poco frecuente en la del Noroeste de la Península Ibérica, dónde aparece en algunas estelas funerarias (Cid y otros, 1990). Este hecho resulta llamativo, ya que lo más habitual es la presencia de tres *foculi* en las dedicatorias a los *Lares Viales.* En cualquier caso, parece que se intenta aludir al carácter tripartito o de tríada que en algunas ocasiones asumían estos dioses.

A partir de estos datos no resulta fácil fijar el momento de realización del ara. Sin embargo, considerando, por un lado, la información actual sobre los materiales romanos hallados en Lugo de Llanera, pertenecientes fundamentalmente a los siglos I y II d. C. y, por otro, el hecho de que la mayoría de las dedicatorias a los *Lares Viales* del Noroeste hispánico hacen su aparición a mediados del siglo II d. C., ésta debe ser la fecha *postquem* para datar el ara de Lugo de Llanera.

A propósito del culto a los *Lares Viales,* cabe hacer una serie de consideraciones. En primer lugar, los testimonios epigráficos sobre estos dioses se localizaron casi exclusivamente en el Noroeste de la Península Ibérica, escaseando en el resto del territorio imperial. En segundo lugar, no hay unanimidad entre los historiadores a la hora de interpretar el origen y significado de la religión de los *Lares Viales* (Pedregal, 1981 y Portela, 1984); de todas formas, un gran número de estudiosos admiten que el teónimo de *Lares Viales* encubrió el de deidades indígenas, invocadas como protectoras de los caminos y las encrucijadas. En tercer lugar, estos atributos de las mencionadas divinidades, se confirman si atendemos a la localización de las inscripciones, ya que suelen aparecer en lugares próximos a nudos o vías de comunicación (Tranoy, 1980 y Arias, 1979).

Respecto a la difusión de este culto en la Asturias romana, cabe señalar que se conocían únicamente tres epígrafes, a los que debe añadirse el de Lugo de Llanera; dos se encontraron en Tineo y otro en Allande (Diego Santos, 1985 y Manzanares, 1986). Estos testimonios muestran la romanización de las prácticas religiosas de las gentes que habitaban este territorio, bien por la acción de emigrantes o por un fenómeno de sincretismo religioso —fusión de creencias romanas e indígenas— (Mangas, 1983). Además también parece comprobarse el desarrollo de las invocaciones a los *Lares Viales* en comunidades próximas a las vías de la época romana; como es sabido, Tineo y sobre todo Allande representaban enclaves importantes en el sistema de comunicaciones creado por Roma en la zona astur transmontana.

Atendiendo a esta serie de circunstancias, el area de los *Lares Viales* proporciona una valiosa información sobre el papel desempeñado por la actual *Lucus Asturum* bajo el dominio romano y su identificación con la actual Lugo de Llanera; de tal forma, parecen confirmarse algunas hipótesis emitidas con anterioridad (González, 1960), concretamente la importancia de *Lucus Asturum* como antigua *mansio,* según consta en el Anónimo de Ravena. Si en otros lugares de Asturias, Galicia o Norte de Portugal, las dedicatorias a los *Lares Viales* parecen relacionarse estrechamente con la red viaria, como nudos de comunicaciones o *mansiones,* lugares de paso, esto debió ocurrir también en *Lucus Asturum;* aquí confluían las principales vías procedentes de los puertos montañosos de la Cordillera Cantábrica que desembocaban en el mar, o bien aquellas otras que ponían en contacto a los lucenses con los cántabros. La aparición de este documento epigráfico en Lugo de Llanera evidencia la localización de la comunidad romana de *Lucus Asturum* en esta parroquia asturiana, si bien no la ubicación exacta de la *mansio.*

5. CONCLUSIONES

El área excavada en torno a la Iglesia de Sta. María ha proporcionado una información interesante sobre el devenir histórico de esta zona. No ha resultado fácil lograr esta interpretación, debido a la apretada sucesión de ocupaciones que se detectan en tan reducido espacio físico pero creemos que es factible proponer una explicación coherente de los datos obtenidos.

El yacimiento registra varios momentos de uso atestiguados en los distintos sondeos practicados.

a) *La fase romana*

El periodo de ocupación romana se ha constatado, por una parte, en la cuadrícula A-7 —y también en la A-9 aún no finalizada—, y por otra, a través de materiales de relleno recogidos tanto en superficie como en los revueltos de los niveles medievales.

Los sondeos de A-7 permiten atribuir los muros de sillarejo (B, C, y D) a un estrato de ocupación romana que arranca de la primera mitad del siglo I d. C. a juzgar por

la lucerna de volutas del estrato III fechada en época julio-claudia (n. 166). El otro ejemplar de lucerna (n. 167) parece ser de unas fechas más tardías, alcanzando el siglo II d. C. (Morillo, 1991). Estas dos piezas se suman a los escasos ejemplares —dos en Coaña y uno en Puelles— hallados hasta la fecha en suelo asturiano (Fdez. Ochoa, 1980, 323).

En cuanto a los materiales romanos sin contexto estratigráfico preciso, todos convergen en las fechas de los siglos I y II d. C.

El as de Claudio I, recogido en el perfil Norte de A-1, se fecha en el año 50, aunque su circulación perduró hasta finales del siglo I d. C. El profundo desgaste de la pieza dificulta su identificación con alguno de los grupos estudiados en *Conimbriga* y *Clunia,* pero el tratamiento de la figura de Claudio corresponde a los grupos E o F descritos por Gurt para *Clunia* (Gurt, 1985, 67).

Esta moneda se vendría a sumar a las dos únicas de este emperador encontradas en Asturias, una en Coaña y otra en Murias de Beloño, ambas en paradero desconocido (Fdez. Ochoa, 1982, 204). Las acuñaciones de Claudio I —auténticas o imitadas— alcanzaron gran difusión dentro de una circulación monetaria regional, y su emisión procedería de diversas cecas ubicadas en el Ebro-Alto Duero o en la propia *Clunia,* como propone Gurt en su estudio de los tipos clunienses (Gurt, 1985, 69).

En cuanto a la *Terra Sigillata,* todas las piezas son de producción hispánica y tal vez procedentes del centro riojano de *Tritium Magallum,* como la mayoría de las sigillatas de Asturias. El material aparece muy fragmentado y no disponemos de ningún perfil completo.

Contamos con dos piezas lisas: Drag. 27 e Hispánica 4, a las que hay que agregar las publicadas por A. Fernández en 1983 que son las formas Drag. 15/17, 24/25 y Drag. 36 (A. Fernández, 1983).

De las piezas extraídas en nuestra campaña, cabe anotar el gran diámetro de la base Drag. 27 que obliga a retrasar su cronología hasta el siglo II d. C. (Mayet, 1984, 73). La forma Hispánica 4 responde a una genuina creación de los alfareros hispanos, y se tiende a situar su fecha inicial en torno a los años 70/80 (Romero, 1985, 228).

Por lo que respecta a los ejemplares decorados, tan solo se halló una forma Drag. 29 cuya cronología oscila entre los años 55/60 y 80/85 (Romero, 1985, 91). La forma Drag. 37 cuenta con tres ejemplares; dos de ellos presentan el labio almendrado y el otro, simple. Aunque se atribuye una fecha de inicio similar para ambas modalidades, se piensa que la variante almendrada tuvo una duración más limitada cuyo final estaría en los inicios del siglo II. Los frisos fragmentados responden a los estilos decorativos de metopas y de círculos siempre entre finales del siglo I d. C. y el siglo II.

Esta cronología altoimperial conviene también a la inscripción de los *Lares Viales* que rondaría el momento de mediados o finales del siglo II d. C.

El final de esta fase romana se evidencia a través de un potente nivel de incendio en el extremo Sur del corte A-7 ya comentado anteriormente. No hemos registrado ningún material de época tardorromana.

b) *La fase medieval*

Las tumbas de la necrópolis medieval se asentaron sobre los muros romanos de sillarejo, rompiendo tanto el muro como el nivel de incendio.

Este sistema se documenta en otros establecimientos de época romana en España, particularmente en los procesos de reocupación de las *villae.* El ejemplo más cercano lo tenemos en Veranes (Gijón).

En cuanto a los datos del asentamiento medieval, la necrópolis presenta distintas variedades de tumbas cuyos tipos, descritos pormenorizadamente en nuestro inventario (Cid. y otros, 1990) son los siguientes:

Tipo A: Tumbas de lajas hincadas (n. 1 al 7 en A-1; n. 13 en A-7; n. 15 en A-8 y n. 17 en B-3).

Tipo B: Tumbas de *opus signinum* (n. 13 en A-7 y n. 16 en B-3).

Tipo C: Tumbas de latericio romano reutilizado (tégulas y ladrillos) (n. 14 en A-7).

Tipo D: Tumbas de tipo mixto de lajas y ladrillos.

Tipo E: Tumbas de fosa irregular (n. 8 al 11 en A-7).

Los tipos A, B, C y D corresponden al momento altomedieval entre los siglos IX y XI. No poseemos ningún dato para ajustar tan largo periodo de tiempo pues las tumbas carecían de ajuar y algunas ya habían sido excavadas en 1981. El único elemento arqueológico con que contamos es la cerámica, y en concreto, las piezas que sellaban el derrumbe del estrato II de A-1, que se pueden atribuir a lo que los arqueólogos medievalistas vienen llamando "época altomedieval" que abarca del siglo VIII a mediados del XI (Gutiérrez-Bohigas, 1989, 304).

Hasta la fecha, no hemos encontrado cerámicas de la fase denominada "plenomedieval" en A-1, aunque sí tenemos un par de ejemplares en A-7 que se encuadrarían entre la mitad del siglo XI y el XII.

Esta necrópolis, sería contemporánea de la *civitas* que citan las fuentes ya desde tiempos de Alfonso III y que conservaría esta condición desde el periodo romano.

No hemos documentado, hasta el momento, cerámicas del periodo bajomedieval, a pesar del hallazgo de unas cuarenta monedas que corresponden a mediados y finales del siglo XIV. A estas fechas quizá se puedan atribuir los enterramientos orientados pero sin estructuras que hemos denominado "en fosa" (Tipo E) que sellan —en A-7 y A-9— la fase altomedieval de la necrópolis de lajas, *opus signinum* y latericio fragmentado.

En las cuadrículas A-3, A-5 y A-6, hemos documentado un gran osario que proporcionó maravedíes resellados de tiempos de Felipe IV.

En resumen, la Iglesia de Sta. María y su área adyacente fue un cementerio medieval con, al menos, dos fases bien atestiguadas. La primera se puede situar entre los siglos IX y XI, y la segunda en el siglo XIV. En época moderna, parte del espacio se utilizó como osario quizá como consecuencia de las crisis y pestes de los siglos XVII y XVIII.

6. CONSIDERACION FINAL

Parece fuera de duda la importancia de la finca de Sta. María como asentamiento romano consolidado en el siglo II d. C. lo que ratifica el hallazgo del ara a los *Lares Viales.* Podríamos pensar que aquí estaría ubicada la *polis* citada por Ptolomeo en el siglo II con el nombre de *Lucus Asturum* (Ptolomeo, II, 6, 28). Su pervivencia se atestigua también por el texto tardío del Anónimo de Ravenna que la nombra como *mansio* itineraria en la ruta *Asturica Augusta-Lucus Augusti.* En este último caso y aunque la inscripción a los *Lares Viales* parece evidenciar la existencia de la *mansio,* ningún material arqueológico bajoimperial ha sido hallado todavía en el yacimiento de Sta. María, pero ello no implica que no exista.

El problema radica en que contamos con otros lugares de los entornos de Lugo de Llanera como el Canto de San Pedro y su área adyacente o la ería de La Castañera que también son candidatos a esta ubicación. Solo la continuidad de las excavaciones resolverá esta cuestión mediante un estudio global de los castros y los yacimientos de llanura (Cid y otros 1991).

La fase de ocupación medieval y moderna se documenta a través de la sucesión de necrópolis relacionadas con la iglesia de Sta. María que aparece ya citada en los textos del siglo X. En este caso también son muchos los datos que la arqueología tiene que ir aportando hasta logar una mejor definición de la civitas medieval.

BIBLIOGRAFIA

ARIAS, F., LE ROUX, P. y TRANOY, A. (1979): *Inscriptions romaines de la province de Lugo,* París.

BERMEJO, J. C. (1978): *La sociedad en la Galicia castreña,* Santiago de Compostela.

CID, R., FERNANDEZ OCHOA, C., GARCIA, P. y PEDREGAL, A. (1990): Lucus Asturum *y un ara inédita a los* Lares Viales *en Lugo de Llanera, Asturias,* Rev. Gallaecia (e. p.).

CID, R., FERNANDEZ OCHOA, C., GARCIA, P. y PEDREGAL, A. (1991): *Asentamiento romano y necrópolis medieval en Santa María de Lugo de Llanera.* Lugo de Llanera.

DIEGO SANTOS, F. (1985): *Epigrafía romana de Asturias,* Oviedo.

ESCORTELL, M. (1988): *Materiales romanos procedentes de* Lucus Asturum *de reciente ingreso en el Museo de Oviedo,* Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la U.A.M., nº 13-14, 1986-87, Madrid.

FERNANDEZ, A. (1983): *Cerámica romana,* Terra Sigillata, *en Lugo de Llanera,* I.D.E.A., nº 108, Oviedo.

FERNANDEZ OCHOA, C. (1980): *Notas sobre lucernas romanas de Asturias,* I.D.E.A., nº 99, Oviedo.

FERNANDEZ OCHOA, C. (1982): *Asturias en la época romana,* Madrid.

GONZALEZ, J. M. (1976): *Miscelánea histórica asturiana,* Oviedo.

GURT ESPARRAGUERA, J. M. (1985): Clunia *III. Hallazgos monetarios,* E.A.E., nº 145, Madrid.

GUTIERREZ, A. y BOHIGAS, R. (ed.) (1989): *La cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica,* León.

MANGAS, J. (1983): *Religión indígena y religión romana en Asturias durante el Imperio,* Oviedo.

MANZANARES, J. (1986): *Dos aras, una inédita a los* Lares Viales *en Tuña (Tineo, Asturias), Tabularium Artis Asturiensis,* Oviedo.

MAYET, F. (1984): *Les ceramiques sigillées hispaniques,* París.

MORILLO, A. (1991): *La tipología de las lucernas romanas. Cuestiones de nomenclatura,* Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la U.A.M., nº 16, 1989, Madrid.

PEDREGAL, A. (1981): *El culto a los* Lares *en Hispania,* Oviedo (tesis de licenciatura mecanografiada).

PORTELA, M. I. (1984): *Los dioses* Lares *en la Hispania romana, Lucentum,* III.

ROMERO CARNICERO, M.V. (1985): Numancia. *I. La* terra sigillata, E.A.E., nº 146, Madrid.

TRANOY, A. (1980): *Religion et société à* Bracara Augusta *(Braga) au Haut Empire,* Actas do Seminario de Arqueologia do Noroeste peninsular, Guimaraes.

INFORME PRELIMINAR SOBRE LAS EXCAVACIONES EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL DE LIÑO

Th. Hauschild

La Consejería de Cultura del Principado de Asturias ha iniciado un proyecto para investigar y restaurar la iglesia de San Miguel de Liño (Oviedo), levantada en tiempos del rey Ramiro I, de cuya investigación arqueológica se ha hecho cargo el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid. Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento al Sr. Fernández Bustillo, por haber tenido la gentileza de incluir nuestro Instituto en la serie de estudios especializados del monumento, a su vez que expresamos nuestra gratitud por la generosa ayuda que nos ha sido prestada en todo momento por parte de las autoridades encargadas del cuidado de los monumentos. Especial mención en este contexto merece el arquitecto Sr. Nanclares, que nos facilitó excelentes posibilidades de trabajo y cooperación, aparte de prestarnos su apoyo personal en la preparación y realización de los trabajos y durante la campaña de excavaciones.

La campaña de excavaciones comenzó el 14 de Agosto y terminó el 21 de Septiembre de 1989, siendo dirigida por Th. Hauschild y H. Ulreich. C. Basas se encargó de la clasificación de los hallazgos. Como colaboradores científicos participaron también S. Noack-Haley y A. Arbeiter. La documentación gráfica corrió a cargo de L. de Frutos, M. A. Negrete Martínez, J. Fernández y U. Städtler. C. García de Castro y E. Haley merecen nuestra sincera gratitud por su colaboración.

El programa de las investigaciones arqueológicas se estructura en tres puntos:

PLANO

A.—Excavaciones en la zona al este de la iglesia que aún está en pie, donde ya en excavaciones anteriores se habían hallado cimientos del edificio primitivo.

B.— Estudio de los cimientos del edificio por medio de sondeos a realizar en los lados exteriores y en el recinto interior.

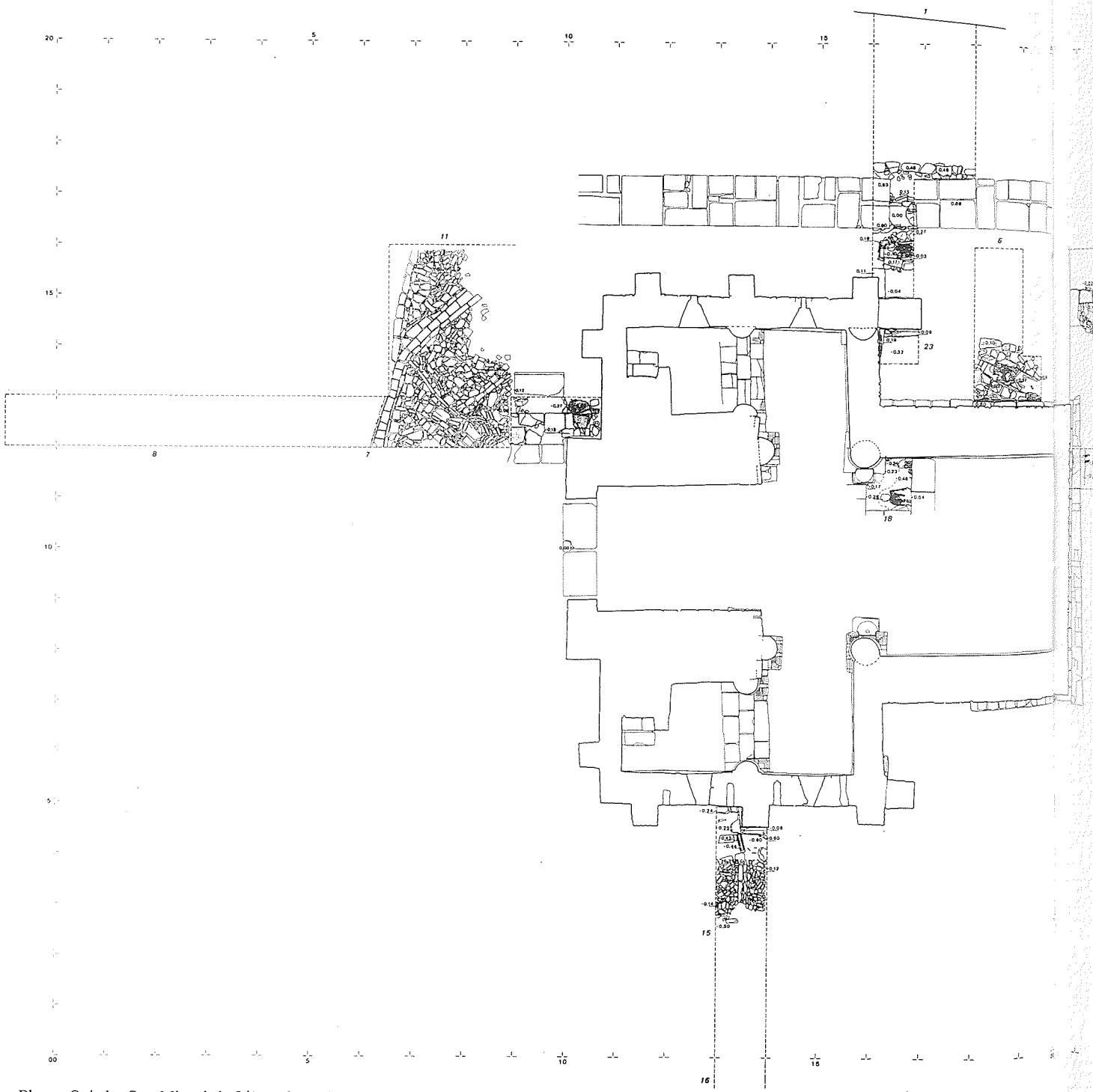
C.—Exploración de la zona adyacente a la iglesia mediante estrechas zanjas de sondeo.

A.—(Cortes 2-5. 10, 12, 13, 14, 21, 22, 24). Para explorar el sector al este de la iglesia se ha empleado en general un método consistente en varios cortes relativamente pequeños, de poca extensión y dejando estrechos testigos, con el fin de abarcar toda la diversidad de la situación arqueológica. Se sabía de antemano que iban a aparecer varias zanjas de excavaciones anteriores, de dimensiones irregulares, y concretamente no sólo aquellas que contenían restos de muros, dibujados en la planta de A. de Llano, sino también otras, pertenecientes a excavaciones poco o nada documentadas, sean las de J. Aguirre del año 1886 o aquellas de 1916, o también las que eran el resultado de un número no determinado de excavaciones incontroladas. Cuando J. Aguirre escribe que ellos cavaron hasta una profundidad de 4 metros, se podía estar seguro de encontrar en este punto rellenos modernos. Se supone también que los estratos arqueológicos fueron afectados por los trabajos de restauración iniciados ya en 1850.

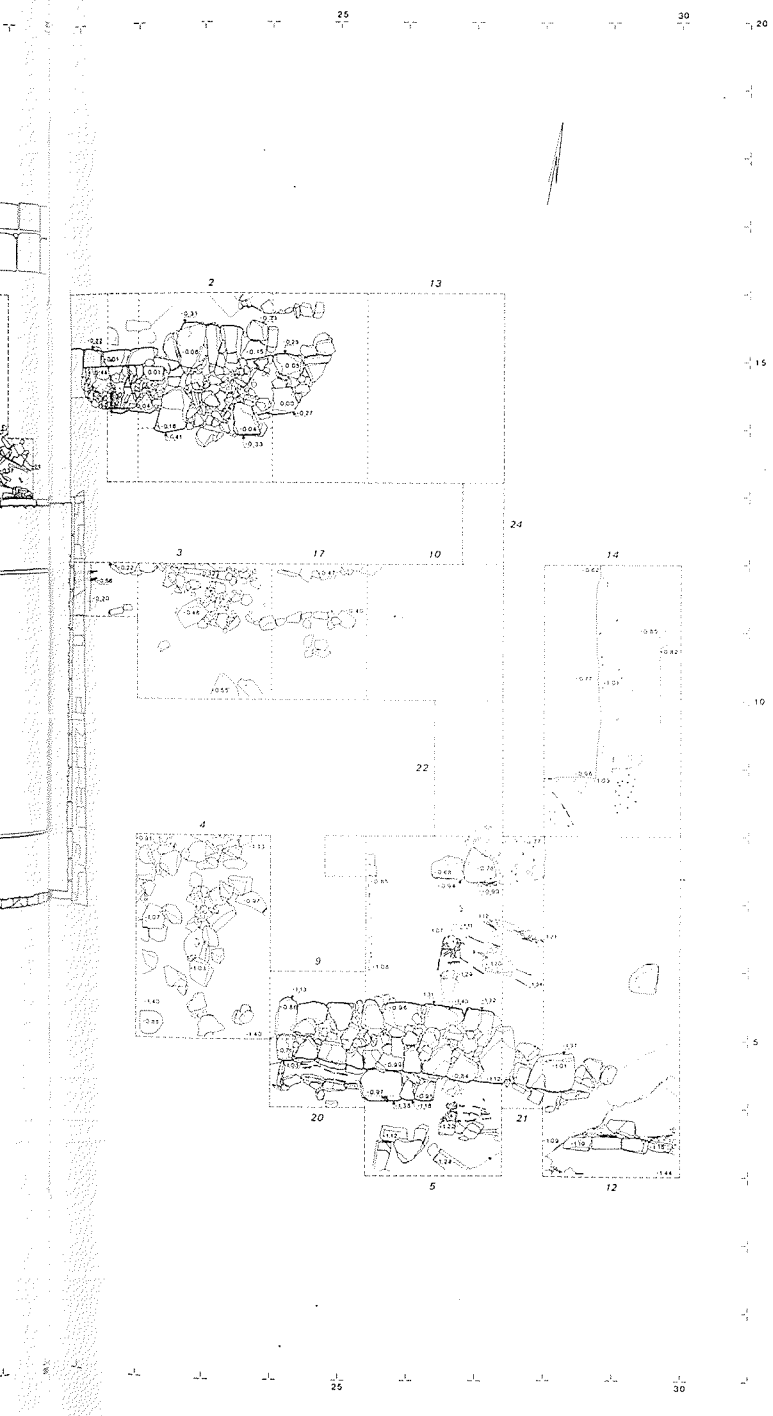
Al este de la iglesia, la zona entera se encontraba debajo de una carretera y cubierta de asfalto. Gracias al cierre de la carretera pudimos excavar los cortes de sondeo según el sistema mencionado. Estos trabajos dieron por resultado que debajo del asfalto había una capa de tierra casi estéril mezclada con muchas piedras, que servía de firme y



Fig. 1.—Oviedo, San Miguel de Liño, vista de los cimientos Norte desde Este



Plano: Oviedo, San Miguel de Liño, plano de las excavaciones efectuadas en 1989. (El umbral de la iglesia sirve como altura ± 0.00)



que, por su consistencia, se parecía mucho al suelo que afloraba en los alrededores; aquél había adquirido una alta resistencia debido a la presión de las máquinas. Ello tiene cierta importancia para la comprensión de la excavación en esta zona, pues no siempre resultó fácil determinar el límite inferior de dicha capa en aquellas zonas que ya anteriormente habían sido excavadas hasta el suelo virgen. En otros puntos, la capa cubre los restos de construcciones o modernas capas de relleno de catas de excavaciones anteriores. En el marco de este informe preliminar sólo queremos hacer mención de esta dificultad que se nos presentó a la hora de observar los estratos. La Memoria ofrecerá luego la presentación y evaluación de la problemática especial y de las condiciones de cada estrato.

La exploración del área A dió como primer resultado que del muro de la iglesia que se levanta sobre el cimiento, sólo (fig. 1) un corto trozo asoma en la parte norte del corte 2. El muro tiene un espesor de 0,63 metros y se compone de mampuestos unidos entre sí por mortero de cal y arena. La base de este muro está formada por un cimiento algo más ancho, compuesto por piedras de tamaño mayor, sin mortero. A. de Llano ya había realizado excavaciones en este punto e indicó en su plano publicado una base de contrafuerte, que sobresale de la línea de cimentación hacia el norte (exterior) y cuya existencia se pudo comprobar en las excavaciones recientes. Por suerte, en el lado norte del cimiento no se había profundizado más, de modo que pudimos comprobar la presencia de una capa de uniformidad llamativa, compuesta por tierra de consistencia arenosa y color amarillento. Esta capa se coloca, en el lado exterior norte, contra el borde superior del cimiento, por lo cual corresponde al horizonte de construcción, es decir, al nivel del suelo, desde el cual se profundizó la zanja de cimentación y a partir del cual se levantaban los muros de la iglesia. En la capa del nivel del suelo aparecen en general restos de los trabajos allí realizados, como por ejemplo trocitos de mortero y, en nuestro caso, desechos de la labra de los contrafuertes exteriores en forma de tierra amarillenta y pequeñas lascas de piedra. Si se comparan estas lascas con el material de los sillares de los contrafuertes que llevan las acanaladuras, se encuentra la confirmación de lo arriba supuesto. El estrato de tierra amarilla descansa directamente sobre el suelo virgen. Al proseguir la investigación en este punto llamó nuestra atención el hecho de que el fundamento se componía sólo de una única capa de piedras de tamaño mayor, colocadas en una zanja poco profunda. En el fondo habría que suponer que un edificio como éste, con sus bóvedas, requería unos cimientos más profundos. Ya A. de Llano describió esos cimientos, de tan poca profundidad.

(fig. 2) Si comparamos estos cimientos con otros hallados durante la excavación, sobre todo en el lado sur, salta a la vista que los bordes inferiores que normalmente suelen estar al mismo nivel, se encuentran más bajos en el sudeste, pendiente abajo. Pensamos que ello se explica por el hecho de que la iglesia fue construida en un terreno ligeramente inclinado, donde naturalmente se profundizaban las zanjas de cimentación, pero con la necesidad de levantar, en el terreno más bajo, una banqueta de cimentación, con objeto de conseguir que el nivel del suelo fuese igual en todas partes, como era lógico. Pero no sólo estos procesos puramente técnicos son reconocibles en los restos descubiertos, sino también la planta ofrece ahora una serie de datos precisos para el intento de reconstruir la parte oriental. Aparte del sector de cimentación con el contrafuerte, hallado en el lado sur, se encontraron en el suelo virgen, aquí compuesto por arena arcillosa, varias zanjas dispuestas en ángulo recto con respecto al eje longitudinal de la iglesia, y que muy probablemente representan las zanjas de cimentación vaciadas que corresponden a la cabecera recta y tripartita del coro. Pero en vista de que se trata solamente de las partes inferiores de las zanjas de cimentación, las medidas de la iglesia, por ejemplo su largo total, quedarán en todo caso aproximadas.



Fig. 2.—Oviedo, San Miguel de Liño, vista de los cimientos Sur desde Este

Muy interesante fue el hallazgo de esqueletos, colocados sobre el suelo virgen en una posición que sigue la inclinación del terreno, y que deben ser más antiguos que la iglesia. Sin embargo, no se trata de ningún modo de una necrópolis sino, al parecer, de una fosa común.

Cerca del muro del ábside más reciente de la iglesia se comprobó la existencia de una zanja profunda, que se introduce en el suelo virgen hasta mucha profundidad y que, por tanto, debe pertenecer a la excavación de Aguirre. Por su cercanía al cimiento del ábside no se la profundizó más.

Para la pregunta por el derrumbamiento de la iglesia es especialmente importante e interesante la observación del desplazamiento de los cimientos en la parte sur. En el fondo, un desplazamiento de esta índole puede tener su origen sólo en cambios geológicos.

B.—(Cortes 1, 7, 15, 18). En todos los lados de la iglesia se habían excavado estrechos sondeos con objeto de estudiar la clase de cimentación. El lado norte, vuelto hacia la pendiente, pareció ofrecer condiciones especialmente favorables, ya que aquí el nivel del suelo es unos 0,60 metros más alto que el del suelo en el interior de la iglesia; aparte se esperaba encontrar otras construcciones más. Se comprobó que a sólo pocos metros de distancia, el suelo virgen va subiendo al norte de la iglesia y que cerca del muro de ésta había instalaciones sepulcrales cuyos detalles serán explicados minuciosamente en la Memoria (corte 1A). Cerca del cimiento de la iglesia, el corte estrecho fue angostado (fig. 3) más aún para evitar cambios estáticos. En este punto, el contrafuerte carga sobre dos sillares superpuestos que sobresalen lateralmente debajo de él y hacen de cimiento. Muy similar al caso de los muros del área A se extiende, a la altura del cimiento, una capa de tierra amarillenta con lascas, que también aquí son, con toda seguridad, los restos de la labra del contrafuerte con acanaladuras. Se trata del horizonte constructivo que fue abierto para colocar el contrafuerte nuevo en el lugar donde la pared exterior de la iglesia se había venido abajo. Este contrafuerte, compuesto por material reutilizado, está cimentado a bastante mayor profundidad que el muro original, lo que motivó la desaparición de todos los restos de la cimentación antigua.

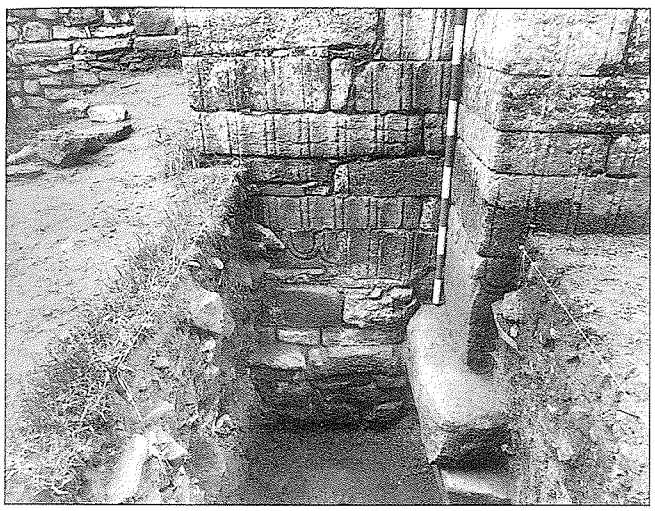


Fig. 3.—Oviedo, San Miguel de Liño, vista del corte n.º 1A delante de la fachada Norte

En el otro lado de la iglesia, al lado sur, se había abierto otro sondeo (corte 15), que confirmó el mismo sistema de cimentación: en el suelo virgen se ha hundido una hilera de sillares como cimiento del muro, algo más ancho que el muro que se eleva sobre él, mientras que el contrafuerte se apoya sobre dos hileras de sillares. En este sector, el suelo virgen tiene otra consistencia que el del lado norte, es decir que se compone de arena arcillosa compacta, parecida a la de la zona del ábside hundido. Al lado mismo del cimiento se encuentran dos tumbas de lajas en un nivel por debajo del cimiento, que aparte de la extracción del fragmento de relieve con una figura de sacerdote, quedó intacto para no poner en peligro su estabilidad.

Pegado al muro exterior occidental, en el sector norte al lado de la entrada, se abrió otro sondeo estrecho (corte 7). Este corte debía servir también para la exploración de la superficie que se extiende desde el oeste, delante del edificio, hasta la pendiente ascendente. Sin embargo, la investigación del muro de la iglesia no llegó más allá de su parte superior, ya que debajo de un paquete superficial de piedras pequeñas apareció una capa de placas de piedra caliza atravesada por una sepultura; posiblemente, esas placas constituyen el resto del antiguo pavimento delante de la entrada. Es de suponer que también aquí, el cimiento se compone sólo de una única hilera de sillares.

Aparte de esa exploración de los cimientos del lado exterior se llevó a cabo un sondeo en el interior de la iglesia, en la base de la columna nordeste (corte de sondeo 18). El resultado fue sorprendente, pues se comprobó que el sillar (fig. 4) de base, decorado con relieves, descansa directamente sobre el suelo virgen, que en este punto consiste de un conglomerado compacto de tierra y piedras, al igual que en el lado exterior norte. Por tanto, el peso de la alta columna de granito, del arco de los muros con toda su altura, y de las bóvedas descansa única y exclusivamente sobre la superficie cuadrada de la base de la columna, sin ningún cimiento más profundo. Al igual que en los lados exteriores, también aquí hay sepulturas de lajas que al lado mismo de la base han sido introducidas en niveles más profundos.

Finalmente se llevó a cabo un sondeo en el lado norte del ábside nuevo. En este lugar se encuentra una tumba construida de fragmentos de ladrillos y pequeños sillares de piedra caliza, cuya cabecera consiste en un nicho rectangular, como era frecuente en sepulturas medievales. El hecho de que se haya empleado material de construcción hace suponer que ya entonces, la iglesia estaba parcialmente destruida. Más adelante, la sepultura fue cortada o cubierta por los cimientos del nuevo ábside.

C.—La exploración del terreno al lado de la iglesia se efectuó por medio de estrechos cortes de sondeo (cortes 1, 7, 8, 15, 16). En el sector norte se comprobó, como ya mencionamos más arriba, que a pocos metros de distancia de la iglesia, la pendiente va subiendo, de modo que antiguamente hubo, sin duda, sólo un estrecho pasillo en-

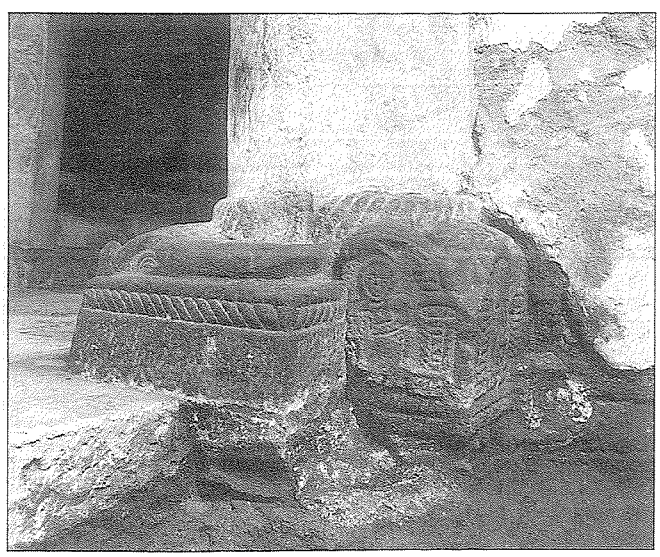


Fig. 4.—Oviedo, San Miguel de Liño, vista del corte n.º 18 en el interior de la iglesia

tre el muro de la iglesia y la pendiente ascendente. Según parece, el nuevo y alto muro de apoyo ha cambiado considerablemente la topografía antigua, de modo que ya no se puede reconocer por dónde pasaba el camino que aquí hubo.

En el lado occidental, el corte de sondeo largo (corte 7/8) detectó a aprox. 10 metros de distancia de la iglesia, un muro de contención de tierra. Al este, al lado mismo de este muro, los excavadores toparon con una zanja de por lo menos 2 metros de profundidad, cuyo fondo no se pudo alcanzar porque hubo peligro de que la tierra de relleno de las paredes del corte, muy suelta, se deslizase para abajo. El relleno de la zanja consistió en su mayoría de escombros de tejas, probablemente los restos de los trabajos de restauración efectuados en 1857; en aquella ocasión se uso también un adoquinado del que existen vestigios en el área noroeste, delante de la entrada de la iglesia.



Fig. 5.—Oviedo, San Miguel de Liño, vista del corte n.º 15 situado delante de la fachada Sur. 1.ª fase

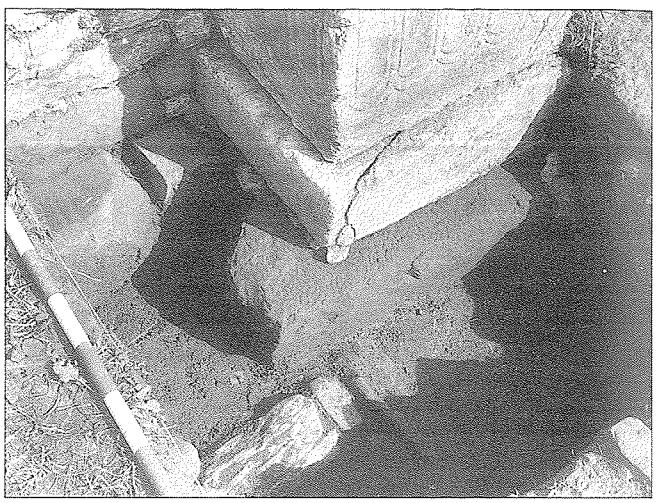


Fig. 6.—Oviedo, San Miguel de Liño, vista del corte n.º 15 situado delante de la fachada Sur. 2.ª fase.

También en el lado sur de la iglesia se abrió sólo un corte de sondeo relativamente estrecho (corte 15/16), cuyo final (figs. 5 y 6) sur coincide con el muro limitador de la carretera. Inmediatamente por debajo de la superficie se hallaron, repartidas por todo el corte, filas de pequeñas losas así como algunas piedras, que sin duda alguna pertenecían a sepulcros. Puesto que se descubre siempre sólo la parte superior de las tumbas y que su exploración sistemática requiere un área más ancha, de momento se documentaron esos restos en su estado actual, sin abrir los sepulcros. La tumba situada delante del muro sur de la iglesia está construida igualmente de lajas puestas de canto, una de las cuales, que formaba el lado estrecho, muestra un relieve con la representación (fig. 7) de un hombre apoyado en un bastón. Se trata de la parte superior de una barrotera vertical de cancel. Esta figura es idéntica a otras, guardadas en el Museo Arqueológico de Oviedo y que igualmente decoran otras barroteras de cancel. Es muy probable que ambas piezas pertenezcan al primer decorado de la iglesia, ya que el redondeado superior muestra acanaladuras parecidas a las de los contrafuertes.

En resumen se puede decir que la investigación arqueológica no ha encontrado hasta ahora construcciones más antiguas que los muros pertenecientes a la iglesia que aún está parcialmente en pie. En cuanto a la pregunta por el tipo de cimentación empleado en este edificio, las excavaciones dieron por resultado que los muros exteriores tienen cimientos de muy escasa profundidad, que en su ma-



Fig. 7.—Oviedo, San Miguel de Liño, relieve encontrado en el corte n.º 15.

yor parte consisten sólo de una hilera de sillares, y que en el interior, la columna estudiada incluso carecía de cimiento. En vista de que también los muros de Sta. María del Naranco muestran tan escasa profundidad en sus cimientos, hay que suponer que el arquitecto de Ramiro I tuvo gran confianza en la consistencia compacta y en la resistencia del solar.

Los cimientos y zanjas excavados sirven de base para el intento de realizar el dibujo de una reconstrucción hipotética de la iglesia, dibujo que atendiendo a todos los elementos será presentado en una publicación completa.

EXCAVACIONES ARQUEOLOGICAS EN EL CONJUNTO MONUMENTAL DE VALDEDIOS (VILLAVICIOSA). 1988-89

Otilia Requejo Pagés y Alberto Martínez Villa*. Montserrat Jiménez**

Con motivo del inicio de las obras de Restauración del Monasterio de Santa María de Valdediós, la Consejería de Cultura nos encargó el diseño de un programa de Actuación Arqueológica en Diciembre de 1988. Esta intervención debía supeditarse a las obras de infraestructura y saneamiento previstas en las distintas fases del Proyecto de Restauración elaborado por los arquitectos responsables (García-Pola, Marqués y Palacio).

Nuestra actuación se planificó por tanto en consonancia con la naturaleza de dichas obras y se materializó en tres tipos de intervención: Control y seguimiento de obras, Sondeos Arqueológicos y Excavación Arqueológica.

El trabajo de campo se realizó durante los meses de Enero a Junio de 1989 y fue posible gracias a la colaboración de los alumnos de la Escuela-Taller de Valdediós.

El equipo de trabajo estaba integrado por M. Jiménez, geóloga, y por L. Cabo y V. Rozas, responsables del estudio antropológico, bajo la supervisión del Dr. J. E. Egocheaga, de la Universidad de Oviedo.

I. LOCALIZACION Y PROCESOS GEOMORFOLOGICOS EN EL VALLE DE VALDEDIOS

El propósito de la colaboración Geología-Arqueología en el presente estudio es llegar a la reconstrucción de la evolución del medio geológico en que se enclava el conjunto monumental de Valdediós a lo largo de la historia del mismo, estableciendo la relación que ha existido entre éste y la actuación de los distintos agentes y procesos geomorfológicos a lo largo del tiempo. Por otra parte, se pretendía solucionar cualquier duda sobre la geometría, génesis y emplazamiento de los distintos restos encontrados en la excavación que tuviera una explicación de tipo geológico.

I.a. *Localización*

El valle de Valdediós se encuentra en el SW de la Cuenca de Villaviciosa, siendo recorrido por el arroyo que lleva su mismo nombre. Dicho arroyo discurre muy encajado —aprovechando una falla— a lo largo de su zona de cabecera, con una alta pendiente que disminuye progresivamente valle abajo hasta alcanzar la práctica horizontalidad en el área de ubicación del monasterio.

I.b. *Los procesos geomorfológicos y las formas de relieve.*

El sustrato geológico del valle se encuentra constituído por materiales mesozoicos, pertenecientes al Trias (lutitas con intercalaciones de margas) y al Jurásico (materiales calcáreos y conglomerados silíceos).

La observación actual del relieve del valle permite deducir que, al menos en las últimas etapas del Cuaternario, y, posiblemente en unas condiciones de clima templado-húmedo similiares a las ahora existentes, se ha dado en el valle la actuación de procesos kársticos, fluviales, torrenciales, y de gravedad, aunque es posible que la acción marina haya influido de algún modo en el modelado de la zona.

El Karst: Además de las formas kársticas (lapiaces, dolinas y uvalas), observados en la plataforma de Arbazal situada en la parte superior del cordal oriental del valle, hay que destacar la presencia de tobas calcáreas que aparecen en el fondo de éste y cuya génesis probablemente esté relacionada con una antigua zona de surgencia kástica. Estas tobas, como se verá más adelante, constituyen la base de la secuencia de la estratigrafía arqueológica.

Dinámica fluvial: El valle de Valdediós es un valle fluvial típico, con un perfil transversal en V y longitudinal con distintas rupturas de pendientes asociadas, probablemente, al continuo descenso del nivel de base del río.

Un elemento a destacar es la llanura aluvial, formada ya en la zona de cabecera, aguas arriba del Monasterio. Es frecuente la aparición de llanuras aluviales en puntos de la cabecera fluvial si han existido fenómenos de represamiento de la corriente de agua, que ha abandonado así su carga por disminución brusca de velocidad mientras erosionaba la barrera que la había detenido. En este caso, pueden haber actuado como presas naturales el gran movimiento en masa de la zona occidental del valle (hoy estabilizado) y los coluviones y conos de deyección de la zona oriental, aún activos en el presente. La acción barrera de ambos pudo influir en la génesis de la llanura aluvial aguas arriba, por obstrucción total o parcial del cauce, represamiento y depósito de los materiales que transportaba la corriente.

Dinámica torrencial: Los torrentes tributarios del valle principal llegan a desarrollar canales encajados con pendientes de hasta treinta grados, lo cual, unido a la extensión de sus cuencas de recepción, hace que el poder erosivo del agua que puede circular por ellos sea considerable.

Dinámica de ladera: Los procesos de deslizamiento y caída de rocas han tenido cierta intensidad durante el Cuaternario, como evidencia la presencia de lóbulos y cicatrices de movimientos en masa y de derrubios ordenados. Actualmente el proceso que actúa en las pendientes es el de reptación superficial (creep), manifestado por la aparición de abombamientos y ondulaciones en el terreno que dan lugar a la aparición de coluviones con material estratificado.

* Gabinete Arqueológico
** INDUROT

La Hidrología del valle: Un elemento fundamental para el establecimiento de un modelo global de la dinámica actual y reciente del valle es su funcionamiento hidrológico. Tres son los factores condicionantes de esta dinámica:

1.—La alta pluviosidad de la zona y la relativa frecuencia de aguaceros, factores decisivos en lo que respecta a un elemento muy importante en la dinámica actual del río: las avenidas, que modifican los procesos habituales de erosión, transporte y sedimentación del mismo.

2.—La morfología del valle: las altas pendientes del cauce, de las vertientes y de los torrentes tributarios, que favorecen los procesos de erosión y transporte.

3.—La presencia de un nivel acuífero, constituído por las calizas jurásicas, que se recarga rápidamente de agua de lluvia y, debido a su alta transmisividad, descarga gran parte de ella a los manantiales que alimentan los torrentes en los que nace el arroyo de Valdediós.

Todo ello conduce al establecimiento de un modelo de funcionamiento hidrológico torrencial de la cuenca: en épocas de aguaceros se llevaría a cabo una labor intensa de erosión en las vertientes del valle y transporte de material aguas abajo, hasta producirse el depósito en zonas favorables.

I.c. *Evolución morfológica del valle de Valdediós*

De acuerdo con las observaciones realizadas, y las consideraciones expuestas anteriormente sobre la geomorfología de la zona, se puede proponer el siguiente modelo de evolución morfológica y dinámica del valle:

Durante el Cuaternario, bajo condiciones típicas de un clima templado-húmedo y, probablemente, con algún episodio anterior más frío, el valle ha funcionado de acuerdo con una dinámica fluvio-torrencial, influída, además, por la presencia de un karst. Ello implica la acumulación rápida de agua en los cauces de los torrentes y, por tanto, en el arroyo principal, tras épocas de lluvias intensas —muy frecuentes en la zona— con la consiguiente erosión de las vertientes, arrastre y depósito de material para formar los conos torrenciales y la propia llanura aluvial del cauce principal. Además, simultáneamente a todos estos procesos, en la cuenca alta del río ha tenido lugar una intensa dinámica de laderas.

Actualmente funcionan los mecanismos de reptación superficial, que, junto con los fluviales, son los principales responsables de la dinámica actual del valle como quedó expresado anteriormente y en la que han infludio e influyen las distintas edificaciones existentes, como se verá a continuación.

I.d. *El papel del conjunto Monumental en la dinámica morfológica del valle*

Un elemento fundamental en la comprensión del papel desempeñado por las distintas construcciones en la dinámica del valle es la llanura aluvial del mismo, ya que en los distintos niveles de depósito que la componen queda registrada parte de la historia cuaternaria más reciente de la zona.

La observación directa de los niveles (afectados por los procesos antrópicos) fue accesible a través de las catas arqueológicas. Se ha efectuado un estudio estratigráfico con obtención de tres colúmnas representativas que han permitido la identificación de procesos kársticos, en la génesis del sustrato de la llanura aluvial, así como la alternancia de procesos fluviales, torrenciales, edáficos y antrópicos en la génesis del resto de los niveles que se pueden identificar en ella. La influencia antrópica se manifiesta sobre todo en el área situada al Norte del Monasterio, siendo escasa o nula en la Sur, zona en la que se han identificado sobre todo niveles de acumulación de cantos y arcillas que pueden corresponder a fases de depósito de materiales fluviales.

La construcción del Monasterio y de edificaciones anteriores, supuso dos hechos fundamentales que explican su influencia en la dinámica natural del valle: uno de ellos es el desvío y la canalización del arroyo a lo largo de unos 500 m. en la ladera oriental del valle, evitando así que discurriera por el fondo del mismo, y dando lugar, por tanto, al abandono de su cauce y de la llanura aluvial, hoy colonizada por vegetación herbácea y una aliseda. El segundo hecho viene derivado de la propia ubicación del Monasterio en el centro de la llanura aluvial, ocupando el lugar que el río utilizaba anteriormente en su curso. De este modo, la dinámica natural del río se ve modificada ya que, ante los frecuentes fenómenos de avenida, el agua rebasa el borde occidental del canal y se precipita ladera abajo hasta ocupar la zona baja del valle y discurrir a favor de la pendiente longitudinal del mismo, hasta el momento en que encuentra a su paso el muro sur del Monasterio, que actúa como muro de contención. Así se produce el represamiento de la corriente, con disminución súbita de velocidad aguas arriba del edificio, inundación del entorno del mismo y depósito de materiales.

Por tanto, la adición del Monasterio a la cuenca supone la presencia de una importante barrera frente a los procesos periódicos de avenida y desbordamiento del río, generando una zona de depósitos muy importante aguas arriba del edificio y otras, aunque de menor importancia, en las inmediaciones del mismo (Norte). El nivel alacanzado por las aguas, así como la cantidad del material que trans-

porten dependerán, entre otros factores, del caudal del río.

De estas épocas de avenidas y de sus efectos, existen registros históricos como es el caso de las de 1691, 1951 y 1983. Algunos de estos fenómenos se han detectado en el registro estratigráfico de la excavación de San Salvador, como es el caso del n. II base y del n. IV.

II. ACTUACION ARQUEOLOGICA

Como ya señalamos, nuestra intervención se planificó en función de la naturaleza de las obras previstas en el Proyecto de Restauración y al interés de las zonas que iban a verse afectadas por las mismas. Mientras que en unos sectores fue únicamente necesario llevar a cabo el control y seguimiento de las obras (Patio de Servicios, Primer tramo de la red de saneamiento 1) o se plantearon sondeos arqueológicos aislados (perímetro del convento cisterciense y camino sur de acceso al monasterio), en otras zonas la naturaleza de los restos arqueológicos documentados en los sondeos, aconsejaron la realización de una excavación arqueológica de cierta extensión (lado Norte de la Iglesia de Sta. María y sector Noreste de San Salvador).

II.a. *Santa María*

La intervención arquitectónica preveía la instalación de una red de drenaje que implicaba la excavación de una zanja perimetral en torno al recinto conventual.

Mientras que en los sectores Sur, Este y Oeste fue suficiente la realización de sondeos arqueológicos puntuales, en el muro Norte de la Iglesia de Sta. María (construcción más antigua del conjunto monástico) se planteó la necesidad de realizar una excavación arqueológica de cierta extensión. El interés de los restos documentados provocó la apertura de varias catas arqueológicas que sobrepasaban el área que iba a verse afectada por el drenaje. Ello se justifica por la necesidad de clarificar y solucionar algunas incógnitas que se plantearon a partir de los sondeos iniciales.

La información arqueológica obtenida a partir de la excavación en este sector resultó de sumo interés:

Se localizó en varios tramos, la cimentación de un potente muro paralelo a Sta. María, que podría identificarse con un Pórtico que incluiría en su extremo Este una "capilla" (esquina crucero-nave lateral). De ésta se conservan visibles, los arranques de la bóveda —ligeramente apuntada— y una línea de imposta, ambas embebidas en el lienzo norte de Santa María. La excavación permitió documentar el suelo de este aposento que estaba constituido por un pavimento de cal, grijo, arenas y fragmentos de teja, asentado sobre un lecho de cantos y piedras de mediano y gran tamaño. El espacio interior (4x4,5 m.) estaba delimitado por una línea de sillares que presentaban en una de sus caras varias molduras cuyo diseño decorativo era idéntico al de la línea de imposta antes mencionada. Además, las piezas ofrecían una ligera curvatura por lo que pudiera tratarse de piezas reaprovechadas de un nervio de bóveda (son similares a las del interior de la iglesia).

En cuanto al material arqueológico documentado hay que destacar —frente al escasísimo número de fragmentos cerámicos— dos fustes de arenisca, uno de sección circular y otro octogonal (posiblemente parte de la fábrica del pórtico), y un importante volúmen de restos óseos (humanos y animales) en una bolsada que rompe el pavimento en el extremo Este de la capilla.

II.b. *San Salvador*

El Proyecto de Restauración contemplaba la total renovación del sistema de conducción de aguas residuales, compuesto por dos líneas de evacuación (una de las cuales discurría por detrás de San Salvador), así como la instalación de una estación depuradora.

Ante la indefinición sobre el trazado de la conducción n. 2 y los problemas sobre el definitivo emplazamiento de la depuradora, nuestro trabajo se centró en el área afectada por la conducción n. 1 que discurría paralela al río Asta desde las secretas de Sta. María hasta el muro de cierre de la finca conventual, afectando el entorno del templo prerrománico.

Nuestra primera actuación fue la de proceder a la limpieza y estudio de los cortes estratigráficos de una serie de calicatas (un total de 10) abiertas por la Escuela-Taller en 1987 para localizar precisamente el trazado de esta conducción. Su estudio proporcionó datos de interés en algunos sectores y a partir de él se establecieron distintos planes de intervención arqueológica.

Mientras que en el primer tramo de la conducción 1 (desde las "Secretas" de Sta. María hasta el "Conventín") se realizó únicamente control y seguimiento del vaciado manual de la zanja de la tubería, en el segundo tramo (que afectaba al entorno del templo prerrománico de San Salvador) se planteó la necesidad de realizar una excavación arqueológica de cierta extensión que permitió sacar a la luz un pequeño sector de la necrópolis de San Salvador y parte de una construcción altomedieval en relación con el templo.

III. ESTRATIGRAFIA:

I. Capa edáfica superficial.

II. Nivel de matriz arcillosa (llega a ser del 40%) de tonalidad pardo-oscura. Presenta un espesor de unos 30 cms. Engloba cantos de distintos tamaños, fragmentos de tejas,

argamasa, etc. Este nivel representa la zona de interacción de los procesos tanto fluviales (río principal) como torrenciales (torrentes de la ladera oriental), con los de arroyada. Su estructura y composición se encuentran íntimamente relacionadas con las disntias fases de construcción del monasterio y con la acción de removilización antrópica. Esto hace que no se conserve ninguna de las estructuras sedimentarias típicas de un sistema fluvial. No obstante, la presencia de fragmentos de argamasa redondeados y concentrados especialmente en la base del nivel (IIb), indica que hubo una época de erosión y transporte por agua simultáneamente. Este nivel se extiende por toda la superficie excavada y está fechado en su base, en el siglo XV por una moneda de Alfonso V de Portugal.

III. Nivel negro de matriz terrosa muy suelta, con gran contenido de materia orgánica y abundantes restos de cerámica y de fauna. Se extiende por todo el perímetro de la estructura y en la zona de la necrópolis aparece de manera intermitente y con menor potencia. Podría tratarse de un antiguo suelo en el caso de la zona de la necrópolis, aunque en el sector de la estructura parece tratarse de una zona donde alternativamente se fueron acumulando y quemando residuos sólidos. Este nivel "sellaba" el derrumbe de la estructura. Fechado entre los siglos XII-XIII.

IV. Capa de arcillas rojizas con cantos orientados de distinta naturaleza y unos 20 cms. de espesor. Este material pudo haber sido transportado en forma de flujo denso y su origen estaría en los depósitos torrenciales de los arroyos del cordal oriental del valle. Apareció muy localizado, entre el extremo Norte de la necrópolis y el muro Sur de la estructura altomedieval contra el que se apoya y al que se superpone en algunos puntos. Prácticamente estéril.

V. Estructura altomedieval en relación con S. Salvador: VA-Nivel de derrumbe de la estructura: s. X-XI. Abundantes piedras de todos los tamaños, tejas, ladrillos, argamasa. Importantes restos cerámicos y de comida. Aparece roto por una tumba de lajas (n. 22) fechada por una moneda en el primer cuarto del s. XII.

Vb. Nivel de ocupación de la estructura: s. IX-X.

VI. Arcillas producto de la descalcificación de la toba. Estéril.

VII. Toba calcárea.

I.b-1 *Necrópolis de San Salvador*

Los trabajos de excavación se adaptaron y estuvieron subordinados al trazado de la tubería: la apertura de las distintas catas arqueológicas estuvo condicionada y justificada por la información obtenida de la secuencia estratigráfica de los cortes de la zanja a medida que ésta se iba vaciando. Se establecieron un total de 4 cuadrículas que documentaron un pequeño sector de la necrópolis medieval de San Salvador.

La instalación de la citada tubería (hace unos 40 años), sin ningún tipo de control arqueológico, afectó irremediablemente el yacimiento seccionando un total de 16 tumbas así como un potente muro perteneciente a la estructura antes aludida.

Se documentaron 22 enterramientos —tres de ellos infantiles— de los cuales únicamente dos estaban intactos (n. 13 y 22), cinco habían quedado en parte bajo el murete y la acera de enguijarrado que circunda la Iglesia y el resto aparecieron seccionados o seriamente dañados por la tubería.

La tipología de los enterramientos se reducirá a tres variantes:

—Tumbas excavadas en la toba de base
—Tumbas de lajas
—Tumbas de fosa simple excavadas en tierra.

Se han establecido tres fases de enterramientos atendiendo a su posición estratigráfica y a su tipología.

a) A la primera fase de enterramientos corresponderían las tumbas excavadas en toba (1, 2, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 15 y 17). La planta de las tumbas es ovalada o rectangular aunque sin llegar a ser la típica tumba de "bañera": los enterramientos aquí estudiados son más anchos y poco profundos a pesar de ser la toba una roca blanda y fácilmente excavable (varios se excavaron sobre un nivel de toba removida, alterada y compactada: 15 y 17).

Algunos presentan una o dos lajas hincadas delimitando la fosa (5, 6, 7, 8, 9, 11 y 15) por los que habría que considerarlos "mixtos". Ello podría tener dos tipos de explicación cronológica y funcional (una no descarta la otra). En el primer caso habría que interpretar estas tumbas como un estadio evolutivo intermedio y así se entiende en la necrópolis de Santa Creu dels Joglars (Padilla 1982:171). En el segundo caso las lajas serían únicamente elementos utilizados para reforzar y remarcar el perímetro de la tumba como ocurre en la necrópolis de L'Esquerda (Ollich i Castaner 1982:137 y 145). Consideramos que esta es la lectura que debe hacerse de los ejemplos de Valdediós aunque en cualquier caso lo que interesa es constatar como se combinan y coexisten en Asturias ambas tipologías (tumbas de lajas y excavadas en roca).

Generalmente no presentan cubierta (15 y 18) y únicamente uno de los enterramientos infantiles (10) presenta incipiente cabecera antropomorfa, semicircular, ligeramente peraltada. Se orientan en la misma dirección que el templo (NO-SE) con ligeras variaciones (230-250). Los cuerpos se disponían en posición decúbito supino, con la ca-

beza mirando hacia Levante y los brazos, bien estirados a lo largo del cuerpo —la mayoría—, bien doblados con las manos apoyadas sobre el vientre.

Organización del espacio: la distribución de los enterramientos evidencia una organización del ámbito sepulcral en torno a un espacio sagrado —el Templo—, y un crecimiento en extensión. Las tumbas se disponen en hileras consecutivas, no muy regulares y más o menos paralelas al testero de la Iglesia. Mayoritariamente se yuxtaponen en el espacio y se van extendiendo de Este a Oeste y de Norte a Sur, disminuyendo la densidad a medida que nos alejamos del Templo: el excesivo crecimiento de la necrópolis implica, a la larga, un distanciamiento de los enterramientos del núcleo sacralizador y ello provoca las superposiciones y reaprovechamientos en un intento de aproximarse nuevamente al nucleo sagrado (es el caso de las tumbas 4, 6 y 8).

Parece haber una clara intencionalidad en la agrupación o asociación de determinados enterramientos como es el caso de las tumbas 15 y 17 que comparten prácticamente la misma fosa o las tumbas 2, 3 y 5 en el que dos adultos parecen escoltar un enteramiento infantil al igual que en el caso de las tumbas 10 y 11. Podría suponerse —y así lo parece avalar el estudio antropológico de los restos— que se tratase de grupos familiares que buscasen un espacio funerario común. Agrupaciones familiares de este tipo se han constatado en Santa Margarida de Martorell (Barcelona) (Navarro y Mauri 1987: 577-579) y, en Asturias, en San Salvador de Cornellana (Martínez Villa y otros 1989).

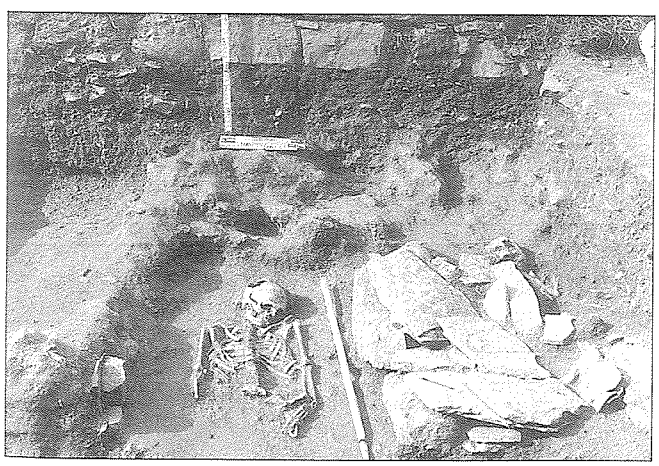


Fig. 1.—Detalle Necrópolis: Tumbas 4, 6, 6bis y 7. Las tumbas de lajas (6bis y 7) se superponen a las tumbas de la 1.ª fase excavadas en la toba (4 y 6)

Seguramente contaron con algún tipo de señalización exterior (laja sobresaliente, poste de madera o estela) que no se ha conservado.

Los enterramientos carecen de ajuar y únicamente se ha constatado en una tumba (15) la colocación de una concha de ostra en la boca del difunto y la presencia de carboncillos.

Esta primera fase de enterramientos correspondería a los siglos X y XI.

b) Segunda fase: a este segundo momento pertenecen las tumbas de lajas (6 bis, 7, 12, 13, 14, 16, 19 y 22). Se documentan en menor número y aparecen de forma más dispersa. Puede ser que el número de enterramientos decreciera en torno a San Salvador cuando éste pasa a depender directamente de Sta. María, aunque también pudo desarrollarse esta fase en otra zona de la necrópolis no explorada por nosotros. Hay que tener en cuenta también la proximidad de las Iglesias de Puelles (s. XII) y San Zadornín (s. X) que serían utilizadas por las poblaciones cercanas como lugar de enterramiento.

Las tumbas de lajas se documentan estratigráficamente por encima de las de la primera fase, superponiéndose a ellas en algunos casos (6 bis y 7). Las tumbas 14, 16, 18 y 22 están cubiertas por el nivel III (formado con posterioridad al primer cuarto del siglo XII) y serían las más antiguas de este grupo. Cronológicamente les seguirían las tumbas 6 bis, 7, 12 y 13 que rompen los niveles III y IV y están cubiertas todas ellas por el nivel II (fechado el subnivel inferior en el siglo XV por una moneda de Alfonso V de Portugal). La cronología de esta fase de enterramientos habría que situarla entre los siglos XI-XII y XIV. La orientación de los enterramientos es similar a los de la primera fase aunque en este momento no se manifiesta una organización del espacio tan clara como en el caso anterior, aunque si se observan agrupaciones y relaciones entre distintas tumbas (6b, 7 y 22).

La posición del cadaver es decúbito supino, con los brazos estirados o doblados con las manos sobre el vientre, indistintamente.

Los enterramientos más interesantes son el 6 bis y el 22. El primero (seccionado por la tubería a la altura de la cadera) presenta una estructura constructiva más compleja y perfecta que las otras tumbas de lajas. Está ejecutado con grandes lajas de caliza, con orejetas y almohadilla de piedra y en su interior aparecieron carboncillos. Presentaba un canalillo excavado en la parte superior que la unía a otro enterramiento afectado por la excavación de la zanja de la tubería y del que únicamente se conserva el testigo de la sección de la cabecera en el corte de la zanja. Ambos orientados en dirección a San Salvador (SW-NE).

Sobre la cabecera de la tumba 22 apareció un dinero de Alfonso I de Aragón que fecha el enterramiento en el primer cuarto del siglo XII.

c) Tercera fase: Se trata de un único enterramiento (20) de fosa simple excavada en tierra que correspondería a un fenómeno aislado, residual y de uso tardío de la necrópolis.

En este sentido hay que tener en cuenta la consagración, a principios de s. XIII, de la Iglesia de Sta. María que podría haber generado nuevos espacios de enterramiento en relación con el monasterio ciesterciense.

El estudio de las necrópolis plantea a menudo complejos problemas cronológico-estratigráficos y tipológicos, especialmente en Asturias donde apenas contamos con excavaciones, aunque en los últimos años (desde 1986) se han realizado varios trabajos, la mayoría desgraciadamente sin publicar. Las posiciones de los autores que han tratado el tema han sido variadas y en ocasiones dispares. A nuestro entender se ha adolecido de la generalización de esquemas y modelos regionales de zonas donde la investigación estaba más desarrollada (Cataluña, Aragón, norte del Duero) y su aplicación (quizá con excesiva rigidez) a otras zonas donde los estudios eran aún incipientes (sur del Duero, Meseta Sur). Dos autores han prestado especial atención a este tema y en buena medida han orientado los estudios y trabajos posteriores: A. del Castillo y M. Ríu (junto con su equipo de la Universidad de Barcelona). El primero, basándose en el estudio de necrópolis catalanas y del norte de Castilla (Duruelo, Santa Creu de Jutglar, Revenga, Cuyacabras, etc.) observó cómo los cementerios medievales comenzaban con tumbas olerdolanas (s. IX-X) que estarían relacionadas, en Castilla, con templos y despoblados mozárabes. A fines del siglo XI serían sustituídas por tumbas de lajas que desaparecerían hacia el siglo XIII ante la aparición de los sarcófagos (Castillo 1970 y 1977). M. Ríu y su equipo (en buena parte deudores de A. del Castillo) siguen, en gran medida, los estudios de éste (Ríu 1982:38-40). Las primeras tumbas, con un origen en formas visigodas, serían las sepulturas de planta oval y antropomorfas (s. IX-X), cronología que también propugnan Bolós y Pagés para las necrópolis catalanas (1982:80). Les seguirían las tumbas de lajas o de cista de losas que irían evolucionando con el tiempo: de planta ovalada (s. IX-X), de sección triangular (fin s. XI), de planta cuadrada con lajas gruesas (fin s. XII-XIII), de planta trapezoidal con lajas finas (mitad s. XII). Suelen presentar una cabecera con orejetas, dintel o arco enmarcando el craneo.

En el caso de las tumbas "olerdolanas" es importante citar una reciente sistematización realizada por J. Andrio Gonzalo (1987: 275-276) que periodiza los distintos tipos: de bañera (s. VIII-IX), con encaje de cabeza redondeado (s. IX-X), nichos y encaje de cabeza trapezoidal, herradura o cuadrangular (s. X-XI).

El esquema tradicional no parece cambiar sustancialmente, aunque sí sufre una flexibilización (mayor duración cronológica de los tipos y pervivencias más acusadas), a partir de los datos aportados por las excavaciones llevadas a cabo a finales de los años 70 y principios de los 80, especialmente en el valle del Duero. Es el caso de Tiermes, Soria (Argente Oliver y otros 1980 y 1984); los Centenales de Benigiles, Zamora (Val Recio 1986); Vega de Pedraza, Segovia (Izquierdo Bertiz 1977); Duruelo de la Sierra, Soria (Golvano Herrero 1973) etc. Estas excavaciones han venido a demostrar que el esquema establecido por A. del Castillo es aún válido para regiones como Castilla, Rioja, Aragón o Cataluña. De Castilla tal vez habría que exceptuar las estribaciones sureñas de la Cordillera Cantábrica. En este territorio las tumbas excavadas en roca y las sepulturas de lajas debieron ser utilizadas como formas habituales de enterramiento por las comunidades repobladoras de los siglos IX y X, perdurando hasta el siglo XI (Bohigas 1986: 36).

Cuando se analiza la región cantábrica (Asturias y Cantabria) la sucesión de tipos hasta ahora descrita cambia sustancialmente: tanto los estudios de R. Bohigas (1986) como los de García Guinea (1979) o los de Van Eynde Ceruti (1985), así como los resultados de algunas de nuestras excavaciones en la región (inéditas), muestran un desarrollo de los enterramientos de lajas desde épocas tempranas (s. VIII) y durante toda la Edad Media. Las necrópolis olerdolanas son prácticamente inexistentes en Asturias (Claustro de la Catedral de Oviedo) y escasas en Cantabria donde se concentran en torno al valle del Ebro, generalmente asociadas a iglesias rupestres. Para R. Bohigas este fenómeno podría estar relacionado con núcleos de repoblación (Bohigas y otros 1989a: 279). Parece tratarse de un fenómeno transcantábrico que llega muy débilmente a esta región desde el sur (posiblemente por influencias mozárabes o de repoblación) durante los siglos X-XI y que convive con otro tipo de inhumaciones (tumbas de lajas) de mayor implantación y posiblemente con un origen autóctono.

En el caso de San Salvador de Valdedios, el conjunto de enterramientos estudiados permite diferenciar dos fases claras en la necrópolis: la primera, correspondiente a los siglos X-XI, estaría representada por las tumbas excavadas en la toba de base. Se trata de fosas simples excavadas en la roca tobácea algunas de las cuales presentan una o varias lajas y que *sensu estricto* no pueden considerarse tipológicamente tumbas olerdolanas, a excepción de la número 10 que presenta incipiente cabecera antropomorfa. Consideramos que estos enterramientos deben interpretarse

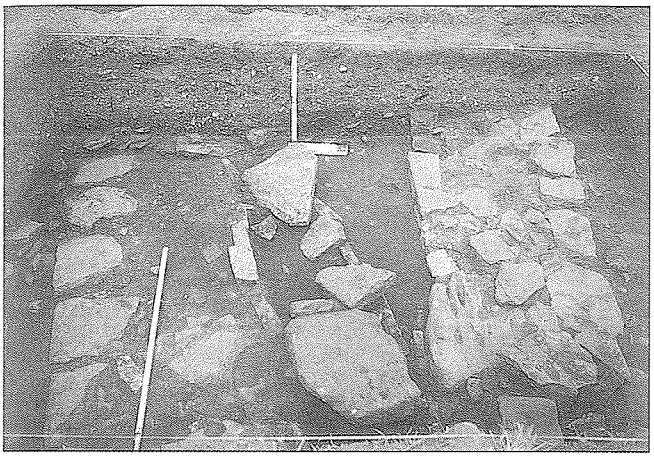


Fig. 2.—Estructura altomedieval en relación con San Salvador: A la izquierda (Sur), el potente muro de la estructura; al Norte el canal y entre ambos la tumba n. 22 que rompe el nivel de derrumbe y el enlosado

como el reflejo de esas influencias mozárabes o de repoblación a las que aludíamos más arriba (presentes por otra parte en la Iglesia de San Salvador): serían el eco o el reflejo de los modelos que se están utilizando en la Meseta en estos momentos (s. X-XI) sin olvidar el tradicional uso de la tumba de lajas (que en Asturias se constata desde el s. VIII) como lo evidencia el carácter mixto (combinación de lajas y fosa excavada en toba) de algunos enterramientos.

A la segunda fase corresponden las tumbas de lajas entre las que hay que destacar la tumba 22, de planta aproximadamente rectangular, almohadilla de arcilla y orejetas (fechada por una moneda a principios del s. XII) y la tumba 6bis, también de planta rectangular, con gruesas lajas y orejetas. Esta fase se desarrollaría entre los gilos XII y XIV.

II.b-2 *Estructura Altomedieval en relación con San Salvador*

En el extremo de la tubería más próximo al muro de cierre de la finca monástica al vaciar la zanja aparecieron varios bloques de piedra caliza de gran tamaño y fragmentos de cráneo. La limpieza y regularización de los cortes en este punto evidenció la existencia de un potente muro (0,90 m.) que había sido seccionado por la excavación de la zanja del colector.

En el corte Este se podía ver un enterramiento encajado sobre la cimentación del muro cuyo cráneo había sido cortado al hacer la trinchera. En el lado Oeste, además del muro apareció la sección de una canaleta y de otra tumba.

Estas evidencias motivaron la apertura de dos catas a ambos lados de la trinchera con el fin de documentar la excavación de la zanja de cimentación del muro e intentar determinar la cronología de esta estructura.

Cata 1 (3,5x2,5): (lado oeste de la zanja)

La excavación documentó una estructura de gran interés. Aparecía la cimentación del muro cuya sección se veía en la trinchera, dispuesto en dirección Este-Oeste y con un ancho de 1 metro aproximadamente. Intramuros (al norte), un pavimento de grandes losas de piedra caliza y una canalización de sección rectangular (ancho: 20,5 cms., profundidad 14 cms.). Entre el muro y esta canaleta (sector 3) se había excavado una tumba de lajas (n. 22) que rompía el nivel de derrumbe y el enlosado y se encajaba en el muro a la altura de la cabecera, formando un ángulo de unos 45'. La tumba estaba orientada en dirección a San Salvador y sobre ella se había excavado un canalillo (entre 10 y 15 cms. de ancho) que apenas afectó al enterramiento: únicamente el húmero izquierdo, parte del cráneo y algunas vértebras y costillas que fueron desplazadas. A la altura del pecho se colocaron dos tégulas —con la pestaña hacia abajo— encajadas en la arcilla en forma de V y con pendiente hacia el NE. En la cabecera y pies de la tumba se habían dispuesto dos grandes bloques de piedra caliza. Sobre la tumba se encontró un dinero de Alfonso I de Aragón que fecha el enterramiento en el primer cuarto del s. XII.

El canalillo estaba colmatado por un nivel de tierra negra, muy suelta, con abundantes restos cerámicos y de comida (ostras, mejillones, jabalí, etc.). Este nivel negro (III) se extendía por todo el sector intramuros de la estructura "sellando" el nivel de derrumbe (Va) de la misma.

Excavado éste apareció el pavimento de la estructura compuesto por grandes losas de piedra caliza (Vb).

Cata 2 (corte Este de la zanja)

La apertura de este sondeo (1,5x2) estuvo motivada por la aparición, al limpiar el corte Este de la zanja, de una tumba de lajas encajada en la cimentación del muro (19). Por desgracia el craneo había sido seccionado por la tubería 6 y el sector Este de la cuadrícula estaba cortado por una fosa rellena de escombros modernos, fosa que también había afectado parte del muro.

IV. ESTUDIO DE LOS MATERIALES

Material Cerámico

Del material cerámico estudiado podemos concluir una serie de datos sumamente interesantes. En primer lugar, decir que se trata de uno de los raros casos en Asturias en que se documenta una secuencia cerámica con estratigrafía clara y que permite datar los materiales con bastante precisión. Hasta ahora los estudios cerámicos de época tardorromana y altomedieval en nuestra región debían remitirse necesariamente a su análisis comparativo con yacimientos de la Meseta y Cantabria que contaban con cronologías más o menos claras y, sobre todo, a los trabajos de E. Olávarri en la Catedral de Oviedo. No se han eludido en este estudio las comparaciones y paralelismos con otras zonas, muy al contrario, han contribuido a reafirmar nuestras conclusiones.

La mayor parte del material cerámico corresponde a la estructura altomedieval localizada en la zona Norte del "Conventín" donde se ha documentado una estratigrafía con tres niveles que han proporcionado grupos cerámicos perfectamente individualizados. La necrópolis sin embargo ofreció muy poco material pero muy representativo, lo que ha permitido relacionar ambos sectores (necrópolis-estructura), así como establecer y/o reafirmar conclusiones acerca de la secuencia estratigráfica de los distintos enterramientos.

Se han individualizado tres grupos cerámicos, cada uno de ellos representativo de un nivel.

Grupo 1 (nivel III): Cerámica basta, dura y de sonido metálico (s. XII-XIII).

Grupo 2 (nivel Va): Cerámica medieval paralelizable con el Grupo 2 de Raíces y B de San Pelayo, establecidos por M. Encinas (s. X-XI).

Grupo 3 (nivel Vb): Cerámicas grises altomedievales estriadas y peinadas, en relación con las llamadas cerámicas "de Repoblación" (s. IX-X).

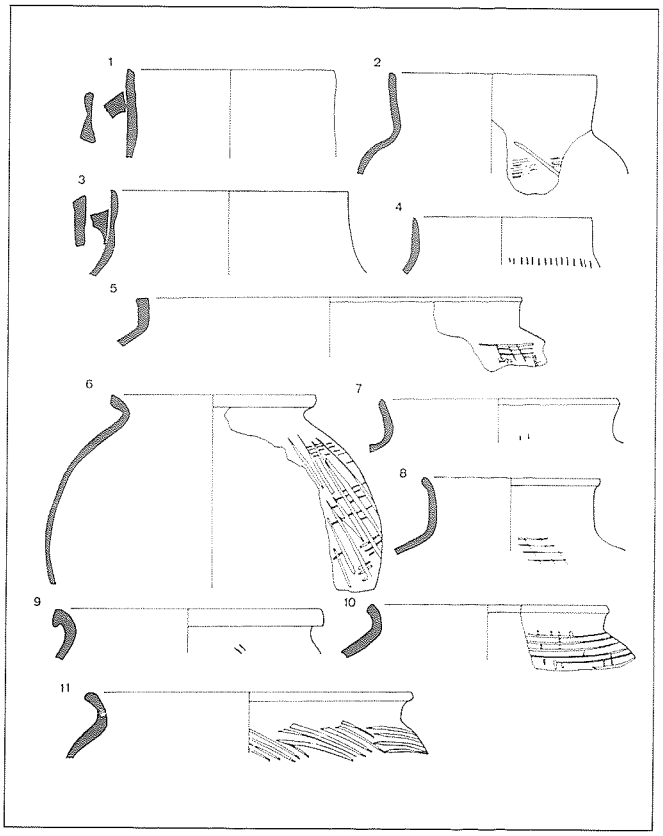
Grupo 1: El grupo representativo de este nivel (III) supone casi el 70% del conjunto del material cerámico y lo hemos individualizado bajo el epígrafe de "cerámicas bastas, duras y de sonido metálico": se trata de piezas efectuadas a torneta, de calidad regular, rugosas al tacto, con desgrasante cuarcítico medio y/o grosero, por lo general abundante, y en algunos casos también finas partículas micáceas y blanquecinas. Las cocciones son reductoras, con postcocciones reductoras, oxidantes o incompletamente oxidantes, regulares por lo general. Las tonalidades no son uniformes —consecuencia de la regular cocción— y dominan los tonos rojizos, violáceos y amoratados que en algunos casos recuerdan brillos y tonos metálicos.

Del análisis formal se deduce el dominio de un tipo muy concreto de vasija: se trata de jarras de cuello cilíndrico, labio vertical o ligerísimamente exvasado y de perfil redondeado, hombro marcado y base plana, ligeramente cóncava. Algunos ejemplares conservan en el cuello el arranque de un asa de sección irregular, aproximadamente rectangular (Lám. I: 1, 2 y 3).

En las piezas decoradas los motivos se localizan en el arranque de la panza y son muy simples y reiterativos: líneas incisas verticales, horizontales u oblicuas.

Cronología: el nivel III está datado entre la segunda mitad del s. XII y el s. XIII. Esta cronología coincide con la propuesta para ejemplares muy similares de León y Zamora (Gutiérrez y Beneítez 1989: 215-216, fig. VIII y Larrén 1989: 274, Fig. V-1).

Grupo 2: El conjunto cerámico característico del nivel de derrumbe de la estructura (Va), con un 62% sobre el



Lám. I.—Grupo I: 1, 2, 3; Grupo II: 4, 5; Grupo III: 6 a 11

total, está constituido por un lote de cerámicas paralelizable con el grupo 2 definido por M. Encinas para la cerámica del Peñón de Raíces (Encinas 1986: 316-317 y 324-325) y el grupo B del Monasterio de San Pelayo (Encinas 1987: 387-389), cerámicas que él considera "prerrománicas por excelencia" y que data en torno al siglo X.

Son piezas de pastas duras, con desgrasante cuarcítico y arenoso de pequeño tamaño, ejecutadas a torneta. Cocciones regulares, reductoras o incompletamente oxidantes. Son formas cerradas: ollas con cuellos cortos, verticales y labios redondeados o rectos, hombro marcado y arranque de galbo globular, donde se localiza la decoración (incisa "a peine"). Los motivos decorativos son líneas incisas verticales cortadas horizontalmente por otras formando retícula o bien bandas de líneas incisas verticales combinadas con bandas o trazos horizontales sin formar retícula (Lám. I: 4 y 5).

En este mismo nivel (Va) se documentó también un pequeño lote de cerámicas grises y ocres (similares a las del nivel Vb, sobre las que hablaremos más adelante al definir el Grupo 3) entre las que hay que destacar dos fondos de base marcados con cruces, una de ellas inscrita en un círculo, que en León y Cantabria se datan en el siglo XI (Gutiérrez y Benéitez 1989: 232 y Peñil y otros 1986: 368).

Grupo 3: Está integrado por las cerámicas del nivel de ocupación de la estructura (Vb) a las que hemos agrupado bajo el epígrafe de "cerámicas grises altomedievales con decoración estriada y peinada". Se trata de piezas de pastas blandas por lo general (aunque hay un pequeño número de pastas duras), con desgrasante cuarcítico de pequeño tamaño y finas partículas micáceas. Ejecutadas a torneta y con dominio de la cocción reductora, aunque deficiente en la mayoría de los casos. Formalmente domina la olla con dos tipos claramente diferenciados:

A—Olla de cuello corto, borde exvasado o ligeramente exvasado, apenas diferenciado, labio redondeado, en ocasiones ligeramente engrosado y galbo globular, en ocasiones totalmente decorado y con bases planas o ligeramente cóncavas (Lám. I: 6, 9, 10, 11).

B—Olla de cuello largo, vertical, con labio redondeado o aproximadamente triangular, con arranque de galbo curvo o globular y decorado y bases planas o ligeramente cóncavas (Lám. I: 7 y 8).

La decoración se localiza en el arranque del galbo o cubriendo toda su superficie y la técnica empleada es la incisión a peine.

—Líneas horizontales, verticales u oblicuas aisladas.

—Líneas horizontales, verticales u oblicuas entrecruzadas formando retícula.

—Bandas de líneas onduladas formando meandros.

Estas cerámicas deben ponerse en relación con las llamadas "cerámicas de repoblación" en Cantabria y la Meseta Norte (Bohigas y otros 1989 b: 126), término acuñado por M.A. García Guinea hace más de veinte años (García Guinea 1966: 415-418). El Grupo 3 de Valdediós refleja un ambiente muy próximo al de El Castellar, fechado entre los siglos IX y X (G. Guinea y otros 1963: 28, Lam. IX-X y fig. 17 y 25), y se relacionaría también con las cerámicas del Area IV —zona sur— de Monte Cildá, datadas en los s. VIII-X (García Guinea y otros 1966: 30, Lam. XV-XVII y fig. 17). En el caso asturiano se observa un dominio de la incisión a peine sobre el estriado, siendo características las bandas de ondas incisas y las líneas o bandas de líneas entrecruzadas formando retícula.

La retícula incisa asociada a torneta y cocción reductora se venía situando en los siglos XI y XII (VVAA 1989: 308). Para el caso de Asturias habría que retrasar esa cronología a los siglos IX, X.

Hay que tener también en cuenta que estas cerámicas del grupo 3 aparecieron asociadas a las tumbas de la primera fase de la necrópolis, datada entre los s. X-XI.

Por su textura y calidad, muchas de las piezas de este grupo 3 recuerdan a las sigillatas grises tardías (T.S.H.T.I.P.) de las "villae" de Beloño y Paraxuga (Requejo 1989) (Carrocera y Requejo 1990) aunque tanto formal como decorativamente (técnica y motivos) se alejan de ellas. Podrían interpretarse como una evolución o derivación de aquéllas, preludiando en su temática y técnicas decorativas las cerámicas plenomedievales.

V. CONCLUSIONES

La actuación arqueológica (1.ª Fase) realizada en el conjunto monumental de Valdediós ha aportado importante información no sólo arqueológica, sino también sobre los procesos geomorfológicos relacionados con aquél y con los principios sedimentarios de parte del yacimiento arqueológico.

Es de destacar, por lo novedoso de los datos aportados, la excavación arqueológica en el entorno de San Salvador, donde se ha podido documentar parte de una edificación altomedieval tal vez relacionada con el templo. Sobre la naturaleza y extensión de la misma no se puede, por el momento, afirmar nada concluyente dada la poca superficie excavada por lo que habrá que esperar a futuros trabajos (2 Fase). Por el momento se puede establecer el periodo de construcción y uso que estaría situado entre los s. IX-X, fechándose su derrumbe en algún momento del s. XI.

Este nivel de derrumbe aparece roto por una tumba de lajas fechada en el primer cuarto del s. XII, muy interesante puesto que está relacionada con otra tumba dispuesta en la misma dirección a sus pies y sobre las que se ha excavado un canalillo que discurre en dirección SW-NE, de S. Salvador al río Asta. Por último cabría señalar que la estructura se extiende hacia el oeste y norte, fuera ya de la finca monástica.

En torno a la iglesia de San Salvador y a partir de su consagración a finales del s. X, fue desarrollándose una necrópolis de la que fue excavada una parte en el transcurso de estos trabajos. Esta necrópolis presentaba dos fases de uso (establecidas estratigráfica y tipológicamente): la primera, más intensa al menos en el sector excavado por nosotros, formada por tumbas excavadas en rocas (alguna con cabecera antropomorfa) comenzaría en el s. X y se extendería durante el s. XI. La segunda estaría comprendida entre los siglos XII-XIV y la constituirían enterramientos de lajas que incorporarían en los momentos finales cabeceras con orejetas y almohadillas pétreas.

Del estudio del material cerámico se han establecido conclusiones sumamente interesantes, definiéndose tres grupos cerámicos perfectamente individualizados y en relación estratigráfica, algo poco frecuente en nuestra región donde los estudios cerámicos se refieren en la mayoría de los casos a materiales descontextualizados y sin base estratigráfica.

Finalmente, la excavación en Santa María permitió identificar la existencia de un pórtico abierto, adosado al muro Norte de la iglesia y que contenía, en su extremo Este, una capilla cubierta con bóveda apuntada.

BIBLIOGRAFIA

ANDRIO GONZALO, J. (1987): *Formas de enterramientos medievales en los valles del Ebro y Duero* II CAME. Madrid, T. III, pp. 274-286.

ARGENTE OLIVER, L. y otros (1980): TIERMES I E.A.E.

ARGENTE OLIVER, L. y otros (1984): TIERMES II E.A.E. Ministerio de Cultura, Madrid.

BOHIGAS, R. y otros (1986): *El despoblado y la necrópolis medievales de Campo La Puerta (Las Henestrosas, Cantabria).* I CAME, Huesca 1985, T. IV, pp. 473-484.

BOHIGAS, R. y otros (1989a): *Cuevas artificiales de Valdebredible, Santander.* SAUTUOLA III. Santander, pp. 279-294.

BOHIGAS, R. y otros (1989b): *Las cerámicas medievales no esmaltadas en las provincias de Cantabria, Palencia y Burgos.* La Cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la P.I. Universidad de León, pp. 113-154.

BOLOS, J. y PAGES, M. (1982): *Les sepultures excavades a la roca.* Necrópolis y sepultures medievals de Catalunya. ACTA MEDIAEVALIA. Annex 1. Barcelona, pp. 59-103.

CARROCERA, E. y REQUEJO, O. (1990): *Producciones cerámicas tardías en castros y villas asturianas.* Boletín de la Sociedad Española de Arqueología Medieval. Madrid, pp. 21-30.

CASTILLO, A. DEL (1970): *Cronología de las tumbas llamadas olerdolanas.* XI CNA. Madrid 1968, pp. 835-845.

CASTILLO, A. DEL (1977): *Las necrópolis en covachos artificiales del monasterio de Suso, pervivencia del sistema de enterramiento eremítico.* XIII CNA. Zaragoza 1975, pp. 969-978.

ENCINAS, M. (1986): *La cerámica medieval en fortalezas y castillos asturianos (Peñón de Raíces y Castillo de Tudela).* BIDEA. Oviedo, pp. 307-328.

ENCINAS, M. (1987): *Cerámicas medievales del monasterio de San Pelayo, Oviedo.* II CAME. Madrid 1987. T. III, pp. 386-392.

GARCIA GUINEA, M.A. (1966): *Sobre cerámicas altomedievales de la Meseta Norte y Cantabria* IX CNA. Valladolid 1955. pp. 415-418.

GARCIA GUINEA, M.A. y otros (1963): *El Castellar (Villajimena, Palencia).* E.A.E. 22, 1963.

GARCIA GUINEA, M.A. y otros (1966): *Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia).* E.A.E. 61.

GARCIA GUINEA, M.A. y otros (1973): *Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia).* E.A.E. 82.

GARCIA GUINEA, M.A. (1979): *El Románico en Santander.*

GOLVANO HERRERO, M.A. (1973): *Avance sobre la necrópolis de Duruelo de la Sierra.* XII CNA. Zaragoza 1971, pp. 809-812.

GUTIERREZ, J.A. y BENEITEZ, C.: *La cerámica medieval en León.* La Cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la P.I. Universidad de León, pp. 211-260.

IZQUIERDO BERTIZ, J.M. (1977): *La necrópolis medieval de la Vega de Pedraza (Segovia).* XIV CNA, pp. 1241-1246.

LARREN, H. (1989): *Notas sobre cerámica medieval de la provincia de Zamora.* La Cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la P.I. Universidad de León, pp. 261-284.

NAVARRO, R. y MAURI, A. (1987): *La secuencia estratigráfica de la necrópolis de Sta. Margarida, Martorell (Barcelona).* II C.A.M.E. Madrid 1987. T. III, pp. 570-580.

MARTINEZ VILLA, A. y REQUEJO, O. (1986): *Aproximación cronológica de una serie de hallazgos cerámicos medievales en Asturias.* I C.A.M.E. Huesca 1985. T. V., pp. 333-345.

MARTINEZ VILLA, A. y otros (Gabinete Arqueológico) (1989): *Excavaciones y trabajos arqueológicos en el Monasterio de San Salvador de Cornellana.* Consejería de Educación, Cultura y Deportes, Informe inédito. Oviedo.

OLLICH, I.: *Tipología de les tombes de la necrópolis medieval de l'Esquerda (Osona).* Necrópolis y sepultures medievals de Catalunya. ACTA MEDIAEVALIA. Annex 1. Barcelona, 105-153.

PADILLA, J.I.: *La necrópolis de Sta. Creu de Joglars (Osona).* Necrópolis y sepultures medievals de Catalunya. ACTA MEDIAEVALIA. Annex 1. Barcelona, pp. 155-176.

PEÑIL, J. y otros (1986): *Presentación de los materiales cerámicos procedentes de algunos yacimientos medievales inéditos de Cantabria.* I C.A.M.E. Huesca 1985, pp. 363-383.

REQUEJO, O. (1989): *Cerámicas tardorromanas de la "villa"* de Murias de Paraxuga (Oviedo). III C.A.M.E. Oviedo (En prensa).

RIU, M. (1982): *Alguns costums funeraris de L'Edat Mitjana a Catalunya.* Necrópolis y sepultures medievals de Catalunya. ACTA MEDIAEVALIA. Annex 1. Barcelona, pp. 29-57.

VAL RECIO, J.M. DEL (1986): *La necrópolis medieval de los Centenales, Benigiles (Zamora).* NAH 27, pp. 369-381.

VAN EYNDE CERUTI, E. (1985): *Las necrópolis de tumbas de lajas. La Epoca de Repoblación.* Historia de Cantabria. Santander, pp. 289-347.

VVAA (1989): *La Cerámica Medieval en el Norte y Noroeste de la P.I.* Universidad de León.

INDICE DE ABREVIATURAS:

B.I.D.E.A.: Boletín del Instituto de Estudios Asturianos.
C.A.M.E.: Congreso de Arqueología Medieval Española.
C.N.A.: Congreso Nacional de Arqueología.
E.A.E.: Excavaciones Arqueológicas en España.
N.A.H.: Noticiario Arqueológico Hispano.

Oviedo, 1990

INFORME EXCAVACIONES EN SANTIANES DE PRAVIA

Francisco Javier Fernández Conde, Gabino Arcadio Alonso Alonso, José Jorge Argüello Menéndez

En Septiembre de 1987 el grupo de Arqueología Medieval dirigido por el profesor F.J. Fernández Conde, inició una serie de trabajos arqueológicos en la comarca de Pravia, propiciados por tres estudios del propio Fernández Conde y M.C. Santos del Valle, sobre la historia y las fuentes relativas a la Corte de Pravia.

A lo largo de 3 años fueron realizadas diversas campañas en la zona: en el Castru Doña Paya, en la Llera —un despoblado altomedieval de tradición tardo-romana— y en la Iglesia de Santianes.

La Iglesia de Santianes reviste un especial interés por ser un eslabón fundamental entre las iglesias visigodas y las prerrománicas. Este carácter de edificio de época de transición aparece aun con mayor claridad por los elementos encontrados al ser restaurada, a fondo, hace unos años. Con todo, la fábrica de Santianes, tal como hoy se puede analizar y estudiar, tiene algunos problemas estructurales no resueltos, relacionados, sobre todo, con la forma primitiva y las dimensiones del ábside y presbiterio. Con el objeto de clarificar estos puntos oscuros se ha llevado a cabo la excavación del área correspondiente a la Sacristía Norte, donde se conocía la existencia de una necrópolis medieval. Aquí pretendemos dar cuenta de esa excavación.

Los trabajos realizados en la Sacristía Norte de Santianes de Pravia han proporcionado una compleja combinación de estructuras murarias y funerarias. Las lamentables circunstancias en que se hallaba esta dependencia, determinadas por las labores allí realizadas, de las que no tenemos constancia de ningún tipo de resultado, gráfico o escrito, publicado o inédito, condicionaron enormemente tanto el trabajo a realizar, más de acopio y rescate de documentación que de excavación propiamente dicha.

Por lo que a los muros respecta, desgraciadamente perdidas la mayor parte de sus relaciones estratigráficas, prácticamente exentos sobre la roca madre y parcialmente destruidos en algunos casos, no hemos podido más que intentar clasificarlos, documentarlos e interpretarlos con las mencionadas limitaciones resultantes de tener que registrar lo que perdura tras actuaciones sin método en lugar de lo que se excava.

El actual recinto, esencialmente rectangular, está constituido por los muros M-1, M-2, M-3 y M-4 (Oeste, Norte, Este y Sur respectivamente). Ahora bien, tanto el lienzo Oeste, como el Sur, es decir, los que generan la esquina más próxima a la supuesta planta original presentan cierta complejidad en su sustentación. El M-1 se asienta sobre el $M\text{-}1_3$, y el M-4 sobre dos fábricas distintas, de arriba a abajo, $M\text{-}4_2$ y $M\text{-}4_3$.

Otros dos muros, M-5 y M-6, perpendiculares a los lienzos Sur y Oeste —de donde parten siempre las adiciones constructivas de este sector—, respectivamente, recorren parte de la superficie de la actual sacristía. Sus similares cartacterísticas establecen una estrecha relación entre ambos, a propósito del momento de su construcción y destrucción:

—Su fábrica es semejante.
—Ambos se superponen a enterramientos del nivel B.
—Se hallan desmontados en altura a una cota parecida, próxima también a la del $M\text{-}4_2$.
—Los dos muros habían sido destruidos también en parte de su desarrollo longitudinal.

Igualmente se pueden establecer relaciones en cuanto a sus orientaciones que resultan perfectamente perpendiculares entre sí. Sus desarrollos longitudinales conformaban por tanto una esquina, hoy destruida, a la que se adosaría el pavimento de cantos rodados conservado en el ángulo SE. del interior de la actual sacristía —lógicamente un espacio exterior a la cabecera de la iglesia en su momento— y que aún conserva en su planta el recuerdo de la escuadra definida por M-5 y M-6.

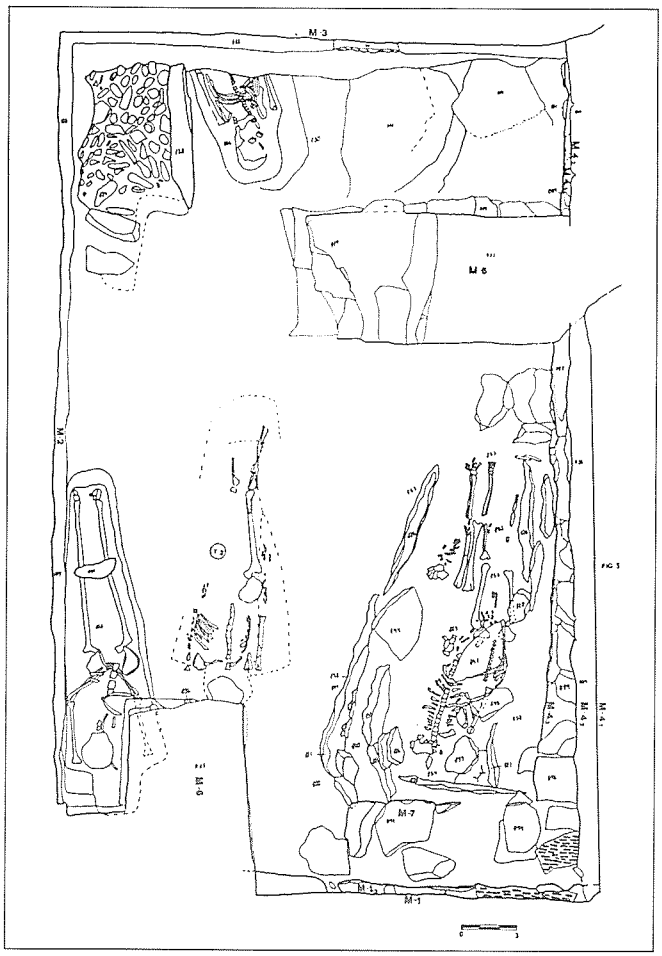
La función de estos dos muros, relativamente clara también, sería la de crear una angosta dependencia de escasamente 6 m.^{2} al Norte de la cabecera de Santianes, quizá como primitiva sacristía.

Una última estructura muraria, M-7, o más bien los restos de ella se dispone paralela al $M\text{-}1_3$ y presenta en planta una cierta relación con el $M\text{-}4_3$. Para precisar su función necesitaríamos ampliar el área de trabajo al otro lado del M-1.

La referida relación de unidades estratigráficas verticales, si bien no resuelve todos los problemas planteados ante la necesidad de ampliar el área de excavación, clarifica al menos, en buena medida, la complejidad de fases constructivas y remodeladoras que experimentó la Iglesia de Santianes.

Los trabajos realizados en la Sacristía Norte con anterioridad a nuestra toma de contacto con Santianes causó igualmente una pérdida de información irrecuperable entre las estructuras funerarias existentes, al haberse convertido éstas, tras el vaciado del recinto, prácticamente, en la superficie que ejercía de suelo al comenzar la excavación.

Por suerte, alguna de las tumbas pertenecientes al nivel de enterramientos más antiguo se encontraba ligeramente a mayor profundidad que el resto, permitiendo así un registro documental más completo, mientras que otros enterramientos se hallaban en gran parte destruidos, perdurando únicamente indicios de su existencia, y desaparecidas la totalidad de las cubiertas en función de la intensa actividad constructiva y funeraria desarrollada en este sector de la iglesia.



Santianes. Sacristía Norte: niveles A, B

Atribuimos los enterramientos de la Sacristía Norte a dos niveles establecidos en virtud de su situación estratigráfica y características formales: el más reciente o nivel A de tumbas construidas con lajas y otro, cronológicamente anterior, nivel B de tumbas únicamente excavadas.

El nivel A consta en la Sacristía Norte de una única tumba de lajas calizas, T-1. Su estado de conservación, pésimo, con la cubierta y parte de la planta destruidas, no impide apreciar que debió de estar dotada de cierta monumentalidad.

Algunas peculiaridades que la alejan de la tumba de lajas característica, de tendencia al paralelepípedo de base rectangular, como pueden ser su planta de hexágono irregular, alargado, la doble línea de lajas laterales en el tercio superior de la tumba, una gran laja de cierre y otras tres a modo de orejeras —2 al N. y 1 al S.— en la cabecera, y, en general, sus grandes dimensiones, sobre todo en anchura (110 cm.) parecen corroborar esa sensación monumental. A ello hemos de añadir que su interior albergaba, casi visibles al nivel de vaciado en que se encontraba la sacristía, 3 esqueletos sin los revueltos óseos característicos de las reutilizaciones funerarias. Dos pertenecen a personas adultas y el tercero es un esqueleto infantil situado junto al fémur izquierdo del cuerpo que ocupa la franja central de la tumba.

Sobre las partes que faltan en la estructura funeraria: la mitad superior del costado Sur, el cierre a los pies y la cubierta, poco se puede decir. Probablemente las dos lajas halladas sobre uno de los esqueletos formaron parte del costado meridional destruido. También se puede aventurar la existencia de una cubierta pétrea ante la menor altura de las lajas que forman la línea interior de costado y que determinan respecto de la alineación exterior un encaje ligeramente irregular.

Por otra parte, cuando la tumba T-1 coincide en el espacio con enterramientos del nivel B los destruye, como veremos, lo que demuestra su carácter más reciente.

El nivel B de enterramientos se distribuye por toda la superficie de la actual Sacristía Norte y, obviamente, ha de prolongarse más allá de sus recientes muros. En el interior de la sacristía han aparecido 5 enterramientos atribuibles a este nivel funerario: uno relativamente bien conservado, dos parcialmente destruidos y otros dos de los que apenas conservamos una mínima parte del esqueleto.

Esencialmente el nivel B consiste en tumbas excavadas en la roca (en algunos casos solamente perdura la base del enterramiento tallada sobre la roca) sin ningún tipo de construcción. Ignoramos si a la tierra que las sellaba acompañaba algún otro tipo de cubierta. Sus plantas varían desde la tumba con forma de bañera a la planta claramente antropomorfa, únicos dos tipos detectados con nitidez.

Cuando las relaciones estratigráficas lo permiten se constata la preexistencia de las tumbas del nivel B respecto a las otras estructuras funerarias y murarias. Así, la T-1 del nivel A destruyó casi al completo los enterramientos E-9 y E-10 del nivel B. El muro M-6 se prolongaba por encima de la T-3 y la T-2 provocando en esta última el prensado del esqueleto contra el fondo de la tumba. Igualmente los muros M-5 y M-3 destruyen parcialmente la T-5. Así pues, todas las tumbas unicamente excavadas, sin construcción alguna, —lo que hemos denominado nivel B— presentan una coherencia estratigráfica en cuanto a su mayor antiguedad.

Para acabar sería conveniente, realizar una breve reseña de la tumba T-3, motivada por el desconocimiento que existe respecto a las tumbas antropomorfas vaciadas en roca entre las necrópolis asturianas excavadas con un método plenamente científico. Al menos desde principios de siglo ya se conoce su presencia en el área geográfica astur, pero únicamente a través de lacónicas noticias procedentes de excavaciones de dudosa cientificidad.

La ubicación de la T-3 coincide con la esquina NO. de la actual sacristía —parte de su costado Sur hubo de ser incomodamente excavado bajo el M-6—. Orientada como el resto de los enterramientos de su nivel hacia el Este —la tumba T-1 del nivel A tiene una orientación ligeramente distinta—, lo más destacable es su cabecera antropomorfa perfectamente reflejada en planta. Se compone la referida parte de la tumba de un hueco destinado a la cabeza, de forma cuadrangular, ligeramente abierto hacia el cuello, y de una transición hacia los costados marcando una silueta de hombros suavemente caidos y redondeados. El desarrollo del resto de la planta es el acostumbrado: costados estrechándose simétricamente hacia los pies, donde el cierre se efectua redondeando los ángulos.

El esqueleto que albergaba presenta la frecuente disposición de "decúbito supino" y manos sobre el pubis aunque con interesantes peculiaridades, propias unas, y otras provocadas por las remodelaciones posteriores que sufrió la iglesia, que esperamos detallar próximamente con mayor amplitud de espacio del que sugiere este breve informe.

Resumiendo consideramos doblemente productivos los trabajos realizados en la Sacristía Norte de Santianes. Por una parte, en virtud de la riqueza de estructuras que en tan reducido espacio —poco menos de 15 m.^{2}—, aclaran, en parte, el proceso funerario, constructivo y remodelador de la iglesia. De cualquier manera, algunos problemas planteados tienen una difícil solución que pasa inexcusablemente por una importante ampliación del área de actuación. Por otro lado, con motivo del simple registro de una información arqueológica que se encontraba en un proceso de degradación y pérdida progresivo e irremisible.

EXCAVACIONES EN EL YACIMIENTO ARQUEOLOGICO DE VALDEDIOS (VILLAVICIOSA)*

Francisco Javier Fernández Conde, Gabino Arcadio Alonso Alonso

Además de la significación histórica, artística y simbólica que para el concejo de Villaviciosa y para toda Asturias representa el valle de Valdediós, refrendada por sus dos joyas arquitectónicas, San Salvador y Santa María, prerrománico y románico en perfecta simbiosis, debemos en esta ocasión poner de manifiesto el enorme interés arqueológico que dicho lugar encierra.

Ambas edificaciones, el conocimiento de la existencia de una necrópolis medieval en torno al Conventín, la hipotética presencia de estructuras arquitectónicas vinculadas a la pequeña iglesia prerrománica, bien palacio de Alfonso III, bien centro monástico, constituyen alicientes más que suficientes para alentar unas intensas exploraciones arqueológicas. Pero si a esto añadimos una continuada presencia humana, claramente secuenciada, al menos desde épocas propiamente históricas, a través de la vecina villa romana de Puelles aparecida en 1928, la construcción de la iglesia prerrománica en el siglo IX y el asentamiento de la comunidad cisterciense en torno al siglo XIII, podemos considerar la estación arqueológica de Valdediós como un espacio verdaderamente privilegiado.

Desde 1986 un equipo de licenciados y estudiantes de la Universidad de Oviedo dirigido por J. Fernández Conde, profesor del Area de Conocimiento de Historia Medieval, realiza trabajos arqueológicos en Valdediós. La labor se ha condensado desde entonces en 5 campañas de desigual duración: Sept.-86, Julio-87, Sept.-87, Julio-88 y Julio-89. La primera de ellas, especialmente corta, se dedicó fundamentalmente a labores prospectivas: se cubrió todo el espacio con el método de prospección de electrorresistencias, se realizó el plano topográfico de la estación y llevó a cabo un registro toponímico de la zona. Las restantes campañas se dedicaron a la efectiva excavación arqueológica. En este sentido la interesantísima labor que aún nos resta es abundante y esperamos continuarla en años venideros.

Nos hallamos pues, ante una magnífica ocasión para sacar a la luz un primer balance general de los resultados obtenidos que ya se han ido formalizando en comunicaciones presentadas por miembros del equipo investigador en el III Congreso de Arqueología Medieval celebrado en Oviedo y cuyas actas se hallan en proceso de publicación. Trataremos en las próximas líneas de englobar estos estudios parciales dentro de una síntesis general del estado de nuestras investigaciones hasta la fecha.

El espacio sobre el que se está actuando comprende la finca relativamente llana que rodea San Salvador y que constituía, durante las crecidas, una superficie de inundación del arroyo que lo rodea por el Este. Desde la primera campaña el espacio a excavar se organizó en dos sectores separados por la propia edificación del Conventín.

Así:

El Sector I comprende el espacio situado al Sur de San Salvador, cerrado por la fachada Norte del convento cisterciense.

El Sector II se refiere al terreno sito al Norte de San Salvador y concluye en el paredón de cierre de la mencionada finca (fig. 1).

EL SECTOR I

Hasta el momento, en este sector se han abierto 5 catas de 3x4 m. Tres de ellas, la A-1, C-1 y E-1, comenzadas en

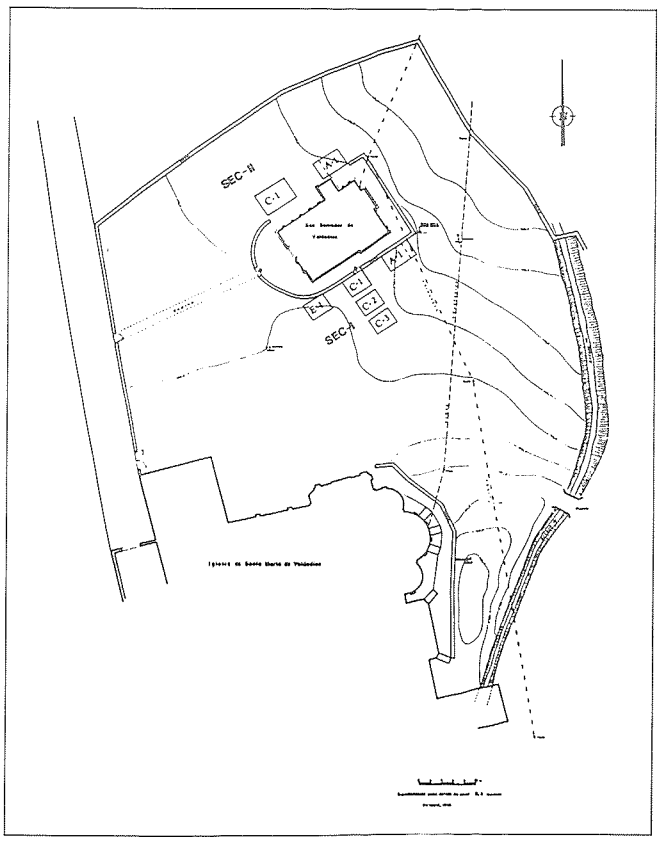


Fig. 1.—Convento de Valdediós (Villaviciosa)

* Este informe ha sido publicado recientemente en la *Revista Cubera n.º 17*, Año VII, Diciembre 1990 con motivo de una recopilación de trabajos arqueológicos realizados en el Concejo de Villaviciosa. Aprovechamos esta ocasión para mostrar un material gráfico inédito en su mayor parte.

1987, se disponen cada 4 m., a lo largo del murete que cierra el pavimento en torno a la iglesia prerrománica. Al siguiente año, 1988, se proyectaron dos más, la C-2 y C-3, que junto con la primitiva C-1 suponían un avance del área excavada hacia el Sur, a la altura del Pórtico Real (nuevamente fig. 1), en un intento de delimitar la necrópolis teniendo en cuenta la posible aparición de estructuras relacionadas con la iglesia de Alfonso III.

La secuencia estratigráfica

La relativa uniformidad de la secuencia estratigráfica del Sector I, nos permite describirla aquí en pocas líneas, si bien teniendo presente que las variaciones zonales que nos hemos encontrado pueden intensificarse en las futuras excavaciones de este sector.

Hallamos en primer lugar un estrato de humus de unos 20 cm. de potencia, resultado de una continuada explotación agrícola del terreno que ha perdurado hasta no hace muchos años y cuyas huellas han quedado registradas en el estrato humífero. Su grosor aumenta considerablemente en la cata C-2 (28 cm.), pero no varía su escaso interés arqueológico donde se encuentran materiales recientes junto a alguna cerámica medieval fruto de acarreos o revueltos parciales.

El segundo estrato, de relleno, presenta más complicaciones. Un claro buzamiento de Sur a Norte, explica las variaciones de potencia que van desde los 15 cm. en las catas C-3 y C-2 hasta más de 60 cm. en las catas C-1 y E-1. Varias observaciones nos permiten fechar este estrato en la baja Edad Media y Edad Moderna. En su parte inferior, dentro de un segmento no removido, aparecieron dos monedas de vellón pertenecientes al reinado de Alfonso X, y, por otro lado, el Muro-1, que atraviesa la cata E-1 y, registrado en el libro de fábrica del monasterio de Santa María como moderno, se halla construido —aunque su cimentación penetre en el estrato subyacente— destruído y enterrado en este segundo momento estratigráfico.

En un intento de precisión mayor, en el estrato II se pueden distinguir dos niveles. El más reciente, de color grisáceo, aparece bastante revuelto en casi toda la extensión del sector por varias razones: el propio uso del terreno como espacio de cultivo, las remodelaciones hechas en torno al Conventín —empedrado y construcción de un murete que lo circunda—, y actuaciones parciales no medievales que el propio método arqueológico ha puesto de manifiesto, como es el caso de una zanja que recorre toda la zona Norte del Sector I o una fosa cuadrangular de 1,50 m. de lado que ha sido detectada en la cata E-1 y que removió gran parte del nivel mencionado, además de destruir algunas sepulturas de una primera fase de enterramientos modernos.

El otro nivel más antiguo, amarronado, aun dentro de este segundo estrato, resulta arqueológicamente más útil, pues aparece en algunas zonas sin remover como ocurre en la cata C-2 donde fue fechado a través de las mencionadas monedas y por los materiales cerámicos, tipos de Faro, peinados horizontales y arenosos, datados entre los siglos XII y XIII. Es en este nivel donde aparece el Muro-1 y también un probable segundo nivel de enterramientos medievales vinculados al monasterio cisterciense.

Es, sin embargo, el tercer estrato, el más interesante. En él se halla la necrópolis vinculada a San Salvador, compuesta por tumbas construídas con lajas, que muestran una gran riqueza tipológica como más adelante veremos, y que recibe el nombre de tercer nivel de enterramientos. Este estrato arcilloso, ya puramente medieval, mantiene el buzamiento de Sur a Norte y adquiere de nuevo su máxima potencia en las catas C-1 y E-1. En la primera de ellas permitió incluso la existencia de dos niveles funerarios pertenecientes probablemente a la misma fase cultural pero a distinto momento cronológico como evidencian las relaciones verticales. El más antiguo de ellos es considerado provisionalmente, a la espera de nuevos datos, como un cuarto nivel de enterramientos.

Finalmente el estrato IV, una arcilla amarillenta muy plástica corresponde al terreno sustentante natural, estéril arqueológicamente hablando, si exceptuamos las bases de las dos tumbas más antiguas de la cata C-1 que se hallan excavadas en él.

Las estructuras arquitectónicas

En principio, por ser el Sector I el espacio de acceso al Pórtico Real, cabría esperar una mayor riqueza de estructuras que las halladas hasta el momento, y sobre todo, de una mayor antigüedad.

En la cata E-1, la más occidental de las abiertas hasta la fecha, ha aparecido un muro de regular fábrica que la cruza de Norte a Sur por su mitad Oeste (fig. 2). Como se ha dicho más arriba, el mencionado Muro-1 se ha construido sobre el estrato II, si bien parte de su cimentación se excavó en el estrato III, fue arrasado a una cota de 0,70 m. aproximadamente y finalmente sepultado bajo el nivel más reciente del segundo estrato. Existen indicios para pensar que la mencionada estructura tiene diferentes momentos constructivos, así pues, será necesario excavar más intensamente esta zona para poder determinarlo. Su orientación es Norte-Sur con lo que resulta perpendicular a la fachada Norte del monasterio cisterciense y, por tanto, claramente oblícuo al famoso pórtico Sur de la iglesia pre-

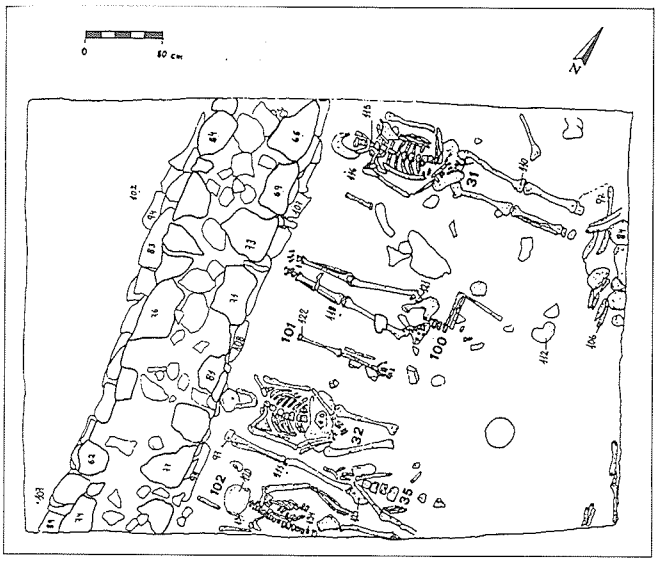


Fig. 2.—Nivel de enterramientos 1. Año 1988-89

rrománica. Suponemos que el Muro-1 se corresponde con el corredor o pasadizo que aparece en varios grabados del siglo XIX comunicando el gran monasterio con la pequeña iglesia construida durante el reinado de Alfonso "el Magno" y que se encuentra fechado como ya hemos anunciado en época Moderna.

Otra estructura, el Muro-2, apareció durante la primera campaña de Julio-87, en la cata situada más al Este, la A-1. Su orientación se halla desviada ligeramente de la Norte-Sur con la que, en este caso, resulta perpendicular a San Salvador de Valdediós y está asentado en el estrato III. Su mayor antigüedad es sólo relativa, puesto que se encuentra sobre tumbas de tipo bañera (T-10 y T-12) del nivel de enterramientos altomedieval.

Este muro, cuya funcionalidad desconocemos, pues no constituye el límite Este de la primitiva necrópolis, podría relacionarse con un antiguo cobertizo anexo al porche Sur de San Salvador que aparece en algún grabado y del que tenemos referencias escritas al menos desde el siglo XVI. De todas formas, la posibilidad de un reaprovechamiento del mismo nos obliga a ser cautos en cuanto a su primitiva utilidad.

Pero quizá el hallazgo más "peculiar" en cuanto a estructuras arquitectónicas haya sido un gran alcantarillado medieval que cruza el Sector I de Este a Oeste; fue descubierto en la campaña de Julio de 1988 cuando se decidió abrir la cata C-3 para realizar una prospección hacia el Sur intentando delimitar la necrópolis de San Salvador. A escasa profundidad la estructura de piedra y cal había cubierto prácticamente la superficie de la cata. De un interés notable, este amplio conducto, que debemos con toda seguridad a los monjes de Santa María, consta de dos técnicas constructivas. Un tramo del mismo es abovedado (foto 1), mientras que el segmento restante se cubre a dintel. Por motivos de tiempo el estudio intensivo de esta estructura hubo de ser aplazado quedando aun por determinar su trayecto detallado y su relación estratigráfica con la espléndida necrópolis medieval existente en Valdediós.

Los enterramientos

La continua presencia humana en el valle de "Boides" queda reflejada ampliamente en la riqueza de niveles funerarios que presenta, los cuales hemos ido enunciando en el lugar correspondiente de la secuencia estratigráfica.

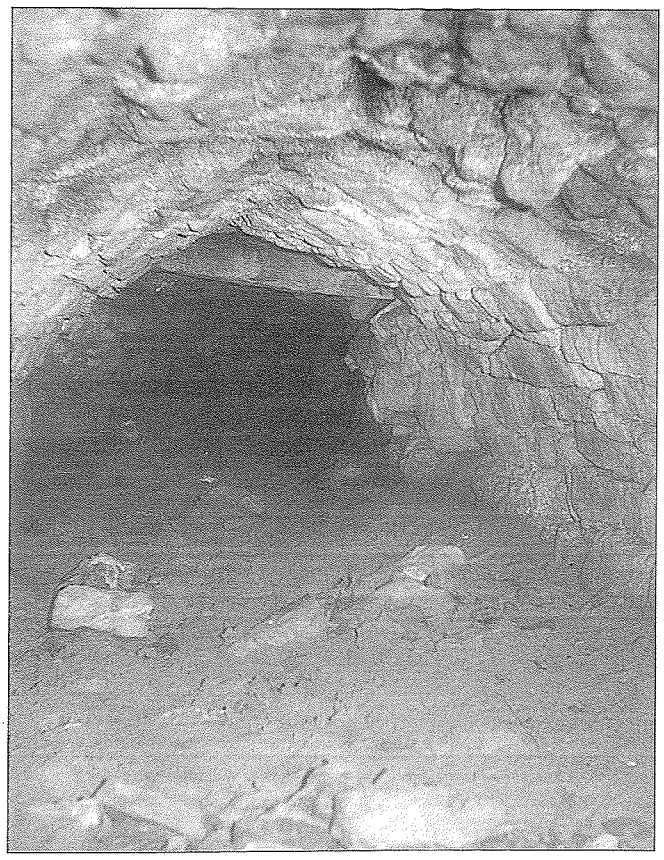


Foto 1.—Tramo del alcantarillado cubierto con bóveda y su continuación adintelada

Los sistemas de enterramiento de la necrópolis han sido estudiados y presentados en el III Congreso de Arqueología Medieval (abril de 1989) por D. Alvarez Díaz y M. A. García Menéndez, ambos miembros del equipo investigador, bajo el título "Necrópolis Medieval en Valdediós". Pretendemos en esta ocasión dar una idea sintética del panorama funerario, siguiendo a ambos autores en muchas ocasiones y actualizando, en otras, los datos tras la campaña de Julio-89.

En primer lugar, tenemos un nivel de enterramientos, posterior al descrito Muro-1, registrado solamente hasta el momento en la cata E-1. Se trata, por tanto, de una fase funeraria no medieval que aprovecha, por alguna razón aun no determinada, el espacio al máximo (fig. 2).

Las características de los enterramientos de este nivel son:

—Se hallan excavados siempre en fosa rellenada de tierra.
—Todos tienen una orientación similar a la del monasterio de Santa María, aunque, y esto es lo más llamativo, con sentidos alternantes, en un intento de aprovechamiento intenso del espacio donde además resulta frecuente que unas fosas corten a otras.
—Todos se hallan al lado Este del Muro-1 que les sirve de límite, y, en una ocasión, de apoyo al cráneo del enterramiento T-32.
—La mayoría fueron mutilados por una fosa reciente, de planta cuadrangular con un agujero en su centro, aparecida en la esquina SE de la cata.
—No presentan ajuar, salvo algún fragmento de cerámica sin carácter de depósito, o una marca de algún objeto de cobre sobre el cráneo y clavícula de uno de los esqueletos.
—La mayoría dejan en el fondo manchas oscuras que seguramente responden a la desaparición de sudarios.

A este nivel de enterramientos pertenecen T-31, T-32, T-35, T-100, T-101 y T-102.

El segundo nivel funerario resulta mucho menos claro, y debe tenerse en cuenta su carácter hipotético hasta que aparezcan nuevos datos que lo confirmen o desmientan. Su provisionalidad viene determinada por estar constituído hasta el momento por una única tumba, M-104, también en la cata E-1. Sin embargo, su interés estratigráfico recomienda su descripción. Se trata de una sepultura en muy mal estado de conservación, excavada en el nivel más antiguo del estrato II. Fue cortada por el Muro-1 en el momento de su construcción pero su orientación es semejante a la de los enterramientos del primer nivel funerario. Estas características inducen a fecharla después de la implantación de los monjes blancos en Valdediós y antes del muro mencionado, es decir, entre los siglos XIII y XVI. Es de esperar que en próximas campañas aparezcan más sepulturas adscribibles a este segundo nivel.

Un tercer momento funerario, fechado con anterioridad al siglo XIII, aparece en el estrato III. Se trata pues, de un periodo de la necrópolis claramente medieval, extendido por la mayor parte de las prospecciones realizadas en el sector. Así, lo hallamos densamente representado en la cata A-1, C-2 y, fundamentalmente en la cata C-1, donde hasta el presente, se ha registrado la secuencia de enterramientos más clara y completa (fig. 3), extendiéndose por el Oeste hasta la cata E-1 donde presenta una densidad sensiblemente menor.

Como hemos comentado al detallar la secuencia estratigráfica, esta fase funeraria presenta relaciones claramente verticales entre algunas de las tumbas sin que aun podamos hablar de un IV nivel de enterramientos diferenciado tipológicamente, aunque se empieza a insinuar en las catas A-1 y C-1, llegando incluso en ocasiones a excavarse algunas de las tumbas más profundas en el estrato IV.

Por el momento, este nivel de enterramientos medievales ha proporcionado una variada tipología que ya se ha adelantado en la anteriormente citada comunicación. Podemos hablar fundamentalmente de tres tipos:

A) Tumbas excavadas.
B) Tumbas construídas con lajas.
C) Tumbas de realización mixta: excavadas y con lajas.

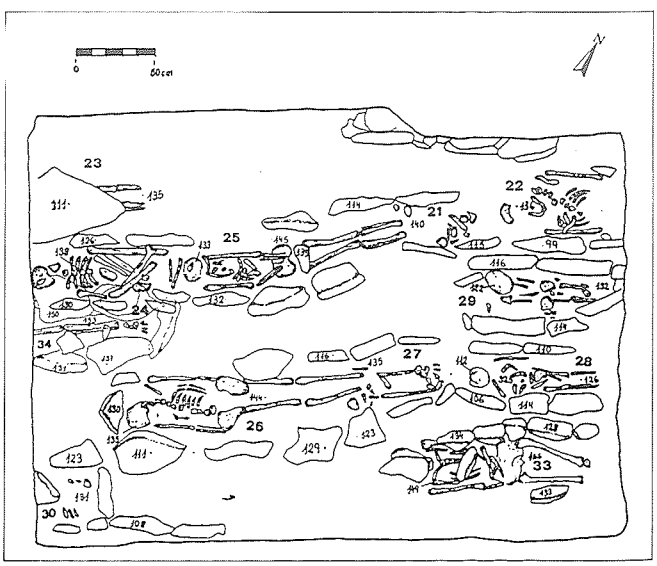


Fig. 3.—Nivel de enterramientos 3. Año 1988



Foto 2.—Area de las tumbas excavadas con forma de bañera. Detalle de la tumba pisada por el muro



Foto 3.—Tumbas de lajas reaprovechadas conservando la cubierta

A) Las tumbas excavadas en un soporte arenisco de bastante dureza, aparecen por ahora solamente en la cata más oriental, la A-1, donde ocupan las cotas más bajas. Podrían constituir un periodo más antiguo de inhumación, y se hallan pisadas por la construcción del Muro-2. Tienen una planta de "bañera" bastante irregular con los bordes redondeados (foto 2), salvo en un caso, M-12, en el que se marca levemente el ángulo del hombro derecho, sin que podamos asegurar, a falta de más casos, que se trate de un indicio de planta antropomorfa.

Pertenecen a este tipo los enterramientos T-10 y T-12, hallándose en este último, un depósito de conchas.

B) Tumbas de lajas con forma de paralelepípedo de base rectangular, de cubierta polilítica (3 ó 4), sin mortero, ni encaje. La planta no es del todo rectangular puesto que los costados se cierran algo en su avance hacia los pies.

Se trata del tipo más numeroso, siendo muy abundantes las reutilizaciones en este caso, que dan lugar a una variante tipológica que consiste en unas estructuras funerarias muy alargadas, hasta 2,90 m. y que constan de varios momentos constructivos. En líneas generles se trata de un reaprovechamiento de una tumba de lajas donde el esqueleto primitivo se amontona hacia los pies alargándose los costados para introducir un nuevo cadáver. Es el caso de las T-25-24-21 y T-26-27 de la cata C-1 (fig. 3, foto 3), así como la T-103-105-107 de la cata E-1.

Otras muchas tumbas responden al esquema clásico de la tumba de lajas, T-13, T-28, T-29, T-55, T-61 o T-106, entre otras, diseminadas por todo el sector (foto 4), presentando algunas de ellas, la peculiaridad de una doble cubierta, T-54.

C) Las tumbas de realización mixta, combinación de la excavación con forma de bañera y el uso de lajas, presentan una gran variedad.

—Tumbas excavadas con una cubierta polilítica de lajas, T-8 y T-9.

—Tumbas con lajas en los costados y cubiertas de tierra. Hallamos esta variante en dos situaciones distintas. En la cata C-2, constituyen un subnivel, T-50 y T-51, por encima de la tercera fase de enterramientos, en tanto que

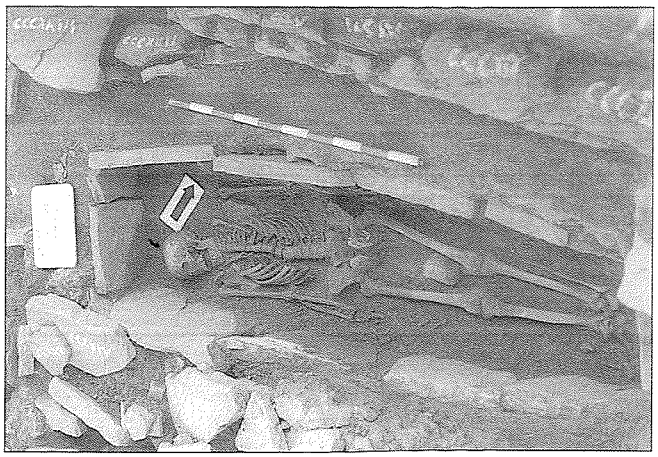


Foto 4.—Tumba de lajas característica

en la cata C-1 formaría parte de las tumbas más profundas y con una factura más tosca en la que las lajas ven reducido su tamaño considerablemente, T-33.

—La tumba T-7 supone una combinación de las anteriores. Es un enterramiento infantil que presenta lajas en la cubierta y sólo en un costado que lo separa de la zona de las tumbas excavadas con forma de bañera.

—Tumbas imbuídas en tierra y con lajas de cubierta. Se trata de un sistema de enterramientos con una planta poco definida en el que los esqueletos aparecen bajo una capa de tierra suelta, señalizada por lajas de cubierta. Se trata pues, de una delimitación del espacio más que de un sistema de protección del cadáver, T-14 y T-23.

Como se desprende de la clasificación recien presentada la variedad que muestra el grupo C puede ser debida al uso continuado de un mismo espacio de la necrópolis, en el que no siempre nos aparecen las tumbas con su estructura primitiva, sino que cabe la posibilidad, lógica por otra parte, de que además de reaprovechar algunas sepulturas, se reutilizasen las lajas de las mismas en nuevos enterramientos. Parece reafirmar esta hipótesis el hecho de que la mayor parte de las tumbas mixtas aparezcan en los espacios más utilizados del área cementerial.

No nos resulta posible en el presente espacio detallar las costumbres funerarias de la comunidad enterrada en Valdediós. Sintéticamente, podemos adelantar la existencia de depósitos intencionados, fundamentalmente de conchas de moluscos marinos, así como la existencia de pequeños fuegos encima de algunas de las tumbas de lajas, lo que nos permite confiar en un futuro estudio del ritual funerario.

EL SECTOR II

Este sector, situado al Norte del Conventín, ha sido objeto de intensos trabajos durante la campaña de julio-89. Los resultados obtenidos hasta el momento resultan interesantísimos aunque aun incompletos para intentar un primer balance global. Nos abstenemos pues, por ahora, de intentar establecer las relaciones pertinentes entre el Sector I y el Sector II.

En este último se han abierto dos catas, A-1 y C-1. La primera de 3x4 m. inicialmente, hubo de ser ampliada 1 m. más en su lado largo. La segunda, mayor que las restantes, 6x4 m. constituye un proyecto de abrir una superficie en área, aprovechando la colaboración del arqueólogo Germán Prieto Vázquez, quien en su larga actividad arqueológica ha empleado sistemáticamente el método estratigráfico propuesto por Harris. Se respetaron, por supuesto, los puntos de referencia teóricos, establecidos para todo el área de excavación.

En ambas prospecciones arqueológicas el trabajo ha quedado sin concluir, aunque podemos hablar ya de una alentadora secuencia estratigráfica en la que se incluye un nivel de enterramientos, fundamentalmente en lajas (fig. 4).

Su excavación se halla más avanzada en la cata A-1 donde están apareciendo nuevas variantes tipológicas además de la confirmación de alguna de las ya mencionadas respecto al Sector I (fotos 5 y 6). Así, nos encontramos de nuevo con una tumba de lajas de doble cubierta, T-205; reaprovechamientos, T-202-204; o una estructura prácticamente colmatada de ceniza que cuenta con sólo dos lajas enormes por cubierta, T-203.

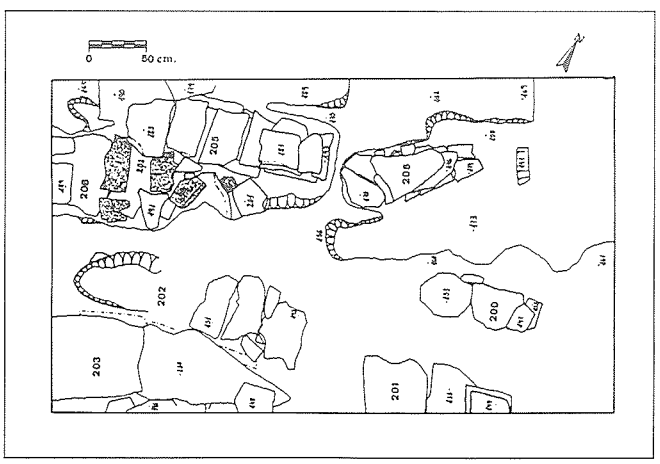


Fig. 4.—Sector II. Cata A-1. Año 1989

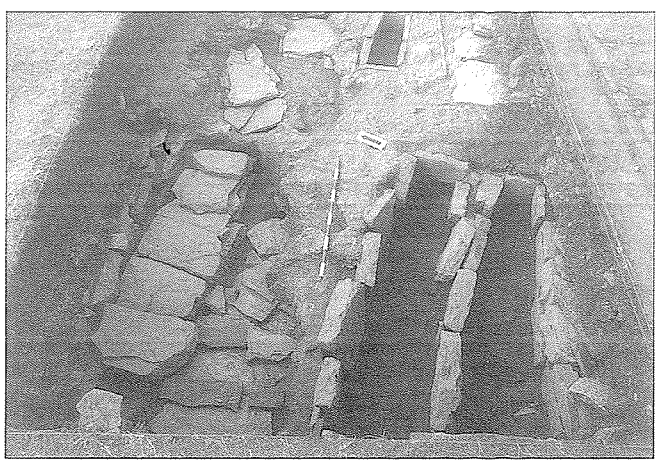


Foto 5.—Vista general de la Cata A-1, Sector II



Foto 6.—Tumba de lajas con doble cubierta parcial

Respecto a las novedades tipológicas conviene mencionar el enterramiento T-208 que utiliza "tegulae" (oscurecidas en la fig. 4) para cubrir los intersticios entre las lajas de cubierta y como forro en otros casos. No podemos olvidar que J.M. González da noticia de unas tumbas que combinan las lajas de caliza con las "tegulae" en la cercana necrópolis de San Llorente (Rodiles) y que se atribuyen a época visigoda. En Valdediós resulta imposible otorgar una cronología similar hasta que no se estudien las relaciones estratigráficas entre la iglesia prerrománica y este sector. En este sentido, habría que tener en cuenta la tumba infantil T-62, localizada en el Sector I, realizada exclusivamente con "tegula".

Las estructuras aparecidas al lado Norte de San Salvador resultan igualmente de gran interés. Cabe destacar dos superficies pavimentadas; la primera tiene una fábrica semejante al "opus signinum" aunque es más moderna que las tumbas mencionadas. En la zona Oeste de la cata C-1 apareció otro pavimento formado por grandes losas de la que aún desconocemos su relación con el nivel de tumbas y el propio Conventín (foto 7).

Queda patente que la excavación del Sector II se halla aun en una fase incipiente, pero su conclusión resultará imprescindible para comprender la naturaleza de la estación y las correlaciones estructurales entre la pequeña iglesia de Alfonso III y su entorno.

CONJUNTO CERAMICO

El material cerámico resultante de las campañas realizadas abunda en la sensación de una actividad constante en el espacio comprendido por el yacimiento durante toda la Edad Media. Nuevamente dos miembros del equipo que trabaja en Valdediós, J.J. Argüello Menéndez y A. Suárez Saro, presentaron una comunicación en el congreso arqueológico mencionado titulada "Restos cerámicos de San Salvador de Valdediós", realizando una primera aproximación al estudio del conjunto cerámico que intentaremos sintetizar aquí.

Los tipos cerámicos aparecidos se pueden clasificar en tres grandes grupos atendiendo a criterios cronológicos:

A) Un primer grupo englobaría los tipos encuadrables en un periodo altomedieval (siglos X y XI). Se trata, fundamentalmente, de recipientes realizados a torno bajo, con huellas de urdido y separados del torno mediante el uso de la ceniza. De formas globulares, corresponden principalmente a ollas y jarros de una gran variedad. Su cocción no es siempre homogénea y los motivos decorativos son, sobre todo, las retículas de todo tipo, además de peinados horizontales y verticales; como caso especial, la decoración en ondas es más abundante en este periodo cronológico.

B) El segundo grupo fue datado estratigráfica y tipológicamente, así como por los hallazgos puntuales de tres monedas acuñadas desde el reinado de Alfonso IX hasta el de Alfonso X. Se corresponde por tanto con un momento medieval intermedio (siglos XII y XIII).

El trabajo al que nos hemos referido anteriormente, incluye en este periodo las cerámicas de Faro (con esa denominación por ser similares a las aparecidas en un yacimiento de esta localidad), la cerámica pintada en negro sobre engobe blanco, peinadas de cochura oxidante y otros grupos caracterizados por una cocción imperfecta.



Foto 7.—Vista general de la Cata C-1, Sector II con el pavimento de losas

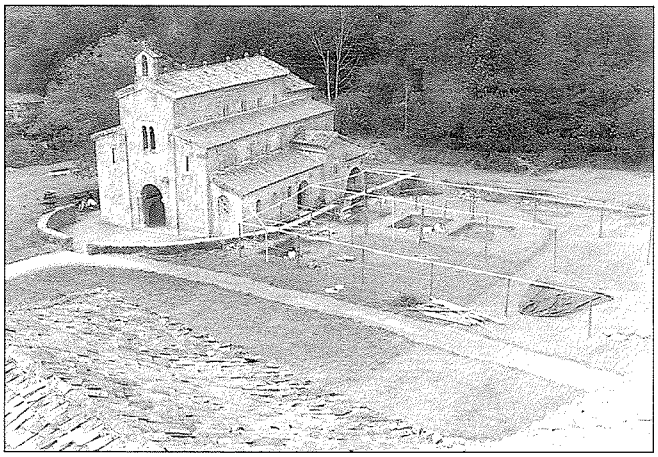


Foto 8.—Vista general del Sector I

C) Finalmente, el grupo de cerámicas bajomedievales incluye los conjuntos de vidriadas, pintadas y peinadas. Sin entrar en un análisis pormenorizado de cada uno de ellos, se puede constatar en esta última etapa medieval, siempre en líneas generales, la existencia de una mayor riqueza de formas, así como una mayor complejidad de las preexistentes. El abandono del urdido, la regularidad de las líneas de torno, así como la perfección alcanzada en algunas decoraciones obligan a pensar en el uso más frecuente del torno alto para la elaboración de las piezas cuyas paredes ganan en regularidad en un proceso simultáneo al empequeñecimiento de los desgrasantes, ahora fundamentalmente arenosos.

* * *

A la vista de los resultados obtenidos, brevemente sintetizados hasta aquí, no escapa a nadie el tantas veces mencionado interés histórico que conserva el entorno de Valdediós y que recomienda una continuación e intensificación, si cabe, de las investigaciones arqueológicas.

La persistente actividad humana sobre el espacio que tratamos, ha quedado reflejada fundamentalmente, como hemos visto, en una completa necrópolis, en la que resulta obligado destacar, además de su manifiesta riqueza numérica y, sobre todo, tipológica, su entronque con las llamativas características, al menos durante alguna fase cultural, de otra necrópolis de su área comarcal. Dentro de una propuesta de futuro de la arqueología medieval asturiana, la percepción de relaciones de todo tipo entre yacimientos es uno de los trabajos más urgentes y necesarios. En el marco de dicha concepción "territorial", la estación de Valdediós, no sólo su área cementerial, adquiere aun mayor importancia.

LA NECROPOLIS DE SANTA MARIA DE TINA*

Francisco Javier Fernández Conde, Gabino Arcadio Alonso Alonso, Miguel Antonio García Menéndez

En lo que respecta a los sistemas funerarios, las excavaciones realizadas en Sta. María de Tina durante las tres campañas: Julio 85, Septiembre 85 y Julio 86, han proporcionado una veintena de enterramientos con escasa diversidad tipológica y bastante deteriorados en general por las continuas remodelaciones sufridas por la iglesia.

Emplearemos aquí, con el fin de facilitar la explicación un sistema numerado que define tanto la estructura funeraria como el esqueleto que le corresponde. Cuando se da el caso de reutilizaciones o más de un posible esqueleto en cada fosa ésta tomará el número del esqueleto principal entre los que contiene[1].

NUMERO Y DISTRIBUCION

Concretamente el número de enterramientos hallados es de 22, aunque éste no sea el cómputo exacto de tumbas puesto que, en algunos casos, hablamos de osarios o esqueletos revueltos que, aunque evidencien la existencia de antiguos enterramientos (y como tales los registramos), imposibilitan completamente el estudio tipológico.

Otra razón por la que debemos relativizar el número de enterramientos mencionado, es que no fue excavado todo el espacio interior de la iglesia, aunque sí su mayor parte, la suficiente para darnos una idea aproximada de la naturaleza y densidad de la necrópolis de Sta. María de Tina.

En concreto, la zona más densa en enterramientos, el tercio Norte, ha sido excavada casi al completo, y al exterior de la actual construcción se han realizado diversas prospecciones en varias direcciones sin que aparecieran más restos humanos, lo que hace suponer que fuera de los muros de la iglesia románico/gótica no existen más tumbas. Esto confiere mayor peso específico al número de enterramientos ya mencionado e induce a pensar en una intencionalidad a la hora de construir la iglesia del s. XIII/XIV: acoger en su interior todas las sepulturas preexistentes.

La gran mayoría son enterramientos o restos adultos, 20, mientras que sólo dos son esqueletos infantiles. Si bien, como es natural, entre los adultos hay variedad de estaturas, constituciones y edades (algunos de ellos son individuos jóvenes).

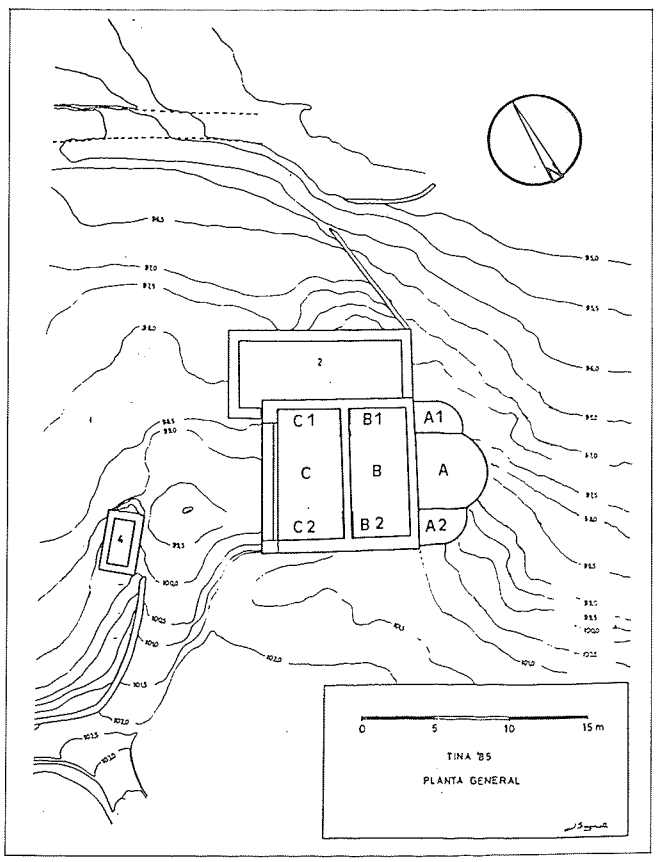


Fig. 1.—Organización en sectores de la superficie de la iglesia

La distribución de los enterramientos por catas es bastante reveladora:

En el sector A (ábside central)= 1 enterramiento (cráneo descontextualizado).

En la cata 6-I del sector A-1 (absidiolo izqdo.)= 1 enterramiento

En la cata 5-I del sector A-2 (absidiolo dcho.)= 2 enterramientos

En la cata 7-I del sector B= ninguno

En la cata 3-I del sector B-1= 8 enterramientos

En la cata 1-I del sector B-2= ninguno

En la cata C-1 del sector C-1= 5
En su ampliación 2C-1= 1
En su ampliación 3C-1= 1
} Total sector C-1= 7 enterramientos

En la cata C-2 del sector C-2= 3 enterramientos.

* Un breve informe sobre las excavaciones realizadas en Santa María de Tina (Ribadedeva) han sido publicadas ya con anterioridad en: VV.AA., *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86* (Oviedo). Exponemos en este número las conclusiones generales referentes a la necrópolis que por las exigencias de los trabajos de laboratorio no pudieron ver la luz en el volumen anterior. Así pues los datos que aquí aparecen son referentes a las campañas realizadas en dicha estación en los meses de Julio de 1985, Septiembre de 1985 y Julio de 1986.

A partir de la citada distribución, obviamente simplificada, se aprecia fácilmente que dos de los sectores presentan una mayor densidad de enterramientos (B-1 y C-1), y ambos pertenecen al espacio de la iglesia que se correspondería con una teórica nave Norte, es decir, los sectores que contienen el número 1 en la nomenclatura utilizada: A-1, B-1 y C-1. Entre los tres suman 16, esto es, que menos de 1/3 de la superficie de la iglesia contiene más de 2/3 de los enterramientos de la Estación.

Esta característica tiene una explicación sencilla: la estratigrafía buza claramente hacia el Norte. Al haberse allanado la superficie terrena con motivo de la construcción de la iglesia, la potencia estratigráfica de la zona Norte es mucho mayor, permitiendo en profundidad un número más elevado de enterramientos colocados en más de un nivel, hecho que resultaría imposible en la zona Central y Sur, donde la proximidad de la roca madre a la superficie sólo permite un único nivel de enterramientos. Por esto mismo, mientras que las inhumaciones de la zona Sur se hallan a unas profundidades de 70-80 cms. y en un solo caso se llega a los 105 cms., en el enterramiento situado más al Norte, n.º 12, situado bajo la pared septentrional de la iglesia, el fondo de la fosa se halla a 140 cms. de profundidad.

Esta explicación encaja pues perfectamente con las anomalías que presenta la construcción primitiva de Tina y que también se fundamentan en este buzamiento importante de la roca madre de Sur a Norte.

Más compleja resulta la distribución estratigráfica de las tumbas. Así mientras las catas con menor potencia estratigráfica (zona Central y Sur de la iglesia) sólo presen-

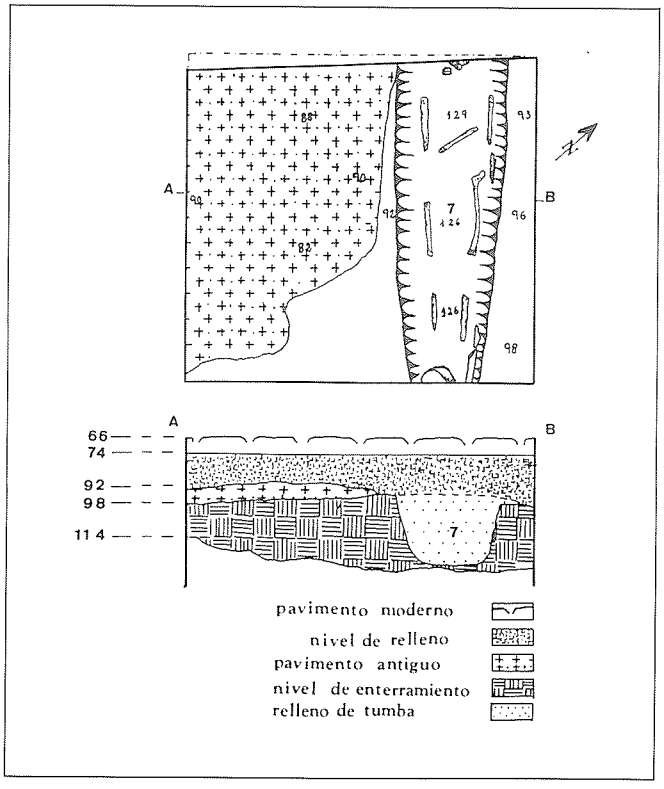


Fig. 2.—Sector A-1 (Absidiolo Izqdo.). Planta y Perfil TINA 86.

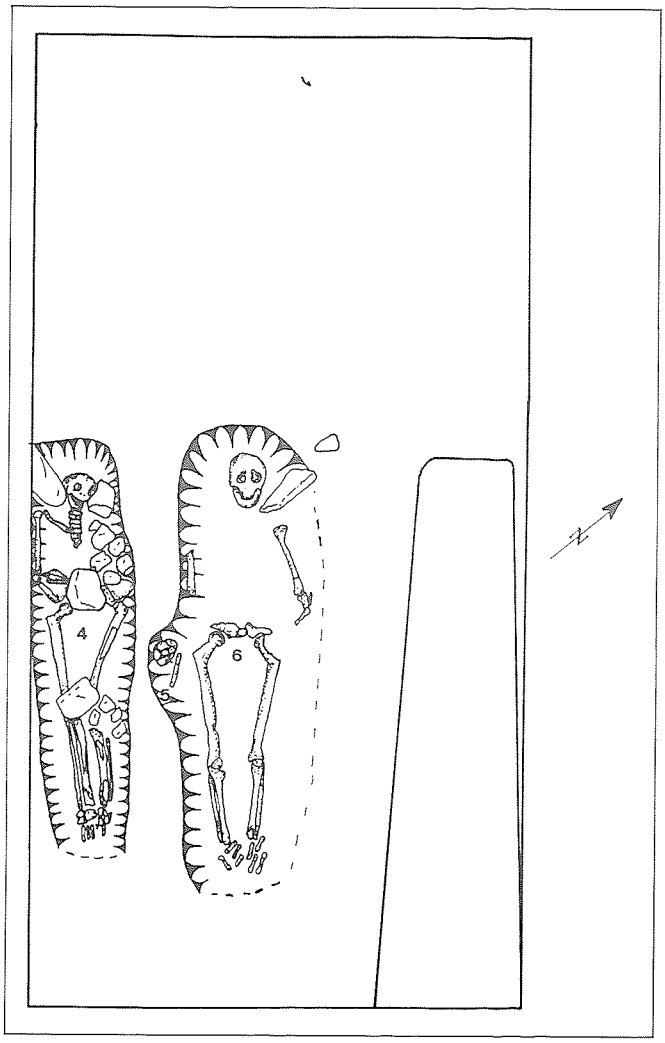


Fig. 3.—Sector B-1. 1er nivel de enterramiento TINA 85.

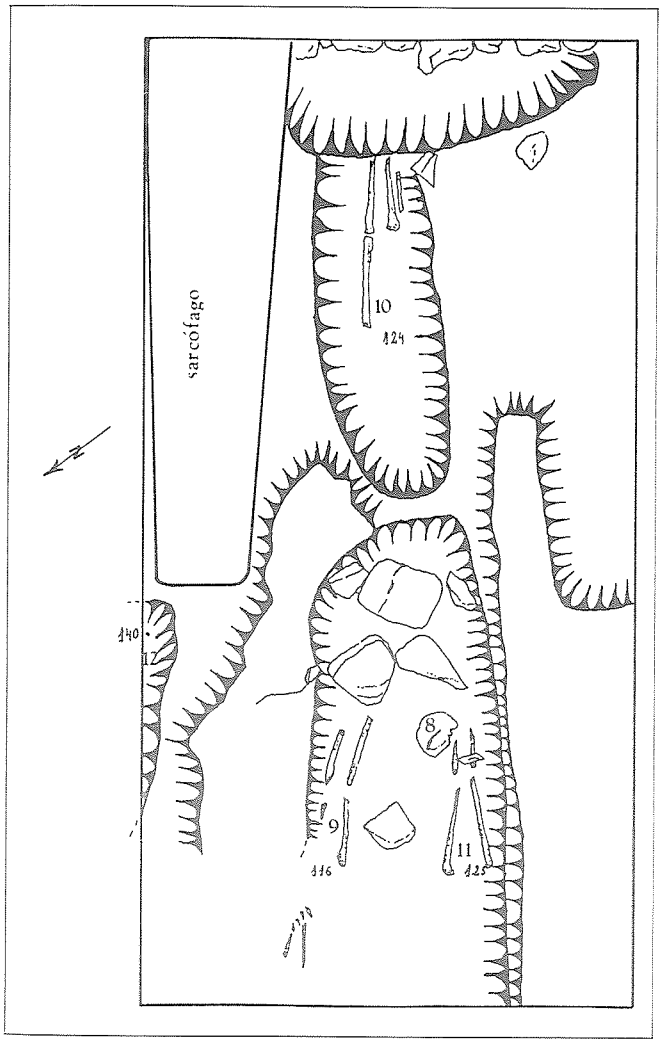


Fig. 4.—Sector B-1. 2.º nivel de enterramiento TINA-86.

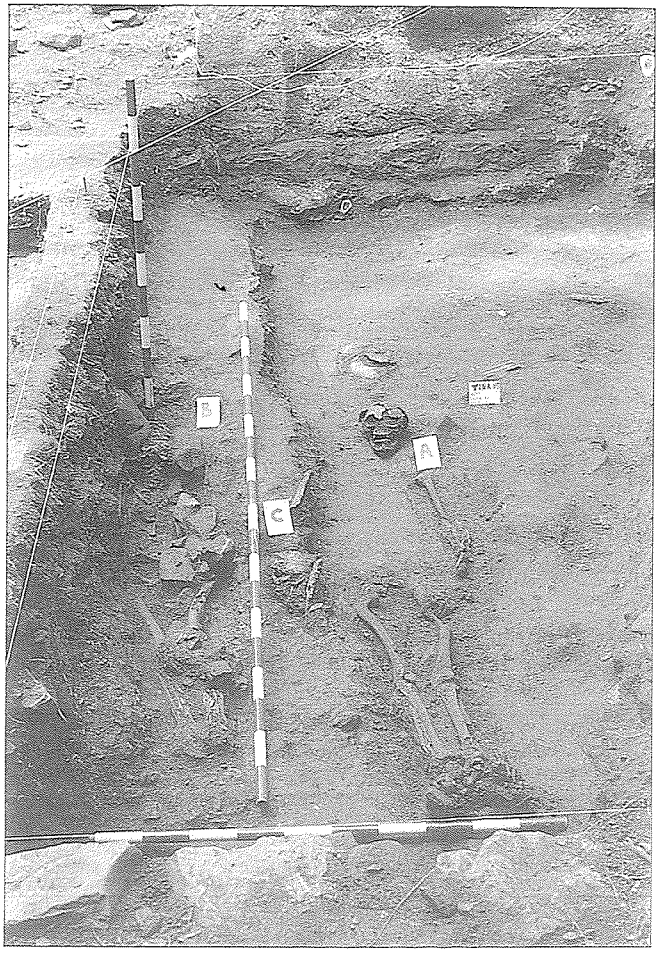


Foto 1.—Cata 3-I del Sector B-1. 1.º Nivel de enterramientos. n.º 4, n.º 5 y n.º 6.

tan un nivel de enterramientos, tanto el sector C-1 como el B-1 presentan dos, e incluso en el último caso se apunta la posibilidad de un tercer nivel de enterramientos.

Dejando a un lado el cráneo n.º 3 situado en la zona del altar principal, sector A, y que se hallaba descontextualizado sin encontrarse ningún indicio de su sepultura, en el sector A-1 (fig. 2) nos encontramos con un único enterramiento, n.º 7, cuyas relaciones estratigráficas están claras pues el suelo primitivo del absidiolo izquierdo se hallaba perfectamente roto para introducir el enterramiento mencionado lo que nos proporciona una cronología posterior al s. XIII/XIV.

En el absidiolo derecho, sector A-2, aparecieron 2 enterramientos en el mismo nivel (aunque el n.º 1 corta al n.º 2), pero ambos fueron removidos al hacer una especie de altar que hay en ese absidiolo. Además el más moderno, n.º 1, está semidestruido por un banco corrido que rompe su costado Sur. Estas relaciones estratigráficas implican situar los enterramientos n.º 1 y n.º 2 como anteriores al s. XIII/XIV.

El sector B-1 es estratigráficamente el más complejo, mientras que en el B y B-2 no aparece ni un solo enterramiento como ya indicamos.

En este sector B-1, (figs. 3 y 4) entre el absidiolo Norte y la sustentación del arco, nos encontramos un 1er nivel de enterramientos al que pertenecen el n.º 4, n.º 5 y n.º 6 (en la foto 1, A, C, y B respectivamente) y que respetan el muro de entrada al absidiolo Norte lo que confirma que ya estaba construido en el momento de abrir las sepulturas. Por otra parte los 3 enterramientos pertenecen claramente al mismo nivel y se desvinculan de los demás puesto que el n.º 4 presenta una clara relación estratigráfica vertical con el n.º 10 que pertenecería por tanto a un 2.º nivel de enterramientos. Ambos se hallan en soportes diferentes puesto que el primer nivel de enterramientos se halla inserto en el Nivel III de la estratigrafía mientras que el 2.º nivel funerario pertenece al Nivel IV de la misma.



Foto 2.—Cata 3-I del Sector B-1. 2.º Nivel de enterramientos. n.º 8, n.º 9, n.º 10 y n.º 11

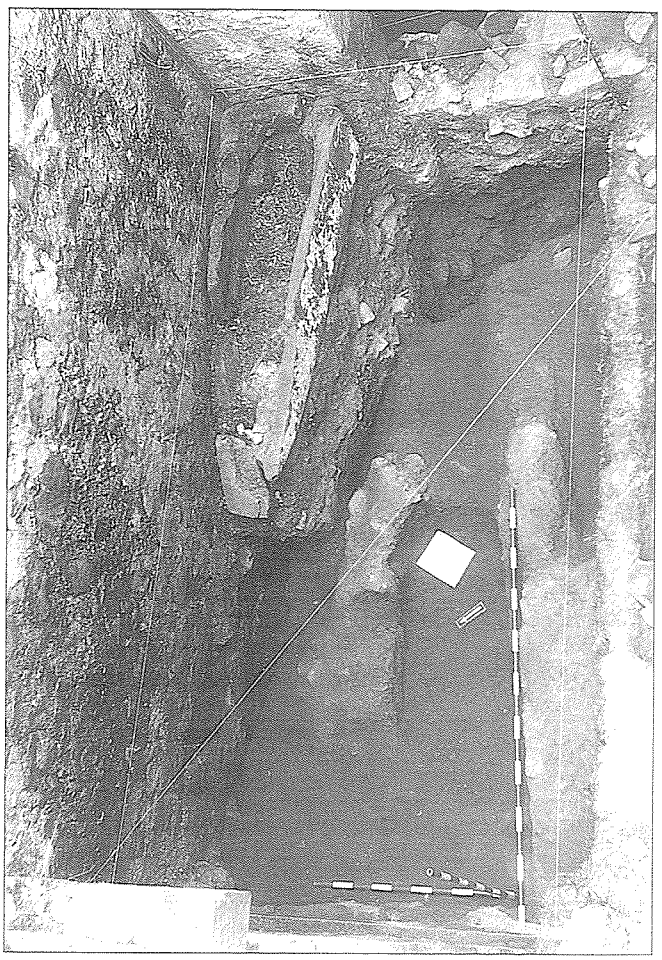


Foto 3.—Cata 3-I del Sector B-1. Fosas con forma de bañera en el 2.º Nivel de enterramientos

Existe por tanto un 2.º nivel de enterramientos constituido por el n.º 8, n.º 9, n.º 10 (foto 2: G, E y F respectivamente) y n.º 11, situado vajo el primer nivel y que en algún caso se halla cortado por el muro de entrada al absidiolo Norte, por ejemplo, el n.º 10 cuyos pies fueron destruidos por la fosa de dicho muro con lo que este enterramiento y nivel serían anteriores a la iglesia del s. XIII/XIV (foto 3).

Aun existe un enterramiento más en este Sector, el n.º 12 que se muestra también claramente anterior al s. XIII/XIV por hallarse debajo del muro Norte de la iglesia y que individualizamos del 2.º nivel de enterramientos por hallarse a una profundidad sensiblemente mayor

(20 cms.). Sin embargo, probablemente se trate de la misma fase funeraria y la explicación a la peculiaridad señalada se encuentre en el ya descrito buzamiento estratigráfico hacia el Norte. De ser así, ello constituiría otra prueba más de que este nivel funerario es anterior a la construcción de la iglesia románico-gótica.

En el sector C-2 hallamos 3 fosas, n.º 14, n.º 18 y n.º 21, que pertenecen a un mismo nivel de enterramientos con una tipología similar. Sin embargo, en este caso la escasa potencia estratigráfica de la zona Sur ha sido una dificultad, pues no se han podido establecer relaciones con otras unidades estratigráficas. Sólo sabemos que se hallan bajo un nivel de revuelto y excavadas en una arcilla estéril de color amarillento. Sus circunstancias y tipología similares a la tumba n.º 2 del sector A-2 nos inclina a relacionarlas con ella, datándolas por tanto con anterioridad a los siglos bajomedievales, aunque resulta difícil determinarlo con exactitud.

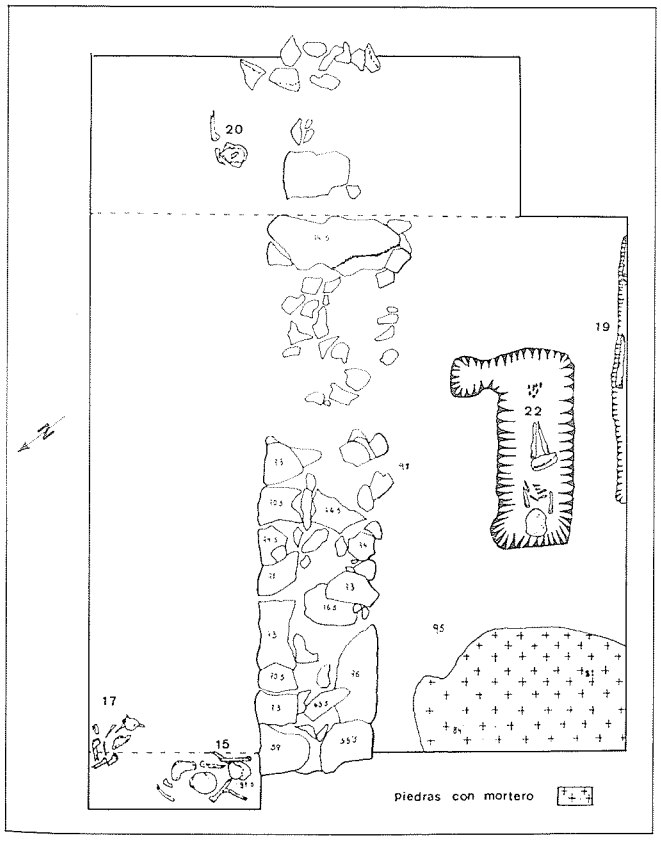


Fig. 5.—CATA C-1.
TINA-86.

Finalmente, el sector C-1 (fig. 5) presenta, al igual que el B-1, dos niveles de enterramiento. El primero se halla constituido en realidad por dos osarios: n.º 15 y n.º 17 y un cráneo, n.º 16, sin la huella de su fosa correspondiente. Es este, por tanto, un nivel donde la aparición de restos humanos se caracteriza por su completo desorden. Para estos depósitos se aprovecharon las paredes de la iglesia del s. XIII/XIV, lo que los data como posteriores a la fecha mencionada. Con toda seguridad se trata de restos óseos pertenecientes a enterramientos de la necrópolis anterior a la iglesia bajomedieval que fueron sacados al exterior cuando se efectuó la construcción románico-gótica del edificio y depositados como relleno en las zonas próximas a los muros recien construidos.

Bajo este nivel de fragmentos oseos desordenados existe un 2.º nivel de enterramientos algo mejor conservados, hallados en la cata C-1, n.º 19 y n.º 22, y en sus ampliaciones 2C-1, n.º 20, y 3C-1, n.º 13. Se corresponde con el Nivel IV de la estratigrafía del sector, en tanto que los mencionados anteriormente y revueltos se hallaban en el Nivel II.

Por otra parte este nivel de enterramientos respeta, como es lógico, la situación del muro de la primitiva construcción y, a su vez, es anterior a la sustentación Norte del arco moderno que corta el enterramiento n.º 20. La aparición de los osarios en el momento de la edificación bajomedieval induce a llevarlo a una fecha anterior, en una organización parecida a la que presentaban los enterramientos del sector B-1, de similares características estratigráficas.

UNIFICACION DE NIVELES PARA TODA LA SUPERFICIE

De todo lo dicho hasta este punto, la unificación de niveles en líneas generales es sencilla. Tenemos en Sta. María de Tina dos momentos funerarios claramente diferenciados:

—El más reciente, denominado primer nivel de enterramientos, claramente posterior a la construcción del s. XIII/XIV; y que aparece en todas las catas de los sectores Norte de la Estación: A-1, B-1 y C-1.

—Otro más antiguo, denominado 2.º nivel de enterramientos, anterior al s. XIII/XIV y relacionado con la construcción primitiva de la que conservamos un muro en la cata C-1. Este 2.º nivel de enterramientos se extiende por toda la superficie actual de la iglesia, tanto al Norte como al Sur. Aparece en los sectores A-2, B-2 —probablemente—, B-1 y C-1.

Los enterramientos del 2.º nivel, el más antiguo, son más numerosos que los de la fase funeraria moderna. Así pues, parece que las inhumaciones tras la construcción de la iglesia en los últimos siglos medievales son escasas.

Podemos concluir pues que, en un primer momento, se utilizó todo el espacio disponible en torno a la primitiva construcción para realizar los enterramientos que se acomodaron al buzamiento del terreno de Sur a Norte, siguiendo la misma disposición de la arcilla estéril en la que fueron excavadas.

Posteriormente, al levantarse la iglesia de mayores dimensiones, ésta acogió dentro de sí los enterramientos vinculados a la antigua construcción, algunos de los cuales se hallan en el límite, bajo sus muros, n.º 12. Seguramente es en este momento cuando se nivela el terreno para dotar de una cierta horizontalidad a la nueva iglesia y son sepultados los cimientos de la pared Norte de la edificación primitiva, desapareciendo su correspondiente en el Sur.

Tras la construcción de la iglesia románico-gótica, los enterramientos disminuyen en número y además se realizan en aquel sector en el que se sabe que la potencia del terreno es mayor, tras haber recrecido el suelo de la zona Norte. Así este segundo momento (primer nivel de enterramiento) se restringe a los sectores del Norte: A-1, B-1 y C-1.

TIPOLOGIA DE LAS TUMBAS

La mala conservación de las estructuras funerarias es una de las características generales de la necrópolis de Tina, tanto por las condiciones del terreno, como por la continua actividad remodeladora a que se ha visto sometido. Hemos de recordar aquí que la mayoría de los enterramientos resultan anteriores al s. XIII/XIV por lo que sufrieron todas estas transformaciones.

El resultado es que tenemos pocas sepulturas completas. Al estar la mayor parte excavadas en la arcilla, su forma no siempre es exactamente la originaria.

Por otra parte, la variedad tipológica es muy escasa. El tipo general de Tina es semejante al definido por Riu como "bañera", es decir, con las aristas redondeadas[2]. Es de planta trapezoidal aunque a veces se halle cercana al paralelepípedo de base rectangular, pero el estrechamiento que aparece prácticamente siempre a los pies, que se disponen muy juntos, confiere a la planta una forma próxima al trapecio. Tanto cabecera como pies suelen cerrar con una línea redondeada, sin llegar al semicírculo, mientras que los costados derecho e izquierdo de la tumba están algo combados hacia afuera (foto 3). Estas tumbas con forma de bañera se encuentran excavadas en la arcilla cuyo color y dureza varía ligeramente, si bien también existen enterramientos (n.º 12 o 1.er nivel de enterramientos de la cata C-1) que aparecen realizados en una tierra suelta.

Volviendo al tipo general, la tumba excavada en la arcilla era cubierta con una tierra más suelta que en ocasiones contenía parte de los pegotes de arcilla extraidos primero para abrir el hueco.

En cuanto a tamaños y medidas resultaría arriesgado obtener una media para un tipo general puesto que son muy pocas las tumbas cuyo estado de conservación nos permita realizar todas las mediciones pertinentes. Podemos situar el largo de las tumbas entre 170 y 180 cms., albergando esqueletos 15 ó 20 cms. menores. El ancho suele ser distinto en la cabecera (40 cms.) que la fosa correspondiente a la zona intermedia del cuerpo (50 cms.) por ese abombamiento de los costados del que ya hablamos y que da una cierta irregularidad a la planta trapezoidal. El ancho de la zona reservada a los pies en cambio se mantiene bastante constante en todos los enterramientos adultos (30 cms.).

La orientación de las tumbas es también bastante uniforme, aunque se encuentre algo desviada de la perfecta E-W, al igual que la construcción primitiva y la iglesia actual. Por tanto, todos los enterramientos miran hacia el Este, aunque en algunos casos presenten ligeras variaciones SE-NW (n.º 9 y n.º 21).

La organización de estas tumbas "bañera" en la necrópolis parece desordenada. En la cata 3-I (foto 3 y fig. 4) tenemos una visión de conjunto. Sin embargo, podría existir en algún caso una especie de fosa continua por disposición sucesiva de "bañeras" como ocurre en San Salvador de Valdediós, si bien allí se utilizan lajas[3]. De ser así, podría tratarse de un sistema de organización de la necrópolis por el que se tendría continuo conocimiento de los espacios libres de enterramiento. Esto parece ocurrir con las fosas n.º 10 y n.º 11 dispuestas en una zanja continua y separadas tan solo por una pequeña elevación de arcilla y piedras grandes.

Como ya hemos apuntado las variantes respecto a este tipo general son escasas, aunque no inexistentes. Así tenemos una tumba "bañera" infantil, n.º 22, que presenta un orificio redondeado, casi circular, en su costado izquierdo, a la altura de los pies de la tumba, y que se halla comunicado con ella a través de un estrechamiento. Tanto la tumba como el agujero anexo están relacionados



Foto 4.—Sector C-1. Fosa del enterramiento n.º 22

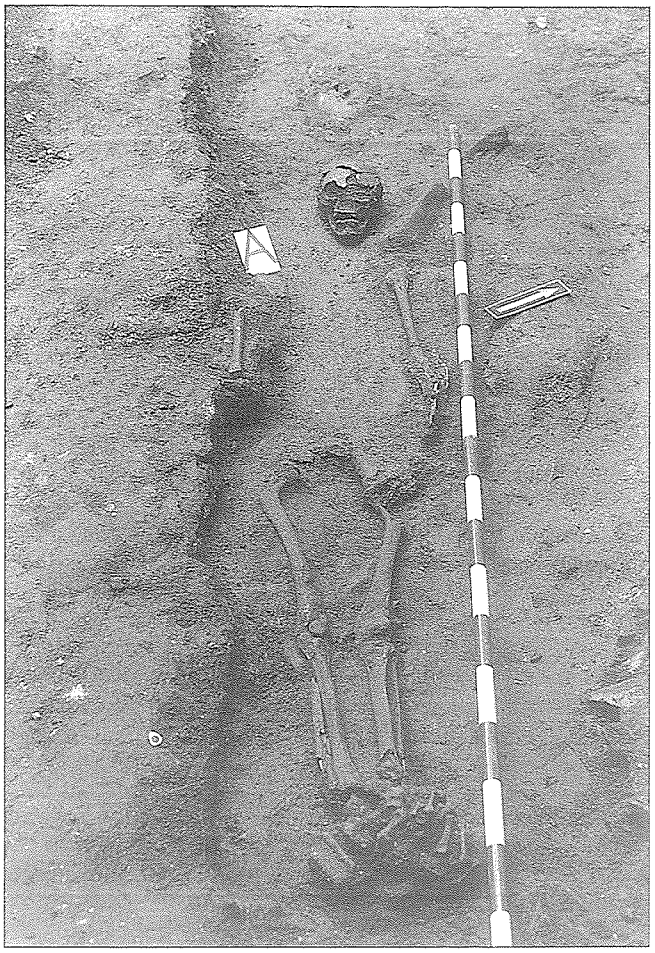


Foto 5.—Cata 3-I del Sector B-I. Enterramiento n.º 4. Elementos constructivos

(foto 4 y fig. 5). Esta fosa infantil, al tener un escaso desarrollo longitudinal, tiende más a un rectángulo de ángulos redondeados que a una planta trapezoidal.

Hasta ahora los casos reseñados siempre han sido sepulturas excavadas, pero dentro del tipo "bañera" también tenemos casos en los que existe algún indicio de construcción: algunas piedras (en su mayor parte sin llegar a ser lajas alargadas y grandes) se disponen de forma intencionada en lugares relevantes:

—n.º 4: Dos piedras calizas alargadas que enmarcan el cráneo por su lado izquierdo, sin que apareciera su correspondencia en el derecho (foto 5).

—n.º 6: Paralelo al n.º 4. Una piedra a cada costado de la cabeza enmarcándola. No se trata de lajas sino de calizas sin trabajar.

—n.º 7: Es el enterramiento del absidiolo Norte. Presentaba dos lajas cerrando una la zona de los pies y otra la tibia izquierda. Su disposición vertical y la forma de apoyarse una en la otra recuerda claramente a una tumba de lajas. Probablemente presentaría también lajas a la altura del cráneo que se hallaba aplastado por algunas piedras irregulares (fig. 2).

Creemos interesante reseñar que los 3 enterramientos mencionados con algún tipo de construcción además de la

excavación de la fosa, pertencen al 1er nivel de enterramientos posterior al s. XIII/XIV, mientras que el 2.º nivel funerario, anterior a esa fecha sólo presenta enterramientos en "bañeras" de mejor o peor factura.

TIPOLOGIA DE LAS POSICIONES DE LOS ESQUELETOS

Hemos de empezar diciendo lo mismo que para la tipología de las tumbas: las continuas actuaciones sobre este espacio y el hecho de que la mayor parte de los enterramientos pertenezcan al primer momento justifican el que muchos de los esqueletos de las tumbas se hallen removidos, o incluso extraidos y convertidos en osarios como ya vimos.

Trataremos también aquí de las posibles y excasas reutilizaciones —en comparación con lo que ocurre en otras necrópolis medievales más densas— y la posición que ocupan sus esqueletos.

La posición más común en la necrópolis de Tina es la de decúbito supino (siempre), con el cráneo mirando al cielo, aunque existan variaciones de cráneos mirando al Sur, n.º 13, y al Norte, n.º 7, y también ligeramente ladeado, n.º 6. Se puede asegurar que dichas variantes no son intencionales, sino que se trata de desviaciones propiciadas seguramente por la falta de protección. La columna vertebral dispuesta de una manera más o menos rectilínea. Es una constante la disposición de las extremidades inferiores muy estiradas y con los pies muy juntos permitiendo un estrechamiento de la tumba a dicha altura. A veces, sobre las rótulas se dispone una piedra de 15 a 20 cms., sin duda para mantener la articulación de las rótulas contra el fondo de la tumba. Es el caso de los enterramientos n.º 6 y n.º 22. Este último, se trata de un enterramiento infantil, es el único que presenta las extremidades inferiores un poco encogidas, quizás por la debilidad de su constitución. Tal vez para evitarlo fue enterrado con una gran piedra sobre los fémures. Estas piedras, siempre calizas de tamaño variable, dispuestas directamente sobre el cadaver no se hallan aisladamente en Tina, sinó que son frecuentes en otras necrópolis de Asturias[4].

La mayor variedad tipológica la tenemos, como ya es habitual, en la posición que adoptan las extremidades superiores. Ni siquiera podemos establecer un tipo general, pues cada enterramiento supone casi una posición distinta. Los brazos se hallan más (n.º 22) o menos (n.º 4) pegados al cuerpo. Pero son los antebrazos los que muestran una mayor diversidad:

—n.º 4: Antebrazos ligeramente doblados hacia el cuerpo de manera que las manos se apoyan en la cabeza de los fémures (foto 5).

—n.º 6: Extremidades superiores dobladas casi en ángulo recto, con manos cruzadas sobre el pubis con una piedra encima de ellas[5].

—n.º 7: Ext. sup. izqda. estirada a lo largo del cuerpo mientras que la derecha se dobla en ángulo agudo hasta llevar la mano sobre el pecho (costillas izquierdas).

—n.º 9: Manos separadas, situadas sobre la pelvis.

—n.º 14: ¿Antebrazos sobre la pelvis? (Muy revuelto).

Respecto a la posición del esqueleto desde una sección longitudinal lo habitual es que se halle ligeramente levantado de la cabeza y los pies, y hundido a la altura de la pelvis formando un ángulo ligeramente inferior a 180 grados.

En cuanto a los casos en que aparece más de un esqueleto en una fosa sólo tenemos dos, pues el n.º 9 y n.º 11 que parecen compartir una tumba en la cata 3-I son en realidad dos esqueletos de dos tumbas distintas que se cortan perdiéndose en este caso una pared de costado de la antigua y otra de la nueva al ser excavada sobre el material de cubierta de la primera.

Así pues, como deciamos, sólo comparten fosa el n.º 4 con el cráneo infantil n.º 5 y el n.º 11 con el cráneo n.º 8.

En el primer caso podría ser que este cráneo infantil procediese del nivel de enterramientos inferior al abrir la fosa n.º 4. Sin embargo, podría tratarse también de un enterramiento infantil semidestruido al construir la fosa n.º 6 y que acompañase al n.º 4 de una manera similar a lo que ocurre en Santianes de Pravia donde un enterramiento infantil acompaña dentro de una tumba grande al enterramiento principal pegado a su extremidad inferior derecha[5].

En el segundo caso, el cráneo antiguo situado a los pies de un nuevo esqueleto que reutiliza la tumba es frecuente en las necrópolis medievales[6], pero en este caso al no encontrar ningún resto más que el cráneo n.º 8 situado a los pies del n.º 11 nos inclina a negar una reutilización (no existe ninguna otra en toda la necrópolis) y a identificar el cráneo mencionado como perteneciente al esqueleto de la fosa n.º 11. La explicación estaría en las obras que se realizaron en la cabecera de esta tumba para la sustentación del arco barroco con lo que la mitad superior del enterramiento sería destruída y sólo se conservó el cráneo como elemento principal que fue depositado a los pies del enterramiento seguramente también con alguna caliza grande que ocupa esta zona.

NOTAS

(1) Durante las sucesivas campañas los enterramientos se ordenaron por catas utilizando un sistema alfabético que reflejan las fotos de campaña. Tras el análisis de laboratorio la exposición resulta más clara empleando una nueva organización numérica, de manera que cada vez que se hace referencia a un enterramiento a través de una foto se establecerá su equivalencia. Por ejemplo, el enterramiento n.º 11 se corresponde con el F de la cata 3-I.

(2) M. Riu - J. Bolós, "Observaciones metodologiques, esquemes i fitxes de treball per a l'estudi de les sepultures", *Necropolis i sepultures medievals de Catalunya.* ACTA/MEDIEVALIA. Annex 1, Facultat de Geografia i Historia (Univesitat de Barcelona, 1982), pág. 12.

(3) D. Alvarez Díaz - M.A. García, "La necrópolis medieval de Valdediós". Comunicación leída en el III Congreso de Arqueología Medieval Española, Oviedo, 1989. (Actas en prensa).

(4) D. Alvarez - M.A. García, "La necrópolis...". También en: J. Fdez. Conde - G.A. Alonso - J.J. Argüello, "Enterramientos medievales en la iglesia de Santianes de Pravia" en otro informe de este mismo volumen.

(5) J. Fdez., Conde..., "Enterramientos medievales..."

(6) Por ejemplo, en Valdediós: D. Alvarez - M.A. García, "La necrópolis..."

EL PICU JANA: UN ENCLAVE ESTRATEGICO EN EL ORIENTE DE ASTURIAS

Fernando Alvarez Estrada, J. A. Moure Ferreiro

El interés por el estudio de los restos arqueológicos del Picu Jana no es sólo el de su análisis individualizado como una fortificación más, sino, y sobre todo, aquel que se deriva de su probable relación con otros enclaves defensivos del oriente de Asturias. Se enmarca, por tanto, en una investigación más ambiciosa que tiene por objeto el estudio de una línea estratégica, de un sistema defensivo, en sentido amplio, articulado entre los ríos Sella y Deva que comprende las torres de Picu Rales, Picu Soberrón y Picu Las Torres.

Nuestra investigación, paralizada en este momento, se inició con una primera prospección visual del conjunto de las cuatro torres (Alvarez Estrada, F. y Moure Ferreiro, J.A., 1985) y ha continuado con la excavación completa del Picu Las Torres, en Llovio, y con una primera campaña de excavación en el propio Picu Jana.

El Picu Jana, también llamado "Picu'l Rey" o "Picu las Torres", está situado en la Sierra de Cuera, entre las poblaciones de Narganes y Alevia, en el concejo de Peñamellera Baja. Con una altura de 608 metros sobre el nivel del mar, constituye el punto más elevado del extremo oriental de la Sierra del Cuera.

Excelentemente situado (sus coordenadas son 43° 20' 35'' N y 0° 53' 10'' W, de la hoja 32, Llanes, del mapa 1:50.000 del Instituto Geográfico y Catastral de España, Ed. de 1943), domina la zona costera desde el concejo de Llanes hasta Comillas, incluidas las rasas prelitorales y litorales, y la cuenca media y baja del río Deva, que lo bordea por las laderas Sur y Este, hasta su desembocadura.

En las primeras prospecciones visuales que realizamos en el yacimiento observamos la existencia de una construcción de forma oval de unos 45 m. x 20 m. En el interior de este pequeño cinturón se apreciaban los restos de dos estructuras turriformes situadas en los extremos NE y SO que apuntaban a una forma cuadrada, aunque su estado de conservación (prácticamente están arrasadas, en particular la situada en el ángulo NE) no nos permitió determinar sus dimensiones. Ambas fueron construidas con sillarejo de caliza de pequeñas dimensiones, escasamente trabajado y unido con mortero de cal.

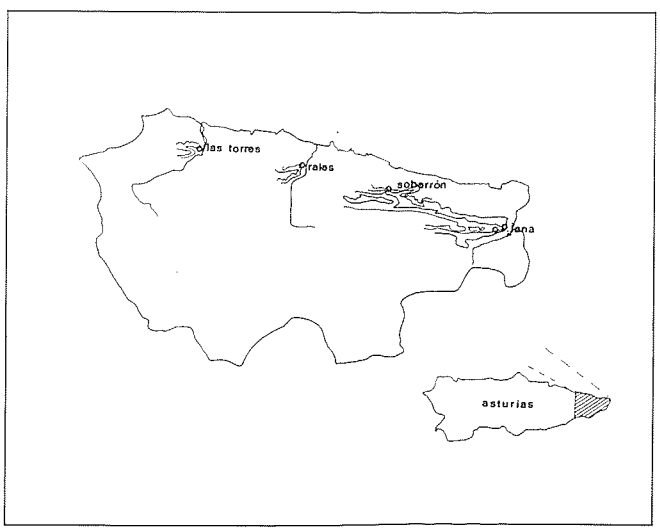
La torre situada en el ángulo NE domina toda la plataforma costera, desde Llanes a Comillas, y desde la propia Sierra del Cuera hasta el mar; mientras que la situada en la punta SO lo hace sobre el valle que forma el cauce medio del río Deva, controlando el paso hacia el desfiladero de La Hermida y hacia Cabrales, cuya confluencia se encuentra en Panes.

La existencia de dos fosos en la ladera Oeste, la de más fácil acceso, confiere a este enclave, de carácter fundamentalmente estratégico y de vigilancia, una impronta defensiva que se explicita en estos elementos de fortificación.

El tercer elemento importante y llamativo es la existencia de un aterrazamiento de piedra, a modo de pequeña escalera, en el exterior del lienzo Sur del cinturón que engloba a las dos torres. En su construcción, al igual que en el resto de las estructuras, se utilizaron sillares de caliza de tamaño mediano, de factura más cuidada que la utilizada en las dos torres, sin que aparentemente se observaran vestigios de utilización de algún tipo de mortero.

En superficie recogimos varios fragmentos de cerámicas medievales a las que atribuíamos una cronología entre los siglos XI y XIII dada su similitud con las aparecidas en los niveles correspondientes a esa época en las excavaciones realizadas en la Catedral de Oviedo bajo la dirección de D. Emilio Olávarri y con otras cerámicas del área cántabra (Bohigas Roldán, R., 1986).

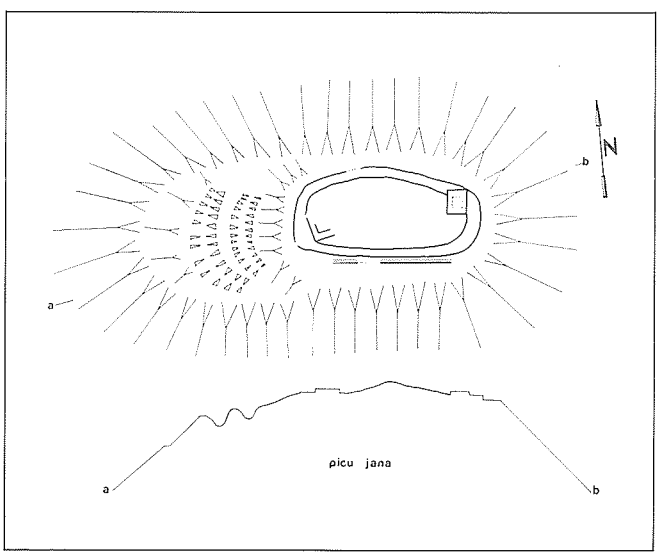
La existencia de estos elementos en el Picu Jana nos llevó a pensar en la posible relación de este enclave con otros núcleos estratégico-defensivos del oriente de Asturias (Picu Rales, Picu Soberrón y Picu Las Torres), en el sentido de que todos ellos podrían configurar un sistema defensivo articulado para esta zona. Por lo que se refiere a su situación y emplazamiento presentan una uniformidad clara; aparecen en zonas elevadas, en general cumbres escarpadas que dominan los valles de



los ríos importantes de la zona. Las estructuras defensivas son sencillas y endebles: un pequeño cinturón amurallado y pequeños fosos en las laderas de fácil acceso. En todos los casos los topónimos ofrecen similitudes evidenciando connotaciones de carácter militar y fortificado (Las Torres, Picu Castiellu) y, en general, están rodeados de leyendas que se refieren a su origen regio o a la "época de los moros" (Picu Jana = Picu'l Rey, Picu Las Torres = Picu'l Rey...). Por último, también es semejante la ordenación del espacio interno, marcado con la construcción de dos torres relacionadas, excepto en el caso de Soberrón, encerradas en un recinto amurallado.

Nuestra intervención arqueológica, iniciada con la excavación en Llovio del Picu Torres, se inscribe en la línea de determinar la existencia de este sistema articulado en la zona oriental asturiana.

El Picu Jana posee unas características morfológicas que lo convierten en el enclave básico para el conocimiento de este sistema. De una parte, contamos con la existencia de un aterrazamiento de piedra en la parte exterior del cinturón amurallado con una configuración aparentemente distinta a la de las dos torres, tanto por el tratamiento y dimensión de los sillares empleados en su construcción, como por la aparente ausencia de mortero en la fábrica de las escaleras, lo que nos llevó a pensar en dos momentos de construcción: uno medieval en el que se han construido las dos torres, fechadas por la cerámica, y otro anterior que corresponde a las escaleras.



De otro lado, la toponimia parece haber "fosilizado" esos dos momentos. En este sentido, Fernández Ochoa (Fernández Ochoa, C., 1982, p. 320), siguiendo a la doctora Bobes (Bobes, C., 1960, 1961), alude a la "existencia de ciertos establecimientos de carácter religioso como Fano (Gijón), Fana (Colunga) y Pico Jana (Narganes, Peñamellera Baja) referidos a fanum=Templo", lo que vendría a reforzar nuestra hipótesis inicial, con un posible origen romano.

El Picu Jana ha sido objeto de algunos trabajos a mediados de este siglo. En 1951 J. Carvallo presentó una comunicación al II Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en Zaragoza, en la que relacionaba este enclave con otros castros y túmulos de Cantabria, atribuyéndoles una cronología prerromana, tomando como base su parecido a los castros gallegos (Carvallo, J., 1952, p. 303-308). Calderón de la Vara excavó parcialmente esta fortaleza en 1948, y en 1971 publicó unas notas sobre su actuación (Calderón, V., 1968-71, p. 105-6). En ellas asigna al Jana un origen celta, y señala su importancia como "atalaya o punto de observación y vigilancia". Más adelante añade: "los restos de una construcción que afecta forma triangular, se ven en el centro del castro"; nosotros solamente hemos podido observar una serie de manchas de argamasa sobre un afloramiento natural en el centro de la cima, pero la existencia de un Vértice Geodésico en ese punto no nos permite hablar con seguridad de una tercera construcción.

Las labores propiamente arqueológicas fueron diseñadas para atender a dos cuestiones fundamentales: la naturaleza del yacimiento, su cronología medieval y una posible construcción anterior y la articulación de este establecimiento dentro del sistema defensivo al que hemos aludido antes.

El primer problema a resolver fue el de comprobar si existía alguna relación estructural entre la torre situada en el ángulo SO y la muralla que rodea toda la plataforma del pico, dado que el arrasamiento de la torre no permitía diferenciarlas. Una vez excavado el área pudimos comprobar el carácter exento de la torre y que su construcción se había realizado independientemente de la muralla, a la que sólo aparece unida por el talud de los muros Este y Norte, cuya función es la de asegurarlos y protegerlos.

La torre posee una planta irregular, que tiende al rectángulo, con ángulos distintos en cada una de las esquinas. Las dimensiones, tomadas en el habitáculo interno son las siguientes: Lienzo Norte = 215 cm., Lienzo Este = 321 cm., Lienzo Sur = 208 cm., Lienzo Oeste = 217 cm.

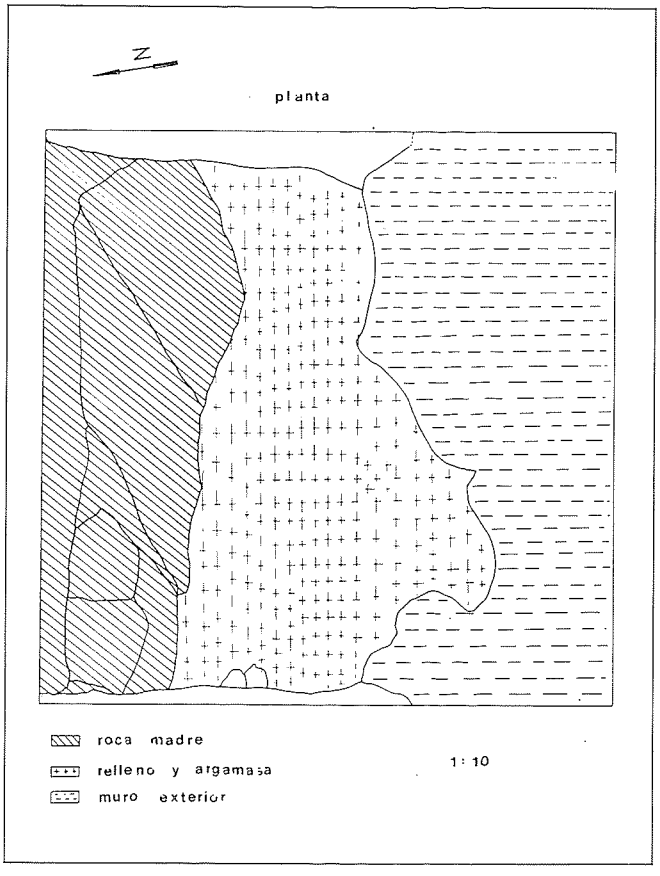
Son unas dimensiones muy reducidas, en comparación con las que tienen las dos construcciones del Picu Las Torres de Llovio (Alvarez Estrada, F. y Moure Ferreiro, J.A. 1989); este tamaño nos lleva a pensar que seguramente responden a una ocupación no permanente, bien adaptada, sin embargo, a la función de vigilancia y señalización. La construcción descansa directamente sobre el lecho de caliza, sólo preparada por una débil capa de cascotes y argamasa, lo que explica la necesidad de construir un talud para mantener la torre.

La relación entre la muralla y las torres interiores aparece mucho más diáfana en la torre situada en el ángulo NE del Jana. Aquí torre y muralla aparecen relacionadas en dos puntos: a) el lienzo Norte de la torre se superpone al trazado de la muralla, b) una plataforma de cimentación une el trazado de la muralla con el muro Este de la torre.

Un sector importante para conocer la naturaleza de la fortificación era analizar el espacio delimitado por la muralla en la zona en la que fueron construidas las escaleras.

Hay que destacar, en primer lugar, que no existe una evidencia clara de que la muralla, en este sector, tuviera un trazado rectilíneo en su cara interna (lam. 3). Es prematuro hacer una afirmación definitiva sobre este tramo; hay que apuntar, no obstante, que los hallazgos de cerámicas abundan sobre la capa de argamasa depositada sobre la roca madre, en el espacio en forma de "U" que aparece diseñado entre los afloramientos y los primeros sillares importantes que se conservan "in situ". Este dato nos hace pensar en que el relleno que existe corresponde a una etapa posterior a la construcción de la muralla, afirmación que mantenemos como hipótesis hasta tanto se pueda observar en correspondencia estratigráfica con otro sector. Parece claro que ha habido un relleno desde las escaleras hacia el interior del espacio delimitado por la muralla, buscando el contacto con los afloramientos naturales, y que esta preparación acabó formando un pasillo al nivel de esos afloramientos. Se puede observar cómo desde el perfil exterior de la muralla se han ido colocando grandes sillares asentados con argamasa aparentemente sin seguir un trazado rectilíneo, para buscar el contacto con la roca madre mediante un relleno de piedra menuda y argamasa. En este relleno han aparecido abundantes restos de concha de ostra y una mandíbula de animal con restos de argamasa utilizados como aglutinante.

La secuencia estratigráfica que resultó en este sector es la siguiente:



1) Un nivel superficial de potencia variable; se trata del tapiz vegetal, con raíces y algunos fragmentos de cerámica.

2) Un nivel de piedra suelta, de tamaño mediano, con tierra de coloración negruzca.

3) Un nivel de relleno de piedra menuda, con abundantes restos de argamasa, con una coloración más clara debido a la argamasa y con abundancia de cerámica.

4) Un nivel de afloramiento de caliza de montaña.

En la zona externa de la muralla, a la altura de las escaleras, la intervención arqueológica nos permitió contrastar dos aspectos fundamentales: 1) que las escaleras, esto es, el aterrazamiento, fue construido y compactado con mortero, hecho que demuestra la homogeneidad de todo el conjunto y que parece eliminar la posibilidad de un mo-

mento constructivo anterior al de época medieval, y 2) se trata de un sector fértil no sólo en cerámica, sino también en materiales metálicos, especialmente puntas de hierro.

La producción material que nos ha ofrecido la primera campaña de excavación en el Picu Jana está compuesta esencialmente por cerámica. No es extraño teniendo en cuenta que los asentamientos medievales asturianos excavados presentan equipamientos arqueológicos muy limitados; con más razón esa pobreza se manifiesta en centros de ocupación como el que nos interesa ahora, cuya naturaleza estratégico-defensiva no exige un equipamiento muy abundante y además debemos suponer que su ocupación no fue permanente.

Hay que señalar que el estudio de la cerámica de esta primera campaña no nos ha permitido establecer relaciones unívocas entre grupos de materiales y niveles estratigráficos. Los rasgos más sobresalientes de la cerámica del Jana son los siguientes: 1) predominio de la utilización del torno bajo en la elaboración de las piezas, 2) no hay predominio de un ambiente específico de cocción, manifestándose un equilibrio porcentual entre las cocciones oxidantes y las reductoras, 3) la tipología de las piezas es difícil de establecer teniendo en cuenta el escaso tamaño de los fragmentos aparecidos; están representadas las formas de olla, con diámetros en torno a los 15 cm. Destaca la ausencia de vertederas y pitos, que podría ponerse en relación a las formas de jarra, aunque esta se halla representada con un tipo de cuello alto y recto, y 4) existe una gran variedad de técnicas decorativas que abarcan los motivos pintados, estriados e incisos, con claro predominio de decoración estriada. Llama la atención el contraste que existe entre la calidad y variedad de las decoraciones y la escasa presencia de fragmentos significativos (Bordes, cuellos, asas, bases y pitos), hecho relacionable con la persistente depredación de la que fue objeto este yacimiento.

a) La cerámica pintada está representada únicamente por un fragmento. Se trata de una pieza cocida en un ambiente oxidante. La decoración consiste en una sucesión de trazos de color ocre dispuestos oblicuamente respecto al eje de giro de la pieza. La presencia de este tipo de decoración es problemática; su aparición en las producciones cerámicas de los yacimientos medievales en el oriente de Asturias es muy limitada (un fragmento en el Picu Las Torres, dos fragmentos en Tina Mayor). En otro momento relacionábamos su aparición en esta zona por la proximidad a Cantabria; sin embargo, la creciente presencia porcentual de esta decoración en la zona de Villaviciosa, y el hecho de que aparezca siempre relacionada siempre con piezas decoradas con estriado vertical, típico de Asturias, abre la posibilidad a que se pueda hablar de un desarrollo propio en nuestra región (Fernández Conde, J., 1989, 183-187). Es aventurado atribuirle una cronología precisa, pero por aproximación al área cántabra se la puede situar entre el siglo XI y fines del siglo XII (Matesanz Vera, P., 1987).

b) La cerámica con decoración en estrías o peinada es la más frecuente en el Picu Jana. Presenta una gran variedad de subtipos, pero no es posible determinar, de momento, una relación directa entre ciertos tipos decorativos y las cocciones, ni tampoco entre éstos y las formas de soporte. Sólo en un caso puede seguirse esa relación; corresponde a un tipo de decoración de peinado horizontal muy fino, asociado en todos los casos a ambientes de cocción oxidantes. Esta forma de asociación ya aparecía definida en la producción del Picu Las Torres de Llovio, aunque aquí la decoración alcanzaba también a piezas con cocción reductora con postcocción oxidante.

El estriado horizontal también aparece en cerámicas grises, pero a diferencia de las anteriores poseen una sección de púa más ancha.

Es abundante la producción de cerámicas con decoración de estrías verticales o ligeramente oblicuas sobre pastas cocidas en ambiente reductor. Es una decoración ampliamente difundida por Asturias, la más típica, sin duda, y ha sido hallada en los contextos arqueológicos más variados. La cronología atribuible a estas piezas es altomedieval y no parece razonable, en este momento, en el que los estudios de cerámica están comenzando en Asturias, precisar mucho más.

La decoración en retícula es una de las mejor representadas dentro de la producción cerámica del Jana; una retícula formada por el cruce de estrías horizontales con otras verticales u oblicuas. Este tipo decorativo tiene también una gran difusión; aparece en la fortaleza de Peñe Manil en Cebia, Cangas de Onís (Martínez Villa, A. y Requejo Pagés, O., 1985, p. 332-346) y en el Picu las Torres, aunque en esta última fortificación su presencia es residual dentro de la producción global, siendo mucho más numerosa la combinación de estrías horizontales y verticales que no llegan a cruzarse. El horizonte altomedieval define la presencia de este tipo de decoración, aunque está clara su prolongación hasta el siglo XIII en el ámbito leonés (Gutiérrez González, J.A. y Benéitez González, C., 1989, p. 221).

La decoración de acanaladura también está representada en el Picu Jana. Se trata de un único fragmento, realizado en una atmósfera oxidante, sobre una pasta muy granulosa y con numerosos desgrasantes. No está muy claro si ha sido confeccionada a torno alto.

c) Un tercer grupo decorativo está formado por cerámicas que presentan ungulaciones, combinadas con bandas decoradas con un estriado horizontal y por incisiones aplicadas sobre el cuello de la vasija. Este tipo de decoraciones incisas es poco representativo de Jana y, contrariamente a lo que ocurría en el Picu Las Torres donde las incisiones se aplicaban generalmente en las asas, se reservan a los cuerpos de las piezas. En esta línea, hay que destacar que las asas, en general de cinta, aparecen sin decorar. Por último en el apartado de las formas se puede afirmar que las bases son en todos los casos de forma plana.

Un segundo grupo de materiales aparecidos en el Picu Jana está compuesto por elementos metálicos. Se trata de un conjunto de cinco puntas de hierro, de sección cuadrada, de 1 cm. de lado con un extremo afilado.

Como conclusiones provisionales podemos adelantar los siguientes puntos:

La configuración natural del pico basta por sí misma para explicar su función básica de vigilancia, ya que combina el control estratégico sobre el litoral del oriente asturiano con el control de los pasos hacia el interior como ya hemos señalado más arriba. Esta situación natural se complementa con la construcción de dos torres en las esquinas NE y SO que inciden en los espacios litoral e interior que se pretende abarcar.

A este carácter estratégico se le ha querido dotar de una impronta defensiva con la construcción de la muralla y de los dos fosos en la ladera Oeste, la de más fácil acceso. Estos elementos no constituyen por sí mismos una barrera defensiva importante, pero se complementan con lo abrupto y escarpado del pico, resultando esta combinación un asentamiento prácticamente inexpugnable.

Hay que destacar que la obra de fábrica busca siempre una adaptación al medio físico; ello explica las distintas soluciones constructivas por las que han optado en la muralla. en este sentido, se explica la construcción de las escaleras por el interés en salvar el gran escarpe de la ladera sur del pico.

Nuestra hipótesis inicial que contemplaba la posibilidad de un establecimiento anterior al medieval parece resuelta. En efecto, el topónimo Jana y el tratamiento constructivo de las escaleras nos llevaron a pensar en una ocupación romana. Sin embargo, el estudio de este sector de la muralla ha revelado un tratamiento uniforme para todo el conjunto; la utilización de argamasas compactando los sillares y la aparición de cerámica en los tramos de las escaleras redunda en el carácter medieval del conjunto. Por otra parte, el equipamiento arqueológico, sobre todo cerámica, presenta un aspecto claramente medieval.

Un elemento a considerar es el de la relación del Picu Jana con el Picu Las Torres de Llovio, ya excavado por nosotros en 1986 y 1987. El primer hecho destacable es la similitud morfológica de ambos conjuntos, tanto en la concepción del espacio, como en la relación de las estructuras construidas (dos torres enmarcadas en un cinturón amurallado). La búsqueda de la máxima adaptación al medio físico no basta para explicar este hecho; creemos que es la naturaleza eminentemente defensiva y de vigilancia lo que mejor explica esta semejanza.

En esta misma línea, y por lo que se refiere a la producción de cerámica hay que apuntar varios datos: 1) las formas básicas están constituidas por el binomio olla-jarra, 2) las decoraciones incisas son en los dos casos las más frecuentes y en ambas está presente la modalidad más específicamente asturiana de estrías verticales, y 3) el horizonte de Jana presenta un acusado predominio del uso del torno bajo en la elaboración de las piezas, frente a la elaboración mayoritaria con torno alto en el Picu Las Torres de Llovio, lo que parece indicar un espacio cronológico más antiguo, más propiamente altomedieval para el Picu Jana.

BIBLIOGRAFIA

BOHIGAS ROLDAN, R.: *Yacimientos arqueológicos medievales del sector central de la Montaña Cantábrica.* A.C.D.P.S., Santander, 1986.

ALVAREZ ESTRADA, F y MOURE FERREIRO, J.A.: "Torres de vigilancia en la costa Oriental Asturiana". *I. C.A.M.E.,* Huesca, 1985.

ALVAREZ ESTRADA, F. y MOURE FERREIRO, J.A.: "Informe de la Primera campaña de excavación en el Picu Las Torres, Llovio". Oviedo 1990.

FERNANDEZ OCHOA, C.: *Asturias en la Epoca Romana.* Departamento de Prehistoria y Arqueología U.A.M., Madrid 1982.

BOBES, C.: "Toponimia romana en Asturias". *Emérita,* n.º XXVIII y XXIX, 1960 y 1961.

CARVALLO, J.: "Los Castros y Túmulos celtas de Cantabria". *II C.N.A.* Zaragoza, 1952.

CALDERON, V.: "El Castro del Pico Jana". *Altamira,* 1968-71. 1.

MATESANZ VERA, P.: "La cerámica medieval cristiana en el Norte (Siglos IX-XIII): Nuevos datos para su estudio". *II. C.A.M.E.,* Madrid, 1987.

MARTINEZ VILLA, A. y REQUEJO PAGES, O.: "Aproximación cronológica de una serie de hallazgos cerámicos medievales en Asturias". *I. C.A.M.E.* Huesca, 1985.

GUTIERREZ GONZALEZ, J.A. y BENEITEZ GONZALEZ, C.: "La cerámica Medieval en León". En *La Cerámica Medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica.* Universidad de León, León 1989.

FERNANDEZ CONDE, J.: "Secuencias de producción de la cerámica en Asturias durante la Edad Media". En *La Cerámica Medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica.* Universidad de León, León 1989.

II
CARTA ARQUEOLOGICA DE ASTURIAS

INVENTARIO ARQUEOLOGICO DEL CONCEJO DE TARAMUNDI (ASTURIAS)

Enrique Arnau Basteiro, María A. Noval Fonseca

El Concejo de Taramundi no contaba con la descripción/inventario de sus restos arqueológicos; tampoco en su territorio administrativo se había planteado una prospección estructurada con modelos teóricos que permitieran valorar su patrimonio.

La ausencia de datos obligaba a plantear un sistema de trabajo que cubriera la falta de localizaciones y a la vez proporcionase una visión lo más clara posible de un territorio inédito y su integración primera en la geografía arqueológica de Asturias. Sin embargo era ésta una pretensión excesiva puesto que en Taramundi nunca se habían llevado a cabo excavaciones arqueológicas y son éstas las que aportan los datos ciertos sobre los poblamientos Pre y Protohistóricos.

Por estas razones la pauta más adecuada no fué el planteamiento clásico de etapas cronológico-culturales, sino aquella otra que define las formas de asentamiento de las poblaciones en el medio y que, a su vez, lleva implícita una secuencia cronológica al diferenciar empíricamente tales asentamientos unos de otros.

El Concejo de Taramundi está situado en el extremo occidental del Principado de Asturias. Con una extensión de 81,76 Km^2, sus límites son los siguientes: al norte, los Concejos de S. Tirso de Abres y Vegadeo; al sur Sta. Eulalia de Oscos y la provincia de Lugo; al este Vegadeo y Villanueva de Oscos; y al Oeste, la provincia de Lugo. Está situado entre los 43°25'40'' y los 43°18' de latitud norte, y los 3°20' y los 3°27' de longitud O. según el M.T.E., E.:1/50.000, hojas 25 y 49, ed. 1981.

El Concejo está dividido en cuatro parroquias pertenecientes al arciprestazgo de Taramundi: S. Julián de Ouria, S. Pedro de Bres, S. Martín de Taramundi y Ntra. Sra. de Veigas.

En el Concejo de Taramundi se optó por aplicar el modelo de prospección que contempla la PROSPECCIÓN INICIAL de un territorio y las AREAS NATURALES del mismo con arreglo a estas definiciones básicas:

- PROSPECCION INICIAL: Se consideran como tales los recorridos que se realizan en un territorio (administrativo o no) para determinar cuantitativamente su potencial arqueológico.
- AREA NATURAL: Cualquier área físicamente delimitada por ríos, costas, montañas u otros rasgos semejantes que constituyan una unidad fisiográfica definida (Hawley A.H. 1975).

Ambos conceptos dan al trabajo de campo la suficiente perspectiva para una interpretación del paisaje, de las realidades físicas que, aunque erosionadas, en sus estructuras fundamentales han resistido el paso del tiempo.

RESULTADOS DE LA PROSPECCION INICIAL

Una vez aplicado el sistema de prospección descrito, y cubiertos los recorridos, los resultados pueden resumirse en los siguientes apartados:

I. Se han localizado aquellos sitios que la bibliografía indicaba como yacimientos arqueológicos. A las antiguas citas se las ha dotado de una localización cartográfica y una descripción lo más completa posible dentro de las posibilidades físicas de cada localización. Descripción inicial, puesto que ninguno de los yacimientos cuenta, en la actualidad, con trabajos de excavación o sondeo estratigráfico que defina sus estructuras internas. Se han fotografiado y clasificado de acuerdo con los catálogos al uso en Asturias. Se ha recogido su toponimia menor y los datos que individualizan las vías de aproximación y el aspecto exterior que los define.

Solo en un caso no ha sido posible describir los materiales arqueológicos que cita la bibliografía. No fué posible dar con el paradero actual de los dos bronces del período de Nerón encontrados en Nogueira y descritos por primera vez en 1908.

II. No existen materiales asociados a los yacimientos del Concejo que, salvo los constructivos, puedan considerarse ajuar o industria tipificable. Algunas vagas noticias, sin embargo, relataban la existencia de ''molinos muy antiguos'' asociados al asentamiento fortificado de OS CASTROS, en la capital del Concejo. Se han localizado un CATILLUS y dos METAS de molino, que todos los informantes aseguran haber encontrado al hacer la pista que corta el yacimiento arqueológico, y que une Taramundi con Mazo Novo. Actualmente son propiedad particular y se obtuvo el permiso de sus propietarios para que fueran descritos y fotografiados. Así mismo, existe la noticia de otra pieza de molino asociada al CASTRO DE OURIA, que no ha podido ser localizada.

III. Al exiguo mapa arqueológico del Concejo de Taramundi se le han añadido nuevas localizaciones. Carmen Fernández Ochoa señala en Ouría unas minas de origen romano. En SILVALLANA, no muy distante de Ouria, se localizó un topónimo asociado comunmente a explotaciones romanas y a sus obras de infraestructura: AS FURADAS. El reconocimiento del lugar, que no se corresponde con el término de Ouria, puso de manifiesto un gran tajo a cielo abierto, en media ladera, con su correspondiente acumulación de escombro. La descripción del Mapa Geológico Español anota los escombros como derrubios cuaternarios en ladera; la toponimia lo asocia al oro (Sierra del Ouroso) y las leyendas de la zona a ''moros''. Ha sido introducido en este inventario como LABOREO MINE-

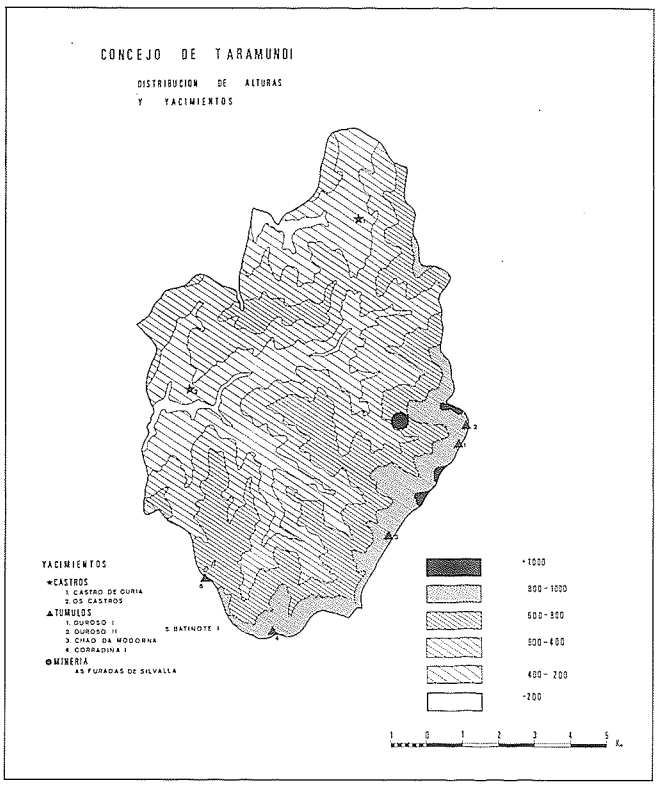
RO, y cronológicamente como "romano indeterminado", pues ningún material fué localizado en superficie.

También se anotan como nuevas localizaciones varios túmulos funerarios. En la Sierra del Ouroso, se encuentran dos de ellos: OUROSO I, en relativo buen estado de conservación (degradación natural y pozo de saqueo); y OUROSO II, destruido intencionadamente por una trinchera que, presumiblemente, buscaba su "tesoro". En los Montes de Turía se situa CORRADIÑA I, que presenta degradación natural y el inevitable pozo de saqueo. Y en la zona de Couso, también en el Ouroso, se localiza el CHAO DA MODORNA, que une al pozo de saqueo otros más modernos así como una cata, y que se conserva milagrosamente, puesto que justo hasta él se estuvo trabajando hace poco tiempo con una pala excavadora, que por casualidad detuvo su trabajo en el borde mismo del túmulo. Se sabe, aunque ya no se conserva, de otro túmulo de grandes dimensiones que se encontraba en los montes de Navallo, y que fué destruido por las roturaciones que transformaron el paisaje en el actual mapa de prados y pastizales. Para finalizar este recuento de nuevas localizaciones en lo que a túmulos se refiere hay que mencionar BATINOTE I, en las proximidades de PEREIRA, y que presenta como los otros pozo de saqueo.

IV. Los recorridos que se realizan en un territorio delimitado previamente ponen de minifiesto las estructuras de "gran tamaño" y las acumulaciones de materiales arqueológicos en superficie, de forma que, a través de su cuantificación, se obtiene un panorama de la potencialidad arqueológica de la zona prospectada. Desde esta perspectiva pueden proponerse mapas de distribución espacial de los yacimientos e incluso agrupaciones por etapas cronológicas, teniendo así la primera secuencia histórica del Territorio. Sin considerar cerrado este inventario, los desplazamientos han puesto de manifiesto los yacimientos arqueológicos del Concejo de Taramundi.

CONCLUSIONES. VALORACION DE LOS RESTOS ARQUEOLOGICOS

Los yacimientos catalogados en Taramundi abarcan el final de la Prehistoria Asturiana y el periodo de ocupación romana. Las estructuras consideradas tumulares indican que el territorio del actual Concejo se integró en el momento de cambio que supuso el paso de poblaciones EPIPALEOLITICAS a otras de carácter NEOLITICO. Esta afirmación se hace teniendo en cuenta que por "túmulo" se entiende una realidad topográfica distinta a su entorno, y que en ningún caso se ha realizado excavación alguna, que aporte datos a la cuestión.



Los asentamientos fortificados se localizan en el Concejo. Su adscripción a época romana o anterior debe hacerse dentro del contexto occidental de Asturias. Debido a la ausencia de excavaciones y a la inexistencia de colecciones de materiales provenientes de ellos deben ser considerados ZONAS DE PROTECCION ARQUEOLOGICA, ya que se constata la conservación de alguna estructura visible, de fortificación o habitación, que hace necesaria su inclusión en catálogo.

El Concejo de Taramundi es incluido en el sector occidental de Asturias que el periodo romano consideró de interés minero. Los bronces de Nerón encontrados en Nogueira, caserío cercano a OS CASTROS dan una pista sobre el ámbito cronológico en el que pudo situarse la población de estos recintos. El gran tajo de AS FURADAS DE SILVALLA indica la existencia de laboreo minero tal vez durante la misma época y en un entorno relativamente próximo a los dos asentamientos fortificados localizados en el Concejo.

BIBLIOGRAFIA

BLAS CORTINA, M.A. (1983): *La prehistoria reciente en Asturias.* Estudios de Arqueología Asturiana, n.º 1. Oviedo.

FERNANDEZ OCHOA, C. (1982): *Asturias en la época romana.* Monografías arqueológicas. Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma. Madrid.

GONZALEZ y FERNANDEZ VALLES, J.M. (1966): *Catalogación de castros asturianos.* Archivum XVI. Oviedo.

GONZALEZ y FERNANDEZ VALLES, J.M. (1973): *Castros asturianos del sector lucense y otros no catologados.* Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, Fasc. 85. Santiago de Compostela.

GONZALEZ y FERNANDEZ VALLES, J.M. (1976): *"Recuento de los túmulos sepulcrales megalíticos de Asturias"* en Miscelanea Histórica Asturiana. Oviedo.

HAWLEY, A.H. (1975): *Ecología Humana.* Ed. Tecnos. Madrid.

MARCOS VALLAURE, A. (1973): *Las series del Paleozoico Inferior y la estructura herciniana del Occidente de Asturias* en Trabajos de Geología, n.º 6.

SANCHEZ PALENCIA (1980): *Prospecciones en las explotaciones auríferas del noroeste de España.* N.A.H., n.º 8. Madrid.

BREVE RESUMEN DE LOS INVENTARIOS ARQUEOLOGICOS GRANDAS DE SALIME, S. MARTIN DE OSCOS, STA. EULALIA DE OSCOS Y VILLANUEVA DE OSCOS.

Angel Villa Valdés

El extremo occidental asturiano, en sus comarcas interiores, en particular los concejos que nos ocupan, constituían hasta la fecha una región de relativa pobreza arqueológica si tomamos como referencia de la misma el número de yacimientos catalogados. La realización de los Inventarios Arqueológicos aquí sintetizados, han venido a poner de manifiesto que tal circunstancia tenía su explicación en un insuficiente trabajo de campo, sensiblemente inferior al realizado en otras comarcas de Asturias donde su orografía, situación, red viaria y medios de transporte facilitaban en mayor grado su exploración.

Justo es destacar, a modo de reconocimiento, la labor realizada durante años por Don José Manuel González, cuya catalogación de túmulos y castros de Asturias suponen la referencia indispensable a la que ha de acudir cualquier interesado en realizar un trabajo de esta naturaleza.

1.—EL TERRITORIO. BREVE APUNTE GEOGRAFICO

La zona objeto de estudio fue la comprendida por los concejos de Grandas de Salime, S. Martín de Oscos, Sta. Eulalia de Oscos y Villanueva de Oscos, situados en el límite de las provincias de Asturias y Lugo. Comprenden en conjunto una superficie total de 343 Km.^{2} distribuidos de la siguiente forma: Grandas de Salime 115 Km.^{2}, S. Martín 67 Km.^{2}, Sta. Eulalia 47 Km.^{2} y Villanueva 114 Km.^{2}.

Desde el punto de vista orográfico, se trata de una región caracterizada por la existencia de una penillanura degradada disecada por la red fluvial actual. Este hecho condiciona la existencia de niveles de cumbres con una topografía suave, separados por valles muy encajados, con altitudes comprendidas entre los 300 y los 1.200 mts. como valores mínimo (salto de Salime) y máximo (Bobia).

Desde el punto de vista geológico, el territorio se sitúa dentro de la zona asturoccidental-leonesa y está constituida por materiales del Paleozoico Inferior, intensamente deformados durante la orogénesis herciniana (Mapa Geológico).

2.—YACIMIENTOS INVENTARIADOS

2.1.—*Grandas de Salime*[1]

El trabajo de campo en este concejo fue desarrollado durante los meses de abril, mayo y junio de 1989. El conjunto de yacimientos hasta ese momento catalogados estaba integrado por: Petroglifos de La Xorenga (Xestoselo), conjunto de peñascales de pizarra negra sobre cuya superficie se localizan gran número de cazoletas y canalillos insculpidos así como cuatro pequeños antropomorfos, número éste que tras nuestro reconocimiento ha sido incrementado en tres unidades con una morfología semejante a los ya conocidos. Túmulos del Chao de Cereixeira, conjunto donde habían sido catalogadas dos estructuras tumulares. Hoy día solo una pervive aunque son apreciables las sombras de al menos otras tres estructuras de las que únicamente resta un pequeño abombamiento en el terreno prácticamente inapreciable. Túmulos del Pico La Cancela (Xestoselo), conjunto constituído por tres estructuras tumulares. Como procedente de las proximidades o fruto del expolio de los mismos hemos documentado la existencia de un hacha pulimentada en pizarra de gran tamaño (alcanzando los 21 cm. de longitud), propiedad de uno de los vecinos. Castro del Chao de S. Martín (Castro), presenta un gran foso defensivo y recinto interno estructurado en tres espacios: gran explanada central, pequeño aterrazamiento lateral y un recinto superior ligeramente elevado y claramente diferenciado de los anteriores. Entre los abundantes materiales, cerámicas comunes y sigilatas, hemos documentado varios fragmentos de la conocida como cerámica visigoda. Castro de Folgosa, presenta potente aparato defensivo constituido por fosos y contrafosos. Castro de Pelou, de pequeñas dimensiones, su aparato defensivo constituido por un gran foso y al menos otros tres menores, ha sido conseguido mediante la utilización de técnicas mineras, conservando aún los canales de conducción de agua y los embalses de que se alimentaba. Como procedente de este yacimiento hemos catalogado un hachita pulimentada en fibrolita, y un hacha de talón en bronce, con dos anillas y muñón de fundición. Castro y explotación romana de Valabilleiro, espléndido conjunto en el que se asocian un pequeño castro con aparato defensivo constituído por fosos excavados en la peña (del que procede un hacha de bronce, talón y una anilla) y una explotación minera anexa, de la cual aún se conservan además del frente de explotación, varios túneles excavados en la peña por donde discurría el canal de abastecimiento de agua además del conjunto de presas donde éste tenía su origen. Castro del Cuturulo (Peñafuente), su catalogación como tal es, cuando menos, dudosa.

Tras exhaustivo reconocimiento del terreno este conjunto se vio incrementado en los siguientes yacimientos: estaciones con arte rupestre (exclusivamente cazoletas) de Chao de Molín del Río (Nogueirón), El Coto (Padraira) y Valdepena (Nogueirón). Conjuntos tumulares de Monte Bornela (Sta. María), 1 túmulo; La Mesa, 1 túmulo; La Xorenga (Xestoselo), 4 túmulos; Zarro das Tumbas (Robledo), 4 túmulos.

2.2.—*S. Martín de Oscos*[2]

El conjunto de yacimientos catalogados al inicio de la prospección era, al igual que en el resto de la comarca, bastante reducido limitándose a: Castros de S. Isidoro y Pico da Mina (Bousoño), únicos ejemplos en Asturias en los que se constata la utilización de las piedras hincadas como elemento defensivo y que en estos momentos se halla en proceso de investigación. Castro de Deilán, cuya característica fundamental es la ausencia de un aparato defensivo claramente diferenciado y la utilización de aterrazamientos como sistema de estructuración del recinto. Explotaciones mineras en los valles de los rios Soutelo y Ahío, destacando por las dimensiones de su frente de explotación, canales y depósito de abastecimiento la situada en las proximidades de Arruñada, que con las de Piorno y Covas del Resalao (Bousoño) completan el conjunto. Fincas de Valdereixe (S. Martín), paraje que posiblemente se corresponda con el del hallazgo de las célebres diademas con guerreros.

Los nuevos yacimientos incorporados al inventario fueron los siguientes: Conjuntos tumulares de El Fito (Louxedo), 3 túmulos; Chao de Reovoqueira, 4 túmulos; Penatejera, 1 túmulo; Os Pedrousos (Teixeira), 3 túmulos y Prado del Corro, 1 túmulo. Grabados de Pena Tallada (Villarín de Piorno), exclusivamente cazoletas. Castros de S. Pelayo, Villarín de Piorno y Castromior, se trata de emplazamientos en los que las posibilidades de habitación son muy reducidas, las condiciones de defensa poco adecuadas y los restos identificados escasos o nulos, por contra su situación resulta espacialmente estratégico si tenemos en cuenta la distribución geográfica de otros castros, las explotaciones mineras próximas y el dominio visual que desde ellos se obtiene.

2.3.—*Sta. Eulalia de Oscos*

Cinco yacimientos suponían el punto de partida en este concejo, a saber: los conjuntos tumulares de Brañavella, 3 túmulos; La Granda (Murias), 4 túmulos; Pico Penelas, 1 túmulo y Pousadoiro, 1 túmulo y el Castro de Lineras. Nueve yacimientos vinieron a completar el conjunto: conjuntos tumulares de Laguna de Choupel (Pousadoiro), 2 túmulos; Chao das Arquelas (Teixeira), 1 túmulo; Tras de Mosqueiro (Ventoso), 4 túmulos; Pena del Corvo (Villamartín), 4 túmulos y dos conjuntos de cazoletas. Recinto amurallado de la Pena del Muro o Cortín dos Mouros (Brañavella), yacimiento éste de difícil asignación cronológica por lo insólito del caso, se trata de una potentísima muralla constituída por sillares de arenisca de gran tamaño que delimitan un recinto interno de unos 100 por 30 mts. en los que aflora la roca en la práctica totalidad de su superficie; Los Castros (Ferreira), asentamiento en el que además de los fosos aún se aprecia una potente torre sobre su entrada; explotación minera de Lineras, muy próxima al castro sito en este lugar.

2.4.—*Villanueva de Oscos*

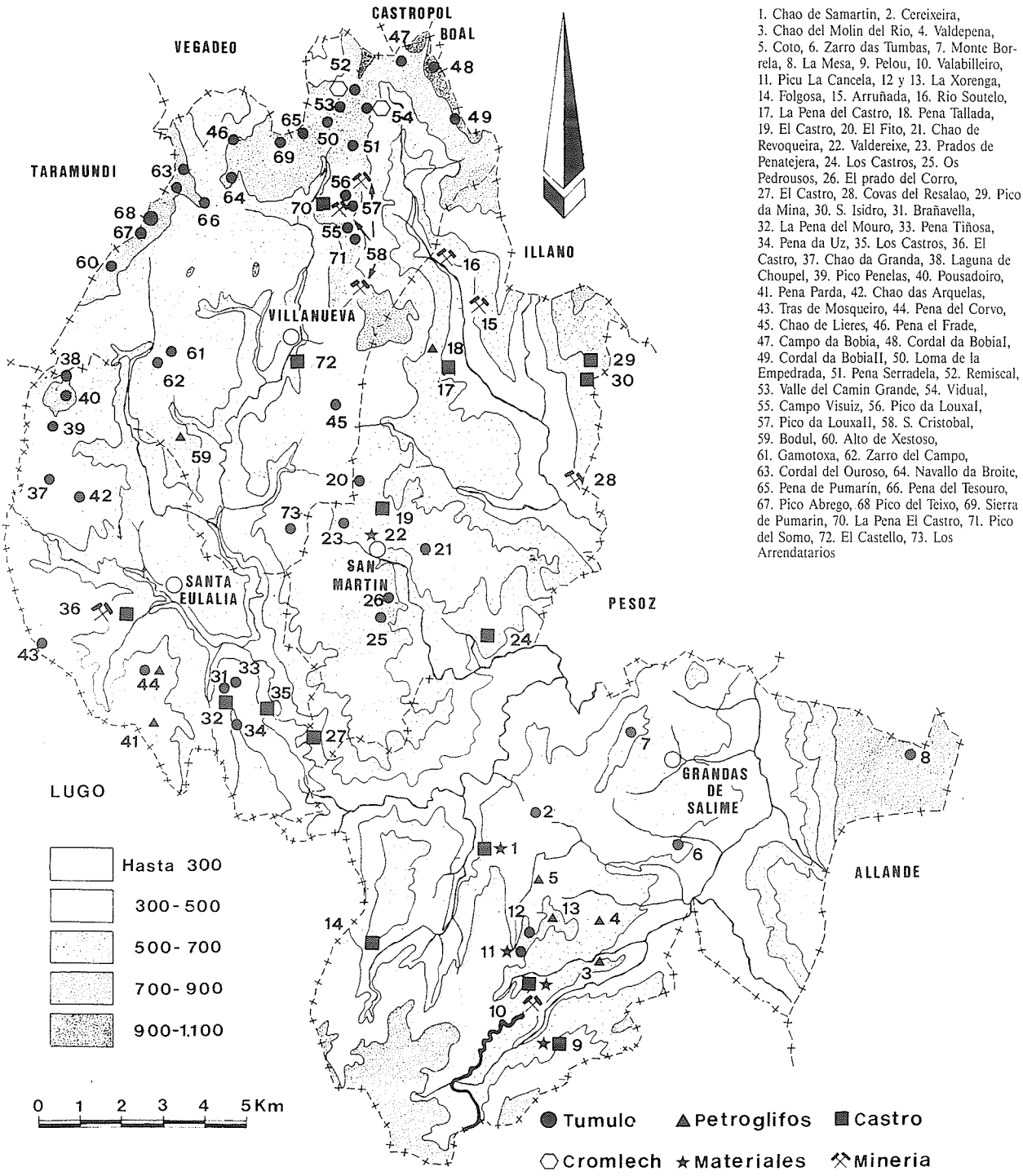
Constituye el ejemplo más espectacular dentro del territorio estudiado en lo que a nuevas aportaciones se refiere. De partida los yacimientos catalogados eran los siguientes: Necrópolis tumular de la Sierra de Pumarín (La Garganta), 7 túmulos; Castro de La Pena del Castro (Morlongo) y El Castelo (Villanueva).

Finalmente fueron incorporados al Inventario los siguientes yacimientos: conjuntos tumulares de Chao de Lieres (Salcedo), 1 túmulo; Pena del Frade (Busdemouros), 1 túmulo; Campo y Cordal de La Bobia, 9 túmulos; Loma de La Empedrada (Bobia), 1 túmulo; Pena Serradela (Bobia), 2 túmulos; Pico y Collado del Remiscal (Bobia), 10 túmulos y al menos tres cromlech bien diferenciados; Valle del Camín Grande (Bobia), 1 túmulo; Vidual (Bobia), 2 túmulos y 1 comlech; Campo Visuiz (S. Cristobal), 1 túmulo; Pico da Louxa (S. Cristobal), 1 túmulo; Pico del Somo (Morlongo), 1 túmulo; Alto de Xestoso, 2 túmulos; Gamotoxa (Morán), 2 túmulos; Zarro del Campo (Regodeseves), 1 túmulo; Cordal del Ouroso (La Garganta), 4 túmulos; Navallo da Broite (La Garganta), 1 túmulo; Pena de Pumarín (La Garganta), 1 túmulo; Pena del Tesouro (La Garganta), 1 túmulo; Pico Abrego (La Garganta), 2 túmulos; Pico del Teixo (La Garganta), 1 túmulo; Finca de los arrendatarios (Villanueva). Un solo conjunto de grabados ha sido localizado en este concejo, situado en Bodul (Cotarelo), constituído exclusivamente por cazoletas. Se completa el Inventario de este concejo con los trabajos de minería localizados en las proximidades de S. Cristobal y Morlongo en los parajes conocidos como Sela de Murias, Costa de Piquero y Pico da Louxa.

NOTAS

(1) Este Inventario fue encargado por la Consejería de Cultura al equipo de arqueólogos que por aquel entonces constituían el Gabinete Arqueológico, del que el autor de este trabajo formaba parte.

(2) Constituían el equipo que realizó el Inventario de los tres concejos correspondientes a los Oscos, además del autor, los licenciados Bernardino Díaz, Gerardo Sierra y el topógrafo Francisco García-Pumarino.



1. Chao de Samartin, 2. Cereixeira, 3. Chao del Molin del Rio, 4. Valdepena, 5. Coto, 6. Zarro das Tumbas, 7. Monte Borrela, 8. La Mesa, 9. Pelou, 10. Valabilleiro, 11. Picu La Cancela, 12 y 13. La Xorenga, 14. Folgosa, 15. Arruñada, 16. Rio Soutelo, 17. La Pena del Castro, 18. Pena Tallada, 19. El Castro, 20. El Fito, 21. Chao de Revoqueira, 22. Valdereixe, 23. Prados de Penatejera, 24. Los Castros, 25. Os Pedrousos, 26. El prado del Corro, 27. El Castro, 28. Covas del Resalao, 29. Pico da Mina, 30. S. Isidro, 31. Brañavella, 32. La Pena del Mouro, 33. Pena Tiñosa, 34. Pena da Uz, 35. Los Castros, 36. El Castro, 37. Chao da Granda, 38. Laguna de Choupel, 39. Pico Penelas, 40. Pousadoiro, 41. Pena Parda, 42. Chao das Arquelas, 43. Tras de Mosqueiro, 44. Pena del Corvo, 45. Chao de Lieres, 46. Pena el Frade, 47. Campo da Bobia, 48. Cordal da BobiaI, 49. Cordal da BobiaII, 50. Loma de la Empedrada, 51. Pena Serradela, 52. Remiscal, 53. Valle del Camin Grande, 54. ViduaI, 55. Campo Visuiz, 56. Pico da LouxaI, 57. Pico da LouxaII, 58. S. Cristobal, 59. Bodul, 60. Alto de Xestoso, 61. Gamotoxa, 62. Zarro del Campo, 63. Cordal del Ouroso, 64. Navallo da Broite, 65. Pena de Pumarin, 66. Pena del Tesouro, 67. Pico Abrego, 68 Pico del Teixo, 69. Sierra de Pumarin, 70. La Pena El Castro, 71. Pico del Somo, 72. El Castello, 73. Los Arrendatarios

INVENTARIO ARQUEOLOGICO DEL CONCEJO DE VEGADEO

Carmen Cabo, Alberto Martínez

El Concejo de Vegadeo está situado en la parte Noroccidental de la provincia, en la margen derecha del río Eo. Limita al Norte, con el concejo de Castropol; al Sur, con los de Taramundi y Villanueva de Oscos; al Este, con los de Castropol y Villanueva de Oscos; y al Oeste, con el término municipal de San Tirso de Abres y la provincia de Lugo. Su extensión territorial es de 81,96 Km.^{2}.

En el territorio que actualmente ocupa el concejo están registrados un total de once yacimientos, de los que estaban catalogados anteriormente cinco, los restantes seis fueron hallados en prospección durante la realización del Inventario.

La fortaleza o castro llamado Castillo de Suarón, al que la bibliografía situa erróneamente en Vegadeo, pertenece, realmente, al concejo de Castropol, con lo que no figura en este inventario.

Ofrecemos a continuación una exposición cronológica cultural de los yacimientos, pero sólo comentando brevemente las características de los recientemente encontrados en prospección.

ESTACIONES MEGALITICAS

Están registrados tres yacimientos de este tipo: un dolmen o megalito (Penedo del Cesto), y dos túmulos (Loma empedrada y Pena Búa). Los tres encontrados en prospección.

Características generales: Están situados en la Sierra de la Bobia y en la parte superior de cordales que se acaban uniendo a ella (Pena Búa). Se localizan así en collados y bordes de los cordales, ya que la propia Sierra de La Bobia es una sucesión de pequeñas colinas y collados que se extiende, con dirección SW-NE, entre los concejos de Villanueva de Oscos, Vegadeo, Castropol y Boal, asentándose a lo largo de su recorrido por estos concejos varias necrópolis tumulares (Campo de San Pelayo, Campo de San Fernando, Collado de Pena Escaleira y Pena Escaleira), aparte de los yacimientos encontrados en Vegadeo y que formarían parte de este conjunto.

Dominan zonas de paso hacia los valles de la costa o de paso hacia el Sur, hacia los valles y cordales que penetran en el interior de la región.

Están construidos con cantos de cuarcita de pequeño y mediano tamaño, estando su masa tumular afectada por pozos de saqueo (Pena Búa), por labores de repoblación (Penedo del Cesto), canteras de pizarra (Loma Empedrada) o por la construcción de carreteras en sus cercanías (Loma Empedrada).

Penedo del Cesto, dolmen de...

En la parroquia de Paramios. Se encuentra en un espolón que arranca del collado del Pozo de La Nieve (entre Campo de La Bobia y La Bobia). A 900 m. sobre el nivel del mar y a 600 m. sobre el río Porcia.

Medidas: Eje N-S 18,25 m.; Eje E-W 14,25 m.; Alt. 1,10 m.; Pozo de saqueo de 6,65 m. de diámetro.

El túmulo se apoya sobre afloramientos de pizarra. Los ortostatos son de cuarcita y la cobertera (que se halla completamente hundida) de pizarra. La cámara dolménica se encuentra en centro de la masa tumular. No se puede apreciar su forma ya que se encuentra muy colmatada.

Loma Empedrada, túmulo de... (Paramios).

Situado en el inicio de un collado, entre Loma Empedrada, Peña Pumarín y Pena Grallas, de la Sierra de La Bobia.

Medidas: Eje N-S 12,30 m.; Eje E-W 13,50 m.; Alt. 0,80 m.; Pozo de saqueo de 4,15 m. de diámetro, con una profundidad de 0,60 m.

Pena Búa, túmulo de... (Paramios).

Pequeño túmulo situado en la parte superior del cordal de Pena Búa, a 500 m. sobre el nivel del río Porcia, y a 812 m. sobre el nivel del mar.

El cordal de Pena Bua divide las cuencas del río Suarón y del Porcia, uniéndose por el SE a La Sierra de La Bobia donde se ubican, como ya vimos, varias necrópolis tumulares.

Medidas: Eje N-S 5 m.; Eje E-W 5,20 m.; Alt. 0,30 m.; pozo de saqueo de 2 m. de diámetro y una profundidad de 0,20 m.

EDAD DEL BRONCE

De la Edad del Bronce, concretamente del Bronce Final tenemos que hacer referencia a una pieza que se conserva en el Museo Arqueológico de Madrid. Se trata de un objeto de oro que se supone procedente del mismo taller que fabricó la diadema de Los Oscos. Para unos autores es un broche de oro (López Cuevillas, 1951) y para otros una de las piezas de un collar articulado (Jordá, 1978, p. 233). Parece ser, según información escrita facilitada por el Museo Arqueológico de Madrid, que en los fondos de dicho museo hay depositadas dos piezas (no expuestas al público) con la misma procedencia: Vegadeo, lo que explicaría las diferentes descripciones. Una de las piezas parece ser efectivamente un broche, y la otra el fragmento de collar descrito por Jordá.

CASTROS O RECINTOS FORTIFICADOS

En el Inventario del concejo de Vegadeo figuran cuatro castros: Moxelón, Os Castros, Os Castros de Vegadeo (capital) y Castromourán, éste último encontrado en prospección durante la confección del Inventario.

Características generales: Ocupan zonas de total visibilidad, sobre espolones bien de las laderas (Os Castros) de los montes, bien de la terminación o extremo de las sierras (Os Castros de Vegadeo, Castromourán, Moxelón), pero siempre en las partes medias o bajas de los cursos fluviales (río Suarón, arroyo del Lormes). Están aprovechando defensas naturales, como vaguadas, los tajos que producen los ríos o arroyos... reforzando sólo la parte de más fácil acceso que suele ser el lado por el que se une al cordal. En esta zona, todos los castros arriba mencionados, presentan un foso, terraplenes y parapetos (hechos con rocas cuarcíticas y tierra). En Os Castros de Vegadeo también se construyó un torreón. Todos ellos están deteriorados, las causas son: remoción de tierras (Os Castros de Vegadeo), repoblación con eucaliptos (Os Castros de Vegadeo), y construcción de viviendas y anejos (Castromourán, Os Castros y Molexón).

En dos de ellos (Melexón y Os Castros de Vegadeo) aparecieron hachas de talón y anillas.

Castromourán, castro de... Casería de Castromourán, Piantón.

Se trata de un pequeño castro (el eje mayor es el E-W, de 76 m. aproximadamente), situado sobre un espolón de la Sierra de Leiras, que se encaja entre el arroyo del Lormes y uno de sus afluentes. La Sierra y los dos arroyos desempeñan el papel de defensas naturales de la fortaleza en los lados N-NW-NE y E. A la salida del valle del Lormes se encuentra el castro de Meredo, desde él se domina visualmente todo el valle del Lormes.

En la actualidad sólo se conserva un terraplén defensivo (de unos 3 m., aproximadamente), bien conservado en el lado Este. En las laderas situadas al N. y al W. el terraplén está desfigurado por el camino que discurre a su pie y por el deslinde de las fincas situadas por encima de la corona del castro. Hacia el SE el terraplén está completamente desfigurado.

EPOCA ROMANA

Pertenecientes a la cultura romana están registrados un epigrafe, recogido en la bibliografía y dos puentes localizados en la prospección:

El epígrafe es una *Estela funeraria* dedicada a Nicer, príncipe de los Albiones, hallada en La Corredoira (Piantón) en 1932.

Puente de Piantón, que se puede relacionar tanto con el epígrafe anterior como con la vía romana que con dirección Este-Oeste atravesaba Asturias cerca de la costa. Tiene tres ojos, el central de mayor tamaño. Posee tajamares triangulares aguas arriba. Esta construido con sillarejo de pizarra. Sufrió una remodelación para ampliar la caja del puente, una vez hecha la carretera. Así, se observa un postizo, aguas abajo, de hormigón y piedras.

Relacionado con la misma vía está el *puente de Abres*, del que sólo se conserva un ojo en sillarejo de pizarra. Está situado en el límite con Galicia. La mitad asturiana es la mejor conservada, mientras que la gallega fue prácticamente destruida y recubierta con hormigón.

En resumen el Patrimonio Arqueológico del concejo de Vegadeo, puesto en evidencia por la realización del Inventario en el año de 1989, es poco variado y extenso temporal y espacialmente. Las únicas culturas bien representadas son la megalítica y la castreña, con un vacio absoluto de época Paleolítica. El que exista un vacio en la distribución de los hallazgos adscribibles a este periodo, no quiere decir que esta zona de Occidente no estuviese poblada en esta época. Hay que tener en cuenta que la prospección de restos aislados o conjuntos líticos presenta muchos problemas debido a que son muy pocas las tierras trabajadas, dedicándose la mayoría a pastos para el ganado. También dificulta la prospección la densidad de construcción en torno a la ría, donde cabría haber encontrado algún resto lítico. Del mismo modo hay que tener en cuenta el hecho de que alturas por encima de los 800 m. (toda la parte occidental del concejo), no debían ofrecer suficientes condiciones de habitabilidad para el hombre prehistórico, mucho más condicionado al medio físico que nosotros.

La época romana está representada por la vía romana que de Este a Oeste recorría la costa, y que iba de "Brigantia" (la Coruña) a Ossaron (Oeasso, Oyarzun), que coincidiría con el camino llamado francés. Esta vía saldría de Asturias por la Corredoira donde se localizó una estela funeraria (Diego Santos, F., 1977, p. 105). Alguno de los puentes que jalonarían esta vía serían los de Abres y Piantón.

Oviedo, 1990

BIBLIOGRAFIA

DIEGO SANTOS, F.: *Asturias romana y visigoda.* H.ª de Asturias, Ayalga Ediciones, T. 3. Vitoria 1977, p. 105.

JORDA CERDA, F.: *Prehistoria.* H.ª de Asturias, Tomo I. Ayalga Ediciones. Vitoria 1978, p. 233.

LOPEZ CUEVILLAS: *Las joyas castreñas.* Madrid. 1951.

RESEÑA SOBRE LA CARTA ARQUEOLOGICA DEL CONCEJO DE ALLANDE. 1990

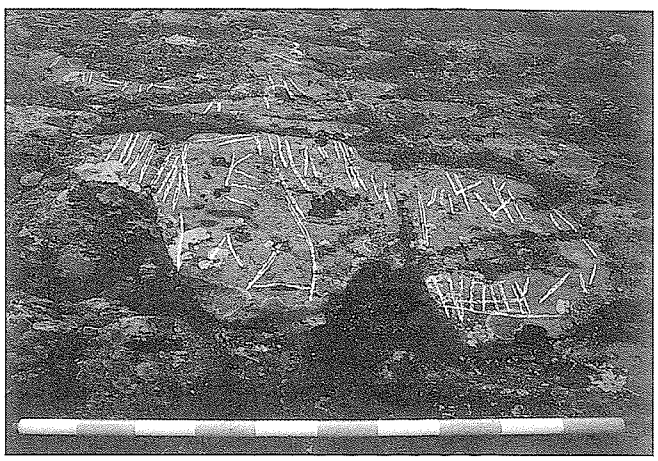
Jorge Camino Mayor, Yolanda Viniegra Pacheco

Concebido como contribución al inventario del patrimonio arqueológico regional, el correspondiente al concejo de Allande que aquí se reseña fue realizado a lo largo de la primera mitad del año 1990.

Este concejo, dotado de una extensión próxima a los 360 Km.^{2}, se encuentra en el extremo occidental de la Región separando las cuencas de los ríos Narcea y Navia y ocupando una amplia franja central casi equidistante entre la línea costera y el eje de cumbres del Macizo Astur-Leonés. La imagen actual que presenta no difiere de la descripción que en el siglo XVIII efectuara el ilustrado A.M. Queypo y Valledor-Ron que lo califica de "montuoso, quebrado y peñascoso, compuesto la mayor parte de él de cumbres y cerros altos, pelados y escarpados", a no ser en una acusada despoblación (entre 1900 y 1980 los efectivos demográficos descendieron el 60%) que imprime aún más severidad a sus rasgos físicos. El relieve objeto de este trazo paisajístico tiene su origen en los viejos fondos paleozoicos que, más o menos suavizados, se reactivaron primero como consecuencia de la orogénesis terciaria y especialmente después por una intensa acción hídrica que impulsó los imperantes contrastes topográficos, debiendo su desolador aspecto a una continua deforestación histórica en la que el desarrollo de los pastos de altura neolíticos y la dilatada explotación aurífera romana seguramente acaparan buena parte de responsabilidad.

Justamente de estos dos episodios históricos, y en consonancia con sus efectos sobre el paisaje, los límites administrativos del Concejo contienen un buen número de manifestaciones arqueológicas en varios casos, además, de notoria relevancia. A la par de esta riqueza arqueológica los estudios y las alusiones bibliográficas han sido asimismo abundantes ya incluso desde el siglo XVIII, formándose de este modo un "corpus cognoscitivo" que acabó reuniendo una buena parte de la realidad arqueológica existente. Partiendo indudablemente de ese repertorio bibliográfico, nuestro trabajo consistió en una prospección extensiva y de corte clásico del territorio cimentada en sus líneas fisiográficas y completada con el análisis estático que facilita la fotografía aérea.

Las construcciones tumulares encuentran una nutrida manifestación alcanzando casi las 70 unidades, de las que en torno a una docena conservan tan sólo la noticia bibliográfica o están sumamente alteradas. No se incluyen el conjunto de Entrerrios dependiente de la administración de Illano ni el de la Sierra de Fonfaraon adscrito a términos de Tineo. Dentro de las agrupaciones que tienden a componer estas arquitecturas merece especial atención la ubicada en la Sierra de Carondio en sentido estricto, ya estudiada hace pocos años (Graña, 1983), donde hemos



Fot. 1.—Parte de las insculturas de Pena Colmea (S. Salvador del Valledor) la asociación de trazos insinua numerales romanos

computado 31 túmulos espaciadamente repartidos y componiendo en ocasiones grupos menores. Este amplio conjunto se imbrica en realidad en un gran alineamiento topográfico de una veintena de Kms. en línea de aire que cubre las sierras denominadas del Buño, Los Hospitales, La Cabra, Santa Coloma, Carondio y pasa a través del collado de Entrerrios al Pico Gargalois, pudiendo señalarse en este itinerario hasta ese último punto 85 estructuras tumulares. Una visión de mayor alcance espacial permite constatar la prolongación de dichas arquitecturas hacia el Este sin serias dislocaciones topográficas, llegando a otros conjuntos ya sobradamente conocidos del centro-occidente (Campiello, Sierra de Tineo, Chamas Chongas, Bodenaya, Penausen, etc.). De este modo se nos reflejan aparentemente interrelacionadas desde el punto de vista espacial una serie de áreas y recorridos megalíticos corroborados por más de 200 enterramientos tumulares, cuya diferenciación en subconjuntos se nos hace evidente (De Blas, 1984).

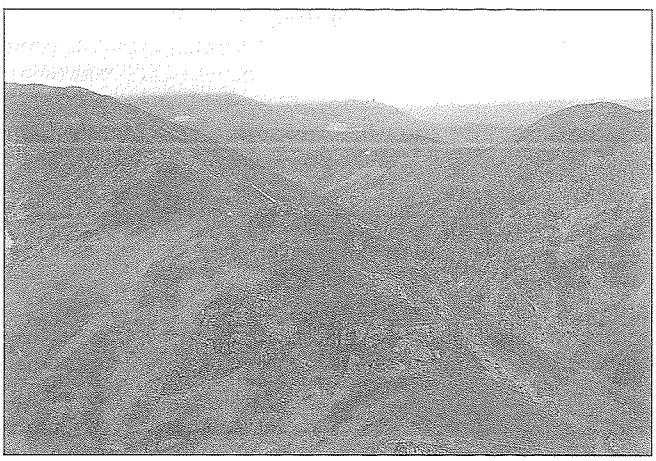
En uno de los ramales de la misma Sierra de Carondio se han identificado asociados a la necrópolis varios círculos líticos de pequeño tamaño compuestos por lajas de pizarra hincadas. Un paralelo, aunque con un espacio interior de mayor dimensión, lo ofrece el caso de Los Fitos en La Cobertoria (De Blas, 1990), recordando en común los cromlechs de montaña del País Vasco.

En la habitual pobreza de los petroglifos regionales se añaden tres nuevas estaciones monopolizadas por pequeñas cazoletas circulares sobre afloramientos pizarrosos de escaso alzado. Este rasgo acompañado por la cobertura

vegetal dificulta enormemente su hallazgo hasta el punto de hacer imposible la localización de algunas ya conocidas (González, 1975), y por tanto quedando la sospecha de la existencia de otras.

Pero si hubiese que destacar por su dimensión espacial una determinada tipología de vestigios esta habría de ser la representada por las explotaciones auríferas de época romana que ocupan varias decenas de millones de m.^{2} y entre las que se encuentran algunas de las mayores de la Hispania antigua. Con la casi totalidad de las grandes labores ya identificadas (Sánchez-Palencia y Suárez, 1985) nuestra aportación se ciñe al reconocimiento de multitud de pequeños trabajos, muchos de ellos prospecciones, y a la pormenorización de las respectivas redes de abastecimiento hidráulico. Tal como venimos comprobando en otros sectores caracterizados por la intensidad de las extracciones no resulta fácil de individualizar sin cierta arbitrariedad las distintas explotaciones realizadas, dado su alto número, su proximidad, su evolución encadenada, su dependencia hidráulica común, etc. A falta de un estudio de detalle que precise cronologías y sistemas extractivos que establezcan criterios diferenciadores quizá sea preferible abandonar la equivalencia entre corta minera y explotación para atender a los grandes conjuntos fijados por las unidades del relieve. Además del rutinario registro cartográfico se nos han hecho evidentes algunas particularidades del proceso extractivo que aunque ya apuntadas en la investigación carecían de la suficiente corroboración. En la creencia del avance de las explotaciones en dirección S.-N. hemos podido precisar a través de la cronología relativa que facilita la superposición de las redes hidráulicas, y salvo retranqueos menores, el paso de la cuenca alta del Río del Oro a la Sierra del Palo y de aquí a la cabecera del río Navelgas, ya en Tineo. Por otra parte, la situación de muchas de estas explotaciones a una altitud en la que los cursos de agua son prácticamente inexistentes impediría el desarrollo de los trabajos durante los estiajes, salvo para procesos secundarios y de mantenimiento. La dependencia de las explotaciones respecto a los recursos nivales se pone de manifiesto en un sistema extractivo fundamentado en zanjas-canales que partiendo de vaguadas de decantación nival reconducen el agua y evolucionan a veces en conchas de explotación. En otros casos los canales de captación tienen su origen en zonas de formación habitual de neveros. En la Sierra del Palo, en el estado al que llegaron los trabajos, los canales componían un circuito cerrado que conseguiría obtener la mayor parte de las fusiones nivales de la línea de cumbres.

Ninguna incorporación se añade a los doce castros conocidos (González, 1966 y 1973). Por contra, varios indi-

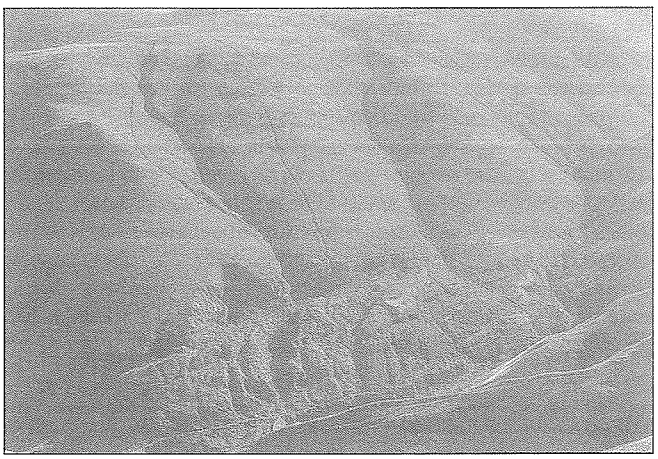


Fot. 2.—En el centro El Pico el Castro (Arbeyales), inhóspito asentamiento en las estribaciones de la Sierra del Palo, su vinculación con las labores mineras parece clara

cios deducibles de las técnicas fortificativas empleadas, de la contextualización espacial e incluso de algún hallazgo permiten concluir su vinculación casi general a los trabajos mineros. En apoyo de esta afirmación podemos mencionar los siguientes ejemplos: los fosos del castro de San Martín del Valledor se trazaron con la ayuda de una canalización de agua, el foso del castro de Piqueiros (Tremado) por su morfología debió de tener finalidades mineras



Fot. 3.—La línea de vegetación que atraviesa el argayo indica el paso de uno de los múltiples canales de las explotaciones mineras de la Sierra del Palo



Fot. 4.—Conjunto de varias conchas de extracción en las explotaciones del Arroyo del Oro, varias zanjas-canales desembocan en ellas.

continuando las labores vecinas, el castro de Figueras coincide en uno de sus frentes con las explotaciones homónimas habiéndose recogido además un fondo de sigillata. Los castros de la Garganta y Collada se incluyen entre la tipología de los torreones fortificados. Por el foso exterior del primero de ellos discurría un antiguo camino de acceso a la Sierra del Palo en una semejanza a modelos reconocidos en El Caurel (Luzon y Sánchez-Palencia, 1980). El de Collada contiguo a la explotación de La Groba Rubia quizá atendiese al enlace del Valledor con el río Navia. También El Pico el Castro (Arbeyales), asentado entre altos riscos sin ninguna rentabilidad económica ha de tener su explicación en la proximidad a la Sierra del Palo y a un antiguo camino que lleva a ella.

La cronología romana de San Chuis (Jordá, 1989) no parece cuestionable y su relación con las explotaciones mineras ha sido señalada con insistencia (Maya, 1983).

Aunque la relación de una gran parte de los castros del Occidente regional con las explotaciones no ofrece dudas y ya es sólo una cuestión de cuantificación, al margen de precisiones cronológicas, especificaciones funcionales, etc., no por ello han de restringirse a aquellos establecimientos los lugares de población. Amplios sectores mineros, caso del Arroyo del Oro (Bustantigo), no cuentan con ningún castro lo suficientemente próximo como para hacer rentable el desplazamiento diario de los trabajadores. Los campamentos mineros avalados por la estacionalidad de las explotaciones se vislumbran como una alternativa posible. Las noticias de vestigios constructivos cercanos a las explotaciones de Iboyo-Abaniella (Domergue, 1987) y del río Fresnedo apuntan en dicha dirección.

BIBLIOGRAFIA

BLAS CORTINA, M.A. DE (1984): *El Megalitismo en Asturias, consideraciones sobre el estado actual de la investigación.* Portugalia IV-V. Porto. pp. 63-69.

BLAS CORTINA, M.A. DE (1990): *Excavaciones arqueológicas en la Necrópolis Megalítica de La Cobertoria (Divisoria Lena-Quirós) y en los Campos de Túmulos de Piedrafita y El Llanu la Vara (Las Regueras).* Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986, n.º 1. Consejería de Cultura.

DOMERGUE, C. (1987): *Catalogue des mines et des fonderies antiques de La Peninsule Iberique.* Publications de La Casa de Velazquez. Madrid.

GONZALEZ, J.M. (1966): *Catálogo de los castros asturianos.* Archivum, XVI. Oviedo.

GONZALEZ, J.M. (1973): *Castros del sector lucense y otros no catalogados.* Cuadernos de Estudios Gallegos, XXVIII. Santiago de Compostela.

GONZALEZ, J.M. (1975): *Estaciones rupestres de la Edad del Bronce en Asturias.* Archivum, XXV. Oviedo.

GRAÑA, A. (1983): *El Conjunto Tumular de la Carreiriega de los Gallegos (Sierra de Carondio) Allande.* Astura, 1. Oviedo.

JORDA CERDA, F. y otros (1989): *El Castro asturiano de San Chuis.* Revista de Arqueología, 95. Madrid.

LUZON, J.M., SANCHEZ-PALENCIA, F.J. y otros (1980): *El Caurel.* Excavaciones Arqueológicas en España, 110. Madrid.

MAYA, J.L. (1983): *La cultura castreña asturiana: Su etapa romano-provincial.* Lancia, 1. León.

SANCHEZ-PALENCIA, F.J. y SUAREZ, V. (1985): *La minería antigua del oro en Asturias.* El libro de la mina. Oviedo.

CARTA ARQUEOLOGICA DEL CONCEJO DE SALAS. ENERO-OCTUBRE, 1989

Vicente Rodríguez Otero*

1.—*Localización, límites administrativos y paisaje*

El concejo de Salas está situado en el tercio occidental de Asturias, entre los 43°19'22' y 43°30'00'' de latitud N. y 6°06'31'' y 6°21'43'' de longitud O. respecto al meridiano de Greenwich. Estructuralmente, la mayor parte de Salas pertenece a la Región de Pliegues y Mantos. Sufre una fuerte tectonización durante el plegamiento herciniano. Topográficamente es un concejo en el que predominan las altitudes medias (400-800 m.), y está surcado en el SE. por el río Narcea (Muñoz Jiménez, J.: Geografía Física, en *Geografía de Asturias,* t. 1, Oviedo 1982).

2.—*Breve historia de la investigación*

La primera noticia bibliográfica que poseemos de Salas data de mediados del siglo pasado (Schulz, G.: *Descripción geológica de la provincia de Oviedo,* 1858), a partir de ese momento van apareciendo espaciadas referencias, hasta que en la década del 70 J.M. González (*Miscelánea,* Oviedo 1976) realiza la primera síntesis, recogiendo en ella la mayoría de los materiales o yacimientos hasta ahora conocidos. Por último, hasta 1977 no se realiza la primera excavación científica del municipio (Blas Cortina, M.: El Cantón I y Penausén I, en *BIDEA,* n.º 93-94, Oviedo 1978).

3.—*Planteamiento de la prospección*

El planteamiento preliminar se basó en cuestionar la ausencia del Paleolítico Superior y atribuirla a la falta de prospecciones. Entendiendo que si, por un lado, estaba constatada la presencia humana en el Paleolítico Medio y que, por otro, contábamos antes de iniciar la prospección con abundante documentación de la Prehistoria Reciente, era de suponer que el Paleolítico Superior no comenzase en Candamo. Pese haber prospectado en detalle las estrechas franjas calizas y tras la búsqueda de abrigos en lugares donde había podido actuar la erosión diferencial, los resultados han sido muy pobres; tanto el material de superficie como el encontrado en los sondeos realizados (Cueva de Los Mirones y Cueva Grande Zorrina) no nos permite filiación segura ni a esa etapa cultural ni a las precedentes.

4.—*Resultados de la prospección*

La prospección ha aportado 11 nuevos yacimientos, quedando el cómputo actual en 43. Sin embargo, el número de estructuras arqueológicas desaparecidas o materiales recientemente privatizadas es alarmante: en la última década se han perdido 11 túmulos.

5.—*Análisis diacrónico y funcional*

De las primeras huellas del hombre sólo tenemos referencias bibliográficas para Viescas (González, J.M.: *Op. cit.,* p. 21), atribuidas al Paleolítico Medio, pero no han sido confirmadas con nuevos hallazgos.

Tras el vacio cultural del Paleolítico Superior, el fenómeno megalítico está muy extendido. Si se exceptúa el dolmen de Láneo, situado en ladera (fig. 1), el resto de las necrópolis tumulares presentan dos tipos de ubicación: en collados, el menos frecuente, y en los ejes axiales de los cordales montañosos. Esta posición tan específica explica el enorme control y comunicación visual que poseen. En todos los casos, excepto en uno, constan de más de una arquitectura tumular. Por último, pueden estar situadas al lado de viejos caminos o de calzadas romanas.

De la arquitectura megalítica debemos destacar que abundan los túmulos con cámara. La masa tumular está compuesta por piedras y tierra negruzca muy podsolizada. Escaparía a esta norma el túmulo n.º 5 de la Sierra de San Juan, que posee una compleja estratigrafía. En dos casos, necrópolis de Corcinera, poseen peristalito. La captación de materia prima suele ser en las inmediaciones: es frecuente la presencia de túmulos con cámara al lado de afloramientos rocosos. En planta la forma predominante es la oval. Sus dimensiones son variadas, dominando los túmulos de mediano tamaño en longitud y altura. Todos tienen su típico pozo de saqueo y la mayoría corre riesgo inminente de destrucción.

Sobre el arte de esta etapa cultural hemos de hacer referencia a la probable existencia de dos cazoletas y dos esteliformes asociados a sendas necrópolis. Y en escultura

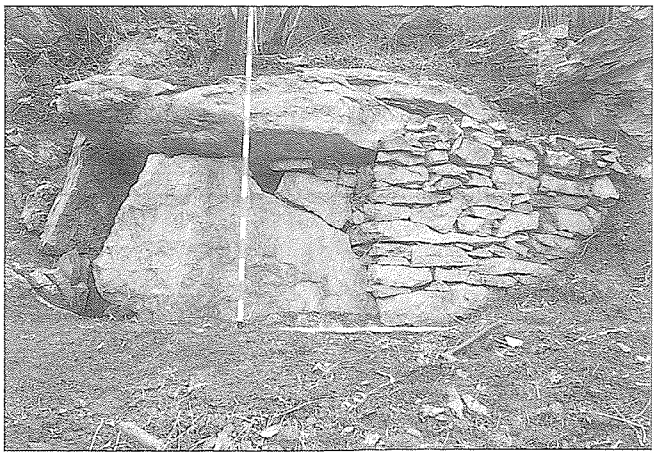


Fig. 1.—Dólmen de Láneo. Vista desde el S.E.

* Ha participado como codirector en la realización de esta Carta el arqueólogo D. Jorge Camino Mayor.

hay que señalar la presencia de material descontextualizado: un posible falo en la colección Soto Cortés (Jordá Cerda, F.: Prehistoria, en *Historia de Asturias,* t. 1, pp. 242-3, 1977).

Salas no es una excepción, común a toda Asturias, en la ausencia de estructuras de la Edad del Bronce. Sin embargo el número de producciones metalúrgicas es alto, son cinco los ejemplares conservados: un hacha del Bronce Pleno y cuatro del Bronce Final (Blas Cortina, M.: *La Prehistoria Reciente en Asturias,* pp. 140-1 y 156, Oviedo 1983).

De época castreña contamos con 9 castros reconocidos. Estos suelen estar ubicados en los espolones terminales de los cordales montañosos o bien en cerros muy destacados. Sus líneas defensivas se adaptan a esas condiciones generales del relieve, pero con importantes modificaciones de éste, creando acentuados e infranqueables desniveles. Dentro de este contexto, se han fabricado fosos en casi todos los yacimientos y su emplazamiento es, por lo general, en el cuello de unión del asentamiento con el resto del cordal, continuado a veces su desarrollo en ladera. El número de hileras defensivas es en casi todos superior a una; destaca El Espeñidal con cinco fosos. Este sistema defensivo externo se completa con parapetos, taludes y aterrazamientos. La defensa inmediata al recinto se realiza, no siempre, con una y a veces con dos murallas, elaboradas con material extraído del substrato rocoso, aprovechado para la fabricación de mampuestos de mediano tamaño con somero labrado en su cara externa. Este sistema constructivo puede ir acompañado de torreones, su erección en algún caso es indudable, en otros se puede inducir por los potentes derrumbes en los puntos de fácil acceso. Las entradas discernibles son en su mayoría una mera interrupción en los elementos defensivos, si bien merece destacar la Peña El Culladón, donde fue seccionado un promontorio para formar el callejón de ascenso. Los recintos, algún castro puede tener hasta tres, son de planta oval, dimensiones variadas: de menos de 0,2 hasta 1 Ha., y en ningún caso se han podido documentar restos de construcciones domésticas.

De la posición topográfica de los castros de Salas se pueden inducir algunos aspectos de su funcionalidad: resulta evidente en 6 casos la vinculación de estos asentamientos con vegas de valles bien desarrolladas, siendo la del Narcea la que capitaliza la mayor concentración. Por otra parte, este interés por espacios agrícolas productivos puede quedar corregido por el control que algunos asentamientos poseen sobre uno de los aspectos económicos y políticos fundamentales del momento: la minería del oro. Aunque en la actualidad carecemos de datos estratigráficos sobre la cronología de estos asentamientos y, por consiguiente, sus posibles relaciones sincrónicas con dichas explotaciones, dentro de ésta habría que destacar la de Carlés y sobre todo la de Godán-Ablaneda, esta última, una de las mayores por el volumen de tierra removido y por la ingeniería hidráulica utilizada (fig. 3). Paralelamente, además de otros indicios sobre laboreo minero, la lápida de Flaus, asociada a restos humanos y vasija de barro (Vigil, C.M.: *Asturias monumental, epigráfica y diplomática,* p. 513, 1887) es uno de los pocos vestigios económicos, culturales y sociales que muestran la profunda movilidad social que la minería acarreó en la romanización durante el siglo I de nuestra Era (Diego Santos, F.: *Epigrafía romana en Asturias,* p. 79, reed., Oviedo 1985).

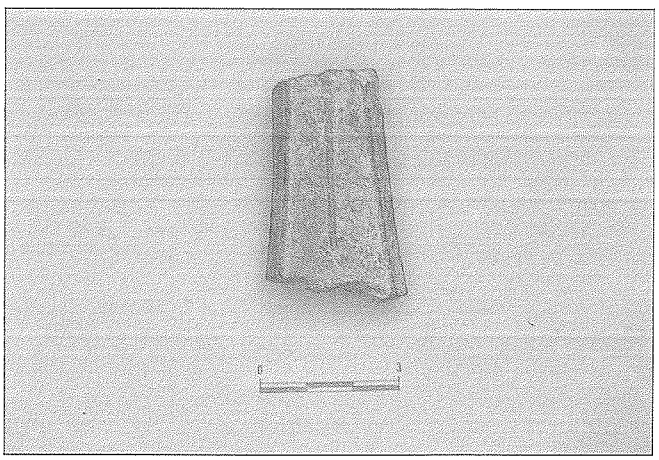


Fig. 2.—Depósito de Alaba. Fragmento de hoja de hacha

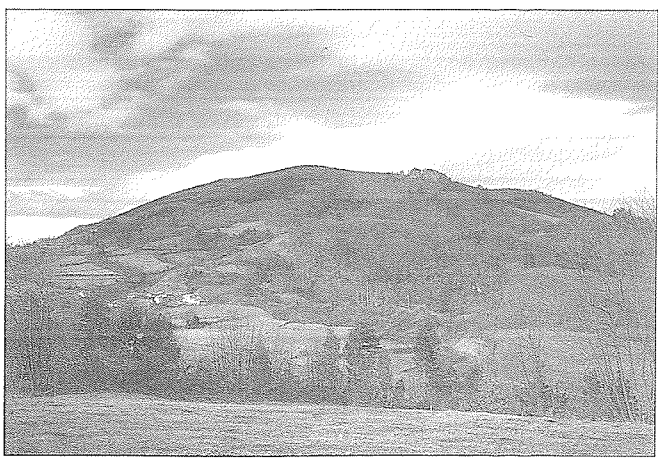


Fig. 3.—Ablaneda. Sector minero desde el E.

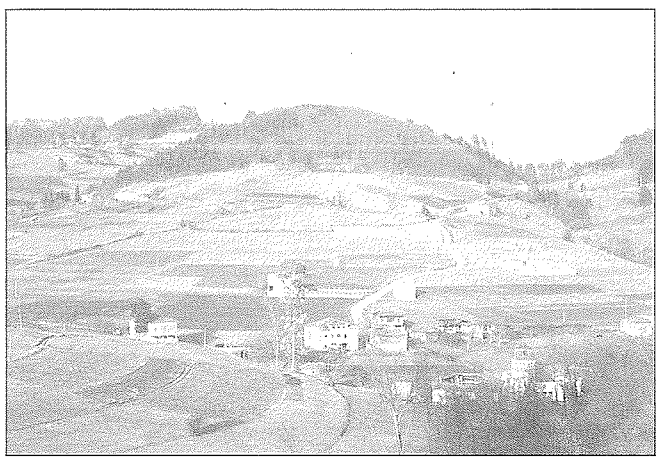


Fig. 4.—Las Cogollas. General desde el S.

Al margen de propuestas etimológicas para varios topónimos, de la etapa romano-imperial sólo tenemos noticia bibliográfica del hallazgo de Sobrerriva (Bellmunt y Traver, O. y Canella y Secades, F.: *Asturias,* t. III, p. 433, Gijón 1900), que bien pudiera relacionarse con una villa.

Por lo que respecta a las vías de comunicación, además del valle del Narcea, que bien pudo constituir un corredor de tránsito, a decir del número de castros que lo flanquean, el tramo de calzada en Bodenaya podría formar parte de una vía que uniese la zona central y occidental de Asturias, comunicando el Alto de Cabruñana con La Espina. Paralelamente, la salida a la costa quedaría asegurada por medio de una posible vía, tramo de calzada/camino real de Corcinera, que enlazase la ruta anteriormente citada con Luarca.

LAS CARTAS ARQUEOLOGICAS DE GIJON Y VILLAVICIOSA. METODO Y RESULTADOS

Alberto Martínez Villa, Otilia Requejo, Carmen Cabo* y Montserrat Jiménez**

I. INTRODUCCION

Las Cartas Arqueológicas de estos dos concejos costeros (situados en el centro-oriente de Asturias) fueron realizadas por los componentes de *Gabinete Arqueológico* entre 1989 y 1990. Aunque se trata de dos trabajos distintos hemos preferido unirlos por ser dos concejos vecinos que configuran un territorio limitado y homogéneo con una morfología similar, una misma tipología de yacimientos, y por tanto una misma ocupación histórica. Además los presupuestos metodológicos y el sistema de prospección empleado han sido los mismos en ambos casos.

El objetivo de este pequeño artículo es valorar someramente ambas cartas y sus resultados. Nuestra pretensión es exponer de forma cronológica el conjunto de yacimientos recogidos haciendo especial hincapié en su tipología y ubicación espacial. Asímismo intentar perfilar algunas hipótesis de trabajo planteadas a partir de las observaciones antes mencionadas. Somos sabedores de las dificultades que este planteamiento conlleva ya que sólo contamos con la información aportada por las labores de prospección, es decir la descripción general del yacimiento, su situación, etc. En pocos casos se cuenta con materiales arqueológicos que permitan una adscripción cronológica concreta del lugar. No obstante nos parece más interesante este enfoque, aunque también más arriesgado, que la mera exposición positivista de un catálogo de lugares.

II. EL MEDIO: LOS PROCESOS GEOMORFOLOGICOS

En este apartado se pretende ofrecer una visión sinóptica de los principales rasgos geomorfológicos que configuran el paisaje de esta comarca costera.

Consideramos fundamental esta visión, limitada por la falta de espacio, ya que nos ayuda, por un lado, a comprender mejor el territorio objeto de estudio y las relaciones del hombre con aquél (como explotador y modificador del paisaje), y por otro, porque el análisis del medio y del paisaje es un punto de partida básico en los planteamientos metodológicos de este trabajo como se verá en el siguiente apartado.

II.1. Los procesos geomorfólogicos y las formas resultantes

La evolución cuaternaria del relieve en estos concejos y su dinámica actual se encuentra condicionada por diversos factores que no entraremos a detallar: baste señalar algunos como la disposición estructural (predominantemente NO-SE), el comportamiento diferencial de los materiales (propician distintas formas de relieve según su resistencia a la erosión), el clima o la acción humana que ha dado lugar a la modificación de la dinámica natural de la zona, por ejemplo la ocupación de estuarios (Villaviciosa o Aboño) y marismas (Gijón).

Los procesos que más han intervenido en el modelado del paisaje y que lo caracterizan son: litorales, fluviales y cársticos.

El *litoral* se caracteriza en ambos concejos por la presencia de acantilados que flanquean áreas de costa baja donde se encuentran los arenales de San Lorenzo y Rodiles.

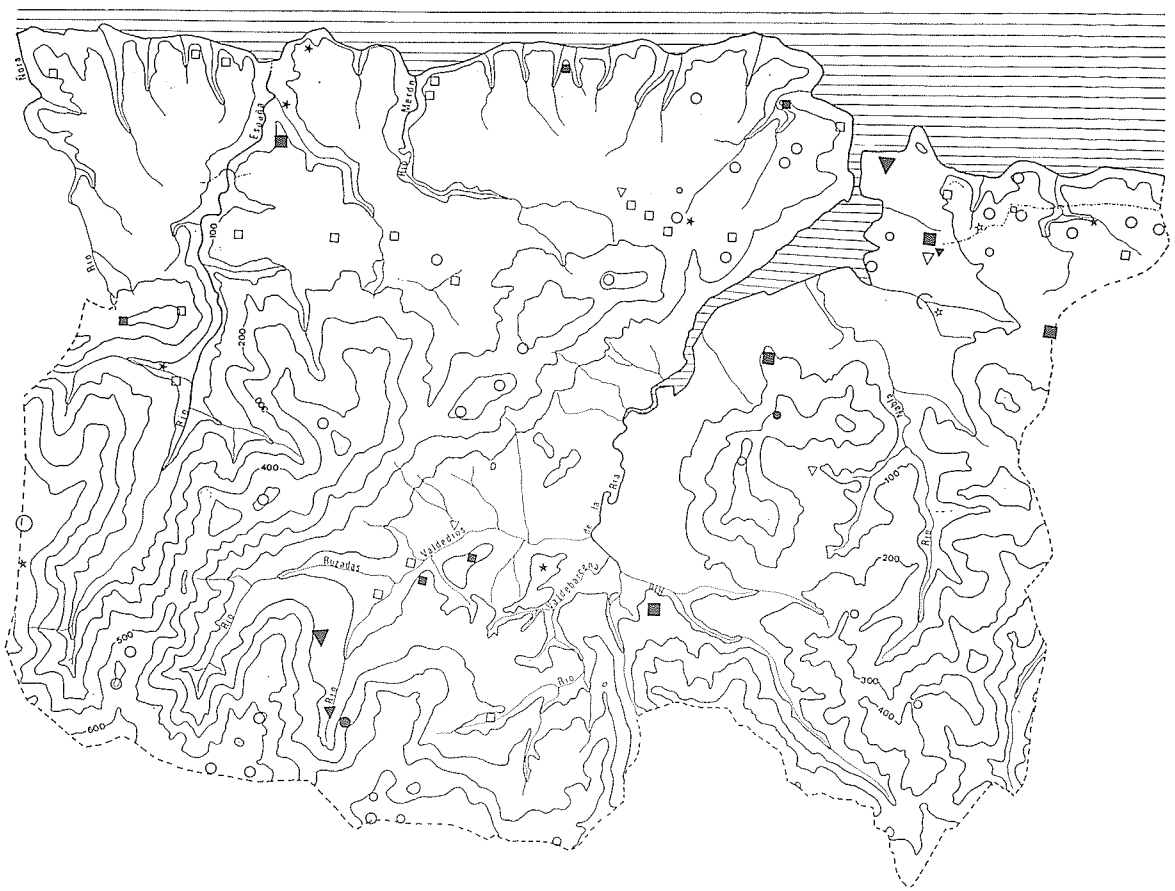
Las playas se han formado en zonas abrigadas, protegidas de la actividad marina. En su génesis intervienen, además los aportes continentales al borde costero a través de corrientes fluviales, que son redistribuidos posteriormente por el oleaje. Como ejemplos se encuentran, las playas de San Lorenzo, Rodiles, España, etc. El aporte continuo y elevado de material en la playa de Rodiles, provocó que la arena invadiese la parte posterior de la playa generando depósitos dunares, que fueron fijados, posteriormente, por vegetación.

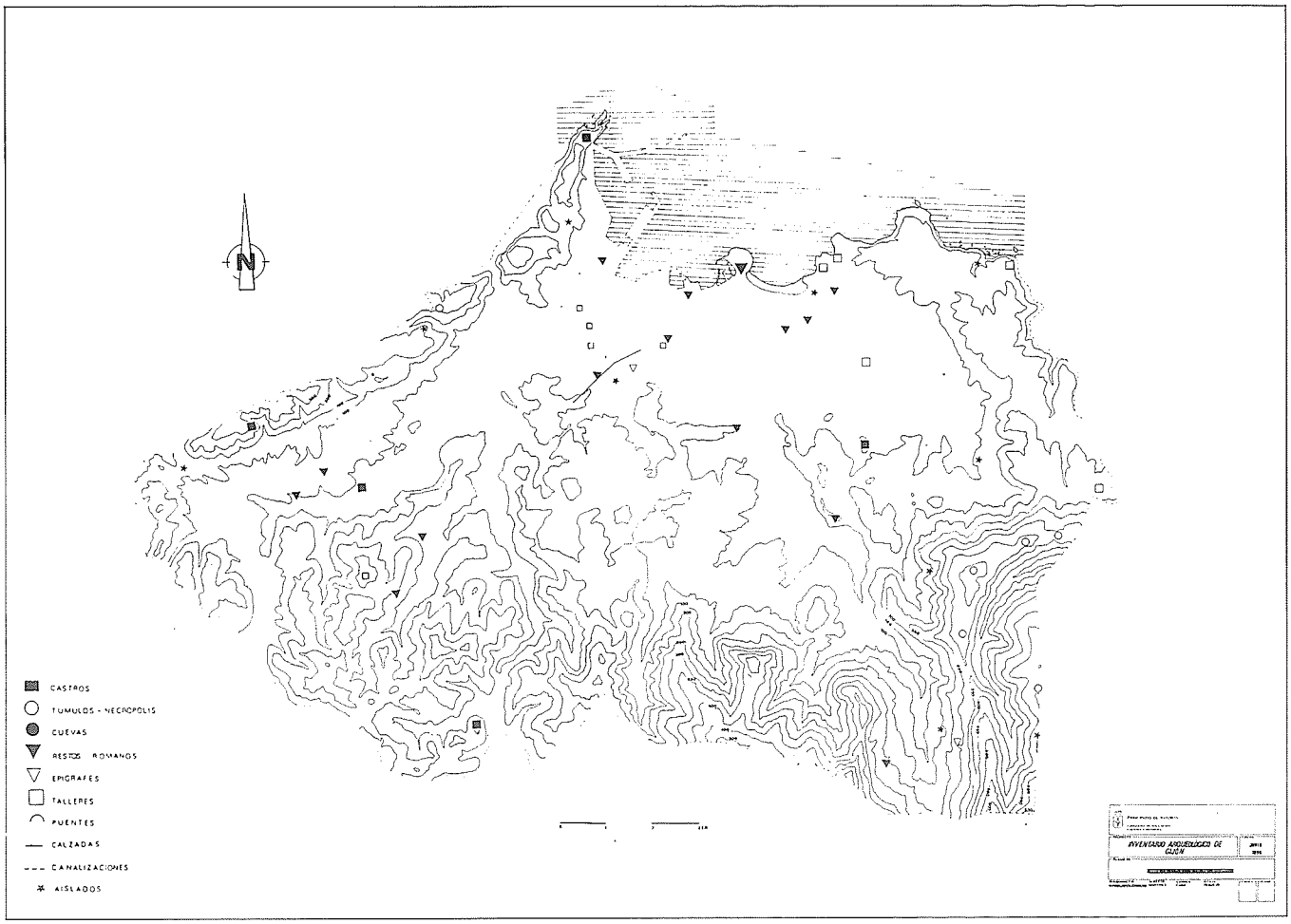
Los acantilados de esta comarca se han formado por el embate del oleaje contra los materiales del borde costero, produciendo la fragmentación y caida de bloques en la parte baja del talud con el consiguiente retroceso de este dando lugar a una zona plana (''plataforma de abrasión'').

Como resultado de la acción de los antiguos procesos litorales, se encuentran las Rasas Litorales. Corresponden a antiguas plataformas de abrasión hoy emergidas (Flor 1983; Mary 1983). Un ejemplo es la Rasa Costera II; ésta es una de las que más caracteriza el paisaje de ambos concejos y es uno de los espacios de mayor ocupación humana desde la Prehistoria. Se ha desarrollado sobre materiales jurásicos y paleozoicos (Monte Areo) con una anchura de 4 a 5 kms., una pendiente media del 16% y una altitud de 100 a 120 m.

Los *procesos kársticos* influyen en el modelado de los materiales carbonatados del Lías inferior. A gran escala, no se trata de un proceso importante en la evolución morfológica en la zona (aunque si puede ser interesante para comprender posibles vacios poblacionales, por ejemplo durante el Paleolítico). No obstante, de forma local se dan algunos elementos aislados, como son: dolinas, lapiaces (generalmente fosilizados), poljés y depósitos asociados al karst. Este escaso desarrollo del carst (por ejemplo es significativa la práctica inexistencia de cuevas) se encuentra directamente relacionado con la disposición subhorizon-

* Gabinete Arqueológico
** INDUROT


Río
Merón
Río
Río
Río



tal de los estratos (impide un gran desarrollo en vertical). Algunos ejemplos pueden ser los campos de dolinas de Arbazal (Valdediós) y el poljé de San Justo (Villaviciosa).

Por último nos referiremos a los *valles fluviales.* Se caracterizan por ser en su mayoría de tipo subsecuente, puesto que los cursos de los ríos suelen aprovechar las direcciones de las estructuras en su trazado, o la presencia de materiales fácilmente erosionables (Lutitas o Margas Triásicas).

De acuerdo con criterios de afinidad morfológica, pueden distinguirse tres grupos de ríos:

—Los ríos que constituyen las cuencas de drenaje de la Ría de Villaviciosa, la de Aboño y el Piles, caracterizados por pertenecer a redes fluviales de morfología dendrítica, con una cierta entidad. Desarrollan llanuras aluviales, especialmente en el curso bajo, de unos 300 a 500 m. de anchura. En el caso del río Aboño y de la Ría se forman estuarios en su desembocadura y en las proximidades del río Piles una importante marisma, hoy desaparecida por desecación.

—El grupo de arroyos situados en el borde costero de Villaviciosa y oriental de Gijón, caracterizados por su trazado recto y corto, con direcciones de drenaje N-S, y por la ausencia de afluentes y depósitos aluviales. En el tramo próximo a la desembocadura se encajan en la rasa, dando lugar a vertientes pronunciadas. Corresponden a arroyos poco evolucionados, de acción fundamentalmente erosiva.

—Los ríos de la Ñora, Merón y España y sus cuencas de drenaje correspondientes. Se caracterizan por poseer un trazado sinuoso, encajado en la rasa y presentar depósitos aluviales de relativa importancia, así como playas en su desembocadura. Se ha observado (Flor 1983) que las llanuras aluviales se encuentran colgadas en sus tramos finales, a unos 2-3 m. por encima del nivel medio de pleamar, lo que indica que actualmente sufren un proceso de excavación.

III. PRESUPUESTOS METODOLOGICOS

Resulta difícil exponer, en tan poco espacio, sin caer en generalidades o desviarse del tema, cual ha sido la base metodológica que ha inspirado y animado la realización de estas Cartas Arqueológicas.

Los presupuestos metodológicos empleados se han inspirado en la *Arqueología Espacial.* Entendemos que ésta ha venido a enriquecer con conceptos como *territorio* y con el análisis *de las relaciones hombre-medio,* el concepto, contenido y realización de una Carta Arqueológica.

Los yacimientos ya no se entienden como algo encerrado en sí mismo, desconectado de otros asentamientos y del medio donde se ubica y que es explotado (arqueología *off-site).*

Este nuevo enfoque arqueológico ha conseguido que el contenido de Carta Arqueológica trascienda de un mero catálogo o inventario a un estudio completo en sí mismo. La Carta Arqueológica se entiende, así, como una primera fase de conocimiento arqueológico de un territorio, se trata, como indica V. Rodríguez, de un análisis de objetos y yacimientos arqueológicos a través de su entorno, dentro de un paisaje.

III.1. Elaboración de la Carta Arqueológica

La elaboración de la Carta Arqueológica de Gijón y Villaviciosa, puede resumirse en tres fases fundamentales: Trabajo previo de gabinete (planteamientos metodológicos, recogida de datos y análisis del territorio), trabajo de campo (prospección) y trabajo de sistematización de la información.

A. Trabajo de Gabinete Previo

El primer paso sería la clarificación de los conceptos metodológicos que van a inspirar el trabajo (ya dimos cuenta de ellos antes y los iremos exponiendo en sucesivos apartados), el segundo sería la recopilación y revisión de datos de distinta índole, y por último el análisis del territorio. Con toda esta información se elabora la estrategia y el sistema de prospección más oportuno.

La revisión y recopilación de datos abarca los siguientes puntos:

—Referencias bibliográficas: recogida de noticias y referencias a yacimientos arqueológicos o evidencias, dispersas en la bibliografía (se elaboró un modelo de ficha orientado al trabajo de campo). Estos datos se situaron en un mapa topográfico (E. 1:25.000).

—Documentación: se prestó especial atención a las noticias aportadas por la diplomática medieval (topónimos, calzadas, villas, castillos, etc.). En varios casos estos lugares se solapaban con restos de épocas anteriores.

—Cartografía antigua: se recopiló una importante muestra de planos del concejo de Gijón y de la ciudad, así como en la ría de Villaviciosa de los siglos XVII, XIX y XX. La información obtenida de éstos fue de suma utilidad para reconstruir el medio natural en aquellas zonas fuertemente alteradas por el hombre (desecación de ría y marismas, construcción de centros fabriles, etc.); para situar algunos yacimientos; y para identificar el trazado de algunas vías que pudieran relacionarse con calzadas de época romana.

—Estudio de excavaciones arqueológicas: esta información sirvió para recoger importantes datos sobre las características y tipos de asentamientos, así como referencias cronológicas.

—Estudio toponímico: se tuvo especial cuidado con aquella toponimia que hiciese referencia a lugares arqueológicos o se relacionase con los mismos (se hizo una ficha y se localizaron en un mapa topográfico de escala 1:25.000).

—Fotografía aérea: su uso ha venido motivado, principalmente, por dos razones, por un lado, el análisis del territorio, y por otro la localización de yacimientos y/o evidencias arqueológicas.

Anteriormente se indicaba que los conceptos metodológicos que animaban la realización de este trabajo se basaban en la Arqueología Espacial. Dentro de ésta se desarrollaron sistemas de análisis como el STA (Site Territorial Analisys). Estos sistemas tratan de analizar desde un punto de vista teórico, la relación entre los recursos potencialmente disponibles y la explotación de los mismos por una comunidad desde un asentamiento.

Este sistema nos permite estudiar el paisaje, aproximarnos a sus recursos y, así, poder señalar las áreas potenciales para el hábitat y el asentamiento humano. Se traba de un paso previo que nos ayuda a conocer el territorio objeto de estudio y a plantear la estrategia de prospección de

la zona. Para la reconstrucción de los recursos naturales se utiliza una documentación muy variada, mapas geológicos, geomorfológicos, edafológicos, etc.

El modelo previo se construye en el gabinete elaborándose mapas con los datos aportados por la cartografía antes indicada y otro tipo de estudios más amplios (en nuestro caso siempre se han planteado, ver Apartado II). Dentro de este modelo se proponen, a tenor de la información recogida, las zonas teóricas, con mayor o menor probabilidad de presencia de yacimientos. Esta exposición teórica se comprueba posteriormente con el trabajo de campo pudiendo redefinirse el modelo inicial.

A la hora de establecer este plan teórico y durante el transcurso del trabajo de campo se usan elementos de contrastación:

A.—Patrón de asentamiento de ciertos yacimientos dentro de la región (estaciones inferopaleolíticas al aire libre, megalitos, castros, villas romanas, etc.).
B.— Comparación con patrones de asentamiento de yacimientos ubicados en comarcas de características morfológicas y medioambientales similares (por ejemplo Villaviciosa respecto a Gijón).
C.—Patrones de asentamiento de yacimientos dentro de la zona objeto de estudio. Serían lugares de ocupación conocidos previamente por referencias bibliográficas e investigaciones anteriores.

B. La Prospección

Entendida como una técnica de conocimiento arqueológico, prioritaria sobre otras actuaciones, se puede definir como el reconocimiento sistemático de un área, previamente determinada, con el fin de localizar, catalogar y estudiar zonas arqueológicas.

Existen varios sistemas de prospección, nosotros obtamos por la técnica topográfica. Esta ha sido desarrollada a partir de las propuestas metodológicas de I. Davidson y G. Bailey (1984) para el análisis espacial de yacimientos (Rodríguez Otero 1989).

Este sistema prospectivo tiene muy en cuenta la estructura geomorfológica de la zona y la red hidrográfica. Los cauces de ríos y arroyos son elementos modeladores del relieve y aglutinadores de las actividades humanas.

Esta técnica requiere, como se ha venido indicando, un estudio previo y profundo de la orografía y de los elementos que la configuran. A partir de este estudio se pueden establecer las directrices estructurales del relieve y la jerarquización de la red hidrográfica (orientarán y regirán la prospección).

Una vez reunidos estos datos se procederá a establecer las unidades espaciales de prospección (el territorio se zonifica según la jerarquización de la red hidrográfica). Dentro de cada una se indican sus recursos potenciales y los lugares más óptimos para el hábitat y el asentamiento.

C. Sistematización de la información

Concluido el trabajo de campo con la localización y documentación de los yacimientos, la información, tanto científica como la orientada a la defensa del lugar, se procesa en fichas normalizadas. Dentro de estas se incluye todo un aparato gráfico consistente en fotografías, dibujos de cortes, mapas de localización (E.1:5000 ó 1:2000), planos topográficos o secciones topográficas, dibujos de piezas, etc. En el caso de Gijón incluimos los mapas parcelarios del Plan de Ordenación Urbana y Rural, de esta manera la información sobre yacimientos arqueológicos quedaba, así, incluida dentro de dicho plan de cara a la salvaguarda de los mismos.

IV. OCUPACION CRONO-CULTURAL DEL TERRITORIO. RESULTADOS DE LA PROSPECCION

Hasta la realización de estas Cartas Arqueológicas el conocimiento que se tenía de restos arqueológicos en ambos concejos era parcial y muy desigual según los distintos periodos históricos, así por ejemplo, se sabía de abundantes restos de época romana, especialmente en Gijón, pero muy pocos de edad paleolítica o epipaleolítica. Estos trabajos no sólo han ido llenando estas lagunas sino también sistematizando, poniendo al día y agrupando la información ya existente, es decir el conocimiento que se poseía de los restos culturales desde los momentos más remotos hasta la Administración imperial romana o incluso hasta épocas más recientes. Todo ello con una doble finalidad; por un lado la catalogación del patrimonio arqueológico para su salvaguarda, y por otro la aportación de datos para la investigación científica (para más información sobre este tema nos remitimos a la memoria metodológica de la Carta Arqueológica de Gijón).

Según lo expuesto podría pensarse que la Carta Arqueológica es un trabajo que se cierra en el momento que se termina la prospección y la redacción de las correspondientes fichas y memoria. Lo cierto es que por muy intensivas que sean las labores de campo, siempre podrán hallarse nuevos yacimientos, especialmente en un paisaje como el asturiano (accidentado, con densa cobertera vegetal). De ahí que debamos ver la Carta Arqueológica como un Corpus de información básico, como medicina preventiva, pero

que debe complementarse con otras actividades. Nos referimos a los seguimientos arqueológicos en obras públicas, cascos históricos y alrededores de yacimientos. Por ejemplo en Gijón este tipo de tareas permitieron localizar varios yacimientos inferopaleolíticos y otro romano-medieval.

IV.1. El Paleolítico

Los primeros testimonios humanos en ambos concejos, principalmente en Gijón por la importancia y número de yacimientos, se corresponde al Paleolítico Inferior, concretamente al Achelense Medio y Superior.

Antes de que se llevaran a cabo ambas cartas sólo se conocían algunas piezas (generalmente bifaces) descontextualizadas que se venían atribuyendo, por su tipología, al mencionado período. En la actualidad contamos, al menos, con seis yacimientos en la zona de Gijón (Monte La Granda o Veranes, Puente Seco, Campones, Tremañes, El Rinconín 1 y 2 y Viesques). Especialmente importantes son Campones, Veranes, Viesques y El Rinconín.

Estos yacimientos, situados mayoritariamente en la cuenca de Gijón, muy próximos a la costa, se pueden poner en relación con el conjunto de asentamientos del mismo periodo del Cabu Peñes (definido por A. Rodríguez Asensio como Territorio de Caza). No obstante no se debe perder de vista la posición que alguno de ellos como Campones, ocupa en el valle del río Aboño, zona de paso natural desde el litoral hacia el centro de la región (Oviedo y alrededores) donde se encuentra otro importante núcleo de estaciones inferopaleolíticas.

Dentro del concejo de Villaviciosa las evidencias son más escasas y pobres, quedando reducidas a el hallazgo de un esferoide y un núcleo en el lugar del Requexu (Peón).

Durante el Paleolítico superior parece que asistimos a un vacio poblacional; al menos hasta ahora se venía barajando dicha posibilidad basándose sobre todo, en la ausencia de cuevas en el territorio (provocada por el tipo de estructura geológica). Ahora bien, se antoja difícil pensar en una completa ausencia de evidencias, especialmente en un territorio con zonas muy aptas para el hábitat como sonlos alrededores de los estuarios (Villaviciosa, Piles, etc.) y sobre todo cuando en los límites de concejos vecinos tenemos ocupaciones correspondientes al Paleolítico Superior (Cueva Oscura de Perán en Candás, Cueva del Molino en Libardón, Colunga).

Creemos posible que alguno de los yacimientos al aire libre localizados, correspondan a este periodo (Pumarín en Gijón, La Rasa en Grases, La Sota en Puelles, etc.), desgraciadamente carecemos de elementos de juicio suficientes para poder afirmarlo.

IV.2. El Epipaleolítico: el Asturiense

Dentro de este periodo contamos únicamente con dos yacimientos: Rio Piles (Gijón) y Sobrepeña (Tazones).

Este asentamiento está situado sobre la ría de Villaviciosa, en el borde de la rasa costera. Presenta un amplio dominio visual sobre la ría y una estratégica posición que permite acceder a los recursos costeros y de estuario y también a los que ofrecen los montes cercanos (a un kilómetro).

Sobrepeña ofreció un importante lote de picos asturienses (53, de los que 9 se conservan enteros). El resto del utillaje compuesto por cantos trabajados (8), denticulados (2), y muescas (2), piezas esquirladas (2) y un raspador-denticulado de gran tamaño, encaja perfectamente con la tónica industrial de este tipo de yacimientos. Interesante igualmente es el buen número de restos de talla (79) recogidos que denotan una importante actividad de taller en el yacimiento (a escasos metros hay afloramientos de cantos silíceos y de cuarcita).

El asentamiento Asturiense de Sobrepeña viene a cubrir el vacio existente entre los poco concretos yacimientos Asturienses del Cabu Peñes (los hallazgos más orientales se localizan en la desembocadura del río Piles en Gijón) y el núcleo del Oriente de Asturias. Conexionaría las dos áreas costeras que se suponían separadas.

IV.3. El Megalitismo: el Neolítico y el Calcolítico Antiguo

Las estaciones megalíticas son muy abundantes en ambos concejos, especialmente en Villaviciosa. La prospección ha posibilitado la localización de nuevas necrópolis, y lo que es más interesante toda una serie de "talleres" relacionados con ellas.

A. Distribución de las necrópolis

El área de dispersión de estas estaciones arqueológicas abarca distintos ámbitos, tal vez relacionable con la diversificación de explotación de recursos que caracteriza esta época (agricultura, ganadería, pesca, caza, ...), que irían desde el propio borde costero (Les Cortines en Santa Mera, Villaviciosa) hasta las sierras que separan éste de la depresión prelitoral (Les Cruces, Lluaria).

La mayor concentración se produce en la rasa costera, a ambas márgenes de la ría de Villaviciosa (Oles, Tazones, Selorio...) y en los cordales que en dirección N-S, unen la costa con las sierras interiores (Fabares, Peón, La Cobertoria, Riforque, Deva, etc.). Es decir en zonas de paso y comunicación que ofrecen, como antes se indicaba, posibilidades de acceso a diferentes recursos y fuentes de materia prima.

Por lo general todas las necrópolis y túmulos aislados se sitúan en puntos con amplio dominio visual, en zonas claves en la comunicación entre territorios, es decir accesos al interior (depresión prelitoral) o sector costero. Es igualmente, sintomático la aparición de túmulos en las proximidades de la calzada costera romano-medieval, especialmente en la rasa de Santa Mera-Lluces.

B. Tipología

Los tipos de megalitos catalogados son, por lo general, bastante simples. Hecho comprobado en las limpiezas de su superficie tumular (realización de topografías) o en el estudio de algunos cortes. Casi todos los casos son simples masas de tierra y arcilla, pocas veces la masa tumular se construye con tierra y cantos o con cantos sólo (existe la condicionante del sustrato litológico).

Son destacables dos casos que reflejan un mayor cuidado en la formación de la estructura tumular; se trata de la necrópolis de El Monte (Peón) y de la Cabaña del Marqués (Rioseco). En el primer caso nos encontramos con grandes bloques situados en la periferia del túmulo y con cantos y lajas de gran tamaño sobre la superficie (similar a los excavados por M.A. de Blas en el "Area de Recreo" de Peón). En el segundo caso se pueden observar una serie de lajas dispuestas casi en la superficie del túmulo protegiendo éste.

Respecto a las cámaras, son pocos los casos atestiguados. De los megalitos estudiados sólo hay un posible dolmen (Riforque) aunque la acción de los excavadores clandestinos lo ha deteriorado enormemente desplazando los ortostatos y la cobertera. Existen otros casos con pequeña cámara dolménica (La Cobertoria, La Arquera y posiblemente Oles y El Monte). El aspecto de éstas es similar a la de algunos megalitos de Sierra Plana (Llanes).

De tipología similar a la órbita de Sierra Plana es la cámara de uno de los túmulos de El Bayu (Santa Mera), se trata de una serie de cantos y lajas de mediano tamaño hincadas en la arcilla de base y probablemente dispuestas en círculo.

Las necrópolis suelen ser de dos a seis o siete túmulos, generalmente de dimensiones pequeñas o medianas (entre 6 y 15 m.). Sólo en dos lugares nos encontramos con necrópolis de más de una veintena de túmulos (Picu Yan, El Pedrosu, Villaviciosa y Los Cerezales, Lluaria, Villaviciosa). En ambos casos los túmulos son de escasas dimensiones (entre 2 y 5 m.), dispuestos de manera agrupada y formando alineaciones.

Hemos pensado que pueda tratarse de un caso residual o muy tardío del fenómeno megalítico.

C. Megalitos y talleres

Anteriormente se indicaba la existencia de una serie de "talleres" próximos y en relación con túmulos y necrópolis. Asociación sólo observada en los yacimientos de la rasa costera (el mismo espacio ocupado por las poblaciones epipaleolíticas). Suelen encontrarse al pie del túmulo (Monte La Rasa, Santa Mera) o a unas centenas de metros (Loyanco, Veneros, Tarrerón, San Andrés, etc.). Sólo en un caso (El Peñayu. Argüeru) lo encontramos muy distanciado. Este asentamiento al aire libre ofreció un buen número de restos de talla que denotaban una importante actividad de taller (fuentes de materia prima cercanas), entre los escasos útiles es de destacar un triángulo en sílex con retoque plano cubriente en ambas caras.

IV.4. Los castros o recintos fortificados

Este tipo de yacimientos es adscribible a la Edad del Hierro, aunque por desgracia esta cronología, de momento, sólo parece estar confirmada en la Campa de Torres (único castro excavado del que se han publicado algunos resultados). En el concejo de Villaviciosa se han excavado El Picu El Castru y el Castillo de Taloca por J. Camino pero sus resultados aún no han sido publicados.

A. Espacio y asentamiento

Los castros de esta comarca muestran una distribución espacial organizada y en la que juega un importante papel la morfología del terreno. A primera vista se puede observar una concentración de yacimientos (Picu Catalino, El Campón, Picu El Castru, Lugás, Castillo de Taloca y La Corolla) en torno a la ría de Villaviciosa y el valle que continúa ésta hacia el interior (río Valdediós). Algo similar a lo que ocurre con el valle del río Aboño en Gijón (El Castru de Serín, El Cuetu, Campa de Torres). La otra zona de asentamiento es la rasa costera (Campa de Torres, Monte Curbiellu, Castiellu de La Marina, Cerco La Barquerona y Monte Caserín).

La rasa costera es un importante espacio de paso y comunicación y es posible pensar que algunos de los castros antes mencionados deba ponerse en relación con este hecho. Es sintomático que la calzada romana que iba de Gijón a Colunga discurra al pie de algunos recintos y muy próxima (Castiellu de Bernueces, Castiellu de La Marina, El Campón, etc.).

Los lugares de asentamiento elegidos suelen ser pequeños promontorios de no más de 200 m. de altitud sobre el nivel del mar. Se han determinado tres tipos atendiendo a su posición orográfica y que posiblemente responda a un tipo de funcionalidad económica concreta y a la relación entre varios yacimientos.

—Castros ubicados en pequeños cerros dentro del valle, presentan una gran visibilidad sobre el propio valle pero no sobre la comarca en general. Por sus proximidades pasan antiguas vías de comunicación. Es el caso de El Campón, Monte Caserín, El Castillo de Taloca, La Corolla, Castiellu de La Marina, Lugás, Castiellu de Bernueces, El Cuetu, etc.)

—Castros ubicados en el extremo de sierras. Presentan un gran dominio visual sobre la comarca. Dentro de este grupo tenemos El Picu El Castru, El Castru (Serín), Picu Alba y Monte Curbiellu. Además estos recintos se sitúan en lugares que articulan el paso de la costa al interior.

—Castros marítimos. Es el caso de La Campa de Torres, Cerco La Barquerona y Picu Catalino (La Atalaya).

B. El recinto y su sistema defensivo

Como antes se indicaba los asentamientos se producen en pequeños cerros que suelen presentar buenas condiciones defensivas naturales (pronunciadas laderas, acantilados o precipicios, profundos valles, etc.). A estas defensas topográficas se adaptan anillos defensivos que atrincheren y aislen el castro por los puntos más accesibles (normalmente pequeños collados, itsmos, etc.)

Los sistemas defensivos, salvo cuatro casos, observados en el territorio objeto de estudio no son excesivamente complejos. Por lo general se reducen a un pronunciado talud sobre el que se sitúa, y no en todos los casos, la muralla; al pie del talud puede existir un foso o una terraza. De los recintos únicamente defendidos con talud tenemos (Castiellu de La Marina, Castiellu de Bernueces, El Cuetu). Los recintos con muralla, talud, foso y parapeto (antefoso) son El Campón y Monte Caserín. En estos dos casos el foso viene a rodear todo el castro, en el recinto de Monte Curbiellu el foso sólo aparece en la zona más accesible (pequeño collado). Los castros con estas características defensivas pertenecen mayoritariamente al primer grupo descrito anteriormente.

Los recintos de Picu El Castro (Miravalles), Castillo de Taloca y Lugás complican algo más su sistema de atrincheramiento al aumentar los taludes que se pueden combinar con terrazas, en los puntos de peor defensa.

Mención aparte merecen la Campa de Torres, Cerco La Barquerona, El Castru, Picu Catalino o Picu Alba. En estos casos nos encontramos con un aparato defensivo más complejo y elaborado donde se combinan varios fosos con taludes y parapetos o antecastros, o como en el caso de la Campa de Torres con muralla y parapeto de módulos.

IV.5. Epoca Romana

Los testimonios arqueológicos de época romana en estos concejos son abundantes y gran parte de ellos son conocidos gracias al interés que despertaron en estudiosos y eruditos desde el siglo XVIII. Consisten en asentamientos tipo *villae,* redes de caminos y puentes y toda una serie de hallazgos sueltos (epígrafes, monedas, etc.) que denotan el alto grado de presencia romana en esta zona.

Nos centraremos especialmente en dos tipos de evidencias: villas y calzadas.

—*"villae"*. Son los yacimientos más representativos de época romana si exceptuamos el centro urbano y amurallado de Gijón. Presentan una cronología que iría desde el s. I al s. VI (presentan su momento de apogeo en el Bajo imperio), incluso algunas como Beloño, Veranes, Natahoyo,... perviven hasta época medieval.

El mayor número de este tipo de asentamientos o de otros similares se da en la llanura en torno a Gijón. Los más importantes y conocidos son Murias de Beloño y Veranes (excavados) a los que habría que añadir una serie de asentamientos reconocidos en el s. XIX o principios del XX muchos de los cuales prácticamente han desaparecido; es el caso de Pumarín (Tremañes), de la Ería de San Miguel (El Rozu, Serín), del Natahoyo (Sta. Olaya, Gijón), de Jove, de San Tirso (Vega), de Villar (Fano) y de San Justo (Somio). A esta lista habría que añadir los restos localizados por nosotros en La Llana (San Andrés) y La Muria (Tremañes).

El concejo de Villaviciosa también presenta un número importante de este tipo de asentamientos, si bien más escaso que en Gijón. La realización de la carta arqueológica ha permitido localizar nuevos yacimientos (Prau del Cura o Foncalada en Selorio) y conocer mejor otros ya descubiertos, como el conjunto arqueológico tardorromano-altomedieval de Rodiles. Un extenso yacimiento que se está paulatinamente destruyendo. De este asentamiento destacamos la necrópolis de San Llorente donde aparecieron piezas visigodas como ajuar de algunas tumbas.

El otro gran asentamiento romano de Villaviciosa es la villa de Puelles, está situada en la cabecera del valle de Valdediós y fue construida en el s. I d.C.

Topográficamente las villas suelen situarse en pequeñas colinas muy próximas a zonas llanas o vegas, cursos de agua y vías de comunicación.

Vías y puentes: La mayor parte de este tipo de restos, en especial en el concejo de Gijón, los conocemos por referencias bibliográficas o toponímicas, la mayoría se encuentran destruidos u ocultos por nuevas carreteras y caminos. No obstante durante las labores de prospección se

pudieron localizar algunos tramos de calzada y determinar la posición de otros ya desaparecidos.

Se pudo determinar el trazado de una vía principal comentada en la bibliografía sobre el tema, que unía Gijón con Lugo de Llanera (Lucus Asturum). Esta discurría por Pumarín, Tremañes, La Picota, Cenero, Trubia, Veranes y abandonaba el concejo por las proximidades de Picún. Desde ella debían partir otros caminos secundarios. La otra vía importante era la que partía de Gijón por la costa hasta Ribadesella. De ella hemos localizado varios tramos, los más destacables son: el de Castiellu de La Marina (Puente de La Ferrería) y el de Selorio a Santa Mera (puentes de Sorriego y de Los Bueyes).

BIBLIOGRAFIA

BURILLO, F. y otros (1984): *"Un estudio sincrónico y diacrónico del poblamiento y el territorio: el proyecto interdisciplinar de Mora de Rubielos. (Teruel)"*. Arqul. Espacial. 1. pp. 187-205. Teruel.

DAVIDSON, I. y BAILEY, G.N. (1984): *"Los yacimientos, sus territorios de explotación y la topografía"*. Bol. Mus. Arqueol. Nac. II. pp. 25-46.

FERNANDEZ MARTINEZ, V.M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1984): *"El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica"*. Arql. Espacial. I. pp. 55-69. Teruel.

FLOR, G. (1983): *"Las razas asturianas: ensayo de correlación y emplazamiento"*. Trabajos de Geología, 13, pp. 65-81.

HODDER, I. & ORTON, C. (1976): *Spatial analysis in archaeology.* Cambridge.

JARMAN, M.R. (1972): *"A territorial model for archaeology a behavioor al and geographical approach"*. Models in Archaeology, pp. 705/733.

MARTINEZ VILLA, A. y otros (1989): *Carta Arqueológica del concejo de Villaviciosa.* Consejería de Cultura. Oviedo. (inédito).

MARTINEZ VILLA, A. y otros (1990): *Inventario Arqueológico del concejo de Gijón.* Consejería de Cultura. Oviedo. (inédito).

MARY, G. (1983): *"Evolución del margen costero de la Cordillera Cantábrica en Asturias desde el Mioceno"*. Trabajos de Geología 13, pp. 3-35. Universidad de Oviedo.

RODRIGUEZ OTERO, V. (1989): *Carta Arqueológica de Langreo.* Langreo.

CARTA ARQUEOLOGICA DE PEÑAMELLERA ALTA Y BAJA. MAYO-OCTUBRE, 1990

Vicente Rodríguez Otero

Han participado en la prospección de esta Carta, entre otros, el arqueólogo D. Leonardo Martínez, los estudiantes Manuela Castrillo, José Ignacio Grossi y Manuel Antonio Lorenzo y, por último, el maestro cantero y cazador D. Miguel Gutiérrez Noriega. Asímismo, hemos recibido abundante información oral del médico de Panes D. Gregorio Gil y del arqueólogo D. Alberto Martínez. Por último, hemos contado en todo momento con el asesoramiento técnico de los Profs. Drs. D. Javier Fortea Pérez y D. Marco de la Rasilla Vives.

1.—*Localización, límites administrativos y el paisaje*

Ambos municipios ocupan, junto con el de Ribadedeva, la parte más oriental de Asturias. Están comprendidos entre las siguientes coordenadas: 43°15'21''—43°21'54'' de latitud N. y 0°49'25''—1°06'00'' de longitud O. Pertenecen al partido judicial de Llanes, las capitales de concejo son respectivamente Alles y Panes y cuentan con 8 parroquias cada uno.

El paisaje se organiza en torno al valle del río Cares en las estribaciones orientales del Dominio de los Picos de Europa. Topográficamente ocupan gran parte de la cadena prelitoral de la Sierra del Cuera y geomorfológicamente están dentro del Surco Prelitoral. El substrato rocoso predominante es la caliza, lo que ha provocado un relieve karstificado, uno de los más vigorosos de Asturias, acompañado de fuertes pendientes. Estas están ocupadas por coluviones o bien sirven de substrato al encinar. Las zonas altas están dedicadas a pastos o a frondosas y las fértiles vegas a huertas (IGME: *Mapa geológico de España,* E. 1:50.000, hojas 32, 56 y 57, Madrid 1978-1984. Muñoz Jiménez, J.: Geografía Física, en *Geografía de Asturias,* tomo 1, *passim,* Oviedo 1982).

2.—Breve historia de la investigación

El primero en entrar en la bibliografía es el valle alto en 1900 (Canella y Secades, F.: Peñamellera, en *Asturias,* tomo III, p. 419, Gijón 1900), pero no es hasta la década de los setenta cuando se integra en la bibliografía científica con la publicación de un artículo sobre arte parietal (Moure Romanillo, A. et al: Noticia preliminar sobre los nuevos yacimientos de arte rupestre descubiertos en Peñamellera Alta (Asturias), en *Trabajos de Prehistoria,* vol. 29, p. 245 y ss., Madrid 1972). En cambio, Peñamellera Baja comienza su andadura en la bibliografía científica en época temprana, en 1908, con la cita de una cueva de la que aún hoy desconocemos su localización: la Cueva del Agua (Sierra, L.: Notas para el mapa paleoetnográfico de la Provincia de Santander, en *Actas y memorias del I Congreso de Naturalistas de España,* p. 117, Zaragoza, 1908). Sin embargo, ambos concejos son especialmente conocidos en la bibliografía científica por la riqueza de sus manifestaciones artísticas parietales, por lo que las citas desde 1914, año en que se da a conocer la cueva de La Loja, son innumerables.

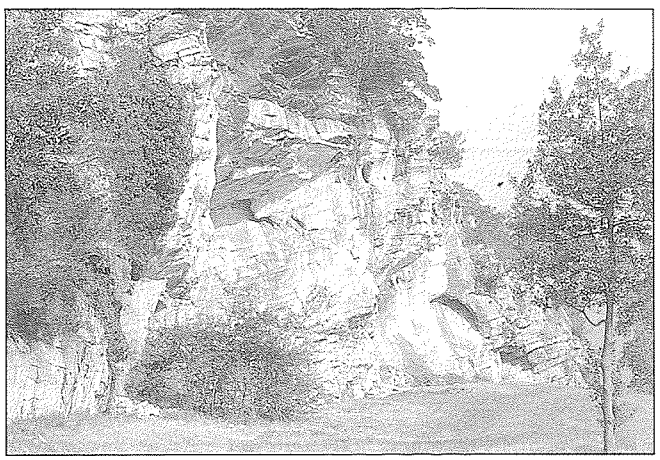


Fig. 1.—Gran abrigo de Panes. Detalle

Por último, hay que reseñar que en estos momentos existe un plan de investigación en el valle coodirigido por los citados Profs. D. Javier Fortea Pérez y D. Marco de la Rasilla Vives.

3.—*El planteamiento de la prospección*

En la prospección de ambos concejos hemos aplicado el método inductivo-deductivo, lo que nos ha permitido organizar una prospección selectiva tratado de localizar yacimientos de las etapas culturales poco o nada patentes, al mismo tiempo que profundizábamos en la búsqueda de aquellas otras en las que potencialmente estaban bien representados. A saber: Paleolítico Inferior y Medio en las terrazas de la red jerárquica principal; cuevas o abrigos en la caliza o en los cambios litológicos relacionados con la erosión diferencial. Paleolítico Superior en los tramos topográficos de los valles subsidiarios propicios: las inmediaciones a sus cabeceras y las cercanías a las desembocaduras; estaciones con arte parietal y *villae* fundamentalmente en la unión de los ríos Deva-Cares; arte esquemático o megalitismo en los collados y abrigos de las zonas altas; Edad de los Metales en espolones, cerros aislados y abrigos; romanización en los pasos naturales y en ríos. Por último, minería en las bandas de radiolaritas u otras posibles mineralizaciones en las calizas.

4.—*Resultados de la prospección*

Antes de iniciar nosotros este trabajo eran 9-10 los yacimientos publicados y, pese a que el territorio ya había sufrido "una amplia exploración" (Arias Cabal, P. et al.: Las excavaciones en la Cueva de Los Canes y otros trabajos en la Depresión Prelitoral del oriente de Asturias (1981-1986), en *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86,* p. 135, Oviedo 1990), hemos descubierto 39 nuevos yacimientos, sin contar los yacimientos de filiación medieval (4 puentes, de los que eran conocidos 2; 3 necrópolis; 1 eremitorio; 1 iglesia posiblemente románica, además de las dos ya conocidas y 4 torres, a las que habría que añadir el ya conocido Picu Jana).

5.—*Análisis diacrónico y funcional*

Aún con los materiales en estudio, avanzamos, con reservas, los siguientes resultados: han aparecido seis talleres al aire libre, siendo especialmente rico uno de los localizados en Mier (Peñamellera Alta).

Del Paleolítico Inferior y Medio el valle alto cuenta ahora con dos yacimientos y Peñamellera Baja con tres.

El Paleolítico Superior es la etapa más rica en ambos concejos, ya que de un total de 19 estaciones 6 poseen arte parietal, sumándose a las ya conocidas (La Loja, Llonín, Coimbre y Traúno) la de Subores (fig. 2) y La Paré de Nogales.

El Neolítico, del que hasta ahora no poseíamos ninguna referencia, es probable que esté representado en Peñamellera Alta con el yacimiento de La Cuevina de Don Gregorio, donde apareció un fragmento de cerámica decorada con impresiones paralelas de cordeles. Asímismo, del megalitismo, hasta ahora también ausente, se conservan dos estructuras tumulares seguras, una de ellas, el túmulo de Jancagüérnica, dentro de un contexto topográfico sólo equiparable al megalitismo costero y a algunas estructuras de los concejos de Siero y Llanera.

Al Calcolítico o al Bronce podrían pertenecer, además de la conocida cueva de Las Brujas por su parte y materiales paleolíticos, una cueva y dos abrigos, uno de ellos (Rubena 1) también con secuencia cultural al menos desde el Magdaleniense.

Tras el vacío, más o menos extendido a toda Asturias, referente a la Edad del Hierro, la romanización, hasta ahora no documentada en las Peñamelleras, está cualitativamente bien representada. A esta etapa puede pertenecer el conjunto monumental de Abándames, donde hemos encontrado un asentamiento fortificado de planta rectangular en un enclave que domina la unión Deva-Cares, la fértil vega de Abándames y visualmente el paso natural a la costa a través del Cuera (fig. 3). Acompañan a este yacimiento un puente, una fuente y una calzada. La pervivencia de este asentamiento queda documentada tras el descubrimiento de una necrópolis medieval en el citado pueblo de Abándames.

Topográficamente, todos los yacimientos, excepto dos, están por debajo de los 300 m. de altitud. Asímismo, la ubicación topográfica de los distintos yacimientos revela una selección del espacio distinta en función de la cultura a la que pertenecen: en relación con la red fluvial principal (el Cares o el Deva), se encuentran la totalidad de los yacimientos del Paleolítico Inferior y todos los talleres, algunos yacimientos del Paleolítico Medio, escasas estaciones del Paleolítico Superior y arte parietal, un túmulo y



Fig. 2.—Cueva de Subores. Macarroni

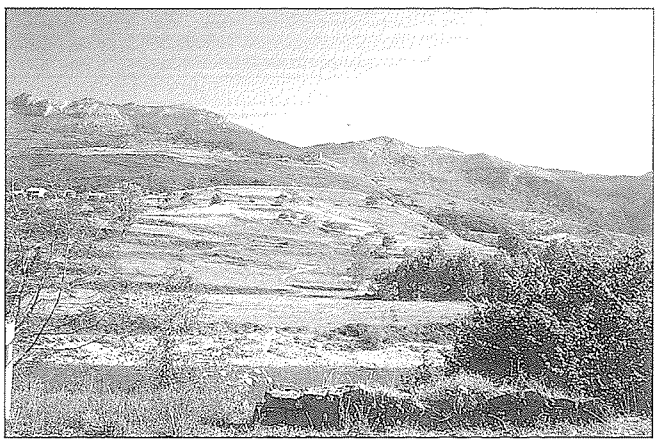


Fig. 3.—Abandames. Asentamiento fortificado. Vista S.S.O.

un asentamiento fortificado. En cambio, el Paleolítico Superior muestra una predilección por los valles subsidiarios del Cares, localizándose la gran mayoría de los yacimientos pertenecientes a este periodo cerca de la unión con la red fluvial mayor o cerca de la cabecera. También ligados a éstos está adscrito el puente, posiblemente romano, de El Acebal (fig. 4). En relación con los collados o espolones de La Sierra del Cuera se encuentran la necrópolis tumular de Trescueto y un asentamiento fortificado.

Por último queremos reseñar que no hemos podido localizar algunos de los materiales descontextualizados o yacimientos arqueológicos publicados, a saber: algún material en La Aceña (Rodríguez Asensio, A.: *La presencia humana más antigua en Asturias,* p. 119, Oviedo 1983), la citada cueva del Agua, la cueva del Sel (Obermaier, H.: El hombre fósil, p. 262, Ediciones Istmo, Madrid 1985), ni los últiles de piedra ni nada que recordase el "probable origen celta" de Oceño (Canella y Secades, F.: *Ibid*).

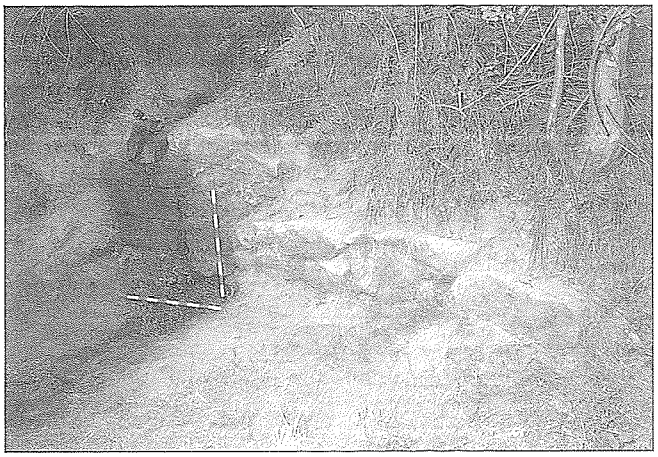


Fig. 4.—Abandames. Fuente del Acebal

III
SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS

NOTICIA SOBRE LOS TRABAJOS ARQUEOLOGICOS REALIZADOS EN EL MONASTERIO DE SAN SALVADOR DE CORNELLANA (SALAS)

Alberto Martínez Villa, Carmen Cabo y Otilia Requejo Pagés*

El breve informe que exponemos es un resumen de la Memoria de excavación (campañas de 1988-89) presentada a la Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Esta se realizó durante la intervención arquitectónica que se llevó a cabo en el monasterio. Se omiten, por razones de espacio, todo el estudio histórico-artístico del edificio, previo a las labores arqueológicas, y la descripción de los trabajos.

La actuación arqueológica se centró principalmente, en aquellas áreas que iban a verse afectadas o alteradas por las obras de restauración. Ambas intervenciones, arqueológica y arquitectónica, fueron planificadas coordinadamente por el equipo de arquitectos y arqueólogos para que ninguna de las dos pudiera entorpecer el desarrollo de la otra.

Las zonas de actuación fueron las siguientes: Zaguán, Paso del Zaguán al Claustro, Claustro, Abside y Plazuela del Granero. Es obvio que una intervención de estas características (no tratando el yacimiento, y por ende el edificio en su totalidad, lo que daría una mejor visión de conjunto), conlleva muchas limitaciones. La más importante es una visión parcial del yacimiento, con una dispersión de datos y evidencias que deja algunas preguntas sin responder.

Los trabajos arqueológicos comenzaron por la realización de varios sondeos en las zonas antes enumeradas. A partir de la información así obtenida se plantearon dos excavaciones sistemáticas: una en la zona del claustro al haberse documentado una necrópolis medieval; y otra en la zona exterior del ábside donde, en principio, se localizaron varios muros y restos de un osario.

Tanto la información recogida en el transcurso de la excavación, como la obtenida del análisis del edificio y de la escasa documentación sobre el mismo nos permitieron establecer las siguientes conclusiones:

A. Fase "Prerrománica"

La excavación realizada tras el testero de la iglesia permitió localizar, entre otras estructuras, las trazas de un muro de mampostería con algún sillar reaprovechado, que se adentraba en la huerta monástica. Este muro había sido cortado por la cimentación del ábside. Aparecía recubierto por una capa que contenía cerámicas pleno medievales (s. XII-XIII). En el nivel de derrumbe se encontraron también fragmentos cerámicos, alguno de los cuales podría adscribirse a los siglos X-XI.

Esta estructura puede corresponder a alguna de las edificaciones del primitivo cenobio o a las que sirvieron de base para su fundación a principios del s. XI.

B. Fase "románica"

El siglo XII se refunda el monasterio y entra en un periodo de gran prosperidad bajo la Orden de Cluny. Surgen nuevas construcciones y se reordena todo el edificio.

Los restos conservados del antiguo monasterio se centran principalmente en torno a la iglesia, se trata de la torre, algunas arcadas y parte de lienzos aún visibles y situados en la esquina NE del claustro. Una de las piezas más interesantes es una pequeña capilla funeraria de estilo protogótico. Todos estos espacios mencionados se sitúan cronológicamente entre los siglos XII y XIII.

Las excavaciones en el jardín del actual claustro (edificado sobre el medieval aprovechando aquel como base) mostraron una extensa necrópolis de tumbas de lajas de las que sólo se excavó un n.º reducido de ellas (se preservó la casi totalidad del yacimiento pensando en una excavación extensiva). En los enterramientos estudiados la cabeza se apoyaba sobre una almohadilla de barro o piedra y se encajaba entre dos orejetas del mismo material. El cuerpo aparecía, en parte, delimitado por una hilera de cantos. Las lajas se unían, sellando la tumba, con tiras de arcilla. Esta se cubría con un túmulo de cantos y tierra. Todo el conjunto se encontraba depositado en una fosa ovalada excavada en la arcilla de base. Tipológicamente estas tumbas se pueden encuadrar entre los siglos XII-XIV.

Los restos óseos recogidos presentaban un deficiente estado de conservación y fueron restaurados y estudiados por el Doctor Egocheaga y su equipo de la Universidad de Oviedo.

C. Epoca Moderna, periodo Barroco-Clasicista

Durante los siglos XVI y XVII las remodelaciones dentro del monasterio son muy escasas. En esta época se construye la actual sacristía que en principio estuvo abovedada (la bóveda de cañón fue cortada al añadir un piso más a este edificio) y el coro de la iglesia. La excavación realizada en la Plazuela del Granero permitió localizar una parte del alcantarillado de esta época.

La gran obra de reforma del monasterio y que le confieren el aspecto actual se realizan en el s. XVIII. Las excavaciones en el lado Este (Plazuela del Granero) permitieron localizar parte de una antigua ala del monasterio que debió derruirse en el s. XIX y que formó parte de ese gran proyecto edilíceo del s. XVIII. Creemos que esta crujía, que formaba una "L", podría corresponder con el patio de servicios del convento.

* Gabinete Arqueológico

LA IGLESIA DE SAN VICENTE DE SERRAPIO (ALLER). TRABAJOS ARQUEOLOGICOS

Alberto Martínez Villa y Otilia Requejo Pagés*

La iglesia de San Vicente de Serrapio se encuentra situada en la cima de un elevado promontorio a cuyos pies se sienta el pueblo de Serrapio.

Los trabajos arqueológicos llevados a cabo en el mes de Agosto de 1988 estuvieron motivados por las obras de desmonte del muro de cierre del campo de la iglesia.

La intervención arqueológica se basó en tres puntos:

—Seguimiento del desmantelamiento del muro. Se atendió especialmente a la mampostería por si hubiera materiales reaprovechados. Igualmente se vigiló que los trabajos no afectaran al posible yacimiento.
—Limpieza y registro estratigráfico de los cortes que quedasen visibles después de ser desmantelado el muro.
—Excavación de las evidencias arqueológicas que apareciesen después de finalizadas las tareas de desmonte.

I. DESCRIPCION DE LOS TRABAJOS

La intervención arqueológica se centro especialmente en la zona oeste. El desmantelamiento del muro sacó a la luz una interesante estratigrafía y varios enterramientos de lajas bajo la base. Se procedió a limpiar el corte estratigráfico y a excavar las tumbas aparecidas (muy afectadas por la construcción del cierre).

Estratigrafía:

N. I y II: Rellenos actuales.
N. III: Osario.
N. IV: Capa de color pardo oscuro y matriz arcillosa. De potencia irregular y nunca superior a 20 cms.
N. V: Capa de tonalidad verdosa y matriz arcillosa, con cantos de pequeño tamaño.
N. VI: Bolsada de color gris oscuro que contenía abundantes cantos angulosos, tejas y algún fragmento de cerámica.
N. VII: Capa de gran potencia, tonalidad verdosa y matriz arcillosa.
N. VIII: Capa de gran potencia (entre 20 y 50 cms.). Contiene varios enterramientos.
N. IX: Arcillas de base.
N. X: Roca madre. Pizarras muy tectonizadas.

II. ENTERRAMIENTOS

El desmonte del muro de cierre y la posterior limpieza del corte y del suelo permitió descubrir parte de una necrópolis relacionada con la iglesia y que rodearía ésta abarcando una buena parte del campo periférico (sabemos que cuando se arreglaron los accesos al tempo aparecieron varias tumbas de lajas). La zona por nosotros estudiada, se sitúa en el extremo de la necrópolis, justo en la rotura de pendiente (sobre ésta, más tarde se levantaría el muro de cierre). Es posible pensar que los enterramientos fueran yuxtaponiéndose en el espacio desde los alrededores de la iglesia hasta el comienzo de la ladera. Una vez saturado aquel comenzarían a superponerse.

Los enterramientos estudiados, al margen de los osarios del nivel III, eran del tipo de tumbas de lajas. Su planta era trapezoidal y estaban construidas con lajas finas de arenisca, que se encajaban en una fosa excavada parcial o totalmente en la roca. Se orientaban mayoritariamente según la iglesia.

Uno de los enterramientos, tal vez el más interesante, estaba construido con distintos materiales (cantos rodados, calizas grises, margas, etc.), la planta era rectangular, algo más ancha hacia el centro, la cubrición estaba formada por la acumulación de lajas de distintos tamaños, lo que confería a la tumba un aspecto más tosco que las del grupo anterior. La cabecera presentaba orejetas y una almohadilla de piedra para fijar la cabeza y sobre ésta aparecía una mancha de carbones.

III. CONCLUSIONES

Los trabajos arqueológicos realizados en la iglesia de San Vicente de Serrapio han permitido descubrir parte de una importante necrópolis que parece estar relacionada con el templo románico (s. XII), al menos la tipología de las tumbas apunta a fechas entre los siglos XII y XIII.

No obstante este no es el único dato de interés que ofrece este yacimiento, la aparición de una estela romana dedicada a Júpiter y una inscripción que hace referencia a un tempo anterior (s. X) (Miguel Vigil. 1887), hacen interesante la continuidad de los trabajos de excavación en este lugar.

BIBLIOGRAFIA

DIEGO SANTOS, E. (1985): *Epigrafía romana asturiana.* Oviedo.
MARTINEZ VILLA, A. (1989): *San Vicente de Serrapio (Aller). Estudio Arqueológico.* Oviedo. Informe Inédito.
MIGUEL VIGIL, C. (1887): *Asturias Monumental, Epigráfica y Documental.* Oviedo.

* Gabinete Arqueológico

LA SECUENCIA ESTRATIGRAFICA DE LA CUEVA DEL ANGEL (TUÑON, SANTO ADRIANO), Y EL MATERIAL ARQUEOLOGICO ASOCIADO

Gema Adan Alvarez*, Jesús Jorda Pardo**

Con la construcción de la carretera TRUBIA-PROAZA, a la altura de Tuñón (Santo Adriano), se modificó la pendiente de acceso a la Cueva del Angel (sin catalogar). La intervención arqueológica estuvo centrada en el estudio del corte y de las industrias asociadas al mismo. En la Memoria-Final (Adan 1990) junto a las conclusiones, exponíamos la necesidad de adoptar medidas para la urgente protección del yacimiento al detectarse excavaciones clandestinas. La empresa AUXINI contrató al arqueólogo a petición de la Consejería de Cultura de Asturias.

LITOESTRATIGRAFIA DEL YACIMIENTO

La Cueva del Angel (Tuñón, Santo Adriano) está desarrollada en las Calizas de Montaña (Namuriense) del borde occidental de la Cuenca Carbonífera Central (Pello 1974). La cavidad situada a la cota de 160 m. (s.n.m.), se abre en la orilla E. del río Trubia del que dista unos 40 m. Su orientación es hacia el NE.

Hemos obtenido la secuencia litoestratigráfica de forma sintética, a partir de las secciones estratigráficas del corte Norte del Cuadro C4 y a los cortes N. y W. del Cuadro A2., alcanzando en su conjunto una potencia máxima de 3,5 m. Si bien la numeración de los diferentes niveles se hizo de techo a muro, en función del avance de la excavación, en esta descripción optamos por ceñirnos al orden lógico de sedimentación. De muro a techo encontramos los siguientes niveles:

Caliza intensamente fractura y alterada, que constituye la roca del sustrato sobre la que descansa el relleno del abrigo.

N. 12 (20-60 cm.). Arcillas rojizas con abundantes fragmentos de caliza del sustrato en su base, y cantos angulosos, autóctonos, muy dispersos hacia el techo (centil 10 cm.). Se dispone rellenando el relieve del suelo por lo que su geometría es muy irregular. Es estéril.

N. 11 (20 cm.). Arcillas de color marrón oscuro, con escasos cantos angulosos, autóctonos, que se encuentran muy saturadas de agua. Su geometría es tabular, acuñándose lateralmente. Contienen materiales arqueológicos líticos de dudosa procedencia.

N. 10 (25-40 cm.). Arenas, limos y arcillas de color negruzco, con cantos rodados de origen fluvial, alóctonos, y algún canto anguloso autóctono disperso. Es erosivo sobre el anterior y consta de dos tramos: el inferior o N.10.2. (20-30 cm.) con abundantes cantos fluviales (centil 10 cm., media 5 cm.) rodeados de matriz arcillosa de tono negro, y el superior o N.10.1. (10-20 cm.) con menor proporción de cantos fluviales de pequeño tamaño (centil 3 cm.) y una mayor presencia de clastos angulosos autóctonos. Su geometría es irregular, ciñéndose al relieve de la superficie deposicional. Este nivel es rico en materia orgánica carbonizada, y contiene abundantes materiales antrópicos de posible adscripción Auriñaciense.

N. 9. (40-60 cm.). Corresponde a materiales arenosos de color amarillo que proceden de la alteración de un gran bloque calizo. Aparecen sueltos y lateralmente están cementados por carbonato cálcico. Su geometría es irregular y está en relación con el gran bloque desprendido, que aparece sobre ellos en el lateral de la sección descrita, dejando una estrecha zona en la que prosigue la sedimentación. Ocasionalmente estas arenas contienen materiales arqueológicos intrusivos.

N. 8. (50 cm.). Arcillas arenosas con gravas y cantos autóctonos, de geometría tabular a lenticular, estratificadas en dos tramos: el inferior o N.8.2. (30 cm.), de color marrón claro, con abundantes gravas y el superior o N.8.1. (20 cm.), más oscuro y con menor contenido en clastos (centil 10 cm.). Descansa de forma erosiva sobre el N.10. y lateralmente choca con las arenas del N.9. Contiene escasos restos antrópicos que aumentan hacia el contacto con el N.10.

N. 7. (20 cm.). Arcillas rojizas que forman un nivel guía al hallarse por toda la secuencia estratigráfica. Constituyen el relleno de una cicatriz erosiva, y descansan directamente en el corte W. de A2. sobre el N.10.2. Contienen bloques y cantos autóctonos muy dispersos (centil 13 cm.) y escasos restos óseos.

N. 6. (15-25 cm.). Arenas marrones con cantos autóctonos dispersos (centil 10 cm., media 5 cm.). Su geometría es tabular a lenticular. Hay restos óseos.

N. 5. (2-15 cm.). Arcillas y arenas finas de color negro con geometría lenticular, afectadas en el techo por numerosos bloques autóctonos desprendidos del abrigo (centil 25 cm.). En algunos puntos de la plataforma constituye el suelo de la misma por erosión de los niveles suprayacentes, y aparece cubierto por un delgado suelo vegetal actual que lo removiliza. Contiene restos antrópicos líticos y óseos.

N. 4. (5-20 cm.). Cubierto.

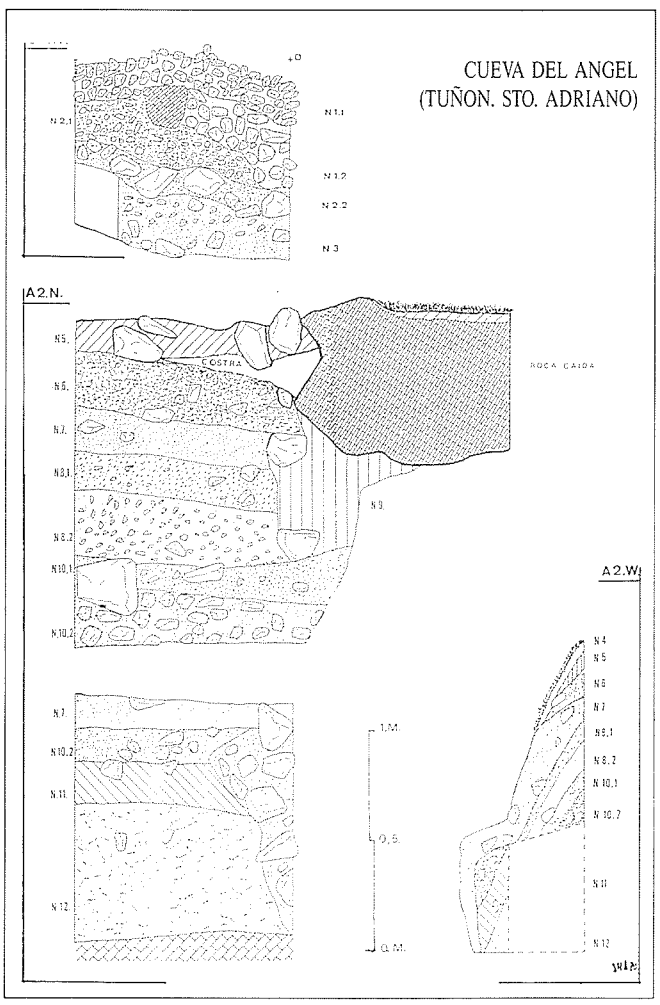
N. 3. (20-30 cm.). Arenas marrones con clastos angulosos autóctonos dispersos, de tamaño mayor hacia la base (centil 13 cm.) y menor hacia el techo (centil 8 cm.). Geometría tabular.

N. 2. (10-30 cm.). Arenas rojizas fácilmente disgregables, con abundantes clastos angulosos autóctonos. En los 10

* Gabinete Arqueológico.
** Instituto Tecnológico GeoMinero de España, Area de Ingeniería GeoAmbiental.

cm. basales (N.2.2.) los clastos son tamaño bloque y canto con centil 15 cm., media 5 cm. Mientras que hacia el techo (N.2.1., 5-20 cm. superiores), predominan los de tamaño canto (centil 5 cm., media 3 cm.). Este nivel es erosivo sobre el infrayacente y su geometría es tabular muy irregular.

N. 1. (20-50 cm.). Bloques, cantos y gravas muy angulosos, autóctonos, con una matriz de arenas calcáreas finas, todo ello cementado por carbonato cálcico. Son fuertemente erosivos sobre el nivel anterior por lo que su geometría es muy irregular. Hacia el muro (N.1.2., 20-30 cm.) predominan los bloques y cantos (centil 25 cm., media 7 cm.) cementados con escasa matriz, mientras que hacia el techo (N.1.1., 20 cm.) los cantos son menores (centil 6 cm.), apareciendo rodeados por una matriz arenosa-limosa de color gris claro, cemented por carbonatos.



En la secuencia litoestratigráfica descrita observamos cuatro tramos con características diferenciales. El más basal (N.12. y N.11.) se caracteriza por la fuerte influencia del sustrato y por una sedimentación de baja energía producida por infiltración vertical del agua y escorrentía superficial, con aportes gravitacionales autóctonos. El tramo medio inferior (N.10) corresponde a un momento de sedimentación alóctona, de origen fluvial, producto de una disminución brusca en la energía del río, que da lugar a la sedimentación de la carga de fondo (cantos, gravas y arenas) y de la carga en suspensión (limos y arcillas). Este tramo aparece separado del siguiente por la caída de bloques (N.9.). El tramo medio superior (N.8. a N.5.) se caracteriza por una sedimentación de baja energía producida por infiltración vertical y escorrentía superficial, con aportes gravitacionales autóctonos que son más intensos en los niveles inferiores, constatándose en este tramo episodios erosivos de naturaleza antrópica, que eliminan parcialmente algunos niveles. Finalmente, el tramo superior (N.3., N.2. y N.1.) está caracterizado por un predominio de sedimentación gravitacional autóctona, fuertemente clástica, que se ve afectada por procesos de cementación.

La disposición general de los depósitos presenta una fuerte inclinación disposicional. Este hecho unido a las propias características sedimentológicas de los diferentes niveles, nos permite pensar que este depósito corresponde en general a un sistema de derrubios de gravedad asociados a la pared del abrigo, afectados en un determinado momento por una actividad fluvial del cercano río Trubia e intervenciones antrópicas actuales.

INDUSTRIA LITICA Y MATERIAL OSEO

Poco se puede extraer de las 365 piezas líticas estudiadas. En términos generales el predominio de la cuarcita es absoluto (92,5%), el sílex apenas representa el 5% y el cuarzo el 2% de las piezas. Llama la atención que todos los útiles retocados fueran trabajados sobre estos dos últimos materiales (hojita de dorso, raspador y buril en sílex y otro buril en cuarzo). Algunas piezas de Cuarcita tienen señales de utilización.

Es una industria tosca con lascas de cuarcita de tamaño considerable, representando las mayores de 5 cm. el 18,6% (un 28,5% en el N.10. de A2.; un 14,6% en el N.10.2.1. y un 17,5% en el N.10.2.2. de A1.). El resto son piezas de menor tamaño en las que abundan lascas de 2 y 3 cm. A destacar el alto porcentaje de piezas de descorticado que conforman el 90% del total.

Todos los niveles repiten el esquema precedente, siendo difícil distinguirlos por otro motivo que no sea el estratigráfico. A esto se añade la escasa superficie excavada que puede enmascarar la situación real del yacimiento. Los datos evidencian una industria lítica propia del Paleolítico Superior, semejante a las industrias de los yacimientos próximos (Freeman 1977; Jorda 1976; Bernaldo de Quirós 1982), con la adscripción, como hipótesis, del N.10. al Auriñaciense.

Distinguimos dentro del material oseo los útiles que conforman la denominada industria osea y el resto de piezas arqueofaunísticas (1060 fragmentos óseos).

La industria osea también está compuesta por útiles característicos del Paleolítico Superior (Corchón 1986). En el N.10. hemos identificado un "colgante en canino atrofiado de ciervo", una "costilla de ciervo decorada a base de incisiones laterales", y un "metápodo de rebeco apuntado". También aparecieron huesos con marcas de descarnado sobre diáfisis indeterminadas, señales características de la separación de piel (en falanges y sesamoideos de rebeco).

Están presentes en el recuento de especies faunísticas del N.10.: ciervos (N.M.I. 4), rebecos (N.M.I. 5), caballo (N.M.I. 1) y ave (N.M.I. 1). El resto de niveles muestra también una clara presencia de ciervo/rebeco, con un calcáneo de carnívoro (¿Lupus?) en el N.4. Todas las piezas óseas se hallan muy alteradas por procesos geológicos (rodamiento y cementación).

BIBLIOGRAFIA

ADAN ALVAREZ, G. (1990): *Estudio Arqueológico. Cueva del Angel (Tuñón, Santo Adriano).* Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Oviedo; y AUXINI. Oviedo.

BERNALDO DE QUIROS, F. (1982): *Los Inicios del Paleolítico Superior Cantábrico.* C.I.M.A. Nº 8. Santander.

CORCHON, Mª S. (1986): *El Arte Mueble Paleolítico Cantábrico: Contexto y Análisis Interno.* C.I.M.A. Nº 16. Madrid.

FREEMAN, L.G. (1977): *"Contribución al estudio de los niveles Paleolíticos en la Cueva del Conde (Oviedo)".* B.I.D.E.A. Nº 90 y 91. Oviedo. pp. 447-488.

JORDA CERDA, F. (1976): *"Guía de las Cuevas Prehistóricas Asturianas".* Ayalga. Gijón.

PELLO, J. (1974): *Mapa Geológico de España. E. 1:50.000. Hoja N.º 52. Proaza.* IGME. Madrid.

SEGUIMIENTO DE LAS OBRAS DE RESTAURACION Y EXCAVACION DE URGENCIA DE LA NECROPOLIS MEDIEVAL DE SANTO ADRIANO DE TUÑON 1987/88 (SANTO ADRIANO, ASTURIAS)

Gema Adan Alvarez, Carmen Cabo Pérez

La excavación de la necrópolis de Sto. Adriano de Tuñón es fruto de las tareas de restauración proyectadas sobre el edificio prerrománico y la adecuación exterior del templo. El plan de adecuación fijado especificaba las zonas para las cuales se requería la supervisión del arqueólogo: zanja perimetral y desmonte de tierras en la cabecera de la iglesia (García Pola et alii 1986).

Empezamos la excavación con la apertura de una primera cata, Cata I, (2x2 m.) en la zona central del ábside. También se abrió otra cata pegada al muro con un ancho fijo (0,5 m.) y una longitud variable que crecía a medida que se recorría el perímetro de la iglesia. En la parte sur se inició la apertura de una nueva cata, Cata II, (2x2 m.).

Excavando la Cata I apareció una gran losa triangular que formaba parte de la cubierta de una tumba medieval. El descubrimiento hizo que fuese necesario replantearse el Plan de Actuación propuesto y que diera comienzo una excavación de urgencia.

En un primer momento se continuo trabajando en las cuadrículas abiertas para con posterioridad abrir otras dos: Cata III, pegada al cementerio actual, (2x1 m.), y la Cata IV en la misma zona que la Cata I y con idénticas dimensiones que la anterior. Paralelamente se seguía llevando a cabo la excavación manual de la zanja perimetral.

Atendiendo a la tipología y a la cronología obtenida por el estudio estratigráfico y el cerámico, hemos podido distinguir en la necrópolis tres fases:

1. Tumbas de lajas de piedra, orientadas hacia el ábside de la Iglesia y que situamos entre el s. IX y el XII (Cata II: Tumba II, Nivel III).
2. Tumbas de lajas e inhumación en fosa, cuya dirección es E-W, con cronología posterior al siglo XII, y con pervivencia en todo el medievo (Cata I: Tumba I - III y Enterramiento 2; Tumba IV; Todas en Nivel III).
3. Enterramiento en fosa, paralelo al ábside prerrománico, fechado entre los siglos XVI-XVIII. (Cata II: Enterramiento 1).

No se apreció en ninguna de ellas ajuar, exceptuando en la Tumba II la presencia de una ficha de limonita debajo de los huesos de la mano izquierda, completamente lisa.

Por otra parte todas las tumbas presentaban indicios de reutilización, con osarios próximos a las mismas.

La cerámica, en líneas generales, parece contar con un repertorio de formas reducidas, sin grandes sofisticaciones decorativas, que se limitan a incisiones para con posterioridad incorporar el bruñido, y con una preferencia por la torneta y la cocción reductora, si bien en época moderna habría que añadir los vidriados, el torno y la cocción preferentemente oxidante.

Por último, mencionar la aparición de un canal de desagüe realizado a la cabecera de la Iglesia, de la misma época que ésta, que resolvería el problema de la humedad provocada por el terreno arcilloso de la zona.

En la actualidad se están estudiando, al margen de lo presupuestado, los restos óseos encontrados en la excavación, por el Dr. José Egocheaga, Prof. del Dpto. de Biología de Organismos y Sistemas. Universidad de Oviedo.

BIBLIOGRAFIA

ADAN y CABO (1987): *Memoria de Excavación de Urgencia en Sto. Adriano de Tuñón.* Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Principado de Asturias. Oviedo.

ADAN, CABO y JORDA (en prensa BIDEA). *"Excavación en la Necrópolis Medieval de Santo Adriano de Tuñón (Santo Adriano, Asturias)".*

CABO y ADAN. *"Santo Adriano de Tuñón: Análisis de una solución Arquitectónica Prerrománica".* III Congreso de Arqueología Medieval Española. Oviedo 27 de marzo - 1 de abril 1989 (en prensa).

GARCIA POLA, PALACIO y MARQUES (1986): *Proyecto Básico y de Ejecución, Conservación y Restauración de la Iglesia Prerrománica de Santo Adriano de Tuñón.* Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Principado de Asturias. Oviedo.

SEGUIMIENTO ARQUEOLOGICO EN LA CASA Y PATIO E. DE LA CASA DE LOS CAMPOMANES. OVIEDO. 30-X al 7-XII DE 1989

Vicente Rodríguez Otero

Han colaborado como ayudantes en este seguimiento los licenciados D. José Antonio Maradona y D. Leonardo Martínez. Asimismo, hemos contado con el asesoramiento técnico del Prof. Dr. D. Elías Carrocera Fernández.

Del expediente bibliográfico que obra en la Consejería de Cultura, fundamentalmente un informe de E. Marcos Vallaure, se desprendían las siguientes conclusiones con repercusiones arqueológicas: era una casa señorial, de carácter rural, construida en el siglo XVII, pasando en el siguiente siglo a constituirse como palacio urbano. Es el mejor exponente del barroco asturiano. La fachada cuenta, tras la puerta principal, con un pavimento de guijarros que



Fig. 1.—Casa Campomanes. Vista N. del pórtico E, donde se había realizado la cata 1

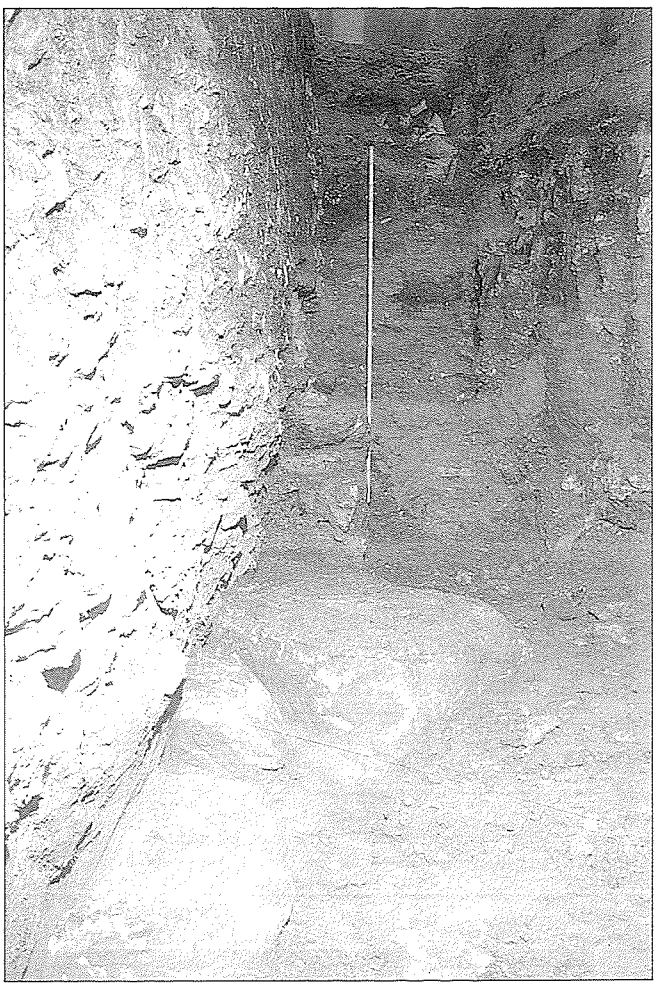


Fig. 2.—Casa Campomanes. Cimentación del lienzo E. Vista S.S.E.

decoran con motivos geométricos el suelo. El primer maestro cantero es Domingo Ruiz, que muere en 1662, siendo continuada la obra por Francisco y Pablo Cubas y Pedro Morán. La reforma del siglo XVIII consistió básicamente en el añadido de dos pórticos laterales, que se rematan con dos miradores de madera situados en el primer piso y realizados en Oxford hacia 1840.

En el patio E. se utilizó como estratigrafía de referencia una calicata ya abierta debajo del pórtico E. Posteriormente, se procedió a abrir un aspa en dicho patio y una calicata en el interior de la casa. La estratigrafía era diferente en cada uno de estos contenedores y en el patio presenta-

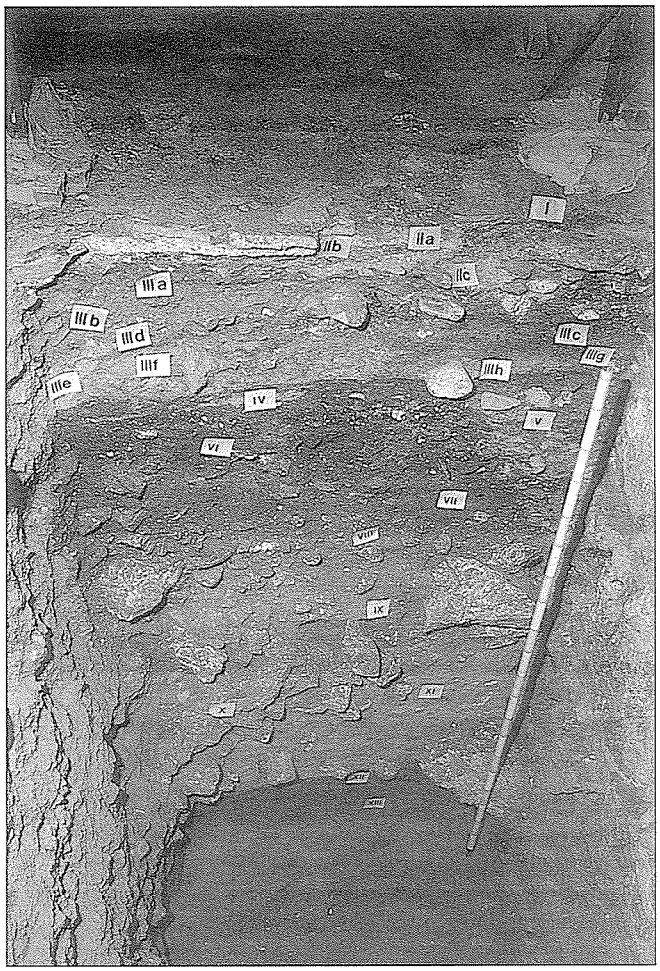


Fig. 3.—Casa Campomanes. Vista del corte S. de la cata 1

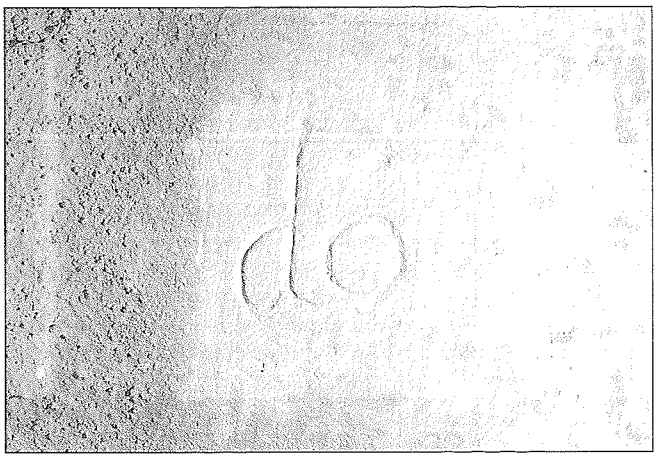


Fig. 4.—Casa Campomanes. Marca de cantero

ba cambios laterales y huellas de estructuras constructivas. A grandes rasgos la estratigrafía de base a techo presentaba la siguiente secuencia: calizas, paquete de arcillas, un posible *solum* y un relleno potente constituido por varios subniveles. Excepto la caliza y las arcillas, el resto de los niveles eran arqueológicamente fértiles, con material de aspecto medieval: cerámicas peinadas o de color negro fundamentalmente y abundante malacofauna. Ahora bien, en el posible *solum,* junto a estos materiales descritos, se encontraron tres monedas de bronce y otros elementos metálicos junto a filtros de tabaco (3 "colillas"), plásticos y vidrios recientes. No había duda: habíamos excavado una estratigrafía invertida.

De la estratigrafía y de otros análisis se desprendían las siguientes conclusiones: inicialmente, el patio tenía una profundidad de 4 m., luego se rellenó en este siglo hasta elevarlo a la cota actual; confirmaría esto esos materiales descritos y el hecho de que la cimentación del lienzo E. tenía argamasa de cemento Portland consolidándola. Este paramento reposaba, según tramos, bien sobre el *solum,* bien sobre la caliza, pero sin cajearla. Por tanto, el pórtico E. no puede ser del siglo XVIII tal como se conserva ahora, ya que las columnas montan sobre ese *solum* que contiene materiales de nuestra época.

Las crujías O. y N. son añadidos posteriores al edificio, correspondiéndose la fachada original del tramo septentrional con el segundo lienzo de ese sector. Además, en la cimentación se observaba un reforzamiento mediante una zapata. También en el exterior, era evidente que el cierre perimetral es posterior al relleno de este siglo.

Para terminar, en el interior, los muros maestros corren en dirección N-S., el suelo de la casa estaba formado por un canchal de cantos de río, no sabemos si estéticamente similar al de la puerta principal, y dos de las cinco marcas de cantero pueden pertenecer al primer maestro de obra, Domingo Ruiz.

21-XII-1990

SEGUIMIENTO ARQUEOLOGICO EN EL INTERIOR DE LA CASA VALDEDIOS (FUEROS 8, OVIEDO). ENERO - FEBRERO 1990.

Gema Adan Alvarez

Se inician los trabajos de seguimiento arqueológico a requerimiento de Dña. M.ª Villa García, propietaria del inmueble sito en Calle Fueros 8, más conocido como "Casa de Valdediós". El control arqueológico, exigido por la Consejería de Cultura (Principado de Asturias), delimitaba como ámbito de actuación el interior de la Casa.

La Casa de Valdediós, en la confluencia de dos callejas que conservan un empedrado de guijarros del S. XVIII (Alonso 1990), fue levantada por los monjes cistercienses. La fecha de 1791, visible en el espejo/escudo, indica el año en que se finalizó el inmueble actual. De pequeño tamaño y planta trapezoidal, la Casa se compone de sótano, planta baja y piso, presentando tres fachadas vistas al adosarse la trasera en las edificaciones posteriores. El aspecto general exterior remite a la corriente protoneoclásica (Ramallo Asensio 1981:45).

Todo el interior se ha visto afectado por un gran número de reformas que desfiguraron la planta y disposición originaria. Con anterioridad al seguimiento arqueológico, se había acometido una intervención de urgencia (Octubre de 1989), a causa del derrumbe del techo y piso, que consistió en la limpieza de escombros, reforzamiento de estructuras y cubrición del edificio. No supervisamos esta intervención incial, aunque con ella se modificó la parte Este, se extrajo el relleno del suelo y se removió la cimentación del inmueble.

El resultado de la apertura de 5 pequeñas catas de sondeo y limpieza de cortes, añadiendo la labor de documentación efectuada por Raquel Alonso Alvarez, nos permiten esbozar las siguientes conclusiones:



Fig. 1.—Casa Valdediós

1. La presencia de un muro en el interior de la Casa, por debajo de los cimientos del inmueble actual (siglo XVIII), evidencia la existencia de una edificación anterior más reducida (Cata II y Cata IIIb).

2. El empedrado de guijarros, delimitado por un bordillo de cuarcita regularizado similar a los callejeros (Cata IIIa), reafirma el punto 1 y sugiere la pervivencia de la primitiva edificación hasta principios del s. XVIII (comienzo de la pavimentación de las calles adyacentes).

3. El edificio, terminado en 1791, amplia y modifica el espacio habitable, si bien debió amoldarse a las diferentes alturas existentes en el entorno. A la entrada fueron colocados unos escalones que desaparecieron por la progresiva elevación del pavimento (Cata IV). El sótano se construye sólo en la parte W. pues aprovechan el desnivel entre el muro de la primitiva edificación y la calle Carta Puebla, pavimentándolo con pequeños adoquines (Cata I).

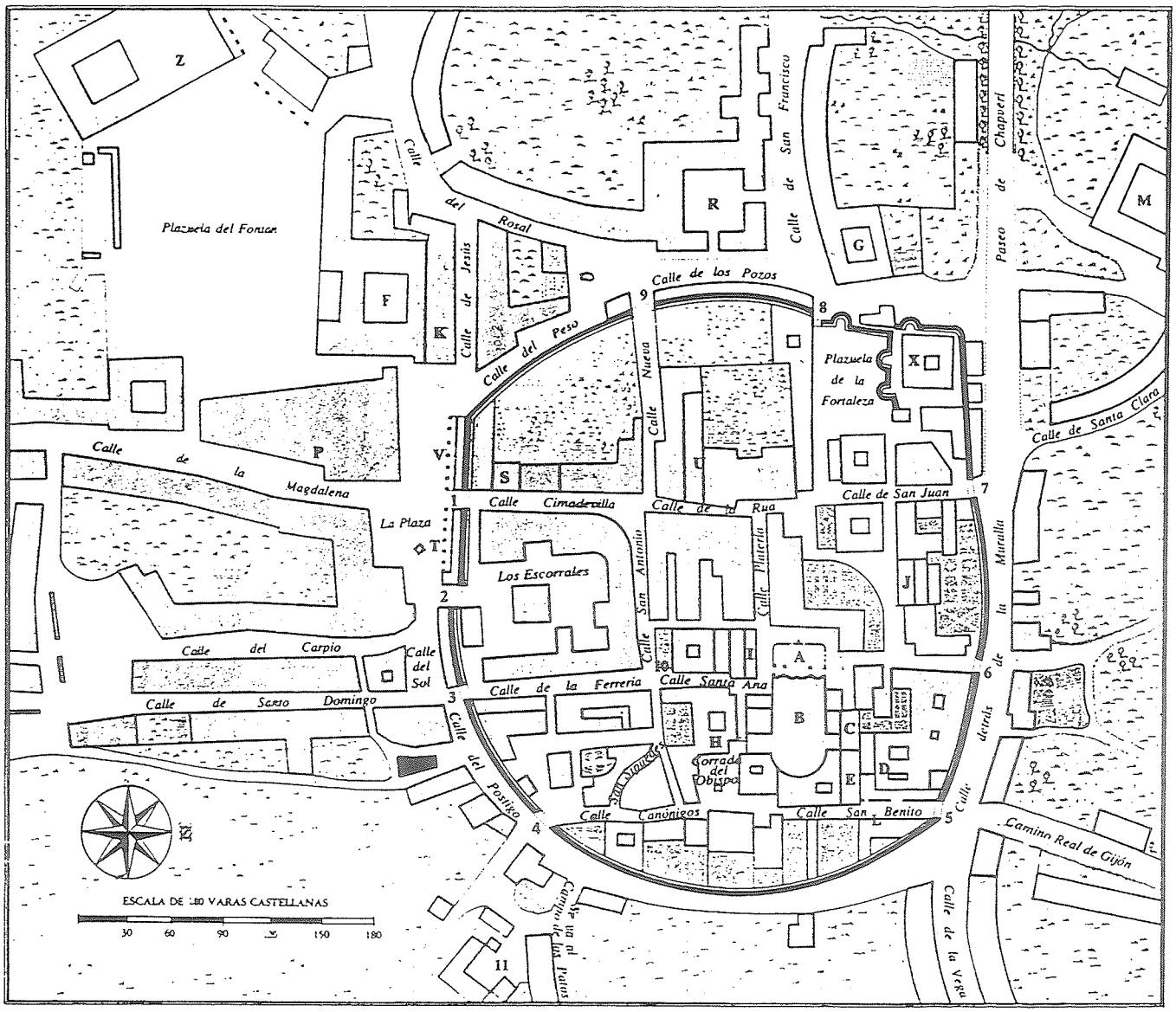
El estudio de los materiales (cerámicos, óseos, metálicos, monetarios y de adorno) apenas clarifica el panorama precedente, ya que al escaso número de piezas encontradas se debe añadir la insuficiente precisión cronológica que hoy existe en los fragmentos de época Moderna/Contemporánea.

BIBLIOGRAFIA

ADAN ALVAREZ, G. 1990. *Informe del Seguimiento de la Casa de Valdediós (Oviedo). Enero/Febrero 1990.* Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias. Oviedo.

ALONSO ALVAREZ, R. 1990. *Estudio Historiográfico/Artístico de la Casa de Valdediós.* En ADAN ALVAREZ 1990.

RAMALLO ASENSIO, G. 1981. *El Barroco.* Enciclopedia Temática de Asturias. Tomo 5, Arte II. Silverio Cañada ed. Gijón.



A. Atrio de la Catedral. B. Catedral. C. Capilla del Rey Casto. D. Real Convento de San Pelayo. E. Real Colegio de San Vicente. F. Colegio que fué de los Jesuitas. G. Colegio de San Gregorio. H. Palacio del Obispo. I. Parroquia de San Tirso. J. Parroquia de San Juan. K. Parroquia de San Isidoro. L. Parroquia de Santa María de La Corte. M. Convento de Santa Clara. P. Capilla de La Magdalena. R. Universidad. S. La Real Audiencia. T. Consistorio. U. Cárcel de la Ciudad. V. Casa del Regente. X. Real Castillo. Z. Casa de las Comedias.

1. Arco de la Plaza. 2. Arco de San José. 3. Arco de La Soledad. 4. Arco del Postigo. 5. Arco de la Noceda. 6. Arco de la Gascona. 7. Arco de San Juan. 8. Arco de la Fortaleza. 9. Arco de la Calle Nueva. 10. Los quatro Cantones. 11. La Fuente de la Regla

SEGUIMIENTO ARQUEOLOGICO EN EL INMUEBLE SITO EN LA CALLE PARAISO/POSTIGO (OVIEDO). OCTUBRE-NOVIEMBRE 1989

Gema Adan Alvarez

El perímetro urbano de la ciudad de Oviedo ha estado definido y delimitado por la cerca medieval (s. XIII-XIV). Extramuros fueron levantándose edificios, civiles y religiosos, que conseguirán una plena integración en la trama urbana a finales del s. XVIII, gracias a la política de ordenación y regularización que se dictaba en dicha época. Sin embargo habrá que esperar hasta el siglo XIX para que desaparezcan las trabas legales y físicas que la propia Muralla encarnaba.

El solar del Paraiso/Postigo, objeto del seguimiento, se ubica en una zona de "compromiso arqueológico urbano". Hasta 1987 ocupaba el terreno de la Calle Paraíso N.º 3, un edificio cuya antigüedad no sobrepasaba los 50 años, y que se derribó según el Proyecto de D. H. Neira Fernández (Arquitecto). El promotor, D. S. Bernardo Castañón, requirió nuestra intervención siguiendo las indicaciones de la Comisión del Patrimonio Histórico (Consejería de Cultura del Principado de Asturias).

La Calle Paraíso circunda la Muralla Medieval, y se halla edificada por lo menos desde el s. XVIII. El nombre de la misma hace mención a la presencia de una antigua fuente conocida como "Fuente del Paraiso".

La Calle Postigo Bajo, continuación de otra denominada Postigo Alto que daba acceso a una de las puertas de la Muralla, fue hasta el siglo XIX, época en que se construye la carretera de Santander, un camino abierto y sin urbanizar. En 1989, el solar n.º 5 se hallaba vacío y cerrado por una cerca de piedras.

La intervención arqueológica tuvo que posponerse hasta el desescombro del solar de la Calle Paraiso. A continuación, procedimos a la apertura de catas de sondeo y limpieza de cortes, diferenciando dos áreas:

—Paraiso. La estratigrafía revelaba tres niveles: Suelo de la Casa, Zona de Cimentación del Inmueble y Roca Madre.
—Postigo Bajo. Por una parte nos aparecía una zona acondicionada como terraza y caseta de herramientas (visible en la estratigrafía por un piso de ladrillos y cemento) totalmente estéril y por otra la zona de huerta con niveles de matriz arcillosa, muy revueltos en los que apenas se encontraron materiales.

Las piezas inventariadas pertenecen al solar del Postigo Bajo N.º 5. Se identificaron piezas cerámicas, cantos rodados calcinados, clavos, cristales y escasos restos faunísticos (ovicápridos, suidos y roedores). Cronológicamentes sólo pudimos encuadrar con cierta fiabilidad las cerámicas (vidriadas, loza y esmaltadas), dentro de una indeterminada "época contemporánea". Entre ellas destacaremos un fragmento de loza con decoración a base de motivos vegetales de influencia inglesa paralelizable a la loza producida en Sargadelos en el siglo XIX (López Fernández 1982: 192).

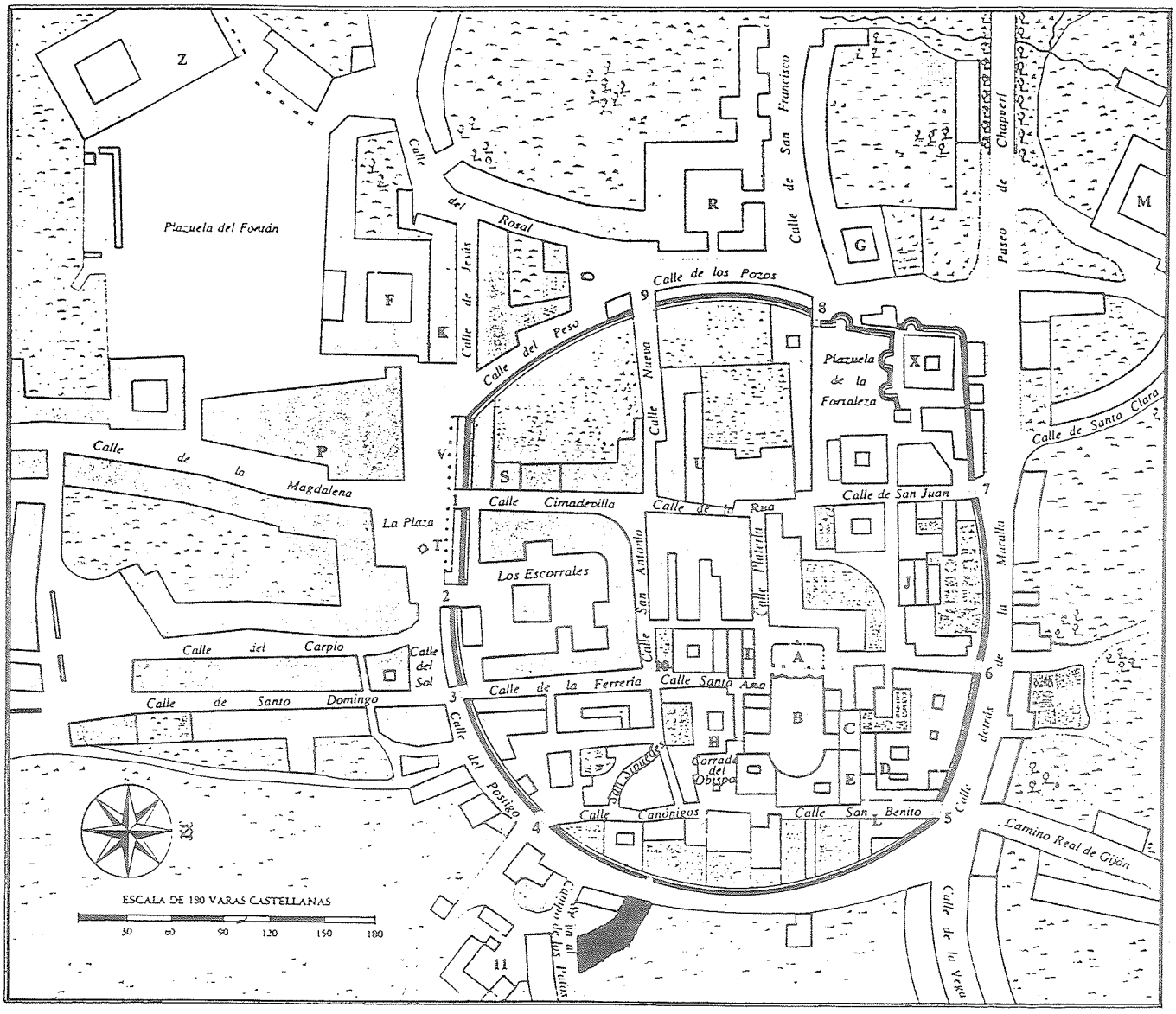
BIBLIOGRAFIA

ADAN ALVAREZ, G. (1989): *Informe del Seguimiento Arqueológico Calle Paraíso N.º 3 - Calle Postigo Bajo N.º 5.* Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Principado de Asturias.

LOPEZ FERNANDEZ, M.ª T. (1982): *Catálogo de Cerámica. Museo de Avila.* Ministerio de Cultura. Madrid.

NEIRA FERNANDEZ, H. (1987): *Proyecto de Demolición del edificio en Calle Paraiso. Oviedo.* C.O.A.A. Oviedo.

QUIROS LINARES, F. (1978): *El Crecimiento Espacial de Oviedo.* Dpto. de Geografía de la Universidad de Oviedo. Oviedo.



A. Atrio de la Catedral. B. Catedral. C. Capilla del Rey Casto. D. Real Convento de San Pelayo. E. Real Colegio de San Vicente. F. Colegio que fué de los Jesuitas. G. Colegio de San Gregorio. H. Palacio del Obispo. I. Parroquia de San Tirso. J. Parroquia de San Juan. K. Parroquia de San Isidoro. L. Parroquia de Santa María de La Corte. M. Convento de Santa Clara. P. Capilla de La Magdalena. R. Universidad. S. La Real Audiencia. T. Consistorio. U. Cárcel de la Ciudad. V. Casa del Regente. X. Real Castillo. Z. Casa de las Comedias.

1. Arco de la Plaza. 2. Arco de San José. 3. Arco de La Soledad. 4. Arco del Postigo. 5. Arco de la Noceda. 6. Arco de la Gascona. 7. Arco de San Juan. 8. Arco de la Fortaleza. 9. Arco de la Calle Nueva. 10. Los quatro Cantones. 11. La Fuente de la Regla (Plano de F. Reiter, 1777).

INFORME SOBRE LA PLAZA Y RESTOS ARQUEOLOGICOS DE CONFORCOS (ALLER, ASTURIAS). MARZO/ABRIL 1990.

Gema Adan Alvarez

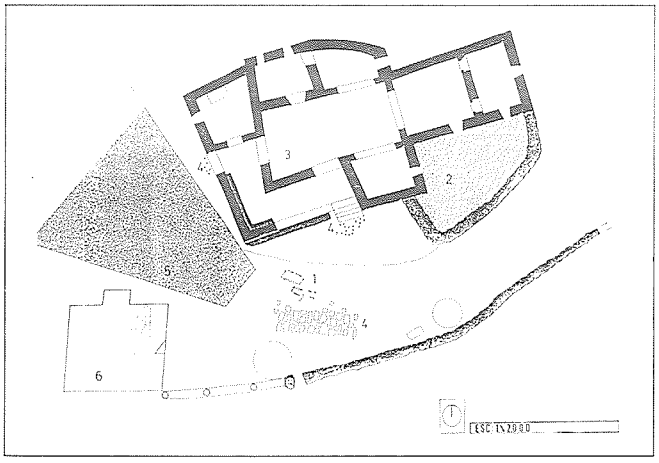
Ante las obras de remodelación proyectadas sobre la "Plaza de Conforcos" (Conforcos, Aller) y en previsión del posible peligro que se cernía sobre dos Tumbas de Lajas Medievales existentes en la misma, la Consejería de Cultura (Principado de Asturias) solicitó un Informe/Memoria del estado real en que se encontraba la Plaza y los vestigios arqueológicos.

Conforcos, población de montaña (880 m. de altitud), presenta unos accesos difíciles, estrechos y en pendiente que han sido recientemente asfaltados con hormigón. El único espacio despejado que posee el pueblo, es la Plaza de la Iglesia a la que se llega por sendos caminos cementados (N.º 5).

La Plaza está limitada por la Iglesia de San Miguel (N.º 3), zona Norte, un edificio de reciente construcción (N.º 6), lado W., y un muro bajo de piedras que corta la extensión de la Plaza por la parte Sur.

Una descripción pormenorizada de la planta de la Iglesia y de los elementos integrantes del Templo, revelan un gran número de transformaciones y una carencia total de planteamiento constructivo. Esto dificulta la adscripción de la misma a un periodo estilístico determinado y enmascara el supuesto núcleo originario. La última remodelación significativa parece haberse llevado a cabo en la Edad Moderna.

Adosado a la Iglesia y como un integrante más de la Plaza se encontraba el primitivo cementerio del pueblo (N.º 2), transformado en un bancal de tierras (altura de 70 cm.), y sentenciado a desaparecer según la reestructuración proyectada sobre la Plaza. Un corte del mismo mostraba una gran acumulación de derrubios y osamentas humanas completamente revueltos.



Plaza, Iglesia y Escuela de Conforcos (Aller)

Son visibles restos de un antiguo y alterado empedrado rodeando la Iglesia (N.º 4). El más próximo a las entradas de la Iglesia puede ser del s. XVIII, mientras el que se halla en el centro de la Plaza resulta más difícil de fechar.

Las dos Tumbas de Lajas (N.º 1) aparecieron por el desgaste que suponía el continuo paso de vehículos por la Plaza. Presentan una morfología rectangular con cabecera y pies rectos, y han sido construidas con lajas finas de pizarra. En ambos casos no hemos descubierto las posibles lajas de cubrición.

Tumba I. Es la tumba que se ha conservado en mejores condiciones, cerrada tanto en la cabecera como en los pies. Tiene una orientación E-W y mide 1,80 m. de largo por 0,50 de ancho. Las lajas visibles son estrechas, de 6 a 8



Tumba 2. Conforcos / 30-IV-90

cm. de ancho, y conforman un espacio interno alargado muy reducido, limitado por una sola laja en su lado sur y posiblemente dos en la norte. La laja de los pies se hallaba movida.

Tumba II. Próxima a la Tumba I, su estado de conservación es deficiente. No están presentes parte de las lajas laterales y la que cerraría los pies. Se orienta E-W. midiendo 1,75 m. de largo por 0,50 m. de ancho, si bien estos datos deben de ser tomados parcialmente, al no poder delimitar la Tumba en uno de sus extremos. Parte de la zona central se encontraba cubierta de bloques regularizados pertenecientes al empedrado de la Plaza.

Las dos Tumbas Medievales exigían una rápida intervención arqueológica pues su protección era nula, y la remodelación de la Plaza les afectaba muy seriamente.

BIBLIOGRAFIA

ADAN ALVAREZ, G. (1990): *Informe: Plaza de Conforcos (Conforcos, Aller).* Consejería de Educación, Cultura y Deportes. Principado de Asturias. Oviedo.

GIL LOPEZ, J. (1982): *"Concejo de Aller".* Liño Nº 3. Oviedo.

EXCAVACION EN LA TORRE DE SOTO (ALLER), 3-XI-1989 A 10-II-1990

Vicente Rodríguez Otero

1. LOCALIZACION

La torre de San Martín de Soto pertenece al pueblo y cabeza de parroquia del mismo nombre y, administrativamente al Concejo de Aller. Sus coordenadas aproximadas son de 43°09'43'' de latitud N. y 5°38'35'' de longitud O.

2. LA EXCAVACION

El planteamiento de la excavación había sido diseñado con anterioridad por el Dr. D. Elías Carrocera Fernández. Asimismo, han participado en ella los licenciados D. Leonardo Martínez Faedo y D. José Antonio Maradona Adiego.

La actuación arqueológica consistió en la apertura de cuatro catas, dos en el interior de la torre y otras dos en el exterior, al objeto de averiguar la planta original del edificio, época de construcción, la secuencia constructiva/destructiva y, por último, localizar los elementos defensivos más externos, en caso de que los hubiese tenido.

De la excavación se extrajeron numerosos fragmentos de cerámica, de vidrio, material metálico (abundantes clavos de forja) y restos óseos. Aunque aún están en estudio, la presencia de tres monedas en contexto estratigráfico: una de Fernando IV, otra de Juan II y la última de Carlos III, nos ha permitido establecer una cronología relativa para la siguiente secuencia: inicialmente se construye una estructura en madera, bien documentada en su destrucción por restos de abundante carbón, vigas quemadas y rubefacción de arcillas y cantos de río de una de las terrazas del río Aller sobre la que se construye toda la secuencia.

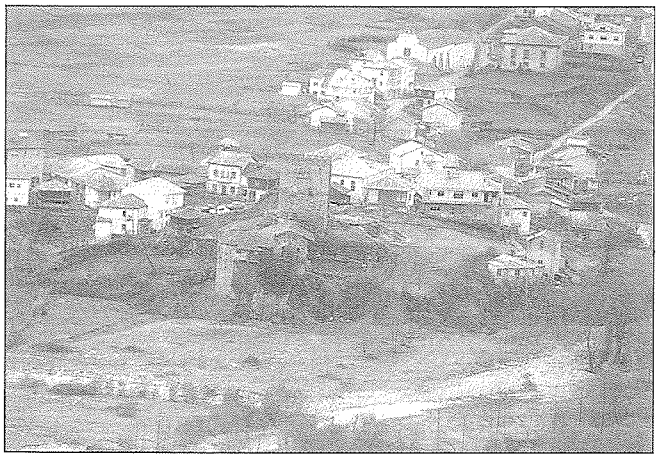


Fig. 1.—Soto de Aller. Vista general desde el N.N.E.

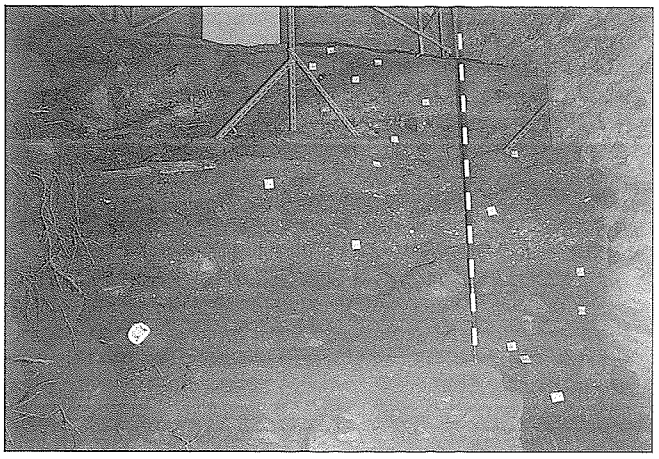


Fig. 2.—Torre de Soto. Cata 1. Corte N. Vista S.O.



Fig. 3.—Torre de Soto. Cata 2-3. Vista aérea desde el E.



Fig. 4.—Cata 3. Vista general desde el O.

Posteriormente, se realiza entorno al siglo XIV una primera línea defensiva, acompañada de un adarve, construido sobre un *solum* de arcilla batida, en el que se colocó un enrejado de madera, formado por viguetas, no sabemos si para soporte de algún entarimado. Muy poco después se construye la torre, de la que sabemos que su planta no era enteramente cuadrada o rectangular y que tenía la siguiente cimentación: allí donde apoya sobre la roca madre apenas tiene zapata de cimentación, en cambio esta última es potente en los lugares en los que el empuje del edificio se transmite a la terraza. Esta zapata de cimentación tampoco aparece en el tramo exterior excavado.

Antes del siglo XV la torre sufre ya, posiblemente y como mínimo, tres momentos alternantes de ocupación y destrucción, bien documentados tanto en el interior como en el exterior del edificio. Pero ninguna de las remodelaciones afectó a la cimentación, cuando ha sido el cedimiento de ésta uno de los causantes del constante deterioro. Culmina todo este proceso con el gran derrumbe actual que sella el nivel que contiene la moneda de Carlos III.

Una vez establecida esta secuencia se procedió al estudio del entorno más inmediato y se comprobó que este elemento constructivo es parte de un castillo con sus patios de armas y de servicios y en el que aquella sería la torre del homenaje.

El castillo presenta un recrecido hacia el E., sin que sepamos por el momento la época del mismo, sospechamos que con anterioridad al siglo XV, ya que posee bastantes similitudes formales con la primera línea defensiva. A partir de este momento se documentan nuevas remodelaciones, como la creación de un segundo piso en todas las crujías. Estas se acentúan, tanto para el castillo como para la torre, en el pasado siglo, para llegar a alcanzar gran espectacularidad en la presente centuria (García Jove, E. et al: *Asturias,* tomo III, Gijón 1900 p. 414).

INDICE

I. PLAN ANUAL DE EXCAVACIONES

La cueva de Llonín, (Llonín, Peñamellera Alta). Campañas de 1987 a 1990. *J. Fortea Pérez, M. de la Rasilla Vives, V. Rodríguez Otero* 9
Abrigo de la Viña. Informe de las Campañas 1987 a 1990. *J. Fortea Pérez* 19
Excavaciones arqueológicas en la cueva de La Lluera II. San Juan de Priorio. Oviedo. *J. A. Rodríguez Asensio* 29
La cueva de Las Caldas (Priorio, Oviedo). II Investigaciones efectuadas entre 1987 y 1990. *M.ª Soledad Corchón Rodríguez* 33
Excavaciones en el Abrigo de Entrefoces. Campaña de 1987 y 1989. *M. R. González Morales* 49
Trabajos finales en el dolmen de La Collá Cimera y en la necrópolis de La Cobertoria (Divisoria Lena-Quirós). *M. A. de Blas Cortina* 53
Minas prehistóricas del Aramo (Riosa). Campaña Arqueológica de 1987. *M. A. de Blas Cortina* 59
Excavaciones arqueológicas en la cueva del Buxu. (Cardes. Cangas de Onís). *M. Menéndez Fernández* . 69
Excavaciones arqueológicas en la cueva de La Güelga. Campañas de 1989-1990. *M. Menéndez Fernández, A. Martínez Villa* 75
La cueva de Trescalabres (Posada de Llanes. Asturias) y sus pinturas rupestres. *J. A. Rodríguez Asensio* 81
Informe sobre las campañas de excavación realizadas en la cueva de Los Azules entre 1986 y 1990. *J. A. Fernández-Tresguerres Velasco, F. Junceda Quintana* 89
Las excavaciones arqueológicas de la cueva de Los Canes (Arangas, Cabrales). Campañas de 1987 a 1990. *P. Arias Cabal, C. Pérez Suárez* 95
Sondeo estratigráfico en la Cueva del Tíu Llines (Arangas, Cabrales). *P. Arias Cabal, C. Pérez Suárez* . 103
Informe preliminar sobre la excavación en la Paré de Nogales (Peñamellera Alta, Asturias). 22 de Junio - 20 de Julio de 1990. *V. Rodríguez Otero* 105
Arquitecturas megalíticas en la Llaguna de Nievares (Villaviciosa). Excavaciones de 1988 a 1990. *M. A. de Blas Cortina* 113
Excavaciones arqueológicas en el Occidente de Asturias (Campañas de 1987-1990). *E. Carrocera Fernández* 129
Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa: un poblamiento de la Edad del Hierro. *J. Camino Mayor* 137
Excavaciones en la Campa Torres (1986-1990). *J. L. Maya, F. Cuesta* 145
Excavaciones en la Muralla Romana de Gijón (1987-89). *C. Fernández Ochoa* 153
Seguimiento de la reconstrucción de la muralla romana de Gijón. *C. Fernández Ochoa, P. García Díaz* 161
Excavaciones en Lugo de Llanera (Campañas de 1987 y 1989). *R. Cid, C. Fernández Ochoa, P. García Díaz, A. Pedregal* 163
Informe preliminar sobre las excavaciones en la iglesia de San Miguel de Liño. *Th. Hauschild* 171
Excavaciones arqueológicas en el conjunto monumental de Valdediós (Villaviciosa). 1988-89. *O. Requejo Pagés, A. Martínez Villa, M. Jiménez* 179
Informe. Excavaciones en Santianes de Pravia. *F. J. Fernández Conde, G. A. Alonso Alonso, J. J. Argüello Menéndez* 189

Excavaciones en el yacimiento arqueológico de Valdediós (Villaviciosa). *F. J. Fernández Conde, G. A. Alonso Alonso* 193
La necrópolis de Santa María de Tina. *F. J. Fernández Conde, G. A. Alonso Alonso, M. A. García Menéndez* 201
El Picu Jana: Un enclave estratégico en el Oriente de Asturias. *F. Alvarez Estrada, J. A. Moure Ferreiro* 211

II. CARTA ARQUEOLOGICA DE ASTURIAS

Inventario Arqueológico del concejo de Taramundi (Asturias). *E. Arnau Basteiro, M. A. Noval Fonseca* 219
Breve resumen de los inventarios arqueológicos Grandas de Salime, S. Martín de Oscos, Sta. Eulalia de Oscos y Villanueva de Oscos. *A. Villa Valdés* 223
Inventario arqueológico del concejo de Vegadeo. *C. Cabo, A. Martínez* 227
Reseña sobre la carta arqueológica del concejo de Allande. 1990. *J. Camino Mayor, Y. Viniegra Pacheco* 229
Carta arqueológica del concejo de Salas. Enero-Octubre, 1989. *V. Rodríguez Otero* 233
Las cartas arqueológicas de Gijón y Villaviciosa. Método y resultados. *A. Martínez Villa, O. Requejo, C. Cabo y M. Jiménez* 237
Carta arqueológica de Peñamellera Alta y Baja. Mayo-Octubre, 1990. *V. Rodríguez Otero* 247

III. SEGUIMIENTOS ARQUEOLOGICOS

Noticia sobre los trabajos arqueológicos realizados en el Monasterio de San Salvador de Cornellana (Salas). *A. Martínez Villa, C. Cabo y O. Requejo Pagés.* 253
La Iglesia de San Vicente de Serrapio (Aller). Trabajos arqueológicos. *A. Martínez Villa y O. Requejo Pagés* 254
La secuencia estratigráfica de la Cueva del Angel (Tuñón, Santo Adriano), y el material arqueológico asociado. *G. Adán Alvarez, J. Jorda Pardo* 255
Seguimiento de las obras de restauración y excavación de urgencia de la necrópolis medieval de Santo Adriano de Tuñón 1987/88. (Santo Adriano, Asturias). *G. Adán Alvarez, C. Cabo Pérez* 258
Seguimiento arqueológico en la casa y patio E. de la Casa de los Campomanes. *V. Rodríguez Otero* .. 259
Seguimiento arqueológico en el interior de la Casa Valdediós (Fueros 8, Oviedo). Enero-Febrero 1990. *G. Adán Alvarez* 261
Seguimiento arqueológico en el inmueble sito en la calle Paraíso/Postigo (Oviedo). Octubre-Noviembre 1989. *G. Adán Alvarez* 263
Informe sobre la plaza y restos arqueológicos de Conforcos (Aller, Asturias). Marzo/Abril 1990. *G. Adán Alvarez* 265
Excavación en la Torre de Soto (Aller), 3-XI-1989 a 10-II-1990. *V. Rodríguez Otero* 267

Servicio
Publicaciones
Principado de Asturias